Biografía

Gustavo Plis-Sterenberg nació en la Argentina y tiene una destacada trayectoria como músico. Graduado como pianista en el Conservatorio Nacional de Música de Buenos Aires y con diploma de honor en las carreras de Composición y Dirección Sinfónica y de Ópera en el Conservatorio Rimsky-Korsakov de San Petersburgo (Rusia), fue becario del Ministerio de Cultura de la ex Unión Soviética y del Mozarteum Argentino, director asistente de Mstislav Rostropovich y Valery Gergiev, y en 1995 recibió el Premio de la Fundación Jean Frédéric Perrenoud (medalla de plata) en el IV Concurso Internacional de Música de Viena. Ha realizado giras por Europa, Asia y América latina, y dirigió en las principales salas del mundo, como el Bolshoi de Moscú, el Covent Garden de Londres y el Colón de Buenos Aires, entre otras. En la actualidad es director permanente de la orquesta del Teatro Mariinsky (ex Kirov) de San Petersburgo, donde se encuentra radicado.

Gustavo Plis-Sterenberg

Monte Chingolo

La mayor batalla
de la guerrilla argentina

booket

Plis-Sterenberg, Gustavo
La batalla de Monte Chingolo.- 3ª ed. – Buenos Aires : Booket, 2011.
480 p. ; 19x13 cm.

ISBN 978-987-580-073-1

1. Historia Argentina I. Título
CDD 982

Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

© 2003, 2006, Gustavo Plis-Sterenberg

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo
© 2006, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Booket®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

3ª edición: febrero de 2011
2.000 ejemplares

ISBN 978-987-580-073-1

Impreso en Gráfica MPS SRL,
Santiago del Estero 338, Gerli,
en el mes de febrero de 2011.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del editor.

A la memoria de Adela, mi madre, por su constante estímulo.

A mi hijo León, quien —con sus ocurrencias— alegró las innumerables reuniones (a las que siempre me acompañó) con testigos y protagonistas.

A Ilya y Katja.

Capítulo 1

Los guerrilleros

Una noche de comienzos de verano, dos muchachos salen del Barrio 25 de Mayo, en el partido bonaerense de Quilmes. Toman la calle Zapiola hacia la avenida Donato Álvarez y, tras poco andar, se internan en el predio de lo que fue el Batallón Depósito de Arsenales 601 "Coronel Domingo Viejobueno", donde hoy funciona el Parque Industrial Tecnológico Quilmes. Aunque está estrictamente prohibido, es habitual que de noche algún vecino ingrese en esos terrenos para pescar en las dos lagunas que ocupan las antiguas tosqueras del cuartel.

—¿Qué fue eso? —pregunta uno de los pescadores, mientras prepara las cañas.

—Yo no oí nada... ¿Qué te pasa?

—Estoy un poco nervioso... *Hoy es el día...*

El día es el 23 de diciembre. En esa fecha de 1975, más de cuarenta combatientes del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), cinco militares —tres de ellos, conscriptos— y una cantidad nunca determinada de vecinos murieron en el cuartel y sus inmediaciones, durante y después del mayor enfrentamiento librado en la Argentina entre una fuerza guerrillera y efectivos militares.

Como gran parte de los argentinos, la mayoría de los habitantes de los humildes barrios que rodean al ex cuartel ignoran los nombres y las historias de esos muertos. Pero aún hoy guardan una memoria muy particular de la "batalla de Monte Chingolo". Un mito muy arraigado entre los vecinos cuenta que todos los 23 de diciembre, desde el anochecer, "se escuchan ruidos extraños y se ven cosas muy raras" en ese predio. Algunos afirman que "aparecen espíritus vagando por la zona". Otros directamente aseguran: "Son las almas en pena de los guerrilleros que están pidiendo justicia".

¿Quiénes son esas "almas en pena" que creen ver y oír los pescadores de las lagunas del Batallón "Viejobueno"? ¿Es posible recuperar sus voces y sus rostros?

VOCES DE LOS SETENTA

Los cuatro hijos de Laura Bonaparte constituían una familia-orquesta. El mayor de los hermanos, Luis Bruchstein, era el trompetista. Aída Leonora, un año y medio menor que Luis, armonizaba en el piano los temas que componían. Laura recuerda que su hija tenía "una hermosa voz de mezzosoprano" y que integró el coro juvenil de Castelar dirigido por el maestro Schultis.

A Aída le seguía Víctor, a cargo del violoncello. La nobleza de su sonido lo había conquistado de niño. "Un profesor francés le enseñaba. La primera vez, no sé cómo hizo, Víctor agarró el cello, se colocó en posición, tomó el arco y se largó a tocar. El maestro se sorprendió y me preguntó si ya había tomado clases".

La menor de los hermanos Bruchstein era Irene Mónica, responsable en la orquesta familiar de los sonidos que arrancaba del arpa, mucho más grande que ella.

Los cuatro crecieron en un ambiente de libertad y rico en estímulos. Laura cuenta que "una vez, cuando Irenita era recién nacida, fuimos con Santiago, mi marido, al cine. Le pedimos a la señora de la limpieza que se quedara a dormir en la cama nuestra porque al lado estaba la cuna de Irenita. Parece ser que la señora se fue a dormir al cuarto de los hermanitos y la beba se puso a llorar cuando se quedó sola. Cuando volvimos encontramos la cuna vacía. Pensé que Irenita estaría con Luis, el mayor. Sin embargo, estaba acostada en la cama de Víctor y él estaba durmiendo en el suelo, al lado de ella. ¡Así se querían! Después yo le pregunté y me dijo que 'ella estaba llorando y como la señora no la escuchaba, yo la agarré así y la llevé a mi cama'. Víctor tenía un año y siete meses entonces.

Yo era muy feliz con mis hijos, tuve buenos partos y les di de mamar a los cuatro. Confiaban mucho entre ellos y les pasaban las mismas cosas que a cualquier adolescente. Irenita era la fragilidad. Se la pasaba jugando con figuritas de colores. Una vez, me sorprendió con que necesitaba una consulta con el ginecólogo. Tenía 12 años y salía

con su primer noviecito. Cuando me interesé por el motivo, Irenita me dijo: 'Lo que pasa es que cuando estoy con él, siento como que tengo adentro cubitos de hielo que se derriten'.

Noni [Aída Leonora] tenía mucho carácter. En el colegio secundario era campeona de *truco* y los compañeritos hacían cola para jugar con ella. ¡No la podían vencer! En el día de la primavera hasta los maestros hacían cola para jugar. Los chicos le decían: '¡Dale, ganale al maestro y que pague o que nos suba el promedio!'. Ella animaba las reuniones, cuando venían sus compañeros, cantando canciones revolucionarias. Noni era el alma de nuestra casa".

El interés por lo que ocurría a su alrededor llevó a los cuatro hermanos a la actividad política. Aída, Víctor e Irene militaron en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Dos de ellos combatieron en Monte Chingolo.

"Yo tenía una familia hermosa", dice Laura Bonaparte. "Hoy, mi ex marido y tres de mis cuatro hijos con sus respectivas parejas están desaparecidos".

"Nosotros teníamos una serie de contactos en una villa de La Plata que nos seguía mucho a nosotros", afirma J., un ex militante del ERP que combatió en Monte Chingolo. "Habíamos hecho mucho accionar propagandístico ahí, como repartos de leche o cuelgues de banderas. Ahí hicimos, en el '75, un desfile militar. Íbamos vestidos con los uniformes, con armamento y con la bandera del ERP. Mientras desfilábamos cantamos la marcha de la organización. Fue impresionante. Estuvo muy bien preparado todo. La gente salía de sus casitas para ver.

Muchos de los 'Titanes en el ring' de la época vivían allá y eran colaboradores nuestros. Uno de ellos, [mientras] comíamos con él y otros en su casa, me dijo: 'Estamos con ustedes. Aunque no vamos a salir con las armas, en todo lo que nosotros podamos vamos a colaborar'. Ellos eran un poco machistas. Cuando entrábamos a la villa para leer o charlar de política, él sacaba a la mujer y le decía: 'Andate, que esta es una cuestión de hombres'.

Nosotros les decíamos: 'Vamos a hacer un reparto de leche y ustedes, sin destaparse (porque allá no sabían que eran colaboradores nuestros), vayan preparando todo'. Ellos nos daban los datos que precisábamos, incluso de la policía, y nos hacían de *campana*. Nosotros

tomábamos varios camiones de Sancor o de los pollos de Gelbard, que tenía unos frigoríficos grandes, y hacíamos los repartos.

La gente de la villa nos ayudaba en la parte que no conocíamos. Nosotros llegábamos con el camión, que ya había sido *apretado*, copábamos la villa, y los 'Titanes' organizaban a la gente, formando una fila para que se fueran llevando los pollos y la leche. Esto muy poca gente lo sabe, que muchos de los 'Titanes en el ring' eran gente nuestra. A lo mejor alguno se entera de lo que digo y me mata, pero yo sé que fue así. La gente de la villa nos apoyaba muchísimo".

Los *repartos* eran parte de la política inicial del ERP, de "pequeñas y medianas acciones" que, además de ser en su mayoría incruentas, conquistaron la simpatía de una parte de la población, elevando el prestigio de la guerrilla. Con la posterior formación de sus grandes unidades, la organización modificará su táctica militar. El accionar principal estará destinado al copamiento de bases y cuarteles del Ejército, para armar a sus nuevos destacamentos. La séptima y última de aquellas grandes acciones será el ataque al Batallón "Viejobueno".

"El sargento Beto murió a los 27 años en Monte Chingolo", recuerda su ex compañera Liliana G. "Se llamaba Carlos José Crespo. Era un muchacho de pelo renegrido, tez blanca, ojos profundos y oscuros, de 1,75 m de estatura, delgado, de facciones duras pero de sonrisa dulce. Fue una excelente persona, que tenía como objetivo fundamental en su vida tratar de construir al Hombre Nuevo y a la sociedad en la cual aquél fuera quien guiara su destino.

Carlos era un lírico, un bohemio. Nosotros habíamos sido compañeros en el secundario. Desde que lo recuerdo en sus 15 años, cuando lo conocí, era un admirador de esa figura magnífica que fue el Che Guevara y de todos sus pensamientos altruistas. Esa imagen fue el ejemplo rector en su vida. Lo recuerdo a los 18 años dibujando la 'estrellita' y al poco tiempo ingresando al PRT, apenas conseguimos un contacto en Ciencias Exactas, donde él estudiaba Matemáticas. Ya era 1971. Su entrega en la militancia fue total, desde el comienzo hasta el final.

Estuvo a cargo de Contrainteligencia, que dependía del Buró Político. Trabajábamos y vivíamos con Nélida Augier (Pola). Ahí también estuvieron Ana María Lezcano, la Negra [Silvia Gatto], Lito, Marisa, el Benja [Guillermo Pérez] y Laura [Susana Gaggero de Pujals].

El 4 de noviembre de 1975 lo vi por última vez. Se iba a concentrar porque lo iban a trasladar a Tucumán. Iba a participar en la Compañía de Monte. Pero luego llamaron a refuerzos de la unidad donde estaba Beto para la acción de Monte Chingolo. Cuando le dijeron de irse a Tucumán, yo no podía plantearme participar de ninguna acción y menos ir al monte, porque estaba embarazada. Entonces pasamos a pertenecer a distintos frentes y nos dejamos de ver.

Yo me enteré de Monte Chingolo por la radio. Pensé '¡qué desastre!', pero ni me imaginé que Beto podría haber estado allí. El 31 de diciembre —estaba en el quinto mes de embarazo—, caminando por la Recoleta, mi responsable me dice: 'Mirá, tengo que decirte que Beto está muy mal'. Yo le pregunté: '¿Está muerto?'. 'Sí', me dijo. '¿Estás segura?'. 'Sí'. 'Si estaba muy mal, entonces menos mal que está muerto', le dije. Fue uno de los dolores más atroces de mi vida. Después nació mi hija. Le puse Carla Silvia. Carla por Carlos (Beto) y Silvia por la Negra Silvia Gatto, que fue casi mi hermana y cayó también durante esa batalla".

"El 'Benja' [Guillermo Rubén Pérez] era como mi padrino —cuenta una ex militante, cuyo sobrenombre es 'Carozo'—. Una de las características que tenían algunos de nuestros militantes fue que eran tan entregados que parecían penitentes.

Yo siempre fui una persona un poco crítica, cuando me parecía que había que modificar o que yo tenía algo que decir al respecto, lo planteaba. En una estructura como la nuestra era necesario, de alguna manera, ser vertical. Pero en mi naturaleza, la verticalidad extrema me generaba aversión. Y el Benja —que era muy buena persona— era muy milico, ¡muy milico! Yo le decía que tal cosa merecía alguna explicación porque a mí no me terminaba de convencer, y él, que me trataba de usted (¡me daba mucha risa!), me decía:

—Pero usted, Carozo, realmente siempre está discutiendo todo y acá no es cuestión de discutir, ¡es cuestión de hacer!

—Pero si yo estoy convencida, lo hago mejor, ¿me entendés? —porque yo lo trataba de vos.

—¡Usted es una insurgente! —y yo, que me moría de risa, le decía:

—Bueno, yo seré una insurgente pero a mí me parece que es bueno que vos te pongas a hablar de esto conmigo porque a lo mejor

tengo algo de razón, y lo mío es constructivo y por el bien de nosotros y del Partido, así que por ahí me podrías escuchar.

Y que sí, que no, de repente se iba el Benja, medio enojado (¡porque yo era una insurgente!) y al rato venía y me decía:

—Escúcheme. ¿A usted le gusta Sergio Denis?

—Sí, ¡me encanta!

—Mire, ahora hay un recital, ¿quiere que lo veamos?

Y nos íbamos a ver a Sergio Denis los dos juntos y después discutíamos el tema".

Guillermo Pérez integró el Comité Central del PRT y fue responsable militar de la regional Buenos Aires del ERP (Compañía "Héroes de Trelew"). El 28 de junio de 1974 dirigió el copamiento del pueblo de Bartolomé Bavio.

"El ERP realizó ese operativo como parte de un ensayo para el copamiento de una localidad más grande, porque allí tenía todo lo que hay en la ciudad: delegación municipal, banco, correo, etcétera", cuenta un ex militante del PRT. "Se copó la estación de ferrocarril y todo el pueblo de Bartolomé Bavio, que es una localidad de General Mansilla, ubicada entre La Plata y Magdalena. Ahí también participó 'Emilio' [Jorge Arreche], a quien después del copamiento lo ascienden a capitán, como jefe de la Compañía 'Juan de Olivera'."

El 15 de julio de 1974, dos semanas después de la asunción de Isabel Perón, el Benja cayó bajo las balas de la Policía provincial. La unidad guerrillera responsable del ataque principal al cuartel en Monte Chingolo llevará su nombre como homenaje.

Para María Inés Marabotto, la combatiente más joven del ERP en Monte Chingolo, la historia comenzó en Pozo Borrado, un pueblito ubicado en el norte de la provincia de Santa Fe, cerca de los límites con el Chaco y Santiago del Estero. Hasta allí habían llegado sus abuelos, inmigrantes italianos, y en aquel mismo lugar nació el 13 de diciembre de 1959. Tenía cinco hermanos mayores: Juan, Ramona, Juana, Rodolfo y Sunilda.

"Era un pueblo muy pequeñito. Allá no había ni luz eléctrica. Nosotros éramos gente que nunca sabíamos de política y te digo que ni sabíamos quién era el presidente, allá en el norte. Vivíamos en un *mundo aparte*", cuenta Juana Marabotto.

Vinimos todos a Buenos Aires porque murió mi papá. Primero vi-

no mi mamá con mi hermano Juan, el mayor, a trabajar acá. Ella trabajaba en una casa de familia. Después vino la Suni [Sunilda]. Mientras tanto, yo me quedé trabajando en Pozo Borrado con mi hermano Rodolfo y con la Inesita [María Inés], que iba a la escuela allá. Después vino la Inesita y al final nosotros dos también llegamos a Buenos Aires. Acá, Inesita hizo corte y confección, como Suni.

Era muy chiquita, muy infantil. Le gustaban los chicos y decía que iba a ser maestra. Estudiar sí, ¿pero ideales políticos?... ¡jamás! No era de salir a fiestas ni nada de eso. Pero después se enamoró de ese pibe. Lo conoció porque era un chico del barrio, y bueno... Lo conoció, se enamoró y quedó embarazada. Por eso se casó; si no, a lo mejor no lo hubiera hecho. Inesita cumplió los quince el 13 de diciembre [de 1974] y seis días después se casó".

Inesita y su marido Eduardo César Escobar, de 22 años, fueron a vivir a una casita alquilada en el barrio Libertad del partido de Merlo. Eduardo era responsable de la Juventud Guevarista, estructura juvenil del PRT-ERP, en la regional Norte-Oeste. Ambos fueron convocados para integrar la Unidad "Guillermo Pérez" en Monte Chingolo.

El nombre del sargento "Juan" —un joven de 21 años, más de 1,80 m de estatura, cabello rubio y ojos verdes— era Claudio Arturo Tisminetzky. Hijo de un psiquiatra y una psicóloga, cuando éstos se separaron eligió vivir con su padre y su nueva familia en Morón. En su adolescencia, desde 1967, tomaba de lunes a viernes el tren a Once y luego el subte "A" a Plaza de Mayo para asistir a clases en el Colegio Nacional de Buenos Aires, de donde egresó en 1972.

"Claudio era un tipo muy inteligente, de los que aprendían casi sin esfuerzo. Y sabía transmitir su conocimiento, ya sea del *cole* o el de la realidad política. Tenía análisis propio, lo que a la edad de 16 o 17 años (y también después) es bastante apreciable".

Según sus compañeros de aula, "insistía mucho sobre el concepto del Hombre Nuevo del Che y sobre la moral revolucionaria". Era "un tipo con la sonrisa a flor de labios. Con una risa franca y estentórea, un humor ácido. Un tipo simpático. Gustaba mucho entre las pibas". Su actitud moral "también se reflejaba en su concepción —y relación— con las mujeres. Era muy respetuoso de la mujer (no las pioladas de esa edad), al tiempo que les daba un lugar de igualdad: eran compañeras, tanto las de la militancia como la pareja". Cuan-

do, en tiempos del gobierno de Isabel Perón, se incrementó el accionar represivo del Ejército y la Triple A contra las organizaciones del campo popular, Claudio cortó de raíz una relación afectiva para alejar del peligro a quien —ignorante de su militancia revolucionaria— pudo ser su pareja.

"Era un tipo que, sin preocuparle si estaba solo o no, iba y arremetía", asegura uno de sus compañeros. Un día de primavera de 1971, "estábamos en quinto, y llega una patota de unos diez tipos de entre 18 y 25 años del Movimiento Federal (MF), que al finalizar el turno tarde carga contra los *pibitos* de primero, a los que hacían salir unos minutos antes del colegio". Era la época de la Hora del Pueblo, y el MF —un grupo fascistoide— intentaba, como otros sectores, posicionarse dentro del peronismo. Pintaban "Argentina, despierta" en las paredes y entre otras actividades se destacaban por sus provocaciones contra el movimiento estudiantil.

La patota del MF arremetió contra los chicos de 12 o 13 años del Nacional que comenzaban a salir. Al grito de "¡Fuera bolches!" golpearon a los alumnos con cachiporras mientras otros arrojaban petardos de mecha corta "que con la inexperiencia, el cagazo y la sorpresa, sonaban a que estuvieran tirando con un [calibre] .22".

El "capito" de los *fachos* los alentaba: "¡Pegue, compañero, pegue!". Claudio bajaba la escalinata del colegio en ese momento y sin pensarlo dos veces "se fue contra el *capito*, lo tumbó al piso y le entró a dar. Varios de los *fachos* se le fueron al humo a Claudio y lo entraron a *fajar*. Entonces empezó a salir el resto del colegio. 'La relación de fuerzas' cambió considerablemente y los *fachos* rajaron a la disparada". Cuatro o cinco de los atacantes huyeron por la calle Alsina y encontraron refugio en la capilla San Roque. Los frailes protegieron a los fascistas de la furia estudiantil, y una hora más tarde sacaron a los "refugiados en sagrado" por los fondos de la capilla, a través de los conventillos de Alsina y Balcarce —propiedad de los curas—, donde ya esperaba un auto policial que se los llevó a salvo.

"Durante unas cuantas semanas, Claudio 'lució' un apósito sobre la frente. Algo que, por cierto, no necesitaba para llamar la atención a la entrada o la salida, donde era uno de los flacos que centraba las miradas de las *borregas*. Era un rubio alto, de físico atlético, buen mozo. Tenía pinta de tipo 'entrador', más que de *canchero*".

Claudio militaba en la columna "Inti Peredo" de las Fuerzas Ar-

gentinas de Liberación (FAL). Aquel nombre "le parecía fantástico por reivindicar el hecho de seguir el camino del Che" (el Inti Peredo continuó la campaña guerrillera en Bolivia iniciada por Ernesto Guevara, luego de su captura y posterior asesinato), aunque "se quedó sorprendido cuando algunos lo criticamos por resultar [aquel nombre] absolutamente ignoto para el 99%, no ya de la población sino de la militancia".

Después de la secundaria, decidió *proletarizarse*, ingresando como obrero en una fábrica metalúrgica. De haber continuado sus estudios "probablemente hoy sería un psiquiatra prestigioso", opinó uno de sus ex compañeros del Nacional.

Según un ex compañero de militancia, "en 1975 Claudio encabezó una especie de rebelión interna para unirse al PRT". Finalmente, la columna "Inti Peredo", comandada por el "Negro Zárate" (Luis María Aguirre), se incorporó al PRT-ERP en junio de ese año. Claudio cumplió los 21 años en su nueva organización. Se dejó el bigote y adoptó un nuevo nombre de guerra, "Juan". Poco después recibió el grado de sargento del ERP. Fue elegido para sumarse a la Compañía de Monte y su guerrilla rural, pero antes de viajar a Tucumán fue incluido en la unidad "Guillermo Pérez".

"Todavía hoy —recuerda un amigo— admiro el trabajo de bases y la política que Claudio (con un grupo, sin duda, pero él era el líder) pudo desarrollar en el colegio. En mi paso por la cárcel conocí a muchos dirigentes del más alto nivel, con mucha trayectoria y experiencia, y en la comparación, Claudio queda *ranqueado* en los primeros puestos. Con más tiempo hubiera llegado a ser un gran dirigente".

El futuro responsable de la compañía "Juan de Olivera", Jorge Omar Arreche (el "Gordo Emilio"), "era un muchacho bueno, sencillo, respetuoso y buen compañero". En la Escuela de Bellas Artes de La Plata, donde hizo el bachillerato especializado en Dibujo, conoció a Norma Concepción Finocchiaro ("Gringa" o "Margarita"), una "jovencita ardiente, de bellísimos ojos pardo-verdosos y pelo claro", quien llegaría a ser su compañera de toda la vida.

"Con la Gringa hicimos todo el secundario juntas, estudiábamos Dibujo. Ella era de una familia trabajadora. Amaba a sus padres y hermanas, con ellas siempre tuvo una relación entrañable. La Gringa era una persona muy humana y muy inteligente, pero sobre todo

tenía una gran sensibilidad". Fue "muy humilde en su forma de ser, de vestir"; sin embargo, "siempre tuvo mucha garra y profundidad en lo que sentía y pensaba", recuerda su ex compañera Perla Diez.

"Ellos empiezan su noviazgo el Día de la Primavera [de 1965] cuando la Gringa estaba en tercer año. Él estaba un año más adelantado". En la fiesta que los estudiantes organizaron en el salón del Sindicato de Ferreteros (FEIBA) de Gonnet, frente al predio de la República de los Niños, "los recuerdo a los dos bailando juntos, sobre todo Emilio, muy compenetrado y muy serio, porque era una persona sumamente respetuosa de las mujeres. En ese momento estaba bailando con quien iba a ser su única novia y esposa. Allí bailaron, muy abrazados, y no se separaron más.

Nosotras, que estábamos ahí alrededor, los cargábamos, aunque un poquito los envidiábamos también porque Emilio era muy pintón. La cargábamos a ella porque ya veíamos que eso iba para noviazgo. Yo sabía a través de la Gringa que gustaba de Emilio (Jorge, en ese momento). Él era mucho más flaquito [...] y sólo mucho después fue saliendo su panza. Pero siempre los dos tuvieron las mismas características, muy buenos y muy sencillos. Eran de los mejores compañeros que conocí".

Terminado el secundario, Jorge ingresó en Arquitectura y la Gringuita, un año después, en Filosofía. "Nos continuamos viendo en primer año —yo estudiaba Psicología—, y teníamos materias comunes que preparábamos juntas. Era 1969. Ella todavía no militaba pero tenía una postura sumamente solidaria y humanística. Jorge, que una vez a la salida del comedor universitario me tira *El Estado y la revolución*, y Norma por el otro lado, son las dos personas de mi 'entrada' al PRT.

"Él era de esas personas que al principio miden muy bien qué es lo que van a hacer, van a dejar o van a elegir. Tenía un pensamiento más estratégico. Creo que se habrá tomado su tiempo para ciertas determinaciones. Ella, en cambio, era más impulsiva, más emocional. La recuerdo discutiendo, debatiendo, impulsándolo a Emilio.

Durante su casamiento, Norma y Jorge desbordaban de alegría y felicidad". Después nació Tomás —Tomi—, "un gringuito rubio que iba siempre con sus papás a reuniones y actos, mientras Jorge, que iba engordando, pasó a ser el 'Gordo Emilio' y ella era 'La Gringa' o 'Margarita', como la flor pura y simple que está asociada al amor".

"Emilio fue mi responsable político en la célula —recuerda otro compañero de militancia— y para mí eso fue un privilegio". Incorporado al PRT en 1970, año de la fundación del ERP, "se destacó en las tareas militares y fue avanzando también políticamente y en responsabilidad dentro del Partido". A mediados de 1973, Emilio era responsable político de la zona de La Plata-Berisso-Ensenada. En setiembre de 1974 se produjo una redistribución de cuadros y Emilio pasó al "frente militar", como responsable de la compañía del ERP de la regional Sur.

Allí se repartió en múltiples tareas, formando "militarmente a los combatientes, desde el arme y desarme, el tiro en seco y las prácticas de tiro, hasta el entrenamiento en el terreno y las marchas nocturnas. Lo recuerdo armando *caños* con velas de gelinita cristalizada y muy transpirada; en otra [...] garantizó él solo una actividad de agitación colocando quince cajas volanteadoras en distintos puntos de la ciudad".

Según Perla, "fue una excelente síntesis de esa experiencia trascendente de las décadas del sesenta y setenta. Era un Hombre Nuevo como lo planteaba el Che. Sus características personales, su incansable espíritu de sacrificio, su práctica social, su intercambio con compañeros de nuestra organización y de otras organizaciones hermanas, políticas y sociales, fue consolidando un militante íntegro, férreo, pensante y vital, un enamorado del cambio revolucionario. Su sola presencia imponía interés y respeto.

Emilio podía ser comprensivo ante variadas situaciones o contradicciones planteadas por los compañeros, solía escuchar —cuestión tan difícil—, solía preguntar. Era convincente y dotaba de seguridad y protección a los compañeros más vulnerables. A la par que nos iba dirigiendo políticamente, a toda la zona, trataba de darnos la mayor posibilidad de 'alas'. Recuerdo una reunión donde estaban todas las fuerzas políticas y sociales de la zona y yo era una *pichi* todavía (recién había comenzado mi militancia partidaria). Emilio me dijo que íbamos a participar de una reunión de alianzas y que yo iba a ir. 'Sí, pero vos venís conmigo', le dije, porque no me animaba sola. 'Sí, yo voy con vos, pero vos podés, por esto y por lo otro', me contestó. Entonces me acompañó, luego de conversar los aspectos centrales del encuentro. Llegamos a la reunión y cuando me quise acordar, ¡Emilio se estaba retirando y me tuve que quedar solita! Al irse me tocó

el hombro: 'Vos podés', me dijo, me miró hondo con esa confianza... y no sé si pude, pero fue la primera vez que me las tuve que ver con distintas posturas, enfoques y tratar de elaborar un lenguaje y una acción en común. En ese sentido, Emilio apostaba a los compañeros, apostaba a su libre desarrollo. Estaba siempre dispuesto a la discusión política y hasta donde él entendía trataba de estudiar. No era su fuerte el estudio del marxismo leninismo, pero intentaba estudiar. Él priorizaba más la práctica".

"El Partido tenía los ojos puestos en Emilio para el desarrollo de determinadas actividades militares estratégicas —cuenta su compañero D.—, lo cual hacía que en algunas oportunidades se fuera, sin saber nosotros a dónde o para qué, y después regresaba, cada vez más sólido. Era sumamente valiente —en el buen sentido de la palabra—, no osado ni arrojado. Buen jefe militar, sereno, disciplinado y audaz, sabía transmitir confianza y entusiasmo a los combatientes". Jorge Arreche fue uno de los primeros militantes en ser promovido al grado de capitán del ERP.

"En las acciones militares prestaba especial cuidado a los detalles más mínimos que podían atentar contra el éxito de lo planteado, siempre teniendo en cuenta que se debía cuidar a los combatientes y a la gente del pueblo igual o más que si fueran los compañeros: los niños, las mujeres, los viejitos. '¡Ningún fin justifica los medios que desvirtúan los primeros!', nos decía. Si debíamos posponer algo, porque había personas en los alrededores, no dudaba en hacerlo. Su estilo era artesanal, serio y minucioso", afirma D.

"Emilio quería muchísimo a la Gringuita, estaba enamoradísimo de ella", recuerda Perla Diez. "Nosotros siempre lo embromábamos mucho para que él se hiciera un poco de tiempo para tomar un helado con ella o para llevarla al cine. Ella tenía un nene, era mujer y lógicamente hacía los reclamos que cualquier compañera hace: tener un poco de tiempo para ellos. Entonces, cada tanto, le hacíamos reclamos a Emilio. Él, a veces, venía preocupado y lo compartía con la célula. Era maravillosa la relación que teníamos de compartir las cosas que nos pasaban, sobre todo con compañeros de esa talla. Él nos contaba y nosotros le insistíamos (y mucho) que tenía que ir con la Gringa al Zoológico, o ir juntos a dar aunque sea una vuelta.

Y una vez que íbamos en micro con mi compañero Manuel [Jor-

ge Moura], los vemos a Emilio y a la Gringa que van abrazados, paseando a la salida del Zoológico. Entonces nosotros empujamos a medio mundo y sacamos el cuerpo por la ventanilla y aplaudimos y les gritamos: '¡Eeeeeh!'. Ellos nos vieron y Emilio se puso todo rojo, como un tomate, como diciendo: '¡Me pescaron justo cuando estaba haciendo los deberes!'.

"Él siempre estaba con su hijo Tomi, donde podía lo llevaba. Se paraba en medio de una reunión por si el Tomi quería hacer pis, o por si tenía frío, o porque le tenía que comprar un remedio, o por si estaba engripado. En ese sentido era sumamente cariñoso". Poco después nacía el segundo hijo de la pareja, Mariana. La Gringa ya militaba en el ERP y "había participado en acciones de propaganda armada y 'recuperaciones' menores de armas".

Norma Finocchiaro participará del combate en Monte Chingolo mientras que su marido, Jorge Arreche, responsable de la compañía del ERP encargada de las contenciones alrededor del cuartel militar, caerá pocos días antes de la batalla, víctima de una traición.

Los inicios

La librería de los hermanos Santucho en Santiago del Estero "era el sitio de encuentro de las inquietudes espirituales del pueblo", según el escritor polaco Witold Gombrowicz, que los conoció en un viaje durante su larga permanencia en la Argentina. A aquellos hermanos "los sacuden pasiones violentas que vienen de algún lado del subsuelo, de carácter telúrico".

Uno de ellos, Mario Roberto "Roby" Santucho, le envió una carta al célebre autor de la novela *Ferdydurke*, donde además de pedirle un ejemplar del libro, le decía: "Veo que sigues atado a tu chauvinismo europeo; lo peor es que esa limitacion no te permitirá lograr una profundizacion de este problema de la creación, no puedes comprender que lo más importante 'actualmente' es la situación de los países subdesarrollados". Con su habitual acidez, Gombrowicz respondió en un telegrama: "Subdesarrollado, no hables tonterías. *Ferdydurke* no lo puedo enviar. Prohibición de Washington lo veda a tribus de nativos para imposibilitar desarrollo, condenados a perpetua inferioridad". Roby no se quedó atrás en su contestación:

"Querido Witoldito, recibí tu cartita, veo que progresas, pero vanamente te esfuerzas en ser original".

El novelista veía que al futuro líder guerrillero ese "hablar genial, loco, estudiantil, le había entrado en la sangre. [...] Entusiasmo, fe en el progreso, idealismo, fe en el pueblo, romanticismo, socialismo y patria".

"¡Europa se acabó! ¡Ha llegado la hora de América!", le decía Santucho durante sus largas conversaciones. "Tenemos que crear nuestra propia cultura americana. [...] El arte tiene que vincularse con el pueblo, con el folklore... Tenemos que descubrir nuestra problemática exclusivamente americana".

Para Gombrowicz, Santucho era "un muchacho de 'color subido', cabellera negra ala de cuervo, piel aceite-ladrillo, boca color tomate, dentadura deslumbrante. Un poco oblicuo, a lo indio, robusto, sano, con ojos de astuto soñador, dulce y terco... ¿qué porcentaje tendrá de indio? Y algo más todavía, algo importante, es un soldado nato. Sirve para el fusil, las trincheras, el caballo".

En julio de 1961, durante una asamblea en Santiago del Estero y con la presencia de delegados de provincias del norte argentino, se acordó que el incipiente movimiento fundado en 1959 por los hermanos Francisco René y Asdrúbal Santucho se denominara Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP). La organizacion emitió una declaración de puntos básicos y desde octubre comenzó a editar un boletín mensual. Inicialmente, el grupo reivindicaba la tradición de Túpac Amaru, sentía afinidad con algunos movimientos nacionalistas como el APRA peruano y se proponía organizar a los hacheros y campesinos del monte santiagueño, considerados los más explotados del país. Parte de las declaraciones del FRIP se difundían de manera bilingüe, en español y en quechua. Así, en el primer número de su boletín, de octubre de 1961, se puede leer: "Ckari, huarmi masisniycu: Ama ckechuchina cuychischu; Saya cuychis. Nockai cuan sujllayaychis, sujlla allpa cananchispaj" (Hombres y mujeres, nuestros semejantes: no permitáis que se os quite, que se os despoje; paraos, resistid. Uníos a nosotros para que seamos una sola fuerza).

Roby Santucho, estudiante de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Tucumán, incorporó a esa visión la nueva realidad latinoamericana, marcada continentalmente por la

Revolución Cubana y en el plano local por las movilizaciones de los obreros del azúcar. Tras recibirse de contador, Mario Roberto Santucho ingresó como asesor en la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA). Allí conoció, entre otros, al secretario general del Sindicato del Ingenio San José, Leandro Fote, y a Antonio del Carmen Fernández, ambos militantes de Palabra Obrera, una organización trotskista liderada por Nahuel Moreno, que desde 1961 participaba en las luchas de los ingenios.

La actividad común llevó a que, en julio de 1964, ambos grupos establecieran un acuerdo. Junto con la formación del Frente Único FRIP-PO, apareció un nuevo órgano regional de prensa, el periódico quincenal *Norte Revolucionario*. El 31 de enero de 1965 decidieron fusionarse, dejando constituido el Comité Central de la nueva organización, a la que provisoriamente llamaron Partido Unificado FRIP-PO. Una de sus primeras actividades públicas fue presentar candidatos obreros con un programa avanzado en las elecciones provinciales. Durante una masiva asamblea en el Ingenio San José, Leandro Fote fue votado como candidato a diputado provincial dentro de las listas del partido neoperonista Acción Provinciana. Con las elecciones del 14 de marzo de 1965, nueve de los candidatos obreros llegaron a la legislatura provincial; entre ellos, Fote.

El 25 de mayo de ese año se reunió el Congreso de Unificación, que constituyó formalmente al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), nombre votado mayoritariamente por las bases de la organización. Ese Primer Congreso del PRT le encomendó a Santucho elaborar sus "Cuatro Tesis sobre el Norte Argentino", documento aprobado por el Comité Central del PRT poco después. En él señalaba a la clase obrera como la protagonista de la revolución en la Argentina, y a los trabajadores azucareros como su vanguardia en el norte del país.

El golpe de Estado de Onganía del 28 de junio de 1966, la ofensiva del Vietcong en el año nuevo lunar (Tet) a principios de 1968, las caídas del Che en Bolivia y de Camilo Torres en Colombia, "dieron lugar a una fuerte discusión en torno a la necesidad de iniciar la lucha armada en la Argentina", como señala el historiador Pablo Pozzi. La derrota de los trabajadores azucareros en su lucha contra el cierre de ingenios emprendido por la dictadura de Onganía llevó a que en los

años siguientes el campo tucumano perdiera casi un cuarto de su población, forzada a buscar trabajo en otras zonas del país. En esa realidad, la discusión sobre la posibilidad y la conveniencia de crear una guerrilla rural en Tucumán generó una dura lucha fraccional en el PRT.

En enero de 1968, cuando se completaban los preparativos de su Cuarto Congreso, se produjo la fractura de la organización. Ambas fracciones se denominaron PRT, distinguiéndose por el nombre de sus periódicos: *El Combatiente* (PRT-EC, liderado por Santucho) y *La Verdad* (PRT-LV, dirigido por Nahuel Moreno). El PRT-EC realizó su Cuarto Congreso los días 25 y 26 de febrero de 1968, y en él aprobó un documento (*El único camino hasta el poder obrero y el socialismo*, conocido por la militancia como "el Librito Rojo") que sostenía la necesidad de iniciar acciones guerrilleras y la formación de un ejército revolucionario popular. Por su parte, el PRT-LV centrará su acción en los ámbitos fabril y estudiantil, y en 1972 formará el Partido Socialista de los Trabajadores junto con el sector del PSA que orientaba Juan Carlos Coral.

El 29 de mayo de 1969, con el Cordobazo, se abrió una etapa de movilizaciones antidictatoriales que pusieron en jaque a los sucesivos gobiernos militares de Onganía, Roberto Levingston y Alejandro Lanusse. El PRT-EC, luego del estallido popular de 1969 que abarcó a las principales ciudades del interior, inició pequeñas acciones (captura de armas, colocación de *caños*, el asalto a un banco). A fines de octubre de 1969, la caída de un joven militante en la localidad de Monteros llevó a que la Policía de Tucumán detuviese a unos cuarenta miembros de la organización en la provincia. Mario Roberto Santucho fue detenido el 24 de noviembre. A comienzos de 1970 fue llevado a la cárcel tucumana de Villa Urquiza, de donde logrará escapar el 9 de julio, para crear el ERP.

El nacimiento del ERP

"Una tarde,
rodeado de la verde claridad de tu paisaje,
atravesada mi delgada corteza
por el estridente desafío de tu líder,
fortalecido en mi entrega

ante la abnegada presencia de mis hermanos
heroicos partícipes de tu sufrimiento,
con mi roja savia
calentándose en el apretado abrazo
del informe coloso
que te calcina y te fecunda,
descubrí mis entrañas,
supe que tu rebeldía me pertenece,
aprendí que mis fibras
—como el estirado cuero de tu voz—
sólo se satisfacen y trascienden
con el rítmico golpear
que en el nombre del futuro
reclama la lucha por tu liberación".

Estos versos escritos por Santucho en 1969 expresan la certeza de una decisión ya tomada y la proximidad del "rítmico golpear" de la lucha armada.

"Hoy,
cuando mi nacimiento se avecina,
cuando asomo del vientre de mi madre
—la limpia adolescencia del pasado—
mi cabeza iniciada en madureces,
te dejo esta poesía
testimonio violento de mi compromiso. [...]
Mañana,
cuando la luna y el sol
se desposen por segunda vez
inaugurando el reinado
del dios-hombre,
cuando toda plenitud sea cierta
y los mundos-alma se conjuguen
en un abrazo procreador,
recordaré este instante como el alba".

El "nacimiento que se avecina" finalmente se produce los días 29 y 30 de julio de 1970, cuando el Quinto Congreso del PRT-EC, tras

nuevas rupturas en su seno, funda el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Desde 1968, diversos grupos (Fuerzas Argentinas de Liberación —FAL—, Fuerzas Armadas Peronistas —FAP—, Fuerzas Armadas Revolucionarias —FAR—, entre otros) habían iniciado acciones guerrilleras contra la dictadura de Onganía, y desde mayo de 1970 se había dado a conocer la organización Montoneros, al secuestrar y después matar al general Pedro E. Aramburu.

"El ERP pasa a combatir en forma organizada, uniendo su actividad combatiente a las de otras organizaciones hermanas [...], en su lucha contra la opresión económica, política, cultural y militar que la dictadura ejerce en representacion del imperialismo yanqui y del capitalismo argentino. Es el comienzo de nuestra participación plena en la guerra de la Segunda Independencia, continuación de la que los fundadores de nuestra nacionalidad, el pueblo y los héroes, San Martín, Belgrano, Güemes, etc., sus soldados y guerrilleros, los anónimos hombres y mujeres que se sacrificaron junto a ellos, libraron de 1810 a 1824, contra la dominación española. Hoy como entonces, la lucha será larga", anuncia en su declaración "Al Pueblo Argentino", publicada por *La Tribuna* de Rosario el 20 de setiembre de 1970, luego del copamiento de la Comisaría 24ª de esa ciudad. "Esta acción y nuestras operaciones posteriores tienen un objetivo principal, el despertar la conciencia popular, mostrar a todos los patriotas el camino revolucionario".

Distinguiendo entre "democracia" y "legalidad", los revolucionarios setentistas consideraban que la defensa de los espacios democráticos estaba relacionada con la protección de los canales por los que se expresa y participa la mayoría popular, dentro de las instituciones o fuera de ellas. Su carácter democrático sólo estaba dado por ser la expresión de la mayoría de la población. Para el PRT y otras organizaciones de izquierda, democracia significaba *poder popular*. En la visión del PRT-ERP, la lucha guerrillera debía profundizar y ensanchar los espacios democráticos de ese poder. Según lo expresa Pablo Pozzi, durante la dictadura militar de 1966-1973, la organización "intentó una profundización de la participación popular a través de la articulación de distintas formas de lucha. En este sentido el PRT-ERP se ubicó claramente del lado de la democracia popular", aunque sus grandes acciones pos-

teriores a la asunción de Cámpora resulten contradictorias con esa intención.

Hacia fines de 1971, el general Lanusse dio a conocer su propuesta de apertura electoral e institucionalización política, el "Gran Acuerdo Nacional" (GAN), destinado a aislar a las organizaciones que planteaban la revolución social. Santucho impulsó la formación de los Comités de Base (CB), organismos legales para una posible participacion electoral (que no se concretaría) y que cumplían también las funciones de un grupo de autodefensa guerrillero.

El 3 de diciembre de 1972 se creó, a instancias del PRT, el Frente Antiimperialista Antidictatorial (FAA), presidido por Silvio Frondizi, que no logró constituirse en alternativa a la fórmula del Frente Justicialista de Liberacion (Frejuli) que llevará a Héctor Cámpora a la Presidencia. Sobre la base de la frustrada experiencia de los CB y del FAA, el 18 de agosto de 1973 se constituye en Tucumán el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS) "como instrumento político para la unidad de los revolucionarios".

El PRT consideraba que la profundización de todas las formas de lucha, incluida la armada, desarrollaría elementos de *poder dual,* es decir generaría formas de poder popular enfrentadas al sistema y sus instituciones. Desde el FAS propuso la candidatura de los dirigentes gremiales clasistas Agustín Tosco y Armando Jaime, que no se concretó, para las elecciones que ganaría la fórmula Perón-Perón en setiembre de 1973. En julio de ese año había fundado el Movimiento Sindical de Base (MSB) "como forma de garantizar la participación y la democracia clasista de los trabajadores". El MSB dirigirá varias coordinadoras de gremios e integrará, junto a Tosco y agrupaciones gremiales dirigidas por el Partido Comunista, el Movimiento Sindical Combativo (MSC).

El FAS, que aglutinó a varios partidos y diversas organizaciones de izquierda, realizó seis congresos (el Quinto en Resistencia, el 24 de noviembre de 1973 y el Sexto en Rosario, el 5 de junio de 1974) antes de disolver su contenido antiimperialista —y perder a sus aliados— al transformarse en enero de 1975 en el Frente Democrático y Patriótico.

Un rasgo destacado del PRT-ERP era su concepción internacionalista latinoamericana. A principios de 1974 creó la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR) junto con el MIR chileno, el PRT-

ELN boliviano y el MLN Tupamaros del Uruguay. Para esa misma época instalaba en Tucumán su Compañía de Monte "Ramón Rosa Jiménez", para iniciar la guerrilla rural.

Aun después del golpe militar, el 2 de abril de 1976, al esbozar en su mensaje "Al clero argentino" los objetivos básicos por los cuales la organización continuaba su combate, Santucho afirmaba: "Nuestro Ejército Guerrillero lucha por un cambio fundamental, por la nacionalización del capital extranjero, por la reorganización global de la economía de acuerdo a una planificación que responda a las necesidades colectivas por encima de los intereses individuales, por la ruptura de los pactos políticos y militares que nos atan al imperialismo yanqui, por la reforma agraria y la reforma urbana (expropiación de viviendas de todas las empresas inmobiliarias y entrega en propiedad a los inquilinos, por la construcción masiva de monoblocks por planes trabajador-estado), por la liquidación del analfabetismo, por la democracia social, en una palabra, por la completa reorganización del país sobre nuevas bases socialistas".

"Cuando mi papá escribía las declaraciones o los editoriales de *El Combatiente*, no se aislaba de nosotras", recuerda Ana Cristina, la mayor de las tres hijas de Mario Roberto Santucho. "Era graciosísimo y muy cariñoso. Nos abrazaba y nos decía: 'Ana Cristina, cola de gallina. Marcela Eva, nació en la cueva. Gabriela Inés, traste al revés'. Nos estimulaba mucho para que seamos buenas alumnas.

Una vez escondí el boletín con las notas, muy bajas, del primer bimestre. 'Pero me lo hubieras dicho —dijo cuando lo encontró—. Es lógico, con tantas veces que nos tuvimos que mudar...' Y ahí me levantó el ánimo para que estudie y levante las notas.

En el verano de 1970-1971, mi papá me enseñó a jugar al ajedrez y a andar en bicicleta. Se quedaba con nosotras dos o tres días por vez. Yo tenía un amiguito del barrio que era dos años mayor y él jugaba también al ajedrez con papá. Vivimos con él hasta el 8 de diciembre de 1975, cuando nos secuestra el Ejército".

Santucho se desvivía por sus hijas. Con frecuencia se exponía yéndolas a buscar a la salida de la Academia donde estudiaban. "En el '75 papá nos llevó a la cancha a ver un partido de fútbol. Jugaban River y Estudiantes y me acuerdo que ganó Estudiantes. Salíamos con mis hermanas y Liliana [Delfino]. Papá subió unos kilos a propósito pa-

ra dificultar su identificación y se ponía un bigotito gordo. Era la única cosa que se ponía. Y yo le decía: '¡Lo tenés torcido, papá!'.

"En 1974 vino del monte, de Tucumán. En casa cocinó un guiso de mondongo riquísimo que le enseñaron unos *compas* allá, en el campamento. Él me decía: 'Cuando tengamos la zona liberada vamos a estar bien y vamos a estar todos juntos'. Mi hermana Marcela estaba muy disconforme con la forzada clandestinidad".

En labios de familiares, amigos y compañeros de militancia, estas imágenes de militantes y dirigentes del PRT-ERP quizá suenen excesivamente idealizadas. Sin embargo, no sólo quienes los recuerdan con cariño usan palabras de encomio al mencionarlos. A pesar de considerarlo un "delincuente subversivo", el oficial de la inteligencia militar Carlos Antonio Españadero siempre le tuvo a Santucho "un profundo respeto. Era un líder. Era mi enemigo, pero eso es otra cosa. En el campo militar, mi enemigo es tan honesto como yo. Santucho era palabras mayores. Santucho era un asceta".

Los relatos sobre las "apariciones" de los 23 de diciembre en el antiguo Batallón "Viejobueno" fueron recogidos de vecinos de la zona por el autor. Las expresiones de Laura Bonaparte, Juana Marabotto, Perla Diez, Ana Cristina Santucho, Liliana G., "Carozo", J., D. y compañeros de estudios de Claudio Tisminetzky pertenecen a conversaciones y correspondencia con el autor.

Los comentarios de Witold Gombrowicz sobre los hermanos Santucho y su correspondencia con "Roby" se encuentran en su libro *Diario argentino*, traducción de Sergio Pitol, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2001 (primera edición: Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1968).

Los orígenes del FRIP y el PRT se describen en el prólogo de Pablo Pozzi a la obra de Daniel De Santis, *A vencer o morir. ERP. Documentos*, 2 tomos, Eudeba, Buenos Aires, 2000, y en Ernesto González (coordinador), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, tomo 3: "Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana", volumen 2: "(1963-1969)", Antídoto, Buenos Aires, 1999. En el capítulo también se ha citado, de Pablo Pozzi, *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Eudeba, Buenos Aires, 2001.

Las propuestas iniciales del FRIP se encuentran en los folletos "Lucha de los pueblos indoamericanos" (de 1960) y "El proletariado rural detonante de la revolución argentina (Tesis políticas del FRIP)", reeditados por la Secretaría Ideológica del FRIP, Norte Argentino, 1963 y 1964, respectivamente. *El único camino hasta el poder obrero y el socialismo*, documento fundacional del PRT-EC, lleva las firmas de "Carlos Ramírez" (Mario Roberto Santucho), "Sergio Domecq" (Oscar Prada) y "Juan Candela" (Helios Prieto). Estos dos últimos se separaron del PRT-EC antes de la fundación del ERP. Transcripciones parciales y comentarios críticos del "Librito Rojo" (llamado así por el color de las tapas de su primera publicación, Ediciones Combate, Buenos Aires, sin fecha, pero de 1968; su 2ª edición es de 1969) pueden consultarse en la obra citada de Ernesto González y en Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada* (Edición ampliada), Editorial de la Campana, Buenos Aires, 1995. Otros documentos de la organización se hallan en la obra citada de Daniel De Santis. Sobre los efectos del cierre de ingenios azucareros en Tucumán, puede consultarse el trabajo de Emilio Crenzel, *El tucumanazo*, vol. 1, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991.

Las declaraciones del coronel Carlos Antonio Españadero fueron publicadas por la revista *Tres Puntos*, nº 104, 1 de julio de 1999.

Con respecto al apellido Bruchstein, se ha preferido rescatar su grafía original —y no "Bruschtein", como fue mal registrado por las autoridades migratorias argentinas—.

CAPÍTULO 2

Los militares

"Es bien conocido por la población que siempre y en toda circunstancia el Ejército ha sido respetuoso de las personas, y de sus legítimos derechos. No practica ni admite avasallamiento de ninguna índole".

COMANDO EN JEFE DEL EJÉRCITO ARGENTINO,
13 de enero de 1972

En 1911, un conde alemán publicó sus impresiones sobre la Argentina, tras visitarla durante los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo. Osvaldo Bayer tradujo algunos párrafos interesantes de ese libro: "Ese país está administrado por un gobierno muy práctico y de orden. Realmente a mí me hizo muy bien ver con qué vigor la emprende contra todo intento de crear disturbios en el desarrollo y en la vida pública. En la Dársena Sur, en la desembocadura del Riachuelo, se hallaba anclado un barco bien grande que [...] se iba poblando poco a poco con esa chusma de carne de presidio que la policía iba cazando aquí y allá. Me señalaban además que, cuando estaba lleno, comenzaba un *viaje de turismo* a Tierra del Fuego y allí se los desembarcaba. [...] Se habló mucho de una huelga general que iba a comenzar con perturbaciones de las numerosas líneas de tranvías eléctricos [...]. Pero antes que se comenzara, ya iban apostados soldados atrás y adelante de los vehículos, con fusil cargado y, de anteriores experiencias, se sabía demasiado bien que esos guardias no dudaban mucho en apretar el gatillo".

Quien así elogiaba el papel de las fuerzas armadas argentinas era el mariscal de campo Colmar von der Goltz, conde prusiano y teórico del militarismo alemán. La obra del mariscal Goltz, *La nación en armas,* durante décadas integró el bagaje del Ejército Argentino, junto con los fusiles Mauser y los cañones Krupp.

Ya antes del Centenario (desde los tiempos del Directorio hasta las huelgas de 1904 y 1909, pasando por las campañas contra los caudillos del interior y la "Conquista del Desierto") los ejércitos nacionales habían combatido con mayor frecuencia a "enemigos internos" que a fuerzas extranjeras. Pero los instructores prusianos seguidores de Goltz, que el Ejército Argentino contrató a partir de 1910, se encargaron de difundir entre los cadetes del Colegio Militar una "doctrina integral de defensa", según la cual las fuerzas armadas constituían la esencia de la nacionalidad, su salvaguarda y su principal custodio.

No es nuestra intención detallar minuciosamente el desarrollo de esas doctrinas en las fuerzas armadas. Lo que sí parece claro es que sus integrantes, históricamente, se han esmerado en asimilar prácticas para combatir a los trabajadores de su propio país. Baste mencionar la represión contra los reclamos de los obreros de La Forestal (1918-1921), en la "Semana Trágica" de enero de 1919, durante las huelgas de la Patagonia (1921-1922), contra los paros y las movilizaciones de los años sesenta y setenta, o recordar los argumentos esgrimidos en cada golpe de Estado, desde 1930 hasta 1976. En su reiterada vocación para erigirse en "los salvadores de la Patria", las fuerzas armadas habitualmente encontraban al "enemigo" entre los sectores populares.

Esta actitud tuvo una drástica vuelta de tuerca desde la segunda mitad de la década de 1950, cuando los "intereses superiores de la Nación", que los militares alegaban defender, pasaron a identificarse con los de la "civilización occidental y cristiana".

De Argelia a Buenos Aires

En 1953, mucho antes de que en la Argentina alguien pensase en formar un grupo guerrillero, el Ejército envió al teniente coronel Carlos J. Rosas a realizar cursos de capacitación en Francia. Por entonces, los militares franceses enfrentaban los reclamos emancipadores de sus colonias en Asia y África. En Indochina y Argelia, desarrollaron las nociones de "guerra revolucionaria" y "contrainsurgencia" para combatir a los movimientos independentistas. Los métodos y doctrinas de los militares colonialistas poco tenían que envidiar a las

prácticas de la Gestapo nazi: secuestros realizados por "grupos de tareas especiales", centros clandestinos de detención, tortura sistemática a prisioneros, destrucción masiva de aldeas, "represalias" sobre la población en general luego de acciones guerrilleras.

El teniente coronel Rosas regresó al país en 1955. Con él llegaron dos oficiales franceses, que como instructores de la Escuela Superior de Guerra (ESG) impartieron cursos de contrainsurgencia. Rosas, nombrado subdirector de la ESG, consideraba que la tarea principal del Ejército era tratar con la "amenaza comunista", ya que, según él, había pasado la época de proteger las fronteras. La embajada norteamericana, como lo evidencia una de sus periódicas evaluaciones, se proponía cultivar el interés de Rosas por la acción antiguerrillera.

Dos oficiales del ejército francés convirtieron en "doctrina" esas prácticas. Los libros del general André Beaufre y el coronel Roger Trinquier integraron el material de formación de los oficiales argentinos. En su concepción, todo movimiento popular de masas puede servir de base para una "agresión subversiva". Es decir que potencialmente la mayoría de la población es "peligrosa" para el Estado; debe ser vigilada, controlada y, eventualmente, reprimida. No era sólo una teoría: el coronel Trinquier fue oficial de los paracaidistas franceses que en 1957, bajo las órdenes del general Massu, establecieron el terrorismo de Estado en Argelia y dejaron como sus herederos a la Organización del Ejército Secreto (Organisation de l'Armée Secrète - OAS), uno de los antecedentes históricos de la Triple A argentina. Cabe recordar además que, según Martin Andersen, en 1972 la Policía Federal fue asesorada por un ex jefe de la OAS francesa.

El coronel Mario Orsolini, en un libro sobre el Ejército Argentino, consideraba que las teorías francesas llenaban el vacío producido por la desaparición de la posibilidad de guerra con los países vecinos. La influencia de esas ideas es notable entre oficiales del Ejército Argentino aún hoy. En el sitio de la institución en internet, se lee que "durante la década del setenta, estando en plena vigencia la llamada 'Guerra Fría', el bloque oriental, liderado por la ex Unión Soviética, fomentó y financió acciones subversivas en el mundo occidental, particularmente en los países del denominado Tercer Mundo. Su objetivo consistía en instalar regímenes totalitarios, mediante las técnicas de la guerra de guerrillas y el terrorismo". Estas definiciones ignoran adrede el hecho de que la URSS tenía como aliados en los

países del Tercer Mundo a partidos comunistas que, como en el caso de la Argentina, se oponían a la guerrilla y en varias ocasiones propusieron "gobiernos cívico-militares" como salida a crisis políticas.

La "Doctrina de Seguridad Nacional"

Desde la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos prestaron una atención muy especial al entrenamiento de los militares latinoamericanos. En la zona bajo su soberanía en el Canal de Panamá, los norteamericanos construyeron seis bases del ejército (Fort Randolph, Fort Davis, Fort Gullick, Fort Clayton, Fort Kowne y Fort Howard) y tres de la fuerza aérea (Francia, Albrook y Howard). Hasta 1964 se habían entrenado allí 10.495 oficiales latinoamericanos.

La Escuela del Caribe del Ejército de los Estados Unidos, por mencionar uno solo de sus centros, funcionaba en Fort Gullick. En sus diecinueve edificios se realizaron cursos de lucha antiguerrillera similares a los impartidos en la Army Special Warfare School de Fort Bragg en Carolina del Norte, pero adaptados a las peculiaridades de nuestro continente. En los Estados Unidos fueron entrenados 2.766 oficiales argentinos antes del golpe de 1976, y más de 600 en Panamá, en los "cursos de comandos". Roberto Eduardo Viola, Leopoldo Fortunato Galtieri, Mohamed Alí Seineldín son algunos de los egresados de la Escuela de las Américas, que desde 1984 funciona en Fort Benning, en el estado norteamericano de Georgia.

¿A dónde apuntaba esta capacitación militar? ¿Cuál sería el enemigo a combatir? Los norteamericanos, conscientes de la precaria situación social en nuestro continente y muy preocupados por el fracaso de la invasión a Cuba en 1961, prepararon oficiales para reprimir a los movimientos revolucionarios antiimperialistas que, según pronosticaban ya entonces, surgirían en America latina.

Esta concepción avanzaba sobre las teorías francesas. Orientaba la búsqueda del enemigo dentro del propio país y sostenía que la intervención de las fuerzas armadas era necesaria para "resolver" el conflicto interno, incluso antes de que éste se manifestase en luchas abiertas. Fue denominada "Doctrina de Seguridad Nacional" y adoptada sin reparos mucho antes de que surgiera la guerrilla en nuestro país, admitiendo de este modo que la insurgencia no sería la causa

sino la consecuencia de la situación política, social y económica. Durante su visita a West Point en 1964, el general Juan Carlos Onganía declaró oficialmente el alineamiento del Ejército Argentino con esta doctrina.

Los militares argentinos desarrollarían con bárbara creatividad las nociones aprendidas de sus pares franceses y norteamericanos, llegando al genocidio del "Proceso". Pero ya en abril de 1962, tras el derrocamiento de Arturo Frondizi, un informe del Ejército a los agregados militares extranjeros establecía que "el enemigo principal de nuestra civilización y modo de vida se encuentra en el corazón mismo de nuestras comunidades nacionales". Aconsejaba asimismo la "terapia" para tratar al "virus marxista": "la combinación de ciertos factores puede exigir la intervención oportuna de un cirujano que erradique el mal antes de que el cuerpo se debilite demasiado y esté totalmente enfermo".

Esta doctrina, que constituyó la ideología del terrorismo de Estado, estuvo vigente durante las dictaduras militares de los períodos 1966-1973 y 1976-1983. Pero, a su modo, también la harán suya los gobiernos peronistas desde julio de 1973. El 12 de diciembre de ese año, el presidente norteamericano Richard Nixon nombró a Robert C. Hill como nuevo embajador en la Argentina. Juzgando por su trayectoria, se trataba de un "especialista". En 1954, había ayudado a derrocar al presidente guatemalteco Jacobo Arbenz que amenazaba las inversiones de la United Fruit Co.; como premio, poco después Hill integró el directorio de esa empresa. En 1960 hizo que el gobierno de México suspendiera la venta de petróleo a Cuba; a cambio, otorgó a los ingenios mexicanos parte de los cupos de importación de azúcar a los Estados Unidos. En 1965, Hill jugó un papel decisivo en la intervención de los marines en la República Dominicana y desde mayo de 1973, como secretario de Defensa para los Asuntos de Seguridad Internacional, participó en la preparación del golpe contra el gobierno de la Unidad Popular en Chile.

Durante su pemanencia como embajador en la Argentina, la injerencia norteamericana en nuestro país aumentó en forma notable. La División de Servicios Técnicos de la CIA proveyó equipos de tortura a las fuerzas de seguridad argentinas: alambres, generadores, agujas eléctricas delgadas (para colocar entre los dientes), y les suministró explosivos y armas *limpias* (es decir, aquellas cuyo origen es

imposible detectar). También entrenó a personal argentino en una de sus bases en Los Fresnos, Texas. Entre las materias de esos cursos figuraban la interceptación de líneas telefónicas y la fabricación de bombas caseras.

El subdirector de la CIA, general Vernon Walters, se entrevistó con el presidente Juan Perón en abril de 1974, durante una visita secreta a Buenos Aires. Le señaló la preocupación norteamericana por la posibilidad de un vuelco de la Argentina hacia la extrema izquierda. Perón lo tranquilizó: en marzo ya había aprobado la cooperación de la Policía Federal y los servicios de inteligencia con sus similares de los países vecinos, para detener a opositores exiliados. En mayo, autorizó la formación de grupos paramilitares cuyas tareas serán el secuestro, interrogatorio y ejecución de "terroristas".

En los años siguientes, la "Doctrina de Seguridad Nacional" tendrá expresiones cada vez más extremas. El vicealmirante Eduardo Fracassi realizó un original descubrimiento teórico: "Estamos en la Tercera Guerra Mundial, no podemos enviar a la gente al pelotón de fusilamiento públicamente porque hasta el Papa se opondría". El general Oscar Bartolomé Gallino adhirió a esa idea: "En ese momento estábamos en Argentina peleando la Tercera Guerra Mundial. Era un ataque del comunismo internacional, del trotskismo internacional, que quería subyugar a un pueblo como lo había hecho con otros, también incluso de la América".

No faltaron las concepciones abiertamente nazis asociadas a estas doctrinas de contrainsurgencia. Así, la revista *Patria Peronista - Órgano de reafirmación doctrinaria*, en una historia disparatada de los grupos de izquierda, aseguraba —al peor estilo del antisemitismo del Tercer Reich— que en Cuba "es donde definitivamente se reclutan, a través de Fidel Castro Ruz —también masón y de ascendencia judía— para la causa soviética. Este es el punto donde se termina el 'Trotzquismo' y su interpretación del socialismo nacional para definirse totalmente 'marxista-leninista' y abrazar la causa de la Revolución Cubana y entrar en la órbita del imperialismo soviético para ejecutar las órdenes del aparato de inteligencia (GRU) al fin de alcanzar, en gran medida de acuerdo con la CIA, los sueños del gran profeta Teodoro Herzl: la dominación del mundo por parte de los judíos a través del credo marxista". En una línea similar, dos años después, el general Otto Paladino supervisará bajo un retrato de Adolf Hitler las

torturas aplicadas a los detenidos-desaparecidos en el centro clandestino de detención "Automotores Orletti".

Algunos se remontarán aún más lejos en su fundamentación ideológica de la "guerra sucia": el jefe del Operativo Independencia en Tucumán, general Acdel Vilas, en un manuscrito que la superioridad militar no autorizó a publicar, sostiene que la subversión se origina en los idearios de la Revolución Francesa de 1789, y caracteriza a la lucha antisubversiva como un conflicto "entre las Fuerzas de la Luz y el Reino de las Tinieblas", donde nadie está fuera de sospecha.

Sin embargo, el mismo día en que el general Domingo Bussi reemplazó al general Vilas al frente del Operativo Independencia, el diario *La Opinión* citaba, sin nombrarlo, a "un alto oficial del Ejército" que reconocía otras causas para la lucha armada en el país: "el punto de arranque de la guerrilla rural se remonta a 1966, cuando Onganía cerró once ingenios, alrededor de 200.000 tucumanos se marcharon y cundió la desocupación. Allí se generó una causa real de la guerrilla. En cambio, la urbana corresponde a una cuestión ideológica importada, de carácter marxista, para imponer la patria socialista".

La "subversión apátrida"

Pese a que durante años venían instruyéndose en contrainsurgencia, la aparición de organizaciones que, como Montoneros y el ERP, contaban con simpatía en importantes sectores de la población generó una gran preocupación en los militares argentinos. Un ex guerrillero recuerda que "Emilio [Jorge Arreche] vino una vez a contarnos que luego de que agarraran al coronel Crespo [en 1973], lo metieran en un auto y le dijeran que eran del ERP, el tipo se quedó blanco y se cagó en los pantalones. 'Pero ¿cómo? ¿Se cagó todo?', le pregunté. '¡Sí, literalmente!', dijo Emilio. [...] El coronel después fue liberado porque tenía una enfermedad. Estuvo un tiempo en una *cárcel del pueblo* y de allí le escribía cartas a su mujer sobre nuestra lucha".

Es llamativa la diferencia que los militares establecían frente a las distintas organizaciones guerrilleras. Martin Andersen —que trabajó en la oficina de la CIA en Buenos Aires desde 1972 hasta 1974—

afirma que, según un ex jefe de la sección bonaerense de la CIA, "el ERP era considerado un blanco más importante que los Montoneros. Los militares estaban perturbados porque el ERP los hacía parecer incompetentes". Muchos testimonios confirman esa aseveración, cuya ideología se puede ejemplificar con una anécdota de los años setenta.

En una de las paredes de la Escuela de Infantería de Campo de Mayo apareció una pintada revolucionaria, con un dibujo de armas, firmada por un tal "Lumi". El propio Lumi, que entonces era conscripto, recuerda que un mayor del Ejército "convocó inmediatamente a formación de nuestra unidad (que era la compañía antisubversiva 222) y preguntó quién era 'Lumi'. Ante nuestro silencio, este oficial (era gordito y de voz aflautada) comenzó una arenga pero esbozándola en forma muy didáctica". El mayor explicó que "acá hay dos guerrillas que son nuestro enemigo. Una está dirigida por Mario Eduardo Firmenich y se llama Montoneros, la otra la dirige Mario Roberto Santucho y se llama ERP. De los primeros olvídense porque es como si fuéramos nosotros. El enemigo, el más peligroso, al que hay que destruir, es el segundo".

En el mismo sentido, el ex capitán Héctor Vergez afirmó que "de las dos, era más peligrosa la organización del PRT-ERP, con un grado de pureza filosófica mayor, puesto que era marxista-leninista". El contraalmirante Horacio Mayorga dijo sin pelos en la lengua: "Le puedo asegurar que hablar con un tipo del ERP metía miedo".

Esta diferenciación se hará notable a partir de 1976, cuando las fuerzas armadas se distribuyan las tareas represivas. Al Ejército, más numeroso, le tocará aniquilar al PRT-ERP, y la Armada, siete veces más pequeña en efectivos, se encargará de Montoneros. Sin duda, en la concepción de los militares, el "enemigo principal" era el ERP.

En los centros clandestinos de detención de Campo de Mayo —a diferencia de lo ocurrido en la Escuela de Mecánica de la Armada— no hubo ningún tipo de "staff" conformado por militantes colaboracionistas. Ningún prisionero del PRT participó en proyecto político alguno del Ejército. Los oficiales de esta institución no cohabitaron con guerrilleras "arrepentidas" del ERP. Rosendo Fraga, en su libro *Ejército: del escarnio al poder*, señala que un sector del Ejército mantenía buenas relaciones con Montoneros, aunque sólo para aislar y neutralizar al ERP. Mientras la Armada hacía notorias excepcio-

nes en su accionar contra el peronismo montonero —por ejemplo, hacia fines de 1978, al dejar en libertad a más de cincuenta detenidos-desaparecidos de la Escuela de Mecánica (ESMA)—, el Ejército no dudó en destinar al exterminio a todos los militantes del PRT-ERP en su poder.

La única excepción parece confirmar la regla: la militante de la Juventud Guevarista Patricia Erb, hija de un pastor norteamericano. Fue liberada tras una gestión del embajador Robert Hill y de Gerald Ford, presidente de los Estados Unidos, ante el general Videla. Reunidos en el Comando en Jefe del Ejército, Videla y Viola tuvieron que imponerles, insultos mediantes, a Santiago Omar Riveros y otros generales la liberación de la guerrillera, la cual fue rápidamente embarcada en un avión hacia Norteamérica. Para los militares, los guerrilleros del ERP eran "antinacionales", "subversivos apátridas" irrecuperables, sin excepción.

Pena de muerte, con o sin ley

El 20 de agosto de 1975, a las 11.20 de la mañana, la unidad "Decididos de Córdoba" del ERP había atacado la Jefatura y la División Informaciones de la Policía cordobesa. Según el periódico del ERP, *Estrella Roja*, el objetivo era "detener y ajusticiar a todo el personal de esa dependencia encabezada por el comisario Telerin", acusados de gran cantidad de asesinatos. Si bien el copamiento no se logró, provocó poco menos que pavor entre las fuerzas policiales, al saber que la guerrilla no perdonaría la vida de los torturadores. Horas después, en la misma ciudad, durante una acción de distribución de propaganda fue atrapado "Ramiro" (Ricardo Levin), un militante de 21 años, estudiante de periodismo. Fue inmediatamente fusilado a sangre fría.

En esos mismos días, en los cañaverales del INTA en Tucumán fueron apresados seis guerrilleros. Uno de ellos era "Chirola" (Julio César Guanziroli), estudiante de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y padre de un pequeño niño llamado Ernesto. Chirola había sido uno de los refuerzos del ERP enviados en mayo de ese año para el frustrado asalto a la localidad de Famaillá. Al ser descubierta la unidad guerrillera en las proximidades de Manchalá, el joven ha-

bría participado del intenso combate, cubriendo su retirada. Los insurgentes detenidos fueron trasladados a la Escuela N° 11 de Famaillá, donde los sometieron a torturas. Tres días después, Chirola y los demás prisioneros fueron fusilados uno por uno, salvo uno de ellos que logró fugar al comenzar las ejecuciones.

Cerca de la localidad de Clarke, en la provincia de Santa Fe, el sábado 11 de octubre de 1975 las fuerzas de seguridad capturaron a cinco miembros del ERP. Entre ellos estaba el teniente "Jorge Sombra" (Eduardo Favario). En los años sesenta, Favario se había destacado como artista plástico; integró la muestra colectiva "Tucumán arde" en 1968, para luego abandonar la pintura e incorporarse al PRT. A los cinco militantes los masacraron en el lugar de su detención, a pesar de que estaban desarmados.

El jueves 4 de diciembre de 1975, durante una acción de propaganda en la planta de la metalúrgica Tamet en la Capital Federal, dos militantes fueron descubiertos por la policía y muertos en otro supuesto "enfrentamiento". Eran Mario Eduardo Geffner, de 23 años, y Angélica Ferrazzuolo, de 28 años, responsable del PRT en dicha fábrica. Ambos integraban la Compañía "Héroes de Trelew" de la Regional Capital del ERP.

Los medios de difusión describían estos y otros hechos similares como "enfrentamientos con delincuentes subversivos de la organización declarada ilegal en primer término". Según se desprende del relato de testigos presenciales, si había resistencia, los tiroteos se prolongaban hasta que los guerrilleros agotasen las municiones. Luego de que se rendían, amparados en la promesa policial de que se respetarían sus vidas, los rebeldes eran ejecutados de inmediato.

Los jefes militares justificaban estos procedimientos. Mientras en el país se discutía si el nuevo proyecto de ley de defensa nacional debía implantar la pena de muerte, el comandante del Tercer Cuerpo de Ejército, Luciano Benjamín Menéndez, explicaba que el Código de Justicia Militar (de la ley 14.020, sancionada en 1951) dispone que los mandos pueden aplicarla en estado de guerra o de conmoción interior, por lo que los comandantes de las zonas militares en estado de emergencia tienen derecho a hacerlo. Menéndez dijo textualmente en una reunión de prensa, llamada para explicar el accionar "de la subversión en América latina", que "la pena de muerte se encuentra implantada en Argentina. Yo digo que debe aplicarse. Y

este comandante de Cuerpo va a aplicar la pena de muerte si no es derogada".

El comandante en jefe del Ejército, general Jorge Rafael Videla, en su intervención del martes 22 de octubre de 1975 en la XI Conferencia de los Ejércitos Americanos en Montevideo, estableció con brutal claridad la posición de las fuerzas armadas: "Si es preciso, en Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país". Era el anuncio directo del plan genocida que ya estaba en marcha.

Finalmente en 1976, el general Roberto E. Viola, ideólogo de la política de desaparición forzada de personas, firmará el reglamento secreto de operaciones donde con todas las letras se establece: "aplicar el poder de combate con la máxima violencia para aniquilar a los delincuentes subversivos donde se encuentren. La acción militar es siempre violenta y sangrienta. El delincuente subversivo que empuñe armas debe ser aniquilado, dado que cuando las Fuerzas Armadas entran en operaciones no deben interrumpir el combate ni aceptar rendición". Ese reglamento especifica que las órdenes emanadas "deben aclarar, por ejemplo, si se detiene a todos o a algunos, si en caso de resistencia pasiva [léase: personas desarmadas; nota del autor] se los aniquila o se los detiene". Otras instrucciones del mismo documento establecían que "tiradores especiales podrán ser empleados para batir cabecillas de turbas o muchedumbres".

En los meses previos al golpe militar, especialmente desde el momento en que las fuerzas armadas se hicieron cargo de la lucha antisubversiva en todo el país, la represión ya operaba con especial brutalidad sobre los militantes revolucionarios capturados. Este accionar sellará el destino de los guerrilleros heridos y apresados dentro del Batallón "Viejobueno".

El texto del mariscal de campo Colmar von der Goltz se encuentra en el artículo de Osvaldo Bayer, "El cementerio de los generales prusianos" (publicado originalmente en Juan Gelman y Osvaldo Bayer, *Exilio*, Legasa, Buenos Aires, 1984, y reeditado en Osvaldo Bayer, *Rebeldía y esperanza*, Ediciones B, Buenos Aires, 1993).

Desde 1958, la *Revista de la Escuela Superior de Guerra* tradujo y dio a conocer artículos de publicaciones militares francesas referidas a la "guerra revolucionaria" y la "contrainsurgencia". Entre otras

obras, hasta comienzos de los setenta eran de lectura habitual entre la oficialidad argentina los libros de André Beaufre, *Introducción a la estrategia* y de Roger Trinquier, *La guerra moderna* y *Guerra, subversión y revolución*, publicados en Buenos Aires por el sello Editorial Rioplatense a partir de 1962. La valoración del coronel Mario Orsolini sobre esas doctrinas se halla en su libro *La crisis del Ejército*, Arayú, Buenos Aires, 1966.

El reglamento secreto de operaciones de 1976 es citado en el libro del ex capitán del Ejército José Luis D'Andrea Mohr, *El escuadrón perdido*, Planeta, Buenos Aires, 1998. Las opiniones del general Bartolomé Gallino se registran en la revista *Todo es Historia*, nº 284, febrero de 1991, y las del vicealmirante Eduardo Fracassi son citadas por Horacio Verbitsky, *La posguerra sucia*, Legasa, Buenos Aires, 1985. La referencia al manuscrito del general Acdel Vilas se puede consultar en Martin Edwin Andersen, *Dossier secreto. El mito de la guerra sucia*, Planeta, Buenos Aires, 1993, donde también se encuentran mencionadas las opiniones de agentes de la CIA en la Argentina y las actividades de la embajada estadounidense (incluido el "Informe para los agregados militares extranjeros de parte de los líderes de las FFAA. argentinas después del derrocamiento de Frondizi", despacho confidencial del Servicio de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, 16 de abril de 1962). La frase de Héctor Vergez es parte de su libro *Yo fui Vargas*, Buenos Aires (edición de autor).

Las declaraciones del general Luciano Benjamín Menéndez durante una reunión de prensa de 1975 están reproducidas en el libro de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad*, tomo 2, Norma, Buenos Aires, 1998.

Los testimonios de "Lumi" y de ex militantes pertenecen a entrevistas con el autor. La información sobre el ataque a la Jefatura de Policía de Córdoba se encuentra en *Estrella Roja*, nº 59, 27 de agosto de 1975.

Capítulo 3

Las grandes acciones

A las 0.30 del 18 de febrero de 1973, seis equipos del ERP parten de las casas donde estaban acuartelados desde doce horas antes. Su objetivo: las instalaciones del Batallón 141 de Comunicaciones, en Córdoba. Los comandos "29 de Mayo", "Che Guevara", "Lezcano-Polti-Taborda", "Jorge Luis Sbédico", "Ramiro Leguizamón" y "Ferreyra-Martínez" inician así el primer gran ataque a una unidad del Ejército. Integran la primera compañía organizada por el ERP. Su nombre, "Decididos de Córdoba", es un homenaje a la unidad de patriotas que en el siglo XIX luchó contra los realistas en la guerra de la Independencia.

Después de acercarse en varios autos, los guerrilleros entran a pie por los fondos del cuartel a la 1.10. Cincuenta minutos después copan el Puesto 8 de guardia, facilitado por el soldado conscripto Giménez, miembro del ERP. Por ahí ingresa el resto del "Grupo de Aniquilamiento", que en pocos minutos reduce los puestos 7, 6 y 5. Simultáneamente penetran el "Grupo de Contención", que avanza hacia la Guardia de Prevención, y el "Grupo de Recolección", que en los Depósitos A y B comienza a preparar las armas que van a llevarse.

Los guerrilleros rodean y reducen al pelotón de relevo de guardia, que a las 4 comienza su recorrido. Luego penetran sorpresivamente en la Guardia de Prevención y el Puesto 1 y dominan a sus 32 efectivos con sólo un tiro de FAL. Media hora después, tras tomar los puestos 2 y 3, la Compañía "Decididos de Córdoba" completa el copamiento, reduciendo a sesenta soldados que dormían y al oficial de servicio, teniente primero Wasnet, que en ese momento llegaba al Batallón.

Dueños del cuartel, los guerrilleros cargan dos toneladas de armamento y municiones en un camión del Batallón. A las 5.30 el vehí-

culo sale rumbo a los depósitos de Logística del ERP. Como seguridad, parte de los atacantes permanecen una hora más en el cuartel, y a las 6.30 se retiran ordenadamente en sus propios autos.

En la operación no hubo bajas de ningún tipo y sólo se efectuaron tres disparos. Los guerrilleros trataron con corrección a más de un centenar de soldados que hicieron prisioneros y se retiraron con un botín que incluía 74 fusiles automáticos livianos (FAL), 2 fusiles automáticos pesados (FAP), 112 pistolas, 2 ametralladoras MAG, 5 lanzagranadas, 74 pistolas ametralladoras, 600 proyectiles para fusil, parque variado y hasta un arma antiaérea. El objetivo estaba más que cumplido: obtener armamento para las unidades que abrirían un frente rural en Tucumán.

El principal artífice de esta acción fue Juan Eliseo Ledesma, entonces un robusto joven de 21 años, obrero de la planta de Fiat en Córdoba. Junto con Santucho preparó el operativo, que luego dirigió personalmente. Dos años después planificará el ataque de Monte Chingolo.

Un "ejército guerrillero regular"

Los ataques a cuarteles del Ejército fueron una característica que, a partir de 1973, diferenció al ERP de otras organizaciones de esa época y que tuvo consecuencias sobre su propio desarrollo. Hay que destacar que, en general, utilizó armamento tomado a las fuerzas armadas y de seguridad, o fabricado en sus propios talleres. Nunca hizo esfuerzos para obtener armas por otras vías, como la compra en el mercado negro o en países del exterior.

En sus primeros dos años y medio de existencia, el ERP sólo había realizado pequeñas y medianas acciones. El ataque al Batallón 141 de Comunicaciones señaló el abandono de esa táctica. Santucho consideró que la organización estaba superando la época de las "sorpresas", los "desarmes" de policías o militares aislados, los "caños" y otros ataques menores. Al mismo tiempo vio grandes posibilidades para el inicio de un frente de guerrilla rural y el desarrollo de la lucha armada en los medios urbanos. En función de esto se formó la primera unidad mediana de combate, la Compañía "Decididos de Córdoba". A partir de entonces, el ERP debía conformar un ejérci-

to popular bajo la dirección del partido. Teóricamente, según el modelo vietnamita que pretendía emular Santucho, el ERP debía ser un organismo de masas dirigido por el PRT pero independiente de él. Sin embargo, en la realidad funcionó como su brazo armado.

Según el proyecto de Santucho, aprobado sin observación alguna por la cúpula perretista, el ERP se transformaría en un "ejército guerrillero regular aunque su característica operativa fuese guerrillera". Dentro de este esquema se crearon nuevas unidades, previendo que cada zona formase un pelotón, cada regional importante tuviese una compañía, y las regionales Gran Buenos Aires y Tucumán contasen con un batallón cada una.

La unidad más pequeña sería la escuadra, integrada por entre ocho y doce combatientes, y organizada en tres células, de tres o más militantes cada una. Su jefe tendría el grado de *sargento*. Tres escuadras formarían un pelotón, de entre 20 y 30 miembros, cuyo responsable era un *teniente*. La suma de tres pelotones constituía una compañía de hasta 90 militantes (con su equipo de logística, podía superar los 100 miembros); su jefe sería un *capitán*, secundado por un Estado Mayor. Finalmente, tres compañías integrarían un batallón, con un total de entre 250 y 300 combatientes. El mando era ejercido por un *comandante* a través del Estado Mayor del batallón.

A partir de 1973, con esta nueva política de grandes acciones, lo militar irá adquiriendo características independientes, desfasándose de la actividad política del partido, su desarrollo y sus necesidades. En el "Informe de Personal" de fin del año 1975, el PRT-ERP afirmaba estar integrado por 5.387 cuadros militantes. De ellos, sólo alrededor de 600 eran milicianos del ERP. Una cifra muy importante, pero bastante alejada de los 24.000 combatientes y 80.000 adherentes, con 25.000 armas cortas, 10.000 armas largas, armas pesadas y misiles, que le atribuyen a la guerrilla algunos activos miembros de la represión.

Pese a la desproporción en la cantidad de efectivos, el ERP llegará a atacar al Ejército en el Batallón de Arsenales 601, donde éste era más fuerte, dejando de lado las reglas de la lucha guerrillera para encarar combates más propios de un ejército regular durante una ofensiva final.

El Comando de Sanidad

Para cuando el ERP realiza su primer gran operativo contra instalaciones militares, los grupos guerrilleros eran vistos con simpatía por parte importante de la ciudadanía, debido a su lucha contra la dictadura militar y a sus caídos, especialmente a los prisioneros fusilados el 22 de agosto de 1972 en la Base Aeronaval "Almirante Zar", en Trelew. Luego del triunfo del Frejuli en los comicios de marzo de 1973, el presidente electo Héctor J. Cámpora pidió a la guerrilla una tregua. El PRT-ERP emitió una "Respuesta" en la que se comprometía a no atacar a las instituciones gubernamentales, incluida la policía mientras ésta permaneciera "neutral". Pero, al mismo tiempo, advertía que "seguirá combatiendo militarmente a las empresas y a las fuerzas armadas contrarrevolucionarias".

El día de la asunción de Cámpora, el 25 de mayo de 1973, una gran movilización popular en Devoto arrancó del nuevo gobierno el cumplimiento de su promesa de liberar a los presos políticos. Conviene recordar que una ley de amnistía, votada y aprobada por el Congreso de la Nación, avaló la liberación de los guerrilleros, con el beneplácito de la población.

El ERP no realizó grandes operaciones en las pocas semanas en que Cámpora estuvo al frente del gobierno. Su segundo gran ataque a una unidad militar tuvo lugar después de que "el Tío" (como lo llamaban los Montoneros) se viese obligado a renunciar, como resultado del golpe palaciego que llevó a Raúl Lastiri a la presidencia interina y a un nuevo llamado a elecciones.

El 6 de setiembre de 1973 a la 1.30 de la madrugada, catorce miembros de la Compañía "José Luis Castrogiovanni", incluidos dos integrantes de la dirección regional, inician el asalto al Comando de Sanidad del Ejército, sobre la calle Combate de los Pozos, en la Capital. El grupo guerrillero contaba con un compañero dentro de la unidad, el soldado dragoneante Hernán Invernizzi, que ordena a los centinelas abrir el portón de acceso del Puesto 2, por el que ingresan un auto particular y una Ford F-100. En 30 minutos toman las guardias y controlan las instalaciones.

Un conscripto, que descansaba en la sala de guardia con una pistola calibre 22 debajo de la almohada, le dispara al ex estudiante de Filosofía apodado "Hippie Álvarez", quien responde con una ráfaga

de su pistola ametralladora PA 3. El soldado y un teniente que dormía a su lado resultan heridos. Álvarez, en grave estado, es evacuado en el automóvil particular hacia la posta sanitaria. Entre tanto, sus compañeros cargan 150 FAL y cajones de munición en la F-100.

Dos soldados logran burlar la vigilancia del guerrillero que los custodiaba; a las 3.30 escapan y dan aviso a la Comisaría 28ª de la Policía Federal, a unas tres cuadras del Comando de Sanidad. Alertado el Comando Radioeléctrico, la Policía tiende un cerco de patrulleros y bloquea las bocacalles con camiones de la empresa láctea La Martona, que tenía sus depósitos en las inmediaciones. En el término de una hora convergerán sobre la zona el Sexto Cuerpo de Vigilancia de la Policía Federal, varios carros de asalto, el cuerpo de la Guardia de Infantería y personal de la Superintendencia de Seguridad Federal.

A las 3.47, el jefe de la unidad, general médico Alberto Donnes, llama por teléfono al Comando. Lo atiende el sargento ayudante Lince:

—Habla el general Donnes, ¿hay alguna novedad?

—Sí, mi general.

—Entonces, ¿está tomado el Comando, sargento?

—Sí, mi general. —En este momento uno de los guerrilleros cortó la comunicación.

Pasadas las 4.30, los guerrilleros estaban completamente rodeados. La primera presencia militar fue la de un teniente (al que el diario *La Prensa* identifica sólo por su apellido, Shaw) con treinta soldados. Poco después de las 4.45, por orden del Comando en Jefe del Ejército, llegó el segundo jefe del Regimiento I de Infantería "Patricios" (RI 1), teniente coronel Raúl Duarte Hardoy, al frente de otros cincuenta soldados que alistaron cañones de pequeño calibre, ametralladoras pesadas y cañones sin retroceso. Durante esa breve tregua, los insurgentes entregaron por el Puesto 2 al soldado y el teniente heridos.

El ERP pidió parlamentar con el responsable de las fuerzas militares. Se acercó el general Juan Bautista Sasiaiñ. Le exigieron la presencia de un juez, mientras otros guerrilleros pedían a gritos que llegaran al lugar periodistas, legisladores, jueces y la televisión, aguardando que amaneciera y hubiese testigos.

A las 5.20, Sasiaiñ intima a la rendición, dando un plazo de diez

minutos. Ante la negativa del ERP, a las 5.30 los militares abren fuego. Mientras el grueso del ataque se desarrolla sobre la calle Combate de los Pozos, el teniente coronel Duarte Hardoy trata de atacar la retaguardia guerrillera, sobre la calle Pasco, saltando con sus hombres el muro que cierra la unidad. Duarte Hardoy era un oficial entrenado en Panamá en los "cursos de comandos" y se había desempeñado como instructor invitado en Fort Gullick, en la zona del Canal. Su intento de ganarle de mano al general Sasiaiñ le resultará fatal: pese a la orden de tirar sólo para intimidar, desde el piso superior del edificio un guerrillero lo hiere gravemente. Duarte Hardoy morirá poco después de ser evacuado.

El Ejército bombardea la unidad con artillería, hasta que los guerrilleros deciden rendirse. A las 6.30, son trasladados a la Superintendencia de Seguridad Federal. Los trece detenidos permanecerán en prisión hasta después de 1983, cuando termine la dictadura del "Proceso".

La consecuencia inmediata del ataque al Comando de Sanidad fue que, el 23 de setiembre de 1973, mediante el decreto 1443/73, el gobierno nacional declaró ilegal al ERP. Ese mismo día, la fórmula Juan Perón-Isabel Perón ganaba las elecciones presidenciales, con el 60% de los votos.

Azul y el Código Penal

La guarnición militar de Azul, base de los tanques franceses AMX-15, fue el siguiente objetivo del ERP. En el predio de cuarenta hectáreas, ubicado a 250 km de la Capital Federal, tienen asiento el Grupo de Artillería Blindada N° 1 y el Regimiento de Caballería Blindada 10 "Húsares de Pueyrredón", célebre a raíz de la represión que desató sobre los trabajadores de la Patagonia durante las huelgas de 1921-1922 en Santa Cruz.

El 19 de enero de 1974, la Compañía "Héroes de Trelew" de la Regional Capital del ERP, reforzada hasta completar sesenta guerrilleros, inició el tercer gran asalto a una unidad del Ejército. Al mando estaban el "Pelado" Enrique Gorriarán Merlo y Hugo Irurzun. Sus fines eran capturar armamento y apresar a los jefes de la unidad, para un futuro canje por presos políticos.

El operativo comienza a las 22.30, cuando un primer grupo toma el Puesto 3 de guardia, por el que penetran los demás guerrilleros en tres camiones. Logran controlar el terreno, ocupan la Guardia Central y demás puestos de vigilancia, y el Casino de Oficiales, además de poner en fuga a varios patrulleros frente a la entrada principal del cuartel. Pero los militares se hacen fuertes en el tanque de agua, desde donde organizan su defensa. Durante los enfrentamientos muere un soldado y son heridos otros cinco militares.

Un equipo guerrillero localiza al jefe de la guarnición, coronel Camilo A. Gay, y al jefe del Grupo de Artillería Blindada, teniente coronel Jorge R. Ibarzábal, con los que se tirotea. Gay muere en el combate. Ibarzábal es apresado e inmediatamente retirado hacia una *cárcel del pueblo*. Los insurgentes capturan a otras cinco personas: un suboficial, la esposa del coronel Gay, Nilda Irma Cazaux de Gay, sus dos hijos y un amigo de la familia quedan bajo la custodia de los guerrilleros Guillermo Altera, Santiago Carrara y un tercer guerrillero en la Herrería de la guarnición.

En este momento comienzan a fallar las comunicaciones entre el mando táctico del ERP y sus unidades. Dos de los camiones que arribaron a la Plaza de Armas son destruidos durante el tiroteo. La resistencia militar desde el tanque de agua impide el copamiento de la zona de Baterías y la Plaza de Armas. Gorriarán decide la retirada, sin verificar que todos sus compañeros hayan recibido claramente la orden. Los atacantes salen del cuartel por el Puesto 3 en el único camión que les queda, retirándose hacia otros transportes que los esperaban.

Mientras llegan refuerzos de la Base Naval Azopardo, unidades de las policías Federal y Provincial, efectivos del Regimiento 2 de Tiradores Blindados de Olavarría, del Batallón Logístico N° 1 de Tandil y medios de apoyo de la Fuerza Aérea, en la Herrería quedan cercados los tres guerrilleros con sus cinco cautivos. No habían recibido la orden de retirada. En el enfrentamiento mueren Altera y uno de sus compañeros, y queda gravemente herida la esposa del coronel Gay, que fallecerá poco después en el hospital de Azul. Santiago Carrara resultó herido y "se lo interrogó en la Herrería", según afirmará mucho después el general Albano Harguindeguy, quien participó del hecho.

Por la falta de coordinación, serán capturados otros catorce guerrilleros. Dos de ellos, Héctor Antelo ("Raúl"), obrero metalúrgico, y Reinaldo Roldán ("Coco"), presidente de la Sociedad de Fomento "El Triángulo", fueron hechos desaparecer por las fuerzas de seguridad. Roldán dejó a su esposa embarazada de ocho meses, y con dos hijas de 2 y 5 años.

Hugo Irurzun regresó a Buenos Aires, donde llegó dos días después. El mando guerrillero ignoraba si había sido capturado o no. Viajando en tren, llevó consigo el FAL que utilizó durante el asalto al cuartel, a pesar de que estaba previsto que los combatientes escondieran sus armas luego de la retirada.

El presidente Perón, por primera vez en muchos años, lució ante las cámaras de televisión su uniforme de teniente general para condenar el ataque de Azul. Su discurso acusó al gobernador bonaerense Oscar Bidegain de "tolerancia culposa".

Los diputados Juan Carlos Comínguez y Jesús Mira, del Partido Comunista, calificaron los hechos como "acción aventurera, cuando no de provocación imperialista". La Juventud Peronista declaró que "los dos extremismos confluyen en atentar contra la estabilidad del gobierno y desviar la atención de la lucha con el enemigo principal y sus agentes nativos. De este modo, lo que no pudo lograr la derecha enquistada en el seno del Movimiento Peronista, a través de Calabró y sus personeros, lo logra la ultraizquierda al favorecer el cuestionamiento del gobierno popular del doctor Bidegain en la provincia de Buenos Aires". Bidegain, que había contado con el apoyo de la "tendencia revolucionaria" del peronismo, renunciará el 22 de enero. En su lugar, asumirá el vicegobernador, el dirigente metalúrgico Victorio Calabró.

El semanario *Ya*, revista ligada a la JP, consideraba que el "operativo guerrillero ha servido para robustecer la escalada de las fuerzas de derecha que pugnan por aislar al gobierno de las masas populares. Esas fuerzas [...] buscan coronar, con la reimplantación de las leyes penales de la dictadura, un Estado represivo que frene a través de la violencia las justas luchas del pueblo por sus reivindicaciones. Utilizando ahora los hechos de Azul, los enemigos del pueblo y del gobierno popular refuerzan sus reclamos para consolidar a través del nuevo Código Penal un Estado represor [...] con

esas armas en sus manos, el poder económico, militar y judicial que el continuismo mantiene, se volcará a crear una espiral de violencia que no contribuirá a otra cosa que a minar al gobierno, a alejarlo de las masas, preparando así las condiciones para su derrocamiento. La equivocada acción guerrillera vendría a demostrar el trágico error de montar tácticas políticas descolgadas del proceso de lucha de masas".

La acción guerrillera aceleró los planes ya en curso del Poder Ejecutivo, que incluían el endurecimiento del Código Penal y el fortalecimiento de las fuerzas de seguridad. Si bien la caracterización del PRT era correcta, en el sentido de que la política oficial llevaba a aumentar la represión, hubiera o no guerrilla, el accionar armado del ERP durante el período de expectativas de la población en el gobierno constitucional le impedirá aprovechar los márgenes legales que la coyuntura aún permitía.

El 24 de enero, el diario *El Mundo* publicó una carta del teniente coronel Ibarzábal, expresando que "en la cárcel del Pueblo me tratan con corrección y mi estado de salud es bueno". Agregaba que estaba "prisionero de un ejército enemigo y sujeto a las normas establecidas en Ginebra".

Luego de diez meses de intensa búsqueda, el 20 de noviembre de 1974, en la esquina de avenida San Martín y Donato Álvarez de San Francisco Solano, un convoy de dos automóviles y una camioneta fue interceptado por una patrulla de control caminero y se produjo un enfrentamiento. La policía logró detener a la camioneta. El militante que iba en ella disparó al armario metálico ubicado en la caja del vehículo, donde era transportado Ibarzábal, que murió instantáneamente. El guerrillero arrojó su arma y se entregó, con las manos en alto. Desde entonces está desaparecido.

La "euforia": de Acheral a Villa María

Cuatro meses después del ataque a Azul, la Compañía de Monte del ERP, dirigida personalmente por Santucho, fue detectada en Tucumán durante su fase de entrenamiento. Roby, en lugar de distribuir la tropa entre las regionales, organizar un nuevo entrenamiento y volver a Buenos Aires, como se estipulaba en los planes del Buró

Político, decidió sobre el terreno atacar la localidad de Acheral el 30 de mayo de 1974. La acción fue un acto de "propaganda armada", con el copamiento del pueblo, formación de los guerrilleros e izamiento de la bandera del ERP, para luego regresar al monte.

Con este operativo, la guerrilla rural apareció por primera vez ante los ojos de la población. Según afirma Luis Mattini, "la euforia dentro del PRT era tal, que cuando Santucho bajó y se reunió con el Buró Político no hubo la más mínima insinuación de 'pedido de cuentas' ni siquiera una evaluación exhaustiva de las consecuencias mediatas de este vital paso".

Pocos días después del acto del 12 de junio en que Perón pronunció el último discurso de su vida, se realizó el Sexto Congreso del Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS) en el Club Tiro Federal de Rosario. La multitud, calculada en 25.000 personas, coreaba: "Acheral, Acheral, ¡qué patada en el culo que le dimo' al general!". Daniel De Santis recuerda que "el momento más emotivo se vivió durante el ingreso, con el estadio lleno, de los 2.000 compañeros tucumanos que cantaban 'A la lata, al latero, los ranchos tucumanos son fortines guerrilleros', a lo que la concurrencia respondía con 'Y ya lo ve, y ya lo ve, es el glorioso Perreté'."

Ya muerto Perón, el ERP realizó dos grandes operaciones. Aunque en ambos casos el fin principal era la obtención de armamento, su simultaneidad muestra la intención de realizar una demostración de fuerza. Analizándolas por separado, haremos hincapié en las graves consecuencias que derivaron de ellas.

El sábado 10 de agosto, a las 21.30, tres parejas llegaron a Pasatiempo, un hotel alojamiento cercano a la Fábrica Militar de Pólvora y Explosivos, próxima a la localidad cordobesa de Villa María. Eran seis integrantes de la Compañía "Decididos de Córdoba" que rápidamente redujeron al personal y a las parejas que estaban en el lugar. Los casi cien retenidos recibieron un trato correcto: se les explicó que era un operativo del ERP, que serían demorados por un tiempo y debían permanecer en las habitaciones; para aligerar la tensión, los guerrilleros les ofrecieron bebidas y sándwiches.

Comenzaba así el ataque a la Fábrica Militar, dirigido por Juan Eliseo Ledesma. La acción había sido planificada para el sábado 6 de julio, pero fue postergada debido a la muerte de Perón, ocurrida el 1° de ese mes. El resto de la compañía del ERP llegó en autos y ca-

miones. Una de las parejas retenidas logró huir, sin que los insurgentes alterasen sus planes. Portaban armas largas y en el hotel se pusieron uniformes militares con cinturones repletos de cartuchos.

A las 23.30, Ledesma ordenó el asalto al cuartel. Los sesenta guerrilleros del grupo de choque marcharon sigilosamente los casi mil metros que los separaban de la unidad militar, penetrando por un espacio ubicado entre dos puestos de guardia y sin ser vistos. El Puesto 1 en la entrada de la Fábrica Militar fue controlado rápidamente. La escuadra que asaltó el Puesto 2 tuvo especial cuidado de que un cabo de guardia no accionase el botón de alarma. Sin embargo, hubo un disparo accidental que alertó a los centinelas del Puesto 3, que resistirán el asalto.

Un conscripto se dirigió a los soldados por un altoparlante: "Yo soy el soldado Mario Antonio Pettigianni, compañero de ustedes, soy combatiente del ERP y estamos copando las instalaciones de la base. Les pido, compañeros soldados, que no se resistan porque el ERP es un partido del pueblo y lucha por el pueblo".

Las escuadras del grupo de recolección se desplegaron hacia las tres compañías de la unidad militar, para copar sus salas de armamento. Dos fueron reducidas, mientras que en la tercera, junto al Puesto 3, los militares se hicieron fuertes. El enfrentamiento continuará durante más de una hora. Por el Puesto 1 entraron un camión Chevrolet y otros vehículos, en los que cargaron el botín tomado en las dos compañías que tenían bajo control: más de 100 FAL, 10 ametralladoras Madsen, 4 MAG, 60 pistolas ametralladoras PAM-M3A1 de 0,45 pulgadas y PA3-DM de 9 milímetros, varios morteros, 2 cajones de granadas, cajones de munición.

Otro grupo asaltó el Casino de Oficiales, donde había una reunión social. Allí fue apresado el subdirector de la Fábrica, mayor Julio del Valle Larrabure. De inmediato se lo retiró del cuartel. La guerrilla lo necesitaba como técnico, para la fabricación de explosivos. Los demás prisioneros, bajo custodia, fueron llevados a otra dependencia dentro de la base.

El ERP logró el copamiento casi total de la unidad. Cuatro militares fueron heridos, dos de ellos de consideración. El guerrillero "Manuel" (Ivar Brollo), herido de suma gravedad frente a la tercera compañía, fue evacuado de urgencia a la posta sanitaria. El capitán del Ejército Roberto Adolfo García recibió un escopetazo en el ab-

domen al resistir su captura. Fue evacuado del lugar al igual que el mayor Larrabure, pero por la gravedad de su herida, la guerrilla decidió liberarlo. Fuerzas de seguridad lo encontraron posteriormente en una ambulancia a 140 km de Villa María. El director de la Fábrica, teniente coronel Jorge Guardone, no asistió a la fiesta en el Casino de Oficiales por encontrarse enfermo. Alertado por el tiroteo, permaneció en su casa dentro del cuartel y evitó que lo apresaran.

Dos móviles policiales de Villa María, avisados por la pareja que había huido, se aproximaron al hotel Pasatiempo. Los guerrilleros los recibieron a tiros. Suponiendo que se trataba de simples ladrones, los patrulleros se retiraron en busca de refuerzos. Uno fue hacia Villa María y el otro al cuartel. Allí, los irregulares que custodiaban el Puesto 1, al verlo acercarse le dispararon con sus ametralladoras. Los agentes gritaron desesperadamente "¡Somos policías!", y recibieron aún más fuego guerrillero. Los uniformados no lo pensaron dos veces y se rindieron.

En el hotel Pasatiempo, una joven guerrillera aprovechó la pausa para arengar a los retenidos. Les explicó los motivos del accionar del ERP y repartió a los asombrados clientes la revista *Estrella Roja*.

Alrededor de la 1.30 del domingo 11 llegaron varios patrulleros policiales. Eran los refuerzos que acudían desde Villa María. Desde el exterior, doce efectivos dispararon ráfagas de ametralladora a las ventanas del edificio y a los gritos intimaron a la rendición. Un policía comenzó a patear la puerta del hotel, mientras los guerrilleros, que guardaban la calma, reunían a la parejas en una sala y las hicieron acostar en el suelo, para no exponerlas a los disparos policiales. Apagaron las luces, dejando encendida solamente una en el pasillo de ingreso.

César Argañaraz ("Chechi"), corresponsal del diario *El Mundo* en Córdoba, recibió una ráfaga de ametralladora al asomarse por una ventana. Todavía consciente, pidió su arma para disparar desde el suelo. Sin embargo, el ERP no contestará el fuego desde el edificio. Oculto en su puesto en el exterior del edificio, Ledesma se comunicó por *walkie-talkie*, avisando a sus compañeros que "están tratando de copar el motel".

Para entonces, los equipos que habían copado la Fábrica Militar empezaron a retirarse de la unidad. Algunos guerrilleros repartieron propaganda entre los soldados y pintaron consignas en el interior de la Fá-

brica Militar. Durante el repliegue, oyeron los tiros provenientes de Pasatiempo. Con cinco automóviles pertenecientes a oficiales del Ejército, volvieron al hotel. La policía, tomada por sorpresa, cesó el ataque.

A las 2, ya finalizado el tiroteo, se oyó la orden con la palabra clave para abrir la puerta del motel. Por ella entraron nueve policías, con las manos en la nuca, custodiados por los guerrilleros. En la calle quedaron tres policías heridos. Uno de ellos, el cabo Marcelino Cuello, morirá poco después. Un joven armado que había ingresado con el grupo insurgente ordenó a los detenidos: "¡Cierren los ojos, nadie me mire!". Era Ledesma, el futuro comandante Pedro.

El "Chechi" Argañaraz fue retirado mientras gritaba "¡Viva el ERP! ¡Viva la lucha de los compañeros! ¡Viva el Socialismo!". Abrazando a un compañero, le dijo con desesperación: "¡Hay que seguir, hay que luchar!". Desangrándose, fue llevado en un auto conducido por el "Gordo" José Luis Buscarol. Cuando llegaron a la posta sanitaria, el Chechi ya estaba muerto. Sus compañeros abandonaron el hotel en catorce vehículos, para luego desconcentrarse. El otro herido del ERP, Ivar Brolo, había fallecido poco antes en el puesto sanitario de la guerrilla.

La retirada se efectuó por caminos vecinales o de tierra, evitando la ruta que suponían cortada. En las cercanías de Alta Gracia, al eludir a gran velocidad un control policial, el Fiat 128 en el que regresaban dos guerrilleros volcó en la banquina. El médico Juan Carlos Boscarol ("Chanchón" o "Gordo") murió en el accidente, y Manuel Alberto Fernández ("Joaquín") resultó herido y fue atrapado.

El mayor Larrabure fue conducido a un chalet. En el baño de la casa, desplazando la bañera, se abría un compartimento en el suelo, por donde se ingresaba a la *cárcel del pueblo*. De allí no habría escapatoria posible.

Si bien el ERP había logrado sus objetivos, el éxito en Villa María resultará inútil por una falla en el traslado del material capturado. En su ruta al monte tucumano, el armamento fue depositado transitoriamente en el sótano de una *tapera* abandonada en una estancia, donde el Ejército lo descubrirá durante un rastrillaje.

Más grave aún será el desastre ocurrido en Catamarca en esos mismos días.

Junto con el copamiento de Villa María estaba planeada una acción de la Compañía de Monte "Ramón Rosa Jiménez", según el proyecto del futuro jefe de operaciones del ERP, Juan Manuel Carrizo, supervisado por el mismo Santucho.

La Compañía de Monte, con el refuerzo de un pelotón urbano, debía copar el Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada, en Catamarca. El capitán "Santiago" (Hugo Irurzun) fue designado jefe de la unidad atacante. Debían irrumpir en el predio de diez hectáreas por su extremo norte (los fondos de la unidad), donde comienzan las estribaciones de los cerros de Gracián. Allí estaban los arsenales que el ERP pensaba capturar.

El jueves 8 de agosto, Santiago anticipó a un pelotón de la Compañía de Monte los detalles del operativo. En el campamento La Horqueta se realizaron apresuradamente simulacros de copamiento de puestos de guardia y breves prácticas de tiro en las que participaron doce combatientes.

Al día siguiente, a las 15, partieron de Tucumán, en un ómnibus Mercedes Benz alquilado, 47 "pasajeros" cuyas edades oscilaban entre 18 y 22 años. Llegados a Banda de Varela, se detuvieron en un camino poco frecuentado, 9 km al norte de San Fernando del Valle de Catamarca, donde fue reducido el chofer. En ese lugar hicieron contacto con las unidades urbanas de refuerzo que, a bordo de una camioneta Chevrolet y un camión frutero, arribaron con los uniformes militares y el armamento para el operativo, que incluía fusiles FAL, escopetas Ithaca y pistolas ametralladoras PAM. En la noche del sábado 10 establecieron su base operativa.

Entre los militantes del ERP había algunos que nunca habían disparado un tiro ni participado en práctica alguna, ni mucho menos en una acción. Un ex guerrillero comentó: "¿Sentir un tiro de FAL por primera vez?... Vas y te cambiás el calzoncillo directamente". Algunos de ellos, equipados con granadas, nunca habían arrojado una. Su enorme entusiasmo no reemplazará su falta de preparación.

Poco antes de medianoche, dos muchachos regresaban de un baile en sus bicicletas y vieron el ómnibus donde los guerrilleros se estaban poniendo sus uniformes militares. Los ciclistas siguieron su camino, pues la guardia del campamento no los detuvo. Poco

después, al encontrar un oficial de la policía que hacía un patrullaje nocturno, los jóvenes le contaron que había "varios tipos sospechosos". De inmediato, el oficial dio parte a la Dirección de Investigaciones.

Según un ex integrante de la Compañía de Monte, "lo de Catamarca terminó en un desastre por un error grave que comete el jefe de una de las unidades. Como decía el Che, si la guerrilla en movimiento es vista por una persona, en ese momento queda a merced de la conciencia de esa persona, que ha visto esa cosa que no es común, y lo más factible es que dé información. En ese caso se debe detener a la persona por una necesidad operativa, explicándole que posteriormente será liberada. En Tucumán había algunos campesinos que 'buscaban leña' o 'vaquitas que habían parido'. Nosotros reteníamos a estos campesinos, les explicábamos las reglas en caso de que fueran agentes del enemigo, les dábamos una charla política y antes de soltarlos los desinformábamos pidiéndoles colaboración para llegar a un punto mientras nosotros íbamos a otro. En Catamarca, un ciclista vio al colectivo lleno de gente armada, y los de ese grupo lo dejaron ir como si fuera un turista".

A la 0.30 del domingo 11 llegaron al campamento cuatro "panzas blancas" (como los lugareños llaman a los patrulleros policiales), con ocho efectivos, y rodearon a los "sospechosos". Un oficial ordenó que se identificaran. Atrapados en el interior del ómnibus, los guerrilleros vacilaron un momento. Suponían que los policías eran muchos más.

—¡Yo soy el capitán Romero! —gritó uno de los insurgentes. Pero los policías sabían perfectamente que en el Regimiento 17 había un único capitán, llamado Carrizo, por lo que de inmediato abrieron fuego.

Los guerrilleros Carlos Gutiérrez ("Ramón") y Vicente el "Tupa" (miembro del MLN Tupamaros) murieron durante el enfrentamiento, y Eduardo Aníbal Arroyo resultó gravemente herido. Sus compañeros bajaron del ómnibus e intensificando el fuego hirieron a dos policías y obligaron a los demás a rendirse.

Descubierta ya la operación, el mando del ERP ordenó la retirada. El grueso del grupo principal, con el núcleo central de la Compañía de Monte y todo su Estado Mayor, emprendió el repliegue a bordo de los patrulleros capturados. En su viaje a Tucumán, en ca-

mino al dique Las Pirquitas, se toparon con una *pinza* policial, a la que lograron dominar después de un fugaz tiroteo.

En dos camionetas Dodge de la policía, con varios efectivos capturados como rehenes, que posteriormente serán liberados, y dos vehículos particulares, Irurzun y doce compañeros llegaron a salvo al campamento base en La Horqueta, en pleno monte tucumano. El capitán Santiago lamentará profundamente que la acción "había sido traída de los pelos".

En Catamarca habían quedado aislados, en distintos grupos, veintisiete guerrilleros. Entre ellos estaba uno de los más antiguos cuadros del PRT, Antonio del Carmen Fernández (el "Negrito"), herido durante el enfrentamiento con la policía. La escasa vegetación de la zona los obligó a desplazarse casi a la descubierta.

Para atrapar a los insurgentes se montó una enorme cacería en la que participaron doscientos efectivos policiales con baquianos, una compañía del Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada, tres aviones y un helicóptero, mientras era enviada a Catamarca una dotación de cincuenta hombres de la Policía Federal con perros adiestrados. La acción fue seguida desde el Comando en Jefe del Ejército por su titular, teniente general Leandro Enrique Anaya, y por el jefe del Estado Mayor General, general de brigada Jorge Rafael Videla.

El domingo 11, tras una intensa búsqueda en zonas urbanas y montañosas, nueve guerrilleros fueron apresados por la Policía provincial, incluido el gravemente herido Aníbal Arroyo. En cambio, las tropas del Regimiento 17 regresaron a su base sin novedad. Después de varios rastrillajes no habían logrado ubicar a los rebeldes. Como el periodismo local afirmaba que el jefe de la unidad militar, coronel Humberto Cubas, se había negado a entablar combate con los guerrilleros durante la noche, el hecho pasó a jurisdicción policial.

Los diecinueve guerrilleros restantes se desplazaron por un camino vecinal hasta llegar a un río del valle, que cruzaron por la noche. Sin embargo, al desconocer la zona, acamparon a 3 km de Capilla de Rosario, en las proximidades de Paso Huaico, apenas 10 km al norte de la capital catamarqueña. Dos miembros del grupo fueron hacia Piedra Blanca (a 1 km de Capilla de Rosario y a 12 km de la capital provincial) para comprar alimentos y observar el terreno y los movimientos del enemigo en la zona. Otros tres hombres fueron enviados a conseguir vehículos.

Para las 8.50 del lunes 12 de agosto, esos cinco militantes habían sido apresados. Diez minutos más tarde, la policía envió una comisión para capturar a los últimos insurgentes cercados. Al verlos aproximarse, los guerrilleros abrieron fuego. El oficial Ramón Acevedo se desplomó al recibir un balazo en la frente. Mientras el resto de los agentes se retiraban en desbandada, los rebeldes perdían la oportunidad de rendirse y salvar sus vidas, pues todavía la policía no asesinaba a sus prisioneros.

Ante el fracaso de sus efectivos, el jefe de la Policía provincial, teniente coronel Anello, pidió apoyo al Regimiento 17 e informó la posición de los perseguidos. Con este dato, el coronel Cubas decidió intervenir.

Cansados y sin probar bocado durante los últimos tres días, el Negrito y sus compañeros se dividieron en dos grupos: uno de cinco hombres y otro de nueve, en el que iba Antonio. Debían desplazarse por una hondonada de 300 metros de largo por 200 de ancho, con pequeños desniveles cubiertos de maleza y árboles bajos, seguida por montes, a lo largo de un cañaveral que pertenecía a la influyente familia Walter.

Al mediodía llegaron al lugar sesenta soldados comandados por un oficial. De inmediato destacaron dos patrullas. La primera, con diez efectivos, rodeó las alturas, mientras que la segunda, con ocho militares, penetraba en la hondonada. El resto permaneció en retaguardia como reserva.

La cuidadora de la Capilla del Rosario dijo al periodismo que "detrás de los cerros se oía cómo combatían". Hacia las 13, mientras bordeaba la hondonada, el grupo de cinco guerrilleros fue sorprendido por la primera patrulla del Ejército. Este enfrentamiento produjo la dispersión de los insurgentes. Al localizar al segundo grupo guerrillero, las dos patrullas militares se unieron en el centro de la hondonada y se entabló un largo combate, durante el cual los soldados arrojaron gran cantidad de granadas. Una de ellas le explotó en las manos al cabo primero Eduardo Barrionuevo matándolo en el acto e hiriendo a tres soldados. El enfrentamiento, presenciado por el general de brigada José Antonio Vaquero, jefe de la IV Brigada de Infantería Aerotransportada, continuó hasta aproximadamente las 17. Según fuentes militares, los catorce insurgentes murieron en combate. Sin embargo, las armas de los guerrilleros ya no tenían munición, dato

que fue ocultado deliberadamente y que se corresponde con informaciones obtenidas con posterioridad.

Los miembros del ERP, al agotar su parque, se habían rendido a los soldados que, muy "cebados" por la acción, golpearon a los prisioneros con las culatas de sus fusiles para luego, después de recibir la orden correspondiente, fusilarlos.

El mismo día, el comisario Alberto Villar había viajado desde Buenos Aires a Catamarca con un contingente de policías federales. Aseguró sentirse frustrado por haber llegado tarde al combate de Capilla del Rosario. "A estos locos hay que exterminarlos a todos. Yo sé que me la tienen jurada, pero antes de que me la den, van a caer muchos de ellos".

El doctor Díaz Martínez denunció que la matanza se ejecutó "vulnerando convenciones internacionales como la de Ginebra sobre el trato de prisioneros de guerra". El abogado Jorge Marca halló indicios de fusilamiento en los cuerpos de los guerrilleros muertos. Cuatro de ellos tenían grandes manchas de pólvora (ahumamientos) en todo el cuerpo, lo que demostraba que se les disparó a menos de un metro de distancia. Los abatidos presentaban señales de golpes (culatazos), y la mayoría de ellos tenía heridas en manos y brazos "como si los *changos* hubieran tratado de protegerse. Es posible que se hayan rendido y ahí se los remató". Los médicos que practicaron las autopsias consideraron que los guerrilleros habían sido baleados desde muy cerca.

Los nervios de los agentes de la Policía Federal, a cargo de la custodia de los erpianos detenidos previamente, más de una vez estuvieron a punto de explotar, ya que los combatientes, indignados por lo sucedido, les cantaron a cada rato la marcha del ERP, dando vivas a la clase obrera, insultando a los opresores y escupiéndoles en la cara a los guardianes. El ministro de Gobierno de Catamarca, Alberto del Valle Toro, visitó diariamente a los prisioneros pues "temía que los federales los torturasen". En un comentario deslizado al periodismo, Toro opinó que los guerrilleros "tuvieron todas en contra, pudieron haber copado el Regimiento, y si lo copan podían tomar la ciudad". El director de Investigaciones, inspector general Pedro Tolosa, dijo que "la suerte nos ayudó".

Según la información que aportaron conscriptos, suboficiales y pobladores de la zona, los combatientes cercados resistieron el com-

bate contra el Ejército hasta que se les acabaron las municiones. Posteriormente parlamentaron con el oficial a cargo de la fuerza militar, un teniente de apellido Aquinagua (según relata Gorriarán Merlo), quien prometiendo respetar sus vidas obtuvo la rendición, para inmediatamente violar el acuerdo ordenando el fusilamiento de los prisioneros.

El Ejército, de esta manera, inauguraba la "guerra sucia". Igual que en agosto de 1972, luego de los fusilamientos de Trelew, los medios de difusión publicaron las versiones de los servicios de inteligencia militares, asegurando que los "terroristas" habían muerto en un enfrentamiento.

A raíz del frustrado ataque en Catamarca, un grupo de setenta hombres de la Guardia de Infantería de la Policía Federal, con armamento pesado, se trasladó a Tucumán en un avión de la Fuerza Aérea. Este contingente, el primero en ser enviado al Noroeste argentino, dará inicio al terrorismo de Estado en la provincia.

Una posterior investigación dirigida por el capitán Héctor Vergez puso al descubierto a un cabo y tres soldados del Regimiento 17 de Catamarca que colaboraban con el ERP. Todos ellos fueron capturados y asesinados.

Las represalias

Los hechos de Catamarca produjeron gran conmoción. Para los militantes del PRT, el desenlace fue una tragedia. La guerrilla había violado la regla que exige no operar en territorio desconocido. Entre los 16 insurgentes muertos estaban Antonio del Carmen Fernández, miembro del Buró Político del PRT, y un compañero al que *El Combatiente* identifica como "Ibáñez", integrante del Comité Ejecutivo del partido.

Al mismo tiempo se agudizaron las contradicciones existentes en la principal fuerza política del país. El Partido Justicialista y la CGT manifestaron su repudio de la acción guerrillera. La publicación oficialista *Movimiento* señaló como motivos del ERP el "demostrar su mayor eficacia y capacidad operativa para hegemonizar a la variada gama de organizaciones extremistas" y "empujar a la 'tendencia' [el peronismo montonero] a un ingreso acelerado al frente de ultraiz-

quierda que busca el choque frontal con el gobierno peronista". Destacaba que las "principales fracturas nacen de una creciente injerencia militar en la represión" y del "mantenimiento del actual nivel escaso de participación popular. Las Fuerzas Armadas [...] pasan a ocuparse obsesivamente de la represión y comienzan a competir con el gobierno: tienden así a desintegrarse y a desintegrar luego al proceso en su conjunto".

En cambio, la revista *Con Todo*, vocera del Peronismo de Base, en su número especial de agosto de 1974 expresaba que "cuando los trabajadores peronistas nos enteramos que la policía, la gendarmería, el ejército gorila, todos juntos salen a la caza de militantes del ERP [...], sentimos tristeza y también bronca porque ya sabemos de qué son capaces nuestros enemigos. No podemos olvidar que están cayendo compañeros que luchan por el ideal de la Patria Socialista". Sin embargo, también formula una crítica a la metodología guerrillera: "no podemos reconocernos en una lucha que aparece despegada de la lucha que cotidianamente desarrollamos".

La Causa Peronista, vinculada a Montoneros, titulaba su editorial del martes 20 de agosto con la pregunta "¿Llegó la hora de la guerrilla?". En la nota, Rodolfo Galimberti opinaba: "Si los copamientos de 'Sanidad' y 'Azul' durante la presidencia del general Perón fueron una pedrada al gobierno popular, un descuelgue total respecto a la lucha que desarrollaba el pueblo, hoy la cosa ha cambiado sustancialmente y por eso el combate de Catamarca es algo muy distinto. ¿Acaso alguien sintió que se agredía a un gobierno popular, a un gobierno que esté realizando lo que se votó el 11 de marzo y el 23 de setiembre? El pueblo, mayoritariamente, no. En principio, entonces, el combate de Catamarca muestra el desgaste que sufre el elenco de Isabel. Dicho de otro modo: éste ya no es el gobierno de Perón. Hay una ruptura que se está haciendo definitiva y total. Este gobierno está creando las condiciones para la violencia. Porque en vez de seguir el camino de la liberación recorre el de la dependencia. Está siendo instrumento de la violencia de arriba y generando la de abajo como decía el general Perón. Esta forma de violencia desenganchada aún de los combates reales del pueblo, no ayuda a aclarar cómo viene la mano para el conjunto del pueblo y de los trabajadores. [...] Por eso decimos que lo de Catamarca es apresurado. En cambio [...] va quedando más claro

que éste no es el gobierno que votó el 80 por ciento de los argentinos para la liberación".

Por su parte, el PRT-ERP tomó una decisión extrema que agravaría aún más el grado de enfrentamiento. En una "Declaración de Prensa" afirmaba que "la paciencia y prudencia de nuestro pueblo [...] ha sido esta vez rebasada. El Comité Central del PRT, dirección político-militar del ERP, interpretando el sentimiento unánime del pueblo trabajador argentino, tomó una grave determinación. Ante el asesinato indiscriminado de nuestros compañeros, nuestra organización ha decidido emplear la represalia. Mientras el Ejército opresor no tome guerrilleros prisioneros, el ERP no tomará oficiales prisioneros, y a cada asesinato responderá con una ejecución de oficiales indiscriminada. Es la única forma de obligar a una oficialidad cebada en el asesinato y la tortura a respetar las leyes de la guerra".

Estas acciones comenzaron el 10 de octubre de 1974, con la muerte del teniente primero de Intendencia Juan Carlos Gambande por el comando "Luis Billinger" (nombre de uno de los combatientes masacrados en Catamarca). Prosiguieron contra el mayor bioquímico Jaime Gimeno, el teniente coronel José Cardón, el mayor de Artillería Néstor López y el teniente primero Roberto Carbajo, entre otros.

La campaña de represalias no hará más que cohesionar a la oficialidad del Ejército en torno de su "cruzada contra la subversión apátrida". El ERP dará fin a estas acciones luego del atentado contra el capitán del Comando de la Brigada V de Infantería, Humberto A. Viola, que estaba a cargo de las bandas paramilitares responsables de torturas y desapariciones en Tucumán, el domingo 1° de diciembre de 1974.

Durante el ataque, además del oficial fue muerta accidentalmente María Cristina Viola, una de sus pequeñas hijas, de tres años de edad, mientras que su otra hija María Fernanda, de cinco años, resultó herida. El jefe del comando del ERP que efectuó el atentado fue destituido y la organización definió el hecho como un "exceso injustificable". "En homenaje a las víctimas, y para evitar la repetición de hechos semejantes", el ERP cesó la campaña.

Al día siguiente aparecieron los cadáveres de seis jóvenes asesinados, cuyos nombres no fueron dados a conocer; dos de ellos fueron arrojados frente al Teatro Colón, con mensajes adheridos a sus cuerpos sobre su supuesta vinculación al ERP.

Ocho meses después, se producirá otro hecho que, aunque completamente ajeno a la política de "represalias", el Ejército usará en su propaganda contra el ERP. El 22 de agosto de 1975, aprovechando un descuido de los guerrilleros que lo custodiaban, el mayor Larrabure, que no había podido sobrellevar el sufrimiento propio de la privación de su libertad, se suicidó estrangulándose con un cordel en la *cárcel del pueblo* donde se encontraba.

Durante su cautiverio, el oficial había rechazado una oferta de obtener su libertad a cambio de un período de colaboración con los talleres de fabricación de armamento para la guerrilla, permaneciendo fiel a su institución.

El Comando del Ejército, aprovechando la conmoción causada por la aparición de su cadáver, no dejó pasar la oportunidad para mentir descaradamente y emitió un comunicado, ampliamente difundido por la agencia Telam, asegurando que Larrabure había sido sometido a torturas durante su detención. El ERP respondió a la acusación de inmediato: "Acostumbrado a torturar y fusilar a todo combatiente que cae en sus manos, [el Ejército] quiere justificar su miserable actitud atribuyendo falsamente a los revolucionarios los mismos métodos que él utiliza".

"Aniquilar el accionar subversivo"

Ya entonces la organización parapolicial Alianza Anticomunista Argentina (AAA o Triple A) actuaba con absoluta impunidad, ejecutando diariamente a opositores de izquierda. Sólo durante el mes de setiembre de 1974 fueron asesinados, entre otras personalidades políticas, el ex vicegobernador de Córdoba Atilio López y Silvio Frondizi, intelectual socialista vinculado al FAS. Pocos días después, una bomba de los parapoliciales mató al hijo de cuatro meses del ex rector de la Universidad de Buenos Aires Raúl Laguzzi. El general chileno Carlos Prats, exiliado tras oponerse al golpe de Pinochet, fue asesinado junto con su esposa. En los meses siguientes serán masacrados militantes sindicales, barriales y estudiantiles de las más diversas agrupaciones de izquierda, incluido el diputado nacional Rodolfo Ortega Peña.

El gobierno, que buscaba el visto bueno de los partidos políticos para una gran ofensiva antisubversiva con la plena participación del Ejército, convocó a una reunión "multisectorial". El PRT-ERP respondió con una propuesta de armisticio, tratando de quitarle la iniciativa al gobierno y ponerse al frente de un eventual proceso de pacificación. En la propuesta que el Estado Mayor del ERP hizo llegar el 4 de octubre de 1974 a los principales partidos y organizaciones sociales, aseguraba estar dispuesto a un "cese del fuego" basado en los siguientes puntos:

—Liberación inmediata de todos los guerrilleros prisioneros y demás presos políticos y sociales.

—Derogación de toda la legislación represiva.

—Derogación del decreto que ilegalizaba al ERP.

A cambio de ello, el ERP aceptaría poner en libertad al teniente coronel Ibarzábal, el mayor Larrabure y el empresario Eric Breuss, y suspender las operaciones militares "el mismo día en que sean liberados los presos". A pesar de que la propuesta de armisticio no fructificó, "se dieron casos en que se estableció una tregua tácita con determinadas comisarías y destacamentos y más de un combatiente salvó la vida (en momentos en que empezaban los secuestros y desapariciones) aludiendo a la tregua".

En otros casos el PRT-ERP impidió el asesinato de sus combatientes capturados presionando drásticamente al partido gobernante. Por ejemplo, el 21 de enero de 1975, al descubrir en Buenos Aires la imprenta central de *El Combatiente*, la Policía Federal apresó en dos allanamientos a 18 militantes, pero luego negó tener detenidos. Inmediatamente el Buró Político del PRT envió una nota a funcionarios del gobierno y dirigentes del Partido Justicialista emplazándolos a presentar con vida a los presos ante la Justicia. Si no lo hacían en 72 horas, la guerrilla actuaría sobre ellos. Antes de que venciera el plazo, los capturados fueron puestos a disposición de las autoridades judiciales.

El 5 de febrero de 1975, en la Escuela de Suboficiales de Infantería de Marina de Mar del Plata, donde la Presidente descansaba, Isabel Perón firmó el decreto S (secreto) 261 que daba inicio al Operativo Independencia. También firmaron los miembros del gabinete, entre ellos los fascistas Oscar Ivanissevich (ministro de Cultura y Educación), José López Rega (de Bienestar Social) y Ricardo Otero

(de Trabajo). De este modo el Ejército iniciaba las operaciones militares que considerase necesarias "a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos que actúan en la Provincia de Tucumán".

Paralelamente comenzó una gran ofensiva contra la oposición gremial. En Villa Constitución (una ciudad de 35.000 habitantes a orillas del río Paraná, donde funcionaban las plantas metalúrgicas más importantes del país), en 1974 una coalición de izquierda (OCPO, PRT, PST) había triunfado con el 64% de los votos en las elecciones de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) local, desplazando a la agrupación oficialista. La movilización de los trabajadores contra el aumento del costo de vida y el gran desarrollo de la lucha antiburocrática de Villa Constitución decidieron al gobierno a montar un gigantesco operativo para reprimir lo que denominaron como un complot de la "guerrilla industrial", término introducido por Ricardo Balbín (UCR).

En la mañana del 20 de marzo de 1975, más de cien vehículos ingresaron a Villa Constitución. A bordo venían unos quinientos hombres armados que ocultaban sus rostros con capuchas, anteojos oscuros o pañuelos; asaltaron la sede gremial e impusieron el terror, persiguiendo activistas. La seccional de la UOM declaró la huelga general y la población protagonizó una heroica resistencia que duró 59 días, hasta ser finalmente aplastada.

En el marco del conflicto en Villa Constitución, el ERP lanzó el 13 de abril de 1975 un nuevo ataque, el sexto contra una gran unidad militar. El objetivo fue el Batallón de Arsenales 121, en la localidad santafesina de Fray Luis Beltrán, a 23 km de San Lorenzo, al norte de la ciudad de Rosario. Con las informaciones que aportó el soldado Carlos Horacio Stanley, militante del PRT, la guerrilla realizó un operativo impecable. La Compañía "Combate de San Lorenzo" inició la acción estableciendo barricadas en los accesos al cuartel y ocupando la comisaría y la estación ferroviaria. Una de las contenciones impidió que dos patrulleros se acercasen al cuartel por la Ruta Nacional 11.

A las 13 los guerrilleros irrumpieron con sus vehículos en el Batallón 121 por la entrada principal. El tiroteo alertó a la guarnición, incluidos un barrio de viviendas para oficiales y otro de suboficiales. Durante el enfrentamiento murieron los guerrilleros "Tío" (Hipóli-

to Reyes) y "Patricia", mientras otros dos resultaron levemente heridos. El ERP tomó por asalto el batallón y retiró unos 150 FAL, 5 FAP, 3 MAG, pistolas ametralladoras, pistolas y pertrechos varios. El armamento fue cargado en camiones que abandonaron la unidad a las 14. Durante el combate murió el coronel Arturo Carpani Costa.

Frente a la alta moral de combate del ERP, el Ejército se había mostrado desorientado e incapaz. Después de este triunfo, la guerrilla llegó a subestimar aún más a las fuerzas armadas. El Ejército, en cambio, asimilará rápidamente la lección.

La descripción del ataque al Batallón de Comunicaciones 141 de Córdoba se basa en el "Parte de guerra del ERP" del 18 de febrero de 1973, publicado por *Estrella Roja*, número extra, 28 de febrero de 1973. Los nombres de los comandos que participaron homenajeaban al Cordobazo ("29 de Mayo"), a Ernesto Che Guevara y a militantes caídos. José Polti (hermano de Miguel Ángel Polti, asesinado en Trelew), Marcelo Lezcano y Taborda murieron a manos de la Policía de Córdoba, durante el intento por matar a un torturador de apellido Sanmartino. Ramiro Leguizamón, según *Estrella Roja*, nº 11, "cayó en combate" en marzo de 1972. Jorge Luis Sbédico participó en uno de las primeras acciones del ERP, el asalto al Banco Comercial del Norte en noviembre de 1970; fue asesinado el 6 de junio de 1972, luego de rendirse a la policía tucumana. J. Martínez y A. Ferreyra fueron muertos por la Policía de Córdoba, tras haber agotado sus municiones en un enfrentamiento, según *Estrella Roja*, nº 15, octubre de 1972.

La respuesta al pedido de "tregua" formulado por Cámpora se encuentra en un volante del ERP, del 13 de abril de 1973: "Por qué el Ejército Revolucionario del Pueblo no dejará de combatir. Respuesta al Pte. Cámpora".

Una detallada descripción del ataque al Comando de Sanidad (desde el punto de vista de las fuerzas del Ejército y la Policía) se encuentra en *La Prensa* de Buenos Aires, del 7 de setiembre de 1973. No fue posible verificar el nombre del "Hippie Álvarez", herido en ese enfrentamiento.

Los comunicados de la Juventud Peronista y de los diputados Mira y Comínguez, sobre el ataque a Azul se encuentran en los diarios de Buenos Aires de la segunda mitad de enero de 1974. El editorial

citado de *Ya* está en el n° 31 de dicha publicación. Las declaraciones de Albano Harguindeguy fueron publicadas por *Página/12* el 2 de setiembre de 2003.

La definición del ERP como "ejército regular guerrillero", la actitud del Buró Político del PRT luego de la toma de Acheral y la propuesta para un "cese el fuego" en 1974 están tomadas de Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada* (Edición ampliada), Editorial de la Campana, Buenos Aires, 1995. Sobre el Sexto Congreso del FAS puede consultarse: Daniel De Santis, *A vencer o morir. ERP. Documentos*, Eudeba, Buenos Aires, 2000. El "Informe de Personal" del ERP fue citado por Enrique Haroldo Gorriarán Merlo en entrevista con el autor. La exorbitante estimación de sus efectivos por parte de algunos militares se encuentra en Héctor Vergez, *Yo fui Vargas*, Buenos Aires (edición de autor).

La descripción de las acciones de Villa María y Catamarca se basa en relatos de ex guerrilleros y en: *El Combatiente*, n° 130, 14 de agosto de 1974; Pablo Pozzi, *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Eudeba, Buenos Aires, 2001; Enrique Gorriarán Merlo, *Gorriarán. Democracia y Liberación*, Ediciones Reencuentro, Buenos Aires, 1985, y el diario *La Prensa* de Buenos Aires, de agosto de 1974. Las declaraciones de la cuidadora de la Capilla del Rosario, de Pedro Tolosa y del doctor Díaz Martínez aparecen en *La Causa Peronista*, 20 de agosto de 1974.

La "Declaración" del PRT-ERP que inició la política de "represalias" fue publicada en *Estrella Roja*, n° 40, 23 de setiembre de 1974. El anuncio del fin de esas acciones se encuentra en *El Combatiente*, n° 147.

Eric Breuss era un empresario alemán. Durante el régimen nazi, había integrado las SS hitlerianas. En 1974 se desempeñaba como gerente de Acindar y fue uno de los organizadores de la represión antiobrera en Villa Constitución. Secuestrado en julio de 1974 por un comando del ERP, fue liberado posteriormente, tras el pago de un rescate.

Capítulo 4

El plan de Pedro

El escenario principal de la batalla de Monte Chingolo es un predio de 170 hectáreas, ubicado en el sur del Gran Buenos Aires, en el ángulo noroeste del partido de Quilmes, en una zona lindera con los de Lanús, Avellaneda y Lomas de Zamora. El nombre de Monte Chingolo corresponde en realidad a la localidad del partido de Lanús, al noroeste de estos terrenos, pero durante muchas décadas bautizó a toda la zona.

Originalmente, las instalaciones pertenecieron al Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI), creado por el primer gobierno peronista para regular el comercio exterior y que en poco tiempo degeneró en un ente burocrático. Después del derrocamiento de Perón en 1955, la llamada "Revolución Libertadora" liquidó el IAPI y sus amplios galpones pasaron a manos del Ejército, que los destinó al Batallón Depósito de Arsenales 601 "Coronel Domingo Viejobueno". La reestructuración de las fuerzas armadas, durante los años noventa, convirtió ese sitio en el actual Parque Industrial Tecnológico Quilmes.

Los terrenos forman un trapecio con su lado irregular al oeste. Su acceso principal está sobre el Camino General Belgrano o Ruta Provincial 14. Las calles Coronel Lynch y Montevideo (hoy este tramo se llama Cabo Raúl Sessa) delimitan el predio al norte y al sur, respectivamente, mientras que por los fondos, en dirección sudoeste-nordeste, cierra el cuadrilátero la avenida Donato Álvarez o Camino a Monte Chingolo (actualmente, avenida Juan D. Perón). A doscientos metros de los fondos del Batallón, casi paralela a Donato Álvarez, corren la avenida Caaguazú y la vía del antiguo Ferrocarril Provincial, luego Belgrano (hoy, un ramal cerrado). Sobre esa línea férrea, al noroeste del Batallón, se encuentra la estación Monte Chingolo (en el partido de Lanús), y al sudoeste la parada Pasco (en el

partido de Lomas de Zamora). Al sur de Montevideo se encuentran la calle Zapiola (en un tramo hoy rebautizado A. Pedemonte) y la Ruta Provincial 49, más conocida como Pasco (la actual avenida Tomás Flores en el partido de Quilmes, y Eva Perón en el de Lomas de Zamora).

Los alrededores de este amplio predio se fueron poblando de villas y barrios humildes desde los años cincuenta. Cruzando el Camino General Belgrano, al este, se entra en los barrios IAPI (también llamado Viejobueno) en Quilmes, y Villa Gonnet en Avellaneda. Al norte, dentro del partido de Lanús, se encuentra Villa Ofelia, parte de la localidad de Monte Chingolo. Del otro lado de la calle Montevideo está el Barrio 25 de Mayo, y un poco más al sur (en el cruce de Pasco y Camino General Belgrano), Villa Gaete.

El acceso principal (Puesto 1 del cuartel) está ubicado sobre el Camino General Belgrano, a mitad de camino entre Montevideo y Coronel Lynch. Cuarenta metros al norte se encontraba una segunda entrada más pequeña: el Puesto de Verificación.

Desde el Puesto 1 se extiende el camino interno principal. A unos cien metros se veía el edificio de la Guardia Central o de Prevención. Poco antes, a treinta metros, estaba ubicado un puesto con barrera y quince metros delante de la Guardia se encontraba la antena de radio. Por detrás de la Guardia, cruzando el camino interno, se alzaba una garita exterior, a casi cinco metros del suelo, con vidrios a prueba de balas y troneras horizontales para disparar. La Guardia de Prevención ocupaba un pequeño edificio con ventanales hacia el camino interno. En forma de L, esta construcción forma un amplio recodo en la parte noreste. Por la puerta que da al camino se ingresa a una pequeña sala. A la izquierda están los tres calabozos y a la derecha, la Guardia propiamente dicha, con dos ventanas de vidrio que dominan el predio en dirección al Puesto 1. Al fondo se encuentra un dormitorio, con una ventana hacia la Compañía de Servicios, y en el ángulo noroeste, la Cantina.

Una pequeña puerta con pasador comunicaba el predio delante de la Guardia con la salita de la central telefónica, que sólo poseía un armario para guardar herramientas. La central estaba separada del puesto del radioperador por una abertura de unos 35 o 40 centímetros de ancho; el operador se ubicaba en la Guardia propiamente dicha.

Detrás de la Guardia Central está la antigua Plaza de Armas, de unos 10.000 metros cuadrados. Dos largas edificaciones simétricas cierran sus laterales: la Compañía de Seguridad al oeste y la Compañía de Servicios al este, ambas dispuestas en dirección norte-sur. Entre la Guardia Central y la Compañía de Servicios hay unos treinta metros de distancia. Entre ambas compañías, antes de cruzar el camino, está el mástil del Batallón. Frente a la Plaza de Armas, un amplio edificio con techo a dos aguas, paralelo al camino y con dos alas perpendiculares al cuerpo principal, alojaba la Jefatura de la unidad.

La Compañía de Servicios ocupaba una larga edificación de una sola planta, con capacidad para albergar a setenta soldados. Contaba con ropería, sala de armas, dormitorio de tropa con cuchetas triples y enfermería. Dos pequeñas galerías en los extremos del edificio dan hacia la Plaza de Armas, por donde se ingresa. Del lado externo, que da hacia el Camino General Belgrano, después de la tercera ventana alejándose de la Guardia Central, había una pequeña pieza de unos seis metros cuadrados, a la que se ingresaba por una doble puerta de madera siempre cerrada con candado. Era la caldera de la Compañía, escenario de uno de los hechos más sanguinarios luego de concluido el combate.

Continuando por el camino interno, a unos 180 metros de la Guardia, a nuestra derecha (al norte) encontramos el edificio de ladrillo del Casino de Suboficiales. Más al oeste comenzaba el sector de Galpones, donde se almacenaban armamento, municiones y pertrechos, razón de ser del cuartel.

En las zonas sur y sudoeste (llamadas sector "R"), en 1975 se encontraban las tosqueras de donde se extrajeron, para comercializar, toneladas de material, hasta que un día las excavadoras tocaron napas subterráneas que inundaron esa parte del terreno y formaron dos grandes lagunas. Dos altas torres con los tanques de agua dominan todo el predio: la Norte (entre los Galpones) y la Sur (cerca de una de las tosqueras).

Para los soldados, la vida en el Batallón era extremadamente aburrida. Los conscriptos solían escaparse del cuartel para ir a divertirse. Uno de ellos, Oscar Torregino, cuenta que "había un prostíbulo ahí cerquita, que se llamaba 'La Gallega', y a la tarde se iban a tomar unos vinos. Los muchachos salían por un agujero; yo también supe escaparme por ahí".

Sin embargo, en los años setenta el Batallón "Viejobueno" era el principal depósito de arsenales del Ejército Argentino. Según el teniente coronel Jorge Luis Mittelbach, "esa unidad militar es la más importante, ya que ella hace las provisiones totales de sus similares en el resto del despliegue en todo el país".

Cuando el ERP decidió atacarla, tuvo en cuenta tanto la posibilidad de obtener gran cantidad de armamento como la resonancia política que tendría el copamiento de una de las mayores instalaciones del Ejército. La decisión debe entenderse en el contexto de crisis que vivía la Argentina y que prenunciaba el golpe de marzo de 1976.

El "Rodrigazo" y la crisis

Desde un año antes, la situación económica y política se deterioraba aceleradamente. La inquietud laboral se expresaba con una gran cantidad de movilizaciones, paros y huelgas que la CGT se resistía a centralizar. En distintos sectores sociales y políticos crecía la preocupación por el poder de José López Rega, ministro de Bienestar Social y "hombre fuerte" del gobierno de Isabel Perón.

El 4 de junio de 1975, el flamante ministro de Economía, Celestino Rodrigo, anunció un paquete de medidas que incluían un aumento de los combustibles del 172,7 por ciento y una devaluación del peso del 150 por ciento. El ingenio popular lo bautizó "Rodrigazo", y su consecuencia inmediata fue una ola de huelgas y movilizaciones que la CGT aglutinó en un paro general, aunque formalmente convocado para apoyar a la Presidente. Sin embargo, el 27 de junio los trabajadores colmaron la Plaza de Mayo para repudiar la política económica, desbordando a la dirigencia y coreando consignas contra Rodrigo y López Rega.

La gota que colmó el vaso fue la anulación de los incrementos salariales acordados por distintos gremios con las cámaras patronales. En la negociación de los convenios laborales, sindicatos como SMATA y Bancarios habían obtenido importantes aumentos, que iban a contrapelo de la nueva política económica. Isabel Perón decretó su nulidad y pretendió poner un tope a la discusión salarial. Esto fracturó la alianza de la burocracia sindical con el gobierno. El 5 de ju-

lio, fuertemente presionada por sus bases, la CGT tuvo que convocar a la huelga general para el 8 y el 9 del mismo mes y a una concentración en Plaza de Mayo.

Los trabajadores marcharon en tres enormes columnas desde el Norte, el Oeste y el Sur del Gran Buenos Aires. El PRT tuvo una activa participación aunque, respetando acuerdos con sus aliados en el movimiento obrero, no llevó banderas del ERP. La potencia de esta movilización hizo tambalear al gobierno, que debió dar marcha atrás y derogar el decreto que anulaba las paritarias, en medio de una grave crisis del gabinete. El 11 de julio, López Rega se vio obligado a renunciar y poco después abandonó el país. En su caída lo siguieron el ministro de Economía y su par de Trabajo. Federico Robledo y Antonio Cafiero asumieron los ministerios del Interior y de Economía, respectivamente. También el general Jorge Rafael Videla aprovechó la crisis, que había llegado a las fuerzas armadas, para desplazar a Alberto Numa Laplane como comandante en jefe del Ejército.

Estos cambios expresaban la caída política de la Presidente, que se transformó en una figura decorativa. Poco podría hacer el nuevo gabinete frente a las exigencias populares sin un cambio de rumbo que nadie confiaba que se tomaría. Frente al "vacío de poder" y la creciente amenaza de un golpe militar, los partidos políticos y las organizaciones populares propusieron distintas salidas. La vieja fórmula "gobierno de amplia coalición democrática" era la solución que proponía el Partido Comunista, mientras que los Montoneros exigían la renuncia de la Presidente y el inmediato llamado a elecciones. Otras organizaciones del campo popular proponían que la CGT se hiciera cargo del gobierno.

Mientras la lucha del movimiento obrero cobraba gran fuerza, el PRT carecía de una propuesta para intervenir políticamente en forma eficaz, desaprovechando las posibilidades abiertas por la crisis.

El 13 de setiembre, Isabel Perón, afectada por diarreas constantes, fue confinada en Ascochinga, mientras el presidente provisional del Senado, Ítalo Luder, asumía la primera magistratura. Durante sus 33 días como presidente interino, Luder firmó los decretos 2770, 2771 y 2772/75 que creaban el Consejo de Defensa Nacional y extendían la intervención de las fuerzas armadas a todo el territorio nacional, con el fin de "aniquilar la subversión". Los militares usarán estos de-

cretos para desencadenar y posteriormente justificar el plan de exterminio de la oposición, para destruir todo obstáculo al modelo económico que se pretendía imponer en el país.

El Comité Central "Vietnam Liberado"

Durante el "Rodrigazo", las principales regionales del PRT-ERP presionaron a su dirección nacional, reclamando una respuesta política a la nueva coyuntura. Santucho, que se encontraba en Tucumán con la Compañía de Monte, viajó a Buenos Aires a mediados de julio para hacerse cargo de la situación, estudiar el tema y abrir el debate. Luego de largas discusiones en el Buró Político y en el Comité Ejecutivo, el PRT elaboró una propuesta que, como señaló Luis Mattini, estaba destinada a "ampliar la participación popular en las cuestiones del Estado". Además debía servir para la educación política de las masas. Consistía en exigir una "Asamblea Constituyente, Libre y Soberana". A partir de agosto, los frentes Sindical y Legal difundieron esta propuesta, que fue incluida en el informe que Santucho presentó al Plenario del Comité Central "Vietnam Liberado", así denominado a raíz de la reciente toma de Saigón por el ejército revolucionario vietnamita, que puso fin a la intervención norteamericana en ese país.

El Plenario sesionó el 26 y el 27 de julio de 1975, días después de las movilizaciones que habían impresionado a los dirigentes del Comité Central. Tras la aprobación de los informes, Santucho caracterizó que el país estaba en el "inicio de una situación revolucionaria". En realidad, ya comenzaba un reflujo (difícil de detectar en esas circunstancias) en la movilización popular. Según Santucho, había que prepararse para mayores enfrentamientos intensificando el accionar político-militar de la organización. Propuso además que el Buró Político funcionase en las dos regiones estratégicas en que se había dividido al país: la ciudad y el frente rural, igualándolas en importancia. Roby iría a la Comandancia (Tucumán), mientras Benito Urteaga, miembro del Buró Político, se quedaría en Buenos Aires.

En el Plenario "Vietnam Liberado", el Comité Central votó medidas que meses después llevarán a la acción de Monte Chingolo. Se decidió crear el "Batallón Urbano de Buenos Aires", formado por

tres compañías de las regionales Capital, Sur y Norte-Oeste del Gran Buenos Aires, con una escuadra de servicios. Además, las regionales que aún no poseían una compañía deberían formarla.

Se aprobó también la creación de una "escuadra de elite", que dependería del Buró Político y que, además de cubrir la seguridad del organismo directivo, podría ser utilizada para tareas especiales como, por ejemplo, la obtención de recursos extraordinarios.

Por último, para aliviar la presión del Ejército sobre los guerrilleros que operaban en Tucumán, se decidió crear un "Batallón de Monte", que incluiría a la ya existente Compañía "Ramón Rosa Jiménez", que actuaba a lo largo de la Ruta Nacional 38 en una zona vecina a varios ingenios azucareros, y a una "Nueva Unidad de Monte". Esta unidad sería un pelotón formado por dos grupos de ocho y doce combatientes, que debían abrir un segundo frente rural en la zona de El Cadillal, a unos 15 kilómetros de San Miguel de Tucumán, cerca de la Ruta Nacional 9, para expandirse hacia Salta y Jujuy, ampliando así el área de operaciones a gran parte del Noroeste argentino. Este segundo frente fracasará en febrero de 1976: en una serie de enfrentamientos y emboscadas, entre los días 19 y 24 de ese mes, el Ejército pondrá fuera de combate a la Nueva Unidad, tras abatir a seis guerrilleros y capturar a otros cuatro.

En el cierre del Plenario fueron elegidos los treinta miembros del nuevo Comité Central, se ratificó a Santucho como secretario general y comandante en jefe del ERP, se eligieron el Comité Ejecutivo y el Buró Político, y en la ceremonia final se dio el grado de comandante a Juan Eliseo Ledesma, flamante jefe del Estado Mayor del ERP.

Daniel De Santis, uno de los nuevos miembros del Comité Central, recuerda que Luis Segovia, "un hombre muy espontáneo", dirigente obrero de la combativa Villa Constitución (y que en 1989 morirá durante el copamiento al Regimiento de La Tablada), dijo en aquel momento: "Recién cuando estaba en el baño estaba pensando: ¡Qué suerte que tenemos nosotros al tener un dirigente como el Roby Santucho, que tiene la inteligencia de Lenin, la humildad de Ho Chi Minh, y la garra del Che!". En la sala se hizo un imponente silencio. De Santis pensó que a Segovia se le había ido un poco la mano, mientras todos esperaban qué diría Santucho. El secretario

general respondió con simplicidad: "Agradezco esos elogios que no creo merecer, pero que de todas maneras reflejan la cohesión del Partido en torno a su dirección".

La decisión

En los primeros días de setiembre, tras un corto período en el monte tucumano, Santucho regresó a Buenos Aires y convocó a los miembros del Buró Político. Según Luis Mattini, único sobreviviente de aquel organismo dirigente, en ese momento "había una tensión en la Argentina que podía desembocar en un golpe de Estado. Y nosotros lo considerábamos inevitable porque el gobierno no iba a poder controlar la situación. Pero al mismo tiempo pensamos que teníamos que hacer todo el esfuerzo para evitarlo, o retrasarlo lo más posible, con la idea de que cuanto más retrasáramos el golpe, los militares estarían en peores condiciones para darlo, y nosotros y el campo popular estaríamos en mejores condiciones para enfrentarlo. Entonces, para eso, el PRT lanzó tres líneas simultáneas:

Una fue reforzar a la guerrilla rural, con la idea de que estuvieran en buenas condiciones de, llegado el golpe de Estado, lanzar una ofensiva en el monte de manera de obligar a los militares a mandar mayores fuerzas a la montaña, descuidando ciudades y otras zonas.

Otra es una política de armisticio, paradójicamente. Se plantea una especie de 'alto al fuego' con una serie de condiciones en una propuesta a las fuerzas políticas. Era un acuerdo donde nosotros no entregábamos las armas pero nos comprometíamos a no realizar más operaciones a cambio de que liberen a los presos políticos y deroguen las leyes represivas.

La tercera línea, coincidente con la primera, era que para reforzar a la guerrilla en Tucumán hacía falta mucho armamento y no teníamos otro recurso de armamento que los propios del país.

Y, al mismo tiempo, lo que se valoró en una operación de la guerrilla muy contundente, en pleno corazón del poder (que es Buenos Aires), fue que ésta debía tener un doble efecto: por un lado, la captura de una cantidad de armamento [...] y por otro, un aspecto desmoralizador que les retrasara a los militares la preparación del golpe".

"Pensamos que sería una demostración de fuerza del carajo", afirmó Julio Santucho, hermano del líder guerrillero y ex responsable de las escuelas del PRT. "Sería la operación de mayor envergadura, hasta ese momento, de la guerrilla urbana en América latina. Mover esa cantidad de efectivos y tener paralizado un sector de la ciudad de Buenos Aires donde vivían unos dos millones de personas, que estuvieran aisladas durante seis u ocho horas, desde ese punto de vista sí era una demostración de fuerza".

"El primer paso fue la elección del lugar. Teníamos un soldado que estaba [en el Batallón "Viejobueno"] haciendo la conscripción. Nosotros le decíamos 'Patora'. Tenía varios amigos soldados, así que obtuvimos bastante información", relata Mattini.

"La base del Viejobueno era un arsenal muy grande de las fuerzas armadas, que tenía una relativamente débil estrucutura de defensa. Era tan grande que era medio impensable que lo pudiésemos atacar. Como ya teníamos toda la información, planos de la base, mecanismos de las guardias y cómo funcionaba todo el sistema, se empezó a preparar la operación. En el ERP, además de Santucho, teníamos un jefe militar joven, un cordobés muy lúcido e inteligente, un cuadro 'clave' de los mejores que se formaron aquí entonces: Juan Eliseo Ledesma", el comandante Pedro. A él se le encomendó la preparación del ataque.

El comandante Pedro

"Pedro era un obrero y dirigente fabril. Fue uno de los primeros militantes de la regional Córdoba del ERP, y se desarrolló fundamentalmente como dirigente militar", afirma el "Osito", que combatió junto a Ledesma. "Dirigió varias tomas de cuarteles. Yo estuve con él poco antes de entrar al cuartel de Villa María. En esa acción Pedro se destacó como el mejor estratega militar del ERP en cuanto a la toma de cuarteles. Era además un tipo de trato muy afectuoso, que trataba siempre de ser justo. Tenía siempre la presencia moral del hombre nuevo".

Para Luis Mattini, Ledesma se caracterizaba por la "ausencia total de alardes heroicos, derroche de serenidad y una especial aptitud para encontrar las vías más sencillas como así también gran agilidad para la rápida toma de decisiones".

"La anécdota más conocida de Pedro es la expropiación al blindado de Yocsina", agrega Esteban, ex militante del PRT. El 12 de febrero de 1971 Santucho y Ledesma intentaron copar un camión de caudales en esa localidad, vecina a la ciudad de Córdoba. "Fue la primera expropiación significativa del ERP y al principio la dieron por perdida".

Los insurgentes se dividieron en dos grupos: uno "de contención", al mando de Santucho, y otro "de apoyo", cuyo responsable era Pedro. El grupo de contención no logró interceptar al blindado, que había realizado una brusca maniobra de evasión. "Le cruzaron un camión y se les fue, se escapó por un costado. Cuando ven que se escapan le tiran con un FAL y uno de los tiros hiere al chofer del blindado, que igual se fue". Pedro se empeñó en perseguir al blindado y lo alcanzó cuando se detuvo en la estación de servicio de Yocsina. "Allá los *apretan*, se hacen con la plata y vuelven a Córdoba".

"El otro grupo, que no sabía nada de esto, ya estaba reunido con Santucho a las puteadas: '¡Vos, pelotudo, que tendrías que haber estado ahí y estuviste allá!', y en el medio del griterío aparece Pedro y pone la bolsa con la plata sobre la mesa. Fue una acción histórica", concluye Esteban.

Según Martini, el estilo de Ledesma inspiraba confianza. "Dejaba al colectivo la sensación [de] que las tareas por él encaradas eran manejadas con seguridad y, sobre todo, prolijidad. Todo en Ledesma era sencillez y, en especial, su manejo concienzudo de los detalles, su intuición para mantener la visión de conjunto y su capacidad de síntesis para formular los problemas le daban la imagen de un joven maestro de viejos".

La maqueta

Decidido el ataque, Pedro le pidió a Santucho que convocara a un arquitecto del partido: quería una maqueta a escala del cuartel, para explicar detalladamente las tareas a los responsables de las unidades guerrilleras. Roby pensó en un viejo compañero suyo, militante de confianza, que había conocido durante una reunión en Tucumán. Su nombre era Roberto Bernardo Stegmayer.

En los años cuarenta, la familia Stegmayer vivía en la localidad de

Esperanza, provincia de Santa Fe. Roberto pasó su niñez allí, en el campo, donde todos se conocían. Con su primo hermano eran inseparables, siempre juntos iban de caza o de paseo. Su padre, Roberto Federico Stegmayer, como viejo inmigrante alemán, era un hombre muy severo, pero les daba a los muchachos unas buenas propinas si le cortaban leña. También les enseñó a cazar, así que desde muy chicos manejaban armas sin dificultad.

Roberto tenía gran afición por el aeromodelismo; su cuarto estaba repleto de aeroplanos de madera. Amante de todo tipo de diseños, decidió estudiar Arquitectura en Tucumán. Sus inquietudes sociales lo llevaron a la militancia, y llegó a presidir el Centro de Estudiantes de su facultad. En una reunión de la Federación Estudiantil conoció a una tucumana, Diana Rozemberg, presidente del Centro de Estudiantes de Psicología, de la que se enamoró perdidamente. La pareja compartió estudios y esfuerzos militantes. Asistieron a las reuniones del Partido Unificado FRIP-PO, donde conocieron a Santucho, y en 1965 se integraron con entusiasmo al flamante PRT.

Ya recibidos, se establecieron en Buenos Aires, donde comenzaron a trabajar y prosiguieron la militancia. Roberto fue delegado al Cuarto Congreso del PRT que selló la ruptura entre las fracciones "El Combatiente" y "La Verdad". Luego llegaron los dos hijos y también los kilos. A su hija Tamara, con quien tenía una especial afinidad, le gustaba mucho dormir la siesta con su papá, al que con sus más de 100 kg de peso utilizaba como colchón y almohada.

En setiembre de 1975, Stegmayer ya era el sargento "Federico", al mando de una escuadra de la Regional Capital del ERP. Santucho le encomendó la maqueta pedida por Pedro, que debía estar lista para mediados de octubre. Roberto había comprendido que si Santucho se ocupaba del tema personalmente era porque el ERP estaba preparando algo "muy grande".

—Voy a necesitar algunas precisiones sobre las edificaciones del interior del Arsenal —solicitó el arquitecto.

—No hay problema —le respondió Roby—, tenemos un compañero que está haciendo la conscripción en el cuartel que nos va a dar todos los datos que pidas.

El soldado, además de las precisiones solicitadas por Stegmayer, también informará a la Comandancia del ERP sobre la situación interna en el cuartel durante los días y horas previas al asalto.

Tras su encuentro con Santucho, Roberto se iba de paseo con sus hijos y aprovechaba la oportunidad para tomarles fotografías. Caminando juntos por el Camino General Belgrano, le decía a su hija de cuatro años: "Quedate quietita ahí", mientras preparaba su cámara. Mientras Tamara posaba, el arquitecto giraba un poco el objetivo y tomaba fotos del Batallón "Viejobueno". La misma escena se repetía en las calles laterales. Con las fotos y las informaciones del conscripto, Stegmayer construyó con medidas exactas la maqueta. Cada noche, al final del trabajo, escondía su "cuartel en miniatura" en un compartimiento que había construido y al que accedía levantando la base del ropero familiar.

Durante esos días, el comandante Pedro y otros altos oficiales del ERP visitaron a Stegmayer en su casa del Gran Buenos Aires para ver la maqueta y diagramar el plan. En una oportunidad, durante octubre, el mismo Santucho fue a verlo. Mientras sus dos hijos correteaban por los pasillos, en la cocina de la casa Federico les explicaba a Roby y a Pedro las características de las edificaciones del cuartel. En la custodia de esta reunión participaba Diana (apodada "Carmen"), que por la pequeña ventana de la puerta de su hogar vigilaba la calle con una granada de construcción casera en sus manos.

Carmen no podía escuchar de qué hablaban en la cocina. Integraba una escuadra del ERP distinta a la de Roberto, por lo que desconocía qué se estaba preparando, y su esposo no le contaba sobre ello. Pero intuía que se trataba de un gran ataque y estaba intranquila. Al retirarse las visitas, le preguntó a Roberto: "¿Está todo bien? ¿Estás seguro de lo que estás haciendo?". Stegmayer calmó a su compañera; no tenía la menor duda del éxito. Tan seguro estaba, que le pidió a Santucho integrar el grupo principal de asalto.

La concepción táctica

La seguridad de Stegmayer era compartida por la Comandancia del ERP. Luis Mattini recuerda que "se daba por hecho que [el Batallón de Arsenales 601] tenía una defensa muy débil, y que no había fuerzas represivas cercanas, tampoco. Pero como era posible que arribaran fuerzas de represión rápidas, entonces la idea fue: un centro (que era la base) sería atacado por una de las unidades del ERP

de las más fuertes y entrenadas. Y después, establecer un gigantesco cerco alrededor de la base (de varios partidos del Gran Buenos Aires), a través del bloqueo de puntos estratégicos como los puentes del Riachuelo, de manera que no pudiera pasar ninguna unidad militar de la Capital Federal. También habría otro bloqueo de las carreteras del lado de La Plata. O sea, un sistema de cerco que consistía en bloquear el paso de tropas terrestres.

El núcleo de choque, la tropa de asalto, estaría integrado por los combatientes que irían a Tucumán, a la Compañía 'Ramón Rosa Jiménez'. Si el núcleo central eran alrededor de 60 compañeros, con toda la gente movilizada, los cercos, las postas sanitarias, los equipos de logística que tenían que cargar el armamento [...], es decir todo el conjunto, sumó alrededor de trescientas personas.

Al principio trabajamos en el plan sobre un esquema del 601, muy difuso, y un plano del Gran Buenos Aires. Un comando tenía que repetir un poco la experiencia de que en todas las bases capturábamos al jefe [...]. Entonces, el ataque frontal era el del portón, y el otro (el comando) tenía como misión entrar a capturar la Jefatura. Y tengo la idea, si mal no recuerdo, de que ahí estaba Irurzun, al comando de ese grupo.

Los camiones entraban por atrás, con la gente de Logística. Una parte pequeña del armamento quedaría en Buenos Aires. El grueso [...], en una serie de camiones, iba a ser destinado fundamentalmente a Tucumán, con algunas postas intermedias, depósitos intermedios, porque no se podía llegar con todo.

El mecanismo no era que entran los camiones camuflados y salen, sino que se sacaba el armamento con los propios camiones de los milicos, como se intentó hacer en Azul, y [...] después, en determinados puntos del Gran Buenos Aires, ya esperaban los otros camiones y hacían el cambio de carga. [...] Finalmente, las unidades tenían un plan de retirada, primero a sus propias bases y luego se dispersaban", concluye Mattini.

LOS CAMIONES CISTERNA

Los transportes camuflados, a los que —ya fuera del Batallón— se tenía previsto trasladar el armamento para su envío al Norte, eran

dos enormes camiones cisterna, cada uno con su acoplado. También se utilizarían vehículos camuflados de otro tipo, pero con menor capacidad.

Los camiones cisterna eran una "obra de arte" realizada por Reino Hietala (el sargento "Esteban"), responsable de la sección Automotores de la Logística nacional del ERP. Luis Mattini afirma que "Esteban sabía trabajar la materia como el mejor alfarero y sobre todo, extraer al máximo las energías del entusiasmo militante de los compañeros a su cargo, quienes por lo general carecían de los conocimientos necesarios. Organizó equipos eficaces con los que construyó obras de ingeniería clandestina que eran verdaderos alardes y muestra palpable de ese espíritu perretiano que se vivía allí, como en otros frentes, en las miles de situaciones, y no siempre concordantes con los trazados de las grandes estrategias del Comité Central. [...] No se sabe de construcciones clandestinas, vehículos camuflados, *berretines* y cosas por el estilo, que hayan sido detectadas por la represión debido a fallas o falta de originalidad. Muchas fueron encontradas pero por otras razones: seguimientos, denuncias o informaciones sacadas a fuerza de tortura".

Originalmente, esos camiones de transporte de aceite habían sido acondicionados durante el segundo semestre de 1973, para el ataque a la guarnición de Azul. La tarea fue realizada por Esteban, con la ayuda de "Carlitos" y "Rolo" (Adrián Saidón). El trabajo se hizo en la quinta del padre de Rolo, en la localidad bonaerense de Moreno. Mattini recuerda que "Reino lograba esa eficacia no tanto por buen técnico como por su *calle*, porque podía ponerse en la mentalidad del enemigo o del común de la gente [...] Se supone que si un camión está cargado, se verifica el peso en los elásticos o las cubiertas; por lo tanto, si se golpea sobre la cisterna no debe sonar a hueco. Reino y su equipo lo forraron con madera y una capa de arena interiormente de modo tal que parecía lleno de líquido, ya que así no sonaba a hueco. Luego instaló tubos verticales debajo de cada una de las aperturas sobre la cisterna para que, en caso de que alguien quisiera comprobar con una varilla, hubiera efectivamente aceite. Aseguró todos los detalles e hizo la entrada por el lado del cajón de herramientas. Era imposible de descubrir.

—Probemos —dijo. Se sentó al volante y empezamos a teatralizar. Partimos del supuesto de que el vehículo estaba cargado de arma-

mentos. Yo, policía que lo detengo en el camino. Documentos, hoja de ruta, remitos de mercadería, etc. Reviso todo el vehículo, golpeo la cisterna con una llave, subo al tanque y levanto las tapas de entrada. ¡Hasta se ve el aceite! Le digo:

—Muy bien, señor, puede seguir viaje. —Reino se apea sonriendo y me invita a invertir las funciones.

Entonces yo manejo y él repite todas las inspecciones, no encontrando falla. Me dice:

—Bien, señor, todo en orden. —Yo lo miro como diciendo '¿Viste, boludo?'; él se sonríe y de pronto me pregunta:

—Esteee, señor, ¿usted lleva aceite, no?

—¡Sí, claro!

—¿Qué marca es?

—Bueno, ahí lo dice el remito... Mazzola —invento.

—¡Ah!, es un rico aceite. ¿Y no me podría dar un poco para llevarle a la patrona? —dice, a la vez que ofrece un tarro y señala las válvulas traseras que habían quedado inservibles pero aparentando funcionar. Yo me abatato y no sé qué responder. Reino lanza una de sus carcajadas homéricas:

—Yeca, flaco, yeca. Lo elemental es que un cana te manguee algo de lo que llevás.

Así fue como le adicionó un tanque disimulado sobre los grifos posteriores para que, en caso de que un policía le pidiera un poquito, saliera algo".

La Unidad "Guillermo Rubén Pérez"

En el plan original, la acción debía ser el bautismo de fuego del flamante Batallón Urbano "General José de San Martín" del ERP, formado por tres compañías: "Héroes de Trelew" de Capital Federal, "Juan de Olivera" de la regional Sur y "José Luis Castrogiovanni" de la regional Norte-Oeste del Gran Buenos Aires. Esta última llevaba el nombre del jefe del grupo muerto el 20 de mayo de 1973 en un frustrado asalto al Subcomando Radioeléctrico de Merlo.

El Estado Mayor del Batallón "José de San Martín" estaba integrado, además del comandante Pedro, por cuatro oficiales que estarían a cargo de las jefaturas de Operaciones, Logística (Documenta-

ción, Armamento, Sanidad y Transportes), Inteligencia (Seguridad y Personal, Área FF.AA., Publicaciones) y Comunicaciones. Muchas de estas funciones estaban a cargo de miembros del Estado Mayor Central del ERP. El batallón contaría con 250 combatientes; de ellos, unos 150 constituían la tropa de infantería y cien eran efectivos de apoyo, es decir de logística y servicios.

Este aspecto del plan tendrá un cambio muy importante. En setiembre de 1975, un informe recibido de la organización Montoneros daba cuenta de que en la regional Capital del ERP actuaba un infiltrado de los servicios de inteligencia, apodado "el Oso". Como veremos en el próximo capítulo, esta información tenía un dato incorrecto: la regional afectada. Para protegerse de la infiltración, la Compañía "Héroes de Trelew" será aislada y esto obligará a cambiar la composición de la fuerza atacante.

El asalto al cuartel lo realizará una unidad formada especialmente para esta acción. Fue bautizada "Guillermo Rubén Pérez", en homenaje al dirigente abatido por la policía en junio de 1974. Su núcleo principal era un selecto contingente de combatientes probados de distintas regionales, básicamente de la Compañía "José Luis Castrogiovanni" de Norte-Oeste del Gran Buenos Aires y de la Compañía de Monte "Ramón Rosa Jiménez" de Tucumán, incluida una escuadra de diez guerrilleros que estaba concentrada en Córdoba. Otra escuadra cordobesa aportaría logística y comunicaciones, y un grupo de cuatro combatientes vendría de Rosario. Inicialmente la unidad sumaba 78 efectivos. Su jefe sería un platense de 27 años, que había estudiado en la Facultad de Ciencias Naturales de La Plata antes de incorporarse al PRT: Abigail Armando Attademo, el capitán "Miguel". La Compañía "José Luis Catrogiovanni" no participará como tal en el combate de Monte Chingolo, sino incluida en la Unidad "Guillermo Rubén Pérez", mientras que las contenciones estarán a cargo de la Compañía "Juan de Olivera".

La planificación

A mediados de noviembre de 1975 se reunió el Estado Mayor del Batallón "General José de San Martín". Pedro detalló las acciones previstas, utilizando un enorme mapa y la maqueta de Stegmayer.

Para copar el arsenal, Ledesma había previsto aislar al cuartel por varias horas. Escuadras y equipos menores de la Compañía "Juan de Olivera" debían cortar el tránsito por los puentes que cruzan el Riachuelo y el río Matanza, ruta prevista de movilización para los refuerzos de los regimientos de Infantería I "Patricios" (RI 1) y III "General Belgrano" (RI 3) que acudirían en ayuda de la unidad atacada. Los puentes fueron numerados de 1 a 9, de este a oeste:

1. Nicolás Avellaneda
2. Pueyrredón Nuevo
3. Pueyrredón Viejo
4. Bosch
5. Victorino de la Plaza (Vélez Sarsfield)
6. Presidente José F. Uriburu (Alsina)
7. La Noria
8. Camino de Cintura (Ruta Provincial 4) y Florida, sobre la rectificación del río Matanza: segunda contención al avance del RI 3
9. Camino de Cintura, sobre el río Matanza (puente chico, a unos 600 metros al sur del puente 12 de la Autopista Ricchieri): primera contención al avance del RI 3.

Jorge Omar Arreche, el capitán "Emilio", prestaba especial atención pues su compañía sería la responsable de cumplir esta parte del plan.

Además, en torno a la unidad se establecería un doble cordón de contenciones periféricas. Para bloquear el arribo de tropas del RI 1 "Patricios", Ledesma dispuso bloquear dos puntos sobre el Camino General Belgrano al norte del Batallón, uno a la altura de la avenida Cadorna (actual Fabián Onzari) y otro en Coronel Lynch, en una de las esquinas del cuartel. El avance de tropas del RI 3 "General Belgrano" sería interceptado desde el oeste por una doble contención sobre la avenida Pasco, en el cruce con Caaguazú y el paso a nivel del Ferrocarril Belgrano. Los efectivos del Regimiento de Infantería VII "Coronel Conde" (RI 7) de La Plata, que podrían acceder desde el sur, serían detenidos por contenciones en el Camino General Belgrano a partir del cruce con la calle 12 de Octubre. A la altura de la calle Catamarca habría una intercepción, con cinco guerrilleros a cargo de hostigamientos. Cien metros más al norte, se colocaría una contención principal en el primer puente sobre el arroyo San Francisco. Un equipo custodiaría la Rotonda de Pasco, retaguardia de las

contenciones principales por el sur y por donde pasaría el convoy guerrillero en su asalto al cuartel.

La llegada de refuerzos por el este, desde la avenida Calchaquí, sería bloqueada por dos contenciones en los puentes (segundo y tercero) sobre el arroyo San Francisco, una en la calle Zapiola y otra en Montevideo. Un último puesto de hostigamiento cerraría el paso desde el sur y el este, en el cruce de Montevideo y el Camino General Belgrano.

La Compañía "Juan de Olivera" también debía interceptar otras calles y puentes adyacentes al cuartel. Dos bloqueos cortarían la avenida Donato Álvarez: uno en el ángulo sudoeste del Batallón, en el cruce con Zapiola, y otro en la intersección con Coronel Lynch, ángulo noroeste de la unidad militar. Otros equipos debían hostigar los puestos de guardia del cuartel desde el Camino General Belgrano y Coronel Lynch. Unidades móviles efectuarían una decena de acciones de hostigamiento a las principales comisarías y organismos policiales del sur del Gran Buenos Aires; entre ellas, la Unidad Regional II, ubicada en las calles Juncal y Anatole France de Lanús.

Para neutralizar el posible apoyo del RI 7, Pedro planeó una serie de operaciones que extenderían el accionar de la Compañía "Juan de Olivera" a gran parte de la zona al sur del Batallón "Viejobueno". En La Plata, una escuadra atacaría la guardia del RI 7, como maniobra de distracción. A la altura de Villa Elisa, dos contenciones cortarían el tránsito sobre la Ruta 1 y el Camino General Belgrano, y se cerraría el paso por la Ruta Provincial 215 en el Cruce Etcheverry con la Ruta Nacional 2. También se hostigaría, desde el Camino General Belgrano, a la guardia del Batallón de Comunicaciones Comando 601 "H. Vallejos", de City Bell.

Otros grupos del ERP, no pertenecientes al Batallón "San Martín", debían realizar acciones de sabotaje en Capital y Gran Buenos Aires para distraer el máximo posible de unidades de las policías Federal y provincial. En el plan de Pedro, estas acciones serían acompañadas por un verdadero "ensayo semi-insurreccional", con la participación del resto de la militancia del PRT. Se trataba de lograr una gran movilización en los barrios de la zona, convocando a simpatizantes y vecinos para que levantasen barricadas, cortasen rutas y arrojasen clavos "Miguelitos" para obstaculizar el movimiento de las fuerzas de seguridad.

Ledesma propuso además que se tomara la antena del Canal 2 de televisión para transmitir una proclama del ERP instando a la población a sumarse a sus filas y enfrentar el golpe que preparaban los militares.

Luego comenzaría la primera parte del operativo propiamente dicho. La Unidad "Guillermo Pérez" ingresaría al cuartel a través del Puesto 1, en una columna de doce automóviles y camionetas pickup, que transportarían a los combatientes divididos en siete grupos, cada uno destinado a copar una dependencia del Batallón "Viejobueno". Al frente de la columna, dos guerrilleros a bordo de una topadora debían voltear el portón principal. Detrás de ella ingresarían los demás vehículos. Los dos primeros correspondían al Grupo 1, que con diez guerrilleros atacarían la Guardia Central o de Prevención. En el tercer automóvil ingresaría el Grupo 2, cuyos cuatro integrantes debían anular al carrier blindado ubicado en el sector delantero del Batallón. El Grupo 3 debía penetrar con dos vehículos hasta la Compañía de Seguridad con, inicialmente, siete combatientes. Los siguientes dos vehículos llevarían a los ocho guerrilleros del Grupo 4 hasta la Compañía de Servicios.

El Grupo 5, con nueve guerrilleros en dos vehículos, debía copar el Casino de Suboficiales, y el Grupo 6, también de nueve combatientes en dos móviles, ocuparía el Tinglado del Batallón. Este último cumplía la misma función que la Guardia de Prevención, pero en los fondos del cuartel. Finalmente, el Grupo 7, con cuatro miembros en un vehículo, debía anular al carrier ubicado en la parte trasera del arsenal.

Mientras esos 53 guerrilleros atacaban el cuartel por el frente, el Grupo 8 irrumpiría por los fondos. En el plan original, este grupo, formado por diecisiete personas, debía cortar las alambradas que dan a la calle Coronel Lynch, en el sector noroeste del Batallón vecino a la avenida Donato Álvarez, e ingresaría a bordo de dos camiones de tipo militar para confundir a los soldados de los puestos de guardia 4, 5 y 6. Luego de coparlos, debía desplazarse por el camino interno hasta el Galpón 30, objetivo principal de todo el operativo. El ERP planeaba sacar de ahí 900 FAL con 60.000 tiros, 100 M-15 con 100.000 tiros, 6 cañones antiaéreos automáticos de 20 mm con 2.400 tiros, 15 cañones sin retroceso con 150 tiros, armas portátiles

antitanques "Instalazas" (similares a bazucas) con sus proyectiles, 150 pistolas ametralladoras: unas veinte toneladas de armamento y munición.

Para trasladar el botín, además de los camiones del Grupo 8, se planeaba capturar otros transportes del propio Batallón. Se contaría además con dos camiones cisterna acondicionados para disimular la carga. El armamento sería almacenado temporalmente en depósitos secretos, algunos de los cuales eran grandes pozos abiertos en la tierra en lugares deshabitados.

El Grupo 9, de Sanidad, estaba integrado por cinco militantes que se encargarían de los primeros auxilios y el traslado de los combatientes heridos. En la avenida Zapiola, casi a la altura del Camino General Belgrano, esperarían varios automóviles, incautados previamente, para el eventual transporte de heridos graves hacia alguno de los siete puestos sanitarios que la guerrilla instalaría en las inmediaciones, donde atenderían veinte médicos del ERP.

Tres jóvenes y destacados militantes constituían el mando directo de la operación: Abigail Attademo (el capitán "Miguel"), Ricardo Daniel Waisberg (el sargento "Diego") de la regional Norte-Oeste, y Liliana Alcira Malamud (la sargento "Ana"). Dirigirían las acciones desde el portón principal del Batallón, a través de *walkie-talkies*, en comunicación con el comandante Pedro, instalado en la casa del Mando Táctico.

La segunda parte de la acción principal comenzaba inmediatamente después de realizado el copamiento. Su aspecto central era la captura del armamento. Esta tarea demandaría varias horas y debían permitirla las contenciones periféricas y la defensa del Batallón tomado, de la cual se encargarían los grupos 1, 2 y 7.

Los soldados y oficiales apresados serían custodiados por el Grupo 3, en la enfermería de la Compañía de Seguridad. Cuando todos los militares estuviesen concentrados allí, el soldado conscripto que el ERP tenía en el cuartel realizaría una arenga política y luego se distribuiría la prensa partidaria entre la tropa. El coronel Eduardo Abud, jefe del Batallón "Viejobueno", debía ser apresado y evacuado del lugar, para negociar un intercambio de prisioneros. Los guerrilleros realizarían luego una formación bajo el mando del capitán Miguel en la Plaza de Armas, enarbolarían la bandera del ERP y entonarían la marcha de la organización.

La tercera parte del operativo era la retirada escalonada de los atacantes. Algunos de ellos abandonarían la zona usando el transporte público, para lo cual se asignaría a cada militante una suma de 400.000 pesos viejos (moneda nacional), equivalentes a poco menos de un salario mínimo de entonces.

El Grupo 5 (Casino de Suboficiales) custodiaría el transporte del armamento hasta sus lugares de depósito. Otros diecinueve guerrilleros (nueve del Grupo 1, ocho de los grupos 2 y 7, y dos combatientes más) formarían una brigada que, antes de dispersarse, se movilizaría con los carriers capturados y otros tres vehículos hasta la Unidad Regional II de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, en Lanús, para atacarla y destruirla.

Luego el Grupo 3 abandonaría el Batallón "Viejobueno", mientras que el Grupo 4 (Compañía de Servicios) y la mitad del Grupo 6 (Tinglado) harían detonar cargas explosivas para destruir las instalaciones desiertas del cuartel, especialmente los galpones con el armamento no retirado. Al replegarse estos grupos quedaría completa la operación.

Cada gran unidad guerrillera tendría varias citas de control, diferentes en lugar y horario, para verificar el destino de sus miembros. Dispondrían de un día y medio para presentarse en alguno de los veinticinco controles de seguridad, donde los esperarían sus compañeros del Frente Legal.

Los objetivos políticos

Según Daniel De Santis, uno de los objetivos del ataque era "presentar a la guerrilla ante la población con una gran capacidad militar; que ya no era la guerrilla de los repartos, de las tomas de comisarías, sino que podía dar grandes golpes al enemigo y eso alentaría a la lucha popular". Uno de los fundadores del ERP, Humberto Pedregoza, confirma esa apreciación: "Había que producir un efecto psicológico o político, como mágico".

Los dirigentes del PRT-ERP creían que la preparación del Ejército para tomar el poder era fundamentalmente militar. En realidad, las fuerzas armadas seguían la llamada "doctrina de la manzana podrida": esperaban que el gobierno de Isabel Perón se deteriorase has-

ta tal punto, que prácticamente cayera solo. Mientras los militares preparaban las condiciones políticas para dar el golpe, el PRT se aprestaba a responder con una acción de carácter desesperado: un ataque militar.

Humberto Pedregoza opina que "durante el '75 la dinámica de la lucha era muy acelerada, como si se fueran quemando etapas. La vorágine de esta lucha produjo un gran entusiasmo y una confianza excesiva en el seno del partido, que nos hizo subestimar al enemigo. El ascenso de la lucha era vertiginoso y sobrepasó nuestra capacidad de organizar, orientar y capitalizar todas esas grandes luchas. Luego de la cumbre de junio y julio del '75, el proceso de a poco comienza a revertirse con un reflujo en las luchas acompañado por grandes golpes que recibe la organización. Es en ese momento que hubo falta de una profunda reflexión. Nosotros teníamos cuadros capaces de tener ese momento de reflexión y autocrítica, como el 'Flaco' Carrizo, hombre clave que sabía escuchar y que estimulaba las discusiones con el ánimo de hacer aportes a la lucha ideológica.

No era fácil librar la lucha ideológica en ese momento porque la clandestinidad afecta el funcionamiento democrático, pero sobre todo cuando se sostiene una fuerte política de falta de discusión a fondo. En la superestructura se 'reventaba' todo y así llegaba a la base. Esas discusiones no se bajaban para ampliarlas, enriquecerlas, para que participe el conjunto de la organización. La lucha ideológica estaba muy circunscripta a la superestructura. Por ejemplo, no podías criticar al stalinismo ya que supuestamente 'no teníamos autoridad (el ERP) por no haber hecho nada', ¡quién eras vos para criticar a los soviéticos!, nos decían, sabiendo que ellos a nosotros nunca nos admiraron, nunca nos apoyaron, y los pocos vínculos que había eran para ver si nos podían 'negociar'. [...]

Yo creo que había algo más profundo materializado en la operación. Tácticamente no se correspondía con el grado de desarrollo de la lucha. Era como poner todo el asado en el asador, como 'tirar la taba' o jugarse en forma suicida. Yo estaba al frente de una tarea estratégica y para el copamiento se sacó gente de ahí, afectando y desestabilizando ese proyecto. Se sacrificó gente de un montón de zonas que no era conveniente. Mucho mejor era preservar esa fuerza porque la cuestión no se terminaba ahí, en esa operación, a la que se le dio una importancia, desde el punto de vista militar, errónea. A

pesar de que la organización venía de sufrir golpes mortíferos, sólo después de Monte Chingolo se comienza a visualizar un retroceso, un reflujo. La dirección no percibió que había que hacer grandes cambios tácticos, y por ceguera, por inmadurez o por deficiencias ideológicas de la superestructura de la organización, no tomaron el toro por las astas, cuando había que adecuarse al momento y preservar nuestras fuerzas".

Un importante dirigente del PRT-ERP, Domingo ("Mingo") Menna, esbozó sus opiniones sobre la crisis política del país, las intenciones de redemocratizar la vida interna del partido y las motivaciones para emprender una gran acción militar, durante una charla que mantuvo con "Abel", un viejo militante revolucionario.

Cuenta Abel que, en noviembre de 1975, viajó a Buenos Aires, donde tenía "una cita con alguien que me iba a reconocer, en esta inmensa metrópolis para mí un tanto extraña en aquellos tiempos. Llegué a la esquina de la cita en Córdoba y Scalabrini Ortiz, después de breve viaje en colectivo desde Barrio Norte (en el trayecto, el ómnibus fue parado por la policía a plena luz del día, revisados todos los pasajeros y controlados sus documentos). Cuando buscaba el bar donde podía ser la cita, escucho un vozarrón que grita mi nombre (mi nombre legal, no mi seudónimo). Del otro lado de la calle, desde una mesita en la vereda, haciendo señas mientras gritaba... ¡[Era] Mingo! Hacía más de un año que no nos veíamos. Él era secretario de Organización del Buró Político. Tuvimos una charla de varias horas, en el bar primero, caminando por calles porteñas después y culminando en la casa donde yo me alojaba.

Mingo me sintetizó los ejes que el PRT se había propuesto en esos meses de continuidad de la crisis política, en la que era evidente que el gobierno peronista no sobreviviría y el golpe militar era *cantado*.

Desde el punto de vista interno, Mingo se proponía [...] la 'redemocratización' del PRT, ya que decía que a raíz del crecimiento muy acelerado del partido, un gran número de zonales y frentes estaban dirigidos por alguien impuesto y no electo por sus compañeros de base. Generalmente el impuesto era 'elegido' de hecho por haber sido el precursor u organizador de esa nueva célula, frente o zona. Él intuía que eso había creado una práctica verticalista y un deficiente debate y elaboración política.

Hacia afuera, el PRT se planteaba incentivar toda posibilidad de unidad revolucionaria y antifascista. Al respecto, sostenía que había sido equivocada la política de haber transformado al FAS de su esencia original antiimperialista y socialista en un virtual sello 'democrático-antifascista' y que eso no había ampliado para nada el frente. Por el contrario, había ahuyentado a fuerzas revolucionarias que años antes eran adversas al PRT, y que por la crisis y por nuestro propio crecimiento, se habían aproximado. Y la tercera cuestión, me explicó, era en cuanto a la táctica militar, y fue para mí una insinuada 'anticipación' del ataque a Monte Chingolo.

Teniendo la previsión política de que el golpe era inexorable, Mingo dijo que había que hacer esfuerzos para demorarlo lo más posible. Y la forma en que el PRT veía la posibilidad de retardar el golpe, era asestarle fuertes golpes armados al Ejército para acrecentar su desconcierto y minar su prestigio, al poner en evidencia su vulnerabilidad y la capacidad de la guerrilla. Y por 'golpes fuertes', en nuestra jerga, lógicamente se entendía acciones similares o superiores a las tomas de cuarteles realizadas con anterioridad".

El ERP no podría impedir el golpe militar. La propuesta para convocar a una "Asamblea Constituyente" no prosperó en el conjunto de la sociedad y ya no habría forma de resolver políticamente la grave amenaza que se cernía sobre el país. La organización atacará el Batallón "Viejobueno" fundamentalmente impelida por la necesidad de armar a sus nuevas unidades de combate, los batallones de Monte y Urbano de Buenos Aires, apreciados como vitales en la futura resistencia al golpe que ya consideraba inevitable. Pero al mismo tiempo, al creer que con una acción de gran envergadura desalentaría a las fuerzas armadas a dar el golpe, al menos en lo inmediato, despertaba falsas expectativas en que el ataque podía generar un cambio profundo en la situación política del país. De haberse producido, una victoria del ERP en Monte Chingolo poco hubiese cambiado en los planes de las fuerzas armadas. Tácticamente, la situación política exigía un repliegue organizado para preservar sus fuerzas.

El comentario del coronel Mittelbach se encuentra en *Todo es Historia*, n° 284, febrero de 1991.

Los relatos de Luis Mattini pertenecen a entrevistas con el autor. También se cita su obra, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. Los relatos de Daniel De Santis, Humberto Pedregoza, Abel, Esteban, Osito y otros militantes, que permitieron reconstruir los planes y objetivos del ataque, corresponden a conversaciones con el autor. El detalle del material que se pensaba capturar se encuentra en el "Boletín Interno" nº 98 del PRT.

Capítulo 5

El filtro y el anzuelo

"El secreto es un factor determinante en la guerra de guerrillas, donde la sorpresa es línea rectora de la táctica. Sin embargo, se pueden violar los secretos por desconocer, o lo que es peor, subestimar las modernas técnicas de información".

Luis Mattini, Hombres y mujeres del PRT-ERP

El jueves 11 de setiembre de 1975, fuerzas policiales rodearon una modesta vivienda en Bosques, localidad de Florencio Varela. Allí funcionaba una *cárcel del pueblo* donde el ERP retenía a un ejecutivo de la empresa Isaura, de apellido Domenech.

Al verse cercados, los tres guerrilleros que estaban en la casa decidieron resistir. Durante casi seis horas mantuvieron a raya a más de cien efectivos de las policías Federal y de la Provincia, que finalmente pidieron refuerzos al Ejército. Una unidad de artillería bombardeó el edificio con morteros hasta destruirlo. Entre los restos humeantes, hallaron los cuerpos del secuestrado Domenech y de los militantes Hugo Montoto, Hugo Morgensen y María Cristina Asconape de Martínez.

"Si antes me acompañaban su calor, su risa y su ternura, ahora me acompañará su ejemplo, dándome fortaleza e iluminando mi camino". Con estas palabras, Carlos Martínez recordaba a su compañera María Cristina Asconape.

En ese momento, nadie en el ERP sospechaba que la caída de la *casa operativa* de Bosques era resultado de un trabajo de seguimiento: el Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE) había informado a la Policía la dirección. Menos aún podían imaginar que los militares recibieron ese dato de mano de uno de los choferes de la logística guerrillera, el mismo que había trasladado a Domenech a ese lugar. Era un infiltrado y su seudónimo era "el Oso".

Los servicios

A mediados de los setenta, en la Argentina funcionaban nueve servicios de inteligencia, todos ellos controlados por las fuerzas armadas. Su personal se calcula entre 10.000 y 12.000 agentes, más otros 30.000 informantes dispersos en todo el país.

Además de realizar seguimientos, los agentes espiaban los ámbitos de posible acción de los revolucionarios: fábricas, universidades, escuelas secundarias, lugares donde existiesen conflictos. Por su parte, los informantes constituían un verdadero ejército de "orejas". Actuaban como gente común, trabajaban de mozos de bares o porteros de edificios que, además de escuchar conversaciones, estaban pendientes de mujeres jóvenes que, con la cara y las manos sin pintar, esperaban a alguien, o de hombres que se encontraban y se iban. Parecían taxistas o simples heladeros, que podían rastrear barrios enteros, *peinándolos* sistemáticamente día tras día.

La capacitación para los futuros informantes era rápida y sencilla. Trabajo no faltaba y había vacantes para todas las edades. Un atentado lo puso en evidencia, el 2 de julio de 1976: ¿qué hacían, si no, tantos ancianos y respetables señoras en el edificio de la Superintendencia de Seguridad Federal, cuando fue volado por una bomba montonera?

Algunos agentes solían *caracterizarse* para infiltrar organizaciones populares o preparar un *aguante* (emboscada). Un subteniente del Ejército, al contar una trampa preparada para cazar a un jefe del ERP, recuerda: "Una tarde, vimos avanzar a dos hombres de civil por atrás del rancho, con barba y pelo largo. Yo estaba con otro oficial y no cabía en mí de la sorpresa". Pensó que los guerrilleros habían caído en la trampa. Sin embargo, un suboficial vio que los recién llegados "se acercaban a nosotros, que estábamos esperando para sorprenderlos". Se les cruzó y empezó a discutir con los barbudos. "Uno de ellos iba a sacar la pistola. Tiré una ráfaga, uno salió corriendo, lo perseguimos y se metió en una casa. La rodeamos". Pero antes de que los militares asaltasen la vivienda, "vinieron dos suboficiales gritando '¡Alto!... ¡Alto!... ¡Es propia tropa!'."

El "Oso"

En el PRT-ERP existía un dudoso criterio político para considerar su posible infiltración por los servicios de inteligencia. Se confiaba en que el infiltrado (el *filtro*, en la jerga política de los setenta) tarde o temprano se pondría en evidencia. Como lo expresa Rolo Diez en su novela testimonial *Los compañeros*, se creía que "un *filtro* puede llegar hasta una célula, pero su comportamiento en la misma ha de mostrar la ideología diferente".

La historia de Jesús Ramés Ranier es un ejemplo de lo errado de ese concepto. Este hombre, un poco torpe, cuya apariencia ruda le ganaría luego el apodo de "el Oso", contaba con muy buenos amigos en la derecha sindical peronista. Sin embargo, a los 27 años militaba en las Fuerzas Armadas Peronistas 17 de Octubre (FAP-17), la fracción de las FAP orientada por Envar El Kadri. Ranier pertenecía a un pequeño pero muy activo grupo guerrillero, dirigido por el "Negro" Cetrángolo, responsable del atentado que en 1973 mató al dirigente del gremio automotor Dirk Kloosterman.

Ranier "se hace *filtro* a raíz de que cae en manos del enemigo", recuerda Humberto Pedregoza. El Oso es atrapado durante una *pinza* de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, que lo descubre armado con una pistola. Durante el interrogatorio, Ranier se quiebra rápidamente y, según Pedregoza, "hace un pacto con el enemigo": trabajará para la Policía como infiltrado en las FAP, poniendo como garantía de fidelidad la vida de los miembros de su familia.

Entre octubre y noviembre de 1974, las FAP-17 se dividen y el grupo donde estaba Ranier se incorpora al ERP. Debido a ello, el general Miguel Ángel Iñíguez, jefe de la Policía Federal, entrega su agente al Batallón 601 de Inteligencia del Ejército, donde acababa de asumir como jefe el coronel Alberto Alfredo Valin.

Proveniente del arma de Artillería, Valin "era un hombre corpulento, muy cuidado", según lo recuerda un ex soldado. En 1973, cuando era jefe de la Escuela de Inteligencia, durante una práctica de tiro con pistola, Valin le ordenó de mal modo a uno de los conscriptos del polígono: "Tome, me las carga con estas balas". Después de disparar todo el cargador, ya con tono amistoso, casi paternal, le comentó al soldado: "Pensar que con esta misma pistola le rocié un cargador a Santucho y de apurado nomás no le pude pegar un solo tiro".

Para atender personalmente a Ranier, Valin designó al jefe de la división Situación General del Batallón 601 de Inteligencia, coronel Carlos Antonio Españadero, más conocido por su alias: "Peirano". Utilizando argumentos anticomunistas, Peirano ganó políticamente al Oso durante uno de sus encuentros. También estableció un sistema de contactos telefónicos y citas para que el *filtro* pasase datos al SIE, con la estrecha colaboración de su mujer, Eva López, y dos hijos de ella.

Este fue el único trabajo conocido que tuvo el traidor, por el cual recibía un sueldo mensual y premios especiales por *cantar* una acción importante o entregar a un *pez gordo*. Como no podía hacer una vida ostentosa que contrastara con el modesto pasar de un militante revolucionario, los agentes del SIE lo llevaban al Uruguay algunos fines de semana, según cuenta Pedregoza, "para chupar con minas e irse de putas". Esteban, otro ex militante del PRT, asegura que "el Oso era un lumpen que se iba a tirar la guita al Casino de Mar del Plata". Al regresar, solía excusarse diciendo que había visitado a un compadre suyo, amigo de la infancia, que vivía en Ituzaingó. Aunque así violaba la orden de no ausentarse, sus compañeros terminaban perdonándolo, ya que en el aparato de Logística era "un tipo con un grado de eficiencia notable".

En efecto, Ranier, con su propia camioneta, actuaba como chofer en la Logística del ERP. Consiguió contactos con armas para vender, cubrió citas y trasladó personas y materiales, armas, municiones, secuestrados, y así acumuló poco a poco muchas pequeñas piezas de información que el Batallón 601 de Inteligencia fue descifrando con gran cuidado.

Según un informe del PRT de enero de 1976, "el interés del enemigo se concentraba especialmente en dirigentes de nuestra organización, infraestructura, armas, aparato de distribución de propaganda y acciones militares. Salvo en casos que eran especiales por su importancia, en que actuaban de inmediato —allanando, deteniendo, secuestrando—, el sistema de trabajo que desarrollaban era el de seguir a los compañeros que concurrían a citas, que previamente habían sido informadas por el traidor, y sobre ese dato, realizaban seguimientos e investigaciones que podían durar meses, tratando de localizar casas, lugares de concurrencia, etcétera".

Durante sus quince meses de actividad de infiltración, el Oso en-

tregó a más de cincuenta militantes, entre ellos a sus dieciséis antiguos compañeros de las FAP. Gracias a sus informes, el Ejército ocasionará al ERP más de 120 bajas, incluidos los muertos en Monte Chingolo. También caerán varios talleres de armamento y automotores, las armas tomadas del Tiro Federal Argentino el 18 de agosto de 1975 (70 FAL, 4 FAP, 21 pistolas 11,25 mm, y 1 pistola ametralladora PA3), un depósito de propaganda con 4.000 libros, las *cárceles del pueblo* de Pilar y Florencio Varela, donde estaban retenidos los señores Lockwood y Domenech y donde morirán o serán apresados trece guerrilleros.

Avisos no atendidos

Algunos militantes desconfiaban abiertamente del Oso. Uno de ellos, que se negó a trabajar con Ranier en el aparato de Logística, fue sancionado por el PRT. Nélida Augier ("Pola"), de la contrainteligencia guerrillera, reconoce que el Oso había sido señalado como sospechoso mucho tiempo antes y que eso "nos había costado un escándalo con el responsable de Logística del Estado Mayor del ERP en Capital".

Dos militantes, presos en el penal de Sierra Chica, Esteban y "el Viejo", llegaron a la misma conclusión. Ambos conocían al Oso. El Viejo había sido el tornero de la fábrica de pistolas ametralladoras JCR, montada por la guerrilla en Morón y que había sido rápidamente descubierta por las fuerzas represivas. Según Esteban, "el Viejo lo tenía bien identificado. Dijo: 'Este Oso es un policía'. Me contó de los signos que le llamaron la atención y yo le dije '¿Vos sabés que tenés razón? ¡Mandemos un informe al Partido!'. Escribimos un informe con todos los datos y dándoles nuestra apreciación sobre el Oso. El informe lo sacamos a través de familiares que lo hicieron llegar al Partido. Bueno... nos cagaron a pedos. Nos dijeron que eso era 'subjetivismo', que era esto, que era lo otro, poco menos que nos sancionan también estando *adentro* [presos] por mandar este informe. Cuando salta después lo de Monte Chingolo, con el Viejo nos queríamos matar".

Otro ex militante afirma que "durante el momento de regularización del ERP, el Negro [Santucho] insistió mucho en incorporar al frente de los mandos militares a compañeros obreros aunque éstos no tuvieran mucha experiencia. El Negro pone al frente de logística

de la compañía de la regional Sur al 'Gallego' Fernández, un obrero. ¡El Gallego era extraordinario!, un tipo sensacional, pero que había aprendido a conspirar hacía sólo un año. Y lo tenía de chofer al Oso, que lo llevaba a todos lados. El Gallego, que se movía mal en las cosas conspirativas, le fue abriendo así todas las *casas operativas* a Ranier. Después, el Oso, por el único que se lamentaría de haber entregado es por 'su amigo' el Gallego Fernández. Por el único que tenía algún cariño, algún afecto, era por el Gallego, al que igual lo mandó *tragado* porque a él le pagaban por cada tipo que entregaba".

Ranier incluso lograba ganarse la admiración de algunos compañeros. En una oportunidad regresaba conduciendo su vehículo, llevando a cuatro militantes tras una práctica de tiro en un polígono del Gran Buenos Aires. Según el relato de un ex combatiente, "llevaban los fierros ahí guardados, cuando los para una pinza del Ejército. Ahí los negros dicen '¿Qué hacemos? ¿Nos cagamos a tiros o rajamos?'. Entonces el Oso les dice 'No, no. Vamos a quedarnos todos piolas y vamos a intentar pasar'. Cuando llegan al retén, Ranier saca y muestra una credencial. El milico se cuadra y le dice 'Pase'. Enseguida los negros, que habían pasado con el culo fruncido, le dicen '¡Qué loco! ¿Cómo hiciste?'. 'Lo que pasa es que como estoy en logística y consigo documentos a través de los compañeros, me hice una credencial de milico'".

Contradictoriamente, al mismo tiempo que se afirmaba que "la seguridad del ERP se protege con ideología", el Oso trabajaba en un área tan sensible como la logística. Hay que destacar que Ranier nunca fue miembro del PRT y era considerado "poco político". Además, siempre eludió realizar acciones militares. Sin embargo, sus defectos, su ideología y sus características *lúmpenes* no fueron tenidas en cuenta, ya que conseguía casas y vehículos y mostraba una gran habilidad para resolver problemas prácticos. Pese a las críticas sobre el Oso, la dirección del PRT decidió ascenderlo a sargento armero del ERP.

Pistas erróneas

A mediados de setiembre de 1975, después de la caída de la *casa operativa* de Bosques, varios dirigentes se reunieron para analizar un

informe recibido de la organización Montoneros, que indicaba que en la regional Capital Federal del ERP estaba actuando un *filtro* apodado el Oso. A la reunión, realizada en casa de la teniente "Erica", asistieron el jefe de Inteligencia del ERP, "Pepe" (Juan Mangini) y el Gringo Menna, entre otros.

A pesar de que no había militantes con ese apodo, se implementaron severas medidas de seguridad en la regional Capital. La responsable de Personal de la Compañía "Héroes de Trelew" era conocida como "Laura", encargada de contrainteligencia, es decir, de detectar y neutralizar a la inteligencia enemiga en el seno de la organización. Para ello llevaba una detallada ficha de cada militante, observaba cómo se movían los compañeros e iba también a sus casas. En su búsqueda del Oso, la atención recayó sobre dos tenientes de la compañía: "Pancho" y "Fito". "Pancho", también conocido como el "Griego", había despertado las sospechas del mismo Santucho cuando en una reunión del Estado Mayor efectuó con llamativa insistencia varias preguntas sobre la actividad de la Compañía de Monte.

Para arrestarlos, se los citó a un acuartelamiento, previo a una acción ficticia. De los interrogatorios no surgió nada que los incriminara, y finalmente se entendió que ninguno de ellos estaba "al servicio del enemigo". Pancho fue destinado a realizar trabajo de masas en el norte del país. Fito, un hombre delgado, alto y rubio, fue enviado a combatir en la Compañía de Monte en Tucumán. Años después, ya en el exilio, Hugo Irurzun le comentaría a Pola que el teniente Fito en realidad había sido un infiltrado al servicio del Ejército.

El aviso de Montoneros preocupó a los dirigentes de la regional Capital. El "Hippie", responsable de Laura en el aparato de inteligencia, trató de aislar a la Compañía "Héroes de Trelew" de la posible infiltración. Como consecuencia de ello, esta compañía no participará como tal en la batalla de Monte Chingolo, donde sólo brindará apoyo logístico (armamento, sanidad y transporte). Los únicos integrantes de la regional Capital del ERP que intervendrán en el ataque (como el propio Hippie y la "Piojo" Ana María Lezcano), lo harán en su calidad de miembros de la estructura nacional de la organización.

Mientras el esfuerzo para ubicar al *filtro* se concentraba en la Ca-

pital, a nadie se le ocurrió verificar en otras zonas, por lo que con toda tranquilidad el Oso prosiguió su labor en la regional Sur. Pero sería un error volcar la responsabilidad del fracaso de la guerrilla guevarista en los infiltrados. Consideramos que el fracaso fue principalmente político, al elaborar caracterizaciones que llevaron a un accionar que no se correspondía con el desarrollo político-militar de la organización.

El seguimiento del Turco Martín

Durante largos meses, la Jefatura 2 del Comando en Jefe del Ejército, a través de su Batallón 601 de Inteligencia, llevó a cabo una impecable tarea de espionaje que le permitirá atrapar a decenas de miembros del ERP y detectar la preparación de una operación guerrillera de características excepcionales.

Desde octubre de 1975, Ranier se había "pegado como estampilla" al responsable de Logística del Estado Mayor Central del ERP, el teniente "Martín", también conocido como "el Turco". En la camioneta del Oso, iban juntos a citas y *casas operativas*. En varias oportunidades Ranier invitó al Turco y otros compañeros a "comerse un asado y tomarse unos vinitos" en su casa. Para algunos militantes fue imposible resistirse a tan amistosa propuesta. Todos se divertían y hablaban libremente allí, en presencia del Oso y de un supuesto tío suyo, que resultó ser un capitán del Ejército.

Sobre Martín comenzó un seguimiento de película. Usando todo tipo de vehículos (autos, camionetas, hasta bicicletas de reparto), los agentes de inteligencia hacían constantes relevos para no ser detectados. Así lograron *pegársele* y comenzaron a descubrir las casas que visitaba.

Algunas viviendas se salvaron, por un error de apreciación. Humberto Pedregoza vivía muy cerca de un polígono de tiro que el ERP tenía en la localidad de Claypole. En una oportunidad, para cumplir una tarea de logística, a Humberto lo llevaron en una camioneta a un lugar no identificado, tras dos horas de viaje de su casa. Tuvo que hacer el trayecto *tabicado* (evitando mirar y reconocer su ubicación por motivos de seguridad). Luego de estar una semana allí, un compañero lo llama al galpón de la finca, y sin proponérselo, Pe-

dregoza levanta la cabeza y ve varios colectivos de la línea 160. Sorprendido, no pudo contener el comentario:

—¡Uy, qué cagada, me *destabiqué*! ¡Yo vivo a tres cuadras de acá! —al tiempo que se arrepentía de haber comprometido al compañero: "¿Para qué abrí la boca?".

—Bueno, no tiene sentido que te haga dar vueltas dos horas cada vez que te quiera sacar, así que te vas caminando —*le contestó el* teniente Martín, que después lo visitó en su casa en varias oportunidades.

Sin embargo, la inteligencia militar nunca logró detectar la vivienda de Pedregoza. La razón era muy simple. El Turco, para acortar camino, siempre bajaba desde la avenida Monteverde, unos doscientos metros antes de la casa, dando una vuelta por un terreno intransitable lleno de charcos y piedras; después de que llovía, "era un quilombo, por el que no entraba ni Dios". Los vehículos que seguían al Turco, ahí mismo lo perdían. Los militares optaron por no meterse en el barrial, porque temían una maniobra de Martín para descubrir un seguimiento.

El Turco Martín se llamaba Elías Abdón. Vivía junto a su hijo de cuatro años, Esteban, en avenida Palacios 3323, entre Santiago del Estero y La Gaceta, partido de Morón. Compartía la vivienda con Ofelia Santucho (hermana del líder guerrillero) y sus cuatro hijas. "Pedro [Ledesma] venía a nuestra casa muy a menudo, pero no vivía allí. Los dos eran unas excelentes personas, muy alegres, muy cariñosos, sobre todo con los chicos, pues mis hijas los querían mucho a los dos", recuerda Ofelia.

En cambio, Reino Hietala, a cargo de la sección Automotores de la Logística guerrillera, recuerda los grandes problemas que tuvo con el Turco, su superior inmediato, porque Martín no cumplía las medidas de seguridad. "Esta relación tan conflictiva me impedía ver *mérito alguno en él, salvo el coraje*", recuerda Reino, agregando, con la prudencia característica de un cuadro organizativo de su calidad, que "yo siempre he tenido grandes prejuicios contra los valientes".

El clima en la Logística del ERP era francamente malo. Las militantes de la sección Sastrería renunciaron a la militancia desconcertados, ya que Martín había impuesto un sistema en el cual lo único

que importaba era la obediencia, y no existía una lógica a la cual recurrir cuando no existían órdenes precisas.

En noviembre de 1975 cayó el taller central de Automotores, obligando a todos sus integrantes a abandonar sus domicilios. El Batallón 601 de Inteligencia del Ejército montó en el lugar una "ratonera": simulando no haber descubierto el taller, los militares mantuvieron un grupo de agentes en su interior, listos para atrapar a quienes cayeran en la trampa. El Turco Martín, al tanto de la maniobra, le ordenó a Hietala un ataque contra la "ratonera". Se trataba de una acción de represalia para eliminar físicamente a los agentes de inteligencia.

Reino se opuso enérgicamente, pero no logró que el Turco desistiera del plan. Sólo una dura discusión del comandante Pedro, enterado del asunto, impidió el ataque. El resultado fue que el Estado Mayor del ERP decidió relevar al cuestionado Turco Martín. En su lugar, debía asumir Ángel Salomón Gertel, psicólogo a quien Luis Mattini recuerda como "un tipo de condiciones excepcionales para la organización de logística". La reunión en que debía hacerse cargo estaba planeada para el 7 de diciembre de 1975, en una casa de la localidad de Wilde.

Las caídas de diciembre

La casa de Wilde estaba ubicada a una cuadra y media de la avenida Cadorna, y a unas ocho del Camino General Belgrano. En ella habían vivido "Matías" y la "Chingo", dos militantes del PRT a quienes en mayo de 1975 se sumaron Daniel De Santis, su compañera y su bebé.

Unos meses después, la compañera de Daniel notó que la casa era vigilada e informó al respecto. El partido desestimó la afirmación y consideró que sólo "tenía miedo". Ella insistió, y preocupada por la seguridad de su hijo, decidió marcharse. En setiembre, Daniel también abandonó el lugar, aunque protestando.

Efectivamente, desde hacía tiempo el SIE había montado puestos de observación que formaban un "cerrojo de controles" alrededor de la casa, localizada tras un largo rastreo. Se hacían escuchas telefónicas, se fotografiaba a los visitantes y se fotocopiaba el correo que recibían sus moradores.

El 7 de diciembre, desde su puesto de observación frente a la vivienda, los agentes del SIE presenciaron la llegada, luego de varias citas previas en las inmediaciones, de una decena de personas. Chequeando rápidamente las muchas fotos de que disponían y las descripciones aportadas por el Oso, los visitantes fueron identificados como oficiales y suboficiales del ERP. Los militares esperaron que se cumpliera el proceso previo de control de las citas y se prepararon para allanar la casa y detener a todo el grupo.

No muy lejos de allí, el teniente Martín llegaba a la cita donde lo esperaba un militante para llevarlo a la reunión. A este último también lo habían seguido al salir de la casa en busca del Turco. Los agentes de inteligencia reconocieron de inmediato al recién llegado y se lo comunicaron a la superioridad, que ordenó la detención de ambos en forma simultánea con el allanamiento.

La irrupción fue rápida y tomó desprevenidos a los cuadros reunidos en la casa, que no lograron resistir. Mientras era atrapado, Ledesma exigía a sus captores "¡Identifíquese, identifíquese!". Los militares no sospechaban que se trataba del hombre número dos en la jerarquía militar del ERP.

Fue un golpe durísimo para la organización. Junto con el comandante Pedro y el teniente Martín, el SIE logró capturar a Ángel Salomón Gertel, Alicia López, Ricardo Cravello, María Lonardi, Víctor Pérez ("el Chileno") y cinco suboficiales más.

Luis Martini, reflexionando sobre este punto, dijo al autor que "la gente cree que el ERP era una organización perfecta, mientras en realidad ocurrían muchas imperfecciones [...]. Recuerdo cuando a principios de 1975 cayó el Gordo Sánchez (que moriría años después en el copamiento de La Tablada); el tipo se había concentrado con sus compañeros la noche anterior, armados, listos para ir a la madrugada a cumplir una operación. El hecho es que la guardia se descuidó y la cana llegó cuando estaban todos durmiendo. La policía los agarró a todos armados y se los llevó".

Los capturados en Wilde fueron llevados a Campo de Mayo, donde de inmediato comenzaron a ser torturados. Luego de los primeros interrogatorios, los militares detectaron que entre los capturados había un comandante, y éste no tardó en ser identificado.

El Chileno (Víctor Pérez), uno de los secuestrados, era un obrero de la construcción que había integrado la columna "Mendoza"

de los Montoneros. Posteriormente, el Chileno y otros compañeros que discrepaban políticamente con la organización peronista, se pasaron al ERP. Víctor Pérez fue destinado a Logística, primero en Mendoza y luego en la Logística nacional, en Buenos Aires. En Campo de Mayo, su pasado "peronista-nacional" le salvará la vida.

Las caídas de militantes del ERP, sus colaboradores o simplemente familiares, habían comenzado unos días antes. Las fuerzas represivas ya habían allanado una *casa operativa* ubicada en avenida Santa Fe y Sarmiento, en Martínez, donde funcionaba el Estado Mayor Central del ERP y donde en octubre Ledesma había explicado el plan de ataque al Batallón 601. En ese lugar, el 2 de diciembre de 1975, el Ejército detuvo a un militante y secuestró una valiosa documentación que luego será utilizada para realizar otros procedimientos. Al día siguiente, la esposa del detenido fue apresada al concurrir a una comisaría de la zona para denunciar el secuestro de su marido. Los dos salvaron la vida al ser posteriormente "legalizados", pasando en prisión los años más duros de la dictadura militar.

A partir del 8 de diciembre, las caídas de casas se generalizaron. Durante una fiesta infantil en la vivienda del Turco Martín en Morón, el Ejército detuvo a Ofelia Santucho y sus cuatro hijas, los cuatro hijos de Roby Santucho y el hijo de Elías Abdón. Ofelia y los nueve niños fueron llevados a Campo de Mayo. Es probable que con estas detenciones el Ejército pretendiese provocar al máximo jefe guerrillero, para detectarlo.

Sin embargo, en un hecho que luego ya no será usual, Ofelia y los chicos recuperaron su libertad pocos días después. Existen dos versiones contradictorias al respecto. "Yo salvé a los hijos de Santucho", afirmará el coronel Peirano. "Cuando me entero del asunto voy a ver a mi jefe y le digo: 'A estos chicos... salvémoslos [...]. Me ofrezco a ir sin armas, tomar contacto con Santucho, entregarle sus hijos y decirle: 'Esto lo hago en nombre del mayor Viola y en nombre de la hija del mayor Viola que fue muerta por ustedes'. La propuesta subió, vía jerárquica, al Estado Mayor y una semana después el jefe del Batallón [601 de Inteligencia] me llama y me dice: 'Españadero... agarre el coche y saque a estos pibes; si no, los van a matar. No hay contestaciones del Estado Mayor'". Sin em-

bargo, Ofelia Santucho explica de forma distinta la liberación de los detenidos. "Al otro día, el coronel nos dijo que nos dejaban en libertad. ¿Qué había sucedido? Habían recibido un comunicado del ERP donde decía que si no aparecíamos, tomaban represalias".

El 8 de diciembre, Diana Triay de Llorens, una maestra de 32 años, morocha, de ojos pardos, responsable de una célula perretista, le avisa a Yolanda R. y otros militantes bajo su mando que "hay que mudarse porque ayer cayó el Turco Martín".

Su marido, Sebastián Llorens, de 30 años llegó a la Capital al día siguiente, con su hija Carolina. Diana y Sebastián se conocían desde finales de los sesenta, cuando compartían la militancia en la Universidad Nacional de Córdoba, de donde eran oriundos. "Participaron del Cordobazo. Fueron presos al caer en una de las primeras acciones armadas del ERP. Mi madre se fugó de la cárcel del Buen Pastor [el 11 de junio de 1971] pero fue capturada en La Quiaca tres meses después", recuerda su hija mayor. Tras la amnistía de Cámpora, ambos se instalaron en Mendoza. Luego fueron trasladados a Buenos Aires, donde continuaron su actividad en la Logística nacional de la organización. El 14 de junio de 1975, Diana y Sebastián recibieron un "aviso": la Triple A atentó con explosivos contra la vivienda de su familia en Argüello, Córdoba.

El 9 de diciembre la familia se reunió en el departamento donde residían temporalmente Diana y su hijo menor, en el piso 13 de un edificio ubicado en Callao y Santa Fe de la Capital Federal. Es probable que el Turco Martín, que conocía su ubicación, a raíz de los tormentos que sufría entregase el departamento donde se encontraban los Llorens. El Turco sabía que el matrimonio de militantes que vivía ahí se había ido al Uruguay, pero desconocía que Diana y Sebastián en esos días utilizarían la vivienda.

Ya anochecido, trece hombres de civil, encapuchados, intentan ingresar al edificio. El portero les impide el paso, pero los agentes, al grito de "Somos policías", fuerzan la entrada y tiran abajo la puerta del departamento. Apresan a Diana y Sebastián y revisan exhaustivamente el lugar, hurgando hasta en el tubo de pasta dentífrica. Finalmente los asaltantes se llevan al matrimonio, dejando a los niños con el portero.

Diana y Sebastián también fueron llevados a Campo de Mayo, su-

mando así catorce los cuadros de logística capturados. Esa misma noche, Ofelia Santucho, aún prisionera del Ejército, reconoció a Diana Llorens (era su sobrina política) en uno de los calabozos. "Ella me dijo que a Sebastián se lo habían llevado. En el cuarto de al lado escuchaba los gritos de una chica a la que estaban torturando". Ofelia probablemente fue testigo de los tormentos a los que fue sometida la prisionera Alicia López.

Uno de los militares le dijo al Turco Martín mientras lo torturaba: "Llegaste a teniente para andar ahora descalzo".

Frente a las caídas de Logística, el aparato de Inteligencia del ERP reaccionó inmediatamente. Mediante contactos y agentes vinculados a la represión buscaron la forma de salvar a los militantes de una muerte segura.

A través de un amigo del general Carlos Guillermo Suárez Mason, jefe del V Cuerpo de Ejército, el ERP contactó a un oficial que se interesó por la posibilidad de hacer un buen negocio. Este militar, de nombre "Gastón", dijo que era tarde para liberar a los catorce, pero podía ofrecer garantía por sus vidas a cambio de 500.000 dólares.

Pepe fue estirando la negociación mientras el ERP trataba de conseguir un préstamo de la organización Montoneros. *Estrella Roja* denunció el secuestro de los militantes; su editorial anunciaba: "El comandante Pedro ganará su último combate frente al enemigo".

El ERP le ofreció a Gastón 250.000 dólares a cambio de presentar a los detenidos al juez en dos días. Sin embargo, Santucho anunció que "podemos negociar su libertad pero no sus vidas". Según el líder guerrillero, sólo la movilización y lucha de las masas podrían garantizar la vida de los detenidos. Es decir, no habría pago en las condiciones de Gastón. El dilema era: libertad para los catorce o nada.

La reunión para efectuar el supuesto pago, en la confitería El Ciervo de la Capital, estaba "envenenada". Los militantes del ERP que asistieron a ella, con un portafolios vacío, pudieron escapar a tiempo de la ratonera preparada por Gastón.

Al mismo tiempo, el PRT-ERP intentó realizar un canje. Humberto Pedregoza afirma que "en una *cárcel del pueblo* teníamos pri-

sionero a X, un pescado grande. Su consuegro era un alto brigadier de la Fuerza Aérea. A este militar le propusimos canjear al prisionero por el comandante Pedro y el resto de los detenidos". Durante el siguiente encuentro con los emisarios del ERP, el brigadier rechazó continuar con la negociación. "No vamos a soltar a los guerrilleros a cambio de X".

Según Pedregoza, "para Santucho era vital recuperar a Pedro para que llevase adelante el operativo de Monte Chingolo, pero también para la represión Ledesma era una pieza valiosa, estratégica. Ellos especulaban con que si lo hacían hablar, grande sería la cosecha".

El mismo 9 de diciembre un alto oficial del ERP, alarmadísimo, le dijo a Humberto Pedregoza:

—¡Te tenés que ir, el Turco Martín está cantando!

—¿Pero por qué?

—Cayó el polígono [de Claypole] y están reventando las casas que él conoce.

Pedregoza y su compañera decidieron confiar en el Turco: no abandonaron su hogar y la casa no cayó.

La represión actuaba de manera selectiva. Las casas conocidas por el Oso, y que de caer lo comprometerían a éste frente a sus compañeros, no fueron "descubiertas". Mucho después, con la confesión del traidor, se pudo establecer que la casi totalidad de las *casas operativas* localizadas fueron descubiertas a raíz de seguimientos y no por las informaciones arrancadas al Turco.

Deducimos que el Turco Martín no habló, pues no produjo caídas en la infraestructura de Logística. Sin embargo, como era muy descuidado, es posible que no hubiera memorizado las citas que tenía y las hubiera llevado anotadas consigo.

Reino Hietala, quien tenía una cita concertada con el Turco en la estación Rivadavia del Ferrocarril Mitre, pocos días después de su secuestro, recuerda que "cuando llegué (ignorando su caída), cuidadoso como soy, me di cuenta [de] que en los andenes había una cantidad desmesurada de jóvenes que no tomaban tren alguno, gracias a que me acodé en un barcito desde el cual se pueden ver los andenes, y por supuesto, sin prisa, me fui retirando".

El último combate de Pedro

Juan Eliseo Ledesma era ferozmente torturado en Campo de Mayo. Roby Santucho aseguró que el comandante Pedro no era de los que se quiebran: "No va a cantar el asalto a Viejobueno", y mantuvo los planes de la operación en pie.

Gracias a los testimonios de Javier González (ex detenido en Campo de Mayo) y Ofelia Santucho, y de informaciones que miembros del Ejército vendieron al ERP, fue posible establecer qué sucedió durante los últimos momentos de su calvario. "A Ledesma lo desnudaron, lo ataron a la mesa de torturas y le dieron con picana eléctrica. Al mismo tiempo un médico garantizaba que no se les *fuera* por torpeza". Como no lograban hacerlo hablar, le abrieron el vientre con un cuchillo para que, vivo, continuara sufriendo más tormentos. El 10 de diciembre, "a Pedro le escuché decir que lo mataran, pues tenía los intestinos afuera", recuerda Ofelia Santucho.

"En el corte le pusieron un hierro al rojo vivo, y luego una rata para quebrarlo psicológicamente. ¡Ya no sabían qué hacer, los tipos estaban locos, locos!", dijo Humberto Pedregoza.

Víctor Pérez, que estaba encapuchado pero tenía las manos libres, tiene bien presentes esos momentos. En un descanso de los militares, el comandante Pedro, amarrado a la *parrilla* de torturas y desangrándose, le pidió: "Por favor, Chileno, ¡matame!".

De su estómago abierto salía un enorme globo de sangre que crecía. Ledesma le pidió también a sus guardias que lo matasen. Sus verdugos contestaron: "Te matamos si hablás". Pedro gritó de dolor pero nunca dio información. Por último, los militares le ofrecieron una muerte rápida a cambio del paradero de Santucho. Como respuesta, el comandante Pedro, con sus últimas fuerzas, comenzó a cantar la marcha del ERP y luego murió. "Aunque le hicieron de todo, no lograron quebrarlo. El compañero ganó heroicamente esa batalla", recuerda emocionado el ex militante del ERP.

Los cuerpos de Ledesma y otros once de los secuestrados entre el 7 y el 9 de diciembre nunca fueron encontrados.

El capitán (R) Héctor Vergez dispuso para su actividad represiva de la colaboración de un "doblado" muy especial. Había sido capturado junto al comandante Pedro. De esta persona lo único que se sa-

be es que, pese a su prestigio y jerarquía en la organización, no había tenido necesidad de pasar a la clandestinidad. El *doblado* intentó salvar su vida colaborando con los militares en la represión desatada contra la regional Córdoba del ERP durante los primeros meses de 1976.

Tiempo después, uno de los torturadores del comandante Pedro (un oficial de apellido Ricarte) se jactaba con sus "colegas", mostrando una de las fotos que le tomó a Ledesma en la mesa de torturas. En ella se lo veía al jefe guerrillero con la boca chorreando sangre y los brazos abiertos en cruz.

El reemplazo de Ledesma

A raíz de la caída de Ledesma y trece dirigentes de la logística, el Estado Mayor Central del ERP se vio obligado a reestructurar la cadena de mandos. "Mariano" (Benito Urteaga), segundo en la dirección política del PRT-ERP, fue designado por el Buró Político como comandante del Batallón "José de San Martín".

En opinión de Mattini, "ahí hubo un problema muy serio, gravísimo, [...] cuando Ledesma fue capturado [...]. Pedro fue secuestrado con un equipo muy importante de gente que conocía la operación. ¡Y bueno!, ahí es donde se plantea que de todas maneras la operación se puede hacer. Esta fue una decisión tomada en el Buró Político, es decir: Santucho, Urteaga, Menna, Carrizo, Eduardo Merbilhaá, que era uno adjunto al Buró Político, y yo. Éramos seis en total.

Una de las muchas dificultades que teníamos era quién sería el nuevo jefe para dirigir la operación, porque ninguno de los seis que estábamos en el Buró Político, ni siquiera Santucho, había dirigido una operación de gran envergadura. Además Santucho tenía una prohibición estricta del Comité Central de no participar en acciones militares. Todos habíamos estado en montones de combates, pero fueron acciones más chicas, ninguno había encarado una operación de ese nivel. Se decidió entonces que la dirigiera Benito Urteaga, manteniendo Santucho un control directo e inmediato de toda la cuestión de detalles. Otro problema era que las fuerzas que teníamos en el Gran Buenos Aires eran insuficientes para semejante operación.

Entonces trasladamos un pelotón que se estaba preparando para ir al Monte. Desde Córdoba lo trasladamos a Buenos Aires para participar en la operación. Esto también explica por qué sacamos también gente del Monte".

¿Sería "Mariano" la persona ideal para reemplazar a Ledesma? "En realidad, Benito Urteaga como talento, como experiencia... mmh... no sé. Podía haber sido él, como podía haber sido Menna, como podía haber sido el mismo Carrizo, que estaba más ligado a la cuestión militar. La cuestión es que se decidió que Urteaga dirigiera la operación", recuerda Luis Mattini, testigo y participante de la elección.

Mariano se reunió con el Estado Mayor de la Unidad "Guillermo Pérez" para decidir los responsables de los grupos que atacarían el cuartel. Todos ellos eran probados militantes con graduación y experiencia militar. Entre ellos estaba Carlos José Crespo, el sargento "Beto", esposo de Liliana G. Casi siempre encargado de *bajar* los informes del Buró Político a las escuelas militares del ERP, por su facilidad oratoria y caracrerísticas de agitador era, con frecuencia, elegido para improvisar los discursos en las ceremonias de la organización guerrillera. A Beto se le encomendó el Grupo 4, encargado de asaltar la Compañía de Servicios.

"Darío", un joven proveniente de las filas montoneras, había sido elegido para comandar el asalto del Casino de Suboficiales al frente del Grupo 5. En su escuadra combatiría la sargento "Teresa", una joven militante de 25 años que no le era indiferente.

Luis Alberto Sportuno, el sargento "Lucho", trabajaba como obrero en la fabrica Tensa. Era alto, delgado, de cabellos negros, y usaba bigotes al estilo del personaje "Fierrito" del diario *El Mundo*. Lucho había sido responsable del frente en el que militaba "María" (Silvia). Ahora ellos estarían en dos unidades distintas: Silvia en el Grupo 3 mientras que Lucho, de sólo 20 años de edad, sería el jefe de la escuadra que asaltaría el Tinglado del Arsenal.

El Grupo 8 sería dirigido por Pedro Nicolás Maidana, el teniente "Néstor", proveniente de la Compañía de Monte "Ramón Rosa Jiménez" y convocado especialmente para esta acción. Los responsables de los grupos 1, 2, 3 y 7 serían, respectivamente, el teniente "Felipe", el sargento "Antonio", el sargento "Tino" y el teniente "Gabriel".

Por necesidades operativas, el Estado Mayor del Batallón "San Martín" incorporaría siete guerrilleros más a la Unidad "Guillermo

Pérez", aumentando en forma provisoria la plantilla a un total de 85 militantes.

Poco a poco, en pequeños grupos, los integrantes de la nueva unidad que iban llegando desde distintas regionales eran acuartelados en una finca *operativa* de la localidad de Ranelagh.

Emilio y Gabriel

En la siguiente reunión con la comandancia del Batallón "José de San Martín", a mediados de diciembre, el Estado Mayor de la Compañía "Juan de Olivera" fue informado sobre las características de las zonas donde operarían, incluyendo el movimiento de tránsito en cada puente a distintas horas del día y los horarios de cambio de guardia en los puestos policiales camineros. Junto con Urteaga, los oficiales presentes establecieron las fuerzas necesarias para las contenciones y hostigamientos previstos.

Uno de los lugartenientes de Jorge Omar Arreche tomaba nota en un cuaderno de los efectivos de la Compañía "Juan de Olivera" necesarios para el operativo. Con una letra muy mala ("parecía la receta de un médico"), hizo un listado de los nueve puentes. En la primera hoja escribió "P1: 1 sargento y 8 guerrilleros, P2: 1 oficial, 1 sargento y 2 guerrilleros, [...] P5: 1 sargento y 8 guerrilleros, P6: 8 guerrilleros, P7: 1 teniente y 5 guerrilleros", detallando de este modo los efectivos para las acciones. La numeración correspondía al plan original de Pedro.

En la segunda hojita, registró las fuerzas para las demás operaciones a cargo de la Compañía "Juan de Olivera", anotando: "Camino Gral. Belgrano y Cadorna: 1 sargento y 3 guerrilleros, Camino Gral. Belgrano y puente sobre arroyo San Francisco: 1 sargento y 3 guerrilleros"; de esta forma detalló las ocho contenciones periféricas principales, más otras interceptaciones en el cruce Etcheverry y Villa Elisa, camino a La Plata.

Un joven suboficial fumaba su pipa mientras se trataba el tema de logística de la operación, que incluía el armamento y transporte a utilizar. Era José Oscar Pintos, el sargento "Gabriel", amigo del capitán "Emilio" (Arreche) y responsable de logística de la Compañía "Juan de Olivera". Tenía 24 años.

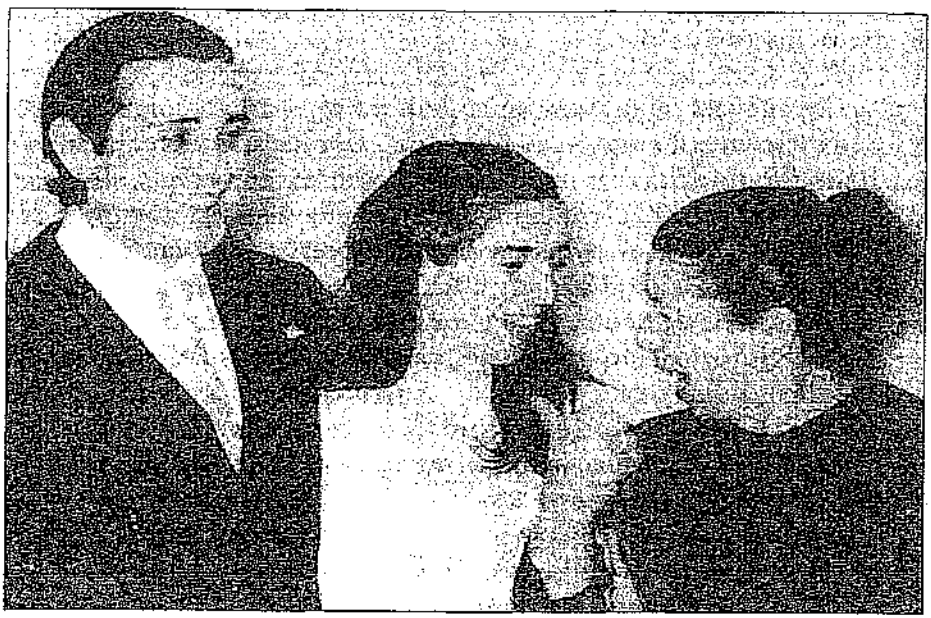
Antes de dar por finalizada la reunión, Urteaga anunció la fecha del ataque al Batallón 601: el domingo 21 de diciembre, poco después de las 18 horas, al finalizar el horario de visita a los soldados del cuartel.

Al retirarse, Emilio pidió las dos hojas al oficial que hizo las anotaciones. Se las puso en el bolsillo y junto con Gabriel salió de la casa rumbo a la próxima cita. Debían apurarse pues los esperaba el chofer de Logística, el Oso.

Los agentes de la inteligencia militar proseguían con el acopio de datos e informaciones parciales que, a pesar de su escasa relevancia por separado, al unirlos formaban un cuadro comprensible del objetivo perseguido por el ERP. Les llamó la atención la disminución de la actividad guerrillera en esos días de diciembre, que coincidía con el traslado de muchos de sus efectivos. Detectaron también el robo de una gran cantidad de vehículos para el transporte de militantes y Logística del ERP, información que no fue dada a publicidad. Ranier aportó otros valiosos datos: traslado de armamento desde Córdoba, movimiento de las estructuras de sanidad, de camiones. También confirmó el intenso desplazamiento de militantes que desde distintos puntos del país convergían hacia la zona sur del Gran Buenos Aires.

El 16 de diciembre el Oso fue elegido para transportar el armamento que utilizarían los guerrilleros en el ataque al Batallón "Viejobueno". Debía llevarlo en varias tandas sucesivas a las *casas operativas* donde los insurgentes comenzaban a concentrarse. Dos días después, los agentes de la inteligencia militar secuestraron al jefe y al responsable de Logística de la Compañía "Juan de Olivera": Emilio y Gabriel.

Sin saber que habían sido entregados por el propio chofer que los conducía, proseguían con el reparto de las armas a los distintos grupos de guerrilleros que realizarían las acciones de apoyo al ataque principal. Iban a sus *casas operativas* y el "Gordo" Emilio explicaba las tareas que las distintas escuadras deberían cumplir. Esperando en una de estas citas, cerca de La Plata, fueron localizados y capturados con el lote de armas que estaban distribuyendo. El procedimiento fue rápido y efectivo. Emilio no pudo deshacerse de las dos hojas de cuaderno que llevaba en un bolsillo, que señalaban las contenciones previstas para el ataque.



JORGE OMAR ARRECHE ("EMILIO") Y NORMA FINOCCHIARO ("LA GRINGA")

Emilio fue interrogado en relación con esas hojas. Mediante tormentos intentaron arrancarle datos sobre dónde la guerrilla se proponía dar el golpe. Es probable que Jorge Arreche en esos momentos haya pensado en sus hijos y esposa. Sabía que Norma participaría en la acción integrando una de las contenciones periféricas. Sabía también que la Gringuita llevaba otro hijo suyo en sus entrañas.

Al enterarse de la desaparición de su marido, Norma Finocchiaro abandonó su hogar en La Plata y llevó a sus hijos a la casa de María La Spina, su madre, diciéndole que pronto volvería por ellos. Sin embargo, el domicilio particular de Norma no fue descubierto, ni tampoco ella correría riesgo alguno. El capitán Emilio protegió a su familia y a la organización. Lo mismo hizo el sargento Gabriel. Conscientemente fueron a la muerte y no dieron información alguna a sus torturadores.

Hugo Irurzun, el capitán "Santiago", convocado especialmente desde Tucumán para el operativo en Monte Chingolo, a partir del 19 de diciembre deberá reemplazar urgentemente a Emilio como jefe de la Compañía "Juan de Olivera".

Cambios para el mismo plan

El mismo día en que eran apresados Emilio y Gabriel, el país se sorprendió con la noticia del levantamiento de una parte de la Fuerza Aérea, dirigida por el brigadier Orlando Jesús Capellini. Tras meses en que la prensa hablaba de un "vacío de poder", comentando rumores de una salida anticipada del gobierno de Isabel Perón, en la mañana del jueves 18 de diciembre de 1975 la VII Brigada Aérea y la base militar de Aeroparque dejaron de acatar a sus mandos naturales. El foco rebelde se encontraba en la base aérea de Morón, a 30 km al oeste de Buenos Aires, asiento de los helicópteros Hughes, aviones Mentor y un escuadrón de Mirage. Los sublevados sobrevolaron Buenos Aires arrojando panfletos, en los que reclamaban que el general Jorge Rafael Videla asumiera la Presidencia. Su proclama exigía "instaurar un nuevo orden de refundación con sentido nacional y cristiano" y erradicar "la corrupción y la subversión marxista en sus causas y efectos", para restaurar "el honor y la dignidad nacional".

Frente al intento golpista el ERP emitió una durísima declaración de la cual citamos algunos de los párrafos más significativos:

"Desnudando una vez más su verdadera esencia de clase, dispuestos a cumplir el papel de perros guardianes que les tiene asignado el imperialismo y los capitalistas nativos, los militares reaccionarios acaban de protagonizar [...] un intento golpista encaminado a desalojar del poder al gobierno de Isabel Perón y reemplazarlo por un régimen dictatorial aún más feroz, que ahogue en sangre las justas y legítimas luchas y aspiraciones del pueblo argentino.

El fracaso total e irreversible del gobierno represivo y criminal para contener la formidable movilización de las masas trabajadoras, desarticular las fuerzas revolucionarias surgidas de su seno y estar así en condiciones de llevar tranquilidad a los explotadores es el telón de fondo sobre el que se proyecta la nueva aventura golpista. Allí donde la camarilla de delincuentes en el poder ha fracasado, los mandos castrenses [...] creen poder triunfar".

El ministro del Interior Ángel Robledo trató de resolver la crisis nombrando al brigadier Orlando Ramón Agosti como nuevo jefe del Estado Mayor del arma en lugar de Héctor Luis Fautaro, quien fue declarado cesante junto a otros siete brigadieres. Estas medidas, sin embargo, no alteraron el curso del levantamiento. Los rebeldes cortaron el tránsito hacia el Aeroparque metropolitano, obligando a desviar los vuelos comerciales hacia el aeropuerto de Ezeiza. En la noche del mismo 18 de diciembre, tomaron tres emisoras de radio y durante una hora emitieron comunicados al Ejército y la Armada pidiendo que se les unieran para derrocar al gobierno. Videla, que se encontraba en Venezuela, regresó de inmediato al país. El Ejército ya estaba envuelto en la crisis, mientras la Marina y la Aviación permanecían al margen, observando cómo se deterioraba la situación política. Los militares no apoyaban ni condenaban el intento de Capellini, lo cual indicaba que se encontraban, una vez más, deliberando.

El gobierno ofreció el perdón a los rebeldes si cesaban el alzamiento; sólo se sancionaría al brigadier Capellini. Los oficiales se negaron a aceptar la inmolación de su jefe y llamaron a "continuar la lucha hasta el triunfo final", exigiendo la caída del gobierno por "considerar totalmente agotado el actual proceso político que había devastado a la Argentina".

El Estado Mayor del Batallón "José de San Martín" fue convocado para una reunión al anochecer de ese mismo día. En ella, Urteaga informó que a raíz de la nueva situación política el Buró Político del PRT había decidido postergar el copamiento del Batallón "Domingo Viejobueno". El mando estratégico del ERP esperaba que la *impasse* creada por la incapacidad del gobierno para aplastar a los amotinados, con la inocultable complicidad de las tres armas, agravaría hasta tal punto la crisis institucional y el descontento social, que la postergada acción guerrillera obtendría un gran rédito político al producirse en el momento más oportuno, en medio de la simpatía de la población, hastiada de intrigas políticas y amenazas militares. La nueva fecha para realizar el ataque era el lunes 22 de diciembre. La Unidad "Guillermo Pérez" debía permanecer acuartelada, lista para entrar en acción.

Sin embargo, no habría un momento más oportuno que ese. Los días siguientes serán aprovechados por el Ejército para prepararse, en distintos cuarteles del Gran Buenos Aires, como el Batallón de Arsenales 101 y el Batallón Logístico 10 de Villa Martelli, ya que aún no sabía con exactitud dónde sería el ataque.

Urteaga sólo efectuará unos pocos cambios en el plan original de ataque, pese a las desapariciones de Emilio y Gabriel, que se sumaban a las caídas previas de ese mismo diciembre y a la gran pérdida del armamento. Lo que es más grave aún, como muy posteriormente lo reconocerá en el informe oficial al Secretariado de la Regional, Urteaga estaba al tanto de la pérdida de los apuntes que llevaba Emilio. El principal cambio será suprimir las acciones semi-insurreccionales que preveía el plan de Pedro.

Resulta difícil creer que, a pesar del manifiesto riesgo de seguridad en que se desenvolvían los preparativos para la acción, las caídas de oficiales que conocían el operativo y la frustrada búsqueda del *filtro* en la organización, el mando del ERP no cancelara el ataque. Factores políticos incidieron en la determinación de seguir adelante, a toda costa. La vanguardia revolucionaria comenzaba a sufrir el aislamiento consecutivo al reflujo de la clase obrera, posterior a las jornadas de junio y julio de 1975. Al mismo tiempo, los éxitos anteriores del ERP, como el de Villa María y San Lorenzo, llevaron a que su accionar militar se independizase de las necesidades políticas que debían enmarcar sus formas de lucha. El PRT-ERP había entrado en

una peligrosa "fuga hacia adelante", hacia una guerra de aparatos donde, olvidando las reglas que debían orientarla, la guerrilla atacará al Ejercito en el lugar donde éste es más fuerte.

A raíz de la caída de Emilio y Gabriel y la pérdida de armas que trajo aparejada, la comandancia del ERP decidió redistribuir el armamento que se utilizaría en el asalto y las acciones periféricas. Para ello fueron destinados dos choferes de Logística: Coco y el Oso, que el 20 de diciembre comenzaron a cumplir la tarea.

Ranier aprovechó una de estas salidas para llamar a Peirano y convenir con él una cita. Al llegar a la casa del Oso, en Salvador Sorada 4903 de Villa Domínico, el coronel vio una maceta en la ventana. Era la señal de que no habría visitas inesperadas.

El traidor alertó al oficial acerca de la inminencia del operativo del ERP, entregándole una información detallada sobre las características de la gran concentración guerrillera en varias casas del Gran Buenos Aires. Peirano le mostró las hojas de cuaderno que llevaba Emilio y le preguntó dónde creía que sería el golpe.

Trasladando a un mapa las contenciones planificadas, el Oso (que ignoraba cuál era el objetivo) notó que estas últimas rodeaban y aislaban al Batallón "Domingo Viejobueno". Aunque Peirano dudaba de que la guerrilla fuese capaz de intentar el copamiento del arsenal más grande del país, de inmediato fue a la Jefatura del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército para entregar personalmente la información a Valin.

El Oso recibiría al atardecer de ese mismo día la orden de hacer 'altos' en medio de cada traslado, para dejar su vehículo en manos de personal del Ejército que revisaría el armamento transportado. Cuando Ranier volvía para proseguir con la redistribución, una parte de las armas ya había desaparecido y, en los baúles de los autos, los militares habían dejado fusiles y pistolas ametralladoras con sus percutores limados. También estaban las granadas de mano *arregladas* por el mismo Ranier. El sistema de retardo de las espoletas había sido acortado para que estallasen rápidamente, en las manos de quienes debían lanzarlas.

Este era el armamento que redistribuía el Oso, casi la mitad del total que se utilizaría en el ataque al Batallón 601. Por estos "servicios", el traidor recibirá un premio especial de treinta millones de pe-

sos (unos 4.000 dólares de entonces), que será el último pago que podrá cobrar.

Según afirma el periodista Hernán López Echagüe en su libro *El otro*, para sacar algún rédito complementario de su traición, Ranier fue a visitar a su amigo de la infancia, el gremialista Illescas, a quien le contó en detalle el vasto plan guerrillero. El sindicalista, a su vez, corrió a la casa del entonces intendente de Lomas de Zamora, Eduardo Duhalde, para darle la noticia.

"Duhalde demoró largos minutos en comprender la trascendencia de lo que había oído —relata López Echagüe—; andaba apesadumbrado; su cabeza estaba en otra parte: semanas antes, su principal adversario político en Lomas, Manolo Torres, había sido designado secretario nacional del Partido Justicialista [...]. A la mañana siguiente de la charla con Illescas, no obstante, Duhalde se presentó en el despacho de Calabró y, atribuyéndose por completo el mérito de la información, le narró la nueva". Calabró entregó la información a la Jefatura 2 de Inteligencia, sin olvidar de mencionar al intendente Eduardo Duhalde, tal como explícitamente se lo había solicitado el futuro gobernador y Presidente.

Durante esos días de tensión, según hacía trascender el diario inglés *The Times*, los militares barajaban dos hipótesis para acabar con la guerrilla. Un grupo de ellos consideraba que la mejor forma era "transformando a la principal fuerza política del país en un movimiento liberal que sirva de baluarte contra el marxismo". En ese sentido, un general del Ejército expresó que la "Argentina necesita la ideología y el misticismo de un peronismo racional, austero e incorrupto para vencer al marxismo". Añadió que "si no mantenemos las banderas del peronismo ondeando [...], entonces indudablemente la gente optará por el marxismo". En cambio los generales de la línea "dura" confiaban en que sólo el control militar total podía salvar al país. Esta ficticia disputa entre sectores militares "duros" o "moderados" era parte de una hábil maniobra del periodismo vinculado a los servicios de inteligencia para mejorar la imagen de los golpistas. A pesar de que se hablaba de la "guerrilla fabril" y de la posibilidad de que los obreros se levantaran contra un golpe de los "duros", todos ellos coincidían en que "el Chile del general Pinochet parecerá suave en comparación con la Argentina futura".

Por su parte, el ERP, en su declaración contra el alzamiento de Capellini, advertía que frente a los planes golpistas "se levanta hoy en nuestra Patria una nueva y poderosa fuerza, en constante crecimiento y consolidación: la fuerza revolucionaria de la guerrilla y de las masas argentinas movilizadas. Es el temor a que la guerra que se está librando en el país se extienda y generalice con más rapidez que nunca el principal factor que ha llevado dudas y vacilaciones al Ejército burgués.

La fuerza y continuidad del accionar guerrillero, estrechamente ligado al incesante golpear de las masas obreras y populares [...], se alza como una realidad concreta ante los militares reaccionarios, los hace avizorar el futuro con temor, conscientes de que habrían de enfrentar la masiva resistencia y combatividad del pueblo explotado. Los mandos enemigos se debaten en medio de grandes vacilaciones, reclamando apoyos para llevar adelante su cruzada represiva. Saben que de derribar al gobierno, de lanzarse otra vez por el camino del golpe abierto y desembozado, miles y miles de hombres y mujeres de nuestro pueblo habrán de enrolarse bajo las banderas guerrilleras.

Nadie ha salido ni saldrá a defender a este gobierno que tiene sus manos tintas en la sangre de centenares de obreros y luchadores populares, de la ruina económica en que se encuentra sumido el país; mucho menos nadie tampoco ha visto ni verá en los militares asesinos, sirvientes del imperialismo y de los patrones, a los salvadores de la Patria, a los defensores de la justicia y del bienestar colectivos".

Por último, el ERP señalaba que "el camino que conduce a la victoria pasa por levantar bien en alto las banderas de la democracia y de la libertad, intensificar el combate guerrillero y la movilización de las masas [...], para avanzar hacia la liberación nacional y social de la Patria".

La ratonera

A las 8 de la mañana del 21 de diciembre, en medio de la crisis por el alzamiento de Capellini, el coronel Valin se entrevistó con el segundo jefe del Primer Cuerpo de Ejército, general Albano Harguindeguy, a cargo de la unidad, ya que su jefe, el general Rodolfo Cánepa, estaba postrado por una enfermedad terminal. Valin le in-

formó que tenía un hombre infiltrado en el ERP y que éste le había advertido sobre la inminencia de un ataque guerrillero. Dijo desconocer cuál sería el objetivo, pero le entregó a Harguindeguy las dos hojitas del capitán Emilio.

Harguindeguy convocó de urgencia a los seis coroneles que componían su Estado Mayor. En una mesa bajita colocaron un enorme mapa de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Como desconocían el significado de la primera de las hojas (P1, P2, etc.), comenzaron por marcar sobre el mapa los ocho puntos señalados en el otro papel. Poco después, uno de los coroneles despertó el entusiasmo del resto al preguntar: "¿Cuántos puentes hay sobre el Riachuelo?". El cuadro se clarificaba. La única unidad militar que quedaba dentro del anillo de contenciones en el Gran Buenos Aires era el Batallón de Arsenales "Domingo Viejobueno".

Una directiva secreta del comandante general del Ejército (del 28 de octubre de 1975) tenía prevista para la lucha contra la subversión "mantener una reserva estratégica a emplear con un preaviso de veinticuatro horas". La misma será utilizada en esta ocasión. Los militares buscaron debilitar el ataque guerrillero, pero no impedirlo. Las unidades del ERP debían ser aniquiladas por los refuerzos que se movilizarían a la zona para recuperar el cuartel.

Harguindeguy llamó al general Adolfo Sigwald, comandante de la Décima Brigada de Infantería, para informarle que el ERP estaba por atacar y que formarían un escalón de asalto, comenzando a reunir efectivos del Ejército y apoyo de las demás fuerzas armadas y de seguridad. También citó al mayor Roberto Barczuk, jefe de Operaciones e Inteligencia del Batallón "Viejobueno", que ese mismo día cumplía dos años en el cargo. Barczuk llegó al mediodía al despacho de Harguindeguy, que le dijo: "Coronel [sic: Mayor], los van a atacar. Tome todas las medidas necesarias".

Conociendo la magnitud del operativo insurgente y la gran movilización que expondría a una gran cantidad de sus efectivos, Harguindeguy pretendía aprovechar esta circunstancia para desbaratar completamente a la organización guerrillera. Todas las unidades militares que participarían del contraataque fueron puestas en estado de máximo alerta. Se esperaba que el ERP atacase esa misma noche.

Ese mismo día, los miembros de la Compañía "Juan de Olivera" se acuartelaban en distintas casas del Gran Buenos Aires y en un gran

chalet al sur de Florencio Varela. Tanto ellos como los integrantes de la Unidad "Guillermo Pérez" esperaban entrar en acción al atardecer del día 22.

En la mayor movilización militar en zona urbana de la historia del país, los generales Harguindeguy y Sigwald convocaron a más de 6.000 hombres para resistir y contraatacar al ERP. Los efectivos incluían:

—Una sección del Regimiento de Infantería 1 "Patricios" de Capital Federal. Tropa armada con FAL y proyectiles de fragmentación antitanque (PAF), más Instalazas y cañones Oerlikon.

—Una compañía del Regimiento de Infantería (Mecanizada) 3 "General Belgrano" de La Tablada.

—Una sección del Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada 10 de La Tablada, que incluía por lo menos cuatro "carriers" M-113 (vehículos de orugas acorazados, para transporte de personal); cada uno tenía dos tripulantes y podía llevar once hombres armados.

—Una sección del Regimiento de Infantería 7 "Coronel Conde" de La Plata.

—Una sección del Regimiento de Granaderos a Caballo.

—Grupo de Artillería de Defensa Antiaérea 101 "General Ricchieri" (GADA 101), de Ciudadela (donde funcionará un centro clandestino de detención a partir de 1976).

—Grupo de Artillería 1 (baterías de obuses remolcados, de calibres 105 y 155 mm).

—Una compañía del Batallón de Infantería de Marina 3 de Río Santiago.

—Regimiento de Caballería de Tanques 8, de Magdalena.

—Una fracción del Batallón de Comunicaciones Comando 601 "H. Vallejos", de City Bell.

—Cinco aviones birreactores Aer Macchi de la Base Aeronaval de Punta Indio, para ser utilizados en coordinación con el Comando de Operaciones Navales de la Armada.

—Dos bombarderos tácticos livianos Camberra de la II Brigada Aérea de Paraná.

—Tres helicópteros Hughes 500 D "Avispa" artillados, para iluminación y acciones bélicas, dos helicópteros Aerospatiale SA 315B

Lama artillados, con focos, y un avión Beechcraft Mentor de la VII Brigada Aérea de Morón (incorporada a la acción al término del levantamiento del brigadier Capellini).

—Una compañía de la Policía Militar 101.

—Destacamento de Movilización 1 de la Gendarmería Nacional.

—Seis helicópteros Bell UH-1H "Iroquois" para transporte de refuerzos, del Batallón de Aviación 601 del Ejército, Campo de Mayo (con focos y ametralladoras pesadas MAG, de 7,62 milímetros).

—Unidades de apoyo de Gendarmería Nacional (puentes sobre el Riachuelo).

—Dos helicópteros y unidades móviles de la Policía Federal.

—Dos helicópteros, unidades móviles y formaciones pertrechadas de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, incluyendo la participación de las Unidades Regionales I, II, III, y VII. Los efectivos policiales aguardarían el inicio de las hostilidades ocultos en distintos puestos ubicados al sur del cuartel, entre los dos anillos de contenciones guerrilleras (por ejemplo, en el Frigorífico "Penta"). El plan militar preveía que las contenciones serían así atacadas por el Ejército en su frente, y por la Policía en la retaguardia.

—Dotación del Batallón Depósito de Arsenales 601 "Domingo Viejobueno" con dos carriers y puntos fuertes 1, 2, 3 y de observación, equipados y aprestados con FAP y ametralladoras MAG, oficiales con escopetas Ithaca, más fusileros con FAL.

—Un avión Cessna AE-2002 del Ejército para observación.

—Personal del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército y de la Jefatura II del Estado Mayor General, para tareas de rastreo, detención, interrogatorio y aniquilamiento de tropa enemiga.

A este dispositivo de contraataque se enfrentaría la guerrilla, a la que se permitiría operar sobre el Batallón de Monte Chingolo, resultándole imposible, por lo menos así confiaban los militares, emprender la retirada desde el cuartel.

Muchos años después, un agente del Batallón de Inteligencia 601, Orestes Vacilo, declarará ante la CONADEP que la represión programada incluyó a organizaciones terroristas de extrema derecha. Según Vacilo, "a fines de 1975 fui puesto bajo las órdenes de un oficial del Batallón 'Domingo Viejobueno'. Los jefes, y mis superiores directos, eran el coronel Eduardo Abud, el mayor Barczuk y el teniente primero González Chipont. Allí se formó un 'grupo interfuerzas' para

reprimir las acciones subversivas, compuesto por personal de Gendarmería, de la Prefectura Naval, de la Policía provincial y un oficial de la Policía Federal. Como yo tenía contactos con grupos de extrema derecha y había pertenecido a ellos desde la década de 1960, me dieron la orden de actuar como 'interfase', con el propósito de impartir órdenes y realizar operaciones con los denominados 'grupos paramilitares o parapoliciales' compuestos por civiles que pertenecían a la denominada Concentración Nacional Universitaria (CNU), y para llevar a cabo operaciones con personal policial y militar y con civiles pertenecientes a la Triple A".

El servicio de inteligencia del ERP recibió el domingo 21 de diciembre varios informes de militares que colaboraban con la guerrilla, los cuales alertaban sobre una "gran movilización de las Fuerzas Armadas ya que se tomó conocimiento de que el ERP prepara una acción en la zona sur del Gran Buenos Aires".

Juan Santiago Mangini, el capitán "Pepe", jefe de la inteligencia erpiana, comunicó urgentemente la noticia al capitán Santiago, que se reunió con Santucho. Irurzun le dijo a Roby que la acción estaba "cantada", que era un gran riesgo llevarla a cabo y que por lo tanto había que levantarla. Tuvieron una fuerte discusión, durante la cual Santiago llegó a gritar: "¡Esto es una brancaleonada!" (en referencia a la película *La armada Brancaleone*). El máximo jefe guerrillero respondió que "el operativo se va a hacer igual". Santucho dejó escapar de esta manera la oportunidad de detenerse a tiempo y preservar las fuerzas de la organización.

Esa misma noche, el general Videla se reunía durante ocho horas con los comandantes de los cuatro cuerpos del Ejército y otros cinco generales. Todos eran partidarios de seguir una dura línea política; sin embargo, el comandante en jefe impuso la postura de que "todavía no era el momento" para el golpe, y que convenía esperar a que la situación política se deteriorase aún más.

Durante esta reunión se decidió convencer a los rebeldes de Capellini para que depusieran su actitud, compartiendo con ellos una información de gran importancia. Según confiaban los militares, el 22 de diciembre se realizaría la acción del ERP. El ataque debía encontrar unidas a las tres armas, por lo que a la VII Brigada Aérea de Morón se le adjudicaría una importante tarea en la represión del asal-

to utilizando sus aviones y helicópteros. Los enviados de Videla partieron a su misión en la noche del día 21. Ya en la madrugada del lunes 22, los aviadores rebeldes depusieron su actitud y volvieron a acatar a sus mandos naturales.

"Todo el mundo lo sabía"

El domingo 21, un conscripto del Batallón "Viejobueno" llegó al prostíbulo de "La Gallega", próximo a la unidad. Al entrar, lo encaró una espectacular morocha, muy sorprendida de verlo por ahí:

—¡Hola, Negro! ¿Cómo, no era hoy el ataque?

Quienes cumplían el servicio militar en el Batallón afirman que "el ataque ya se sabía que iba a pasar". Incluso, tres o cuatro días antes de la batalla de Monte Chingolo, algunos *colimbas* aprovecharon ese clima de alerta para hacerse una *escapadita*. Uno de ellos se alejó lo suficiente y efectuó un disparo al aire, mientras que otros gritaban "¡Empezó el ataque, empezó el ataque!". El plan funcionó a las mil maravillas: los oficiales, aterrorizados, corrieron a encerrarse en su Casino, y los conscriptos, con todo el terreno libre, se fueron a tomar unos vinitos a lo de "La Gallega".

Según relató "Abel", un ex militante del PRT, "había un muchacho de Lanús, de quien yo sabía, por un familiar de él, [que] estaba vinculado o había sido del PC. Este tipo puteaba a la guerrilla y al ERP, pero desesperado contaba cómo en su barrio, cerca de Monte Chingolo, varios días antes, mucha gente comentaba que atacarían el cuartel".

El día 21 transcurrió con gran nerviosismo, mientras el Ejército esperaba que se desencadenara el ataque. En la mañana del 22, los informes del Estado Mayor General indicaban que la guerrilla se encontraba aún en la zona. Harguindeguy le comunicó al coronel Abud que se preparase, ya que seguramente ése sería el día.

El acuartelamiento en el Batallón de Arsenales 601 se prolongaba desde hacía una semana. Todos estaban al tanto del inminente ataque e incluso se sospechaba que un conscripto pasaba información al ERP. Los soldados de las compañías de Servicios y de Seguridad permanecían apostados contra las ventanas, sobre las que apoyaban colchones. El lunes 22 las guardias fueron reforzadas en alerta roja.

El coronel Abud y el mayor Barczuk establecieron tres puntos fuertes como parte del plan de defensa. En cada uno de ellos habría una ametralladora pesada MAG de 7,62 mm, que dispone de una cadencia de tiro de hasta 1.000 disparos por minuto, y un alcance de hasta 2.000 metros (con 400 metros alcanzaría) para tiro por zonas. Esta es un arma de gran eficacia contra tropas a pie, sin protección o detrás de estructuras de protección livianas (automóviles o camiones). En cada punto fuerte habría cuatro oficiales, que dispondrían de un equipo de comunicaciones.

Los puntos fuertes 1 y 2 fueron ubicados en la garita superior de las torres de los tanques de agua Norte y Sur, cercanas a las calles Coronel Lynch y avenida Los Quilmes, respectivamente. Desde aquellas altas torres podrían barrer con facilidad y sin riesgo a quienes penetrasen por los sectores Este o Norte.

A cinco conscriptos los hicieron cavar zanjas a derecha e izquierda del camino que lleva del Puesto 1 hasta la Guardia Central, para obstruir el paso de los vehículos atacantes que saliesen del camino al evitar el fuego con que serían recibidos. Algunas de las zanjas excavadas en el frente del cuartel serían utilizadas como trincheras, donde ubicaron a fusileros. También habían cavado "pozos de zorro", donde se colocaba un solo soldado, cubierto en un ángulo de 360 grados del fuego enemigo.

"El día 22 [...] como a las tres o cuatro de la tarde, juntaron a todos y empezaron a tomar lista —recuerda Oscar Torregino, ex conscripto del Batallón "Viejobueno"—. Agarraron cinco tipos entre los que estaba yo y nos mandaron a hacer pozos en el frente del cuartel para atrincherarnos, para esperar el ataque. Encima teníamos unas palitas de mierda. Yo me acordé que en el Puesto de Verificación había unas palas y decidí ir a buscarlas. Había que cruzar todo el camino a la calle, y mirá, te digo, ese día no me bajaron no sé por qué. Me agarraron tres milicos con Ithacas y ¡me agarró un cagazo! Pensaron que era yo el que iba a pasar la señal de que no atacaran porque estábamos acuartelados. Bueno, pero ese día no atacaron".

Ese lunes 22, los guerrilleros se preparaban para entrar en operaciones. Urteaga envió un emisario para contactar al conscripto colaborador del ERP en el Batallón. "Patora" informó sobre el estado de alerta máximo imperante. Desde la *casa operativa* donde funcionaba

el Mando Táctico del Batallón "San Martín", Mariano avisó por teléfono a Santucho, que en vista de la situación ordenó suspender el ataque.

La comandancia insurgente confiaba en que el alerta en varios cuarteles, incluido el Batallón 601, se debía a "proselitismo militar". No era la primera vez que se tomaban medidas similares para "templar a la tropa" y como parte del clima golpista en el país; así es que ordenó mantener a los combatientes acuartelados. Santucho no quiso creer que, esta vez, era una medida preventiva decidida con abundante información.

"Se sospechaba que el día 22, según las bolas que se corrían ahí adentro, y que son muchas, [...] podía haber un ataque a una unidad del Ejército —dice el ex conscripto Carlos Eduardo Niessi, que era operador de la central telefónica de la Guardia de Prevención del Batallón 601—. Nos habían comunicado inclusive en una formación de la misma compañía nuestra, que se esperaba un ataque extremista y lo estuvimos esperando el día 22 de diciembre en que estuvimos acuartelados. Ese día no salió nadie de franco y a todos nos armaron".

Al transcurrir el día 22 sin novedad, el Estado Mayor General del Ejército se reunió por la noche. El coronel Carlos Alberto Martínez, de la Jefatura II de Inteligencia, señaló que no habría otra oportunidad semejante y que había que reducir las medidas preventivas en el Batallón 601 para inducir al ERP a que realizase el operativo.

El martes 23 de diciembre fue un día de mucho calor. Ya había quedado atrás el levantamiento del brigadier Capellini. Las pugnas internas en el peronismo se renovaban con vigor. El gobernador de la provincia de Buenos Aires, Victorio Calabró, se sumaba a los sectores que planeaban el golpe contra Isabel Perón.

En el Regimiento de Infantería 3 y otras unidades militares, comenzaba el tercer día de acuartelamiento, durmiendo parte de la tropa en los camiones y blindados. En el Batallón 601, se levantaron el alerta rojo de las guardias y otras medidas excepcionales. En el cuartel quedó una guarnición lo suficientemente discreta como para confundir a los posibles soldados informantes del ERP.

A la hora 14, el jefe del Batallón dio franco hasta el día siguiente a los soldados conscriptos que no estaban de guardia. Poco después,

el jefe de Operaciones e Inteligencia de la unidad, mayor Barczuk, que ese día servía también como oficial de turno, comprobó personalmente que los puntos fuertes 1, 2 y 3 estuviesen debidamente equipados y aprestados. Además, en la zona de la Guardia de Prevención había colocado tropas protegidas que incluían a unos diez hombres con FAL y a otros a cargo de dos FAP y una MAG. Los dos carriers M-113, armados con ametralladoras antiaéreas Browning de 12,7 milímetros, esperarían en el sector este (entre la Jefatura y Plaza de Armas) y en los fondos del Batallón. Al atardecer, mientras los oficiales se encerraban en su Casino, el coronel Abud, el mayor Barczuk y otros dos militares subieron a la torre del tanque de agua Norte (punto fuerte 1), cercana a la calle Coronel Lynch. Desde allí se dominaba todo el cuartel desde su frente en el sector este, hasta los fondos en el sector norte.

Patora, al salir de franco del cuartel, informó que las medidas de alerta se habían levantado. Los guerrilleros que, simulando atender la venta callejera de pan dulce, habían constituido un puesto de observación frente al acceso principal de la unidad militar, no detectaron nada anormal. Otros chequeos que realizaron grupos móviles del ERP arrojaron el mismo resultado. El capitán Santiago, responsable de las contenciones, en una recorrida, no había notado movimientos sospechosos dentro del cuartel.

Benito Urteaga consideró que las condiciones para la acción estaban dadas. Santucho dio su aprobación para iniciar el ataque. El ERP había mordido el anzuelo.

A las 18 del 23 de diciembre, el sargento ayudante Roque Carmelo Cisterna entregó la jefatura de la Guardia al sargento ayudante José Ramón Saravia, pero no se retiró del cuartel. Por nada del mundo quería perderse lo que estaba por venir.

En un artículo de la revista *Todo es Historia*, a la viuda del suboficial Cisterna le preguntaron: "¿Sabía que existía peligro de un ataque?". La mujer respondió: "Todo el mundo lo sabía... y aunque nunca me decía nada, por supuesto, él también lo sabía. Entregó la guardia y podría haberse ido, pero nunca tuvo miedo y se quedó".

Esa misma tarde, a las 18.30, el oficial de inteligencia policial Carlos Hours recibió un cable que decía "situación normal", lo cual era el código para "alerta" o "ataque". "Yo había recibido de mis superiores

la documentación —mapas y planos— para operar fuera de cualquiera de las bases ubicadas en la zona. En ella se establecía cómo efectuar los movimientos de pinza y cómo distribuir el personal en tres anillos alrededor del área atacada".

Los trece o catorce soldados y suboficiales concentrados en la zona de la Guardia de Prevención pasaron largas horas esperando con sus armas listas el inicio del ataque. "Un grupo de nosotros salimos afuera, a caminar, porque estábamos cansados de estar todo el tiempo esperando ahí, con la ametralladora apuntando", recuerda Carlos Niessi. Mientras los conscriptos Jorge Sidras, Gerónimo Romero, Roberto Fontana y Gerónimo Ceballos, entre otros, permanecían en la Guardia Central, con sus fusiles FAL apuntando hacia el portón de ingreso, los soldados Carlos Niessi, Roberto Caballero, Manuel Ruffolo y los sargentos Saravia (jefe de guardia) y Cisterna (primer colaborador del jefe de guardia) salieron hacia el puesto de barrera ubicado a treinta metros.

Cisterna les dijo a los soldados en ese momento que "si vienen nomás estos hijos de puta, tírense cuerpo a tierra".

A las 18.45, los sargentos Roque Carmelo Cisterna y José Ramón Saravia comenzaron a programar la guardia. Elegían cuál sería el santo y seña para esa noche con el fin de asegurar los movimientos internos de la Guardia Central. Mientras conversaban, Cisterna le pidió los prismáticos a uno de los soldados.

El sargento ayudante, que ignoraba toda la información de que disponían el coronel Abud y otros oficiales del cuartel, observó el Camino General Belgrano. Le llamaba la atención, y al sargento Saravia también, que en aquel momento, en plena hora pico, había dejado de circular todo tipo de vehículos.

Después de la entrada del camión proveedor (que traía los pandulces al cuartel), Cisterna vio a un camión Mercedes Benz que giraba bruscamente hacia la izquierda embistiendo el portón principal del Batallón. Había empezado el ataque.

La cita de Rolo Diez está tomada de su obra *Los compañeros*, Ediciones de la Campana, La Plata, 2000. Los testimonios de Ofelia Santucho, Humberto Pedregoza, Reino Hietala, Luis Mattini, Esteban y otros ex militantes corresponden a

conversaciones con el autor, al igual que los relatos de ex conscriptos del Batallón "Viejobueno". El informe del PRT sobre "el Oso" Ranier está tomado de *El Combatiente*, nº 200, miércoles 21 de enero de 1976.

El relato del subteniente sobre la confusión entre distintos grupos de inteligencia militar se incluye en Héctor R. Simeoni, *¡Aniquilen al ERP!*, Ediciones Cosmos, Buenos Aires, 1985.

No fue posible obtener el nombre de los cinco militantes, con grado de suboficiales del ERP, que fueron apresados en Wilde junto con Ledesma. Sobre la detención y liberación de la familia Santucho, la versión del coronel Carlos A. Españadero ("Peirano") se encuentra en la revista *Tres Puntos*, nº 104, 1 de julio de 1999; la de Ofelia Santucho, en el libro de María Seoane, *Todo o nada*, Planeta, Buenos Aires, 1991.

Los datos sobre un "doblado", colaborador de Vergez en Córdoba, se encuentran en el libro de este último, *Yo fui Vargas*. La referencia a Victorio Calabró y Eduardo Duhalde, se halla en la obra de Hernán López Echagüe, *El otro. Una biografía política de Eduardo Duhalde*, Planeta, Buenos Aires, 1976 (pp. 69-70).

Los trascendidos publicados por el diario inglés *The Times* fueron extractados por la publicación *Informaciones*, del 22 de diciembre de 1975. Allí se atribuía al general Benjamín Rattenbach (caracterizado por el diario como "derechista y nacionalista") la idea de mantener a flote al peronismo para "combatir a la subversión". La planificación del Ejército para sofocar el ataque a Monte Chingolo y las declaraciones del agente de inteligencia Carlos Hours se encuentran en el libro de Martin Edwin Andersen, *Dossier secreto. El mito de la guerra sucia*, Planeta, Buenos Aires, 1993. La declaración del agente de inteligencia de Ejército Orestes Vacilo fue efectuada ante la CONADEP el 4 de abril de 1984.

La declaración del PRT-ERP contra el golpe del brigadier Capellini se publicó en *Estrella Roja*, nº 67, 29 de diciembre de 1975. La discusión entre Hugo Irurzun y Mario Roberto Santucho fue relatada al autor por Silvia H.

Capítulo 6

La casa de Ranelagh

Silvia N. es una mujer muy bajita, de cabellos cortos, ojos claros y sonrisa amplia. Se crió en un hogar de clase media. Su padre, hijo de gallegos, era dueño de una carnicería en la Capital Federal. Su madre había nacido en Galicia y llegó a la Argentina cuando todavía era la "tierra promisoria" para muchos inmigrantes. Un hermano mayor y otro menor completaban la familia. Sus hermanos eran más bien tranquilos, todo lo contrario de Silvia, que, según su madre, era "peor que los varones". Durante las vacaciones de verano, que acostumbraban pasar en Mar del Plata, la pequeña Silvia "molestaba a todos. Era muy rebelde".

La anotaron en un colegio de monjas. "Como no estudiaba, aunque vivía a ocho cuadras del colegio, me metieron pupila. Las monjas te hacían lavar todo, y con esa excusa yo decía que no podía estudiar, con todo lo que tenía que limpiar. Así que después de un año y medio me sacaron". Sin embargo, fue en el colegio de monjas donde Silvia sintió el despertar de lo que llama "la preocupación social". Con un grupo de compañeras, conducidas por una monja y un cura, "íbamos a hacer un laburo religioso a una villa de Victoria, cerca de Villa Crisol. [...] Nunca había tenido tanto contacto con esta gente. Veía que había mucha diferencia [en] como ellos encaraban el trabajo en el barrio a lo que yo pretendía, que era elevar un poco más a esta gente, para salir de ahí, no mantenerlos en la villa. Eso me ayudó bastante a tratar de buscar una salida diferente a solamente ir y decirles que 'Dios se va a apiadar cuando ellos se muriesen', que no me convencía".

Otra monja, encargada del curso de Silvia, "era una tipa macanudísima que posteriormente, me enteré, dejó los hábitos. Nos hablaba del Che Guevara y nos hacía leer los poemas y textos de Ernesto Cardenal, toda la cosa de Nicaragua. También empecé a leer, a los

15 o 16 años, sobre el Che y sobre la Revolución en Latinoamérica. Después me recibí en el Colegio María Auxiliadora de San Isidro. Ya había empezado a ir a recitales, me encantaba Viglietti. Todo eso fue haciendo que yo buscase algo para militar. No sé por qué, pero el peronismo no me convencía".

Junto a su mejor amiga ingresaron al primer ciclo de la Escuela de Bellas Artes. "Nosotras queríamos hacer algo, participar y tratar de cambiar un montón de cosas". Un compañero de su amiga militaba en el Frente estudiantil del PRT. "Se llamaba Julio (todavía vive). Nos comentó quién era y además nos trajo materiales para leer sobre la Cuarta Internacional, los Congresos Tercero, Cuarto y Quinto del Partido. La cuestión es que [...] entramos las dos al ERP. Era 1974. A partir de ahí, milité un año en el Frente Estudiantil. Fui también al Sexto Congreso del FAS en Rosario [en junio de 1974] donde estuvieron Benito Urteaga y Domingo Menna, aunque yo estaba allá, lejos. Después, cuando llegó la orden de que había que proletarizarse, dejé los estudios y me fui a trabajar a una fábrica". Silvia abandonó Bellas Artes mientras cursaba el 3° año del primer ciclo, para ingresar como operaria en la fábrica Kodak de Panamericana y Paraná, en el partido bonaerense de San Isidro.

Fue incorporada a una célula cuyo responsable era apodado "Miguel" (no se trata de Abigail Attademo, del mismo apodo), que provenía de Montoneros. "Tomás", Gervasio (llamado "Sebastián") y otro militante no identificado fueron sus demás integrantes. Las citas previas a las reuniones de la célula se realizaban frecuentemente en uno de los puentes de la Panamericana cercano a la Kodak. "Ya era una *liberalada* [falta de seguridad] que supiesen mi lugar de laburo".

Silvia debió dejar la casa de sus padres cuando éstos descubrieron su militancia revolucionaria. "Mis viejos no querían que militase. Una vez encontraron un bolso con dos cajas de cartuchos Orbea de 16 mm que yo tenía que entregar justo ese día. Me cagaron a pedos y me pidieron que no los comprometiera. Una de sus amigas, después de consultar con su familia, me dijo 'Bueno, venite para mi casa'. Y ahí estuve hasta el acuartelamiento". Pasarán muchos años antes de que Silvia, cuyo nombre de combate era "María" —más conocida como "la Petisa María"—, regrese al hogar familiar.

Silvia tenía que fichar a las 6 en la Kodak. Pero el 11 de diciembre de 1975, a las 5.30, tuvo una cita, cerca de la Panamericana, en Martínez. Ella y Sebastián debían entregarle un bolso con *fierros* a un compañero, que les daría una indicación especial. Luego de recibir las armas, el contacto les dijo:

—Va a haber una operación muy grande, muy importante. Los dos tienen que ir a una cita en el balneario de Quilmes, hoy al mediodía.

La *consigna* (forma de ser reconocidos) era llevar una camiseta de la Selección Argentina en la mano. El compañero se la dejó a Silvia y partió.

Para no alarmar a su familia, le avisó por teléfono a su madre que tenía que viajar a Córdoba, invitada a participar de un congreso sindical. Cuidando su puesto de trabajo, también envió un telegrama a la fábrica para justificar su ausencia: debía atender a una abuela gravemente enferma.

María y Sebastián fueron a Constitución y tomaron el tren a Quilmes. Poco después de las 12 pasó a buscarlos por el balneario una pickup. Dos compañeros iban en la cabina y otros dos en la caja. El viaje fue corto. Se detuvieron frente a una casa en Ranelagh, en el sur del Gran Buenos Aires. Eran el primer grupo que llegaba al acuartelamiento de la Unidad "Guillermo Pérez" del ERP.

El acuartelamiento

La casa estaba sobre un predio rectangular de unos doscientos metros cuadrados. La edificación tenía forma de L, con su ángulo ubicado hacia el fondo. A la calle, adyacente al Camino General Belgrano, daban la cocina y una habitación pequeña donde los guerrilleros colocaron un primer destacamento de guardia. En dirección al fondo había tres habitaciones más. La tercera, ubicada en el ángulo de la L, funcionaba además para los plenarios, ya que era el cuarto más amplio. Otras dos habitaciones estaban en la parte trasera de la finca, y la última era utilizada por la oficialidad. El baño estaba en el fondo de un patio descubierto donde funcionaba el garage.

La terraza estaba limitada por una pared de menos de un metro

de altura. Agazapados detrás de ella, los guerrilleros se turnaban para hacer guardia desde este segundo puesto de vigilancia.

Cuando llegó el primer contingente, hacía mucho que la casa no estaba habitada. Para combatir la suciedad acumulada, mientras la pickup que los trajo partía a buscar más compañeros, Sebastián y María se pusieron a baldear los pisos.

El segundo grupo que llegó estaba formado por ocho o nueve combatientes que venían de la Compañía de Monte "Ramón Rosa Jiménez". Ya el 8 de noviembre había comenzado el desplazamiento de guerrilleros desde el monte tucumano a Buenos Aires. En sucesivas tandas fueron recibidos en distintas *casas operativas*. En una de éstas, la teniente "Erica" se encargó de alimentarlos con "cantidades industriales de milanesas, huevos fritos y puré".

La ex oficial guerrillera explica que "los compañeros que bajaban del monte y pasaban por casa (no era la única que los recibía) llegaban de a uno, de a dos como mucho, una vez de a cuatro o cinco. Pasaban no más de una o dos noches y luego el 'Flaco Francisco' [el capitán Manuel Carrizo, jefe de Operaciones del ERP] hacía la distribución. Cada uno se integraba ya al equipo con el cual debía tomar parte. Hasta ahí lo que uno sabía. Comían, dormían, se bañaban y partían. En total y a la distancia, creo recordar que pasaron como veinte o algunos más. No sólo venían del monte, también pararon en casa algunos compañeros que venían de otras regionales, también de paso antes de integrarse a donde estaban destinados. En esa época hubo mucho movimiento de gente".

"El capitán Santiago [Hugo Irurzun] pasaba por nuestra casa para ver a los compañeros que llegaban y hablar con ellos. Él vivió para esa época en otra casa, en la que también vivía Francisco y a la que yo iba seguido". Irurzun aún rengueaba, aunque ya estaba casi repuesto de la herida sufrida durante el combate de Manchalá.

Uno de los recién arribados que se deleitó con las milanesas de Erica fue el teniente "Camilo". A sus 22 años, era uno de los oficiales más jóvenes del ERP. Provenía de Metán (provincia de Salta), de un hogar de clase media. Su nombre era Antonio Milagros Villanueva. Con la *proletarización* masiva de militantes había dejado los estudios y trabajó como obrero. Su avidez por aprender era notable. Sus compañeros lo recuerdan como muy preguntón, estudioso y, so-

bre todo, discutidor. Erica lo recuerda como "muy cálido como ser humano". Burlándose de que era lampiño, lo llamaban "Pelusa". Para la batalla de Monte Chingolo adoptó el apodo de "Felipe".

Durante un tiempo integró la Compañía de Monte, con la que participó del frustrado operativo en Catamarca y a la cual no regresaría (junto con el guerrillero "Nino"), por mantener graves divergencias con el mando de la unidad. Camilo había cuestionado la "falta de preparación militar" y la "anarquía" reinante. Convocado para el operativo en Monte Chingolo, el ahora teniente Felipe será el jefe del Grupo 1 de la Unidad "Guillermo Pérez", encargado de tomar la Guardia Central de Prevención del Batallón "Domingo Viejobueno".

Otro integrante de la Compañía de Monte convocado fue el teniente "Néstor" (Nelson Alberto Agorio), de 23 años de edad. Por su gran experiencia combatiente fue elegido jefe del Grupo 8, que debía ingresar por los fondos del cuartel para cumplir el objetivo principal del ataque: capturar el armamento y las municiones almacenados en el Galpón N° 30.

También bajaron del monte "Alejandro" y el sargento "Lucho", que integrarán el Grupo 6 encargado de asaltar el Tinglado del Batallón. Lucho (Luis Alberto Sportuno) será el jefe de ese grupo. Durante un corto tiempo, antes de su traslado a Tucumán, había sido compañero y responsable de la "Petisa María".

Con ellos también vino Daniel Roberto Barbate, un muchacho muy reservado, de 21 años, de 1,82 m, de tez blanca y cabellos castaños oscuros. Antes de su traslado a Tucumán había trabajado como empleado de la Municipalidad porteña al mismo tiempo que cursaba estudios en la Facultad de Agronomía. Era bastante parco para hablar, pero muy eficiente en el cumplimiento de sus tareas.

En noviembre, la Compañía Urbana "Decididos de Córdoba" había recibido la orden de realizar entrenamiento físico y militar intenso. Debía enviar a Buenos Aires dos escuadras, una operativa y la otra de logística y comunicaciones, cada una formada por cinco miembros. Los dos grupos se integraron con voluntarios. Entre los primeros anotados estaban el "Petisito" (Peti), la "Gorda Rosa" (Zulema Attaide), "Roberto", "Lucrecia" y el sargento "Ernesto", que estará al mando del Grupo 7. Para trasladar la logística, los cordobeses sus-

trajeron vehículos a un ritmo de dos o tres por semana. Además de armamento, enviaron al Gran Buenos Aires varios equipos de radiotransmisión, bajo el atento control de Silvia Schliamser, responsable de comunicaciones de la unidad cordobesa.

También fueron enviados seis combatientes desde Rosario. Cuatro de ellos eran guerrilleros de la Compañía Urbana "Combate de San Lorenzo", y junto con los compañeros cordobeses inicialmente fueron acuartelados en una vivienda que estaba en una zona entre Ezpeleta y Ensenada. Allí se habían desarrollado algunas reuniones del Estado Mayor General del ERP con la presencia de Pedro, Emilio, el Turco Martín y Santiago, entre otros.

En los primeros días de diciembre, llegaron los rosarinos. Entre ellos estaba "Darío", un joven que anteriormente había militado en la izquierda peronista. "Evidentemente esa era la casa de concentración porque tenía como ochenta colchones para los compañeros". Sin embargo, "el 8 de diciembre nos fuimos de ahí. Había que levantar la casa pero no nos dijeron por qué. Después nos enteramos que fue por la caída de Ledesma", recuerda Darío. "De ahí, Emilio nos llevó, a mí y a dos cordobeses más, a una casa en La Plata. A los otros tres que llegaron conmigo los llevaron no sé a dónde pero después me enteré que perdieron la cita que les habían dado y no les quedó otra que irse y se volvieron a Rosario.

"De la casa esa nos vino a buscar de vuelta Emilio. Nos llevaron a otra cita donde nos levantaron en una camioneta y de ahí nos fuimos a la casa definitiva de concentración. De los dos cordobeses que iban conmigo, uno era muy petisito [Peti]. El otro, 'Roberto', era flaco y alto, un verdadero *lumpen*, pero experto en el manejo de los *fierros*".

El 12 de diciembre llegaron a la casa de Ranelagh, donde para ese momento ya se había concentrado la gran mayoría de los combatientes.

Dos combatientes que habían compartido la militancia en Rosario y se habían transformado en inseparables compañeros, volvieron a encontrarse después de ocho meses de separación. Eran Nelly Noemí Enatarriaga (la "Vasca de Rosario") y Carlos Stanley.

La Vasca tenía 31 años y era "grandota": 1,75m y unos 75 kilos. Con su cabello negro corto y sus ojos pardos, su rostro no represen-

taba más de unos 25 años. Había estudiado Ciencias Políticas y Periodismo, aunque no llegó a recibirse. Ejerció la docencia y además trabajó en la administración del Rectorado de la Universidad Nacional de Rosario. Antes de incorporarse al PRT estuvo vinculada con los Comandos Populares de Liberación (CPL), una organización que había operado hasta 1973. La Vasca ya había sido herida y detenida en una ocasión. Cuando, al ser liberada, sus padres la intimaron a dejar de lado su actividad militante, ella optó por la lucha revolucionaria. Un ex militante recuerda a la Vasca, ya *proletarizada*, trabajando cerca del puerto de Rosario: "Vendía choripanes en un puestito de la Costanera". En el combate de Monte Chingolo, su nombre será "Culky".

Su compañero de militancia, Carlos Horacio Stanley, era un joven rosarino de 22 años. Desde abril estaba en completa clandestinidad. Stanley cumplía el servicio militar en el Batallón de Arsenales 121 "Fray Luis Beltrán" de San Lorenzo y proveyó toda la información para copar el cuartel. Habiendo desertado y con la captura recomendada, Carlos fue trasladado de inmediato a Tucumán, donde prosiguió su actividad militante hasta ser convocado para la operación de Monte Chingolo.

De una forma extremadamente brutal, la amistad y camaradería entre Carlos Stanley y la Vasca Enatarriaga sería puesta a prueba durante la próxima batalla.

Luego de los rosarinos llegaron los miembros del mando de la unidad guerrillera. Abigail Armando Artademo, apodado "Miguel", tenía grado de teniente en el ERP y será ascendido a capitán después de la batalla de Monte Chingolo. Ex estudiante de Ciencias Naturales, era un platense nacido en 1948. Se había incorporado al PRT *El Combatiente* antes del Quinto Congreso que decidió la creación del ERP. Estuvo preso desde mediados de 1971 hasta el 25 de mayo de 1973, cuando salió en libertad por la amnistía para los presos políticos.

Pocos meses después de ser liberado, Abigail se casó con Elena Mirena, que también militaba en el PRT. Un año después tuvieron una hija.

Miguel era un flaco fibroso, muy enérgico en sus gestos. Un antiguo compañero de militancia lo describe como "un tipo joven y

muy jovial. De frente grande *bombé* y nariz aguileña, tenía un bigote corto y poblado. El pelo lacio y abundante, que en vano se peinaba para atrás, se le revolvía quedándole como un plumero. Era un muy buen tipo".

En el PRT, a Abigail le habían puesto "Panfleto" de apodo. "El tipo era muy bueno como combatiente —recuerda Luis Mattini—, pero hablando de política... ¡era un panfleto! Decía en tono agitativo 'Compañeros: el proletariado avanza y ta ta ta...' ¡Era muy divertido!".

El segundo al mando era Ricardo Daniel Waisberg, el sargento "Diego" de la Compañía "José Luis Castrogiovanni", un joven de 25 años que cursó Sociología en la Universidad de Buenos Aires. Allí conoció a Valeria Belaustegui Herrera, y juntos iniciaron su actividad política en el PCR, pero luego ambos ingresaron en el PRT-ERP, después del Quinto Congreso. "Pepe", como era su apodo entonces, se casó con Valeria y fueron a vivir a San Antonio de Padua. Comenzó a trabajar como maestro de grado en una escuela y dejó su carrera universitaria cuando cursaba el último año.

En 1971, en medio de una fiesta familiar en la casa de los padres de Ricardo, sonó el teléfono y al atender Reyna, su madre, una voz le dijo "No quiero alarmarla, señora, pero a Ricardo le explotó una estufa". Con el rostro y el cuerpo quemados, producto del estallido de la bomba que estaba armando, Ricardo fue internado clandestinamente en un sanatorio particular. Días después, con una leve mejoría fue llevado al departamento de un pariente de Reyna, ya que le habían aconsejado que "no lo tenga en casa". Las cicatrices, en forma de "pintitas azules" en la cara, lo caracterizaron desde entonces.

Uno de sus familiares trabajaba en la inteligencia militar, y le advirtió: "Andate, que te están buscando, te están pisando los talones". Poco después hubo un allanamiento en el domicilio de Reyna Waisberg. Durante el procedimiento, la empleada de la casa fue sometida a un interrogatorio en medio de amenazas. A la pregunta sobre el paradero de Ricardo respondió, sabiendo que el joven militante visitaba frecuentemente a su madre, "Ricardo es un hijo de puta que nunca viene a ver a la señora".

En diciembre de 1975, pocos días antes del ataque en Monte Chingolo, nació Tania, la primera hija de Ricardo y Valeria.

La sargento "Ana", Liliana Alcira Malamud, era la tercer integrante del mando de la operación. Reyna Waisberg la recuerda con claridad. En 1974 su hijo le pidió si podía tenerla en su casa durante unos días, con el argumento de que se había peleado con el padre. Vivirá casi dos meses allí.

Una tarde en que Reyna tuvo invitados a comer, Liliana casi enseguida se levantó de la mesa y fue al dormitorio. Allí la encontró Reyna a las dos de la mañana, leyendo: "Te estaba esperando", le dijo; "después de tener el hijo que tenés, ¿cómo podés recibir a estas oligarconas en tu casa?".

Liliana después estuvo en Tucumán. A su regreso, se encontró nuevamente con Reyna. "Volvió muy linda, con el pelo corto". La recuerda como "alta, de pelo lacio castaño. Tenía muy buen aspecto, era más bien mediana, ni flaca ni gorda. Siempre venía a casa muerta de hambre. Era una persona inteligente y muy dulce".

Reyna vio una última vez a Liliana, poco después de su segundo regreso desde el monte tucumano, donde había participado en un combate contra el Ejército. "Parecía una piltrafa. Le pregunté qué le había pasado y me respondió que se había peleado con una amiga *a trompadas*".

Durante la dictadura de Videla, varios miembros de la familia de Liliana serán desaparecidos o muertos. Lidia Marina Malamud, su hermana mayor, fue secuestrada el 14 de octubre de 1976, ignorándose hasta el día de hoy su paradero. Su cuñado, el médico Luis María Aguirre, era el "Negro Zárate", jefe de la columna "Inti Peredo" de las FAL, que en junio de 1975 se incorporó al PRT. El Negro y su compañera Diana serán abatidos el 1° de mayo de 1977 por tropas del Ejército que habían rodeado la casa donde vivían, tras un combate que duró varias horas.

Posteriormente llegó al acuartelamiento un grupo de cinco combatientes que provenían de la organización Montoneros. El grupo se había escindido de la columna de Zona Norte "Sabino Navarro" (la más radicalizada de la "orga" y que debía su nombre al dirigente obrero Sabino Navarro, muerto en 1971) a raíz de graves divergencias políticas surgidas a partir de la presidencia de Perón, cuando para explicar la política antipopular del viejo líder la dirigencia montonera recurría a la fórmula de que Perón estaba "cercado". Para esa época,

las bases de la columna montonera y del PRT comenzaron a trabajar unitariamente en distintos frentes de masas. "Martín", uno de los integrantes de la columna "Sabino Navarro", fue quien se comunicó con un dirigente del PRT (Manuel G.), quien a su vez estableció los contactos con el ERP. Poco después, los ex integrantes de la "juventud maravillosa" de Perón se incorporaban a la guerrilla guevarista.

El grupo de Martín fue destinado a integrar la Compañía "José Luis Castrogiovanni" de la regional Norte-Oeste del ERP. Como varios de los recién incorporados tenían una gran experiencia militar, el mando guerrillero decidió convocarlos para integrar la Unidad "Guillermo Pérez". "Luis" y "Pablo" fueron destinados a los grupos 3 y 4, que asaltarían las compañías de Seguridad y de Servicios, respectivamente.

Martín tenía 23 años y se llamaba Orlando Benjamín Fabián. Su padre, Juan Antonio, era agente de la Gendarmería Nacional. "Cuando Martín traía armas a la casa, su mamá las ocultaba mientras él se iba a trabajar", recuerda una de sus ex compañeras. Martín se despidió para siempre de Juana Evangelista, su madre, el 18 de diciembre de 1975. Benjamincito, como cariñosamente le decían sus compañeros, será uno de los primeros en ingresar al cuartel militar.

Guillermo Pablo Ramos Berdaguer era un joven uruguayo de 20 años. Se había recibido de perito mercantil y, además de cursar la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires, trabajaba en la fábrica química Irgaquim de San Martín, donde había ingresado luego de la *proletarización* ordenada por el PRT.

El domingo 21 de diciembre, Guillermo les dijo a sus padres, Teresa Felipa Esperanza y José Nicasio, ex combatiente antifascista durante la Segunda Guerra Mundial, que viajaría al Uruguay por unos días para visitar a su abuela, a la que hacía tiempo que no veía.

Poco después de que su madre se apresurara a prepararle la ropa necesaria, Guillermo, de 1,75 m de altura, complexión mediana y de cabellos castaños claros, vestido con un pantalón vaquero Lee azul, una remera celeste con vivos azules y mocasines negros, se le acercó y con ternura le dijo al despedirse: "Te daré todos los besos que no te he dado en todo el año", mientras la abrazaba fuertemente. Luego abandonó la casa de sus padres, con quienes vivía, en la localidad de Villa Ballester.

Ese mismo día, como integrante de la Compañía de la Regional Norte-Oeste, Guillermo arribó a la casa de Ranelagh.

Dos días después, el martes 23, Teresa y José recibieron un telegrama de su hijo, en el que les decía que se encontraba bien, pero que no conseguía pasaje de regreso y les pedía que avisaran a la fábrica donde trabajaba. Al principio, Teresa no se preocupó demasiado por la noticia. Sin embargo, poco después advirtió que el telegrama no venía de Uruguay sino de la sucursal 25 de Correos, en la provincia de Buenos Aires. Alarmada, se dio cuenta de que su hijo no había viajado y sospechó que estaba en alguna situación comprometida. Revisando, Teresa encontró en la habitación de Guillermo la ropa que le había preparado para el viaje y se preguntaba qué llevaría en la valija con la cual salió.

Los Ramos buscaron a su hijo con desesperación pero sin resultado alguno. Teresa recordaba con angustia las palabras con las que Guillermo se había despedido de ella.

Pocas comodidades

Para los vecinos de Ranelagh, en la casa vivían sólo cuatro personas, que justificaban su presencia en el lugar mediante una simple coartada o *minuto*: quien abría cada mañana el portón del garage era el "matrimonio" que alquilaba la finca. Sus dos "sobrinos" eran Miguel y Diego, que según un testigo, "baldeaban el patio, lavaban la camioneta, abrían el portón, tomaban mate en la puerta y conversaban con los vecinos".

La militante que hacía de "tía" era al mismo tiempo la responsable de alimentar a la tropa. "Estábamos podridos porque siempre cocinaba lo mismo. Todos los días había salchichas con arroz. Por eso la cargábamos bastante a la 'tía' y le pedíamos que hiciera otra cosa", recuerda una ex combatiente.

El papel de "tío" lo representaba un hombre de unos 50 años, Ismael Alfredo Islas, al que todos llamaban "Tata" o "Tatita". Era de baja estatura (1,55 metros), de unos 65 kg, usaba bigote, tenía cabellos entrecanos y ojos pardos. Ismael era obrero zapatero, aunque en los últimos tiempos también vendía manteles en un puesto callejero, en la zona Norte, cerca de la Ruta 8. El Tata tenía una

hija, María Susana, que esperaría en vano el regreso de su padre luego de la acción.

La monotonía del acuartelamiento era interrumpida por la llegada de nuevos contingentes guerrilleros. A medida que se completaba la plantilla de la unidad de asalto aumentaban los inconvenientes de la vida en común. A diferencia de la casa cercana a La Plata (abandonada tras la caída de Ledesma), la finca de Ranelagh no disponía de grandes comodidades, como por ejemplo colchones para cada uno de los combatientes. Juntando los pocos que había y estrechándose lo más posible, aun así la mayoría debió dormir en el piso.

Según la Petisa María, "la casa estaba absolutamente 'pelada'. No había mesas, ni sillas, ni muebles, ni bolsas de dormir, ni televisión. En la habitación donde yo estaba éramos siete: el sargento Federico [Roberto Stegmayer]; Julio [Víctor Bruchstein], que era un muchacho flaco, alto, con el cabello peinado para atrás; Pablo (uno de los ex *montos*), Gervasio (Sebastián), Alejandro, que vino después de otra pieza, otro compañero más y yo".

Para algunos se compró algo de ropa, apenas lo imprescindible. Alejandro, un combatiente de la Compañía de Monte de 20 años, recibió unos pantalones nuevos que tuvo que coser Silvia, de tan largos que eran.

"Cuando los compañeros sacaban las cosas de una enorme caja, uno de ellos dijo: 'Che, acá se equivocaron, estas son zapatillas para nene, numero 34. Hay que devolverlas'. '¡No, no!', salté enseguida, '¡Yo uso 34!". Y así, entre las risas de sus compañeros, la Petisa María pudo por fin desprenderse de sus viejas alpargatas. Los piecitos de María, que fueron motivo de algarabía general, le serán de gran ayuda en los momentos decisivos que se avecinaban.

La mayor dificultad era la utilización del único baño. "Para usarlo teníamos que salir afuera, lo que era un *minuto* hacia el barrio. Íbamos al baño mirando abajo para no ver nada y no reconocer la ubicación del lugar. Además, cada vez que se abrían las puertas de la casa no teníamos ni que hablar, ni se podía ir al baño. ¡Era un *bolonqui*, tanta gente!".

Día y noche, desde la ventana de la habitación que daba a la calle, se mantenía una guardia permanente. La Petisa María recuerda

que "hacíamos la vigilancia armados, desde el principio. Frente a nosotros había una zona muy descampada con algunas casas".

"Como era pleno verano, y el lugar estaba cerrado, todo se llenó de mosquitos que nos picaban a lo loco". Para combatirlos "prendíamos puchos negros Particulares, y los poníamos parados en los cuartos, especialmente alrededor de los pies, para que rajaran los mosquitos. Esos eran nuestros espirales".

Mientras el sargento Darío se desempeñaba como jefe de la casa para tareas organizativas, llegó una camioneta que trajo a la "Negra", integrante del Grupo 9 (Sanidad), acompañada por su compañero, un combatiente de 27 años, tez blanca y cabellos ondulados de color oscuro. Su nombre era Carlos Lucas Bonet.

Los recién llegados dejaron dos cajas en el patio, lo que generó la furia del jefe de la casa que ordenó sacarlas de inmediato. La prudencia de Darío no estaba de más, ya que para esa época pasaban por la zona helicópteros no identificados volando a baja altura. Apenas se acercaban, los guerrilleros desalojaban incluso el puesto de guardia en la terraza.

Las cajas contenían equipos sanitarios. "Liza", responsable del Grupo 9, junto con la "Negra", se encargarían el martes 23 de diciembre de aplicarles la vacuna antitetánica a los 73 guerrilleros que asaltarían el Batallón.

Para el caso de posibles transfusiones, el equipo de Sanidad identificó el grupo sanguíneo de cada combatiente, que fue escrito con lapicera en sus brazos. "Sólo yo y otro compañero, éramos B negativo", recuerda Silvia.

Los compañeros de Sanidad también los instruyeron en técnicas de primeros auxilios, tratamiento de heridas, cómo hacer un torniquete, etcétera.

Teresa y Darío

En el Grupo 5, encargado de asaltar el Casino de Suboficiales, había tres mujeres: Teresa, Cuky y Margarita. El sargento Darío, jefe de esta escuadra, recuerda con ternura a Teresa. Durante el acuartelamiento surgió entre ellos una relación muy especial.

"Teresa era un cuadro con un grado de disciplina bárbaro. Era una

tipa muy transparente, muy compañera, y tenía un grado de compromiso muy grande. Había estado presa en el penal del Buen Pastor (de donde se fugó el 24 de mayo de 1975). Estaba con mucha alegría y tenía confianza en el éxito de la acción. Yo la conocía de antes pero no sabía cómo se llamaba, ni el apellido, ni nada por el estilo. Obviamente, a ninguno de los dos nos pasó por la cabeza que íbamos a andar juntos por ahí".

Ana María Liendo, "Teresa", era una cordobesa de 25 años, aunque aparentaba tener unos diecisiete. Era sargento del ERP en la Compañía "José Luis Castrogiovanni", donde vio por primera vez a Darío. Era menuda (1,60 m y unos 50 kg), de ojos pardos y cabellos castaños. Usaba anteojos con regularidad.

Al sargento Darío, un hombre alto y robusto, ideológicamente uno de los "duros" del ERP, se le hace un nudo en la garganta cuando recuerda los momentos compartidos con Teresa durante el acuartelamiento. "Teresa tenía mucha pinta de 'nena'. Era morochita, callada, mediana de físico. Al principio hablábamos diciéndonos cosas muy bajito, al oído, ya que inicialmente no se podía hablar durante el acuartelamiento. Luego, ya como jefe de la casa, anulé esa primera orden. Ella tenía un compañero, al que no veía desde hacía varios meses. Él debería quedarse en Córdoba, así que sería una separación que podría durar años y eso la ponía muy mal.

"Ella me dijo que yo le había 'tirado toda la estantería abajo'. Nos reuníamos a cada rato y pasábamos las noches diciéndonos todas las cosas que haríamos después del operativo. Como lo que comíamos ahí era una cagada, Teresa me propuso que terminada la operación nos íbamos a juntar en su casa para comer milanesas que ella iba a preparar. Por eso yo la jodía siempre con el cantito de una propaganda de televisión: '¡Ay, Teresa; ay, Teresa, cómo me gustan tus milanesas!' le decía yo. Y así nos enamoramos. Era una situación muy limpia, muy así de golpe, como se daban los amores en esa época".

Hay que recordar que en el ERP imperaban rígidas normas morales en todo lo referente a la sexualidad. El adulterio y los *levantes* eran duramente criticados desde el punto de vista moral y político. No es de extrañar que otras organizaciones del campo popular denominaran entonces a los guerrilleros guevaristas como "los monjes rojos".

Darío resolvió "blanquear" la situación conversando con el jefe de

la compañía guerrillera. "El capitán Miguel me había dicho que después de la operación quería que siguiese ahí, en la nueva unidad formada".

—No puedo, porque tengo que ir al monte —le respondió Darío.

—Bueno, eso vamos a discutirlo después.

—Mirá, no te conviene tenerme ahí porque vas a tener un quilombo de entrada.

"Y ahí nomás le conté todo. Por suerte, Miguel me dijo que no era un problema grave y que después lo íbamos a hablar".

Durante las últimas noches antes del ataque, Teresa y Darío soñarían despiertos con un futuro lleno de felicidad. Las esperanzas de la joven pareja muy pronto se verán frustradas.

PREPARANDO "ALGO FUERTE"

Durante los primeros días del acuartelamiento, mientras se completaba la concentración, los combatientes ignoraban el objetivo de la acción y las tareas concretas que les corresponderían.

Silvia recuerda que, para entretenerse, "jugábamos a las cartas, al ahorcado y la batalla naval. Nos hacíamos jodas pero siempre hablando bajito. Estaba en una habitación con mi grupo, pero no podíamos ir a otras, ¡porque estaba todo lleno!

"A veces podía ir a la cocina donde los compañeros que venían del monte tucumano nos contaban cómo cocinaban allá. En los primeros días, y por una sola vez, me tocó hacer la guardia en la ventana del frente. Había un arma allá y el que dejaba la guardia te la daba a vos. Aunque había momentos en que francamente nos pudríamos, teníamos conciencia de que estábamos allí para algo muy importante".

El 19 de diciembre, dos días antes de la primera fecha prevista para el ataque, los jefes de los nueve equipos les informaron al personal a su mando del objetivo planeado. María se enteró por el sargento "Tino" de que "vamos a hacer algo muy importante para la gente, para el pueblo. ¡Vamos a recuperar armas de un batallón del Ejército para la Revolución!".

"En un cuaderno estaba dibujado el mapa del cuartel, y lo primero que tuvimos que hacer fue memorizar la planta del 'Viejobueno'. Luego nuestro oficial nos explicó lo que iba a hacer cada uno, cosa que

tuvimos que estudiar detalladamente. A cada rato nos tomaban examen: dónde quedaba esto, dónde aquello, qué colectivos pasaban y a qué zona iban (por si teníamos que rajar y tomar algún transporte)".

María debía ingresar a la Compañía de Seguridad y llegar a la salita de enfermería. "Los compañeros entraban hasta el fondo y me dejaban con la camioneta ahí. Yo tenía que ir a la enfermería y quedarme solita esperando, porque en ese lugar juntarían a los soldados conscriptos y suboficiales, que tendría que custodiarlos yo, mientras en la Plaza de Armas un *colimba* nuestro daría una arenga acerca del porqué de la acción. Por una ventanita podría ver la Plaza [de Armas] y además tendría un *walkie-talkie* para conectarme con los de afuera por si necesitábamos algo".

El Tata y el "Hippie", que trabajaba en el aparato de Contrainteligencia del PRT-ERP, entrarían al cuartel por los fondos. Lo harían en la cabina de un camión, vestidos con uniformes de oficiales del Ejército, para lo cual el Hippie se había tenido que cortar el pelo bien cortito, lo cual fue motivo de algunas burlas. En la caja del camión irían otros quince insurgentes.

Para tirar abajo el portón principal del Batallón se pensaba utilizar una topadora conducida por dos militantes platenses: el sargento "Manuel" y "Juan" o "Pedro".

El sargento Manuel era un muchacho de 27 años de edad, de fuerte complexión física, cabello castaño claro y bigotes. "Provenía de una familia de clase media de La Plata, y había jugado al rugby. Se incorporó al Partido a mediados de 1972 y yo lo conocí un año después, cuando militábamos en el Frente Legal", recuerda un ex miembro del PRT. "En 1974 integró el Secretariado de la zona La Plata-Berisso-Ensenada como responsable de Legal, junto con Jorge Arreche, Daniel De Santis y otros compañeros. "Se casó con una militante del Partido y tuvo dos hijas. Antes había tenido otro matrimonio del que nació su primer hijo, al que le puso de nombre Federico, por su hermano menor, quien años después sería el líder del grupo de rock Virus".

El verdadero nombre de Manuel era Jorge Horacio Moura. Trabajaba como transportista (era camionero de Sasetru) y quizá por eso se lo eligió para conducir la topadora. Varios días antes del operativo, Jorge invitó a su hermano y su novia para que, junto con sus hijos Fede, Clarisa y Lucía, diesen una vuelta en el auto de su padre.

"Salimos de City Bell, donde yo vivía, y fuimos hacia Buenos Aires donde dimos muchas vueltas por ahí. También fuimos por el Camino General Belgrano y pasamos frente al cuartel. Yo mucho después me di cuenta de que Jorge, como si fuera una salida familiar (yo era la novia de Fede), en realidad lo que estaba haciendo era un chequeo de la base militar".

Es probable, además, que Moura estuviese ensayando el ataque y que al pasar frente al Batallón haya dicho para sus adentros: "y justo acá doblo rápido, le pego al portón, y le paso por encima".

Al lado de Jorge Moura debía estar "Pedro", también llamado "Juan", nombre de guerra con el que participará del operativo en Monte Chingolo. Tenía 29 años, era casado y trabajaba como diseñador. Había estudiado Arquitectura, "pero tuvo poca militancia estudiantil", según un ex militante del ERP. En la facultad le tenían desconfianza, pues integraba el cuerpo de Bomberos de la Policía de la Provincia, "pero cosa rara para la época, los que estábamos en el Partido nunca desconfiamos de él".

"Lo conocí a Pedro debido a que comenzamos a reunirnos, los del Secretariado Zonal, en una casa en la que vivían tres chicas estudiantes, a la que íbamos *tabicados*, además de no conocer a quienes vivían en esa casa", recuerda D., un ex militante. "Pero éramos jóvenes al fin, y después de algunas reuniones Manuel [Jorge Moura] me dijo que me iba a presentar a una de ellas y me propuso que espiara por la cerradura, que nos hiciéramos trampa nosotros mismos. Yo no accedí pero *el bichito me picó*, y al poco tiempo, cuando ya conocía la ubicación de la casa, un día en que debía entrar a las 8 de la mañana y como había salido de trabajar a las 6, me dije que andar dando vueltas dos horas por la calle sería un problema de seguridad. Entonces fui a la casa a las 7 y no me atendió la persona que correspondía sino otra. Ambos tratamos de no mirarnos pero ya nos habíamos visto y para colmo nos conocíamos de vista del Comedor Universitario. Unos días después, la invité a tomar un café y bueno... hace veintiocho años que estamos juntos con S. Todo venía a cuento de que allí vivía Pedro, que era compañero de Lilian, otra de las chicas, con la que tuvo una hija de nombre Mariana. Era muy simpático, dicharachero y siempre tenía salidas no convencionales". Pedro o Juan, cuyo verdadero nombre era Osvaldo Enrique Busetto, integraba el Frente Militar y además de-

sarrolló un trabajo de inteligencia entre la oficialidad de la Policía provincial. Será secuestrado por una *patota* militar en setiembre de 1976.

El 22 de diciembre de 1975, el mando de la acción desistió de utilizar una topadora. Manuel y Juan serán, respectivamente, conductor y acompañante del camión Mercedes Benz que embestirá el portón del cuartel.

Dos amigos de Osvaldo Busetto también participarán en el ataque. Uno de ellos era R., un muchacho muy joven, que por tener que sostener a su familia no había podido ir a la escuela. Cuando Osvaldo era aún estudiante del secundario, lo invitó a R. a su casa para mostrarle uno de sus "tesoros": un disco larga duración con los discursos del Che Guevara. Cuando R. vio la foto de la tapa, preguntó: "¡Uy!, ¿y este qué cantante es?". Pedro llorará amargamente su muerte durante la batalla de Monte Chingolo.

Su otro amigo era un muchacho que pocos días antes había cumplido 21 años, aunque aparentaba 17 o 18. Era alto (medía 1,80 m), de unos 65 kg, piel blanca, cabellos negros y ojos pardos, y lo llamaban Yiyí. Antes de ingresar a la Facultad de Arquitectura de La Plata vivió en el Barrio Las Rosas (provincia de Salta) con Víctor, su padre, que era boliviano y trabajaba como guardiacárceles en la prisión de Las Rosas, y con Gabriela, su madre, chilena.

La "Gata" y S. llevaron por primera vez a Yiyí a un acto del PRT. "Estaba muy contento por haber ido, lo recuerdo muy alegre viendo nuestras banderas", recuerda la Gata. Sin embargo, fue Pedro quien incorporó a Yiyí al ERP.

Antes del operativo, Osvaldo Busetto le comentó: "Hay algo fuerte, ¿querés participar?". Aunque ya lo tenía decidido, Yiyí fue con su hermano mayor y lo consultó:

—Si alguna vez tengo una acción, ¿qué te parece? ¿Voy o no voy?

—Y, si estás convencido, tenés que ir.

Poco antes de acuartelarse, Yiyí fue a visitar (o en secreto, quizás, a despedirse) a sus antiguas amigas Gata y S. "Nosotras no sabíamos que estaba en el Frente Militar, y como él tampoco dijo nada, sólo tomamos el café como buenos amigos. Siempre que nos veíamos con Yiyí, nos decíamos, y esa vez también, '¡Qué ojos chiquitos que tenés!', con un cariño inmenso", recuerda, en medio de amargos sollozos, la Gata.

El nombre de Yiyí era Abel Santa Cruz Melgarejo.

Armas y pertrechos

El armamento llegó en varias tandas sucesivas. "Coco" y el "Oso" Ranier, choferes de Logística, fueron los encargados de su transporte a la casa de Ranelagh. Las armas, cuidadas y limpiadas constantemente, sólo serían distribuidas entre los combatientes momentos antes del ataque.

El sargento Darío llevará uno de los veintidós FAL con que contaban los atacantes. Otros guerrilleros portarán pistolones calibre 14 y unas treinta escopetas de uno o dos caños, algunas recortadas, calibres 16 y 12,70, obtenidas en su mayoría el día 17 de diciembre, cuando cuatro hombres del ERP asaltaron la armería Checchi Hnos. de Wilde.

Cuatro Batán, un Winchester, un Magnum, algunas pistolas ametralladoras Uzi, PAM y PA3 constituían parte del irregular armamento guerrillero. También había dos fusiles Mauser de cinco tiros, uno de los cuales lo llevaría Víctor Rafael Bruchstein, que integraba el Grupo 1 con el nombre de guerra "Julio".

Las mujeres estarían armadas principalmente con una docena de pistolas de 9 y 11,25 mm, además de sesenta granadas de tipo gelinita o Molotov.

"Estas granadas, muchas de ellas armadas por el Oso, eran improvisadas en potes de plástico de crema Pons, con una mecha para encender que sobresalía, metida adentro del detonante, y el detonante en el explosivo", recuerda uno de los atacantes. "Las mechas eran muy cortas, y las granadas las llevaban principalmente las compañeras".

Habría incluso combatientes armados con rifles deportivos calibre 22 de repetición o revólveres del mismo calibre, como por ejemplo la "Negra", de la posta sanitaria de la Unidad "Guillermo Pérez". La Negra aprendió a manejar las armas de puño con el armero del ERP, el mismo "Oso" Ranier. Imagine el lector la utilidad de este armamento durante un ataque con el enemigo atrincherado.

El arma de mayor poder de fuego que llevaba la guerrilla era una vieja ametralladora Colt con trípode, calibre 45, modelo del año 1928, que se pensaba emplear para la defensa del cuartel luego de su copamiento. Una de las tres personas a su cargo era una joven de 21

años, Mónica Silvia Lafuente, que integraba el grupo que debía copar la Compañía de Servicios (en ese sector, el ERP esperaba encontrar resistencia por parte de los militares). Apodada "Lucrecia", Mónica era buscada intensamente por las fuerzas de seguridad ya que había sido la pareja del teniente del ERP Rodolfo Luis Bledel (con quien tuvo un hijo), muerto el 30 de agosto del mismo año durante un enfrentamiento posterior al copamiento de la División de Informaciones de la Policía cordobesa, acción realizada el 20 de agosto por la Unidad "Decididos de Córdoba".

"En la casa yo aprendí a manejar una pistola", confiesa Silvia. "Allí adentro nos enseñaron a cargar y descargar, armar, desarmar y limpiar pistolas, escopetas y ametralladoras Halcón".

Para garantizar las comunicaciones, los grupos de ataque utilizarían equipos de radio CVN con antenas plegables. Algunos guerrilleros llevarían consigo efectos de sanidad y primeros auxilios. Por último, un combatiente sería el encargado de izar en el mástil de la Plaza de Armas una bandera del ERP con la inscripción "Unidad Guillermo Pérez" luego de finalizado el copamiento.

Las fuertes convicciones y la seguridad en la victoria hicieron que la guerrilla no se preocupara por pequeños detalles. Por ejemplo, ningún combatiente llevará casco protector, a pesar de que se esperaba encontrar resistencia en las compañías de Seguridad y de Servicios.

Una enorme confianza

Al postergarse el operativo debido a la situación creada por el alzamiento del brigadier Capellini, el capitán Miguel, siguiendo indicaciones de Benito Urteaga, mantenía a la Unidad "Guillermo Pérez" acuartelada en espera de nuevas órdenes. Reinaba la euforia entre los combatientes que en poco tiempo más se lanzarían al ataque. Uno de ellos confiesa que "estábamos todos nerviosos pero llenos de orgullo, ya que la acción iba a ser tan importante que íbamos a conseguir *fierros* para liberar no sólo Argentina, sino por poco a Latinoamérica entera".

Al atardecer del domingo 21, estando ya toda la tropa en conocimiento de que el día "D" sería el lunes 22 de diciembre, en la habitación más grande de la casa se reunió a la unidad guerrillera en

pleno. En la víspera del operativo vendría "alguien importante" a hablarles.

Silvia recuerda que "estábamos todos *apiñadísimos* en la habitación. Éramos como setenta. Estábamos sentados en el piso, bien apretados, mientras otros tuvieron que pararse alrededor. Había una gran expectativa".

Poco después, rodeado por Abigail Attademo y Hugo Irurzun, Mario Roberto Santucho, el legendario y máximo líder del PRT-ERP, ingresó a la habitación y en medio de un respetuoso y absoluto silencio comenzó a hablar en voz baja, pausada y tranquilamente.

"No fue una arenga. Hizo un análisis de la situación política para luego explicar el porqué de la operación", recuerda Darío. "Analizó la situación nacional e internacional y luego nos habló de la acción en sí, planteando la necesidad político-militar de desarrollarla".

Dijo Santucho: "Compañeros: esta es la operación guerrillera más grande en la historia de América latina. Más grande por su envergadura que el asalto de Fidel al cuartel Moncada.

Uno de nuestros objetivos es desmoralizar a las fuerzas armadas enemigas con una fuerte acción que los obligue a retrasar sus planes para tomar el poder. Además, el armamento que necesitamos capturar servirá para reforzar a la Compañía de Monte 'Ramón Rosa Jiménez' y consolidar una zona liberada en Tucumán. Por otra parte, esta acción será el bautismo para nuestro recién formado Batallón Urbano de Buenos Aires 'José de San Martín'.

Serán veinte toneladas de armamento que recuperaremos para la lucha revolucionaria en nuestra patria. Haremos honor a nuestras tradiciones revolucionarias luchando por la liberación de nuestro pueblo".

Según el jefe del Grupo 5, "luego de estas palabras, Santucho dio algunos rasgos generales de la operación".

"Era la primera vez que lo veía en persona", recuerda la Petisa María. "Después de hablar solo, algunos compañeros, siempre en voz muy baja, le hicieron algunas preguntas desde el punto de vista político".

—Comandante: ¿no es mal momento, tan cerca de Navidad, con un pueblo tan católico, para hacer un acto como este?

—En realidad, no —fue la respuesta—, al contrario. Como esta es una acción para el bien de todo el pueblo, ellos lo van a entender. El operativo hay que hacerlo, esta no es una excusa.

Antes de retirarse del cuarto, Santucho saludó uno por uno a todos los miembros de la unidad guerrillera.

Al anochecer, en una de las habitaciones que daba a los fondos de la casa, tuvo lugar una segunda reunión más pequeña entre Santucho, Irurzun, Miguel, Diego y los jefes de los grupos de asalto.

Según el testimonio de Darío, allí "terminamos de ajustar los detalles en el plan concreto para cada uno de los objetivos. Ahí también yo planteé el tema de los dos tanques de agua del cuartel, desde los cuales los milicos podrían abrir un fuego demoledor sobre nosotros. 'No hay tomada ninguna previsión para neutralizar las torres, y tampoco tenemos un plan de retirada para el caso de que por algún motivo falle la operación'".

Abigail Attademo explicó que el ángulo de tiro desde las torres no obstaculizaría el accionar de los diferentes grupos. "En el caso de las torres me dieron una serie de explicaciones técnicas que no me cerraban, ¡pero bueno!... 'después las hablamos', me dijeron. En el caso del plan de retirada, fue Santucho el que me dijo que si hubiera la más mínima posibilidad de que fracasara, esta operación no se haría".

Dos horas después de que el comandante en jefe del ERP e Irurzun se retirasen, el capitán Miguel lo buscó a Darío para preguntarle cómo se sentía.

—¿Te sentís bien? Quiero saber si estás en condiciones de hacerte cargo de tu grupo.

—¿Por qué?

—Mirá, lo que pasa es que los compañeros están preocupados porque notamos que había cierta falta de confianza.

—No, la confianza que tengo es absoluta. Es una cuestión técnica la que acabo de plantear, nada más.

"Y bueno, desgraciadamente la cosa quedó ahí", concluye Darío.

Sin embargo, el tema de las torres Norte y Sur no se explica. ¿Suponía acaso el mando del ERP que el franco decretado el día 22 por el coronel Abud incluía al personal militar a cargo de las ametralladoras pesadas localizadas allí? Conviene aclarar que previamente no existían puestos armados de vigilancia en los tanques de agua, por lo que el plan original de Ledesma no preveía acciones para neutralizarlos. Recordemos que, al mediodía del domingo 21 de diciembre, el general Harguindeguy advirtió al mayor Barczuk del inminente

ataque y que fue entonces cuando se decidió, entre otras medidas, la instalación de tres puntos fuertes, dos de ellos ubicados en la garita superior de las torres de los tanques de agua. "El jefe de la unidad, coronel Abud y su oficial de Operaciones, el mayor Barczuk (bajo la supervisión del comandante de Arsenales, general de brigada Oscar Bartolomé Gallino), pudieron planificar una contundente recepción que desbarató el intento de copamiento", opina el teniente coronel Jorge Luis Mittelbach.

Es probable que los grupos de chequeo del ERP no hayan detectado los bien disimulados puestos fuertes 1 y 2, ubicados en las altísimas torres Norte y Sur, por lo que Urteaga no esperaba la presencia de centinelas que pudiesen abrir fuego contra la unidad atacante desde allí.

"Si se hubiera planteado el tema de las torres, zanjas y trincheras en las reuniones [del Mando Estratégico] donde yo estuve, eso yo no me lo olvidaría", afirma Luis Mattini. "Ese tema no se trató y ahora, a la distancia, estoy seguro de que, además, el chequeo fue muy débil, muy flojo para semejante operación en su conjunto".

En concreto, la enorme confianza del Mando Táctico del ERP en el éxito del operativo le impidió tratar correctamente un tema tan sensible. No se implementó ninguna medida tendiente a neutralizar la amenaza de los puntos de fuego en los tanques de agua.

La última postergación

En la nueva fecha prevista para el ataque, el lunes 22, siguiendo las indicaciones preventivas de Sanidad para una efectiva atención de los eventuales heridos en combate, los guerrilleros del ERP comenzaron un riguroso ayuno: sólo podían ingerir líquidos.

Pasada la hora 14, de la casa de Ranelagh partió un vehículo con tres combatientes, que se detuvieron en las proximidades del cuartel. "Nos bajamos por ahí cerca y seguimos caminando", relata uno de ellos.

El conscripto "Patora" había informado de la existencia de varios árboles dispersos en el predio del Batallón, que podían ser de utilidad en caso de tener que protegerse del fuego enemigo. Sin embargo, el sobreviviente del grupo de chequeo asegura que "los árboles

eran *así* de finitos, así que ponerse detrás de esos arbolitos era lo mismo que nada.

"Otra cosa que no nos habían informado era que había toda una zanja a los costados del Batallón, y otras en sentido diagonal, en forma de peine, entre el Puesto 1 y la Guardia Central. Ahí me dio una *agarrada*, porque si pasa algo y tenemos que salir del camino principal, ¿cómo hacemos para pasar con los autos?", se preguntaba el ex combatiente.

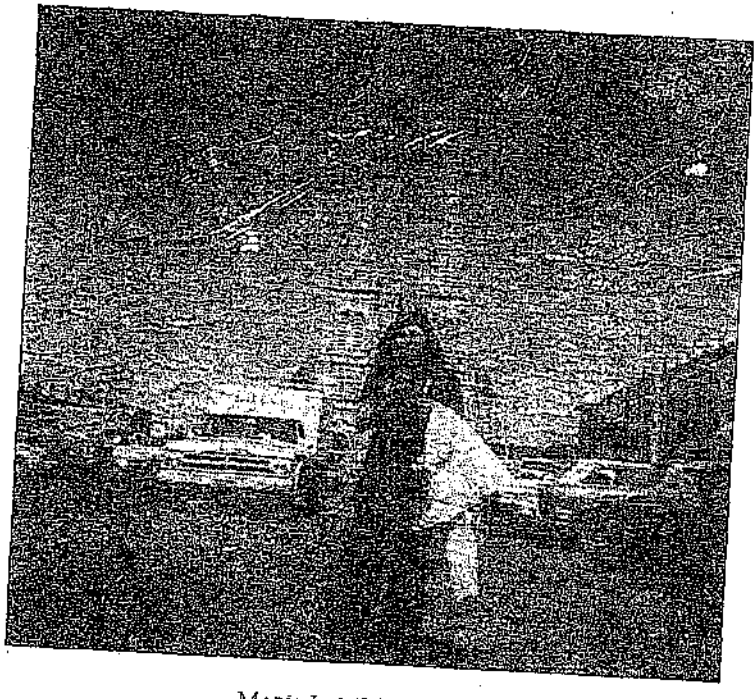
A pesar de las dudas, los guerrilleros confiaron en que no habría contratiempos durante el ataque. A su regreso, el grupo de chequeo coincidió con otros similares en informar de que las guardias del Batallón estaban notoriamente reforzadas, lo que llevó al Mando Táctico del ERP a postergar una vez más el inicio del operativo. En la casa de Ranelagh, los combatientes pudieron entonces romper el ayuno con su ya clásico menú de salchichas con arroz.

Algunos de los cinco combatientes que provenían de la Columna "Sabino Navarro" estaban inquietos y un poco alarmados por las posibles fallas y riesgos en el operativo. Dos de ellos afirmaron que "no nos parece bien, no vemos seguridad en la acción", y seguidamente, en vísperas del ataque, se retiraron del acuartelamiento. A pesar de la deserción de sus compañeros, los otros tres integrantes del grupo (Luis, Pablo y Martín) seguirán adelante con el plan hasta las últimas consecuencias.

El mando se comunicó de inmediato con Eduardo Escobar, responsable de la Juventud en la regional Norte-Oeste, para comunicarle que, junto a otro combatiente elegido según su propio criterio, tendría que incorporarse a la unidad acuartelada.

Al mediodía del día 23 de diciembre, iniciado un nuevo ayuno y pasadas ya dos postergaciones, a la casa de Ranelagh llegaron, *tabicados*, los dos últimos guerrilleros incluidos en la Unidad "Guillermo Pérez", en reemplazo de los dos ex montoneros que habían defeccionado el día anterior. Eran Eduardo Escobar y su joven esposa María Inés Marabotto, de apenas 16 años. Ambos irán juntos al combate, formando parte del Grupo 1.

El plantel quedaba finalmente formado por 81 militantes revolucionarios: cinco de Sanidad, 73 combatientes divididos en ocho gru-



María Inés Marabotto

pos, y los tres miembros del mando de la Unidad. A ellos se agregará un "comando especial", con cuatro integrantes. Su responsable será Hugo Irurzun, quien luego de organizar el doble anillo de contenciones alrededor del cuartel, tendrá como misión la captura del coronel Abud, jefe del Batallón 601.

Alrededor de las 15, luego de que los grupos de chequeo informasen acerca del supuesto relajamiento en las guardias del cuartel, Benito Urteaga ("Mariano") llamó a Santucho para comunicarle que las condiciones estaban dadas para el éxito del ataque. Después de recibir del líder máximo del ERP la autorización para proceder, Mariano se comunicó con el capitán Miguel y le dio la orden de que atacase ese mismo día, según el plan operativo previsto.

La reconstrucción de los hechos ocurridos en la casa de Ranelagh se basa en los testimonios de los ex militantes mencionados en el texto, en conversaciones con el autor.

Los datos sobre Rodolfo Luis Bledel están tomados de Eugenio Méndez, *Santucho*, Ediciones de La Toma, 1999. La opinión del teniente coronel Jorge Luis Mittelbach está incluida en *Todo es Historia*, nº 284, febrero de 1991.

Capítulo 7

Las cartas de Inés

"Hoy en el tren cantaba un niño con una hermosa voz para luego recoger el dinero que le daban. Lo hacía muy bien. Cantaba (sin acompañamiento musical) una zamba. Yo le dije que lo hacía muy bien. Se puso contento. Pensaba que cuando tomemos el poder, él iba a poder hacerlo para que sus amigos lo escuchasen. Se lo iba a decir para que tenga una esperanza, pero luego el niño desapareció".

Silvia Gatto

En diciembre de 1975, Silvia Ana María Gatto era una mujer de 24 años, aunque representaba algo más, con sus 1,73 m de altura y sus 64 kg de peso. Sus cabellos negros medianamente largos y sus grandes ojos de color café le habían ganado el apodo de "la Negra".

Al mismo tiempo que mantenía una actividad militante ininterrumpida, la Negra cuidaba de María y Segundo, los dos hijos que tuvo con su compañero Arturo Vivanco, quien entonces cumplía una condena en la cárcel luego de ser capturado al fracasar el copamiento del Comando de Sanidad Militar.

En esos días, Silvia Gatto mantuvo una asidua correspondencia con su compañero preso. A pesar de la fuerte censura carcelaria, las cartas de la Negra sobrevivieron, trayendo a nuestros días palabras de gran frescura y simpleza. Quizás ayuden a comprender, a través de la vorágine de su corta vida, el sentido de la militancia revolucionaria.

"Ella era la hija de una alemana de origen judío (la señora Rozenthal de Gatto) y su padre fue un músico italiano del sur, de pelo negro como el de Silvia", recuerda su ex compañero. "Una vez que para una acción le pusimos una peluca rubia, parecía una prostituta alemana, porque tenía rasgos de cara muy europeos y el pelo tan ne-

gro que en la cárcel le decían que parecía una terrateniente. Yo creo que por la cuestión política y su historia familiar, ella logra una especie de identidad con el país y con ella misma, asumiendo la Historia para transformarse en protagonista".

Se conocieron en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1970. Silvia cursaba Historia del Arte, y Arturo estudiaba Filosofía. Juntos habían participado de algunas actividades compartidas por varias agrupaciones de izquierda, como volanteadas en apoyo a la huelga de hambre de los presos políticos. Arturo ya militaba en el PRT, mientras que Silvia lo hacía en un comando independiente que, si bien apoyaba al ERP, "era bien crítico con el Partido". En una de esas acciones conjuntas, la Negra se apareció vestida con un poncho, y desde entonces Arturo solía llamarla "la Autóctona".

El grupo de Silvia lo integraban, entre otros, un ex militante tupamaro, un muchacho de San Luis (que tenía una estancia en aquella provincia, donde hicieron prácticas militares) y Oscar, un delincuente común que por "cuestiones técnicas" —por ejemplo, tenía buena puntería— fue incorporado a cambio de recibir un porcentaje de las "ganancias". Algunas de las típicas acciones "justicieras" de este comando consistieron en *apretar* a prestamistas y usureros. Les sacaban pagarés y otros documentos que enviaban por correo a los firmantes, con la indicación de no efectuar los pagos. Oscar fue atrapado por la policía y, a pesar de ser torturado con picana eléctrica, no *cantó* a sus compañeros.

El grupo rápidamente se disolvió. Mientras dos de sus miembros fueron a las FAR, Silvia quedó en tratar con Arturo las críticas ideológicas que el PRT le hacía al comando. "Como yo no era el más indicado para eso, el 'Mono' [José Luis] Castrogiovanni se encargó de discutir con la Negra, que termina incorporándose al Partido justo cuando yo paso al Frente Militar", recuerda Arturo.

El lunes fui al Hospital de niños y un hombre al ladito mío le preguntaba a la enfermera qué trámite tenía que hacer pues su niña se le había muerto hacía una hora. Otra señora con un pequeñín muy grave, pacientemente lo acunaba (probablemente un muerto más). Esto me hacía saltar lágrimas de los ojos. Todo episodio (viejos solitarios, niños

en los trenes, que el gordo esté jodido), y todas esas pequeñitas cosas que le pasan a una hacían que mi garganta se estrujara toda.

"Ella era medio un ejemplo de las virtudes del PRT, y ahora a la distancia, de las virtudes y los defectos del Partido", reconoce su ex compañero. "Era un poco esquemática, dogmática como eran las mujeres, totalmente entregada a la causa. Aguantó la tortura sin hablar. No me cantó cuando cayó en la época de Lanusse. Los canas tenían mi descripción física porque yo me había escapado, y ella aguantó la picana sin hablar.

Estaba siempre con los dos chicos colgando, y buscando casa, y haciendo un montón de cosas, que en general eran responsabilidades que los compañeros (la mayoría de los cuales eran varones) no tenían. Entonces, lo que aparece muy claro en sus cartas es el conflicto ese, la lucha permanente entre su rol de madre y su rol de militante revolucionaria".

Si en algún momento llego a separarme de mis niños no debes preocuparte, siempre los voy a dejar con alguien que los cuide bien. Hoy en día dadas las necesidades sucede a veces esto. A uno le duele por un lado, pero sabe por la otra parte.

Por eso uno de los sueños más lindos que tenemos los padres es lograr una zonita nuestra y allí educar a los chicos en el socialismo.

Pronto será, por lo menos cada vez estamos más cerca.

"Antes de caer, dos meses antes de Monte Chingolo, el 'Nono' Del Rey me dijo que la Negra participó de la escuela de cuadros del Partido, para formar oficiales. Se graduó como teniente. Hizo tan bien el curso que la eligieron como abanderada de la promoción".

Sin embargo, cuando llegó el momento de incorporar a Silvia al Estado Mayor Central, en la jefatura de Personal se planteó el problema de que era muy joven, y además: ¿cómo la Negra iba a cumplir funciones de capitán teniendo el grado de teniente?

"Al no saber qué hacer, le plantearon el tema al Negro Santucho, y la respuesta de Roby fue tajante: 'La Negra va a cumplir las funciones de capitán aunque sea joven y aunque tenga el grado de teniente'".

A partir de su ingreso al Estado Mayor Central del ERP, a Silvia Gatto se la conoció como la teniente Inés.

"Entre marzo y abril de 1975 estuvimos juntas en la escuela militar del ERP. Éramos las dos únicas mujeres. Ella era alta, morena, de nariz recta, delgada, muy guapa. Ahí ya tenía el pelo cortito (en la cárcel lo tenía muy largo). Yo me sentía muy bien con ella. Después de la escuela sé que participó en el secuestro del ejecutivo de Isaura, Domenech", confirma una ex militante.

Estoy atravesando en estos momentos un período importante en mi trabajo. Toda nuestra gente, nuestro pueblo está sangrando mucho, empeñados en lograr el objetivo definitivo. Es como ese hombre que contás vos, así muchas cosas. Cada uno da un poco y muestra que eso es lo que hace invencible nuestra causa.

Me gustaría conocer a mis hijos más y poder también estar algunos añitos con ellos.

"La Negra viajaba mucho. Estuvo en Tucumán, con nuestros dos hijos. Allí trabajó con el 'Pelado' Tumini, el 'Tordo' Debenedetti y otros compañeros, antes de que caiga toda la Dirección Regional. Además, como yo tengo familia en Tucumán, ellos me dijeron que veían a la Negra de vez en cuando".

En las estructuras organizativas revolucionarias, el área Fuerzas Armadas (llamada también "Ejército enemigo"), por una cuestión ideológica, dependía de la Jefatura de Personal. En ese sector se concentraba la actividad de la teniente Inés.

"También viajaba a Córdoba; yo sé que trabajaba allá con el Gringo Menna. Supongo que él estaba en la Dirección Nacional, en Personal, creo. La Negra militaba mucho más en Buenos Aires. En un momento se ve que ella lo reemplaza. Se pasa a la Jefatura de Personal Nacional, poco tiempo antes de Monte Chingolo".

Domingo Menna asumía en ese momento la Secretaría de Organización del Buró Político.

Mi amor, cuánto te amo. Extraño más que nunca tus brazos. También quiero decirte que estés tranquilo conmigo, ando bien y avanzo con firmeza. Soy cariñosa con vos. Pero estoy más dura que un roble.

"La Negra era desconfiada, muy buena para Personal, y muy intransigente. No concedía nada a nadie", afirma Arturo. Poco tiempo después, Inés ya era responsable nacional de Personal.

Ellos son lo que más quiero en la vida, junto con vos. Son muy puros e inocentes. Yo quisiera recordarte, quizás con demasiada insistencia, que quiero que siempre te preocupes mucho por ellos. Y quizás más, mucho más, si algún día yo llegue a faltar. Esto me dejará más tranquila. Creo que a María le podrías escribir haciéndole dibujitos. De esta manera ellos te entenderían. Ella te espera siempre, en cada carta, en cada lugar. En mi cariño.

En nuestra patria hay muchos chicos que sufren mucho, que el hambre, el frío, la suciedad los azota diariamente. Por eso nuestra firmeza debe ser como el acero, en bloque inquebrantable. Se espera mucho de nosotros y debemos darlo Todo.

Me alegro del amor que te tengo y me alegro del amor que me tienes, me alegro de tu firmeza y me alegro de tu confianza. Me alegro de tener estos dos hijos contigo y me alegro de tu sonrisa. Me alegro porque triunfaremos y por la confianza del pueblo.

Cuando fue secuestrado el capitán Munarriz, responsable nacional de Logística del ERP, a raíz de una información entregada por el Oso Ranier, la Negra tuvo que abandonar por primera vez su casa, ya que ambos militantes se conocían.

Munarriz fue llevado al centro piloto "Puente 12", donde desde finales de 1974 se comenzó a experimentar la metodología represiva de secuestro, tortura, desaparición que, a partir del golpe militar de 1976, se implementaría masivamente en el país.

Poco después de la caída del responsable de Logística, Silvia Gatto regresaba a su hogar para festejar el cumpleaños de su hija, cuando unos vecinos (que supuestamente ignoraban su actividad política) se le acercaron para avisarle: "No entrés que te están esperando. ¡Es una ratonera!". La Negra se vio forzada a pasar a la clandestinidad.

Para colmo, en la causa judicial iniciada por el copamiento del Comando de Sanidad, se deslizó una equivocación que la perjudicó aún más. El gran parecido de la Negra con la compañera de Gabriel Debenedetti (detenido durante el operativo) generó una confusión por la que Silvia Gatto aparece directamente implicada en la causa.

Además, a la casa de la Negra (en la localidad bonaerense de Pacheco, cerca de la fábrica Ford), se la confunde en el documento citado con el domicilio de Gabriel y su compañera.

Teniendo en cuenta que Silvia no recortaba en lo más mínimo su actividad militante a pesar del gran riesgo que corría, algunos compañeros intentaron que actuara con mayor precaución: "Con gran dolor le tuvimos que decir que se cuide más".

A pesar de que sea contradictoria con mi práctica, soy una madre sobreprotectora. En lo concreto los niños sufren muchas cosas. La principal, no me tienen casi nunca. Por otro lado temo por ellos y cuando puedo trato de entregarles el mayor sentimiento que puedo. Somos verdaderos amigos. Me preocupa cuál será su destino si yo no estoy.

María lo que más quiere en el mundo es a mí y a Segun. A Segun lo adoro. Tienen que vivir siempre juntos. Es el deseo más grande que yo tengo como madre.

Recuerdo tu mirada. Tus manos. El cariño con que me mirabas aquella tarde en Devoto. El amor profundo. La alegría de tenernos. Nuestra vida. La decisión de tener a María, la lucha, las ganas de una vida mejor en una Argentina distinta. Recuerdo nuestro objetivo final.

[...] La única preocupación tuya si me pasara algo a mi alguna vez debe ser por los chicos.

En lo demás debes pensar con alegría y amor. Tu negra que te quiere mucho.

En diciembre de 1972, Silvia Gatto y Daniel Loreiro fueron apresados por la policía mientras realizaban un traslado de armas en un auto robado. A pesar de que fueron torturados, ninguno de los dos delató a sus compañeros.

"Era una época dura, pero ya venía el proceso que iba a terminar en unos cinco meses después con Cámpora en el gobierno", dice Arturo Vivanco. Los dos militantes capturados fueron llevados a Devoto.

"Ella llega a la cárcel en una época todavía un poco dura y le mantienen la incomunicación durante diez días más. Finalmente, mi hija más grande, que tenía más de seis meses y estaba conmigo, la va a visitar a la cárcel. Y la Negra, cuando termina la visita, no la quería soltar a nuestra hija". Tan fuerte fue el abrazo de Silvia, que las celadoras trajeron a la Brigada de Gases para separarlas por la fuerza.

SILVIA GATTO ("INÉS")

"Por un lado, es muy lindo que no quiera soltar a la hija, y por el otro lado muestra la inteligencia con que se movió, porque ella lo que pretendía en realidad era que le dieran ahí mismo una entrevista con la asistente social. Bueno, lo consigue, y negocia que ella entrega a la hija si le prometen que en menos de una semana resuelven todos los trámites burocráticos (que llevaban mucho tiempo), para que María, por ser menor de un año, pueda entrar 'fija' al pabellón de Madres".

Antes de que transcurriera una semana, María ya estaba adentro con su madre. La fama que Silvia Gatto ganó entre las presas con esta pequeña victoria la hizo al poco tiempo delegada del Pabellón 49, el de las madres.

Nuestros hijos están muy preciosos y buenitos. Sé que si llego a vivir unos añitos más los vamos a formar buenitos, socialistas, y buenos fundamentalmente.

Mi gran incógnita es todavía qué hacemos con los chicos, si a mí me pasara algo. Es casi como si me sacase esa responsabilidad. No porque quiera sino porque no sé todavía cómo solucionarlo. Sólo quisiera, eso sí, que estén juntitos, que no se separen. [...] Lo dejo un poco a tu decisión. Medio individualista quizás el planteo. Hay mucha gente buena. Sólo no sé quién pueda tener chicos juntos.

"Ella era medio supersticiosa. En los días previos [al copamiento de Sanidad], la Negra tiene un comportamiento con muchas preguntas, digamos, inquietantes, que no se correspondían a su responsabilidad política. En esa época ella era la responsable de la zona Norte y yo era el responsable militar, que 'valía' menos. En Sanidad tenía que participar yo porque era varón. Y ella hacía una cantidad de preguntas y tenía una serie de comportamientos anormales que no entendía. Yo pensé que eran por celos y después me di cuenta que ella, en realidad, estaba segura de que yo iba a caer en la acción, tal como sucedió".

En los días previos a ese copamiento, Silvia acompañó a Arturo todas las noches a la Capital. "Yo después la dejaba para ir a chequear el cuartel, porque no se lo podía mostrar. Ella, a pesar de que estaba muy cansada, me acompañaba para viajar conmigo (desde nuestra

casa en Pacheco), nada más. Con la vida que hacíamos y con los dos chicos encima, era una locura, y siempre lo hacía".

Faltando poco tiempo para el asalto al Batallón de Arsenales 601, las cartas de Inés reflejan la buena noticia de que "yo pueda recuperar la libertad y que el país se pueda pacificar de acuerdo a la creencia que tenía el PRT [con referencia al ofrecimiento de un armisticio por parte del ERP], y por otro lado, esa especie de premonición supersticiosa de que ella podía morir. Hay un conflicto infernal, en las últimas cartas, de esas dos tendencias divergentes: la alegría por la que yo pueda salir y al mismo tiempo la certeza de que ella pueda morir en el intento".

Un brujo le dijo a una amiga que yo tenía mala suerte. No lo creo.

Hoy soñé que me iba a morir dentro de tres años. No puedo hilar por qué pude haber soñado algo tan absurdo. Ojalá durare tanto.

"En las últimas cartas aparece crecientemente el tema de la muerte y qué pasa con los chicos. Incluso llega a un punto que a mí me preocupa, en el sentido de que teóricamente no era lo correcto, en esa época y para un cuadro de gran responsabilidad como lo era, hablar tanto de la muerte. En ese contexto, ella siempre había hablado del Partido como quien se tenía que ocupar de los chicos".

El otro día charlando con unos compañeros les decía, que lo único que me gustaba, y aparte de gustarme creo que es lo justo, que si me pasa algo a mí, los dos niñitos sigan juntos. Que no los separen.

La teniente Inés participará de los combates en los alrededores del cuartel "Domingo Viejobueno". Arturo dijo que "aunque ignoro cuáles habrán sido las necesidades del Partido, creo que la Negra fue convocada según los criterios de que en la acción participen muchas mujeres y la gente más firme, y que de vez en cuando combata el personal que se encuentra en tareas de dirección, ya que el PRT-ERP era un partido de combate.

Poco antes de Monte Chingolo, la Negra en una carta hablaba de los puentes sobre el Riachuelo: *Hoy están, mañana por ahí no están más* dice, como una alusión directa de que los van a volar".

El 12 de diciembre de 1975, pocas horas antes de partir hacia la concentración, Inés escribió sus tres últimas cartas de despedida a su compañero de toda la vida, a sus hijos, María y Segundo, y a su madre.

En un barcito de Villa Crespo, Arturo Vivanco me mostró esas tres hojitas. A la primera de ellas la guardaba como el más preciado tesoro. Con gran cuidado, a pesar del temblor en sus manos provocado por la emoción, me entregó una servilletita de confitería doblada en dos. Al abrirla pude leer un breve texto escrito por Silvia de un solo tirón y a las apuradas, tal como fue su vida.

Un grave presentimiento obligó a la teniente Inés a escribir estas cartas. Tratándose de aferrar a la vida que se le escapaba, la Negra dejó a sus seres queridos un último testimonio de sentimiento y lucha:

Mi más grande amor: Te quiero y te quise siempre como el amor más preciado. He aprendido muchas cosas de vos. Sobre todo tu audacia.

Quiero que te ocupes de los chicos, que decidas.

Te amo y te amo. Como decía Fucik: "he vivido por la alegría, por la alegría he ido al combate, por lo alegre muero; que nadie recuerde mi nombre con tristeza".

Te amo. AVOMPLA.

Negra.

Mis queridos chiquititos: lo que más adoro en el mundo. Su mamá los quiere mucho. El papi algún día volverá y los cuidará. Por ahora su mami se va lejos; les recuerda que hay que ser buenitos, obedientes, muy buenitos. Los quiero. Mami.

Mami: si yo no vuelvo es porque mucha gente sufre y necesita que rápidamente sus hijos se dejen de morir, que no sufran más hambre, insulto después.

Yo a mis hijos realmente los quiero con toda mi alma. Lo único que deseo es que estén juntitos y que se los críe bien. Sin egoísmos. De esto decidirá Arturo y los compañeros del Partido con quien deben criarse. Un gran abrazo, gracias por todo. Negra".

Pocos días después, el 23 de diciembre, Silvia Gatto partió a su último combate en defensa de sus ideales.

El texto, parafraseado por Silvia en una de sus últimas cartas, es: "Por la alegría he vivido, por la alegría he ido al combate y por la alegría muero. Que jamás la tristeza sea asociada a mi nombre". Corresponde al *Reportaje al pie del patíbulo*, escrito en una prisión nazi por Julius Fucik, comunista checoslovaco.

Las siglas AVOMPLA corresponden a "A vencer o morir por la Argentina", consigna de guerra del ERP.

Capítulo 8

Las operaciones periféricas

Los mandos enfrentados

Luego de las dos postergaciones, en la tarde del 23 de diciembre, el Buró Político del PRT-ERP, que tendría a su cargo la responsabilidad estratégica de la operación, se concentró en una casa de la localidad de San Martín, en el Gran Buenos Aires. Estaban presentes Mario Roberto Santucho, Domingo Menna, Manuel Carrizo, Luis Mattini y Eduardo Raúl Merbilhaá (miembro adjunto del Buró Político).

"Había un contacto telefónico, ¡simplemente un teléfono!, con Benito Urteaga. ¡Imaginate, un aparato de la telefónica argentina de aquellos años! Todo lo que se hablaba en esa línea era en código, un código inventado por nosotros mismos, pues no se podía hablar libremente ya que los teléfonos estaban pinchados por todos lados. Entonces, el vínculo entre la Dirección Estratégica y el Mando Táctico era *comunicacionalmente* muy débil. Nosotros, al mismo tiempo, teníamos puesta la radio para ver qué pasaba", recuerda Luis Mattini.

El Mando Táctico, dirigido por Benito Urteaga, se instaló en un departamento del barrio de San Telmo, en Perú 1330, donde vivía "Silvia II", esposa del abogado y economista Héctor Fernández Baños, profesor en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires y protagonista de una poco frecuente fuga en tiempos de la dictadura de Videla, que sin embargo no impedirá que sea uno de los miles de detenidos-desaparecidos.

"El departamento estaba ubicado en una casa antigua de cuatro o cinco pisos. Había dos departamentos por piso. Lo alquilábamos con mi compañero Héctor Baños y la garantía la había puesto Alejandro All", recuerda Silvia II. Se trataba de un dos ambientes (comedor y

dormitorio) con una cocina "hecha polvo", Tras el pasillo de entrada, a la derecha, estaba la sala donde se reunió el equipo de Urteaga. "Nos informaron que había que *destabicar* la casa. Algunos compañeros iban a venir abiertamente y otros, *tabicados*. No sabíamos del operativo, pero ahí nos dimos cuenta que todo esto era para una acción importante. Estaba con mi compañero y mi hijo que tenía tres meses, cuando empezaron a llegar".

En un clima de nerviosismo "por las dos veces que se iba a hacer la acción y se levantaba", fueron llegando por la tarde al departamento Benito Urteaga ("Mariano"), Juan Mangini (capitán "Pepe", responsable de Inteligencia), Carlos All (el teniente "Alejandro", también conocido como el "Cuervo"), Nélida Augier ("Pola", responsable de Contrainteligencia) y Cristina María Zamponi (la "Tana"), entre otros. En total eran ocho militantes. "Había otro responsable del Estado Mayor entre ellos".

Silvia II se sentía muy molesta: "Estaba muy mal porque tenía a mi hijo que era casi recién nacido y cuando se hizo el plan de fuga, que era lo primero que se hizo, éste no garantizaba la salida del bebé y sí de los mandos. Primero los mandos".

Sobre una amplia mesa estaban desplegados tres grandes croquis: uno del Batallón 601, otro del Gran Buenos Aires y el último, de La Plata con sus alrededores, todos ellos con los objetivos militares claramente señalados.

Para recibir la información operativa, además de varios *walkie-talkies*, disponían de una "centralita de radio" que no solucionará la gran dificultad para conectarse con las unidades de combate.

"Lo que había hecho Benito Urteaga era un servicio de enlaces, de mensajeros, bien organizado. El mensajero era personal de la organización que iba al lugar y volvía trayendo información. Se conectaba verbalmente y no era una tarea fácil, pues no se desplazaba por el campo sino por el Gran Buenos Aires, con motos, autos o distintos medios. Sumado a que algunos de los equipos técnicos de comunicaciones fallaron y otros no funcionaron bien, podemos decir que uno de los puntos más flojos fueron las comunicaciones", afirma Luis Mattini.

"Había gente que entraba y salía, y yo estaba extremadamente angustiada porque a esa casa no la conocía nadie, salvo Pepe y Alejandro", dice Silvia II.

Mariano, Pepe, Alejandro, Pola y el otro responsable del Estado Mayor "se vistieron con gorros y uniformes verde oliva, y luego hicieron una formación militar al lado de la mesa. Estaban en posición de firmes frente a Urteaga que, muy serio, les hizo la venia, mientras el resto de la formación le devolvía el saludo", recuerda una testigo presencial. La descripción de la escena despertó la hilaridad de varios ex militantes perretistas, presentes durante la grabación del testimonio. "Hicieron la venia y hubo un taconeo —agregó entre sonrisas Silvia II—, ¡me pareció increíble! Y ahí es cuando se dispone el plan de fuga en el orden de prioridades".

Urteaga debía llamar personalmente a Santucho cada quince minutos. Luis Mattini recuerda que "su primera llamada, a la caída del sol, fue muy escueta". "Se lanzó la operación", dijo Urteaga. Eran las 18.30 del 23 de diciembre.

Por su parte, el Ejército Argentino puso en acción su cadena de mandos para la represión del ataque. El general Jorge Rafael Videla se instaló con sus oficiales en la sala del Comando en Jefe del Ejército, en el edificio Libertador. El futuro dictador seguirá los desplazamientos de efectivos y las instancias decisivas del combate a través de las anotaciones que sus ayudantes, basados en los informes del Primer Cuerpo de Ejército, efectuarán periódicamente sobre un gran mapa del teatro de operaciones que colgaba sobre el pizarrón de la sala.

El inicio del ataque principal sorprendió a Videla en un vino de honor ofrecido al periodismo acreditado ante el Ejército, por lo que debió disculparse y abandonar el Salón San Martín para dirigirse a la sala del Comando en Jefe. Desde allí hará emitir por radio las órdenes a cada una de las unidades que participarán en la acción. Videla y su Estado Mayor tendrán la responsabilidad estratégica, mientras que los generales Albano Harguindeguy (al frente del Primer Cuerpo, del que era segundo comandante) y Adolfo Sigwald (comandante de la Décima Brigada de Infantería) constituirán el mando táctico.

En el marco operativo, el mayor Alespeiti del RI 1 "Patricios" y el teniente coronel Minicucci del RI 3 "General Belgrano" atacarán las contenciones guerrilleras dirigidas por Hugo Irurzun, mientras que el coronel Abud quedará frente a frente con Abigail Attademo (el ca-

pitán Miguel del ERP) en los amplios y expuestos predios del Batallón de Arsenales 601.

En una *casa operativa* del barrio de Belgrano, en la calle Superí, estaban concentrados varios cuadros relacionados con la Logística de la operación. Federico Gertel, la teniente Erica, el médico teniente Manolo (el "Loco"), que provenía de la Compañía de Monte, eran algunos de los militantes que controlaban las distintas áreas de la logística erpiana: documentación, armamento, sanidad y transporte.

Reino Hietala cuenta que "desde que llegué a Logística Nacional, entonces bajo el mando del capitán Munarriz, yo me había opuesto enérgicamente a que el personal de Logística participara en acciones de cualquier tipo. Esto dio mucho que hablar, porque si [...] era una estupidez arriesgar infraestructura [...] por la eventual caída en una volanteada o en un desarme, al mismo tiempo se me decía que no era posible que hubiera combatientes que no tuvieran fogueo alguno. Esto no era exactamente así, porque nuestro personal intervenía en traslados o en entregas que se hacían, a veces con muy fuerte defensa armada.

De todas maneras, la teniente Juana recibió la orden de concentrar a gran parte de nuestro personal en una casa del sur de Buenos Aires. Juana era una cordobesa menuda que llegó a Capital por razones de clandestinidad y que me fue 'adjunta'. Ella tenía un grado mayor que el mío (yo era sargento) pero no una tarea específica, por lo que quedó flotando en Logística Nacional sin tareas muy concretas [...]. Juana vivió con su pequeña hija Soledad en nuestra casa de Derqui hasta que la vivienda cayó como resultado de una *punta* que el Oso había traído a la sección Automotores.

Cuando se produce la caída de nuestra casa de Derqui, Juana (con la que yo tenía una magnifica relación) quedó coordinando nuestros contactos en Logística Nacional, más que nada como prolongación del Turco Martín. Nuestra sección (el rejunte de gente de Logística Nacional) [...] tenía por misión realizar varias acciones de *diversión* [es decir, de distracción]. Sin embargo, la sección no intervino porque, estando acuartelada, nadie pasó a buscarla. Además, yo no había llegado a la cita para el acuartelamiento, por lo que mi ausencia fue doble", confiesa Reino Hietala.

Los cañitos

El operativo de Monte Chingolo comenzó con acciones tendientes a distraer el mayor número posible de fuerzas policiales en la Capital y la provincia de Buenos Aires.

Los *caños* llegaron desde la regional Sur a la zona de Remedios de Escalada y fueron luego repartidos entre distintos grupos. "Algunos de los que estábamos ligados al servicio de Inteligencia teníamos que organizar pequeñas tareas de distracción de la policía poniendo *caños* en restaurantes y *night-clubs*", recuerda Silvia II.

Cristina Zamponi, perteneciente a la sección Análisis del aparato de Inteligencia del ERP, integró uno de aquellos grupos. Cada uno estaba formado por una pareja elegantemente vestida: el compañero, de *smoking* negro y ella, con un impactante vestido largo. "Hasta me había pintado las uñas para despistar", recuerda Cristina. "No eran *caños* de verdad. Eran unos paquetitos chiquitos de los que sobresalían unos cablecitos y unas pilas; adentro, nada. Queríamos producir una desbandada de gente para que acudan móviles de la policía". A cada pareja se le asignó una zona "distinguida" de la ciudad, donde la amenaza a símbolos de la opulencia convocaría inmediatamente a las fuerzas policiales para su salvataje.

"La cosa empezó por la tarde. El primer *cañito* lo dejamos en el restaurante más lujoso que vi en mi vida, 'El Repecho', muy frecuentado por milicos de alta graduación". Mientras la Tana se dirigía al baño, el compañero se sentó en la salita de espera del restaurante. "Dejé mi *cañito* en el lavamanos y como no podías salir corriendo, me tuve que sentar con el compañero, hicimos como que discutíamos, yo salí 'indignadísima' y él salió corriendo detrás de mí. El segundo *cañito* lo pusimos en el baño de un restaurante que tenía los asadores metidos detrás de vidrieras grandotas. Creo que era 'La Estancia'. Recuerdo que, en el hall de entrada, el mostrador estaba lleno de grandes cajas de frutillas con crema.

"También entramos al Hotel Alvear, pero nos tuvimos que retirar por la gran cantidad de preguntas que en el hall nos empezó a hacer el conserje. El Hotel Sheraton también tuvo que ser descartado, porque cuando íbamos con nuestros *cañitos* hacia los salones superiores, notamos que en el ascensor había una cámara. Era difícil desplazar-

se de un lugar a otro porque era un quilombo de gente, así que después de poner tres *caños* (yo tenía todavía dos más en el bolso), miramos la hora. Entonces el compañero dijo que el tiempo ya había pasado y no había necesidad de seguir. Era casi de noche cuando nos tomamos un taxi y nos fuimos".

Un año y medio después, la Tana Zamponi quedará involucrada en una situación trágica. Cristina era la esposa de Javier Ramón Cocoz, el teniente "Pancho", jefe de Inteligencia del ERP luego de la caída del capitán Pepe, ocurrida cuatro días después del golpe de 1976. El 11 de mayo de 1977, Pancho fue herido y secuestrado por militares del Batallón 601 de Inteligencia. Después de soportar en silencio durante veinte días los interrogatorios a que lo sometieron, Cocoz es derivado al famoso "Gastón" o "Vargas" (el capitán Héctor Vergez), quien luego de poco más de una semana obtiene un acuerdo: el militar se compromete a sacar del país a Cristina Zamponi y a su hijo a cambio de información.

Vergez, ex jefe de la tercera sección de operaciones especiales del campo de concentración La Perla, y uno de los jefes del Destacamento de Inteligencia 141 del Tercer Cuerpo de Ejército, se presenta con una patota el 11 de junio en la casa de la Tana. La obliga a sentarse para explicarle que en poco tiempo deberá viajar a Europa con su hijo. En ese momento suena el teléfono. Es Javier Cocoz, quien para gran sorpresa de Cristina (que lo daba por muerto) le dice "Soy Pancho, estoy bien. ¿Cómo está Raúl [su hijo]? Esto es el fin, ha caído todo. Confiá en ese militar".

Según muchos testimonios, Vergez fue (junto al comisario inspector Pedro Telleldín) el creador del Comando Libertadores de América, que hizo su aparición pública en setiembre de 1975 con el asesinato de un grupo de estudiantes cuyos cuerpos fueron arrojados en el camino a Despeñaderos. Una ex detenida por razones políticas, Graciela Geuna, además de haber sido torturada por "Gastón", escuchó a éste jactarse frente a varios detenidos de haber asesinado a los padres y a dos hermanos de Mariano Pujadas (una de las víctimas de la masacre de Trelew). "En otra oportunidad, Vergez ordenó a un grupo de prisioneros ponerse en fila en el pasillo de [el campo de detención] La Ribera, ametrallándolos personalmente".

Las visitas de Gastón a la Tana se vuelven frecuentes. Ahora Vergez se hace llamar "Rodolfo". En una de estas visitas le entrega una carta de Pancho para "Pimi" y "Pulu" (su esposa e hijo), con dibujos de bichitos, los "pimis", y unas pocas palabras de despedida: "Seguí mi consejo y buscá un nuevo papá para Pulu".

Aprovechándose del cataclismo emocional que sacudía a la mujer indefensa, Vergez se las ingenió para mantener relaciones íntimas con ella. Lo que se dice "un caballero".

Por fin, llega el 9 de julio de 1977, fecha del vuelo a Europa. Vergez acompaña a Cristina y a su hijo a Ezeiza. Antes de la partida, la guerrillera escucha estupefacta cómo Rodolfo (que en su libro *Yo fui Vargas* describirá a la Tana como "cuadro subversivo", pero también como "muy bonita"), con lágrimas en los ojos, le propone: "Vayámonos a Brasil juntos".

Luego de recibir el llamado telefónico confirmándole que su esposa e hijo están a salvo, Pancho empezó a *cantar*. Entre lo que *entregó* estaban varios colaboradores de la organización y su archivo de inteligencia. Sin embargo, no delató a ningún militante del ERP.

Años después, perseguido por un furioso taxista que quería arreglar cuentas con él, Vergez corrió con sus características botitas de equitación hasta una remisería de la calle Rosario al 800 en la Capital, donde pidió permiso para quedarse "hasta que pase el temporal". Uno de los choferes, al reconocerlo, le espetó: "Cuando te la tenés que arreglar solo ya no sos tan guapo como antes, ¿eh?". Vergez escondió el rostro y no respondió.

Durante el atardecer del 23 de diciembre de 1975, las parejas del ERP colocaron aproximadamente una docena de *caños* en distintos lugares, como la lechería La Vascongada de la calle Carlos Calvo, una concesionaria de automotores en Villa Devoto y en una concurrida esquina de la avenida Leandro N. Alem.

Hostigamiento y distracción

Entre tanto, una escuadra de la Compañía "Juan de Olivera" iniciaba hostigamientos en la ciudad de La Plata y sus alrededores. Poco antes de las 19, los diez integrantes del equipo comenzaron su des-

plazamiento en una camioneta Dodge de color marrón, con caja de madera. Iban armados con pistolas, escopetas y fusiles FAL.

En una zona comprendida por las calles 32, 44, 7 y 15, sustrajeron sin mayores inconvenientes cinco automóviles, formando una larga caravana que luego se dividió en dos grupos. El primero estaba formado por la camioneta y tres autos. Dos de los coches se desplazaron hacia Arana (al sudeste de La Plata) donde produjeron incendios y otras acciones de distracción, mientras los otros dos vehículos partieron en dirección opuesta, a City Bell (ubicada a unos trece kilometros de la capital provincial). Allí volcaron e incendiaron vehículos formando también barricadas en Villa Elisa para cortar las rutas que sirven de acceso a Buenos Aires.

El segundo grupo, formado por un Peugeot 404 y un Rambler con tres personas en cada vehículo, se dirigió al Regimiento de Infantería 7 "Coronel Conde", en pleno centro de la ciudad de La Plata. Mientras el Peugeot pasaba frente al cuartel, dos de los guerrilleros atacaron la Guardia del regimiento con armas largas. Casi al mismo tiempo, el Rambler, que avanzaba por la calle 49, llegó a la playa de automóviles de la base (ubicada entre las calles 48, 49, 21 y 22). Desde el coche en marcha, los insurgentes dispararon ráfagas de FAL contra el puesto de guardia permanente. Para cuando los soldados respondieron el fuego, a ciegas, los dos vehículos ya se habían retirado.

El fugaz ataque sembró momentáneamente la confusión en el RI 7. Tras los primeros momentos de incertidumbre el mando del regimiento dio el alerta, y tal como estaba previsto en los planes militares, requirió apoyo de otras unidades. Los respectivos comandos generales dispusieron una movilización masiva de tropas. Las primeras en actuar fueron las de una compañía del Batallón de Infantería de Marina 3 (BIM 3) de Río Santiago. El Comando de Operaciones Navales (que también aguardaba el inicio del ataque guerrillero) dispuso además la partida de cinco aviones Aermacchi MB-326 (armados con cohetes) de la Base Aeronaval de Punta Indio para atacar a la unidad del ERP en retirada. Dos aviones fueron posteriormente derivados a la zona de combate en Monte Chingolo, en apoyo a las operaciones terrestres.

Hacia las 20.30, una dotación del RI 7, apoyada por tropas del BIM 3 y refuerzos que había enviado la Policía, comenzó la inter-

cepción de vehículos para localizar a los combatientes en fuga. Durante un confuso episodio, el conscripto de la Armada Enrique Grimaldi, comisionado en el BIM 3, resultó muerto. Aunque ya no había guerrilleros cerca, el mando militar no dudó en pasarle la cuenta al ERP.

La tarea de revisar los coches e individualizar a los conductores produjo grandes embotellamientos que se hicieron mayores luego de la salida del público que había asistido al Hipódromo local. Poco después fueron bloqueados los caminos Centenario y General Belgrano, y la ciudad de La Plata quedó virtualmente aislada del resto del país.

El Comando del Ejército envió a la capital bonaerense tropas del Regimiento de Caballería de Tanques 8 de Magdalena, que sólo hacia las 22 estuvieron listas para partir. Aproximadamente a las 23, llegaron al RI 7. La gente, al ver el desplazamiento de los tanques por las calles centrales de la ciudad, creyó que había comenzado un nuevo golpe militar.

El Regimiento "Coronel Conde", por el momento, había quedado inmovilizado. Todavía se oían las ráfagas disparadas a ciegas por los soldados, cuando los seis guerrilleros emprendían la retirada. Se desplazaron en los dos autos por una ruta secundaria hasta que vieron que una tanqueta militar obstruía el tránsito. Se detuvieron a unos cien metros de la pinza. El "Flaco", sargento al mando de la escuadra del ERP, bajó del Peugeot 404 y le gritó al capitán que comandaba la patrulla militar: "Somos de Coordinación Federal, andamos persiguiendo guerrilleros". Según Carmen O., ex compañera del sargento guerrillero, también le advirtió al oficial que "si nos detienen, se nos van a escapar y ustedes van a ser los responsables".

El capitán, desconfiado, exigió que apagasen los focos de los autos, que iban a verificar. En voz baja el Flaco ordenó a los choferes: "Den vuelta los coches sin hacer ruido", y le gritó al oficial del Ejército: "¡Si mata a uno de los míos se va a armar! ¡Estamos todos en la misma!".

Ya con el militar enfrente, el Flaco subió rápidamente al Peugeot ordenando: "¡Rajemos de acá!". Los dos autos salieron a toda velocidad ante la sorpresa del oficial y su patrulla, que no atinaron a disparar.

El "Flaco", antiguo militante de un sector de las FAL que pocos meses antes se había incorporado al ERP, "tenía una voz muy particular, muy gruesa, la cara bien chupada, era calvo, alto (medía 1,85 m), y flaco. Era un tipo *de fierro*. Se ve que venía de participar en otros combates. Con su pareja, tenían una casita en Punta Lara, y cuando nosotros no teníamos dónde dormir, nos íbamos para allá", recuerda un ex guerrillero. "A su vez, con O. teníamos una casa que pintábamos. Era de un arquitecto y quedaba cerca del Hospital de Niños de La Plata. Durante una época nos sirvió de aguantadero a mí, a O., y al Flaco [...]. Trabajábamos de pintores ahí y en el depósito que teníamos de pinturas y todo eso guardábamos armas. De esa casa salimos para hacer varias operaciones, entre ellas la ejecución del torturador Alfonso Vergel, jefe de Investigaciones de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, donde participó el Flaco. El 3 de setiembre de 1975, venía Vergel en un vehículo con su chofer, le hicieron una emboscada, le dispararon y murió".

A pesar de que hacía más de tres horas que la policía y los militares interceptaban vehículos, alrededor de la medianoche el grupo insurgente volvió a la carga. Esta vez, desde los coches en movimiento atacaron al Puesto N° 1 de la Policía Caminera ubicado entre las calles 521 y 13.

Ya pasada la primera confusión en La Plata, el Comando del Ejército ordenó el envío al Batallón "Viejobueno" de una sección del Regimiento de Infantería 7 (con morteros y bazucas) y efectivos del Regimiento de Caballería 8 de Magdalena. Los tanques fueron transportados en los vagones descubiertos de un tren, aprestado con algunos días de anticipación. Recién en la madrugada del 24 de diciembre esas unidades llegaron a la altura de las localidades de Ranelagh y Plátanos donde, según trascendidos, hubo un "enfrentamiento con los irregulares". Como veremos más adelante, el hecho tuvo lugar en Bosques (Florencio Varela) y distó bastante de ser un "enfrentamiento".

También fueron movilizadas unidades anfibias de la Infantería de Marina. Desarrollaron un operativo rastrillo en la villa Harding Green, a nueve kilómetros de Bahía Blanca, en las inmediaciones de la Base Naval Comandante Espora, y se retiraron tras inspeccionar la zona casa por casa.

En Córdoba se adoptaron severas medidas de seguridad sobre todo en la plaza San Martín, frente a la cual se encuentra la Jefatura de Policía. Fue cerrado el paso a vehículos y peatones como precaución ante la amenaza de una nueva gran acción guerrillera como la del 20 de agosto de 1975, cuando la unidad "Decididos de Córdoba" había atacado la misma Jefatura, la División Informaciones de la policía provincial, el Comando Radioeléctrico y la Guardia de Infantería, ocasionando a las fuerzas de seguridad gran cantidad de bajas. Sin embargo, esta vez no hubo acciones en Córdoba.

Los puentes del Riachuelo

El mismo 23 de diciembre, escuadras de la Compañía "Juan de Olivera" del ERP, siguiendo el plan, intentaron interceptar los nueve puentes sobre el Riachuelo, para cortar el envío de apoyo militar al Batallón "Viejobueno"

Sobre los dos puentes Pueyrredón (Nuevo y Viejo, P-2 y P-3 según la numeración de Ledesma), dos equipos de seis y cuatro guerrilleros, respectivamente, no lograron instalar las contenciones planificadas. Los efectivos policiales, advertidos del ataque con anticipación y atrincherados en sus destacamentos (como el Puesto N° 8 del Cuerpo de Camineros de la policía bonaerense en el puente Pueyrredón Nuevo), atacaron de inmediato a los insurgentes cuando comenzaban a armar la interceptación. Con la llegada de patrulleros que acudieron en apoyo, los guerrilleros subieron a sus autos y se replegaron a toda velocidad, sin que la policía lograse alcanzarlos.

En cambio, otro equipo tomó el P-4 (puente Bosch). Durante varias horas, bloqueó el tránsito y resistió el ataque policial. La Dirección General de Operaciones de la Policía Federal tuvo que convocar una gran cantidad de refuerzos para recuperar el puente. También acudieron fuerzas de la Policía de la Provincia y de la Prefectura Naval. Finalmente, ante la superioridad de fuego de las fuerzas legales, los guerrilleros se retiraron sin sufrir bajas. En estas acciones fue herido el agente Roberto Oscar Moreno, de la Policía Federal.

En el puente José Félix Uriburu (popularmente llamado "Puente Alsina"; el P-6 en el plan de Ledesma), el ataque del ERP comenzó

a las 19.45. Dos autos llegaron desde la provincia, de los que bajaron los guerrilleros armados con pistolas, escopetas y fusiles, y se distribuyeron sobre el puente, cerrando ambas manos de la avenida Remedios de Escalada, en el partido de Lanús.

Dos de ellos, en las adyacencias del puente, colocaron cubiertas de neumáticos y las incendiaron. Otro insurgente disparó dos veces al aire con su escopeta, obligando a detenerse a varios conductores. Otros dos guerrilleros arrojaron tres paquetes a las dos veredas de acceso al Destacamento N° 20 del Cuerpo de Camineros de la policía provincial, ubicado debajo de la estructura del puente.

Poco minutos antes, la Jefatura del Cuerpo de Camineros había trasladado al puente Pueyrredón Nuevo al oficial inspector que estaba a cargo del Destacamento N° 20. Mientras iba a su nuevo destino en un patrullero Torino, con otros tres policías, oyó los disparos y decidió regresar al puente "Alsina".

El jefe de la escuadra del ERP, al notar que un patrullero se acercaba por su retaguardia, ordenó la retirada sin haber cumplido el objetivo. Un Peugeot blanco y otro vehículo también utilizado por el equipo guerrillero lograron perderse en el tránsito, mientras llegaban patrulleros de la Comisaría 3ª de Lanús y de la Policía Federal.

Los policías estaban muy preocupados por los tres paquetes arrojados por el ERP. "Mirándolos por afuera parecían contener cargas explosivas", recuerda un testigo. Los agentes les dispararon desde lejos, pero no explotaron. Después los arrastraron hacia el agua. "Arrojamos las cargas al Riachuelo y éstas se sumergieron de a poco, sin estallar". Finalmente, llegó un móvil de la Brigada de Explosivos de la Policía Federal, custodiada por un patrullero, en su recorrida por las inmediaciones de los cuatro destacamentos pertenecientes a la jurisdicción 30ª que fueron hostigados por el ERP.

Para interceptar el P-7 (puente La Noria) se destinó a un equipo de seis guerrilleros comandados por un teniente. Se movían en dos autos por el "Camino Negro" (Camino Brigadier General Juan Manuel de Rosas, la actual avenida Juan Domingo Perón, en el partido de Lomas de Zamora). Iban armados con pistolas, escopetas y fusiles y también llevando explosivos.

En el segundo vehículo iba Mario, un dirigente del PRT, también conocido como el "Negro" o el "Buzón". Se trataba del cordobés Hu-

go Colautti, responsable del Frente de Trabajo Legal del Secretariado de la regional Sur, quien en una semana iba a cumplir 32 años. Un ex militante, Abel, recuerda que "con el Buzón compartimos tareas de dirección del FAS en Córdoba y juntos (con otro compañero más) redactamos las Bases Programáticas del FAS en noviembre de 1973". Colautti había estado detenido a disposición del Poder Ejecutivo en virtud del estado de sitio, y ejerciendo el derecho de opción, emigró a Perú, de donde regresó clandestinamente a la Argentina.

A las 20.30, cuando el grupo se acercaba al objetivo, una sección del Regimiento de Granaderos a Caballo y otra del Grupo de Artillería 1 (GA 1) ya habían cruzado el puente en varios camiones y se encontraban a más de quinientos metros de este, sobre provincia. El chofer del auto donde iba Colautti cruzó su vehículo sobre la ruta. Rápidamente, los tres guerrilleros descendieron y abrieron fuego sobre la columna militar. El otro vehículo, con el teniente y dos hombres, fue de frente al encuentro del convoy. Al pasar frente al tercer camión, le arrojaron dentro una granada que hirió a los soldados Néstor Gatica y Carlos Acosta del GA 1. Inmediatamente después, al realizar una maniobra de evasión, el auto volcó en la banquina. Los tres guerrilleros, ilesos, dispararon sobre el costado izquierdo de los camiones.

Entre los militares reinaba el pánico. La columna había sido detenida. "En estas circunstancias, el teniente se retira con los dos compañeros que lo secundaban", según relatará *Estrella Roja*. Mientras tanto, Colautti ordenó a sus dos compañeros que se replegasen y continuó, solo, hostigando a la columna militar. Los partes de la época curiosamente dicen que "los sediciosos se hicieron fuertes en una zona a unos dos kilómetros del puente, donde se sucedieron los enfrentamientos a los que puso fin la intervención de una columna de efectivos militares que, tras nuevos y violentos tiroteos los desbandó, provocándoles numerosas bajas". Según el informe oficial del Ejército, "los elementos subversivos resistieron particularmente sobre el puente La Noria y el llamado Camino Negro [...], lugares donde se combatió de 20.30 a 23.45 horas, hora en que fue aniquilada una fracción importante del enemigo, en tanto el resto fugaba".

Ante la resistencia del ERP acudieron más fuerzas: una compañía de la Policía Militar 101, el Destacamento de Movilización N° 1 de

Gendarmería Nacional y efectivos de las policías Federal y de la Provincia de Buenos Aires. Solo contra todos ellos, Hugo Colautti mantuvo el combate durante dos horas.

Alrededor de las 23 finalmente cesó la resistencia. "Mario" cayó al suelo herido en una pierna. Sintió el calor de la sangre derramándose mientras se arrastraba para retirarse. Logró llegar a una humilde casa, a unos doscientos metros de la ruta. La mujer que abrió la puerta le dio albergue y lo ayudó a entablillarse la pierna con una madera atada a su camisa. Pasó allí toda la noche.

Las fuerzas militares seguían inmovilizadas, como lo reconoce un informe de la época según el cual los guerrilleros "[illegible]siguieron parcialmente sus objetivos al abandonar vehículos, aparentemente cargados de explosivos, lo que determinó problemas posteriores". El coche de Colautti, cargado de explosivos y cruzado sobre la ruta, impedirá el avance militar hasta la llegada de la Brigada de Explosivos.

Al amanecer, unos vecinos del barrio se ofrecieron para ayudar a Mario. Desde otra vivienda, Colautti llamó por teléfono a Solidaridad y se comunicó con "Amanda" (la cordobesa Rita Silva). De inmediato, Amanda y el abogado Gustavo Maniloff fueron en su busca. Tenían que hallarlo antes de que fuese descubierto en un rastrillaje. Para los militantes de Solidaridad será difícil acceder a la zona, ya que los militares controlaban todos los caminos.

Como pasaba el tiempo y Mario poco a poco se iba desangrando, un vecino propuso llevarlo a un hospital en la única camioneta que había en el barrio. El dueño de la pickup al enterarse de que su pasajero era un civil herido, lo delató a la policía. Al mediodía del 24 de diciembre, la casa fue rodeada por varios patrulleros. Uno de los efectivos apuntó al herido con una pistola ametralladora para fusilarlo delante de todos los vecinos. Muy exhausto, con sus últimas fuerzas, Hugo Colautti les gritó: "¡Asesinos! ¡Mátenme, hijos de puta, el pueblo los condena!". El oficial al mando bajó el caño del arma de quien pretendía ejecutarlo y dio la orden de llevarse al Negro en una camioneta policial.

En su informe, el comisario mayor Ubaldo Víctor Stella señaló que, al "estar subordinadas las fuerzas policiales en la acción operativa contra los subversivos", Hugo Colautti debió ser entregado al Ejército.

A las 14 del miércoles 24 de diciembre, Amanda y el abogado lle-

garon —demasiado tarde— a la casa donde se había refugiado el Negro. Muchos testigos les informaron de su captura. Todas las gestiones judiciales realizadas para salvar su vida fracasarán.

Creemos que el prisionero, a pesar de brutales interrogatorios a los que seguramente fue sometido, no delató a sus compañeros ya que no hubo caídas posteriores en el área donde Mario era responsable. A Josefa Lucía López, su madre, durante uno de los trámites que realizó en el Ministerio de Defensa, le dijeron "Su hijo se encuentra en Perú". El cuerpo de Hugo Colautti nunca apareció.

El ERP realizó, además, una veintena de operaciones de distracción en el sur del Gran Buenos Aires. Para cortar el tránsito en lugares neurálgicos se hicieron barricadas con vehículos volcados, cargados de explosivos o incendiados. Un colectivo fue cruzado e incendiado en Cadorna y Urquiza, en Quilmes.

Desde autos en movimiento atacaron distintas unidades del Ejército, comisarías, destacamentos y unidades policiales de la provincia. Especialmente los tiroteos entablados frente a la Comisaría 1ª de Avellaneda y la Unidad Regional II de Lanús (en Juncal y Anatole France) fueron de gran intensidad.

Una versión publicada por la prensa aseguraba que "otros terroristas atacaban también a la Unidad Regional de la Policía Federal [en realidad, de la provincial] en Lanús y varias comisarías y subcomisarías del mismo partido, pertenecientes a la Policía de la Provincia de Buenos Aires".

La reconstrucción de los hechos narrados en este capítulo se basa en testimonios de ex militantes en conversaciones con el autor, en los partes y comunicados del Ejército Argentino y en información de los diarios de Buenos Aires de diciembre de 1975.

La edición de *Estrella Roja* donde se mencionan los hechos próximos al puente La Noria es la Nº 68.

El asesinato de los padres y hermanos de Mariano Pujadas fue cometido el 14 de agosto de 1975 y en ese momento se lo atribuyó un autodenominado "Comando Nacional Justicialista de Restauración".

El "Pelado" Héctor Fernández Baños fue capturado por una patota militar el 6 de mayo de 1976 en relación con la causa del subcomisario Obiden, que colaboraba con el PRT y fue entregado por su propia esposa. La mujer, que conocía al Pelado Baños, le dio a éste la cita envenenada donde fue atrapado. Estando solo en

una habitación del tercer piso de Coordinación Federal, en Moreno 1417 de la Capital, Héctor logró romper la soga que ataba sus manos, salió al pasillo y bajó por las escaleras. Como ya era de mañana, pudo mezclarse con el público y escapar. A pesar de la prohibición de un jefe partidario, el Pelado llamó por teléfono a su madre, que no le advirtió que la policía ya estaba con ella en su casa. Héctor aceptó la invitación de ir a verla al día siguiente, frente a la escuela donde había hecho la primaria. Allí los agentes lo capturaron, esta vez definitivamente. Comprendiendo que ya estaba todo perdido, antes de que se lo llevasen, el Pelado pidió besar a su madre. Los policías aceptaron. Un testimonio asegura que "a su madre le dijeron durante casi un año que estaba vivo y que saldría de un momento a otro. Ese era el acuerdo que habían hecho con ella para que lo entregase, ¡que estaría más seguro en prisión! Sin embargo, fue asesinado en tortura al fin de ese mes y su cuerpo fue desaparecido".

Capítulo 9

Del puente 5 a Villa Domínico

En la tarde del martes 23 de diciembre, una escuadra de diez miembros de la Compañía "Juan de Olivera" partió desde la *casa operativa* donde estaba concentrada. Su objetivo era montar una contención en el puente Victorino de la Plaza sobre el Riachuelo (P-5 en el plan de Ledesma). En el grupo estaban Carmen Gloria Sánchez y Francisco Javier Blanco, una pareja que se había casado apenas ocho meses antes en su Mar del Plata natal. Ella era una muchacha de 20 años, 1,65 m, cabellos castaños oscuros, tez blanca y ojos pardos. Un año antes todavía estudiaba, pero cuando el PRT le indicó *proletarizarse*, empezó a trabajar en una fábrica de conservas de pescado. Francisco era un año mayor que ella. Medía 1,70 m, usaba bigotes, tenía cabellos oscuros, tez blanca y ojos negros. Trabajó como pintor hasta el 28 de noviembre de 1975, cuando los dos viajaron a Buenos Aires. Para entonces ambos tenían pedido de captura de la Policía provincial, por estar vinculados a una "célula subversiva del ERP".

El más joven de la escuadra era Víctor Manuel Mosqueira: ocho días antes había cumplido 19 años. Hasta el 28 de abril había vivido con sus padres en Zárate, donde estudió en el Colegio Nacional. Después, como tantos otros jóvenes, decidió probar suerte en la Capital. Consiguió empleo en una fábrica de plásticos en Franklin y Boyacá, y vivió algunos meses en una modesta pensión con su pareja. En una de sus cartas, Víctor les comentó a sus padres que, además de seguir trabajando, "pienso ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras para estudiar Sociología". Unos días antes del 23 de diciembre, un compañero de trabajo notó que Víctor estaba muy nervioso. El médico de la fábrica le autorizó unos días de descanso.

Vicente Julio Lasorba también integraba el grupo. Tenía 25 años, era alto (1,80 m), de unos 80 kg de peso, cabello castaño oscuro, tez

mate y ojos pardos. Estaba casado con María Esther Piñeyro. Había sido dibujante, estudió enfermería en la Cruz Roja de Santos Lugares y cubría guardias dos veces por semana en el Policlínico Castex de San Martín. El mismo 23 de diciembre salió de su casa poco antes de las 17, diciendo que iría a San Vicente para atender a su cuñada, que estaba con un embarazo a término. Le costó convencer a María de que no podía acompañarlo.

Otro miembro del equipo era Luis Menéndez, un hombre menudo de 27 años, de 1,60 m de altura, tez blanca y cabello castaño oscuro. Vivía en Quilmes Oeste con su esposa Norma Hilda Colef y trabajaba en la fábrica Rigolleau. Su militancia le había ganado el respeto de sus compañeros, que lo eligieron delegado. Sin embargo, evitaba enfrentarse con su madre, Nélida, que frecuentemente le recriminaba su compromiso gremial. Nélida había quedado muy asustada por la visita de un amigo de su hijo, que según Luis era "guerrillero". El 5 de setiembre de 1975 se despidió de su madre, y partió al acuartelamiento previo a una acción. Nélida nunca más verá a su hijo. El 7 de setiembre, el "amigo guerrillero" del delegado de Rigolleau murió en un enfrentamiento en Alejandro Korn, acción en la que Luis perdió sus documentos. A raíz de ello fue allanado su domicilio y detenida su esposa Norma, que será trasladada a la Brigada de Banfield.

La otra mujer de la escuadra era Ana María Lezcano, "Piojo", una santiagueña de 25 años que con un embarazo de tres meses a cuestas (esperaba un hijo de su compañero "Lucio"), igualmente solicitó ser incluida en el operativo que se estaba preparando. Ana María pertenecía a la contrainteligencia nacional del PRT-ERP. Nélida Augier ("Pola"), su dirigente, la recuerda como una excelente compañera. Ana Lezcano había acompañado a Pola desde el inicio de la formación de ese equipo. Ante el pedido de la "Piojo", el mando del ERP decidió incluirla, pero para exponerla lo menos posible, la destinaron a un sector considerado de "bajo riesgo".

Cuatro hombres completaban el grupo encargado del "puente 5": Roberto Horacio Cejas, un militante de Lomas de Zamora que dos días antes había cumplido 22 años; otros dos jóvenes de entre 20 y 25 años (a los que llamaremos los guerrilleros 8 y 9), y un hombre de entre 50 y 55 años (el guerrillero 10).

A las 18.30 comenzaron a cargar en un garage una camioneta Chevrolet gris: tres paquetes con explosivos, cinco cócteles "Molotov", una decena de granadas accionadas a mecha y una docena de cartuchos de dinamita. Como armas de mano llevaban un FAP, dos FAL, tres escopetas de un caño (dos de 16 mm y otra de 14 mm), tres pistolas de 9 y 11,25 mm (sistema Colt, modelo 1927 de FM), más el parque correspondiente en algunos cargadores y una canana para los cartuchos de perdigones. Ana María Lezcano vestía un vaquero azul y una remera de color claro. Para comunicarse con el mando táctico llevaba un transmisor H. T. "Midland" de seis canales con antena de caño cromado. A las 18.50, la Piojo informó que la escuadra partía hacia el objetivo.

- La caja de la camioneta estaba cubierta con una lona que ocultaba a los guerrilleros. Allí iba Carmen, vestida con pantalón verde, chaleco de lana y un saco rojo y negro. Acurrucado a su lado viajaba Francisco, de pantalón azul, remera blanca y mocasines negros.

Poco después de las 19, la Chevrolet llegó por la calle Francisco Pienovi, en el partido de Avellaneda, al puente Victorino de la Plaza. Estacionaron la pickup a un costado del puente, frente a la fábrica Gurmendi, unos cuarenta metros antes de pasar el Riachuelo.

El puente 5

Armas en mano, los guerrilleros comenzaron a parar vehículos. Víctor Mosqueira, vestido con vaquero gris, chomba verde y zapatillas de cuero, detuvo a un micro de la línea 37, mientras uno de sus compañeros obligaba a los pasajeros a descender y alejarse de la zona. Poco después interceptaron un colectivo de la línea 45. Los choferes debieron cruzar ambos coches sobre Pienovi, formando una barricada.

Mientras sus compañeros detenían otros vehículos particulares, generando un gran congestionamiento de tránsito, un miembro del grupo colocó varios cartuchos de dinamita debajo de los micros, que debían ser volados en caso de que se aproximasen refuerzos militares.

Todo este movimiento no pasó inadvertido para los agentes del Puesto 16 del Cuerpo de Policía de Tránsito, ubicado del otro lado del Riachuelo, que de inmediato avisaron por radio a la Dirección

General de Operaciones (DGO) de la Federal. Las policías de Capital y Provincia ya estaban alertadas sobre el operativo guerrillero. Un informe de la época señala que "se tenía conocimiento del accionar subversivo contra diferentes objetivos, razón por la que se procedió a comisionar personal para recorrer asiduamente la zona jurisdiccional". A las 19.15, el Comando Radioeléctrico alertó que el Puesto 16 "va a ser atacado por extremistas que se encuentran del lado de la Provincia". Siete patrulleros de la Federal, todos Ford Falcon modelo 1974, cada uno de ellos con tres efectivos y algunos con su dotación reforzada con un cuarto hombre, fueron enviados al puente: los móviles 130 y 230 (Comisaría 30ª); 126 y 226 (Comisaría 26ª); 1 (interno 447), 4 (interno 649) y 5 (interno 487) de la Escuadra 20 (Comisaría 33ª).

El subinspector Juan Molina, jefe de servicio externo de la Comisaría 30ª y a cargo del móvil 130, estaba realizando un control en el Destacamento 17 cuando recibió la orden del Comando Radioeléctrico. Al llegar al Victorino de la Plaza, ordenó cruzar lentamente el puente, para dar tiempo a que el patrullero 230 llegara como refuerzo. Los guerrilleros, parapetados detrás de los colectivos y la camioneta Chevrolet, abrieron fuego al verlos.

Los seis policías bajaron de sus autos y respondieron con más de trescientos disparos, con cinco pistolas ametralladoras Halcón 9 mm, una escopeta Ithaca de 12,70 mm y dos pistolas Browning 9 mm. Durante el enfrentamiento, el chofer del móvil 130 pidió refuerzos por la Motorola.

La Piojo fue la primera herida, por un disparo de Halcón. Dos compañeros la alzaron a la pickup. El sargento que comandaba la escuadra del ERP ordenó la retirada. Sin activar los explosivos de la contención, los guerrilleros subieron a la Chevrolet y salieron a toda velocidad por la calle Pienovi.

Los patrulleros no pudieron perseguirlos de inmediato, ya que el paso estaba obstruido por los colectivos cruzados. Mientras hacían mover los micros, llegaron dos móviles de la Comisaría 26ª. Sus hombres interrogaron a civiles, testigos presenciales, sobre la dirección emprendida por los "extremistas" en su huida, y rápidamente iniciaron la persecusión. Entre tanto, efectivos de la Brigada de Explosivos de la Policía Federal desactivaban las cargas de dinamita de los micros, tarea que también cumplirán en otros cuatro destacamen-

tos de la jurisdicción de la Comisaría 30ª, incluidos los puentes Uriburu y La Noria. El patrullero 130 fue destinado por la DGO a continuar con la búsqueda de los guerrilleros.

La persecución

Los móviles 126 y 226 (este último con una dotación reforzada) rápidamente ubicaron a la camioneta del ERP, que iba por la calle Domínguez en dirección este. Los guerrilleros, al advertir que eran perseguidos, se detuvieron en el cruce con Pagola y montaron una emboscada. Cuando los patrulleros estaban a sólo cuarenta metros, se desencadenó un feroz tiroteo. El cabo Ramón Navarro, del móvil 226, hirió a Carmen Gloria Sánchez con un disparo de Ithaca. Un perdigón la alcanzó debajo de la comisura izquierda de los labios y Carmen cayó al piso. Su esposo y otro compañero la retiraron de la línea de fuego.

Como dotación reforzada del móvil 226 se encontraba el agente Armando Almirón, que con una ráfaga de Halcón hirió en el pecho al combatiente de más edad (el guerrillero 10). Mientras dos insurgentes ayudaban al herido, el agente Almirón recibió un tiro de escopeta, aunque siguió disparando hasta agotar el cargador. Cuando intentaba cambiarlo, una granada explotó a su lado. A pesar de las múltiples heridas recibidas, entre ellas la pérdida del ojo izquierdo, Almirón siguió disparando, ahora con su pistola Browning, hasta perder el conocimiento.

El ametralladorista del móvil 126, sargento Fernando Colaneri, que se había acercado a Almirón para intentar sacarlo del lugar, no fue cubierto por sus compañeros y recibió un escopetazo. Dos perdigones de la amplia "rosa de dispersión" le provocaron heridas en el muslo y la rodilla derechos. Colaneri, luego de caer al piso, se arrastró hasta un colectivo detenido que le sirvió de parapeto, y siguió disparando.

Los federales efectuaron alrededor de trescientos disparos sobre la posición guerrillera. Antes de que llegaran más policías, los miembros del ERP se replegaron cubriendo la maniobra con intenso fuego y lanzando granadas. Subieron nuevamente a la Chevrolet y se alejaron del lugar por Pagola, en dirección norte. A poco de doblar

a la izquierda, en la calle Giribone, chocaron con un coche particular. Abandonando la pickup, ya inservible, siguieron la retirada a pie, con sus tres heridos a cuestas.

La camioneta utilizada por el ERP presentaba numerosos impactos de bala. En su caja quedaban tres paquetes con explosivos, cinco bombas "Molotov", cuatro granadas caseras y dos paquetes con siete cartuchos de dinamita.

Cuatro de los agentes policiales continuaron la persecución a pie, dejando los patrulleros en el lugar del segundo enfrentamiento. Después, el móvil 226 será destinado a la búsqueda de los insurgentes (el 128 quedó con el parabrisas destrozado), mientras que una ambulancia trasladaba a los policías heridos al Hospital Bartolomé Churruca.

Los guerrilleros 8 y 9 se adelantaron al resto del grupo y detuvieron una camioneta particular. Su conductor resultó ser un militar, el capitán Luis María Petruzzi, que intentó sacar una arma. Los hombres del ERP le dispararon y Petruzzi se desplomó frente al 572 de la calle Giribone, mortalmente herido por tres disparos. Los dos insurgentes abordaron su vehículo, cargando luego al combatiente herido en el pecho (el guerrillero 10).

Entre tanto, sus compañeros iban a pie por Giribone hacia el oeste, hasta la esquina con la calle García, a 190 metros del lugar donde había quedado la Chevrolet. Durante todo el trayecto se tirotearon con los policías que corrían tras ellos.

Minutos después de las 20, Manuel Marchetti y su hijo estaban por salir en un Dodge 1500 blanco estacionado en el cruce de Giribone y García. Al escuchar los disparos y ver que se les acercaban civiles armados, huyeron del auto, dejando las llaves puestas. Luis Menéndez tomó el volante mientras los demás guerrilleros se amontonaban como podían dentro del Dodge y cubrían a tiros su retirada.

Para entonces, los móviles 1, 4 y 5 de la Escuadra 20 de la Comisaría 33ª de la Federal y una patrulla de la Seccional 1ª de Avellaneda de la Policía provincial se sumaban a la persecución.

Desde el patrullero 226 les informaron que los guerrilleros se dirigían al centro de Avellaneda. Cuando el móvil 4 llegó a Giribone y Fraga, por la radio recibió la información de que el móvil 1 ya se estaba tiroteando en el cruce de España y Belgrano. Un suboficial

que estaba de franco, el cabo primero Ángel Roldán, se ofreció al sargento Emilio Martini, a cargo del móvil 4, para servirle de guía.

Efectivamente, en España y Belgrano el móvil 1, a cargo del oficial ayudante Leonardo Cura, jefe de la Escuadra 20 de la Policía Federal, había localizado al Dodge 1500 a las 20.10. Los agentes habían descendido del patrullero y con sus disparos pretendían detener al vehículo conducido por Luis Menéndez. Otro suboficial de franco, el cabo Ricardo Buch, se dirigía caminando a su casa al comenzar este tercer enfrentamiento. Luego de presentarse al oficial a cargo del móvil 1, se unió a los efectivos policiales en el combate.

El Dodge se había desplazado cien metros hacia el sur por Belgrano; pero al llegar al cruce con Beruti un impacto destrozó uno de sus neumáticos. En seguida otras dos ruedas fueron rotas por los disparos policiales que de esta forma lograron inmovilizar al auto.

Cinco guerrilleros bajaron del vehículo. Mientras se cubrían a tiros, en una desesperada maniobra, dos de ellos retrocedieron unos cincuenta metros (acercándose a la comisión policial) para ingresar a un garage ubicado sobre Belgrano, entre Beruti y España. Allí tomaron un Peugeot 504 de color gris con el que regresaron a la posición guerrillera.

Sus compañeros, cargando a los heridos (que nunca fueron abandonados), ascendieron rápidamente al Peugeot, que partió de inmediato por Belgrano hacia el sur, doblando dos cuadras después a la izquierda en Alsina, para luego tomar a la derecha por la avenida Mitre. A pocos metros del Peugeot se encontraba el segundo vehículo (hurtado al capitán Petruzzi) con los guerrilleros 8, 9 y 10.

Durante la retirada, el Peugeot con los siete guerrilleros amontonados sufrió un desperfecto y debió detenerse. Para proseguir la fuga, sustrajeron una camioneta Ford F-100 de doble cabina, modelo 1964, de color anaranjado, desalojando del vehículo a sus propietarias Rosa Davies y su hija Marta. La maniobra, ocurrida muy cerca de la Comisaría 1ª de Avellaneda, fue descubierta por los efectivos del móvil 4, que informaron por radio a los demás patrulleros de la Escuadra 20.

Mientras se desplazaban velozmente por la avenida Mitre hacia el sur en dirección a Sarandí, en una espectacular persecución, el móvil 4 logró pegársele a la F-100, mientras los policías abrían fuego.

Detras del móvil 4 se ubicó el segundo vehículo guerrillero (la camioneta del militar muerto) que comenzó a hostigar al patrullero.

El móvil 1 de la Escuadra 20 debió demorarse en España y Belgrano: el chofer de la unidad, agente Eduardo Corzo, había sido herido en el antebrazo derecho por un disparo, durante el tercer enfrentamiento con los guerrilleros. Tras cambiar de conductor, los policías partieron hacia la avenida Mitre, hasta colocarse detrás de la camioneta.

El tercer Falcon de la Escuadra 20 era el móvil 5, que convocado por el Comando Radioeléctrico se acercaba velozmente a los cuatro primeros vehículos. Los móviles 130 y 226 venían detrás.

Desde el vehículo sustraído a Petruzzi, uno de los guerrilleros disparó sobre el móvil 4, logrando hacer impacto sobre la parte trasera del patrullero en cinco oportunidades. Los policías, agachados, evitaron las balas que agujerearon el techo y el tapizado de la unidad.

El vehículo con los tres guerrilleros, luego de hostigar al móvil policial, se desvió del rumbo seguido y por una de las calles adyacentes a Mitre logrará alejarse de la zona de operaciones perdiéndose definitivamente su rastro.

El cuarto enfrentamiento

A las 20.40, cuando la F-100 estaba a doscientos metros del Parque Presidente Sarmiento de Villa Domínico, un disparo efectuado desde el móvil 4 impactó en la nuca del conductor de la pickup, Luis Menéndez, matándolo en el acto. La camioneta, sin control, se estrelló contra un Citroën estacionado, subió a la vereda sobre su derecha para chocar violentamente contra una pared medianera. La F-100 quedó cruzada sobre la vereda, frente al numero 4585 de la avenida Mitre, casi en la esquina, poco antes de la calle Gervasio Posadas.

El móvil 4 se detuvo pocos metros detrás de la camioneta y sus cuatro policías, cubriéndose detrás del patrullero, dispararon a las ruedas de la pickup. Esta vez los federales no iban a dejar escapar su presa.

Comenzó un intenso tiroteo. Las ruedas y los cristales de la Ford quedaron destrozados. Los guerrilleros estaban definitivamente in-

movilizados en el lugar y resistían disparando por la luneta de la pickup.

A los policías pronto se les unió el móvil 1. El móvil 5 estaba llegando a toda velocidad al lugar del tiroteo cuando su chofer, el agente Jorge Ortiz, perdió el control del vehículo, que derrapó a la altura del 4100 de la avenida Mitre. La rueda delantera mordió el cordón de la vereda, subió y finalmente embistió la pared de una vivienda. Ortiz salió despedido, sufriendo golpes y lesiones varias. El móvil 5, inutilizado por el choque, quedó en el lugar con su dotación inmovilizada. Su chofer será posteriormente conducido por una ambulancia al Hospital Policial Churruca.

Carmen Sánchez, con una bala en la cabeza, siguió disparando su pistola hasta agotar las municiones. Finalmente caerá muerta, al recibir otros dieciocho impactos de bala, catorce de ellos en el pecho.

Sus compañeros, ya con muy pocas municiones, hicieron blanco en los policías. El ametralladorista del móvil 1, agente Rubén Sedano, recibió un tiro en el pómulo izquierdo mientras que el sargento Emilio Martini, a cargo del móvil 4, fue herido en la cara interna del antebrazo derecho.

Los móviles policiales 4 y 1 recibieron ocho y cuatro impactos, respectivamente. En cambio, durante los quince minutos que duró el enfrentamiento, sobre el lateral izquierdo y la parte trasera de la camioneta Ford cayeron unos cuatrocientos proyectiles. Sólo el agente Rubén Walratti, ametralladorista del móvil 4, disparó cien cartuchos de 9 mm con su Halcón (cambiando dos veces de cargador).

Dos policías, con escopetas lanzagases, intentaron forzar a los guerrilleros a abandonar el vehículo y exponerse. A uno de ellos, el agente Walratti, una de las granadas de gas lacrimógeno que pretendía lanzar le estalló encima provocándole quemaduras en la mano derecha y el abdomen.

Francisco Blanco, herido por varios tiros, siguió disparando su escopeta hasta agotar las municiones. Finalmente cayó muerto al lado de su esposa, con veintiséis impactos en el cuerpo.

Víctor Mosqueira también fue abatido dentro de la camioneta.

Hubo un joven combatiente, de pantalón vaquero, remera azul a cuadritos blancos y campera tipo vaquero azul, que continuó disparando a pesar de haber sufrido varias heridas. Era Vicente Lasorba,

que finalmente, con veintiocho impactos en el cuerpo, cayó con los ojos abiertos y el rostro vuelto hacia arriba.

Durante el tiroteo, uno a uno, el sargento Martini, los cabos Buch y Roldán, el agente Héctor Martín iban agotando su munición.

Tras un cuarto de hora de intenso fuego, dos granadas de gases lacrimógenos cayeron dentro de la F-100. Visiblemente heridos, la Piojo y Roberto Horacio Cejas alcanzaron a salir y se desplomaron sobre el pavimento. A Cejas sólo le restaban tres cartuchos de su escopeta calibre 16.

Eran las 20.55 cuando todo acabó en Villa Domínico.

Dos desapariciones

Los policías se acercaron en silencio a la F-100 y la rodearon con mucha precaución. En su interior vieron los cadáveres de cinco civiles jóvenes. El cuerpo de uno de ellos asomaba por la puerta abierta con la cabeza colgando, los brazos abiertos y la mirada perdida.

Minutos después arribaron al lugar los patrulleros 130 y 226. También lo hizo una ambulancia que trasladó a los policías heridos al Hospital Bartolomé Churruca. El oficial ayudante Leonardo Cura, jefe de la Escuadra 20, quedó a cargo en la zona del enfrentamiento.

Mientras los dos guerrilleros heridos eran trasladados a una dependencia policial, el oficial Cura llevó todo el material secuestrado (armas, radiotransmisor, etc.) a la Comisaría 33ª.

Para comprender el destino de los dos prisioneros del ERP debemos recordar que las fuerzas policiales "conforme a las disposiciones legales vigentes" se encontraban bajo control operacional del Ejército Argentino.

Al día siguiente, el comisario inspector Ubaldo Víctor Stella elevará un informe al jefe de la Unidad Regional II de Lanús, comisario mayor Carlos Cernadas. En él, Stella expresa que "en los enfrentamientos se habrían producido gran cantidad de víctimas fatales y heridos; en cuanto a ello hágole saber que el personal militar limitó la actuación policial tomando directa intervención en los hechos".

La Policía Federal tenía ya veintisiete fojas escritas con lo actuado a raíz del enfrentamiento, cuando intervino el segundo jefe del Pri-

mer Cuerpo de Ejército, general Harguindeguy, que ordenó trasladar de inmediato los cinco cadáveres al Batallón Depósito de Arsenales 601 "Domingo Viejobueno" por "estar subordinadas las fuerzas policiales en la acción operativa contra los subversivos". Las veintisiete fojas labradas, con la verdad de lo sucedido, también fueron remitidas al cuartel, junto con todos los elementos secuestrados durante el operativo.

Mientras tanto, en el lugar del enfrentamiento se había hecho cargo el jefe de la VI Zona de Seguridad Metropolitana. Por su parte, los hombres del Batallón de Inteligencia 601, órgano ejecutivo de la Jefatura de Inteligencia II del Estado Mayor General del Ejército, se ocuparon de Ana María Lezcano y Roberto Horacio Cejas, llevándose a los prisioneros con destino incierto.

En las nuevas actuaciones labradas por la Policía Federal no se menciona la existencia de estos dos prisioneros, que han desaparecido. Sólo se habla de "cinco delincuentes subversivos muertos", aunque en una oportunidad también se menciona la cifra de siete ocupantes en el vehículo perseguido, al equivocarse uno de los policías y testimoniar casualmente la verdad.

Sin embargo, poco antes de la intervención militar, la Policía había hecho llegar la información al periodismo. En el diario *La Prensa* del 24 de diciembre se publica una reseña de la acción, mencionando que "la policía repelió el fuego y logró abatir a cinco de ellos y detener a los dos restantes".

El mismo día, el subinspector Oscar Castillo trasladó los cinco cadáveres y los efectos secuestrados al Batallon 601. Allí fue atendido por el teniente coronel Fernando Diego, quien lo presentó a Harguindeguy. Los cuerpos fueron alojados en uno de los galpones de la unidad militar. El segundo jefe del Batallón, teniente coronel Duilio Di Iorio, firmó el recibo correspondiente.

A las 16 del 24 de diciembre, la Policía Federal envió un telegrama a la Delegación Avellaneda respondiendo a un pedido de informes. En la primera página del mensaje se puede leer: "6778. Fichas cadáver NN femenino Nro. 6 como se solicitara, no se halla registrado".

Creemos que la información vertida corresponde a Ana María Lezcano, sobre todo si tomamos en cuenta que, numerados bajo las

cifras 6779 en adelante, figuran los otros cinco guerrilleros que murieron en el combate de Villa Domínico.

Es posible que la Piojo haya muerto al día siguiente de ser atrapada, como resultado de las heridas recibidas en combate, o luego de sufrir tormentos durante los interrogatorios a que la habrían sometido los hombres de la inteligencia militar.

En el telegrama, el número 6780 es pasado por alto, quizá reservando de este modo el lugar que debía ocupar el segundo desaparecido, Roberto Horacio Cejas, para cuando terminase su interrogatorio y fuese "aniquilado".

Los hombres del Batallon 601 de Inteligencia militar no repararon en el DNI del joven guerrillero secuestrado, que como silencioso testimonio de su participación en el combate, quedó olvidado en el interior de la acribillada camioneta Ford F-100.

Resulta llamativo que el ERP nunca haya reclamado por los combatientes caídos en Villa Domínico, a excepción de la "Piojo" Lezcano. En las listas de muertos y desaparecidos publicadas en sus órganos de prensa no se mencionaron los nombres de los otros seis insurgentes.

Según una ex integrante del Frente Legal guerrillero, "la represión sufrida por el ERP durante la segunda mitad de 1975 fue tan grande que nuestro frente no daba abasto. Las caídas se producían a diario, y con lo de Monte Chingolo nuestra actividad fue desbordada totalmente".

Es probable también que al ser evaluada la contención en el puente Victorino de la Plaza por el mando del ERP como una acción de bajo riesgo, los integrantes de la escuadra no hayan cumplimentado las medidas correspondientes a los controles de seguridad, anotando "papelitos" con sus datos personales y teléfono o dirección para avisar en caso de necesidad, más la asistencia a una cita de control posterior a la acción.

Tras siete kilómetros de persecución y enfrentamiento, desde el puente Victorino de la Plaza hasta Villa Domínico, la Policía Federal (sufriendo siete heridos) consiguió finalmente poner fuera de combate a la escuadra guerrillera, cuyos hombres y mujeres combatieron con audacia y heroísmo hasta el ultimo aliento.

El 26 de diciembre de 1975 aparecieron dos cadáveres NN, uno masculino y otro femenino, flotando en el Riachuelo. La Prefectura Naval inició bajo el número 3717 el sumario correspondiente.

Uno de los NN fue posteriormente identificado como Ana María Lezcano. El segundo hasta la fecha no ha sido identificado. El cadáver presentaba una herida de bala en la cabeza, pero la autopsia determinó que la causa de su muerte fue asfixia por sumersión.

Detalles de los preparativos y sobre los integrantes del grupo del "puente 5" provienen de relatos de ex militantes en conversaciones con el autor. No pudo identificarse a los guerrilleros 8, 9 y 10.

El informe que da cuenta de que las policías Federal y Provincial estaban alertadas de antemano de la acción guerrillera, se encuentra en la Causa 82.090 ("Barbate, Daniel Roberto y otros s/infracción a la ley de seguridad 20.840"), donde también fue incluida la primera hoja del telegrama de la Policía Federal fechado el 24 de diciembre.

El capitán Luis María Petruzzi pertenecía al escalafón de Intendencia y prestaba servicios en el Comando de Aviación del Ejército Argentino.

Capítulo 10

De las 37 Caídas a Cadorna

Hacía bastante tiempo que "Aurora", una mujer de pequeña estatura y cabellos negros y cortos, era miembro del ERP. A sus 22 años y con una hijita de sólo un año y medio, de alguna forma se las arreglaba para mantener al mismo tiempo su trabajo y una activa militancia. Aurora provenía de un país vecino y tras su incorporación al ERP adquirió una nueva identidad.

Integraba un equipo de la regional Sur. El 30 de noviembre de 1975, en su reunión de célula estaban presentes, además de Aurora, "Cristina", la "Negrita" y la "Gorda" Zulema Artaide, una cordobesa que el 11 de junio de 1971 había logrado fugar del penal del Buen Pastor y que tenía a su cargo el área de propaganda.

La responsable del grupo era la "Flaca" o "Julia", Liliana Edith Molteni, una periodista de 23 años, que había combatido en la Compañía de Monte. El 8 de junio de 1976 será secuestrada, junto con su compañero "Elías", sin que jamás se vuelva a saber de ella.

Julia les anunció a las integrantes de la célula que en diciembre "tendremos que hacer algo importante", pero antes habría que poner en orden la actividad laboral y la situación familiar de cada una de ellas. Sólo la Negrita no tomaría parte de esa acción. Aurora aprovechó para arreglar con ella para que cuidase de su hija hasta su regreso. El 19 de diciembre, se despidió de su pequeña, ignorando que sería por largos años.

La primera tarea que les encomendaron fue *peinar* (es decir, recorrer, observar y registrar detenidamente) un área del sur del Gran Buenos Aires, el 20 de diciembre. A Aurora le asignaron la zona ubicada alrededor de la intersección de la avenida Cadorna con el Camino General Belgrano.

Al día siguiente, comienzo del verano, la Flaca, Cristina, la Gor-

da y Aurora, en el inmenso calor del mediodía, partieron a una cita donde pasó a buscarlas una camioneta. Después de un largo trayecto, durante el cual las cuatro guardaron un estricto *tabicamiento*, llegaron a un chalet, donde iniciaron su acuartelamiento.

"La Casa de las 37 Caídas"

El chalet, una típica casaquinta, estaba cerca del Camino General Belgrano, en la localidad de Bosques (partido de Florencia Varela), en el sur del Gran Buenos Aires. Por la cantidad de "aguas" o declives en el techo, se lo conocía como "la Casa de las 37 Caídas". La planta principal estaba ocupada por una sala amplia (el hall) que daba a un enorme jardín con árboles, parrilla, quincho y varios asientos de madera. A la derecha de la sala principal había otro cuarto más pequeño y, a la izquierda, una escalerita llevaba primero a la cocina y luego a un pequeño altillo con una ventana, mirador que fue utilizado como puesto de guardia.

"Quienes hicieron la cobertura legal de la casa fueron el matrimonio Perdoni y sus tres hijitos: dos varones y una nena. Él era arquitecto y ella, psiquiatra", asegura G., una de las combatientes acuarteladas allí.

La "dueña de casa" era una mujer joven, delgada y de baja estatura, de cabellos largos, rubios. Como "tenía un problema en una pierna que la hacía renguear", los guerrilleros le pusieron de apodo "Renguita". En la casa no estaban sus hijos pero sobre las paredes de uno de los pasillos se veían colgadas sus fotografías. El matrimonio Perdoni no participará en el operativo.

A las cuatro recién llegadas, un muchacho les explicó, como se hacía habitualmente en todas las reuniones, el plan de retirada en caso de que la casa fuese descubierta. El repliegue se realizaría por el fondo del jardín, donde había un campito. También las pusieron al tanto de cuál era el *minuto* (es decir, la coartada) para justificar la presencia de tantas personas: "en la casa vivía una familia que ese día haría un gran asado, por lo que tendrían muchos invitados". Como éstos "tendrían que retirarse luego", para no despertar sospechas en el vecindario los militantes deberían hacer el menor ruido posible. Tampoco habría que usar mucho el agua porque

de lo contrario se sentiría que el motor funcionaba todo el día ininterrumpidamente.

A Aurora le llamó la atención la gran cantidad de gente. Aunque no era momento de grandes saludos, pudo reconocer al "Gallego I" o "Fermín" (Carlos Viñas), responsable político del Secretariado de la regional Sur del PRT, y a su compañera, la "Negra II", que trabajaba como maestra. También estaban el "Gallego II", la "Negra I" y un compañero de Córdoba de unos 35 años (el "Viejo"), entre no menos de cincuenta militantes concentrados. En esa casa se había acuartelado la Compañía "Juan de Olivera".

A pesar de estar rodeada por una verdadera multitud, había que "hacer como que no existían", evitando hacer preguntas y trabar relación para impedir el *destabicamiento* que sucedería a la acción.

Rápidamente se organizaron las actividades del acuartelamiento. De la tarea de cocinar participarían todos. Habría turnos para las guardias en el altillo y cola para ir al único baño. Los militantes fueron separados en los equipos operativos correspondientes al próximo accionar, cada uno de ellos bajo la responsabilidad de un jefe de grupo.

Aurora participará del mismo equipo que el Gallego II y la "Gringa" Norma Concepción Finocchiaro. Su responsable era la "Negra I", una mujer de unos 28 años, cabellos largos y ondulados, delgada, baja, con un carácter muy fuerte. Aurora ya la había visto en oportunidad de una entrega de armas y había oído que tenía mucha experiencia militar y que era muy decidida.

La Negra I primero les comunicó que no se tenían noticias del jefe de la compañía, el capitán Emilio (aún no existía la certeza de su secuestro, ocurrido tres días antes). Después les informó sobre la misión que debían cumplir al día siguiente. Tendrían que "ir a un cruce, bloquearlo y no dejar pasar al Ejército". Para ello habría que colocar colectivos como barricadas en el cruce de avenida Cadorna y Camino General Belgrano. A pesar de que operaría a unos 750 metros del Batallón 601, Aurora desconocía otros detalles sobre la acción. Percibía que se preparaba algo muy importante, aunque "no podías preguntar qué iba a pasar".

Para Aurora, el Ejército significaba "militares de uniforme", sobre los cuales eventualmente ella tendría que disparar. Pero nunca pasó por su cabeza que "iban a haber civiles", como veremos más

adelante, o personal de seguridad vestido de civil que entorpecería su acción.

Después de la cena, los militantes del ERP trataron de acomodarse para descansar. No sería fácil: la casa estaba repleta y no podían moverse como "en una fiesta". Los guerrilleros durmieron todos juntos en el piso de la sala principal.

Comida no faltaba. Unos compañeros de Logística trajeron por la mañana unos cajones de duraznos ("riquísimos", según Aurora), producto del robo de un camión. El mismo grupo trajo también parte del armamento, que fue llegando en varios viajes.

El responsable de la casa llamó a uno de los compañeros de Logística recién llegados:

—Oso, Oso, vení.

—¡Ah, es éste! —dijo Aurora, ya que la teniente Marisa, de Mar del Plata, le venía hablando maravillas sobre el Oso desde mediados de 1975.

Parecía un hombre bonachón y, además, "el tipo sonreía". Aurora pensó "¡Qué buen compañero!".

Después del mediodía se distribuyó el armamento. Sin que pudiera elegir, a Aurora le asignaron una escopeta con "un montón de municiones" y dos granadas defensivas. Se sentía insegura, porque estaba acostumbrada a utilizar armas cortas. Para llevar las granadas con comodidad, allí mismo se armó una bolsa que podría colgar de la cintura. La Negra I llevaría una pistola y granadas, mientras que dos escopetas calibre 16 y más granadas serían para el Gallego II y la Gringa.

Pasadas las 15, el capitán Santiago y otro oficial fueron a realizar un chequeo en las zonas aledañas al cuartel. Si bien no se notaban cambios en los lugares donde se instalarían las contenciones, el Batallón "Viejobueno" bullía de movimiento, especialmente los puestos de vigilancia, que se encontraban inusualmente muy activos.

Aurora observó el notorio ir y venir de algunos compañeros. El informe de Hugo Irurzun fue uno de los tantos recibidos por el mando del ERP ese día y que motivaron la postergación del operativo. Santiago reunió a los responsables de los grupos para comunicarles la noticia. Poco después, la Negra I les dijo a sus compañeros de equipo: "La tarea se retrasa. Hay que esperar".

A Aurora le dio un dolor de cabeza fatal. La Negra II, compañera de Fermín, resultó ser una mujer muy extrovertida, que hablaba sin parar. Con una voz muy gruesa, fumando un cigarrillo tras otro, con una charla divertida entretuvo a Aurora, que poco a poco comenzó a sentirse mejor.

Atardecía cuando todos los militantes, sentados sobre el piso en una gran ronda, se pusieron a cantar. Fermín y la Negra eran dos de los compañeros que entonaban el tango "Malena". Aurora recuerda que "cantábamos desafinados y además no sabíamos bien la letra". A pesar de eso, para los combatientes "fue una forma de estar juntos, sin saber cómo nos llamábamos, ni qué vidas teníamos", y ese canto "nos acercó, sintiéndonos parte de un todo muy grande y especial". El haber cantado todos hermanados "me hace recordar con alegría y no con tristeza a los compañeros".

Ya había oscurecido cuando al grupo de la Negra I le tocó el turno de salir al jardín para tomar un poco de aire. La responsable les propuso aprovechar el tiempo haciendo gimnasia. Aurora no quiso: "era de noche y yo quería ver las estrellas porque pensaba en la posibilidad de perder la vida, y que mi hija podría quedar sola por ahí". Consideró que aunque "no podía ponerme sentimental en un momento tan importante como el que íbamos a protagonizar, necesitaba en esa noche tan especial ver el cielo y las estrellas".

Esa noche Aurora conversó con la "Gringuita", como le gustaba decirle. Ambas tuvieron especial cuidado, porque preguntas comunes como "qué hacías" o "dónde vivías" estaban vedadas por razones de seguridad. Aurora recuerda que esos momentos fueron cortos pero muy hermosos.

A la Gringa la recuerda como a una "tipa muy cálida", con la cual "yo hice en seguida *click*". Aurora le contó a Norma Finocchiaro que pensaba constantemente en su hijita de un año y medio, y que estaba sumamente preocupada.

Ya enterada de que la Gringuita era la compañera de Emilio, Aurora comprendió la profunda tristeza que la embargaba. Admiraba mucho a la Gringa. A pesar de la desgracia que se abatió sobre ella, Norma Finocchiaro "estaba ahí", lista para entrar en combate en pos de los ideales comunes a ambas.

La Gringa le contó que tenía dos hijos, a los que había dejado con

su madre. "Me parecía tan jovencita, tan dulce..., fue muy cálida y se preocupaba por el resto de los compañeros. Era bajita, como de mi estatura, y estaba un poco rellenita [llevaba unos meses de embarazo]. La tristeza la podías ver en sus ojos", recuerda Aurora.

En esa segunda noche, en que los guerrilleros se preparaban para dormir amontonados en la sala principal, la Gringuita le hizo un espacio para que se recostara a su lado. Aurora se sintió muy protegida.

Entre Cadorna y Coronel Lynch

A las siete de la mañana del 23 de diciembre, un camión se estacionó en avenida Cadorna (la actual Fabián Onzari, en el partido de Avellaneda) a pocos metros del Camino General Belgrano. Cuatro hombres y una mujer bajaron del vehículo e instalaron por segundo día un puesto callejero de venta de pandulce y sidra, muy concurrido por los vecinos, que sirvió como punto de observación de la guerrilla hasta el momento del ataque.

Un puesto similar fue ubicado frente al portón de entrada del Batallón 601, y otro unas doce cuadras más al sur, en el cruce de la avenida Pasco y el Camino General Belgrano. Los militantes del ERP observaban los movimientos en el cuartel y sus alrededores notando una gran disminución en la actividad militar del Batallón.

Pasadas las 15 Irurzun, acompañado por el mismo oficial del día anterior, realizó otro chequeo durante el cual no detectó una situación de alerta en el cuartel y proximidades.

Urteaga, instalado en la casa del Mando Táctico en San Telmo, basado en los informes recibidos, decidió llevar adelante el operativo.

En la casa de la Compañía "Juan de Olivera" los guerrilleros fueron informados de que "la acción se hace". Primero debían copar un garage y tomar los vehículos estacionados, con los que se trasladarían a los objetivos asignados para cada equipo.

Cada combatiente anotó en un papelito su verdadero nombre y una dirección o teléfono para avisar en caso de problemas (Aurora escribió el teléfono de una amiga suya en Capital). Todos estos papelitos, doblados en cuatro, serían entregados a los miembros del Frente Legal que tendrían a su cargo los controles de seguridad pos-

teriores a la acción. Si todo salía bien, Aurora con el resto de su grupo tenía que concurrir a una de estas citas a las 22 del mismo día. También, de acuerdo con lo previsto, a cada militante se le entregó entre 300.000 y 400.000 pesos viejos (moneda nacional) para retirarse de la zona en el transporte público al finalizar el operativo.

Antes de partir los guerrilleros hicieron una formación en el comedor, presidida por Hugo Irurzun. El capitán Santiago era un hombre grande, pelirrojo (aunque de poco cabello), con bigotes. Experto combatiente de la Compañía de Monte, durante el combate de Manchalá, el 28 de mayo de 1975, fue herido gravemente por un disparo de FAL entre la rodilla y la entrepierna derechas. Quedó aislado en territorio controlado por el Ejército, pero regresó por sus propios medios al campamento base un día después. Convocado para la acción de Monte Chingolo, llegó a Buenos Aires con una gran dificultad para caminar. Ahora, con sólo una pequeña renguera, de pie frente a los combatientes del ERP, explicó la importancia decisiva de las tareas de contención para el éxito de la gran acción que se realizaría simultáneamente.

Aurora, que estaba en la tercera fila de la formación, observó cómo Irurzun, frente a toda la Compañía, ascendió de rango a un muchacho joven por sus cualidades revolucionarias. Leonardo Adrián Saidón, apodado "Rolo" (por una popular serie televisiva) o también "Cacho", desde ese momento era oficialmente "militante" del PRT.

Después, el segundo de Irurzun hizo una fervorosa arenga para que luego, con la bandera de la Compañía flameando, los combatientes cantaran la marcha del ERP.

Aurora, que sabía que era "algo más" que una de las acciones habituales, vio que listas para entrar en combate había varias muchachas todavía más jóvenes que ella. Recordando aquel momento, le confesó al autor que "yo me sentía muy orgullosa de estar precisamente ahí".

Pasadas las 17.30, los guerrilleros ascendieron a un camión Ford F-300, con una gran parrilla cromada y la caja cubierta por una lona verde, que los esperaba frente al chalet. Irurzun y su segundo en el mando subieron a un auto que de inmediato inició la marcha seguido de cerca por el Ford.

Dentro del camión, Aurora notó que muchos de los combatientes estaban calzados con alpargatas. Ella vestía una remera amarilla

con dibujos rojos, pantalones verdes, zapatos negros, y llevaba la escopeta y una bolsa atada a la cintura con las municiones y granadas. Desde su ingreso al país varios años antes, Aurora había adquirido una nueva identidad como Eva Susana Mercado.

A su lado en el camión, que estaba repleto, se encontraba Norma Concepción Finocchiaro, la "Gringuita". Llevaba vaqueros azules, una remera y dos bandoleras cruzadas sobre el cuerpo con varias granadas cada una, y sostenía en sus manos la escopeta calibre 16 que le habían asignado.

Los dos vehículos irrumpieron a las 18 en un garage parcialmente cubierto, en la esquina de General Pirán y avenida Mitre al 6000, en la localidad de Wilde, a tres cuadras de Cadorna. Los guerrilleros descendieron del camión, varios de ellos con ametralladoras pesadas y cajas conteniendo "granadas vietnamitas": explosivos en forma de cono con base de cemento, una carcaza para el explosivo y las esquirlas adelante. A diferencia de una granada defensiva (para arrojar), la "vietnamita" se apoyaba orientándola hacia un objetivo móvil; era mucho más potente y de gran efectividad para una contención. El armamento fue distribuido entre varios de los nueve vehículos que tomaron en el lugar.

Por radio, Irurzun fue informado de que a la Unidad "Guillermo Pérez" (encargada del ataque principal al Batallón 601) le faltaban vehículos. Inmediatamente, despachó un Fiat 128-L, modelo '74 de color lila, hacia el hotel Molino Blanco en la avenida Pasco, lugar donde se estaba armando el convoy que entraría por asalto al cuartel.

Seguidamente, cada equipo partió a su objetivo utilizando los vehículos restantes. El grupo de Aurora lo hizo en un Torino azul claro, con la Gringuita al volante, la Negra I a su lado y el Gallego II con Eva Mercado en el asiento trasero.

En una de las calles paralelas a Cadorna, poco transitada, se paró el motor del Torino y Norma no lo pudo arrancar. El Viejo, que iba delante suyo, al notar el problema frenó y se acercó caminando lo más pancho a la Gringa, que volaba de los nervios. Con provinciana tranquilidad, el Viejo le explicó: "¡Mirá, hacé así, así, y salís!".

Esta vez no hubo problemas y el Torino arribó a la zona operativa. En el cruce de Cadorna y Camino General Belgrano, la Gringa estacionó y los guerrilleros bajaron. El equipo se dividió en dos grupos: la Negra y la Gringa, luego de operar en el cruce mencionado,

tenían que contener el tránsito por el Camino General Belgrano en dirección hacia Coronel Lynch. Eva Mercado, que había elegido quedarse con el Gallego II, debía poner obstáculos sobre el Camino General Belgrano.

Exhibiendo sus armas, Aurora y el Gallego detuvieron un micro que avanzaba por el Camino General Belgrano. Se subieron y mientras Aurora controlaba al chofer, el Gallego hizo bajar a los pasajeros, indicándoles que se alejaran del lugar. Aurora ordenó el conductor que cruzara el colectivo sobre el Camino General Belgrano. El chofer lo hizo de inmediato. Al mismo tiempo, la Negra y la Gringa detenían y atravesaban un segundo vehículo de pasajeros, cortando el tránsito en la Ruta Provincial 14.

Para bloquear Cadorna, Eva Mercado y el Gallego esperaron la llegada de otro micro por esa avenida. Luego de detenerlo, Aurora ascendió, mientras el Gallego quedaba abajo, cubriéndole la espalda. Eva les dijo a los pasajeros: "Señores: esta es una operación del E-Erre-Pe, bájense por favor y retírense de la zona". Después de que bajó el pasaje, al indicarle en forma muy correcta que cruzase el coche sobre la ruta, el chofer se negó. Aurora insistió: "¡Mueva el micro!".

Mientras tanto el Gallego, que tendría que estar cubriéndola, trataba de dispersar a los pasajeros curiosos que comenzaban a amontonarse.

Aurora dudó. "¿Qué hago? ¿Disparo? ¡Pero éste no es un milico!", pensaba ante la resistencia del chofer, cuando sintió que la tomaban del cuello. Giró la cabeza y alcanzó a ver a su atacante, pero ya era tarde. Era un policía de civil que se había ocultado en los asientos. Mientras la sujetaba del cuello con un brazo, le aplicó un golpe en la cabeza con la culata de la pistola reglamentaria. La guerrillera quedó inconsciente.

El conductor, que estaba al tanto de la presencia del policía, maniobró a todo velocidad, y girando en redondo se retiró por Cadorna hacia Wilde. El Gallego alcanzó a ver a un hombre armado en lugar de Aurora, mientras el micro se alejaba.

Cuando Eva Mercado recuperó el conocimiento, el colectivo ya estaba llegando a la Comisaría de Wilde, donde el policía de civil la obligó a bajar. "Con todos los fierros que llevaba encima, ya me estaban puteando desde que entré", recuerda Aurora. Una mujer policía le gritó: "Y vos, desecho humano, ¿qué hacías allá?". Sin embar-

go, por un buen rato no le prestarán demasiada atención. Desde el rincón donde la colocaron esposada y amarrada, Eva Mercado notará el gran movimiento en la dependencia policial: como las demás comisarías de la zona, se había mantenido a la espera del inicio del ataque.

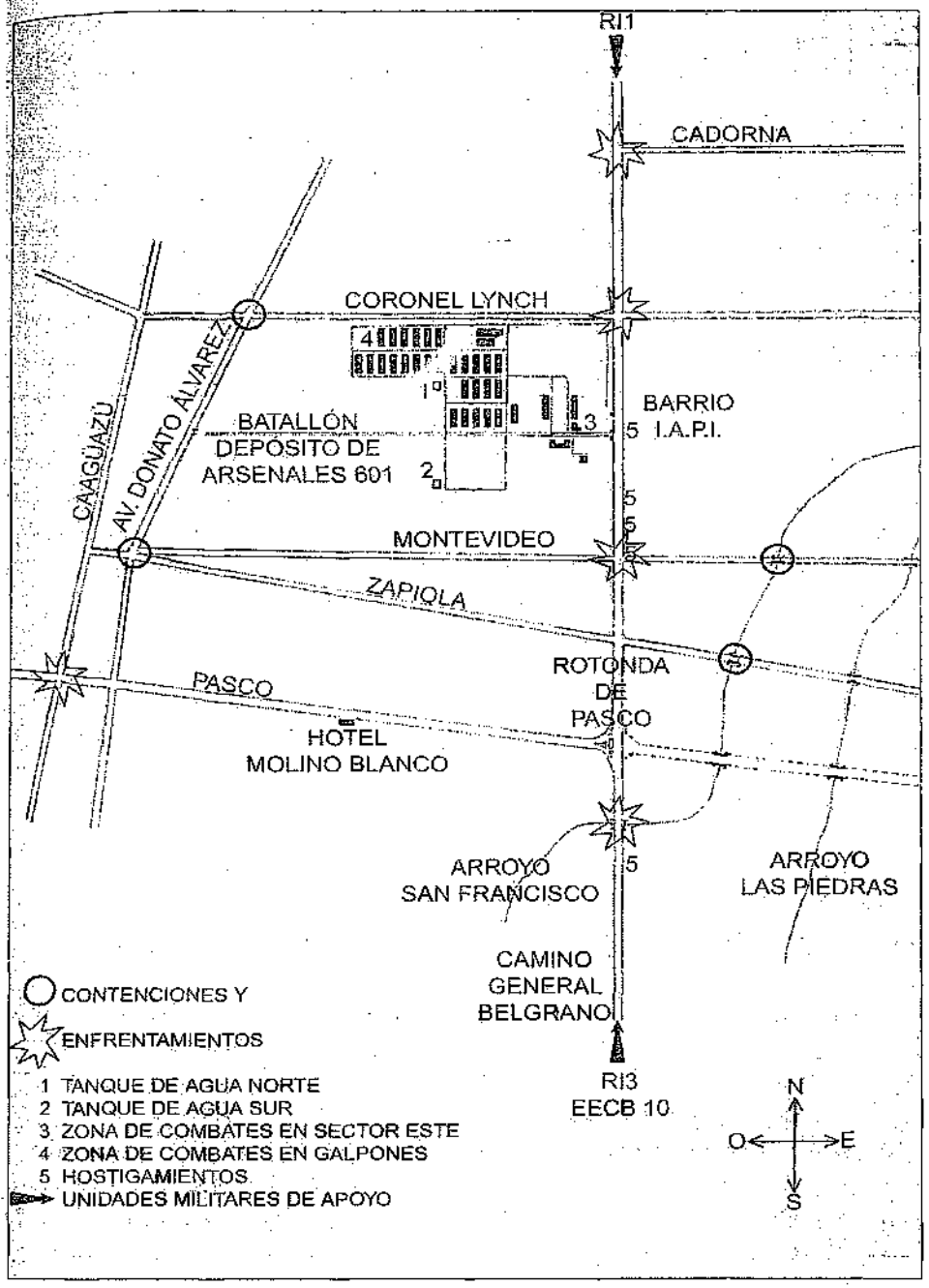
En esa y otras seccionales de la zona Sur se escuchaban las comunicaciones radiales que ya informaban de los desplazamientos guerrilleros. "Los subversivos del puente 'X' se están escapando", informaba un móvil, a lo que seguían distintas órdenes para las unidades de la Policía provincial que aguardaban para entrar en acción. Eva escuchó también que varios helicópteros sobrevolaban la zona. "Ellos se informaban por la radio de nuestros movimientos". Estaba sorprendida por la rapidez de la respuesta represiva.

En Cadorna y General Belgrano, mientras tanto, los tres combatientes restantes, muy nerviosos por la caída de Aurora, completaban el bloqueo del cruce. La Negra 1 y la Gringa detuvieron otro micro por Cadorna y lo cruzaron sobre la avenida. En el Camino General Belgrano ya había tres colectivos que cerraban totalmente el paso.

Las dos guerrilleras fueron entonces a la estación de servicio YPF ubicada en la esquina noreste del cruce y, tras *apretar* a los encargados, se llevaron dos latas de veinte litros de combustible cada una. El Gallego dispersaba a la gente, amenazándola con su escopeta. Los comerciantes cerraban sus negocios mientras los combatientes gritaban: "La cosa no es con ustedes, no se asusten".

Por último, rociaron con nafta los cuatro micros y les prendieron fuego. Mientras los colectivos empezaban a arder, subieron al Torino y a gran velocidad avanzaron por el Camino General Belgrano hacia el sur. La contención de la avenida Cadorna quedó a cargo del destacamento de observación llegado por la mañana. Poco antes, los guerrilleros de ese "puesto de venta callejera" extrajeron del camión armas largas, granadas de mano y un radiotransmisor que tomó en sus manos la única mujer del grupo.

El Torino azul claro se detuvo a las cuatro cuadras, en el cruce con la calle Víctor Hugo, en la parada terminal de la línea 189 de colectivos. Allí, a las 18.35, la Negra y el Gallego asaltaron al chofer Argimiro Gándara, que descansaba en un micro Mercedes Benz —el


RI1
CADORNA
CORONEL LYNCH
AV. DONATO ÁLVAREZ
CAAGUAZÚ
BATALLÓN
DEPOSITO DE
ARSENALES 601
BARRIO
I.A.P.I.
MONTEVIDEO
ZAPIOLA
PASCO
ROTONDA
DE
PASCO
HOTEL
MOLINO BLANCO
ARROYO
SAN FRANCISCO
ARROYO
LAS PIEDRAS
CAMINO
GENERAL
BELGRANO
RI3
EECB 10
CONTENCIONES Y
ENFRENTAMIENTOS
1 TANQUE DE AGUA NORTE
2 TANQUE DE AGUA SUR
3 ZONA DE COMBATES EN SECTOR ESTE
4 ZONA DE COMBATES EN GALPONES
5 HOSTIGAMIENTOS
UNIDADES MILITARES DE APOYO
N
O
E
S

interno 44 de la línea— mientras escuchaba la música proveniente de una disquería vecina. Los guerrilleros lo obligaron a ir hasta el cruce de General Belgrano y Coronel Lynch, donde comienza el predio que ocupaba el Batallón de Arsenales 601.

En esa esquina ya se encontraba, desde las 18.10, un equipo de hostigamiento de cuatro integrantes, con quienes habían compartido el acuartelamiento previo, y que habían llegado en un Ford Falcon celeste, otro de los vehículos tomados en el garage de General Pirán y avenida Mitre.

Cruzando Coronel Lynch, colocaron al colectivo al costado del Falcon, obstruyendo la ruta provincial, y luego dejaron ir al conductor. En el lugar había otro coche, con más insurgentes, que se desplazó a otro sector para hostigar los puestos de guardia del cuartel. Los setecientos metros entre las dos contenciones del Camino General Belgrano controlados por el ERP eran un hervidero de actividad rebelde. El grupo de la Negra volvió hacia Cadorna para tomar más vehículos y reforzar el bloqueo del cruce en Coronel Lynch.

A las 18.50, los guerrilleros que cortaban el Camino General Belgrano vieron que avanzaba una columna de autos y camionetas, a unos quinientos metros al sur de Coronel Lynch. De pronto los vehículos giraron a la izquierda y penetraron, uno tras otro, en el Batallón, mientras se escuchaban estampidos y el tableteo ininterrumpido de ametralladoras. La Unidad "Guillermo Pérez" había comenzado el asalto del cuartel.

María, una chica de 10 años, se asomó a la puerta de su casa en Yapeyú y Camino General Belgrano, a unos ochenta metros de Coronel Lynch. Vio a la Negra, la Gringa y el Gallego que corrían y gritaban entusiasmados: "¡Ganamos! ¡Ganamos! ¡Entramos, papito!".

Conduciendo de La Plata a Capital un ómnibus Mercedes Benz de la línea 129, interno 30, Víctor Hasday se desvió del recorrido habitual para evitar el congestionamiento en el Camino General Belgrano (provocado por otra contención guerrillera). Retomando luego la ruta provincial, llegó a la intersección con la avenida Los Quilmes (Montevideo), donde tuvo que hacer una brusca maniobra para evitar a una pickup de color borravino que cerraba el paso. Al avanzar por el Camino General Belgrano, escuchó disparos que provenían del Batallón, ubicado a su izquierda. Al pasar frente al cuartel,

vio a un grupo de unos cuarenta civiles (eran los guerrilleros atacantes) que, cuerpo a tierra en el pasto, unos cincuenta o setenta metros dentro de la unidad, se enfrentaban con el Ejército. Eran las 19.35.

Siguiendo de largo, vio que un micro cruzado sobre el camino le cerraba el paso. Delante del colectivo, dos civiles armados (el Gallego y la Gringa) lo obligaron a frenar. El guerrillero hizo bajar a la docena de pasajeros y los hizo entrar en una galería comercial, mientras que la muchacha le decía: "Quédese tranquilo y espere".

En ese lapso, fue copado otro micro. Pasados quince minutos, el Gallego y la Gringa subieron al ómnibus de Víctor Hasday y lo hicieron volver una cuadra al sur, para que la Gringa pasase al micro de adelante, donde estaba la Negra. Después, los dos colectivos retomaron hacia el sur. Al llegar a Coronel Lynch, el Gallego hizo que Hasday cruzara su ómnibus sobre el Camino General Belgrando. Lo mismo hicieron con el otro colectivo, cerrando completamente el paso. Luego le indicaron al asustado chofer que también cruzara el colectivo de la línea 189 copado con anterioridad. Sin embargo, al escucharse una sirena policial, el Gallego le gritó: "¡Rápido, rajá de acá!", mientras los guerrilleros se parapetaban detrás de los vehículos. Tímidamente, los móviles policiales se hacían ver por Coronel Lynch y también por Cadorna, tiroteándose con los insurgentes desde lejos y sin mayores resultados.

Los rebeldes finalmente prendieron fuego a los tres colectivos de la contención en Coronel Lynch, que explotaron en llamas.

Por el descampado que existía frente a su casa en la calle Yapeyú, María vio que un grupo de chicos y chicas armados avanzaba hacia Coronel Lynch. Mientras se colocaban cuerpo a tierra para combatir, los guerrilleros les gritaban, a ella y otros curiosos: "¡Métanse adentro de sus casas!".

El puente Avellaneda

A las 19.15, un suboficial del Comando del Primer Cuerpo de Ejército llamó por teléfono al RI 1 "Patricios", para que se alertase a la Sección Retén de la unidad. Desde el día 21 que la unidad estaba preparada como refuerzo del Batallón "Domingo Viejobueno". Al mando del teniente Rubén Chenlo, constaba de un pelotón coman-

do dividido en cuatro grupos (uno de apoyo), cada uno de ellos al mando de un cabo primero, con armamento que incluía "Instalazas" y un cañón Oerlikon montado en un vehículo Unimog, que era utilizado para cambiar rápidamente de posición.

Quince minutos después, el mayor Felipe Jorge Alespeiti, segundo jefe del RI 1, le comunicó al coronel Varangot, del Comando del Primer Cuerpo de Ejército, que la Sección Retén estaba alistada. A las 19.25, la Guardia de Prevención del RI 1 recibió una comunicación urgente del jefe de guardia del Batallón Depósito de Arsenales 601 solicitando que "se envíen efectivos porque el Batallón se encuentra cercado por delincuentes subversivos y se combate por el fuego" (sic).

Al estar todas las líneas telefónicas ocupadas, el jefe de la Sección Retén recibió por la Motorola de su vehículo el parte del Comando del Primer Cuerpo de Ejército que decía: "Las unidades alistadas salen e informan a este Comando a medida que lo hacen". Enterado, el mayor Alespeiti ordenó al teniente Chenlo "dirigirse por el camino previamente ordenado y aniquilar a los delincuentes subversivos localizados según propia iniciativa o a orden del Cuerpo de Ejército 1 de acuerdo a la situación. A partir de este momento recibe ordenes del Cdo. Cpo. Ej. 1 por intermedio de la radio Motorola".

Un minuto después, la Sección Retén salía para cumplir con su misión. Al informarle de la partida de la unidad, el segundo jefe del RI 1 le comunicó al coronel Varangot que también estaba preparada otra sección para operar.

El "camino previamente ordenado" citado por el segundo jefe del RI 1 había sido establecido dos días antes y contemplaba acceder a la zona de operaciones cruzando el Riachuelo por el puente Nicolás Avellaneda.

Después de un acuartelamiento de dos días, una escuadra de la Compañía "Juan de Olivera" compuesta por seis hombres y dos mujeres, con un jefe con el grado sargento, partió hacia Dock Sud, partido de Avellaneda, para colocar una contención en el "puente 1", según la numeración de Ledesma.

Se desplazaron en tres vehículos: un Peugeot 404D gasolero, de color celeste, seguido por un Torino y un Renault de color claro. A los autos, robados con anterioridad (por ejemplo, el Peugeot fue sus-

traído el 30 de noviembre en La Plata), se les había cambiado la placa patente en un taller de la logística erpiana.

Los combatientes estaban armados con FAL, escopetas calibres 16 y 28 para caza menor y pistolas. También llevaban "cócteles Molotov", bombas incendiarias fabricadas con botellas de aceite cargadas con alquitrán y nafta. Algunos de los guerrilleros tenían bandoleras de fabricación casera para llevar granadas. Estas últimas estaban hechas con potes de plástico con 150 gramos de gelamón, un material de alto poder explosivo, y eran accionadas por un detonador en forma de mecha de retardo.

A las 19.45, el Peugeot 404 que encabezaba el convoy llegó desde el Gran Buenos Aires al puente Nicolás Avellaneda y se detuvo a 250 metros antes de la mitad del mismo. Cruzándose transversalmente, obstruyó el paso de un camión tanque Mercedes Benz con acoplado cisterna que llevaba 30.000 kg de boranol. Cuatro guerrilleros descendieron del Peugeot y dos de ellos se acercaron a Humberto Caccia, conductor del Mercedes. Uno lo conminó: "¡Bajate rápido del camión que lo vamos a volar!". El otro se puso al volante pero no pudo maniobrar, por lo que le ordenaron al chofer que lo cruzara sobre el puente, obstruyendo también la calzada que va de Capital en dirección a provincia. Mientras se retiraba de la zona, Caccia vio que uno de los insurgentes le disparó a las gomas del lado derecho.

Los demás guerrilleros, que habían estacionado sus vehículos detrás del Peugeot, se dividieron para operar sobre ambos sentidos del tránsito.

Al cruzarse sobre el puente, el camión obligó a detenerse a un colectivo Mercedes Benz de la línea 159 (interno 65), proveniente de Avellaneda. Un guerrillero obligó al chofer y a los pasajeros a descender y dirigirse a la bajada del puente en dirección a la provincia, mientras otro insurgente disparaba sobre los neumáticos traseros.

Un hombre y una mujer, parados frente al camión con armas largas, obligaron a detenerse también al chofer del micro de la línea 96, interno 13, proveniente de Capital, al que obligaron a descender con el pasaje y dirigirse al final del puente. Un guerrillero cruzó el colectivo, obstruyendo el paso de más vehículos en ambos sentidos.

En el Destacamento de Camineros N° 36 de la Policía provincial, ubicado a doscientos metros de la contención en dirección a la Capital, poco antes del Riachuelo, notaron el entorpecimiento del trán-

sito. El cabo Hugo Caldez fue comisionado para trasladarse al lugar. El suboficial detuvo a una camioneta Ford F-100 de color blanco y le pidió a su conductor, Benjamín Núñez, que lo llevase a la zona del congestionamiento.

Mientras tanto, el conductor de otro colectivo de la línea 159, interno 2, proveniente de Provincia, se paró detrás del interno 65, cuyo chofer le dijo "Rajemos que son del ERP".

Una rural Ford Falcon que provenía de Capital fue detenida por otros dos guerrilleros, uno de los cuales obligó a su conductor a atravesar el vehículo para luego dispararles a los neumáticos. Roberto Pedraza, que venía detrás de esta rural manejando una pickup Chevrolet celeste, se vio obligado a parar. Al detenerse, observó que un civil armado se le estaba acercando, por lo que se arrojó al piso de la camioneta. Paralizado por el terror escuchó los disparos a las gomas del vehículo. Al rato, sintió que alguien golpeaba a la puerta de su pickup. Vio al mismo guerrillero que, para gran felicidad de Roberto, lo dejó salir y retirarse.

En ese momento, la camioneta Ford F-100, con el cabo del destacamento caminero, se detuvo a unos cien metros de la zona de contención. Calvez vio que dos hombres con armas largas vigilaban el acceso. El cabo le dijo al conductor que siguiera adelante. Núñez, al estar obstruido el paso, tomó de contramano y se detuvo a treinta metros del camión tanque, inmediatamente detrás de la pickup Chevrolet.

Uno de los centinelas del ERP, un joven de 20 años, delgado, rubio de ojos celestes, vestido con vaqueros y una camisa suelta de manga corta, se acercó a la camioneta. Sorprendido al ver sentado en la cabina de la camioneta al policía uniformado, abrió fuego con su FAL, acribillando el parabrisas y la ventanilla de la puerta derecha del vehículo. El policía cayó de la pickup al asfalto gravemente herido en la región temporal y el hemitórax izquierdo. El insurgente, luego de sacarle la pistola Ballester Molina 11,25 mm reglamentaria al herido, fue hacia el lado izquierdo de la camioneta y le preguntó a Núñez:

—¿Vos también sos cana?

—No, yo no tengo nada que ver. Lo único que hice fue traerlo acá porque me lo pidió.

El guerrillero le disparó otro tiro al policía, por debajo de la ca-

camioneta, con la pistola que acababa de sacarle. El segundo centinela mientras tanto, efectuaba disparos a los neumáticos de los distintos vehículos, incluida la Ford F-100. En ese momento el sargento del ERP ordenó la retirada y los insurgentes subieron a sus vehículos. El Peugeot 404 gasolero no arrancó, por lo que fue abandonado. En los dos vehículos restantes la escuadra se replegó en dirección a la provincia.

Benjamín y otros dos automovilistas socorrieron al herido, que fue llevado en una camioneta Citroën al hospital Argerich. Después, el cabo Calvez fue trasladado al Churruca, donde, pese a la gravedad de sus heridas, salvará la vida y se repondrá.

Poco antes de las 20 llegaron cinco patrulleros. Ya el puente Nicolás Avellaneda estaba obstruido por un gigantesco congestionamiento de tránsito. Los agentes observaron que dentro del Peugeot 404 los guerrilleros habían dejado abundante munición (130 proyectiles), dos bombas Molotov y dos bandoleras con tres granadas de gelamón. Ante la sospecha de que los demás autos que obstruían el paso tuviesen explosivos o trampas "cazabobos", los policías resolvieron no moverlos de su lugar y llamaron a la Brigada de Explosivos 2161 de la Policía Federal. Mientras tanto irían descongestionando el tránsito sobre el puente.

A las 20.30, la Sección Retén del RI 1 "Patricios" llegaba a la zona. Su jefe recibió una información de la Policía provincial según la cual el puente estaba bloqueado por colectivos con explosivos en su interior. El teniente Chenlo ordenó igualmente seguir la marcha hacia el objetivo. Circulando con dificultad, cruzó la abandonada contención por una brecha entre uno de los colectivos y el costado del puente.

La represión

Para entonces ya había empezado el ataque de los efectivos de la Policía de la Provincia de Buenos Aires contra la contención del ERP en Cadorna y Camino General Belgrano.

El comisario mayor Ubaldo Víctor Stella, a cargo del procedimiento al mando de trece hombres, informará posteriormente que los "extremistas habían incendiado cuatro colectivos de distintas lí-

neas y con ello formado una barrera de contención, ante la cual debieron detenerse los efectivos, originándose un violento intercambio de disparos, con los extremistas que defendían esa posición".

Superados en número y armamento, los guerrilleros lograron, con un modesto arsenal y gran derroche de valor, detener el avance de la policía durante más de quince minutos.

Norma Finocchiaro disparaba su escopeta detrás de uno de los micros incendiados, cuando sintió un fuego que le quemaba la pierna: un tiro le había impactado en la rodilla derecha y se desplomó sobre el pavimento. Algunos de sus compañeros se acercaron para socorrerla. Con todos los accesos copados por la policía, ya no había posibilidad de evacuarla en un vehículo hasta un puesto sanitario del ERP. Superados por el accionar policial, la Negra ordenó emprender la retirada, llevando a la herida, hacia la zona de la siguiente contención.

Allí, en el cruce de Coronel Lynch y Camino General Belgrano, los guerrilleros se hicieron fuertes y pocos minutos después resistieron con éxito un nuevo ataque de las fuerzas policiales. Disparando desde la contención y desde las ventanas de modestas viviendas del lugar, los combatientes del ERP mantuvieron la posición.

Durante los dos enfrentamientos fueron heridos el sargento Omar Fernández Ceballos, el oficial ayudante Juan Carlos García y el agente Enrique González, de la Unidad Regional II de Lanús de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.

Pocos minutos después, el tiroteo cesó, manteniendo ambos bandos sus posiciones. Sólo se oía a lo lejos el sonido de los disparos en el Batallón 601. Comenzaba a oscurecer y varios helicópteros en vuelo rasante iluminaban el área en búsqueda de guerrilleros. En ese momento, el grupo insurgente decidió dispersarse. La Negra y el Gallego lo conseguirán, mientras que la Gringuita se quedará escondida en la zona, ya que, imposibilitada para moverse, no logró alejarse lo suficiente, quedando indefensa y expuesta a ser capturada.

Un vecino dirá posteriormente que vio a varios de los guerrilleros durante la retirada, cuando pasaban corriendo cerca de su vivienda. "Se metieron por entre las casas, incluso rompieron todo el gallinero, y se perdieron por los fondos de otras casas".

María, ahora una mujer de 36 años de edad, recuerda que varios civiles armados se escaparon desde el Camino General Belgrano y Coronel Lynch en dirección noroeste, hacia el barrio Santa María.

"Un helicóptero que volaba muy bajito los iluminó y les disparó en el cruce de las calles Yapeyú y Coronel Burelas", a cien metros del cuartel. Las ráfagas de MAG "hirieron a una señora con un bebé en brazos, que quedaron tirados en la calle. Los jóvenes armados corrieron por entre las casillas y desaparecieron. Yo me fui en ese momento. Cuando volvimos a las siete de la mañana, vimos que los techos parecían coladores por los tiros, y las paredes estaban llenas de buracos".

Desplazándose por el Camino General Belgrano, la Sección Retén del RI 1 llegó a las 21.20 al cruce con la avenida Cadorna. Mientras los efectivos descendían de sus vehículos, la Policía le informó al jefe militar que los guerrilleros se encontraban en las casas adyacentes al cruce de Coronel Lynch y Camino General Belgrano, y que habían colocado explosivos en los tres colectivos incendiados.

El teniente Chenlo ordenó operar sobre las casas. A las 21.30, con fuego de ametralladoras MAG y proyectiles fragmentarios antitanque (PAF) disparados por FAL, se iniciaba el ataque militar.

Durante quince minutos dispararon contra "la posición que ocupaban los delincuentes subversivos". Las solitarias casas quedaron totalmente destruidas y los vehículos (tres ómnibus y dos autos), acribillados a tiros y volados. Las tropas reanudaron luego el avance por el Camino General Belgrano, ya frente al predio del cuartel.

Desarticuladas las dos contenciones, la unidad del Ejército, con el apoyo de los helicópteros, procurará aniquilar a los guerrilleros de la unidad "Guillermo Pérez" que intentaban replegarse, mientras continuaba su marcha hacia el portón de entrada del Batallón "Viejobueno".

El cautiverio de Aurora

Ninguno de los guerrilleros del grupo de contención en la avenida Cadorna asistió al control de seguridad de las 22. Recién en la mañana del día 24, la Negra I y el Gallego II se pusieron en contacto con los compañeros del Frente Legal, después de haber logrado replegarse de la zona de operaciones tras varias horas de corridas y

marchas, ocultándose de las patrullas policiales y los focos de los helicópteros. Ellos sobrevivieron. ¿Y la Gringuita? ¿Y Aurora?

Durante la noche, la Gringa Finocchiaro permaneció oculta en la zona, en la humilde vivienda de una familia que la cobijó. Entre tanto, a Eva Mercado la trasladaban de la Comisaría de Wilde a la Unidad Regional II de Lanús, donde personal de civil del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército le efectuó un primer interrogatorio. "'¿Sos del ERP? ¿Qué hacías por ahí?', me preguntaron. 'No me acuerdo', decía yo. Fui muy parca respondiendo".

Aurora fue llevada a una celda donde pasaría la noche. Los agentes de inteligencia, por su parte, decidieron después del "fracasado" interrogatorio que la prisionera merecía otro tipo de tratamiento.

A Eva Mercado la despertaron en la mañana del 24 desde la celda vecina, donde estaban los presos comunes. En voz muy baja le dijeron: "Compañera, compañera, ¿sabe lo que pasó? ¡Los mataron a todos!".

"Conversé con ellos durante todo el día porque ellos sabían y me contaban lo que pasaba".

Por la tarde le tomaron unas fotos y después "me sacaron de ahí y me llevaron a un cuartel. Primero fuimos en un auto hasta que paramos en algún lugar. Los policías me hicieron bajar. 'Bueno, caminá por aquí', me dijeron. A pesar de que estaba vendada vi que el piso cambiaba, era tierra, estábamos en un bosque o algo así. 'Bajá la cabeza, que si no, te vas a golpear', me dijo otro cuando me subieron a un jeep. ¡Me habían entregado a la gente del Ejército!

Después de un camino largo llegamos al cuartel el 24 a la noche. Me pusieron en una celda y después me sacaron a torturar. Ahí me dieron con lo normal, que era la electricidad, la 'picana', el 'submarino' y los golpes".

Al más activo de los torturadores, sus colegas lo llamaban "el Viejo". Había también un médico que periódicamente auscultaba a Aurora para que "no se les fuera".

"El tratamiento fue ese y duró varios días. Estaba todo el tiempo vendada. Me preguntaban '¿Dónde están las armas?', y yo decía que no sé, que no sabía de lo que me estaban hablando, que yo sólo estaba pasando por ahí. Sabía que eso tenía *patas cortas*, pero para mí lo fundamental era ganar tiempo.

Ellos me preguntan '¿Cómo era la casa?', entonces yo me imagino una casa 'de novela' y les digo: 'La casa es así y así'. Entonces ellos te dan más picana, porque saben que la casa no era así, y te dicen: '¡No!, la casa es así, y aquí había un teléfono y allá había unas fotos de los niños'. Entonces te preguntás '¿Pero cómo saben que ahí había fotos de los niños?', y después te dicen que 'De ahí saliste en un camión', y en esos segundos te preguntás '¿Cómo sabían que salimos en un camión?'. Entonces ahí, ¿qué hacés?

Ellos me preguntaban también quién era mi responsable, pero hacían hincapié en dónde había más armas. Hasta el último momento me preguntaban lo mismo. 'Dónde había más armas' era lo que más les interesaba y 'quiénes eran mis responsables'.

Aparte, el lenguaje que usaban los torturadores era de una vulgaridad impresionante. Ellos pensaban que los guerrilleros cogen todos, unos con otros'. Te decían: '¿Quién es tu responsable? ¿Y te cogía?', o también preguntaban '¿Y en la casa cogieron ustedes?'".

En el cuartel estaban prisioneros Aurora y "un tipo campechano de 40 o 45 años, de físico grande. El hombre estaba ahí porque a su casa habían ido a buscar a su hija y, como no la encontraron, se lo llevaron a él. Cuando lo devolvían a él después de la tortura, me sacaban a mí, y así estuvimos varios días. Me sacaban vendada, también vendada me sacaron al baño, pero sólo dos veces.

"Venían después los soldados a hacer fiesta conmigo", dice la ex combatiente, ahora con los ojos húmedos. Después de un largo silencio, Aurora continúa con su relato. "Los tipos venían y te tocaban, ahí no tenían control. Se metían dos o tres soldados, con uniforme, en la celda. Esos tipos estaban drogados o algo así, porque yo lo vi a uno que tenía los ojos rojos y no olía a alcohol. Era uno de los que me trasladó. Estás vendada pero siempre hay algún momento en que ves algo. Otro era un rubio, que por la forma como era, como hablaba, no era un soldadito así nomás, ¿no?

Aproximadamente fueron siete u ocho días de picana, picana, picana, submarino, golpes...

Después, lo que yo hacía era fijarme. Yo, en el estado en que estaba, me paraba y miraba. Era un pasillo largo, había varias celdas y también unos tragaluces. Entonces yo trataba de mirar por ahí, ¡quería saber dónde estaba! Sólo se escuchaban los pájaros y el vuelo de aviones. No era un gran ruido, serían avionetas. No aterrizaban ahí, pero estaban en algún lugar cercano". Podría ser que haya estado en

el Regimiento de Infantería 3 de La Tablada. También es probable que las avionetas pertenecieran al cercano Club Universitario de Aviación.

"Después de siete u ocho días de tortura, no me daban agua, ¡nada! Ellos sabían que con la electricidad recibida, el cuerpo cargado eléctricamente más agua, la persona muere. Igual, cuando yo pedía agua, el viejo campechano me decía '¡Cállese, cállese, no pida!'. Yo estaba en la primera celda y él como en la última. En el medio, nadie; sólo éramos dos.

Habré tenido una pausa de uno o dos días y ahí, antes de salir, me volvieron a dar. Después me hicieron firmar un papel, que no me dejaron leer, y de ahí me llevaron a la Comisaría de La Tablada. Esto era ya a mediados de enero de 1976 y todavía no estaba legalizada.

Cuando llegué, me metieron en una celda del segundo o tercer piso y un médico me revisó. Hubo otra pausa de dos o tres días que aproveché para dormir. ¡Yo dormía muchísimo! Quería agua también, pero no me dieron.

En otra celda estaba detenido un compañero. Él me hablaba (yo no lo veía), pero pensé que tenía que tener cuidado, 'no vaya a ser que sea de los mismos'".

Después de aquellos días de pausa, a Aurora la sacaron de su celda para llevarla, con los ojos vendados, a la planta baja, "y ahí me dan otra vez. Me preguntan las mismas cosas, y después me mandan de nuevo arriba y me dejan.

Posteriormente me llevan a una oficina para tomarme los datos. Ahí, el tipo que escribía me habló: '¡Después de lo que ustedes hacen, nosotros tenemos que luchar, por la Patria!'. Me dio como un discurso: '¡Nosotros estamos defendiendo a la Patria!'. Yo entonces le dije: '¡Si en realidad lo que ustedes hacen estuviese bien, yo no estaría aquí, así como estoy, además de atada, vendada y sedienta!'

Entonces me sacó la venda de los ojos y me dijo: 'Mirá, para que me conozcas, veas mi cara, porque yo no hice esto, ¡yo no te toqué!'. Con todo lo que me habían hecho, yo pensé entonces: 'Me mostró su cara, quiere decir que éstos me van a matar'. El tipo me mandó a la celda otra vez, y ya de ahí no me sacaron más.

Una vez, en la Comisaría de La Tablada hubo que limpiar las celdas. Me dicen que limpie mi celda y la del otro compañero, el que me

había hablado al principio. Estaba feliz porque me podía mover y yo ahí pude ver al compañero. Lo sacan y lo hacen sentar con la cabeza entre las piernas. Me dijo apenado que su hijito estaba enfermo. No tenía mucho pelo, pero el que tenía era ondulado y negro. La cara no le vi, así como estaba yo sólo podía verle la cabeza. Mucho después, ya estando en la carcel, hablé con Perla Waserman, quien cayó presa con la sobrina de Santucho, Graciela. Perla era una mujer grande que colaboraba con el PRT. Su yerno estaba desaparecido y había estado en Monte Chingolo. Por lo que hablamos, supuestamente, el muchacho que yo vi en la Comisaría era el yerno de Perla Waserman.

En los últimos días de enero de 1976 me llevaron al penal de Olmos. Fui legalizada con mis documentos falsos y puesta a disposición del PEN [Poder Ejecutivo Nacional]. Varios años después fui expulsada del país. Yo estaba con documentos falsos, y me detienen y después me legalizan con documentos falsos y más tarde, cuando descubren mi verdadera identidad, me legalizan con mi nombre verdadero". Es posible que mientras estuvo desaparecida, Eva Susana Mercado haya salvado la vida gracias a esa confusión inicial. Durante su reclusión llegaron incluso a tomar lista a los detenidos y Aurora fue nombrada en dos oportunidades, con sus dos identidades paralelas. No sólo confundió a la inteligencia militar, que no logró asociar a una con la otra. El ERP, hasta su disolución, reclamó incansablemente por la vida de su combatiente desaparecida Eva Susana Mercado.

La ex combatiente hasta el día de hoy mantiene su verdadera identidad en reserva. De su pasado permanecen solamente los rasgos y acentos, propios de la nación fronteriza de la que proviene. Después de muchos años, logró reencontrase con su hija. Actualmente vive en Europa, donde ha logrado reconstruir su vida.

Los relatos del acuartelamiento de la Compañía "Juan de Olivera" del ERP y de las contenciones sobre el Camino General Belgrano se basan en conversaciones del autor con Aurora y otros ex militantes, y con vecinos de la zona.

Datos sobre el accionar de la Sección Retén también han sido tomados del *Libro Histórico del Regimiento de Infantería 1 "Patricios", año 1975.* Sobre los hechos del puente Nicolás Avellaneda, además se consultó la Causa 82090/75 del Juzgado N° 1 de La Plata.

Capítulo 11

Del Camino de Cintura al arroyo San Francisco

En marzo de 1975, a raíz del acelerado crecimiento del ERP, su regional Buenos Aires debió dividirse en tres: Capital, Norte-Oeste y Sur. Esta última abarcaba una zona densamente poblada, desde Avellaneda y Lomas de Zamora hasta La Plata, Berisso, Ensenada, Mar del Plata y Necochea. Estaba dirigida por un Secretariado integrado por los cinco responsables de los frentes de actividad. La responsabilidad política la tenía Carlos Viñas ("Fermín"); hasta su secuestro, Jorge Omar Arreche ("Emilio") estaba a cargo de la militar; Alejandro Bulit ("Juancito") era el responsable de propaganda, mientras que Hugo Colautti y Daniel De Santis dirigían los frentes Legal y Sindical, respectivamente. De una u otra forma, el Secretariado completo participó del operativo relacionado con el ataque al Batallón "Viejobueno". Los miembros que no habían sido convocados para la acción solicitaron ser incluidos y el mando guerrillero les encargará el cumplimiento de tareas militares a todos ellos.

Fermín y Juancito estarán en la casa de acuartelamiento para los grupos de contenciones periféricas, mientras que Hugo Colautti será destinado a bloquear un puente sobre el Riachuelo.

Concentración en Lomas

En una reunión a mediados de diciembre de 1975, Daniel De Santis le informó a Benito Urteaga que no conseguía lugar para el próximo encuentro de la Mesa Sindical Nacional, ya que todas las casas estaban utilizándose para "algo". Mariano le comentó que sería necesario postergar el encuentro y que en un par de días Hugo Irurzun ("Santiago") iría a verlo.

El capitán Santiago, jefe de Operaciones del ERP, le pidió a De

Santis que consiguiera una casa para concentrar a una escuadra guerrillera. Daniel consiguió una vivienda en Lomas de Zamora con garage, tres habitaciones y buen fondo para un caso de repliegue. La casa se la había pedido a su suegra, sin decirle para qué sería utilizada. La mujer, separada, vivía allí con sus hijas ("Gata" y S.) y un nieto, hijo de Daniel.

Era el 19 de diciembre y el levantamiento del brigadier Capellini entraba en su segundo día. Santiago le comentó con preocupación que "esto puede complicar todos nuestros planes, los movimientos de tropas, los refuerzos de las guardia". De Santis entendió que estaba en preparación "algo muy grande" y le dijo:

—Che, yo no quiero que me cuentes nada, pero me gustaría participar.

—Sí, bueno, yo le voy a decir a Mariano. La verdad es que viene bien, porque desde la caída de Pedro, todo está complicado.

Dos días después, Santiago y Daniel llevaron *tabicados* a ocho guerrilleros a la vivienda donde se acuartelaron.

Esa noche Irurzun se quedó a comer unas empanadas. "Cada vez que pasaba por la puerta de entrada de la casa se tenía que agachar. Medía casi dos metros", recuerda la suegra de Daniel. "Además, rengueaba por una herida que tuvo en Manchalá", añade la "Gata". Santiago le informó a Daniel que operaría junto con la escuadra acuartelada, cuyo jefe era el sargento "Javier". Luego le indicó la tarea:

—Ustedes tienen que cortar dos posibles accesos de refuerzos militares. El primero es el puente del Camino de Cintura a la altura de Lomas, y una vez que tapan ese camino, agarran para la Ricchieri y ahí cortan el primer puente con que se cruzan. —Les había confiado la tarea de cerrarle el paso al Regimiento de Infantería 3 y al Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada 10 de La Tablada. Sin embargo, Santiago confiaba en que no iban a enfrentarse con unidades tan fuertes: —Calculamos que a lo sumo se van a topar con algún patrullero. Hasta que se moviliza una unidad del Ejército pasa demasiado tiempo y ustedes a esa altura ya se habrán retirado, volviendo cada uno a su zona, y los compañeros que van al objetivo principal, también.

La primera contención sería en el "puente 8" del plan de Ledesma. Era una estructura de setenta metros de largo y quince de an-

cho, localizada en el Camino de Cintura y Florida, sobre la rectificación del río Matanza. Luego tendrían que cortar un puente más chico (el "P-9" del plan), sobre el río Matanza, ubicado en el mismo camino hacia el norte, unos seiscientos metros antes del Puente 12 de la Autopista Ricchieri.

Era casi de mañana cuando Irurzun se despidió de Daniel deseándole suerte.

En la casa de Lomas, la familia convivió bien con los nueve militantes. Como nadie se conocía y no podían llamarse por sus nombres, entre mate y mate, la suegra les fue poniendo uno nuevo a cada uno de los "invitados".

"Había uno muy petisito al que le decían 'comandante'. Era el que cocinaba la pizza y hacía el pan. Eran unos pancitos tan duros que rebotaban en el suelo como pelotitas. A ése yo le puse Ramón". Otro de los combatientes era un morocho que había estado en Tucumán. La policía lo había detenido porque sospechaba que pertenecía al ERP. A la "Gata" le sorprendió que él dijera, refiriéndose a sus captores, "¡Igual a nosotros nos quieren!".

Por la tarde recibieron una visita inesperada. Llegó el ex marido de la dueña de casa. Durante varias horas los militantes se encerraron en una de las piezas y se quedaron sin moverse y en absoluto silencio hasta que el "suegro", sin sospechar nada, se retiró.

A las 7 del lunes 22, con la mano izquierda vendada para ser reconocido, De Santis esperaba, a dos cuadras de la plaza de Lomas de Zamora, a un compañero de Logística que debía entregarle los autos y el armamento. A la cita, diez minutos más tarde, llegó a toda velocidad un Ford Falcon color crema, que se cruzó junto a Daniel y frenó haciendo chirriar las gomas. Al ver al conductor —de cabello oscuro muy corto— y su acompañante, De Santis se preguntó si no eran policías. Sin embargo, subió al vehículo. El chofer le comentó:

—Me dieron la cita a las siete menos diez en la otra punta, en Quilmes, así que me mandé por Pasco a toda velocidad, tocando bocina y sacando la pistola por la ventanilla como si fuera un *cana*; si no, no llegaba.

"¡Qué audaces los compañeros!", pensó Daniel, aunque después

consideró que esa actitud no se correspondía con el proceder de un militante, que debe tener especial celo en el cumplimiento de las medidas de seguridad.

El chofer le indicó dónde encontraría los autos, un Peugeot 504 azul y un Renault 12 rojo, con las llaves debajo de la alfombra y las armas en el baúl. Según Santiago, la escuadra recibiría un FAL, una pistola ametralladora, pistolas, revólveres, un equipo de transmisión y una "granada vietnamita".

—¿A dónde te llevo? —le preguntó el conductor.

—Dejame acá, que yo sigo solo —contestó Daniel, para luego observar cómo se alejaba el Falcon conducido por aquel extraño compañero, cuyo apodo resultó ser "el Oso".

De regreso en la casa, Daniel se enteró de que había terminado el levantamiento de Capellini. Por la tarde, fue a la cita donde un contacto debía confirmarle la realización del operativo. A las 17.10 llegó el compañero, con un cambio de planes:

—Se suspende, hermanito, volvete a la casa. —Daniel tenía que acudir a una cita similar al día siguiente.

Esa tarde, Santiago llegó a la casa con otro compañero, trayendo el único cajón de duraznos sobreviviente después del banquete que se habían dado los militantes acuartelados en la "Casa de las 37 Caídas". El morocho de Tucumán aprovechó la postergación del operativo para hacer un asado que, en medio de chistes y canciones, fue devorado rápidamente. Mientras la suegra de Daniel y su familia ocupaban dos de las piezas, en la tercera durmieron los nueve combatientes, juntos en el suelo.

"La concentración fue muy hermosa, nos reímos mucho. Todos con un ideal... tengo unos recuerdos hermosos y si alguien está vivo... ¡bueno!, que se acerque, porque me gustaría rememorar aquellos días", dijo la Gata al autor.

"Fue lindo pero también tenía mucho miedo", agregó la suegra de Daniel. "Yo tuve que prestar la casa sin saber para qué era".

El martes 23, durante la cita acordada, el contacto le anunció a Daniel "¡Adelante!".

"Era un día seco y muy caluroso", recuerda la "Gata". "Cuando Daniel empezó a sacar, *tabicados*, a los guerrilleros en grupos de a dos, uno de ellos dijo '¿Cómo vamos a prender fuergo?'. Entonces

yo fui corriendo a un quiosco para traerles nueve cajitas de fósforos, una para cada uno".

Los guerrilleros llegaron hasta la esquina donde estaban los autos. Javier subió con cuatro compañeros al Peugeot y Daniel, con los otros tres, al Renault. La orden de Irurzun era cortar los puentes a partir de las 19.30. Quince minutos antes, estacionaron los autos en la banquina del Camino de Cintura, luego de cruzar la rectificación del río Matanza.

El Regimiento 3

Para entonces, hacía veinticinco minutos que se combatía en el Batallón de Arsenales 601. Ya habían sido alertados la red del Comando de Arsenales y el Comando del Primer Cuerpo de Ejército, que a su vez comunicó la novedad a la Compañía A del Regimiento de Infantería 3 "General Belgrano" y a la Sección 1 del Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada 10 de La Tablada.

El teniente Guillermo Ezcurra, que prestaba servicios en el RI 3, recuerda nítidamente esos momentos. "Nosotros nos enteramos directamente por nuestros jefes naturales de que organizaciones subversivas iban a producir en cualquier momento un hecho de magnitud importante. El golpe podría producirse en la zona sur del Gran Buenos Aires, muy probablemente en Monte Chingolo, ya que en ese sector se encontraba el Depósito de Arsenales de munición y armamento del Ejército. [...] Mi regimiento se preparó para contrarrestar ese hecho, junto con otras unidades".

El jefe del RI 3 era el teniente coronel Federico Antonio Minicucci. El 20 de diciembre había recibido del general Harguindeguy la orden de acuartelar unidades para el combate. Minicucci dispuso que la Compañía A, al mando del teniente primero José Luis Spinassi, acudiese en apoyo del Batallón 601. Estaba formada por casi trescientos efectivos, divididos en cuatro secciones, más un grupo de apoyo. El teniente Ezcurra fue nombrado jefe de la Sección 1, que integrará la vanguardia.

"Nosotros tuvimos, a lo largo de todo el año, directivas específicas para proteger, socorrer o contrarrestar cualquier ataque a producirse en distintas unidades de Capital o Gran Buenos Aires. Cada

unidad tenía asignada la recuperación de las unidades militares a las cuales nosotros llamábamos *objetivos*", relata el teniente Ezcurra con el hablar pausado que lo caracteriza. "Uno de esos objetivos era Monte Chingolo, por lo cual, a lo largo de todo el año, nos estuvimos preparando para socorrerlo o recuperarlo en caso de algún ataque. [...] Para el 20 de diciembre ya estábamos listos para salir [...]. Dentro del Regimiento los camiones ya estaban formados en el orden de salida y los soldados aguardaban arriba de los vehículos. Dormíamos, descansábamos y comíamos arriba de los vehículos, por eso pudimos salir inmediatamente. Como era verano y hacía mucho calor, a veces descansábamos al costado del vehículo. Las unidades estaban comunicadas entre sí por radio".

El 23 de diciembre terminó la espera en La Tablada. Eran las 19.40 cuando "recibimos directamente el [pedido de] socorro del radiooperador del Batallón 'Domingo Viejobueno', que estaba comunicado con todas las unidades del Gran Buenos Aires. Escuchamos la voz de este soldado que gritó '¡Socorro, nos están atacando!', y escuchamos por la radio los disparos. Cuando escuchamos la alarma, subimos inmediatamente a los vehículos, encendimos los motores de los camiones y salimos de La Tablada".

Después de comunicarse con el Comando del Primer Cuerpo, el teniente coronel Minicucci dio la orden de ir en apoyo del Batallón 601 y aniquilar "a los delincuentes subversivos según su propia iniciativa u orden del Cuerpo de Ejercito 1 según la situación".

Primero partió una columna, en fila india, de cinco pickups Ford con dos militares en la cabina y nueve soldados en la caja de cada rodado. Eran los 55 efectivos de la Sección 1 de la Compañía A. En la cabina del vehículo de cabecera, al lado del chofer, iba el teniente Ezcurra. Luego, al mando del teniente primero Spinassi, salió el resto de la Compañía A, aunque según Ezcurra, "creo que detrás de ella salió todo el Regimiento".

Intercalados con las unidades del RI 3, iban los carriers M-113 de la Sección 1 del Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada 10. Eran conocidos como VBTP (vehículos blindados de transporte de personal) y poseían un armamento "muy duro": ametralladoras Browning de 12,7 mm, con soporte de tipo candelero, fijado al vehículo, que les permitía disparar en altura y a los 360 grados.

En columnas separadas, las unidades abandonaron el cuartel de La Tablada a las 19.45. Los soldados Jorge Novosak y Julio Britos viajaban en los camiones que iban detrás de los M-113.

El puente 8

Al abrir los baúles de sus autos, los guerrilleros descubrieron que faltaban el FAL, la pistola ametralladora y la "granada vietnamita". No lo sabían, pero habían sufrido la "revisión" efectuada por personal del Ejército en los coches que llevaba el "Oso". Daniel De Santis recuerda que "fue muy grande la sorpresa cuando vimos que faltaban armas. Provocó un bajón en la moral del grupo, pero los más decididos comenzaron a gritar '¡Vamos, vamos!', y a dar voces de aliento proponiendo tareas como 'crucemos un camión', entre otras".

Javier resolvió continuar con el plan. Repartió las cinco pistolas y revólveres calibre 38, más las tres escopetas que había. Daniel quedó sin armas. A las 19.30, tres miembros del grupo fueron a la estación de servicio "Puma del Plata", a unos setenta metros del puente. Uno de ellos, joven, vestido de sport, amenazó con un revólver a Miguel Enjuto, que comenzaba a descargar los 21.000 litros de combustible de un camión tanque Mercedes Benz 1114 con acoplado cisterna.

—Soy del ERP. Meté la manguera adentro y vamos, que tenés que cruzar el camión sobre el puente.

La barricada hecha con el camión obstruía sólo tres de los cuatro carriles del camino. Los guerrilleros comenzaron a detener a los vehículos que venían de ambas direcciones, al grito de "Somos del ERP. ¡Esto es un levantamiento contra el gobierno vendepatria de Isabel!".

El conductor de un Chevrolet '39 color azul eléctrico, que viajaba con su familia, suplicó que los dejaran ir. "¡Dele por acá, rápido!", le contestó Daniel, permitiéndole pasar. En cambio, hicieron colocar sobre el puente, junto al camión cisterna, a dos autos Fiat (un 1600 y un 128) y a un Citroën Ami 8. En pocos minutos se había formado un enorme embotellamiento donde se confundían bocinazos e insultos.

El muchacho que había *apretado* a Miguel Enjuto le ordenó que sacara la manguera del camión y derramase nafta sobre el puente.

Además hizo rociar los dos Fiat. Mientras Enjuto recibía la orden de "¡Andate!", otro guerrillero prendía fuego, provocando el incendio del puente, de los autos (ya sin ocupantes) y del camión tanque y su acoplado. A las 19.40 la gruesa columna de humo negro atrajo a algunos curiosos, mientras otras personas huían despavoridas.

Javier ordenó la retirada y en el Peugeot partió hacia el sur, con tres compañeros. Mientras se replegaba en el Renault con el resto del grupo, Daniel se dio cuenta de que habían tomado la dirección equivocada y le gritó al chofer que los alcanzara. Al llegar al primer semáforo se pusieron a la par del 504 y Daniel le gritó al sargento: "¡Compa, tenemos que cortar el otro puente!".

Regresaron por el Camino de Cintura a la zona de la contención, encabezados por el Renault de Daniel. De Santis vio a doscientos metros una pickup del Ejército que había pasado la barricada por el cuarto carril del camino, que no habían logrado obstruir. Pensando que con dos escopetas y un 38 podrían detenerla, gritó: "¡Saquen las armas!".

Cuando ya estaban a unos cien metros, vieron que a la pickup la seguían otros vehículos cargados de soldados. Era la Sección 1 de la Compañía A. Daniel gritó la contraorden: "¡Guarden las armas!", para pocos después cruzarse con la columna militar, que siguió de largo, pasando a su lado.

Los dos autos guerrilleros se replegaron por separado. El Renault tomó un camino de tierra. Pocos minutos después llegaron varios patrulleros del Destacamento de Transradio (partido de Esteban Echeverría) y del Puesto "General Güemes" de La Matanza, que realizaron una amplia batida, rastreando la zona, mientras dotaciones de bomberos apagaban el fuego sobre el puente.

De Santis recuerda que "cuando di la orden de ir a buscar a los que se retiraban era consciente (lo que implica consciente de los riesgos, es decir: tener miedo) que teníamos que volver sobre nuestros pasos; pero fue más fuerte la conciencia de cumplir con el objetivo que teníamos asignado. El susto comenzó cuando nos topamos con el Regimiento de Infantería 3 de La Tablada movilizado. De todas maneras, el chofer tomó por el único camino que quedaba libre para irnos de allí, que era una huella que bordeaba el río Matanza. La sensación de que estábamos huyendo era clara, aunque no quedaba

otra. Esto nos hizo dejar el auto con las puertas abiertas y las armas abandonadas adentro. Sólo nos retiramos con los transmisores que podían ser de utilidad para informar al mando de la operación que nos había pasado el 3 de La Tablada por arriba; pero ni siquiera esto pudimos hacer, porque las comunicaciones no funcionaron".

Daniel, con el transmisor en un bolso, tocó timbre en una de las casitas del barrio y se presentó diciendo: "Señor, yo soy del ERP. ¿Le puedo dejar este equipo?". El hombre, con típica tonada paraguaya, le contestó:

—Déjelo nomás, señor; yo te lo voy a guardar.

—Por favor, cuídelo, que mañana mismo paso a buscarlo —le encomendó Daniel, mientras se iba.

En su casa, De Santis encendió la radio. Los informativos aseguraban que todo el Ejército estaba movilizado y que se combatía duramente en Monte Chingolo. Recién entonces se enteró de cuál era el objetivo principal.

Pasco y Caaguazú

Para entonces, el resto de la Compañía A y la Sección 1 del Escuadrón 10 habían superado la contención del "puente 8". Un carrier había embestido el camión tanque, abriendo un boquete en la barricada, por el que pasaron los demás vehículos de la columna comandada por el teniente primero Spinassi.

El recorrido previsto contemplaba avanzar por el Camino de Cintura hasta la rotonda de Llavallol, donde debían doblar a la izquierda, tomando por Antártida Argentina (Ruta Nacional 205) para luego empalmar, en Temperley, con la Ruta Provincial 49 (avenida Pasco, actual Eva Perón), por la que irían hasta el Camino General Belgrano. Pero la Policía provincial informó que Pasco estaba bloqueada a la altura de Caaguazú, y el teniente coronel Minicucci transmitió la orden (emanada del Comando del Primer Cuerpo) de seguir todo el trayecto por el Camino de Cintura (Ruta Provincial 4), sin girar en Llavallol.

Poco después de las 18, una escuadra de la Compañía "Juan de Olivera" había llegado en dos autos (uno de ellos, un Ford Falcon)

al cruce del Ferrocarril General Belgrano y Pasco, a pocos metros de Caaguazú. Los diez guerrilleros —"en su mayoría mujeres", según un informe policial— llevaban radiotransmisores y fusiles FAL. Divididos en dos equipos, comenzaron a operar en la avenida Pasco y las vías.

El primer grupo interceptó una camioneta de color borravino, a la que luego dejaron seguir viaje: era uno de los vehículos utilizados por el ERP. Después detuvo a un micro y obligó a sus pasajeros a descender y alejarse de la zona. El colectivo fue atravesado sobre la ruta. La contención se reforzó con un tren que venía desde la estación San Francisco Solano, interceptado por el segundo equipo cuando se acercaba a la parada Pasco. La formación quedó detenida en el cruce, cortando parcialmente el tránsito. Los guerrilleros abordaron el tren y desalojaron a los pasajeros, obligándolos a alejarse rápidamente. Se escucharon varios estampidos que parecían la detonación de explosivos en las vías.

Sobre la ruta, el primer equipo colocó dos artefactos de 30 cm de diámetro montados sobre caballetes de madera; de su parte posterior sobresalían unos cables eléctricos. Eran las "granadas vietnamitas", que podían ser activadas ante la llegada de refuerzos militares.

En medio de un gran embotellamiento, a las 18.30, el primer grupo guerrillero se apoderó de un Ford Fairlane, con el cual emprendió el repliegue por Caaguazú. A unas veinte cuadras de la contención (en el cruce de una calle que el diario *La Prensa* llama "Los Aromos"), el auto chocó con un camión y fue abandonado. En el interior y en el baúl, los guerrilleros dejaron gran cantidad de explosivos.

Los patrulleros de las comisarías de la zona llegaron a Pasco y Caaguazú a partir de las 19. El segundo equipo guerrillero, que permanecía en la contención, los recibió con ráfagas de armas automáticas. El tiroteo provocó el pánico entre los conductores embotellados en Caaguazú, que huyeron abandonando sus vehículos con las puertas abiertas.

Pronto acudieron efectivos de la Policía provincial que, pertrechados para combate, habían sido concentrados con anterioridad. Sin embargo, a las 19.40 el ERP mantenía su posición. El mando policial informó al Ejército que no podía garantizar el paso de refuerzos

militares por la Ruta Provincial 49 y el Comando del Primer Cuerpo cambió el itinerario del RI 3 y el Escuadrón 10. Seguirán por la Ruta Provincial 4 (avenidas Monteverde, Lacaze, Gobernador Monteverde y República de Francia) hasta el Camino General Belgrano. El combate en Pasco y Caaguazú proseguirá entre el ERP y la Policía bonaerense.

El enfrentamiento tuvo su mayor intensidad desde las 20 hasta después de las 21. A partir de entonces, los guerrilleros empezaron a dispersarse. Durante la refriega habían resultado heridos varios agentes policiales. Ya abandonada la contención, la Policía informó que controlaba Pasco. Los últimos refuerzos del Escuadrón 10 de Caballería Blindada avanzaron por la ruta prevista originalmente y, poco después de las 21.30, un vehículo M-113 de esta unidad embistió al micro abandonado por la guerrilla, lo hizo a un lado y cruzó el paso a nivel, en su avance hacia el Batallón 601.

Las "granadas vietnamitas" quedarán activadas y sin custodia hasta la madrugada siguiente, cuando arribe personal de la Brigada de Explosivos. En su informe oficial, el Ejército admitirá que la contención de Pasco y Caaguazú fue uno de los "obstáculos fuertes" durante el contraataque militar.

El arroyo San Francisco

Heriberto Macedo era un joven obrero gráfico. En 1973, a sus 20 años, vivía con su familia en la calle De la Peña, cerca de la estación Monte Chingolo. Las fotos del "Che" Guevara y de Sandro, sus principales ídolos, empapelaban las paredes de su humilde casa. Su primer contacto con el ERP fue a través del "Galleguito" Ceferino Fernández, también apodado "Negrito", que había trabajado como mecánico de aviación y que más tarde fue responsable de Logística de la regional Sur del PRT-ERP.

Heriberto recuerda que "nos reuníamos con él en la pieza de mi abuela. Él era muy *fierrero*, en seguida te enseñaba a manejar las armas, una 45, lo que sea. Y si vos querías hacer cosas, te llevaba. Un ejemplo: te enseñaba a hacer una *molo* [cóctel 'Molotov'] y después te decía 'Mañana, a las 6 de la tarde, esperanos en la Plaza Alsina. Llevate una bolsa con dos o tres *molos*'. Y ahí nomás tirábamos vo-

lantes, pintábamos y tirábamos un par de *molos*. Él fue el que me incorporó".

Ceferino Fernández fue secuestrado un mes antes del operativo en Monte Chingolo. Cuentan que el Oso lloraba cuando entregó a su "querido" compañero Galleguito a los hombres del Batallón 601 de Inteligencia militar. El Negrito morirá de un paro cardíaco durante las torturas con picana eléctrica, en el centro clandestino de detención del Puente 12, el futuro campo de concentración "Vesubio".

Con el apodo de "Felipe", Heriberto pasó a una célula de la regional Sur, atendida por otro "Gallego": Carlos Viñas, el "Gallego I", "Fermín" o "Pitín", responsable político del Secretariado de la zona Sur. En la primera quincena de diciembre de 1975, Felipe aceptó participar en "algo grande" que estaba por hacerse. En cambio, otro miembro de su célula, Cachín, que tenía discrepancias políticas con la organización, no accedió a ser parte del operativo.

El 21 de diciembre, Fermín condujo a Felipe a la "Casa de las 37 Caídas", al acuartelamiento de la Compañía "Juan de Olivera". Allí conoció a los demás integrantes de su equipo de combate: "Rosita II", el "Negro" y la "Flaca". El Negro era Eduardo Alberto Delfino, de 25 años, sargento del ERP, que estudiaba y trabajaba como obrero gráfico. La Flaca era Aída Leonora Bruchstein ("Noni"). Maestra alfabetizadora, de 24 años, Noni había tenido un bebé hacía dos meses. Delgada y de cutis blanco, usaba anteojos de gran aumento; era sargento del ERP y jefa del equipo de combate.

La Flaca explicó la tarea asignada al grupo. Sobre el Camino General Belgrano, unos cien metros al sur de la rotonda de Pasco, debían montar una contención en el puente sobre el arroyo San Francisco, para que "no entren los refuerzos de los milicos. A los soldados que vengan de allá para esta zona, ¡los cortamos ahí en el puente!".

Otro equipo de cuatro combatientes debía operar cerca de ellos. Su misión era montar dos contenciones sobre el arroyo San Francisco, un poco más al nordeste de la anterior: una en el puente de la calle Zapiola, y la segunda en el puente de Montevideo. El grupo tendría que mantener una gran movilidad. Lo integraban "Julia", la "Gorda Rosa", "Juancito" y un militante de unos 20 años de edad, alto, de cabello oscuro corto y lacio, que no hemos logrado identificar.

Zulema Attaide, apodada "Rosa", era una mujer de unos 28 años, 1,70 m de estatura, gorda, de cutis trigueño y cabello castaño largo

y lacio. Era responsable de propaganda en la célula donde también militaba Eva Mercado ("Aurora"). "Juancito" era el responsable regional de Rosa. Se llamaba Pascual Alejandro Bulit, un muchacho delgado, de 25 años, 1,75 m, tez blanca, cabello castaño claro lacio con grandes entradas. "Julia", Liliana Edith Molteni, además de ser la responsable de la célula de Rosa y Aurora, comandará al equipo de combate recién formado. Cuando cursaba el secundario en el Instituto 25 de Mayo, Liliana había sido elegida "Mejor Compañera" en la Fiesta Provincial del Estudiante. En 1975 era una hermosa mujer de 23 años, delgada, de cabello castaño rojizo lacio y muy largo, cutis blanco y ojos grandes de color oscuro.

Aurora y Julia habían estado juntas en la escuela militar del ERP. En los pocos ratos libres de que disponían, solían charlar entre ellas. "¿Cuánto faltaba para la toma del poder?" y "¿qué quería hacer cada una después de la Revolución?" eran temas favoritos de su conversación. Según sus cálculos, "faltaban unos diez años, entonces para 1985 tomaríamos el poder". Las expectativas de la Tana Zamponi, que militaba en Inteligencia, para después de ese momento eran muy simples: "Como no me interesan los cargos, yo quiero cocinar para los compañeros". Eva Mercado, en cambio, aseguraba que "una vez tomado el poder, yo quiero estudiar". Liliana Molteni, apoyándole la mano en el brazo, le dijo: "Cuando tomemos el poder, cada uno va a poder estudiar lo que quiera".

El 22 de diciembre, en la pieza contigua a la sala de la "Casa de las 37 Caídas", comenzó la entrega del armamento. Julia y su grupo recibieron dos pistolas 45, dos escopetas de un caño y varias granadas. El equipo de la Flaca recibió un armamento más contundente. Aída recibió una pistola 45, dos granadas y un fusil FAL; Rosita II, una escopeta de dos caños, y a Eduardo Delfino le tocó otro FAL.

Felipe recuerda que, después de recibir una escopeta de un caño y una carga explosiva de gelamón, "me habían dado también una enorme ametralladora 45, versión mexicana de esas Colt con cinta de balas y trípode, de tiempos de Matusalén". Poco antes, unos oficiales habían preguntado quién sabía manejar este tipo de armas. Felipe contestó que no era un experto pero algo conocía. Santiago le dio algunas instrucciones de cómo cargar y accionarla:

—Las balas van en una caja, la *metra* la tenés que desarmar y des-

Liliana Molteni

pués allá la tenés que volver a armar. Hay que poner el trípode y colocar las balas, todo eso sosteniéndola.

Al ametralladorista (apuntador) tendría que ayudarlo otro compañero (abastecedor) para llevar el cajón de munición. Felipe bautizó a su Colt 45 "Rosita", por la compañera del grupo de Julia, cuyo tamaño "correspondía al de la ametralladora".

"Ahí también me enamoré de una compañera", recuerda Felipe. "Charlamos varias veces. Yo le dije que era obrero gráfico, ella me dijo que estudiaba en la facultad y que era de La Plata. Se llamaba Margarita". Felipe la describe como "narigoncita, trigueña de pelo castaño, muy guapa; vestía una remerita celeste ya que hacía mucho calor. Era más bien menudita, tirando a flaca, ¡linda compañera, eh! Ella cocinaba. Las compañeras se dedicaban a cocinar más que los compañeros. Había buena onda con ella". Felipe no sabía que se trataba de la "Gringuita". También ignoraba la tragedia familiar por la que atravesaba Norma Finocchiaro, que a pesar de su dolor trataba de ser amable con todos los compañeros.

Luego de la postergación del operativo, en el anochecer del 22, los guerrilleros, sentados en una larga mesa armada con tablones, rompieron el ayuno devorando un suculento asado que prepararon en la parrilla del jardín.

El día 23 se realizó la segunda formación de la Compañía. El segundo al mando, el "Peladito", arengó a los guerrilleros que, formados en cuatro filas, escuchaban sus fervorosas palabras de aliento. Por último gritó las consignas: "¡A vencer o morir por la Argentina! ¡Viva la Revolución! ¡Lucharemos hasta la muerte! ¡Viva el ERP!", que fueron respondidas con gritos y aplausos, en medio del entusiasmo general. Felipe cuenta que "estuvo muy bueno, ¿entendés? Había muchos pibes. ¡Bue'!, yo también era un pibe, tenía 22 años. Pero había pibes más chicos que yo, de 16 o 17 años, estudiantes. ¡Todavía me acuerdo de la carita de los pibes!".

A las 17.30 comenzaron a subir al camión que los llevaría al garage de General Pirán y avenida Mitre. Liliana Molteni, vestida con pantalones y camisa, iba junto a la Gorda, de pantalón rosa y camisa azul. Ambas se habían hecho unas bolsas de tela blanca, para llevar las granadas, las que llevaban colgadas, atravesadas al cuerpo. Pascual Bulit, vestido con pantalón oscuro y camisa clara, llevaba una

pistola y dos granadas. Los compañeros se despedían dándose besos en la mejilla. Felipe recuerda ese momento con la Gringuita, que luego subió al camión vestida con su remerita celeste de mangas cortas y dos bandoleras de granadas cruzándole el pecho. "La recuerdo como muy linda. Nunca más supe de ella".

En el camión reinaba el silencio, mientras avanzaba hacia el norte por la Ruta 2 atravesando Florencio Varela. Los cuarenta guerrilleros iban con su respectivo armamento. "El más jodido era yo —dice Felipe— porque tenía que llevar las balas, la caja, la ametralladora y el trípode. Por suerte la Rosita II me llevaba la escopeta, ya que ella tenía la escopeta sola".

A las 18, ya en el garage, entre apurados y nerviosos, los guerrilleros bajaron el armamento del camión y lo trasladaron a los baúles de varios autos. El grupo de Noni se apoderó de un Torino blanco. Mientras los coches con los ocho equipos de combate partían a sus objetivos, Irurzun le dijo a Aída: "*Hacé*, si podés, una camioneta y dejala en la Rotonda, porque la necesitamos para los compañeros que van al cuartel".

Al salir del garage, Noni iba al volante, con Rosita II a su lado. En el asiento trasero viajaban el Negro y Felipe. Quizá preocupada por el imprevisto encargo de Irurzun, la Flaca Noni cruzó el Camino General Belgrano y se desorientó. Felipe, que conocía la zona, al ver el ángulo nordeste del Batallón, le advirtió "¡Nos pasamos!", pero tampoco encontró el camino.

Durante el trayecto, según el relato de Felipe, vieron que "había unos *tanos* que estaban tomando mate en la vereda, y había una camioneta Chevrolet de color borravino estacionada. '¡Ahí está! ¡Eso es lo que necesitamos!', dice la Flaca. Entonces bajamos los cuatro y sacamos las armas. Va el Negro y le dice al tano: 'Denos la camioneta que ya se la vamos a traer, o se la dejamos en tal y tal lado, no se haga problema, que somos del ERP'. Después se saludaron los dos, 'chau' y 'chau'. Con toda la *ferretería* que vio, ¡el *tano* estaba con un cagazo...!".

Mientras pasaban la ametralladora Colt 45 del Torino a la camioneta, Felipe se dio cuenta de que faltaba la caja con las cintas de munición. Ya era tarde para volver al garage. En lugar de la ametralladora, Felipe deberá conformarse con la escopeta que le llevaba Rosita II. La sargento Noni ordenó continuar la marcha.

Esta vez con el Negro al volante, llegaron a la avenida Pasco y se dieron cuenta de que habían pasado varias cuadras por detrás del cuartel. Doblaron a la izquierda, al este, para llegar a Caaguazú, donde toparon con la contención que los obligó a detenerse.

—¡Che, mirá que tenemos que seguir para la rotonda, que se nos hace tarde! —se presentó el Negro.

—Bueno, está bien. ¡Pasen rápido, pasen! —le contestó el compañero al reconocerlo. Un guerrillero apostado al borde de la avenida vigilaba con un fusil FAP, mientras los demás, armados con escopetas y FAL, cortaban el tránsito. La camioneta siguió por Pasco y pasó frente a la fábrica de vidrios Catorini y el hotel Molino Blanco, donde se estaba organizando el convoy que atacará el cuartel.

Al llegar a la rotonda, ya había un gran movimiento. En la pequeña plazoleta ubicada en la intersección con el Camino General Belgrano, unos diez guerrilleros de la Compañía "Juan de Olivera" habían instalado un puesto callejero de venta de pan dulce al lado del camión con el cual arribaron. Los vecinos que acudían en masa, atraídos por los precios "de liquidación", vieron que, a medida que se acababa la mercadería, en el fondo de los canastos aparecían fusiles y escopetas. La gente comenzó a correr en desbandada mientras los combatientes tomaban las armas y se dirigían a sus posiciones. En pocos minutos habían llegado cuatro vehículos más con otros tantos equipos de combate.

El Negro tomó hacia la derecha (al sur) por el Camino General Belgrano y se detuvo pocos metros después en una estación de servicio. Los empleados huyeron al ver que cuatro civiles armados bajaban de la camioneta.

Por indicación de la Flaca, Eduardo Delfino dejó puestas las llaves del vehículo. A menos de una cuadra estaba el puente sobre el arroyo San Francisco. Aída dio la orden de tomar posición.

Ya un equipo de hostigamiento se había instalado unos cien metros al sur del puente. Tres hombres y dos mujeres jóvenes, divididos en dos grupos, se habían apoderado de un Rambler modelo 1961 y un Fiat 1500 bordó, y los habían cruzado sobre el Camino General Belgrano, en el cruce con la calle Catamarca, frente al barrio Villa Sarita. Parapetados detrás de los autos, esperaban la llegada de los militares.

Elsa Barrios de Gerónimo, una vecina de la zona, de 53 años de edad, salía de su casa para visitar a su hermana. Ya en la calle vio que los colectivos que iban hacia el norte se desviaban por 12 de Octubre, rumbo a la avenida Calchaquí, por un embotellamiento. Comenzaba a cruzar el Camino General Belgrano, a la altura de la calle 817, cuando un disparo policial la hirió en la cara (en la región mastoidea derecha) destrozándole el conducto auditivo externo. El combate comenzaba con un anticipo de lo que ocurriría con decenas de vecinos. El disparo fue efectuado hacia las contenciones guerrilleras, aunque la más cercana estaba a más de 1100 metros al norte de ese lugar. Elsa fue llevada al Hospital de Quilmes para ser atendida, con una fuerte custodia policial.

Ricardo Salvador Ragone, de 20 años, 1,75 m de talla y cabellos castaños oscuros, trabajaba como comerciante. Ese día condujo un camión a la zona de Camino General Belgrano y Pasco acompañado por Luis Alejandro Garbozo, un muchacho de 18 años, piel morena, cabellos negros y ojos pardos. Mientras descargaban los ladrillos que transportaban, fueron sorprendidos por el inicio del operativo guerrillero. Los dos jóvenes subieron al camión para abandonar la zona. Al estar bloqueado el puente del arroyo San Francisco, fueron por el Camino General Belgrano hacia el norte. Después de cruzar Montevideo, cuando pasaban frente al Batallón 601, Ragone comprendió que estaban disparando sobre el camión. Los militares, desde el interior del cuartel, tiraban contra todo lo que se moviera. Ráfagas de ametralladoras de distintos calibres acribillaron el vehículo por su lado izquierdo. El cráneo de Ragone estalló después de que una bala de grueso calibre le impactó en la frente. Garbozo tambien murió al recibir múltiples heridas de bala en el tronco y en la cara. El camión se detuvo a un costado del camino, frente al cuartel, prácticamente deshecho.

Por la calle Zapiola, poco antes de las 19, Pedro Lobo conducía un micro Mercedes Benz de la línea 582, hacia Calchaquí. Tres cuadras después de cruzar el Camino General Belgrano, notó que a unos cincuenta metros había dos colectivos cruzados que impedían el paso. Se detuvo y vio que uno de los micros, de la línea 266, era incendiado por dos hombres armados. Pedro quiso alejarse por una calle de tierra adyacente. Julia, armada con una escopeta, le gritó: "¡Qué-

dese ahí, no mueva el colectivo!". Pedro no le hizo caso, pero la Gorda Rosa disparó un tiro al aire con su escopeta y esta vez el conductor detuvo la marcha.

Al grito de "¡Váyanse, esta es una acción del ERP!", Juancito y un compañero subieron al micro e hicieron bajar a los pasajeros. Después obligaron a Lobo a volver por Zapiola al Camino General Belgrano, donde doblaron a la derecha, para luego tomar Montevideo. Finalmente lo hicieron detenerse después de cruzar el puente sobre el arroyo San Francisco, frente a la calle 173 Bis, donde le hicieron cruzar el vehículo, cerrando el tránsito. Después, los guerrilleros dejaron ir al chofer, les dispararon a las cubiertas y prendieron fuego al colectivo.

El grupo de Noni ya tenía bloqueado el Camino General Belgrano. A las 18.30 habían interceptado un camión con acoplado y obligaron a su conductor a cruzarlo sobre la ruta y abandonar la zona. Después, los guerrilleros incendiaron el camión. "Como había que taponar eso, empezamos a parar a todo lo que venía por el Camino General Belgrano —recuerda Felipe— y a algunos les prendíamos fuego".

Felipe detuvo un colectivo de la línea 278 que iba a Quilmes repleto de personas que volvían de hacer las compras navideñas. Hizo bajar a los pasajeros, gritándoles: —"¡Váyanse! ¡Salgan de acá, que va a venir el Ejército y los van a matar a todos! ¡Rajen de acá!". Mientras la gente huía despavorida, el chofer seguía sentado.

—¡Rajá, flaco, rajá, que si no te van a amasijar! —se desesperó Felipe.

Carlos, el colectivero, en la actualidad sonríe cada vez que se encuentra con Heriberto y éste le recuerda: "Cuando te saqué de ahí, te salvé la vida a vos, ¿eh? Si no, eras *boleta*".

Poco antes de las 18.50, los guerrilleros apostados sobre el Camino General Belgrano, entre la rotonda de Pasco y Montevideo, saludaron con gritos a un convoy de trece vehículos que iba rumbo al Batallón 601. Era la Unidad "Guillermo Pérez" que se dirigía a su objetivo.

La camioneta Chevrolet que había manejado el Negro Delfino ahora era utilizada por un grupo de dos hombres y una mujer rubia, que parada en la caja del vehículo, vigilaba el camino, apoyando so-

tre el techo una pistola ametralladora Uzi de 9 mm. Bloqueaban el cruce de Montevideo y el Camino General Belgrano, donde una unidad del ERP había instalado además un mortero para hostigar al cuartel. Tres cuadras más al sur, en la esquina de Zapiola, se encontraban varios vehículos de la sanidad guerrillera, listos para evacuar heridos.

Mientras ya se combatía en el Batallón 601, el grupo de Noni entró en una casa prefabricada, frente al ángulo sudeste del puente, y desalojó a sus moradores, que, como los demás vecinos del barrio, debieron alejarse a pie por la calle de tierra La Rioja (paralela al arroyo). Sobre la tierra, ocultos en un pequeño espacio que había debajo del piso de la casa, se instalaron algunos fusileros del ERP. Otros instalaron una ametralladora detrás del tanque de agua, mientras otros se parapetaban detrás de los vehículos cruzados sobre el camino. Entre éstos estaban el Negro Delfino y Noni Bruchstein. Rosita II y Felipe se ocultaron bajo el puente. En la contención ya había una docena de combatientes, pues al grupo inicial se agregaron otros guerrilleros que llegaron de la rotonda de Pasco. Noni ahora tenía a su cargo a cinco compañeros.

Mientras esperaba la llegada de los militares, Felipe vio el vuelo rasante de los helicópteros artillados de la VII Brigada Aérea de Morón que ametrallaban a sus compañeros en el cuartel.

La Compañía A del RI 3 y la Sección 1 del Escuadrón 10 de La Tablada llegaron a las contenciones del ERP a partir de las 20.10. "Durante el camino de marcha, a lo largo del recorrido desde La Tablada, tuve siete emboscadas", recuerda el teniente Ezcurra. "Como la orden que tenía era llegar al Batallón 601, no me entretuve en las emboscadas. [...] De los obstáculos intermedios que fueran quedando a mis espaldas se iban a ir encargando las tropas que venían detrás. Yo me enteré después que, en dos casas próximas al camino por donde teníamos que pasar, había gente que las ocupaba y que nos iba a agredir con fuego, con disparos. Pero nosotros íbamos tan rápido, que los tomamos de sorpresa y pasamos. En otros lugares pasamos tan rápido que ni siquiera les dimos tiempo a preparar el obstáculo. Vimos que estaban preparando los camiones, pero como mi misión no era contrarrestarlos a ellos, sino llegar al objetivo, pasamos de largo".

Detrás de las cinco pickups de la Sección 1, venían los vehículos blindados del Escuadrón 10 y el resto de las subunidades del RI 3. En el punto de hostigamiento de Catamarca y Camino General Belgrano, un M-113 embistió al Fiat 1500 que cerraba el paso. El blindado aplastó al auto, pero no pudo continuar avanzando. "No podían llegar porque estaba todo taponado", recuerda Felipe.

"Había un gran congestionamiento de automóviles, todos vacíos —confirma el teniente Ezcurra—. Nos detuvimos cerca del cruce de un arroyo. En ese lugar había un camión que bloqueaba el puente, por lo que no podíamos pasar. O era por el arroyo, que lo teníamos que hacer a pie, o a través del puente. [...] Ahí yo recibo la orden de retirar el camión del puente y proseguir mi marcha con los vehículos de la sección. Me debo haber parado aproximadamente a unos cien o ciento cincuenta metros del puente. Ahí dejamos los vehículos en un costado, desembarco a la gente y organizo el ataque".

Los 55 hombres del teniente Ezcurra disponían de un armamento muy superior al de los guerrilleros. Fusiles FAL, escopetas Ithaca, dos lanzacohetes portátiles (aunque de difícil transporte por sus dimensiones) y dos ametralladoras. "Los lanzacohetes eran portados cada uno por un soldado que podía disparar desde cualquier lado. Eran cañones de 90 mm, parecidos a una bazuka pero de dimensión un tanto mayor. Las dos ametralladoras eran MAG de 7,62 mm. Nuestra misión era conquistar el puente para retirar el obstáculo [...] y llegar a la otra orilla para que los que venían detrás nuestro pudieran proseguir con su marcha. Yo estaba controlado, calmo, pude ver la zona, pude apreciar la cantidad de gente que tenía enfrente mío (calculo que deben haber sido unas quince personas). Pude imaginarme lo que debía hacer y cómo hacerlo. Iniciamos el ataque [...], produciéndose un gran tiroteo".

Ezcurra dividió a sus hombres en tres grupos. Los dos de los flancos debían aproximarse a la orilla del arroyo para, con su fuego, apoyar el avance del grupo que iba por el medio del Camino General Belgrano. Disparando con su FAL, el teniente Ezcurra avanzaba agazapado, al frente del grupo central: "Debía pasar el puente y aproximarme a la otra orilla para que los grupos laterales me sobrepasaran luego y ocuparan el otro lado del puente. Visualizo una ráfaga de ametralladora que iba dirigida hacia mí. El fuego estaba orientado desde un tanque de agua ubicado a mi derecha. Escuché el rui-

do típico que hacían sus ráfagas. Vi a una persona con la ametralladora que tiraba y vi gente sobre el puente y abajo del puente, que tiraba hacia nosotros. Yo los podía ver. Nosotros tiramos, y bueno... nuestro poder de fuego hizo que me permitiera avanzar con tranquilidad".

Felipe recuerda que "ellos empezaron a tirar. Había llegado una tanqueta que se puso adelante, y para tirar se tenían que poner de costado, en la banquina. Tiraban con la tanqueta y los milicos de infantería también. Por suerte, ya la gente se había ido, nosotros habíamos rajado a toda la gente. Éramos los milicos y nosotros, y ahí nos empezamos a dar".

Los pocos disparos que efectuaba Heriberto con su escopeta eran respondidos con intensas ráfagas de ametralladoras MAG y antiaéreas Browning de 12,7 mm. Los vehículos atravesados en el camino no podían soportar semejante andanada. "Lo que más se sentía era la mierda esa de la tanqueta que nos tiraba y los proyectiles explotaban cerca. Aunque tampoco eran grandes explosiones". Posiblemente, se refiere a las armas de 90 mm del Ejército.

El teniente Ezcurra llegó al puente, donde el camión y su acoplado, todavía ardiendo, formaban una V invertida. Los soldados avanzaban por los flancos, aplicando "las técnicas que nosotros sabemos: ocultarse, caminar agazapado, llegado el momento arrastrarse o gatear". Ezcurra ya estaba del otro lado del camión cuando un guerrillero salió de abajo del puente y le disparó dos escopetazos en diagonal sobre su flanco derecho. "Me pegó dos tiros de escopeta después que yo lo había sobrepasado. Uno me impactó en la cara interna del brazo izquierdo y me rozó la mandíbula y el otro me dio en la mano derecha. El disparo en el brazo izquierdo me hace impacto de lleno, me afecta el nervio y eso me produjo como una descarga eléctrica que me voltea y pierdo el conocimiento".

El soldado Jorge Novosak fue herido por un disparo en el tobillo derecho. Otro militar recibió un impacto de bala en el casco. Sólo después de terminado el combate se dará cuenta de lo cerca que estuvo de la muerte.

Poco después de comenzado el asalto del teniente Ezcurra, sobre la zona convergieron los blindados del Escuadrón 10 y el resto de las secciones de la Compañía A, que de inmediato se sumaron al ataque.

Ezcurra fue reemplazado por el teniente primero Zamovio y el sargento primero Piñeyro. Durante el avance, el teniente primero José Luis Spinassi fue herido gravemente en el vientre por una ráfaga de ametralladora. Fue trasladado de urgencia al Hospital Militar, donde falleció a poco de llegar. Según comentarios de algunos soldados, "Spinassi recibió tres impactos de bala, uno en el estómago, y eso lo mató". Otro militar afirmó que "al teniente Spinassi lo mató una mujer guerrillera".

Felipe, ubicado a la derecha de la contención, arrojó su única carga de gelamón. "Era un plástico con una mecha para prender; la tiré pero no sé si explotó". Los blindados se recostaban sobre la banquina derecha del camino para hacer fuego sobre el puente; la principal andanada cayó sobre el flanco izquierdo de la posición guerrillera. En ese costado del puente, debajo del cual estaba parapetado Felipe, todavía hoy se pueden observar los impactos de las armas de distintos calibres que atravesaron el grueso metal de la construcción. Durante el ataque, Eduardo Alberto Delfino cayó acribillado a balazos. Antes de desplomarse sobre el pavimento, el Negro ya estaba muerto.

En ese momento, un helicóptero se sumó al ataque. Los guerrilleros sufrieron más bajas. Felipe, al sentir que no podía sostenerse bien, miró para abajo y vio que en lugar de uno de sus pies había una masa sangrienta informe y retorcida. "Estando parado disparando, me pega una bala o una esquirla, pero como estaba con la sangre caliente no me di cuenta. Me di cuenta después, cuando me veo la pata hecha mierda. Entonces ahí me tiro, como si estuviera muerto".

A las 20.40, tras un largo enfrentamiento, los militares lograron silenciar la posición guerrillera. Aída Bruchstein había ordenado el repliegue de su equipo. Al ver que "los tanques se encuentran a cincuenta metros, Nora da la orden de retirada", señala un testimonio publicado en *Estrella Roja*.

Cuando el teniente Ezcurra recuperó el conocimiento, ya había sido sobrepasado por su sección, mientras el resto de la Compañía A se aproximaba al puente. "Cuando me recupero, veo gente caída, no sé si estaban heridos o muertos. Había tiros y mucho humo todavía. Como estaba perdiendo mucha sangre, me hago un torniquete en el brazo. Me lo hice con la mano y con los dientes. Nosotros llevábamos un paquete de curaciones individuales, y yo lo desarmé y me lo até no sé cómo".

El puente ya había sido tomado cuando el teniente herido retrocedió. "Allí me encuentro a mi jefe de Regimiento [Minicucci] que me indica me traslade hacia un lugar donde hay un vehículo de la Policía de la Provincia de Buenos Aires que me lleva a un dispensario municipal, donde me hacen una transfusión de sangre". Ezcurra, que presentaba fractura expuesta de húmero y una seria lesión neurovascular, será luego trasladado al Hospital Militar para ser operado.

Soldados de la Sección 1 comentaron que "fue un tiroteo muy intenso, había mucha gente. Estuvimos aproximadamente cuarenta minutos para poder pasar al otro lado de la orilla" [en realidad, fueron treinta minutos]. El teniente Ezcurra agrega que "después que mi gente pasó la orilla, fueron sobrepasados por el resto de la compañía, y ellos se incorporaron como la última sección de la columna, llegando al cuartel después que la unidad entró en combate dentro del Batallón. Mis soldados [...] contaron que lo que lo que nosotros habíamos practicado se pudo cumplir bien, a la perfección; por ejemplo, las técnicas de combate. La capacitación que ellos recibieron a lo largo del año, [...] se pudo aplicar con éxito. Personalmente considero, si tengo que juzgar a los combatientes del otro lado, los califico con un puntaje muy alto porque para mí fueron valientes. Los que murieron, dieron su vida por un ideal".

Como el grupo guerrillero había sido dispersado, sufriendo por lo menos tres bajas (dos muertos y un herido que quedó en el lugar), sólo dos combatientes de la unidad de Noni consiguieron llegar a la rotonda de Pasco. Aída, que ignoraba lo ocurrido con los ausentes, les dijo a sus compañeros: "Ustedes vayan, yo voy a buscar a los que faltan".

La Flaca regresó sola al lugar de la contención, mientras los soldados removían el camión incendiado y los vehículos militares comenzaban a desplazarse sobre el puente. "La zona estaba invadida por el enemigo, pero lo intenta, sabía que era prácticamente imposible salir de allí, pero ella era responsable de su grupo, responsable de sus vidas", relató un ex militante. Como no logró localizar a los combatientes de su grupo, se ocultó cuerpo a tierra esperando a que pasase el peligro. Luego de esconder el FAL en el fondo de una zanja, Noni comenzó a arrastrarse hacia el sur, tratando de llegar a la ca-

lle 12 de Octubre. Allí cerca estaba su hogar. En el bolso llevaba una granada que no había llegado a arrojar durante el combate.

Felipe "seguía tirado, medio muerto, medio escondido, debajo del puente. Ya no se escucha más nada de nosotros. Se ve que los compañeros o estaban muertos o... no sé, se habrían retirado. A Rosita II no la veía, así que me quedé ahí, al lado del arroyo, abajo del puente". Escuchaba a los militares que se gritaban entre ellos: "¡Ya está! ¡Ya está liquidado!". Uno decía "¡Dale!", otro respondía "¡Nooo!", y un tercero "¡Vamos, arrancá!". Según Heriberto, "tenían mucho cagazo los tipos, porque nosotros uno o dos les bajamos. Preguntaban '¿Y el teniente Fulano, dónde está?'. 'No sé, loco, no sé', respondían asustados. Después gritaban 'Vamos, vamos', ¡pero no arrancaban!".

Finalmente fue impartida la orden de avanzar, y los refuerzos de La Tablada cruzaron el puente. "Los tipos me habrán visto —dice Macedo—; yo estaba ahí tirado hecho mierda y habrán pensado 'Éste estará muerto' y siguieron de largo. Yo me quedé tendido ahí. A todo esto se iba haciendo de noche. Escuchaba los tiros allá [en el cuartel]. Acá ya fue todo silencio".

El cruce de Montevideo

Durante el enfrentamiento en el puente sobre el arroyo San Francisco, entraron en acción los efectivos de la Policía provincial pertrechados para combate, que aguardaban ocultos en el frigorífico Penta, a las espaldas del grupo de Noni, al noreste de la rotonda de Pasco. Los policías salieron al Camino General Belgrano hacia el puesto de hostigamiento en la calle Montevideo.

La pickup Chevrolet de color borravino se desplazó al sur por el Camino General Belgrano, para enfrentar a la policía. A la altura de la calle 118 comenzó el tiroteo. Según un agente de la Policía provincial que participó del enfrentamiento, los tres guerrilleros resultaron muertos. Sin embargo, la mujer que disparaba con la Uzi sobrevivió al combate, durante el cual por lo menos un policía resultó herido.

Los agentes avanzaron hacia Montevideo. En la posición del ERP había apostados dos grupos de cuatro guerrilleros cada uno. El primero había llegado a las 18.30 en un Ford Falcon blanco, que fue

cruzado sobre el Camino General Belgrano. Luego los insurgentes instalaron un pequeño mortero sobre el chasis de un viejo Ford A que estaba en el lugar y comenzaron a disparar contra el Batallón 601. El arma era manejada por una de las dos mujeres del grupo: la "Negra" Silvia Ana María Gatto, mientras que "Mario", un experimentado cuadro político de la regional Capital, con una escopeta 12.70 la cubría desde atrás. A pocos metros se encontraba parapetado el segundo equipo de combate que, al mando de Julia, ya había bloqueado los dos puentes del arroyo San Francisco sobre las calles Montevideo y Zapiola.

Un segundo grupo de policías comenzó a asaltar la posición guerrillera. Lo hacían desde el matadero de ovejas ubicado en la esquina sudeste del cruce de Montevideo y la Ruta Provincial 14. Durante el tiroteo, una de las cargas del mortero estalló en las manos de la Negra, matándola y destrozando su cuerpo.

Juancito intentó arrojar una granada, de las que había "arreglado" el Oso Ranier. Trató de encender la rudimentaria "mecha" (de cuatro fósforos adheridos), sin lograrlo. Mientras trataba de descubrir la falla, le explotó encima, arrancándole la mano izquierda y desfigurándole el rostro. Pascual Bulit se desplomó en la calle. Sus compañeros lo dieron por muerto. Varias esquirlas de la explosión hirieron a la Gorda Rosa Attaide, que estaba a su lado. La guerrillera cordobesa, sin embargo, siguió disparando con su escopeta.

Los policías también sufrieron bajas. Durante los combates en las distintas contenciones del sur del Gran Buenos Aires, desde el Camino Negro hasta el Camino General Belgrano, resultaron heridos el agente Nicanor Peledo, el cabo José Santillán, el sargento Carlos Escobar, el oficial inspector Carlos Nelson Recanatini y el subcomisario Rómulo Ferranti, todos ellos de la bonaerense.

A las 20.45 la Compañía A del RI 3 y la Sección 1 del Escuadrón 10 de Caballería Blindada llegaron al cruce de Montevideo. Las posiciones de los guerrilleros sobrevivientes fueron acribilladas con fusiles FAL, lanzacohetes, ametralladoras MAG y Browning montadas sobre los vehículos acorazados M-113.

La Gorda sintió un violento golpe en el cuerpo que la derribó. Una bala de grueso calibre le había dado en el pecho izquierdo, aunque sin penetrar al tórax. Frente a la situación insostenible, Mario y

Julia ordenaron a sus compañeros que se retirasen. La posición del ERP había sido dispersada. Cuatro guerrilleros lograrán escapar, corriendo hacia la villa Santa María, frente al cuartel.

El Parte de Combate del Regimiento de Infantería 3 señala escuetamente que a las 20.45 "se enfrenta otra interceptación defendida por tres o cuatro individuos. La fracción cabeza la ataca poniendo fuera de combate a dos extremistas que la defendían". Posteriormente los militares atravesaron Montevideo y avanzaron hacia el portón de entrada del Batallón.

La Policía revisó entonces los cuerpos de los insurgentes abatidos en el reciente tiroteo. Uno de los agentes notó que Pascual Bulit, a pesar de sus graves heridas, seguía vivo. El dirigente del PRT fue trasladado inmediatamente en un patrullero a una unidad regional del Gran Buenos Aires, perdiéndose su rastro por lo menos durante veinticuatro horas. En un testimonio publicado en *El Combatiente* se afirma que "un compañero que había perdido su brazo al recibir una granada fue dejado en el patio de la Unidad Regional de Lanús [de la Policía provincial] para que se desangrara. Como el compañero no se moría fue trasladado y arrojado al Riachuelo y como aún no se moría, ya que con un solo brazo logró nadar y mantenerse a flote los milicos [sic] lo acribillaron a balazos". El autor no logró confirmar esta versión. Sin embargo, el prontuario número 3716 de la Prefectura Naval describe el hallazgo en el Riachuelo, el 24 de diciembre, de un cuerpo al que le faltaba la mano izquierda, y que muy posteriormente será identificado como Pascual Alejandro Bulit.

Eludiendo el patrullaje

Heriberto Macedo se iba levantando poco a poco. Con el pie izquierdo completamente destrozado y soportando el dolor, Felipe cruzó el arroyo y, pasando por debajo del puente, salió desarmado hacia la esquina de La Rioja y Camino General Belgrano, eludiendo la custodia del soldado que vigilaba el lugar. "El arroyo estaba lleno de sangre —recuerda el ex guerrillero—. Yo lo cruzo y me encuentro con el barrio. Ahí me meto en la primera casa". La cuidada y muy bien pintada vivienda prefabricada, perteneciente a un joven que trabajaba de chofer, ahora tenía sus paredes perforadas por decenas de agu-

ieros de distintos tamaños. Era la misma que había servido al ERP como punto de hostigamiento.

"De ahí, como podía, paso por un alambrado que estaba roto y me meto en la segunda casa, que es un ranchito [perteneciente a un obrero del frigorífico Penta] y me quedo ahí. No había nadie en la casa ni en todo el barrio. Me meto en un galponcito donde estaba el baño, y un perro negro y grandote que había me empezó a ladrar. En eso se escucha la voz del *milico* de custodia: '¿Quién anda por ahí?'".

El soldado dio la alarma y llegó una patrulla militar, que entró en la primera vivienda destrozando todo a su paso, incluidos los muebles. "Los *milicos* también tenían miedo —prosigue Felipe—; llegaban hasta ahí pero no se metían. El alambrado no lo pasaban. No querían saber nada; sólo alumbraban con la linterna. Cuando alumbraban, lo vieron al perro y dijeron 'No, loco, ¡es un perro! No pasa nada', y se fueron".

Cuando la patrulla se retira, Felipe sale del galponcito y entra en la segunda vivienda. Era una casita muy limpia, con pequeñas cortinas en sus puertas y ventanas. "La herida me dolía mucho, ¡me ardía cualquier cantidad! Yo pensaba: ¿cómo mierda zafo de acá? Quería llamar y pedir ayuda, pero en esa época nadie allí tenía teléfono". Había perdido mucha sangre, y como consecuencia de la hemorragia "nunca tuve una sed tan fuerte. Agarré uno de esos botellones de agua panzudos que había, y me lo tomé todo. Y como tenía sangre por todos lados, agarré una sábana de ahí y me envolví toda la pata. Después me metí en la cama. ¡Pobres! ¡Les ensucié toda la cama con sangre!".

Heriberto Macedo pasará la noche refugiado en esa casa.

Zulema Attaide, la "Gorda Rosa", a pesar de su herida, había llegado al Barrio IAPI, donde algunas personas la llevaron a una casa. Los vecinos le hicieron una curación de la herida, le dieron ropa limpia para cambiarse y algo de dinero para viajar y salir de la zona. La Gorda burló las patrullas militares y llegó a la Capital, al barrio del Once, donde a medianoche tomó un ómnibus de la empresa Chevallier, con destino a la ciudad de Córdoba.

Por la mañana, Zulema Attaide, por casualidad, se encontró en la calle con Ana María Sívori, esposa de Enrique Gorriarán. Al verla he-

rida, Ana la llevó de inmediato a la casa de un joven matrimonio de médicos que colaboraba con el ERP. Una testigo señala que "Pedro y Estela le sacaron las esquirlas con una pinza de depilar". Después hubo que operarla para extraerle la bala del pecho que "tenía destruido". De ahí, la Gorda fue llevada a su casa en Villa Libertador.

Ya repuesta, la Gorda Rosa volverá al Gran Buenos Aires, donde hizo pareja con "José", un militante de zona Sur. A la salida de una acción de propaganda armada en la Rigolleau, la policía, oculta en los techos de la fábrica, abrió fuego sorpresivamente. Mientras sus compañeros lograban escapar, Zulema Attaide, con varios impactos de bala en su espalda, cayó para siempre.

Yendo al sur por una calle de tierra paralela a la Ruta Provincial 14, Aída Bruchstein atravesó los arroyos San Francisco y Las Piedras, tratando de llegar a la calle 12 de Octubre. Cerca de ahí estaba la casita donde vivía con su compañero, Leonardo Adrián Saidón, que también participó en el operativo, y su bebé de dos meses, Huguito.

Un ex combatiente asegura que "la Flaca se refugia en una casa de la villa [posiblemente Villa Primavera]. Aguanta ahí hasta el otro día. La gente de la casita la cobijó". Laura Beatriz Bonaparte, en cambio, está convencida de que su hija Noni "había pasado toda la noche escondida en unos pajonales".

Cuando comenzaba a amanecer, Noni se cambió el pantalón y la camisa por un vestido floreado que le había prestado su madre y que llevaba en el bolso. Después, la Flaca salió a buscar a sus compañeros. Algunos podrían haberse escondido como ella, otros podrían estar heridos y necesitarían su ayuda. Tendría que apurarse porque pronto comenzarían los rastrillajes del Ejército.

Controlando sus emociones y con toda la naturalidad que pudo, Noni comenzó a caminar.

"Al otro día volvió la gente del barrio —recuerda Heriberto Macedo—. Viene el dueño de la casita donde yo estaba, y creyendo que estaba ahí su hijo, pregunta:

—¡Che, Diego, estás ahí?' —y me vio—: Pero... ¡vos no sos mi hijo!

—¿Sabés lo que pasa? Se armó un despelote bárbaro y me metí acá.

—¡Ah! ¿Qué te pasó?

—Y, tengo un problema acá, tengo todo dormido el pie.

Y el hombre les avisa a los vecinos que 'hay un chabón, así y así. Entonces viene un *milico*, conocido de ellos.

—¿Dónde está el arma? —pregunta.

—¿Qué arma? Yo no tengo ningún arma. ¡Yo vine a esperar a mi novia y me cagaron a tiros! —le digo, y el tipo se fue.

El muchacho que trabajaba de chofer, dueño de la casilla de la esquina, me dijo: 'Bueno, loco, lo siento mucho... Hermano, ¡*perdiste*!'". Un vecino dijo:

—Mirá, nosotros te podemos conseguir una ambulancia del Hospital de Quilmes. No te podemos sacar porque está lleno de *milicos* por todos lados. —Todos se daban cuenta de que el herido pertenecía a la guerrilla. —Lo máximo que podemos hacer es eso. ¡Por lo menos tenés la vida! Más de eso no nos pidas, porque no podemos hacer más nada. ¡Esto está lleno de *milicos*! —Alrededor de Felipe se habían juntado los vecinos y trataban de darle ánimos. "¡Fuerza, fuerza!", le decían.

Heriberto fue trasladado en una ambulancia al Hospital de Quilmes, donde fue internado. La guardia del hospital recibió a cinco personas con heridas de bala. "En la sala común había unos cuantos heridos. Uno con un tiro en el estómago, otro, un carnicero, estaba grave. A mí me llevaron a Traumatología. Entré con nombre y apellido (llevaba mi documento pegado con cinta adhesiva adentro, en el cuerpo). Me ponen un yeso y me tienen casi una semana ahí".

Felipe, a quien ya le habían puesto una custodia policial, reconoció a "Rosita", una paraguaya vecina suya ("vive acá, a dos cuadras"), que trabajaba como enfermera en el Hospital. "Le digo: 'Yo vivo acá, avisale a mi mamá', y ella fue a la casa. Después me enteré que Pitín le había dicho a mi mamá que yo *había perdido*. Entonces viene mi vieja y se puso a llorar, muy contenta de que estaba vivo. Ella sabía algo, que andaba *en eso*. Después le di el teléfono de la fábrica de mi papá a un enfermero, pero me cagó. Le dio el número a los *milicos*, que fueron a buscarlo y lo interrogaron.

"Un solo policía tenía de custodia, así que por ahora estaba todo tranquilo. Como estaba *en bolas*, mi vieja me tuvo que traer pantalones y todo. En el ínterin se acerca este enfermero y le pregunto si conoce algún abogado (yo quería sacar un recurso de *habeas corpus*). Me dijo que conocía a un abogado radical de apellido Persico, y mi

vieja fue a verlo. 'Yo le hago el escrito del *habeas corpus* pero no me hago cargo', le dice el abogado a mi vieja. La cuestión es que ella presentó el recurso y también le tuvo que dar unos mangos al abogado".

Macedo tenía antecedentes penales. "Antes, yo ya había caído preso dos veces y tenía una causa. En 1974, en Pompeya, los compañeros tiraron volantes invitando a los Montoneros a no claudicar y seguir con la lucha armada, porque ellos habían levantado la lucha y después el 'Viejo' [Perón] los trató de *imberbes* y la mar en coche. Al mismo tiempo, nosotros salíamos, después de una reunión, del local del MSB [Movimiento Sindical de Base] y juntamos los volantes que quedaron en el piso en la plaza de Pompeya. Y ahí viene la cana y nos detiene. Un tipo grande, morocho, que era sargento ayudante, nos agarra a Pitín y a mí (yo había puesto los volantes en una carterita que se usaba en ese tiempo), y nos llevan a Coordinación Federal. Allá nos interrogan, y yo les digo que 'pasaba por ahí justo cuando tiraron los volantes'. '¿Y a éste, de dónde lo conoce?'. 'Del barrio', les digo. Nos cagaron a palos, pero si eran los *milicos*, nos *voltean*. Estaba el comisario ese que no quería que las parejitas *rasquen* en las plazas. 'Tenés suerte porque está el 'Viejo'; si no, ya eran *boleta*', nos decían. Estuvimos en un calabozo dos o tres días y después nos llevaron al juez [Nocetti] Fasolino".

—¿Y todo eso [los periódicos *El Combatiente* y *Estrella Roja*] es suyo? —preguntó el juez.

—¡No!, eso me lo dieron por ahí —dijo Heriberto. El juez federal Alfredo Nocetti Fasolino consideró que no había suficientes pruebas para mantener detenidos a Felipe y Pitín. Los liberó, pero prosiguió la causa, caratulada como "Asociación ilícita e incitación a la violencia".

"Después caí preso otra vez. Había compañeros de Telefónicos y de otros gremios, que habían puesto un local grande del MSB en Almagro, pero precisaban mesas, sillas y todas esas cosas. Entonces se nos ocurrió a nosotros, que estábamos con la camioneta de un compañero de Telefónicos, ir a buscar esas cosas a nuestro local de Pompeya. Nosotros no sabíamos que justo ese día a nuestro local le habían puesto un *caño* los *fachos* y lo habían incendiado. Cuando llegamos allá, no lo vimos al *milico* que estaba de custodia y, ¡tácate!, nos agarran:

—¿Qué están haciendo ahí? ¡Quédense quietos! —Otro me dice: —¿Otra vez vos acá? ¡Loco, vos no aprendés, siempre estás en la misma, siempre igual! —Era el *milico* grande, el sargento ayudante que nos detuvo con Pitín.

A los cuatro nos llevan a la comisaría de Caseros. El muchacho que hacía el flete gritaba: '¡Yo no tengo nada que ver con todo esto, yo vine a hacer el flete!'. Después vino un tipo de Coordinación Federal, nos echó un vistazo, ¡y chau!, nos largó otra vez a todos. Creo que el problema era racial: si fuéramos blancos, de clase pequeñoburguesa, no nos hubieran soltado. Igual la mano venía floja todavía, aunque todo esto quedó asentado".

El Ejército, al tanto de los antecedentes policiales de Heriberto Macedo, allanó la casa donde vivía con su madre. "Tenía ropa de la fábrica (en ese tiempo te daban ropa verde). Entonces le muestran a mi mamá el pantalón y la camisa y le dicen: '¿Ve?, ¡su hijo es montonero!'. Revisaron todo y al no encontrar nada, se llevaron hasta las fotos del Che y de Sandro que tenía en la pared. Después, los militares fueron a verlo a mi viejo y vinieron a buscarme al Hospital.

"Al principio yo estaba en una habitación con todos los enfermos. Después van sacando a los enfermos de a poco, hasta que quedo yo solo y los *milicos*. Antes había uno solo, después ponían dos o tres, al final ya había cuatro o cinco *milicos* custodiándome. Ahí el médico encargado de Traumatología tira la bronca. Me quería echar a toda costa, no se bancaba más tanta custodia para un solo tipo".

Finalmente, un grupo de policías uniformados entra en la sala. Sin decir palabra, le vendan los ojos, lo envuelven en una sábana y lo cargan entre varios. "Yo pataleaba y gritaba, la gente de ahí miraba, yo me daba cuenta. Me sacan de ahí vendado, me ponen en una camilla y me meten en una ambulancia, pero del Ejército. Era una ambulancia vieja, del tiempo de *ñaupa*. Adentro de la ambulancia me ponen con tres o cuatro soldados que me cagan a palos". El interrogatorio comenzó inmediatamente, dentro del vehículo:

—¿Quién es tu responsable político?

—¡Yo no tengo ningún responsable político! ¿A dónde me llevan?

—¡Y a vos qué te importa, si igual te vamos a matar!

"Cuando la ambulancia llega, me meten en un lugar y veo que hay varios edificios. Por los comentarios que escuché después, está-

bamos en el Regimiento de Infantería 3 de La Tablada. Ya era enero de 1976. Cuando me interrogan, me pegan, pero no en la cara, sino en la cabeza, los hombros y los brazos. Después un médico me revisa. Me mira y me cachetea las mejillas. 'Está bien, ¡llévenselo!', dice. Y de ahí me llevaron a la cárcel".

A mediados de enero, Felipe fue legalizado y encerrado en Devoto, hasta el 23 de abril de 1983. Heriberto Macedo tuvo después que pasar por un período de dos años de libertad vigilada, antes de regresar definitivamente a su hogar. En la cárcel, por la grave herida sufrida en combate, los demás presos políticos lo bautizaron "el Pata", y de esta forma lo llaman sus amigos hasta el día de hoy.

Los relatos de Heriberto Macedo, Daniel De Santis y otros militantes, y los del teniente Guillermo Ezcurra y ex soldados corresponden a conversaciones con el autor. Datos de la conversación entre Hugo Irurzun y Daniel De Santis se encuentran en el libro de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad*. El asesinato de Pascual Alejandro Bulit es mencionado en *El Combatiente*, nº 198, miércoles 7 de enero de 1976. Otros datos fueron incluidos en *Estrella Roja*, nº 68. También se consultaron los diarios de Buenos Aires de los días siguientes a las acciones.

En las listas del ERP posteriores al combate, el nombre de Heriberto Macedo figura entre los desaparecidos durante la batalla de Monte Chingolo, ya que su captura fue ocultada por la Policía y el Ejército durante varias semanas.

Capítulo 12

El flanco izquierdo

En el mediodía del 23 de diciembre, un camión Mercedes Benz 1112 de color azul se dirigía de Florencio Varela hacia San Martín en uno de sus viajes de reparto de gaseosas. Poco después de las 13, su conductor vio que un Ford Falcon blanco se le atravesaba en la ruta. Del auto bajaron dos civiles armados y el camionero tuvo que detenerse. Antes de que pudiera reaccionar, uno de los hombres subió a la cabina y se sentó a su lado. Mientras lo apuntaba, le dijo "Somos del ERP" y le ordenó seguir al Falcon.

Comenzaron así un largo periplo, que primero los llevó a Lomas de Zamora, donde se les sumó un tercer hombre. Siguieron dando vueltas por la zona sur del Gran Buenos Aires. Parecían estar "haciendo tiempo". En una villa de Lomas se detuvieron junto a una humilde vivienda. Allí se sumaron dos mujeres jóvenes y el guerrillero le indicó al chofer del camión: "Ahora vamos a la Ruta 205 y de ahí a Glew".

En esa localidad, la caravana se engrosó con un Peugeot 504 color crema y se detuvieron para que algunos guerrilleros cambiaran de vehículos. Luego continuaron la marcha por una polvorienta calle de tierra que los llevó hasta un campo, y finalmente pararon frente a una finca. De ella salieron más civiles armados; entre ellos, "una mujer que daba órdenes; era muy firme y también muy linda y simpática". Sus compañeros la trataban respetuosamente de "teniente". Era Silvia Gatto, la teniente Inés. El camionero le oyó dar la orden de subir *los fierros* a la caja descubierta del Mercedes: dos morteros con proyectiles, dos ametralladoras Colt con trípode, modelo 1928, y una parte del armamento que usará la Unidad "Guillermo Pérez".

Tras cargar las armas, la caravana se dirigió al norte, hacia la Capital. Luego de un largo trayecto, el Falcon se atravesó en el cruce de Montevideo y Camino General Belgrano. Inés y otros tres guerrille-

ros descendieron y alistaron su posición de combate, en lo que sería el vértice sudeste de hostigamiento al Batallón 601, con uno de los morteros. Otros tres insurgentes bajaron del Peugeot más adelante para instalar una de las ametralladoras Colt y el segundo mortero en los puestos de apoyo frente al cuartel (entre las calles Formosa y Chaco). Después, el camión y el Peugeot volvieron hacia la rotonda de Pasco y tomaron por esta última hacia Lomas.

La columna

Sobre la avenida Pasco, a unos mil metros al oeste de la rotonda y ocho cuadras al sur del Batallón 601, se encuentra un "motel" u hotel alojamiento. Es un edificio de una sola planta, con acceso para autos y cocheras dispuestas una al lado de la otra a lo largo de un patio. En ese tiempo se llamaba "Molino Blanco"; hoy funciona con el nombre de "Encuentros".

Poco después de las cinco de la tarde del día 23, al "Molino Blanco" llegó una pareja muy singular: él, un hombre de largos 50 años; ella, una muchacha de apenas 16. El conserje oyó al tipo bromear: "Me van a meter en cana por estupro"; pero no tuvo tiempo de hacer ningún comentario: el hombre lo estaba apuntando con un arma. La extraña pareja estaba formada por Ismael Alfredo Islas ("el Tata") y María Inés Marabotto de Escobar ("Inesita"); eran parte de la vanguardia de catorce combatientes que, a bordo de un Peugeot 404 celeste y una camioneta multicarga Fiat roja, llegaban desde su acuartelamiento para tomar el motel, punto de concentración de la unidad que asaltará el Batallón 601.

Mientras el Tata dominaba al conserje, sus compañeros interrumpían a las pocas parejas que estaban en las habitaciones: "Somos del ERP. Vístanse rápido y salgan de acá". La mayoría lo hizo, aunque dos mujeres, a llanto partido, escaparon "como Dios las trajo al mundo" para encerrarse en una habitación vacía al fondo del pasillo.

Poco después llegaron el camión Mercedes Benz y el Peugeot 504 del grupo de la teniente Inés. El camión fue estacionado al frente del motel y de inmediato comenzó la descarga de armamento. El camionero fue encerrado en la lavandería, donde quedó solo por unos minutos. Al volver, los guerrilleros lo encontraron escondido debajo de

la mesa. Uno de ellos le ofreció unos caramelos mientras le preguntaba: "¿No te querés unir a nosotros?".

Los guerrilleros tomaron otros cinco coches que estaban en el motel (entre ellos, un Citroën blanco y dos Peugeot, un 404 rojo y otro 504), y poco a poco fueron llegando los demás vehículos del convoy atacante: el Fiat 128-L modelo '74 lila que había sido sustraído en el garage de General Pirán y avenida Mitre por combatientes de la Compañía "Juan de Olivera"; una Ford F-100 y un camión Ford F-350. Los combatientes llegaban en tandas sucesivas y *tabicados*, hasta completar los 81 efectivos de la unidad guerrillera. Eran las 18.25.

En medio del desordenado entusiasmo y griterío, en el patio del motel los oficiales del ERP trataban de organizar el reparto de armas y el orden del convoy. Silvia N. ("la Petisa María") recuerda que "a mí no me dieron ningún arma porque tenía granadas". Llevaba dos bombas caseras armadas con potes de plástico de crema para manos, que se activaban con mecha de fósforos.

"Había una desorganización total. Mi misión era controlar a los colimbas prisioneros en la enfermería de la compañía de Seguridad, ¡y no tenía arma! Así que le dije al teniente Camilo que me diera algo:

—No, no tengo más —respondió.

—¿Y cómo carajo voy a cumplir con la tarea?

Así que le hinché las pelotas gritándole a cada rato para que me diera un arma. Camilo me puteaba, pero gracias a que insistí me consiguió una pistola 9 mm cargada, más otro cargador y una bolsita con balas, así que me tranquilicé un poco".

Darío confirma el dato: "Sí, había compañeros que iban sin armas largas, sólo con pistolas 9 mm. Sin embargo, el ánimo de todos era espectacular, la moral era altísima. No había la más mínima posibilidad de no ganar. Nos los comíamos crudos a los *milicos* y en cuatro horas estábamos en casa otra vez".

Camilo (Antonio Milagros Villanueva) y Diego (Ricardo Waisberg) armaron la fila de autos. Todavía faltaban dos vehículos para transportar a todos. A las 18.30, militantes del ERP coparon sobre el Camino General Belgrano, a la altura de la rotonda de Pasco, una pickup Chevrolet modelo '68 de color bordó. Cinco minutos más tarde, un Peugeot 504 beige, modelo 1971, fue interceptado en Camino General Belgrano y Montevideo. Los dos vehículos fueron despachados rápidamente al patio del Molino

Blanco, donde los combatientes se distribuyeron según los grupos ya establecidos.

Antes de partir, Darío se acercó a Teresa (Ana María Liendo): "Quedamos en encontrarnos después de la acción, a ver si podíamos vivir juntos". Sin poder ocultar la turbación, "nos dimos un beso, muy chiquito, porque nos daba mucha vergüenza mezclar las cosas, y ahí nos despedimos. ¡A ella se la veía radiante!".

Pedro (Osvaldo Busetto), antes de subir al Mercedes Benz vio a Yiyí (Abel Santa Cruz Melgarejo). Los dos amigos se acercaron y abrazaron fuertemente. Al decirse con gran emoción "¡A vivir o morir por la Argentina!", se decían muchas cosas más.

Después de comunicarse por radio con el mando táctico, el capitán Miguel dio la orden de partir: "¡Al ataque!".

Eran las 18.45 cuando los catorce vehículos abandonaron el "Molino Blanco", mientras los últimos clientes del motel, algunos en paños menores, aprovechaban para escapar en la dirección opuesta, hacia la cercana fábrica de vidrio Catorini.

El convoy lo encabezaba el camión Mercedes Benz, con el sargento Manuel (Jorge Moura) al volante y Pedro a su lado. En la caja abierta del vehículo iban doce combatientes más. Allí estaban, entre otros, el sargento Tomás (Panchulo o Panchú), el sargento Juan (Claudio Tisminetzky), Tony (Ismael Antonio Monzón), Martín (Orlando Fabián), Cacho, Rolando (Guillermo Pablo Ramos), Quique, Julio (Víctor Bruchstein), Susana, Eduardo Escobar y su joven esposa Inesita. Integraban el grupo que asaltaría la Guardia de Prevención.

En segundo lugar iba la Ford F-100 conducida por el teniente Camilo. A su lado en la cabina estaba la Vasca o Cuky (Nelly Noemí Enatarriaga) y en la caja de la pickup iban el sargento Antonio, Martín II, Cruz y Domingo, encargados de copar el carrier delantero.

La pickup Chevrolet bordó ocupaba el tercer lugar. En ella se trasladaban seis o siete guerrilleros del Grupo 6 "Tinglado", entre ellos, Carlos Lucas Bonet, Mariano, Bocha y los combatientes de la Compañía de Monte Alejandro y el sargento Lucho (Luis Alberto Sportuno), responsable del equipo.

Detrás iba la camioneta Fiat multicarga manejada por Guillermo, con el sargento Federico (Roberto Stegmayer) a su derecha. Atrás es-

taban Fierrito (Francisco Cuello), Luis (Hugo Alberto Boca, un joven "calladito, de pelo largo" que tenía sólo 17 años), la Petisa María, que iba acostada en uno de los ángulos delanteros de la caja, y Alberto, a su lado. Todos ellos estaban ocultos por una lona. Los seis combatientes eran parte del Grupo 3 "Compañía de Seguridad".

Seis automóviles seguían a las pickups. El primero de ellos, un Peugeot, llevaba a cuatro guerrilleros, entre los que estaban Cacho (Miguel), Gervasio (un uruguayo de nombre Sebastián) y el sargento Tino.

Detrás avanzaban otros dos Peugeot con ocho combatientes del Grupo 4. Pablo, Manuel, Andrés, Claudio, Norberto, Lucrecia y Pepe, bajo el mando del sargento Beto (Carlos José Crespo); debían tomar la Compañía de Servicios.

Ocho guerrilleros del Grupo 5 iban a bordo del Fiat 128 y un Peugeot. Conducía el primer coche el Gordo Juan II (ascendido a sargento poco antes), con el sargento Darío (responsable del equipo) a su lado. Atrás iban Walter y Ricardo (Jorge Alberto Troncoso), este último con un transmisor de radio que no logrará hacer funcionar. Ricardo sobrevivirá a la batalla (con tres heridas leves) siendo posteriormente secuestrado (el 16 de junio de 1976). En el segundo coche, además de la sargento Teresa (Ana María Liendo), se movilizaban Margarita y Tito, quien conducía el Peugeot. La misión del grupo era copar el Casino de Suboficiales, ubicado sobre el camino principal del Batallón, 150 metros después de la Plaza de Armas.

El sargento Ernesto (de la regional Córdoba), jefe del Grupo 7 que debía capturar el carrier trasero, iba en el último Peugeot, décimo vehículo del convoy. Lo acompañaban Gabriel, Eduardo y Dante.

Inmediatamente después venían los tres coches que llevaban, respectivamente, al equipo especial para capturar al jefe del Batallón, a los militantes que constituían el mando de la Unidad "Guillermo Pérez" y al grupo de Sanidad. Santiago y otros tres combatientes constituían un equipo independiente que debía capturar al coronel Abud, ya sea en la Jefatura (Puesto de Mando), el Casino de Oficiales o en la casa del Jefe del Batallón (ubicada en la zona de viviendas para los oficiales). El capitán Miguel (Abigail Attademo) y el sargento Diego comandaban el operativo de copamiento, mientras que la sargento Ana (Liliana Malamud) estaba a cargo de las comunicacio-

nes. Entre los miembros del equipo de Sanidad (Grupo 9) estaban Liza, Felipe (de Logística), Ramón y la Negra (Chela). Esta última, que había sido esposa del sargento Darío, era la responsable del equipo. La Negra tenía el grado de sargento y llevaba, además del equipo médico, una pistola calibre 22. El grupo se desplazó en un Citroën blanco que cerraba la caravana guerrillera.

La columna salió del hotel hacia la rotonda de Pasco. En dirección opuesta, hacia la avenida Donato Álvarez (Camino a Monte Chingolo, actual avenida Juan D. Perón), partió el Ford F-350 que llevaba al Grupo 8, que debía apoderarse de los galpones de armamento y munición, objetivo principal del ataque al Batallón 601. Lo dirigía Nelson Alberto Agorio, el teniente Néstor.

El convoy pasó por la rotonda de Pasco entre los saludos y vítores con el puño en alto de sus camaradas que custodiaban el cruce. La columna giró hacia la izquierda y enfiló por el Camino General Belgrano en dirección norte, rumbo al Batallón. En la caja del Mercedes Benz, doce combatientes comenzaron a entonar la marcha de la organización: "Por las sendas argentinas, va marchando el Ee-rrepé...".

Sobre el Camino General Belgrano ya estaban ubicados los grupos de apoyo que debían hostigar al Batallón. Frente al portón de acceso del cuartel, en un garage y sobre los techos del almacén "Tres Palmeras", se habían colocado cuatro francotiradores con fusiles FAL. Un poco más al sur, entre las calles Chaco y Formosa, detrás de un camión que se encontraba allí accidentalmente, cuatro insurgentes se aprestaban a disparar a la base militar con una ametralladora Colt modelo 1928 y un pequeño mortero. Cincuenta metros más al sur, en la esquina de Formosa, detrás de un tanque abandonado de gasoil, un guerrillero apuntaba al cuartel con otra ametralladora pesada.

En el cruce con Montevideo estaba ubicado el puesto de la teniente Inés con el otro mortero, puesto sobre el chasis de un viejo Ford A. Inés iba a manejar el arma, asistida por dos compañeros, mientras que Mario cuidaba la posición armado con una escopeta 12.70. Mario, "un tipo joven, grandote, asmático, de tez blanca, con bigote, medio lampiño, con el pelo lacio peinado de costado", era el responsable del Frente "Ejército enemigo" de Capital.

COMIENZA EL ATAQUE

Para entonces, la Policía provincial había informado al Comando del Primer Cuerpo de Ejército que se estaban armando barricadas en los alrededores del cuartel. El coronel Varangot alertó al jefe del Batallón de Arsenales 601, coronel Eduardo Abud, de que el ataque no se haría esperar.

A las 18.48, el conscripto Jorge Bufalari, cuarto vigilante del Puesto 1, abrió el candado del portón principal del cuartel para dejar pasar a un proveedor. El camión cargado de panes dulces fue escoltado por otro soldado hasta el rancho (cocina). Algunos oficiales se sorprendieron de que el proveedor hubiera llegado, teniendo en cuenta las barricadas. Luego Bufalari empezó a cerrar las dos hojas del portón de acceso.

Desde la torre del tanque de agua Norte, usando sus binoculares, el coronel Abud observó, a unos cuatrocientos metros de distancia, la columna que se acercaba por el Camino General Belgrano. Apuntó con cuidado. La cabina del Mercedes Benz quedó en el centro de la mira de su MAG. El jefe militar aguardó.

A las 18.50, el conscripto Bufalari estaba por cerrar el candado cuando el sargento Manuel del ERP giró el volante del Mercedes Benz hacia su izquierda llevándolo contra el portón. No logró tirarlo abajo pero las dos hojas se abrieron violentamente. Bufalari fue despedido por el aire y sufrió una conmoción cerebral, quedando fuera de combate. El portón semiabierto permitió el paso del camión y el resto de la columna guerrillera.

Recién entonces, cuando el Mercedes penetró en el cuartel, el coronel Abud comenzó a disparar las primeras ráfagas de ametralladora.

El conscripto Oscar Torregino en ese momento volvía de recibir su fusil, como todas las tardes que le tocaba estar de guardia, y de comprar un sachet de leche en la cantina junto a la Guardia Central. Acababa de llegar a la cocina del Puesto de Verificación, donde junto con otro soldado, Daniel Benítez, hacía una suerte de imaginaria de veinticuatro horas. "Estoy sirviendo el vaso [de leche] y empeza-

ron los tiros. Fue cuestión de minutos que no me agarrara en el medio del campo".

A pocos metros del portón principal estaba el soldado Horacio Botto, armado con un FAL. "Era una guardia tranquila. Yo estaba sentado cerca del Puesto 1 mirando a la calle. De repente se mandó el camión. Instintivamente empecé a tirarle porque se nos venía encima".

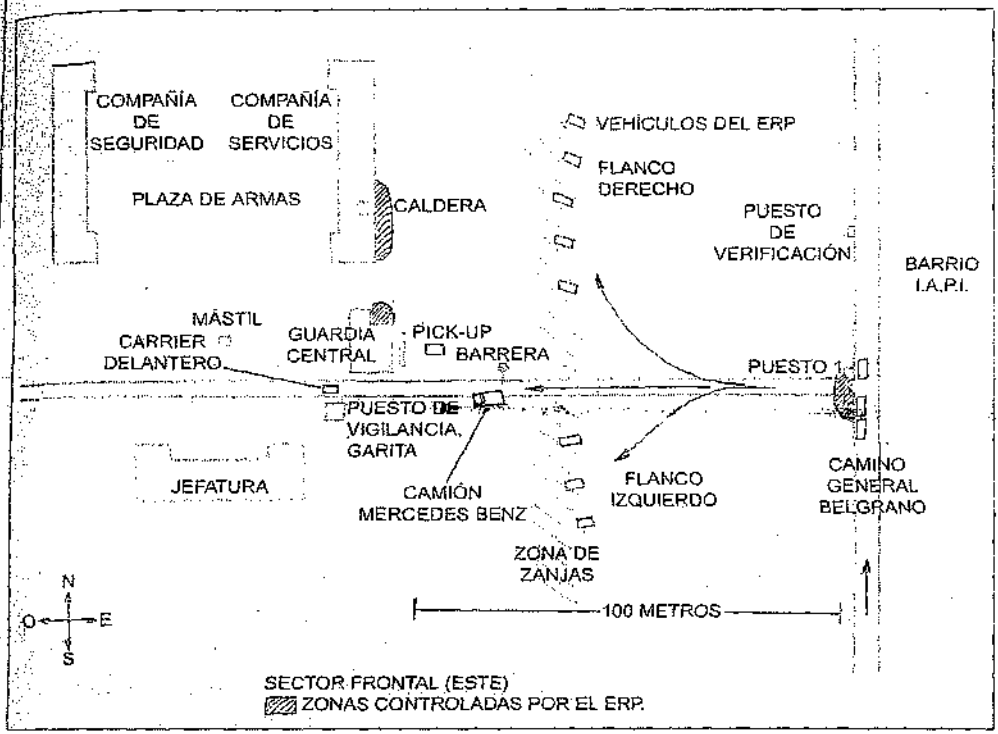
Muchos soldados que estaban de franco quedaron fuera del cuartel y ya no pudieron entrar. Algunos de ellos permanecieron en la villa, donde habían ido a "tomarse unos vinitos" en el cercano prostíbulo de "La Gallega".

Algunos vecinos del barrio confundieron los primeros disparos con fuegos de artificio. Pero pronto cayeron las primeras víctimas accidentales. Horacio Fernando Colacelli, gerente de una empresa textil, de 57 años de edad, pasaba con su auto por el Camino General Belgrano. Algunos disparos provenientes de los defensores de la unidad lo alcanzaron en ambos brazos y antebrazos, y recibió múltiples impactos en el vientre. Cuando su auto se detuvo, Colacelli yacía muerto sobre el volante.

El carrier ubicado en el camino principal del cuartel no sólo obstruía el paso a la altura de la Guardia de Prevención. Con su ametralladora antiaérea Browning calibre 12,7 mm batía todo el sector de ingreso. Simultáneamente, desde la Guardia Central, la torre del Puesto de Vigilancia (garita exterior) y otros puntos fuertes, los militares abrieron un nutrido fuego con ametralladoras MAG, FAP y más de diez FAL. Desde un pozo de zorro, el soldado Manuel Benito Ruffolo, apuntador de uno de los dos FAP, con largas ráfagas intentaba detener el avance guerrillero. El sargento Roque Cisterna, apuntador de MAG, hacía lo propio desde un parapeto delante de la Guardia Central. El lugar se convirtió en un infierno.

Sorprendido por la barrera de fuego, cuando las primeras balas ya se habían incrustado en el parabrisas, Manuel detuvo el Mercedes Benz sobre la izquierda del camino, setenta metros dentro del cuartel, poco antes de la barrera interna del Batallón. Las tres camionetas y seis automóviles que ingresaron detrás del camión, tuvieron que desviarse a izquierda y derecha.

El auto con el grupo de secuestro no logró atravesar el portón. Co-


COMPAÑÍA DE SEGURIDAD
COMPAÑÍA DE SERVICIOS
PLAZA DE ARMAS
CALDERA
VEHÍCULOS DEL ERP
FLANCO DERECHO
PUESTO DE VERIFICACIÓN
BARRIO I.A.P.I.
MÁSTIL CARRIER DELANTERO
GUARDIA CENTRAL
PICK-UP
BARRERA
PUESTO 1
PUESTO DE VIGILANCIA, GARITA
JEFATURA
CAMIÓN MERCEDES BENZ
FLANCO IZQUIERDO
CAMINO GENERAL BELGRANO
ZONA DE ZANJAS
N
O
E
S
100 METROS
SECTOR FRONTAL (ESTE)
ZONAS CONTROLADAS POR EL ERP.

mo estaba previsto, los dos últimos vehículos del convoy guerrillero, con el personal del mando operativo y de Sanidad, permanecieron en el exterior del cuartel. El mando debía ingresar cuando terminase la primera fase del copamiento, mientras que el equipo de Sanidad estaría pendiente de un eventual requerimiento de auxilio. Los tres autos quedaron protegidos detrás de la pared de ladrillos con que limita el portón de ingreso. Desde esa posición, el capitán Miguel intentará dar batalla.

Los guerrilleros descendieron del camión con rapidez y se arrojaron al suelo para, cuerpo a tierra, disparar sus armas. Mientras Manuel abandonaba la cabina del Mercedes, Pedro saltó hacia su derecha y se encontró frente a frente con el soldado Ruffolo que le disparaba casi a quemarropa. "Cuando me descolgué del camión me cruzo con un soldado que me disparó desde un pozo de zorro. No tuve más remedio que tirarle. Lamentablemente lo tuve que matar. Después seguí avanzando hacia la Guardia Central".

El soldado Horacio Botto disparó algunas ráfagas con su FAL, pero al verse sobrepasado por varios vehículos atacantes, se replegó y llegó hasta unos quince metros de la Guardia. Allí fue herido por un disparo en el hemitórax derecho; sin embargo, no morirá. "Una bala me pegó debajo de la axila. Entonces quedé tirado en el medio del tiroteo, con el brazo inmóvil, escupiendo sangre y muerto de miedo. Si me levantaba era hombre muerto en fuego cruzado".

Mientras el coronel Abud batía la zona Este del cuartel (sector 1) teniendo como abastecedor de la MAG al mayor Roberto Barczuk, el oficial que los acompañaba en la torre Norte, teniente primero Guillermo Julio González Chipont, llamó por teléfono al coronel Varangot, del Comando del Primer Cuerpo. Abud tomó el teléfono por un instante y dio la novedad: "Comenzó el ataque subversivo".

Los nueve vehículos que se habían desviado del camino interno principal no pudieron avanzar más que entre cincuenta y setenta metros, ya que el terreno estaba obstruido por gran cantidad de zanjas y montículos de tierra. Quedaron dispersos en una línea en forma de abanico de unos doscientos metros, cuyo centro quedaba enfrentando a la Guardia Central. En el flanco izquierdo guerrillero quedaron un Peugeot y las camionetas Chevrolet y Fiat con dieciséis combatientes, mientras que en el sector central y flanco derecho estaban, además

del camión, la Ford F-100 y cinco autos con cuarenta guerrilleros en total. El sargento Beto fue gravemente herido al descender, a treinta metros de su objetivo, la Compañía de Servicios. Así, el Grupo 4 quedó sin mando casi al comienzo mismo del ataque.

La Petisa María

La Petisa iba en la caja de la camioneta Fiat. Al oír los disparos, desobedeciendo órdenes, levantó la lona y se puso a mirar. En ese momento estaban entrando al cuartel. Desde la garita de la torre del tanque de agua Sur les disparaban con ráfagas de MAG. Guillermo, el conductor del vehículo, un hombre de ojos claros, calvo y con bigote, fue alcanzado por las balas. La pickup se fue a la izquierda contra unos montículos de tierra y quedó cerca de la entrada. Al ver muerto a Guillermo, el sargento Federico saltó de la camioneta y rápidamente se desplazó hacia la derecha, a unirse con el grueso de las fuerzas guerrilleras.

También bajaron quienes venían en la caja de la Fiat. Alberto gritó "¡A pararse y salir!". Cuando la Petisa se levantó para saltar, Alberto, herido por un disparo, se desplomó y "al caer me volteó adentro de la camioneta de nuevo. Estábamos atrancados en un montículo de tierra. Había varios montículos más en diagonal, bastante antes de las edificaciones. Me levanté y vi a otras camionetas más adelante. Empezamos a disparar hacia la zona de edificaciones, desde donde venían los tiros".

Francisco Esperito Cuello ("Fierrito") tenía 31 años. Era un cordobés de 1,75 m de altura, 68 kg de peso, cabellos castaños y ojos pardos. Trabajaba como obrero en la fábrica Del Carlo de San Isidro. Delegado al plenario zonal del PRT, era un soltero empedernido, de carácter tranquilo y callado. Ahora disparaba su fusil al lado de la Petisa, en la caja de la camioneta.

De pronto Fierrito cayó muerto al piso. Había recibido un impacto en la parte izquierda del cráneo. La Petisa vio que había varios compañeros heridos y pidió ayuda al grupo de Sanidad por el *walkie-talkie*. Desde afuera del Batallón, la sargento Ana le contestó: "Vamos a ver, ya vamos a mandar". Pero, en general, Ana arengaba

a los demás combatientes. "¡Vamos! ¡A vencer o morir! ¡Vamos adelante, compañeros!", gritaba constantemente ante cada llamado.

El grupo de la Petisa, encargado de copar la Compañía de Seguridad, había sido prácticamente liquidado. Ella no se dio por vencida y siguió disparando. "Me puse detrás de la cabina, parada en la caja, y empecé a tirarles. ¡Era un barullo infernal, un bolonqui!"

Desde el piso, Alberto le gritó:

—No dispares más. Andate, Petisa, salí de acá, ¡tenés que irte!

"Yo no me quería ir y seguía disparando desde adentro de la pickup. Pedí ayuda para él una vez más por radio y Ana de nuevo me contestó 'Ya vamos a mandar. ¡Vamos, a vencer o morir!'. ¿Dónde estaba esta compañera?

"Para colmo, de golpe empezaron a tirar también desde otro lado distinto al primero, por lo que me tuve que bajar y ponerme en la parte de atrás de la camioneta. Habré estado unos veinte minutos arriba de la pickup. Veía la garita exterior y el edificio de la Guardia Central, y yo desde adentro de la camioneta disparaba hacia ahí, aunque no veía a nadie. Vacié los dos cargadores. Después cargué otra vez la pistola pero ya no disparé más. Algunos balazos pegaron del lado de adentro de la camioneta, me disparaban desde atrás. Alberto ya no hablaba más y al bajar encontré a este chiquito [Luis] tirado ahí en el pasto, muerto también".

Luis (Hugo Alberto Boca), un joven que vivía en una villa de la zona Norte, de 1,60 m, unos 70 kg de peso, cabellos negros y ojos pardos, estaba inmóvil en el piso. Un hilo de sangre brotaba del costado izquierdo del tórax del muchacho que en un mes cumpliría 18 años. La Petisa lo dio por muerto.

"En ese momento siento 'Shshsh', como el ruido de una espumita. Una bala me había rozado el hombro, rasgando la camisa. La herida era leve pero me ardió hasta el día siguiente. El tiro vino desde atrás mío, desde algún puesto oculto en dirección a la ruta. ¡Tenía un cagazo bárbaro!".

Por delante y a la derecha de la Petisa estaba el Peugeot del responsable del Grupo 3, el sargento Tino. El vehículo quedó detenido lejos del grupo de combatientes ubicado en el centro y el flanco derecho del abanico guerrillero. Cacho, Gervasio, un militante no identificado y el propio Tino se tirotearon con el militar que los ametrallaba desde la bien protegida torre de la garita exterior. El sargento Tino, herido en

una mano, consideró que la situación en ese sector era insostenible y ordenó replegarse hacia la izquierda, en dirección sur.

"Cuando vi que Alberto no hablaba más y que Luis quedó ahí abajo muerto, me dije 'Yo de acá me tengo que ir' —recuerda la Petisa María—. Fui hacia la camioneta Chevrolet, que estaba parada a mi izquierda, porque allí veía movimiento. Tendría que haber corrido en zig-zag, pero me acerqué arrastrándome. Hice dos metros y los tiros pegaban en la tierra muy cerca mío. Entonces me paré y empecé a correr con toda mi alma. Corrí en línea recta y medio tropezándome, me tiré contra el montículo de tierra donde se había parado la camioneta. Ahí me lo encontré a Lucho". Tenía una herida de 3 cm de diámetro en la ingle izquierda.

"Me rompí un pedazo de la camisa para ponérsela como venda. Pero era un desastre lo que tenía ahí. Me entraba la mano en la herida, ¡era un horror!"

—¡Petisa, andate! —dijo Lucho.

—¡No, no te voy a dejar acá!

"Pedí que mandaran Sanidad, pero la radio ya no funcionaba, no tenía retorno, entonces dejé ahí el *walkie-talkie*. Estando ahí me desesperaba. Miraba para todos lados y no había nadie!". Del otro lado de la pickup había quedado el cuerpo acribillado de Carlos Lucas Bonet.

Cuando empezaba a oscurecer, la Petisa escuchó que un grupo de militares se acercaba. "Uno de ellos le gritaba al resto '¡Por acá, por acá!'. Recuerdo perfectamente la voz del tipo cuando dijo '¡Hay que arrancarles las orejas, córtenles las orejas!'".

Lucho, que también había escuchado al militar, insistió:

—¡Petisa, por favor, andate!

—No me voy a ir. No te voy a dejar acá solo.

Cada vez las voces del grupo estaban más cerca.

—¡No seas pelotuda!, no te tenés que quedar. ¡Andate! —le exigió finalmente.

La Petisa, con un nudo en la garganta, se retiró antes de que llegasen los militares. Eran aproximadamente las 19.30 cuando se replegó hacia su izquierda. Luis "Lucho" Sportuno quedó en el lugar, herido, pero con vida.

La Petisa se acercó al borde de un cerco de ligustrina. Del otro lado asomaban el Casino y las viviendas de los oficiales. Muy cerca estaban el Puesto 7, el alambrado y una de las salidas. Escuchó que no muy lejos de allí seguía el tiroteo. "Veía muchos helicópteros que iluminaban y tiraban con trazadoras barriendo todo. Volaban sobre el Camino General Belgrano en el sentido de la ruta. Tiraban para el lado nuestro y para la villa".

Ya estaba oscureciendo cuando "viene un compañero. Era Cacho (Miguel), un camionero que yo conocía de una célula y que después sería trasladado a Tucumán". Se trataba de uno de los combatientes del Grupo 3 "Compañía de Seguridad".

—¡Vamos! Vení que vamos por acá —dijo Cacho.

—No —le contestó María.

—¡Vení! ¡Seguime! —insistió el compañero.

La Petisa no fue detrás de Cacho cuando éste se retiró. No sabía qué hacer; el lugar era muy descampado y veía cómo los helicópteros iluminaban con sus focos; temía que los descubrieran fácilmente.

"Se escuchaban voces de todos lados. Un oficial o suboficial, con varios soldados, parece que habían encontrado a un grupo de compañeros. '¡Entréguense, entréguense! ¡Tiren las armas!', gritaban los militares. Escuché ruidos como que arrojaban algo al piso y al segundo ráfagas de ametralladoras. 'Ya está terminado' dijo uno de ellos. Los mataron, pensé.

Después se hizo de noche y estaba todo oscuro. Quise irme al Camino General Belgrano y cuando estoy llegando al alambrado que rodea al Batallón, veo que por la ruta venían algunos patrulleros, entonces me quedé sin moverme. Cuando ya se habían alejado lo suficiente y me preparaba para trepar el alambrado, llegaron varios coches de los milicos. ¡Era un gran bolonqui! Como por ahí no podía salir, volví para adentro. A unos diez metros escuché otra vez '¡Por acá, córtenles las orejas!'.

Viendo lo que pasaba y que constantemente llegaban más refuerzos, decidí esperar. La puerta de salida estaba entre la ligustrina y una *playa* [zona no edificada], en un lugar muy descubierto. Entonces busqué dónde parapetarme.

Busqué y encontré unos arbolitos, como arbustos, entre la ligustrina. Eran unos arbolitos como de un metro, muy extraños. Tenían el tronco chiquito, arriba la copa caía como un sauce y quedaba un

espacio ahí adentro, como una casita. Yo me agarré a uno de esos arbolitos, me metí adentro y me quedé ahí hecha un bollito. Como se me veían las piernas, flexioné las rodillas y me quedé sin moverme, abrazada al arbolito".

Unos minutos después regresó Cacho en busca de la Petisa. Al no encontrarla, se retiró definitivamente.

"¿Qué hago acá?", se preguntaba la Petisa María en su refugio. "No sabía qué estaba esperando, y tampoco podía seguir ahí mucho tiempo". Pero al escuchar los gritos "¡Entréguense, tiren las armas!" seguidos de ráfagas de ametralladoras, tomó la decisión de permanecer en su escondite. "Acá me matan, así que no me voy a entregar. Entonces me quedé esperando, esperando. ¡No me quería ni mover! Los bichos se me empezaban a subir y se me metían por todos lados.

La radio no la prendí más. Ya cuando estuve con Lucho no me contestaban así que la dejé. El reloj lo había perdido cuando me arrojé al montículo donde quedó la camioneta Chevrolet, así que tampoco sabía qué hora era. Cada tanto, tras la ligustrina se escuchaban algunas ráfagas, y mucho ruido venía también del Camino General Belgrano. Cuando miré para allá vi que llegaban más patrulleros y camiones del Ejército. Eso fue así toda la noche.

Desde mi arbolito escuché muchos tiros que venían de la zona opuesta [el flanco derecho guerrillero], y cada tanto se los podía oír más lejos, hasta que al final sólo los escuchaba en la zona del fondo [sector Norte]. Gritaban con megáfonos '¡Entréguense!' y a mí me seguía dando vueltas en la cabeza eso de 'arránquenles las orejas'. Después escuché varias veces un ruido como de un fierro que caía y, enseguida, disparos. Parecía que golpeaban las puertas de las camionetas antes de disparar. Yo pensé que los compañeros se habían entregado y los habían reventado".

Lo que sucedía, en realidad, era que una patrulla militar, al acercarse a los tres vehículos del flanco izquierdo guerrillero, encontró en la caja de la camioneta Fiat a Alberto muy mal herido. Enseguida y sin contemplaciones lo remataron.

Al costado de la camioneta estaba Luis, también herido de gravedad, con un impacto en el tórax. El suboficial a cargo de la patrulla

le apuntó a Hugo Alberto Boca con una pistola y le disparó a quemarropa un tiro en el ojo izquierdo que lo mató.

Luego de comprobar que Fierrito y Guillermo estaban muertos, se dirigieron a la camioneta Chevrolet. Allí descubrieron el cuerpo de Carlos Lucas Bonet y del otro lado de la pickup encontraron a Lucho, aún con vida. El suboficial repitió el procedimiento con el herido. Le apuntó al rostro y efectuó un disparo que impactó entre la nariz y el ojo izquierdo provocándole una herida de 5 cm de diámetro y la destrucción del macizo facial. Antes de matarlo el suboficial gritó "¡Tomá, hijo de puta!".

La Petisa María "no era consciente de que [los militares] no tomaban prisioneros y remataban a los heridos, y no sé si todos los compañeros tenían la misma conciencia, o inconsciencia".

"Esta era mi primera acción militar en el ERP", pensaba la Petisa desde su escondite. "Tengo 24 años, ¡bah!, 25 recién cumplidos. Nunca estuve más que en algunas pintadas y volanteadas, o tirando unas *molo* en alguna concesionaria. Y ahora estoy acá, atrapada. ¿Qué hago? ¿Me entrego? ¡No!, que voy a ser *boleta*. No me puedo entregar, y además: ¡No me van a poder ganar!".

El repliegue

Ocho de los guerrilleros del flanco izquierdo, luego de ser dispersado el grupo, consiguieron salir del Batallón. Cacho, Gervasio (Sebastián), Alejandro (el combatiente de la Compañía de Monte) y el sargento Tino fueron algunos de quienes consiguieron replegarse fuera del cuartel.

Tino, herido en una mano, fue asistido por una compañera de Sanidad que le dio los primeros auxilios. Ella consiguió además que un médico del hospital Posadas lo atendiera hasta su curación. Después de la batalla de Monte Chingolo, un testigo afirmó haberlo visto "jugando con una pelotita de goma. La apretaba para reeducar la mano".

Sebastián y Alejandro salieron juntos. Luego de saltar las alambradas se internaron en la villa que limita con el Camino General Belgrano. Allí, los vecinos del barrio los ayudaron y así lograron abandonar la zona de operaciones.

Otro de los guerrilleros sobrevivientes del flanco izquierdo aprovechó la noche para romper la ligustrina y pasar el alambrado. "Me dirigí hacia la villa. Los helicópteros la sobrevolaban disparando indiscriminadamente donde iluminaban". Un vecino, que lo vio caminando por una calle interna con la camisa rota y ensangrentada, le dijo:

—Muchacho, ¿qué le pasa?

—Soy del ERP y vengo del copamiento del Batallón 601.

—¡Pero usted no puede seguir caminando así por la calle!

El hombre lo llevó a su casa, donde le dio ropa para cambiarse y le ofreció una cama para que descansara. Estando allí, "de repente escuché unas ráfagas. Ahí pensé que estaban fusilando a los heridos o detenidos".

El combatiente permaneció durante el día siguiente en su refugio, protegido por el matrimonio que lo albergó y que, tomando mate en la puerta de su casa, cuidaba que no hubiera ningún procedimiento en las cercanías. Al anochecer "me dijeron que podía salir y que si prefería me acompañaban hasta la ruta. Pero les agradecí y preferí salir solo".

Carlos Niessi había conocido a Raúl Sessa haciendo la *colimba* en el Batallón "Viejobueno". "Era cordobés como yo. Nos habíamos hecho muy amigos, inclusive nos íbamos a venir a pasar el fin de año juntos a la casa de mis padres, porque yo soy de Ascochinga. Lo último que me dijo él fue 'No te hagas problema que estemos de guardia, que total el 29 [de diciembre] nos vamos a Córdoba a pasar el primero de año'. Ahí fue cuando a él le asignaron el Puesto 7, que quedaba ubicado a unos doscientos o trescientos metros hacia el frente de la Guardia [de Prevención]. No tenía protección, era un puesto que daba a la villa. Estaba mirando hacia el Camino General Belgrano, hacia la derecha de la Guardia, pero metido adentro del Batallón". Los informes militares consignan que el soldado Raúl Sessa fue muerto durante los combates en este sector, aunque no aclaran en qué circunstancias. Sessa fue ascendido *post mortem* a cabo, y hoy lleva su nombre el tramo de la calle Montevideo que cierra por el sur el predio del antiguo cuartel.

El conscripto Torregino afirma que "los oficiales se quedaron atrincherados en el Casino de Oficiales, sabían del ataque y no se movieron de ahí. Atrincherados y escondidos, todos en el Casino. Uno de los chicos muertos (esto nunca lo hablé con nadie) es bas-

tante distinto a lo de otras versiones, estoy con el 99 por ciento de seguridad que lo mataron los oficiales, porque el pibe estaba en el puesto que está atrás del Casino de Oficiales. Cuando empieza el tiroteo se repliega. Agarra el fusil y sale corriendo, y lo bajan en el camino. En mi vida vi gente tan cagona como los milicos, preparados nada más que para castigar al pueblo, pero terriblemente cagones, basura total".

De los dieciséis combatientes del flanco izquierdo, tres murieron en combate ("Guillermo", Francisco Cuello "Fierrito" y Carlos Bonet), tres fueron rematados estando indefensos ("Alberto", Hugo Alberto Boca "Luis" y Luis Alberto Sportuno "Lucho") y ocho lograron abandonar el Batallón.

De los dos restantes, el sargento Federico logró en los primeros momentos del combate unirse al grupo de cuarenta guerrilleros que combatía en el sector central y el flanco derecho, mientras que la Petisa María, durante largo tiempo, permanecería en una situación más que incierta. Completamente sola, rodeada por patrullas militares que asesinaban a los guerrilleros heridos, abrazada fuertemente con las manos y las piernas a su arbolito como única defensa, María, vestida con una llamativa camisa roja, se dispuso a pasar toda la noche en el lugar, mientras no la descubrieran.

Sobre el sector izquierdo guerrillero, para los militares no fue tarea difícil dispersar a los atacantes volcando sobre ellos un gran volumen de fuego de ametralladoras que operaban desde distintas posiciones bien protegidas u ocultas; principalmente, desde la torre Sur. En el centro y flanco derecho del "abanico" de vehículos del ERP, muy por el contrario, desde las 18.50 se combatía sin respiro.

Los hechos narrados en este capítulo corresponden a los testimonios del conductor del camión Mercedes Benz 1112, modelo 1966, patente B-444748 (propiedad de Rodolfo Bussolo, usado por el grupo guerrillero para abrir el portón del Batallón 601); los entonces soldados conscriptos del Batallón 601 Jorge Bufalari, Carlos Niessi, Horacio Botto y Oscar Torregino; los ex guerrilleros "Darío", Silvia N. (la "Petisa María") y otros; vecinos de los alrededores de la unidad; al informe interno elevado por Osvaldo Busetto ("Pedro") a la dirección del PRT, y al del coronel Eduardo Abud al Comando General del Ejército.

Los vehículos empleados en el ataque habían sido sustraídos en las siguientes circunstancias: a) el Peugeot 504 modelo 1973, color crema, el 17 de diciembre en Olivos, partido de Vicente López (se le cambió la patente en un taller de Logística del ERP); b) la camioneta Fiat multicarga, modelo 1972, de color rojo, en el Barrio San José, alrededor de las 16.30 del día 23; c) el Peugeot 404 modelo 1973, celeste, en la esquina de Cadorna y Agüero (Wilde), aproximadamente al mismo tiempo; d) el camión Ford F-350 empleado por el Grupo 8, modelo 1971, propiedad del señor Jaime Einsenstein, fue sustraído horas antes del mismo martes 23 de diciembre en la localidad de José C. Paz. Los demás fueron capturados según se narra en el texto del capítulo, sin que se haya verificado el origen del Ford Falcon blanco y de la pickup Ford F-100. No se ha determinado qué vehículos —tomados en el motel "Molino Blanco"— fueron empleados por el grupo destinado a secuestrar al coronel Abud y por el mando operativo del ataque.

Capítulo 13

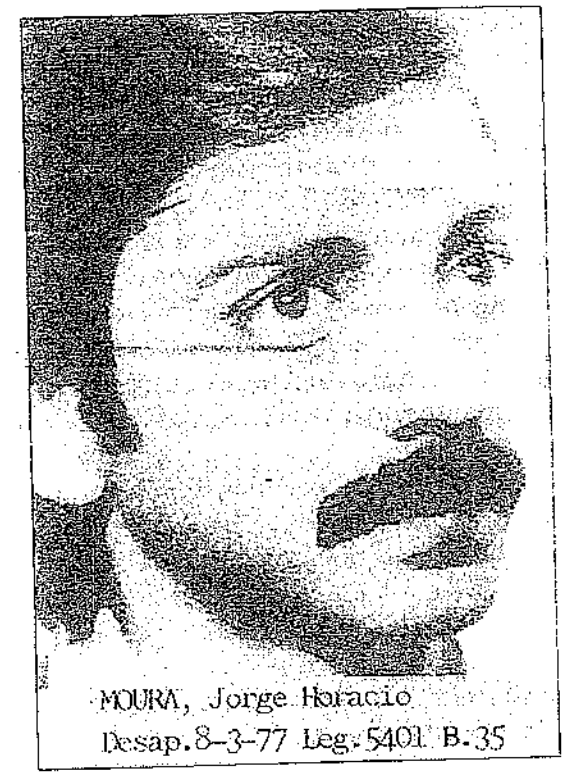
El sector central y el flanco derecho

Perla Diez, ex militante del PRT, se encontraba en la cárcel de Olmos cuando se realizó el ataque al Batallón 601. "Como allí no había locutorio de vidrio, nuestros familiares podían entrarnos *caramelos*. Éstos eran mensajes de afuera, cartitas escritas con una letra muy pequeña que se leían, se entendían y recordaban, y luego se quemaban. Todavía no estaban los militares, por lo tanto, las cartitas entraban".

Después de la batalla de Monte Chingolo, Perla recibió de un familiar un *caramelo* escrito por su esposo, Jorge Moura ("Manuel"). "En un acto de *liberalismo* [rompe con las medidas de seguridad], me escribe describiéndome una serie de cuestiones que hacían al combate en sí. Que él manejaba el camión y que iba Pedro a su lado. Que chocó la puerta del cuartel y que ni bien entraron empezó el fuego. Recuerdo una frase: 'Inmediatamente al entrar el camión, ahí nomás cuando se mete la trompa, empezó un fuego cruzado de arriba, del frente, de los costados, de todos lados'. Después empieza a contar una cosa alucinante: tiros de todas partes, una gran confusión, helicópteros artillados sobrevolando el cielo. Relataba también de compañeros calmando soldados y otras anécdotas que no me acuerdo, pero sin dar nombres, salvo el de Pedro".

Después de leer el mensaje, escrito en miniatura en un papel de cigarrillo y envuelto en celofán y con un caramelo, listo para tragárselo si fuese necesario, Perla lo quemó.

"La impresión que uno tenía al leer la carta era de que hubo un gran desorden durante el combate, pero sobre todo se destaca una sensación de gran sorpresa, de sentir que ellos [los militares] estaban avisados, que los estaban esperando".



Jorge Moura ("Manuel")

Combate intenso

El jefe de guardia, sargento ayudante José Ramón Saravia, su segundo, el sargento ayudante Roque Carmelo Cisterna y varios soldados (Carlos Eduardo Niessi, Roberto Caballero y Benito Ruffolo, entre otros) se encontraban paseando fuera de la Guardia de Prevención, programando los turnos para la noche. "En ese momento aparece el camión sobre el Camino General Belgrano e ingresan los vehículos al Batallón".

Ni los soldados ni los suboficiales de la Guardia de Prevención estaban informados de que la ausencia de vehículos en el Camino Ge-

neral Belgrano se debía a las contenciones ya montadas por el ERP, dato que ya manejaban el coronel Abud, el mayor Barczuk y otros oficiales del Batallón. Ante la sorpresa, Niessi y los demás miembros de la guardia "corremos todos hacia adentro. Yo estaba afuera, Ruffolo también. Él estaba un poco más adelante, donde había una barrera antes de llegar al Puesto 1. Estaba con el perro Antoni, unos treinta metros más adelante. Cuando empezaron los tiros se metió en un pozo y comenzó a disparar con un FAP".

Desde el día anterior había una ametralladora pesada MAG montada en un parapeto de bolsas de arena, un poco por delante de la Guardia Central. "Cuando ingresa el camión, el sargento ayudante Cisterna sale corriendo y se arroja al parapeto, toma la MAG y empieza a dispararles".

El sargento Saravia y los soldados lograron entrar en la Guardia. Por las dos ventanas del frente, con ocho fusiles dispararon sobre los vehículos atacantes desde el inicio mismo del asalto. Al salirse del camino el Mercedes Benz y saltar a tierra los hombres que venían en la caja, "en el primer cambio de disparos quedaron cuatro extremistas en el suelo".

Cristóbal, un militante de 24 años de edad, fue uno de los primeros en caer. "Él era responsable de Personal de la Compañía de Capital 'Héroes de Trelew'. Cae, heroicamente, a poco de entrar, protegiendo a otro compañero". Al bajar del camión, y antes de lograr ponerse en posición de cuerpo a tierra, también Orlando Benjamín Fabián ("Martín") recibió dos impactos de bala: uno en la ingle izquierda y otro, fatal, en el corazón. Cuando se desplomó sobre el césped, ya estaba muerto. Muy cerca de él cayó el joven uruguayo Guillermo Pablo Ramos Berdaguer, gravemente herido por cuatro disparos en el abdomen. "Apenas entramos, ya había varios compañeros muertos y heridos. Nos tiraban con ametralladoras pesadas y FAL desde todos lados. Era evidente que nos estaban esperando".

El intenso tiroteo obligó a dispersarse a los vehículos que venían detrás del camión, donde quedaron detenidos por los montículos y zanjas ubicados a derecha e izquierda del camino. "Ellos estacionaron los autos sobre el pavimento, en los jardines, y allí quedaron. A medida que iban bajando caían bajo el fuego que llegaba desde todos lados. Algunos alcanzaron a cruzar la línea e internarse en el Batallón".

Según el informe del coronel Abud, el asalto "fue repelido en forma instantánea por la Guardia, inicialmente por una MAG, dos FAP y alrededor de diez fusileros armados con FAL. De inmediato iniciaron la represión [...] los elementos constitutivos de los puntos fuertes números 1, 2 y 3, los cuales se encontraban, en momentos de iniciarse el ataque, en adecuadas condiciones de equipamiento y apresto, lo cual había sido comprobado personalmente, momentos antes, por el oficial de Operaciones de la Unidad [mayor Barczuk]".

El soldado Cánepa, operador del equipo de radio Motorola instalado en la Guardia de Prevención, apenas comenzado el ataque recibió la orden del sargento Saravia de alertar a la red del Comando de Arsenales, la cual estaba integrada también con la red de la Guarnición Buenos Aires 1 y 2. Además, desde otro sector y por medio de un equipo similar se alertó a la red policial de la Unidad Regional de Lanús y al Cuerpo de Camineros de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.

Producido el alerta pasadas las 18.50, Cánepa dejó el transmisor de radio y con su FAL se sumó a la defensa de la Guardia. Sólo volvería a transmitir a partir de las 19.40.

La Ford F-100, conducida por el teniente Camilo, con Cuky a su lado y cuatro combatientes atrás, fue recibida por las ráfagas de la MAG del sargento ayudante Cisterna. Uno de esos disparos hirió al teniente guerrillero. Fue sólo un raspón debajo de la axila, pero Camilo maniobró bruscamente y a toda velocidad comenzó a dar vueltas por el flanco derecho buscando paso. Finalmente condujo la pickup al único sector donde no había zanja alguna, exactamente frente a la posición de Cisterna. Las balas se incrustaron en el parabrisas del vehículo y Camilo se detuvo a escasos metros del parapeto. Los guerrilleros rápidamente bajaron de la camioneta y contestaron el fuego.

Mientras los combatientes se colocaban en posición de cuerpo a tierra, uno de ellos, morocho, de bigotes, armado con una escopeta de tipo High Standard, se lanzó decididamente contra la Guardia Central. Ahí ocurrió uno de los pocos encuentros cuerpo a cuerpo de la batalla. El soldado Niessi estaba saliendo por la puerta y "ahí me topo con una persona del sexo masculino que avanzaba, y bueno... nos tiramos los dos. Yo recibo un escopetazo en el brazo

derecho, debajo del hombro, porque de acuerdo a los médicos del Hospital Aeronáutico, adonde me llevaron, había sido una perdigonada. Yo antes había puesto el fusil en automático, así que le tiré una ráfaga cuando yo salgo a la puerta. El guerrillero cayó ahí nomás. Después tiré y tiré hacia la camioneta que había llegado a la Guardia. Cuando se me vacía el cargador me meto por adentro de la Guardia".

Como ninguno de los cinco automóviles que doblaron hacia la derecha pudo pasar por las zanjas y montículos de tierra, los guerrilleros de los grupos 4 y 5 quedaron allí atascados, a veinte metros de la Compañía de Servicios.

"Nosotros teníamos como objetivo el Casino de Suboficiales. Pero no pudimos seguir adelante pues había dos carriers que nos recibieron con una lluvia de balas. Además, desde la torre de observación que dominaba todo el cuartel, nos tiraban con ametralladoras pesadas".

En el Fiat 128, Walter tenía un rasponcito en el cuero cabelludo pero que le sacaba mucha sangre. Arriba del auto, cuando vio que chorreaba sangre, dijo:

—Me estoy muriendo, ¡qué importa!

—¡Tranquilo!, que es un raspón nada más —le contestó un compañero. Walter, uno de los jóvenes uruguayos que militaba en el ERP sobrevivirá a la acción, pero caerá siete meses después en la zona Oeste, y desde ese momento se encuentra desaparecido.

Los veinte guerrilleros bajaron de los autos y contestaron el fuego que provenía de las ventanas de la Compañía de Servicios. Allí, el cabo ingeniero Guillermo Ovando y un grupo de soldados sostenían la defensa de la unidad. A pesar de la imprevista resistencia, los combatientes del ERP intentaron proseguir con el plan de copamiento. Darío ordenó al Grupo 5 subir a los autos e intentaron pasar. "Pero tampoco pudimos por el intenso fuego enemigo. Entonces, otra vez para atrás con los autos, volvimos al mismo lugar anterior, dejamos los autos, nos parapetamos detrás de los montículos y comenzamos a disparar a las ventanas de la Compañía".

En cada una de las edificaciones del Batallón se había montado una defensa que aguardaba en estado de alerta. Por ejemplo, sólo en la Compañía de Seguridad, del otro lado de la Plaza de Armas, un

sargento ayudante, un cabo primero, seis soldados y un enfermero esperaron atrincherados el ataque guerrillero a su sector, que finalmente no se produjo.

Mientras tanto, detrás del grupo guerrillero, en el Puesto de Verificación, los soldados Oscar Torregino y Daniel Benítez se asomaron a la ventana para ver qué sucedía. "Nosotros estábamos en un lugar de mierda, porque los autos ingresaron por el puesto que está sobre el Camino General Belgrano y se instalaron en todo el campo apuntando hacia la Guardia que estaba cien metros adentro. Nos daban la espalda a nosotros. Nos asomamos por la ventana y vemos a los tipos tirando hacia la Guardia desde los autos, los teníamos a tiro nosotros. Pero te imaginás... hubo tipos con ataques de valentía, otros no tanto; nosotros... nos cagamos todo. Contábamos con dos fusiles y un cargador, los fusiles se trababan. Entonces Daniel agarra el FAL y tira un tiro, y rompió el vidrio de la ventana. Le digo: 'Pelotudo, ¿qué hacés?'. Y bueno, ahí nos agarró la incertidumbre. ¿Qué hacíamos? La Guardia disparaba hacia nosotros y ellos hacia la Guardia dándonos la espalda a nosotros. Estábamos ahí en el medio del quilombo."

El Puesto de Verificación era un tinglado muy grande de chapa, con unas oficinas con cielo raso de yeso. Torregino y Benítez subieron para esconderse en el techo. "Era una forma de que no nos agarraran. Al margen de que todo el Batallón era un señuelo, nosotros estábamos muy expuestos porque estábamos frente a la calle. La Guardia nos disparaba, y los dos solitos, aislados. Bueno, nos subimos al techo y nos escondimos".

Una situación desesperada

Después de algunos minutos de combate, en las filas del ERP ya había varias bajas. En el sector ubicado frente a la Compañía de Servicios, Carlos Crespo (el sargento Beto) estaba gravemente herido desde el comienzo de la acción, dejando al Grupo 4 sin mando. Pablo, otro de los combatientes del mismo equipo, fue muerto poco después.

En el mismo sector, el Grupo 5 (Casino de Suboficiales) tenía ya

cuatro heridos, entre ellos: Juan, con un balazo en el abdomen; Margarita, con un tiro en el talón izquierdo, y Tito, con heridas de bala en rodilla y pierna. Con casi la mitad de los combatientes de su equipo heridos, el sargento Darío se hizo cargo también del Grupo 4.

Otras bajas guerrilleras se produjeron frente a la Guardia Central. Carlos Omar Oroño, un joven de 22 años, había sido herido de gravedad al iniciarse el tiroteo. Ante el pedido de socorro, la sargento Ana ordenó a Sanidad acudir en auxilio. Desde el portón, la Negra Chela y Felipe ingresaron al cuartel. Cubriéndose solamente con el revólver calibre 22 de la Negra, los integrantes de Sanidad llegaron hasta el herido, al que lograron sacar del Batallón. Con el Citroën blanco, Chela y Felipe se internaron en el Barrio IAPI (Barrio Santa María, ubicado frente al cuartel) y se detuvieron en una esquina. Ahí Felipe se bajó y le pidió a un grupo de vecinos:

—Somos del ERP, estamos tomando el Batallón. Traemos un herido, ¿nos pueden ayudar?

Varios dijeron que sí. Felipe pidió un guía para salir de la zona sin ir por la ruta, sino por dentro de la villa. "Inmediatamente subió al auto un compañero, quien nos guió hasta otra ruta". Al llegar a la posta sanitaria, pasaron a Carlos Oroño a otro vehículo que con Chela partió hacia Ranelagh. "Lo llevaron a la casa de concentración, pero cuando llegaron ahí, el compañero ya estaba muerto. Él era un pibe de base. Después trataron de regresar al Batallón pero no pudieron pasar."

Mientras tanto, Felipe y su guía regresaron a la villa, abandonaron el Citroën y cuando estaban a pocas cuadras del cuartel, unos muchachos "nos dijeron que no siguiéramos pues el helicóptero tiraba a todo el que se acercaba más adelante. Ya más cerca, a los gritos nos llaman de una casa, al tiempo que vimos las luces de dos helicópteros muy cerca y ráfagas de ametralladora: 'No vayan, ya mataron a una señora y la hija en la esquina, del otro lado está lleno de *milicos* y hay también tanques, los helicópteros disparan contra las casas que están cerca del regimiento [sic], la gente de allí se vino para acá'". Felipe se retiró entonces a los controles, no sin antes hacer una cita para la semana siguiente con el guía que los había ayudado.

Los equipos del ERP no habían podido tomar ninguna de las unidades del cuartel (a excepción del Puesto 1 de entrada) y estaban in-

movilizados a unos veinte o veinticinco metros de la Guardia Central y de la Compañía de Servicios. El coronel Abud afirmará posteriormente que "desde el comienzo del desarrollo de la acción, el oponente se vio seriamente dificultado en su accionar en razón del intenso fuego a que era sometido en todo su frente".

Roberto, del Grupo 6 "Tinglado", el cordobés *lumpen* que tenía buena experiencia en el manejo de armas (aunque su fuerte no era la conciencia revolucionaria), al ver que los estaban esperando y que el ataque estaba siendo rechazado, se paró, dio media vuelta y se escapó. Durante los setenta metros que lo separaban del portón, los militares dispararon sobre él. Roberto corrió, seguramente como nunca en su vida. El primer disparo le pegó en un hombro, el segundo en la nalga, pero finalmente logró salir. Ya en el Camino General Belgrano, uno de sus compañeros le quiso tirar por la espalda, pero lo contuvo el capitán Miguel: "¡No!, no le tires". Roberto corrió y se metió en la villa. Los dueños de una casilla, una pareja de viejitos, lo ocultaron en el pozo ciego del patio. Allí permaneció dos días. Después, los viejitos lo trasladaron como si fuera un lisiado, y con unos parches en las heridas llegó al día siguiente a su provincia. Luego de que el ERP le aplicara una sanción, más bien formal, Roberto se reincorporó a la actividad de su frente.

A los guerrilleros agrupados en el sector central y el flanco derecho se les sumó el sargento Federico, que logró llegar hasta el grupo que enfrentaba al fuego proveniente de la garita exterior y la Guardia de Prevención.

De los diecinueve combatientes parapetados frente a la Guardia Central y los veinte frente a la Compañía de Servicios, una decena había muerto o estaban heridos. Además, la mitad estaba armada con escopetas "y en el combate a distancia esta arma no te sirve para nada".

A pesar de la desesperada situación en que se encontraba, el grupo combatirá con tal valentía que llegará a neutralizar a las unidades ubicadas en todo su frente. La unidad del ERP sostendrá la batalla de tal forma que sólo con la intervención de gran cantidad de refuerzos, ametralladoras pesadas, aviones, helicópteros y tanques, los militares la obligarán a abandonar el cuartel.

Desde sus posiciones cuerpo a tierra, los guerrilleros del sector central comenzaron a efectuar disparos con gran precisión sobre el

puesto de vigilancia. Hasta el día de hoy pueden verse decenas de impactos de bala sobre el vidrio, a prueba de balas, de la garita exterior. El fuego guerrillero comenzó a hacer estragos también entre los defensores de la Guardia Central. José Sidras fue herido en ambos brazos, sufriendo la fractura de uno de ellos. Otro soldado, Gerónimo Ceballos recibió un disparo en la mano izquierda.

Como el fuego a discreción del sargento ayudante Cisterna impedía a los guerrilleros llegar a la Guardia, tres mujeres se fueron acercando al parapeto de la MAG, desplazándose cuerpo a tierra. Cuando se encontraron lo suficientemente cerca se levantaron y cada una de ellas arrojó una granada hacia el puesto y las ventanas de la Guardia.

En su informe, el coronel Abud admite que, a pesar del intenso fuego militar, "algunos integrantes llegaron a aproximarse al local de la Guardia a tal distancia de la misma que les permitió arrojar contra ésta dos o tres granadas de fabricación casera con explosivo, al parecer de tipo de gelinita, las que explotaron en el exterior de dicho local". Es decir que las granadas explotaron en el mismo parapeto del sargento ayudante Cisterna. El suboficial quedó muy gravemente herido. Sin embargo, antes de que su MAG quedara silenciada, disparó una ráfaga sobre las guerrilleras. Una de ellas era una mujer de 21 años, piel blanca, ojos pardos y cabellos negros. Al mismo tiempo que arrojaba la granada recibió de lleno los disparos. Acribillada en el tronco y ambas piernas, Susana (Mónica Silvia Lafuente) se desplomó sin vida.

Los guerrilleros se acercaron hasta unos quince metros de la Guardia. Allí estaba el soldado Horacio Botto. "Estando herido en el piso siento que me pegan una patada. Me doy vuelta y veo que era un guerrillero apuntándome en la frente con una escopeta. Y un compañero le decía 'Matalo, que está vivo'. Pero el muchacho que me apuntaba gritó '¡No!, que es un *colimba*'. Entonces me dejaron. Conmigo no se portaron mal, nos tiraban porque les tirábamos".

Más atrás, en el puesto de barrera, ubicado al lado del camino de acceso a treinta metros de la Guardia, "había una MAG que recuperó el flaco Julio. Ellos allá matan a uno de los *milicos* y el otro se retira. Después Julio se manda para la Guardia Central con la MAG

pero, cuando quiere tirar, se da cuenta que disparaba solamente tiro a tiro. El *milico* la dejó porque se le había trabado el sistema". Julio dejó la MAG y empuñó nuevamente su fusil Mauser.

La Compañía de Servicios

Frente a la Compañía de Servicios los guerrilleros seguían parapetados detrás de los montículos de tierra. Darío vio que dentro de la Compañía "un *milico* [estaba] haciendo una especie de arenga a los *colimbas*. Se para, no sé qué grado tenía, pero se para ahí, al lado de la ventana. Yo lo veo desde afuera, gritando y gesticulando, y le tiré. El milico quedó ahí, desapareció". Se trataba del cabo Ovando, que se salvó del disparo de Darío por muy poco.

"Nos teníamos que refugiar en el costado de la Compañía de Servicios porque acá, en los montículos, estábamos bajo el fuego de la torre del tanque de agua; en cambio, allá adelante no, porque estaríamos ocultos sobre la pared de la unidad". Darío, entonces, decidió mover de posición a los grupos 4 y 5.

"Tito estaba atrás, a mi derecha, y Teresa al costado mío, a la izquierda. Una granada que tiraron por la ventana cayó justo delante del montículo detrás del que me ocultaba. Me agaché lo más que pude y la granada explotó. La explosión me dejó medio sordo". Tito gritó "¡No esperemos más!" y Darío dio la orden de avanzar sobre la Compañía de Servicios. Todos lo hicieron, aun los heridos.

Jóvenes vestidos de sport, con mocasines o zapatillas, sin cascos, algunos de ellos sangrando, se lanzaron por terreno descubierto. Durante la corrida hacia la Compañía de Servicios, las ráfagas de MAG de la torre Norte alcanzaron a la sargento Teresa. Nunca más esperaría a Darío. Lo último que sintió Ana María Liendo fueron varios golpes en el pecho. Tres metros después de las zanjas cayó muerta sobre el césped.

El responsable de los grupos 4 y 5, ignorando la caída de Teresa, había llegado a un foso de tirador abandonado y desde allí, con un FAL, comenzó a dispararle tiro a tiro a la torre Norte. "Del foso sí tenía visual hacia la torre y como de allá tiraban con trazadoras lo ubiqué, y o bien le pegué, o le pasé muy cerca, porque al poco tiempo la MAG se calló".

La carga logró su objetivo. Salvo Teresa, el resto de los insurgentes consiguieron colocarse sobre la pared de la Compañía que da al Camino General Belgrano. Ya estaban protegidos del fuego de la torre Norte.

Una de las combatientes lanzó una granada por una de las ventanas. Los militares se arrojaron al piso y la granada explotó en el interior de la unidad. El soldado Roberto Fontana, uno de los defensores de la Compañía, resultó herido en el brazo izquierdo por las esquirlas.

Desde aquel momento, con el grupo del cabo ingeniero Guillermo Ovando totalmente aterrorizado, la resistencia en la Compañía de Servicios cesó. Los militares, sabiendo que tenían del otro lado de la pared a un grupo de civiles armados que iban al ataque, decidieron quedarse quietos y en silencio.

La misteriosa avioneta

Varios testimonios aseguran que desde el inicio mismo del combate una avioneta civil estuvo largo tiempo sobrevolando el predio del cuartel, ametrallando distintas instalaciones de este.

Un ex suboficial del "Domingo Viejobueno" aseguró que los guerrilleros "disparaban contra la Guardia desde todas partes. Inclusive tenían una avioneta que no cesaba de tirar. Las camas de hierro quedaron destrozadas y los colchones de gomapluma desaparecieron".

Según un posterior trascendido, "los sediciosos habrían utilizado, al iniciarse las acciones, una avioneta, del tipo empleado para remolcar planeadores". Por su parte, el coronel Abud afirmó que "durante las operaciones sobrevoló en varias oportunidades la zona de Galpones una avioneta de color oscuro la cual ejecutó fuego ametrallador, presumiblemente con una ametralladora Colt o similar montada en dicha avioneta, sobre blancos personales, instalaciones y depósitos. Lo hizo empleando munición trazante y operó hasta el momento del arribo de los helicópteros propios".

Los sobrevivientes de los mandos táctico y estratégico del ERP, como los del personal de Logística y oficiales de las tres compañías del Batallón "José de San Martín", niegan categóricamente que la misteriosa avioneta perteneciera a las filas insurgentes. Reino Hie-

rala, el constructor de las famosos camiones cisterna, bromeó acerca de semejante posibilidad: "La avioneta pertenecía a una de nuestras flotillas de la FARP [la inexistente Fuerza Aérea Revolucionaria del Pueblo]".

¿De dónde venía, entonces, la misteriosa avioneta? No se puede descartar que algún alto oficial de inteligencia militar, después del trabajo realizado para detectar el operativo guerrillero, haya querido ver "en vivo y en directo" cómo se desenvolvía "su" batalla. No todos los días se tiene una oportunidad así. Y de paso se dispara unos tiritos. Según el testimonio de los soldados ubicados en el Puesto de Verificación, la puntería del ametralladorista dejaba mucho que desear: "Atacaron con una avioneta también, y la avioneta disparaba. Y nosotros veíamos que el tinglado se agujereaba. Estábamos los dos en el techo expuestos a que también nos tiraran desde arriba. Ahí nos agarró un mayor cagazo y decidimos bajar. Bajamos y entramos a una oficinita chiquita y nos escondimos en dos armarios. Estábamos encerrados en el armario y con el fusil apuntando a la puerta. Eso empezó a las 7 de la tarde, y nosotros estuvimos ahí hasta las 12.30 de la noche".

En "defensa" del ametralladorista aéreo hay que señalar que, al ver civiles armados a su alrededor, pudo creer erróneamente que el Puesto de Verificación ya había caído en poder de los guerrilleros.

La leyenda de la "avioneta del ERP" siguió viva entre los soldados del Batallón 601: "Días después [del ataque], cuando pasaba una avioneta, la cagábamos a tiros".

El ataque a la Guardia Central

En pocos minutos la sorpresa inicial, favorable al Ejército, comenzaba a diluirse ante la decisión de los guerrilleros. El capitán Miguel mantuvo la orden de tomar por asalto la Guardia Central, y los militares comenzaron a dudar de la capacidad de sus defensas para contener la embestida de una treintena de combatientes.

Durante el desarrollo de la acción sonó el teléfono en la garita de la torre de agua Norte, desde donde disparaba el coronel Abud. Atendió el mayor Roberto Barczuk. Un oficial del Comando del Primer Cuerpo requirió un informe de situación. Según el suavizado texto

del parte militar, Barczuk respondió que "todo el sistema de seguridad se encuentra empeñado resistiendo el ataque, y que hasta este momento lo hace con éxito, pero considero inminente la necesidad de contar con refuerzos".

El oficial del Comando del Primer Cuerpo le contestó que "de un momento a otro llegarán cinco helicópteros con personal de refuerzo". Sin embargo, aún demorarían en arribar.

En la central telefónica de la Guardia Central se encontraban los soldados Roberto Caballero y Carlos Niessi, este último herido en el brazo derecho. Un guerrillero, solo, sin apoyo, corrió hacia la Guardia y golpeando con la culata de su escopeta abrió la puerta de la central telefónica e ingresó en el recinto.

"A medida que se iban bajando de la camioneta, ellos trataban de ingresar a la Guardia por esa puerta, y no nos olvidemos que todo era un caos total, un enfrentamiento muy grande. Cuando me vuelvo hacia adentro de la central sentimos un culatazo como que volteaban la puerta. Esa puerta había quedado entornada, nada más que la golpea por la forma apresurada en que el guerrillero trata de entrar a la misma Guardia, ¡ya! Ahí nos escondemos, y Caballero me agarra del brazo y me dice '¡Mirá lo que tenés hecho, Negro! ¡Nos van a matar!'. Yo ya estaba herido, ¡no me había dado ni cuenta! Sólo sentí la sangre que me corría por la palma de la mano, cuando fui a sacar el cargador. [...] Entonces el segundo tipo se mete en la Guardia. Era un hombre de 1,75 m de altura, más o menos, no le alcancé a ver la cara. Se metió por la puerta que daba hacia el frente del Puesto 1, no por la puerta del frente de la Guardia. Entonces agarra y pasa. Estaba el soldado, si mal no recuerdo Cánepa, pulsando la radio y pidiendo los refuerzos. [El guerrillero] entra y pasa derecho, porque lo escucha a Cánepa que está sentado transmitiendo [...]. Caballero estaba parado detrás mío, escondido detrás de un armario donde teníamos las herramientas para el mantenimiento de todo lo que era la telefonía y la comunicación interna del Batallón.

El guerrillero [...] trata de dispararle a Cánepa para que deje de transmitir. Ahí es cuando me adelanto, lo agarro de atrás y sale un disparo pero no alcanza a nadie porque sale hacia arriba, pega en el techo [...]. Cánepa estaba agachado, oprimiendo el pulsador de la radio y transmitiendo el pedido de refuerzos.

Entonces Cánepa agarra y toma el fusil, que lo tenía al lado del puesto de radio, y apuntaba para tirarle, y yo le gritaba: '¡No le tirés, no le tirés!, porque me vas a hacer bolsa a mí!', porque yo también lo tenía agarrado. Cuando nos vamos cayendo, nos enredamos en unos rollos de cable que yo tenía para arreglar los internos dentro del Batallón. Nos volteamos contra el placard y en uno de esos disparos, porque él seguía tirando al techo, a todos lados, y yo lo tenía agarrado con un brazo de atrás, uno de esos disparos fue el que le dio a Caballero".

Roberto Caballero recibió el escopetazo en el pecho y cayó al piso, muerto.

"Ahí es cuando se abre la puerta del placard y nosotros teníamos colgadas ahí las herramientas, y tomo un martillo y bueno... lo golpeo en la cabeza y él se cayó. No sé si murió o se desmayó. [...]

Después salto por esa ventanita que unía la central telefónica y el puesto de la radio, hacia lo que es toda la Guardia [...]. Los muchachos compañeros míos me hacen un torniquete en el brazo, y me acuerdo que del depósito sacábamos las cajas con municiones, se las tirábamos así [arrastrándolas] por el piso al sargento ayudante Saravia, que disparaba con un FAL. El resto de la Guardia eran todos FAL".

Durante el combate, el sargento Saravia dejó salir de los calabozos de la Guardia a los cinco soldados que estaban arrestados allí. Uno de ellos, detenido por desertor y que al comenzar el ataque había pedido participar de la acción, tomó el FAL de un dragoneante herido y se sumó a la defensa. Otro, J. D. González, "preso por cuestiones dudosas" según un ex suboficial, se arrastró por entre los escombros del despacho del jefe de guardia en busca de la llave de la sala de armas. Abierto el depósito, los otros tres conscriptos que cumplían arresto, junto con el soldado Carlos Niessi, abastecieron de munición al resto de los soldados que defendían la posición.

Por orden del sargento Saravia, Cánepa solicitó al carrier delantero que acudiera a la Guardia. Cuando el blindado se colocó frente a la edificación, cuatro de los conscriptos arrestados ingresaron al vehículo por su entrada trasera. Luego, completando la maniobra, el carrier se replegó.

Desde la Compañía de Servicios, Darío vio a "cuatro *colimbas* de-

sarmados salir de la Guardia Central y escapar hacia un carrier que se los llevó". El otro carrier disparó en dos oportunidades sobre los guerrilleros al asomarse sobre el costado norte de la Compañía de Servicios, aunque su accionar principal se concentró en repeler la acción del Grupo 8 "Galpón" que combatía en los fondos del cuartel.

"Cuando se asomó el otro carrier por acá, un compañero nuestro se levantó, se le fue encima y con una 9 mm lo cagó a tiros. Lo que no me puedo explicar es que el carrier se paró, y se fue para atrás, hacia el fondo del cuartel. Los milicos tenían mucho miedo; si no, no salíamos ni en pedo de ahí".

El fuego de los militares se dirigía ciegamente a todo lo que se encontraba a su frente. A las muertes confirmadas de los civiles Ricardo Ragone, Luis Garbozo y Horacio Colacelli hay que agregar un número indeterminado de víctimas en el Barrio IAPI, ubicado frente al cuartel.

"Cuando vi que eran balas me tiré al piso", recuerda un vecino. "Había un coche parado ahí enfrente con una familia adentro. Los tiros eran insoportables. ¡Mi casa quedó llena de agujeros! Yo me fui para adentro y mi hermano les gritó a los del auto que no levanten la cabeza. Después se metió arriba del coche y no sé cómo se salvaron estos pobres tipos, porque los soldados le tiraban a cualquier cosa que se movía. No sé cómo hizo para entrarlo, pero cuando metió el auto adentro, justo en ese momento aparecieron tres helicópteros que empezaron a tirar de arriba para abajo, en el cuartel y en las casas también".

Torregino y Benítez, que seguían escondidos en el Puesto de Verificación, también recibieron el fuego proveniente de la Guardia. "En algunos momentos, de la Guardia disparaban tanto que también se rompían las paredes, que eran muy finitas, se nos metían balas. ¿Te imaginás?, hemos meado cuatro veces, ¡un cagazo!... Lloramos, le pedimos a Dios. Bueno, el tema es que supimos que en el puesto del lado de afuera había también atrincherada gente del ERP disparando hacia la Guardia, la Guardia hacia nosotros, no sabíamos qué pasaba".

El tiroteo crecía en intensidad. Sobre la Guardia y la garita exterior también hacían fuego los guerrilleros de los puestos de hostigamiento ubicados en el Camino General Belgrano, especialmente los

cuatro francotiradores que desde el techo del almacén "Tres Palmeras" disparaban tiro a tiro con sus FAL. Un soldado de la Guardia Central y el tirador apostado en la garita exterior resultaron heridos.

Al mismo tiempo, las ametralladoras pesadas de la torre Norte y del carrier delantero barrían incesantemente el predio frente a la Guardia, dificultando el avance a los guerrilleros y provocándoles continuas bajas.

El sargento Federico, cuerpo a tierra al lado de Claudio Arturo Tisminetzky (el sargento Juan) y Víctor Rafael Bruchstein (Julio), perdió la vida al ser alcanzado por cinco disparos de ametralladora. Los otros dos guerrilleros cambiaron entonces de posición. Al levantarse, Juan recibió dos balazos en los brazos y se le cayó el arma. Casi al mismo tiempo, otro disparo lo hirió en la región inguinal provocándole una grave hemorragia. El joven de 21 años fue arrastrado por su compañero Julio hacia atrás, a una posición más segura tras los montículos de tierra.

"'¡Hijos de puta!', les gritaba yo, y después escuchaba toda la sarta de insultos que me mandaban", recuerda uno de los soldados de la Guardia. "Se insulta tanto el que ataca como el que defiende, ¿no es cierto? El problema era con los oficiales y suboficiales. Los guerrilleros los puteaban en la cara. A nosotros nos decían: '¡No tiren!, que con ustedes no es la cosa'.

En los cinco o seis puestos de guardia que estaban dispersos en el Batallón, estaban los pibes con su fusil en el piso, tomando mate. En la mayoría de esos puestos, [los guerrilleros] te gritaban: 'No, pibe, largá el fusil. ¡Rajá, largá el fusil y rajá!' Ellos no querían matar a nadie de los colimbas".

En medio del tiroteo, el sargento ayudante Cisterna, gravemente herido, gritaba desde el parapeto en el exterior de la Guardia: "¡Negro! ¡Negro, entrame! ¡No me dejés morir, no me dejés morir!". Carlos Niessi cree que le gritaba al sargento ayudante Saravia. Durante mucho tiempo, más de veinte minutos, estuvo gritando que lo entrasen. "Después no lo oí más".

Niessi también oyó "a unas mujeres que había allá afuera de la Guardia. Parecía que llevaban un equipo de radio, o algo así, porque gritaron: 'No nos dejan avanzar estos *borregos*', es decir, informaban que no los dejaban avanzar hacia el objetivo".

La sargento Ana transmitió a sus compañeros la orden del capitán Miguel: "¡Hay que atacar!".

"Ataquen!", gritó Cuky tras escuchar la orden.

"¡Ataquen!", escuchó Niessi gritar a una mujer. "Ellos recibieron por radio una orden de avance de algo y ¡bueno!, eso sí yo lo alcancé a escuchar. Y eso se escuchaba adentro de la Guardia en medio de la incertidumbre".

Eran aproximadamente las 19.30 cuando, bajo el mando del teniente Camilo, una docena de combatientes del ERP, ubicados en el sector central del abanico guerrillero, se lanzaron al asalto de la Guardia de Prevención. Uno de ellos era Tony (Ismael Antonio Monzón), que integraba el Grupo 1.

Tony tenía 19 años. Estaba terminando el secundario y al mismo tiempo trabajaba en el Banco Nacional de Desarrollo, donde había pedido licencia para rendir sus exámenes cuatrimestrales. Vivía en Villa Ballester con su esposa Estela y su pequeña hija Cristina Beatriz.

Para su padre, el abogado Eloy Antonio Monzón, "era un chico muy inquieto. Yo fui militante del gremialismo, sin llegar al sindicato, pues por la lista a la que pertenecíamos nunca le podíamos ganar a la burocracia sindical. A Ismael le gustaba mucho eso, se crió viéndome a mí luchar, colaborando con las escuelitas donde iban ellos. Trabajando, arreglando la escuela en las vacaciones, porque no íbamos a ningún lado porque no podíamos. Me vio estudiar, ya siendo ellos grandes, casi todas las noches, antes de ir a trabajar.

Yo tenía un lenguaje para con mis hijos muy especial. Ismael se emocionaba mucho cuando le decía: 'En este tiempo, en el país de las vacas, de los trigales, hay gente que se acuesta sin comer'. Le hablaba también de cuál era la causa del hambre, de que siempre hubo problema con el trabajador, de que los explotaban. Ismael conocía bastante la historia de su pueblo y algunas cosas de las grandes revoluciones. Algo advertía yo, sabía que admiraba al Che, pero no sabía del ERP. A él le gustaba que yo era discreto con él en materia política.

El 17 de diciembre fue la última vez que lo vi. Estuvo en casa con nosotros por la noche. Vino con un compañero que andaba con un paquete envuelto en papel madera que dejó en el comedor sobre una silla. La madre [Cristina Vega] le hizo la comida que a él más le gus-

taba: unas milanesas con ensalada. Estaba muy contento. Al despedirnos, como sabía que estaba de licencia por examen, le dije que le metiera, que estudiara. Entonces él me dijo: '¡Bueno!, tengo examen de una materia muy difícil. ¡Si apruebo esto, vamos a festejarlo!' De ahí, ya no lo vi más. Me saludó y se fue contento".

Durante el asalto a la Guardia Central, Tony tuvo que atravesar el camino de acceso interno. Sobre éste, varios metros por detrás de la Guardia, se encontraba el carrier M-113 delantero, que no cesaba de disparar. Ismael fue alcanzado por una larga ráfaga de la ametralladora Browning de 12,7 mm. Acribillado, alcanzó a gritar con voz potente "¡Viva la Revolución!" y se desplomó sobre el césped.

Una ráfaga de FAL proveniente de la Guardia hizo impacto en otro de los atacantes. El sargento Tomás (Panchú), del Grupo 1, con varios balazos en el cuerpo, siguió corriendo hacia adelante sin soltar su fusil.

Los demás continuaron avanzando y disparando sus armas. Finalmente llegaron hasta la pared exterior de la Guardia Central. Sus defensores no pudieron contener la osada maniobra insurgente. Allí estaban el teniente Camilo, Panchú, Cuky, Julio, Manuel, Pedro, Inesita y algunos otros más. Después de pasar por el costado izquierdo del parapeto y las dos ventanas desde donde les disparaban, los guerrilleros se agazaparon en el gran recodo que tiene la edificación en la parte trasera (sector noreste). Del otro lado de la pared se encontraban los militares.

Ya habían pasado cincuenta minutos desde el inicio del ataque, sin que los defensores del Batallón tuvieran ni noticias de los planeados refuerzos. El sargento Saravia le ordenó al soldado Cánepa pedir urgente ayuda al Comando del Primer Cuerpo. Eran las 19.40. El jefe de guardia ignoraba que a los atacantes ya no les alcanzaban las municiones para completar el copamiento de la Guardia de Prevención.

Treinta metros a la derecha del grupo central se encontraba el sargento Darío con el resto de los guerrilleros, agazapados junto a la pared oriental de la Compañía de Servicios. De los veinte integrantes del improvisado flanco derecho, tres habían muerto, dos estaban gravemente heridos y otra media docena, por lo menos, tenía heridas leves.

En la pared de la Compañía, a ocho metros de donde comienza el espacio que la separa de la Guardia Central (batido por la MAG de la torre Norte), había dos angostas puertas de madera cerradas con un candado.

"Vamos hacia una puerta trasera del edificio y con otro compañero la abrimos a balazos. La puerta la abrió Walter, del grupo Casino de Suboficiales, con un tiro de escopeta que hizo saltar el candado".

Las puertas daban a una piecita de seis metros cuadrados, con paredes de color azul, sin otras salidas. Sobre la izquierda se encontraba instalada la caldera de la subunidad. En este lugar transcurriría uno de los episodios más sangrientos y brutales del enfrentamiento.

Darío resolvió colocar en ese lugar a los heridos graves. Entre ellos se encontraba el jefe del Grupo 4, Carlos José Crespo (el sargento Beto), nunca incluido en las listas de bajas del ERP. Otros siete u ocho insurgentes, imposibilitados de combatir a raíz de sus heridas, también fueron ubicados allí. Los demás se acercaron al costado de la edificación que limita con la Guardia Central. Desde allí, Darío veía a unos treinta metros a los guerrilleros agazapados en el recodo de la Guardia.

"Un *milico* salió corriendo para el otro lado disparando su FAL hacia nosotros". La teniente Mariana (Nancy Alejandrina Rinaldi) le gritó a Darío "¡Tirale, Flaco!".

"Yo me había asomado, salí al descubierto y le tiré. El *milico* corría tirando como en una película de cowboys. Cuando cayó, la Tona me agarró de un brazo y me tiró para atrás. El tipo era joven, con uniforme de combate, pero muy limpio. No era un colimba". Pese a la apreciación de Darío, se trataba del soldado conscripto Daniel Divito, que quedó herido por varios disparos en la pierna derecha y el brazo izquierdo.

En el recodo de la Guardia, Camilo le ordenó a Julio que fuera con Manuel hacia la Compañía de Servicios, para buscar municiones, granadas y traer refuerzos. Los dos combatientes cruzaron el espacio entre ambas edificaciones eludiendo las ráfagas de MAG de la torre Norte. Después de cargar con las municiones facilitadas por los grupos 4 y 5 en la Compañía de Servicios, regresaron de inmediato a la Guardia. El informe de Julio describe ese momento: "Cruza el compañero Manuel con un FAL y municiones. Desde el pues-

to de observación barren todo el lugar. Manuel intenta cubrirme disparándoles, pero apenas lo hace le responden con varias ráfagas de ametralladora pesada. Cruzo yo con los bolsillos y las manos llenas de granadas. Me pican las balas alrededor. Cruzan los demás compañeros de a uno. Estábamos detrás de la Guardia Central, en un recodo".

Darío, el sargento Juan II, Gato, Claudio y la Tona, entre otros, reforzaron la posición del teniente Camilo. Junto a ellos había quedado un *conscripto* herido. Era el abastecedor de la MAG del sargento Cisterna. El soldado estaba tirado y lloraba. Julio lo tranquilizó y le dijo que se quedase boca abajo sin moverse, pues le dolía la herida. Estaba llorando a lo loco. "Había ahí una rejilla común que se destapó y cuando sonaban los tiros hacía fuerza, para meterse dentro de la rejilla".

El sargento Tomás (Panchulo) lo tranquilizaba, diciéndole:

—Calmate, flaco, está todo bien, no te vamos a hacer nada.

—No me maten —rogaba el *colimba*.

—No, quedate tranquilo, que no te vamos a matar —y le acariciaba la cabeza. Panchulo tenía ocho tiros metidos en el cuerpo.

A las 19.45, liderada por el teniente Camilo, comenzó la nueva arremetida contra la Guardia. El tiroteo, concentrado en un espacio reducido, fue muy violento. Los guerrilleros intentaron silenciar la posición operando sobre las ventanas que daban al frente y a la parte trasera (norte). El operador Roberto Cánepa transmitió en aquel momento un angustioso mensaje: "¡Estamos copados! ¡Son veinte hombres!".

De repente, un violento sacudón conmovió a los defensores de la Guardia. Junto al ventanal principal de la parte sur del edificio que da al camino interno, explotó un proyectil del mortero que, desde Montevideo y Camino General Belgrano, manejaba hábilmente la teniente Inés. La explosión destruyó parte de la pared de la Guardia, sobre la derecha de sus defensores, sin causar víctimas.

El soldado conscripto Gerónimo Romero recibió un balazo en el brazo derecho, por lo que también tuvo que dejar de disparar. Pocos minutos después, Cánepa volvió a transmitir: "Sólo quedan el jefe de guardia y un soldado operando. ¡La situación es insostenible, la situación es bravísima! ¡Son treinta o cuarenta hombres!".

En ese momento aparecieron en el cielo tres helicópteros y un avión de la Fuerza Aérea que comenzaron a ametrallar las posiciones del ERP.

Los helicópteros

El jefe de la Guardia de la VII Brigada Aérea de Morón había recibido el aviso de ataque al Batallón "Domingo Viejobueno" recién a las 19.30. Para evaluar cómo funcionaban las comunicaciones de las Fuerzas Armadas, recordemos que el soldado Cánepa había irradiado su mensaje a las 18.50.

A las 19.32, el oficial de turno en Morón, teniente primero Fernando Almada, recibió la novedad y dio el alerta a los tres helicópteros Hughes 500 D "Avispa", dos helicópteros "Lama" y un avión Beechcraft T-34 A "Mentor", que la Fuerza Aérea tenía listos ante el requerimiento del Comando del Cuerpo de Ejército 1 y en cumplimiento del plan preestablecido. Los seis aparatos partieron rápidamente hacia el lugar del ataque. Asimismo, se prepararon dos naves más (un helicóptero Bell UH-1H y un avión Cessna AE-202) para su posible empleo.

Mientras tanto, en el aeródromo de Campo de Mayo, entre cincuenta y sesenta y cinco efectivos de refuerzo esperaban, junto a cinco helicópteros Bell UH-1H "Iroquois" del Batallón de Aviación de Ejército 601, la orden de despegue, que tardaba demasiado en llegar. A las 19.36, al no poder comunicarse telefónicamente con Campo de Mayo, el alerta debió enviarse desde Morón por el sistema que vincula a las torres de control de los aeródromos militares. Poco después despegaron los cinco "Iroquois" del Ejército.

Los Hughes 500 D "Avispa" poseían el sistema de armamento FAS 420 y potentes focos de iluminación; el avión "Mentor" llevaba un sistema lanzacohetes y ametralladoras de 7,62 mm.

Los pocos guerrilleros en acción, lejos de ser atrapados por el pánico y dispersarse, contestaron el fuego aéreo. Un miembro del ERP recordará: "Comenzaron a pasar los helicópteros artillados disparando con MAG y trazadoras. Nosotros les tiramos con FAL y Mauser. Pasan varias veces y les seguimos tirando. Seguramente les damos porque empiezan a pasar más alto y más lejos".

Confirmando esa apreciación, la Fuerza Aérea informará luego que "dos helicópteros Hughes resultaron averiados, con impactos de proyectiles en sus tanques de combustible, sin que impidiera el cumplimiento total de las misiones encomendadas y sin que se registraran bajas". Por su parte, un alto oficial del Ejército expresó al corresponsal del periódico *Arriba* que el "alto grado de preparación (de la subversión) se refleja en una perfecta labor de distracción y apoyo, así como también en el manejo de armas dado que utilizaron artillería antiaérea (!) cuando fueron atacados por aviones y helicópteros".

"Cuando llegaron los helicópteros yo seguía tirado a quince metros de la Guardia", recuerda el ex conscripto Botto. "Y no me querían venir a buscar porque pensaban que era un guerrillero. Tuve que gritarles como podía. Y cuando se avivaron mandaron un carrier hasta el lugar. Un sargento me *cazó* como pudo —le debo la vida— y me llevó a un baño grande donde estaban todos los heridos. Después fuimos a parar al Hospital Aeronáutico".

Para llegar hasta donde estaba tirado Botto, el carrier tuvo que pasar por la zona de combate. Los guerrilleros vieron, impotentes, cómo el blindado, a medida que avanzaba, iba pasando por sobre los cuerpos de sus compañeros caídos. Las orugas aplastaron las piernas de Orlando Fabián (Martín) y el cuerpo de Roberto Stegmayer (Federico), quienes ya estaban muertos. Pero en su desplazamiento, el carrier se acercó a dos combatientes aún con vida: Guillermo Pablo Ramos y otro hombre, que el autor no logró identificar, de 1,80 m de altura, piel blanca, cabellos castaños, ojos pardos y unos 25 años de edad. Ambos estaban inmovilizados por la gravedad de sus heridas. El guerrillero no identificado tenía un balazo en el pulmón derecho y es probable que haya visto cómo el blindado se le iba encima.

Un ex conscripto aseguró que, en su opinión, el conductor del blindado se desvió adrede para aniquilar a los guerrilleros que se movían en el piso. Las conclusiones de los forenses fueron que la muerte de los dos heridos "se produjo por aplastamiento de cráneo con pérdida de masa encefálica".

A las 20.05, en la Guardia Central recibieron la información de que los cinco Bell UH-1H "Iroquois" del Ejército ya habían sobrevolado el Batallón de Arsenales 101 de Boulogne, en su acercamien-

to al cuartel atacado. Diez minutos más tarde, el operador de radio informó que "estamos copados tratando de replegar a los extremistas. Falta poco para el copamiento total, ¡mande refuerzos!".

En ese momento explotaron granadas de gas asfixiante en una de las piezas de la Guardia Central. El gas salió por la ventana pero no se esparció, por el recodo de la edificación en ese lugar. La teniente Mariana (Tona) y el sargento Juan II (el Gordo Juan) se replegaron hacia la Ford F-100 que había quedado abandonada metros antes del parapeto. De ese modo quedaron expuestos al fuego de la Guardia y de la torre Norte.

Tona, la teniente Mariana, se llamaba Nancy Alejandrina Rinaldi, una joven platense de 23 años de edad, de 1,65 m de talla, cabellos negros y ojos pardos. Además de estudiar Psicología en La Plata (donde había comenzado a militar en el frente estudiantil del PRT), trabajaba como empleada del Ministerio de Economía de la capital provincial.

Había llegado con Darío a la parte de atrás de la Guardia. "Ahí dentro explotan los gases lacrimógenos y empiezan a salir por las ventanas. Se juntan todos los gases ahí, en el recodo. Se hace como un remolino de humo terrible. Panchú y Camilo dieron a los gritos la orden de que nadie se moviera de ahí, de que nadie salga al descubierto. Abrimos una canilla que había ahí y con los pedazos de ropa que nos arrancábamos, los mojábamos para los ojos. La Tona no se aguantó y se fue atrás de la camioneta. El Gordo Juan también, desobedeciendo la orden. Entonces los militares les dispararon y Juan II salió con un tiro en el abdomen, con orificio de salida, y la Tona murió".

La teniente Mariana había caído, herida de consideración por un disparo que recibió en el rostro, y erróneamente fue dada por muerta por sus compañeros.

Sobre la Guardia se comenzó a sentir el ruido de los motores de los Bell UH-1H que arribaban con los refuerzos de Campo de Mayo. Dos soldados se asomaron por la puerta que da al camino interno, del lado opuesto al recodo donde permanecían los guerrilleros.

A las 20.40 algunas naves se posaron en la Plaza de Armas, otras continuaron hacia los fondos del cuartel y una última quedó sobre-

volando la Guardia. Al arribo de los helicópteros, el ERP respondió con el asalto de los pocos guerrilleros en condiciones de combatir. Mientras Darío ametrallaba la puerta trasera de la unidad, Cuky e Inesita arrojaron dos granadas incendiarias por la ventana del dormitorio de tropa de la Guardia de Prevención.

Cánepa tomó una vez más el micrófono: "¡Se está incendiando! Están tirando bombas".

"Fue dramático. La Guardia parecía un infierno por el humo y el fuego de las bombas incendiarias que tiraron los extremistas", señaló uno de los soldados.

Algunos guerrilleros, entre ellos Inesita, irrumpieron en la Guardia por la parte trasera. Hubo corridas de los soldados y un enfrentamiento. Otro testimonio que habla de un combate cuerpo a cuerpo en aquel momento no pudo ser confirmado.

"Por atrás sentíamos el quilombo, cómo llegaban los helicópteros del otro lado. Adelante, en la ruta, no pasaba nada, sin luces, estaba todo apagado. Pero en la Guardia, en ese lugar, se cayó el techo y se incendió. Fue un desastre. Tiramos de todo ahí adentro. Ahí también quedó una compañera".

"Ella se enamoró de Eduardo (Escobar), quedó embarazada a los quince años y se tuvo que casar. Nadie quería que se case, ni la familia de él ni la de ella. Duraron un año y pasó lo que pasó". Inesita y Eduardo se habían casado el 19 de diciembre de 1974, seis días después de que ella cumpliera los quince años. Graciela, sobrina de María Inés Maraborto, recuerda que "la mamá de Eduardo estaba metida en la organización, y ella misma no quería que su hijo se casara con María Inés porque decía que él le iba a arruinar la vida a ella".

Juana, hermana de Inesita y madre de Graciela, cuenta que "parecía un velorio ese Registro Civil. Yo no sabía por qué lloraba tanto esa señora. Yo pensé que no la quería a mi hermana, pero indudablemente lloraba porque sabía algo". Con la tonada provincial que conservó de Pozo Borrado, su pueblo natal, Juana continúa el relato: "Cuando ella estaba embarazada, nuestra mamá fue a verla a la Capital, donde vivíamos nosotros, y ella me dijo que bajo el puente donde se bajaba Inesita, que era en la General Paz, ahí había policías y ella le dijo: '¡Ay, le tengo un miedo a los policías que me tiemblan las piernas!', y mi mamá le dijo: '¿Y por qué tenés miedo si vos no

tenés nada que ocultar? Somos pobres pero honrados'. Pero es indudable que ella sabía en qué andaba el marido, y tenía miedo.

Tuvieron una beba que se llamaba igual: María Inés. La nena murió al poquito tiempo de nacer por una malformación congénita. Yo no la pude conocer a la bebita porque estaba enferma. Murió en seguida, un par de días habrá durado. Le faltaba el paladar. Le mandé un ramo de rosas. A María Inés la vi por última vez el 22 de diciembre. Yo fui a la casa y allá no había nada. Aparentemente ellos eran tan pobres que tenían todo en una piecita sola. Ella habló conmigo y me dijo que se iban a Mendoza, pero que el 24 lo iba a pasar con nosotros. Ella estaba como siempre. Cuando mi mamá vino a trabajar acá, a Buenos Aires, Inesita estuvo siempre conmigo allá en el norte. Yo la vi como allá, siempre normal, aparte ella era muy inocente, muy que no sabía de política, no sabía nada. Así la vi el día anterior".

Durante el asalto a la Guardia Central, María Inés Marabotto logró ingresar a la edificación, aunque ignoramos en qué circunstancias se produjo su caída. Su pequeño cuerpo (medía 1,50 m de estatura) quedó completamente calcinado tras el incendio del dormitorio de tropa.

La embestida final

A las 20.43, el helicóptero que sobrevolaba la Guardia descendió al lado de la unidad. De él saltaron a tierra entre diez y trece efectivos fuertemente pertrechados. Casi al mismo tiempo, el puesto de hostigamiento de la guerrilla ubicado en el cruce de Montevideo y Camino General Belgrano era atacado por las tropas del Regimiento de Infantería 3, que pronto ingresarían al cuartel. Durante el enfrentamiento, el estallido de una de las cargas del mortero despedazó el cuerpo de la teniente Inés.

En esas circunstancias, el mando del ERP decidió replegarse.

"La sargento Ana, que estaba con el capitán Miguel afuera [...] en ese momento nos avisa que se iban a retirar, y que desde ese momento esperemos la noche para la retirada. Y ¡chau!, se fueron", recuerda uno de los guerrilleros. Según Darío, "la orden que se dio por radio a través de la flaca Ana fue retirarse cuando caiga el sol". "Tenemos que esperar hasta que caiga la noche para poder empe-

zar a retirarnos", fue el mensaje que Camilo difundió entre sus compañeros.

Con la llegada de los refuerzos de Campo de Mayo y del RI 3, el ataque guerrillero finalmente cedió. El sargento ayudante Saravia, envalentonado, les gritó a los guerrilleros: "¡Ríndanse!, están rodeados acá y por la policía afuera!".

A ninguno de los miembros del ERP les pasaba por la cabeza rendirse. No entraba en su forma de pensar, en su ideología. Panchulo, gravemente herido, le contestó con el latiguillo de un popular personaje humorístico: "¡Mirá cómo tiemblo!".

"Las palabras de Tomás provocaron algunas sonrisas entre nosotros. A pesar de los compañeros muertos, los heridos y lo duro del combate, nuestra moral era de hierro". El salteño teniente Camilo (Antonio "Milagritos" Villanueva), herido por un disparo del sargento ayudante Cisterna al comienzo del combate, no se quedó atrás y les gritó bien fuerte a los militares: "Que vengan nomás esos *guanacos*, que aquí está el E-Erre-Pé". Los guerrilleros sacudieron a las tropas de refuerzo con una violenta bienvenida.

A las 20.54 el operador Cánepa transmitió: "Se había tranquilizado y ahora se reinició", para agregar poco después: "Parecía controlada la situación pero se volvieron a armar". Cuatro minutos más tarde, completamente desesperado, Cánepa gritó por el micrófono: "Aquí Roberto. ¡Está bravo! ¡Nos están copando!".

La desordenada embestida guerrillera, después de más de dos horas de ininterrumpido combate, obligó a las tropas del Ejército a ingresar al recinto. "La fuerza propia se replegó a la Guardia", informó Cánepa por radio. Mientras tanto, el helicóptero Bell UH-1H despegó inmediatamente del lugar. Es decir, huyó.

Durante esos ocho minutos (hasta las 21.02), los combatientes del ERP realizaron su último ataque contra la unidad militar. Si bien no lograron copar la Guardia de Prevención, fundamentalmente por la destacada acción de sus defensores, el objetivo fue neutralizado de tal manera que les permitió a los insurgentes disponer de un gran respiro para organizar su propio repliegue.

En medio de este ataque, por el portón principal ingresaron los primeros blindados M-113 del Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada N° 10. Darío vio que, "antes de que se hiciera de noche, entraron dos tanques a toda velocidad que siguieron derecho

para el fondo. No se pararon para nada. Cuando vimos entrar a los tanques dijimos 'Bueno, ya está. ¡Esto se acabó!'".

Mientras cesaba el fuego en el sector Este del cuartel, el combate arreciaba en el sector Norte. Los últimos grupos de hostigamiento en la Ruta Provincial 14 intentaron infructuosamente retrasar la entrada de refuerzos al Batallón. El coronel Abud registró que "entre 21.05 y 21.15 se escucharon nuevos tiroteos sobre el Camino General Belgrano y pocos minutos después se sintieron voces de los jefes de fracción del RI 3, quienes dándose a conocer iniciaron su penetración al cuartel."

Los guerrilleros, llevándose a sus heridos, comenzaron a cruzar el espacio en dirección a la Compañía de Servicios. Se arrastraban, abandonando el recodo de la Guardia Central definitivamente. Quedaban por salir Julio y el Gordo Juan, cuando un helicóptero Hughes se les acercó en vuelo rasante y disparando su ametralladora. Víctor Bruchstein abrió fuego con su anticuado Mauser de cinco tiros contra el helicóptero, que "tiembla en el aire y hace un fuerte ruido. Parecía que se venía abajo. Con dificultad, lentamente comienza a tomar altura. Trato de cargar rápido el Mauser para tirarle otra vez. Cuando le voy a apuntar desaparece detrás de un edificio". Luego, Julio y Juan II cruzaron hacia la Compañía de Servicios y entraron a la caldera de la unidad. "Allí había más o menos doce compañeros, casi todos heridos."

A las 21.19 Cánepa hizo otro reporte: "Los extremistas están cerca de la Guardia".

El escueto parte de combate del Regimiento de Infantería 3 informa que a las 21 horas "se alcanza el Batallón Depósito de Arsenales 601 al que se ingresa por el Puesto N° 1, en el avance hasta la guardia se eliminan dos elementos subversivos y se recuperan a dos soldados heridos de la citada unidad, es herido el s[oldado]/c[onscripto] Bustos [sic] por un extremista herido que es eliminado. Se toma contacto con el Cnl. Abud Jefe del B[atallón]".

Los militares de la compañía del RI 3 recién llegada estuvieron revisando los cuerpos de los caídos en combate frente a la Guardia durante veinte minutos. Un guerrillero no identificado, de unos 18 años de edad, 1,70 m de estatura, 70 kg de peso, piel blanca, cabe-

llos negros y ojos pardos, fue uno de los mencionados "subversivos" heridos que sin contemplaciones fueron rematados por uno o más oficiales del RI 3. Al joven le pegaron un escopetazo en el tórax.

Nancy Alejandrina Rinaldi, la teniente Mariana, también fue rematada con una perdigonada en el abdomen (que según el informe forense le produjo una "evisceración casi total") y varios disparos en la cabeza.

El tercero de los heridos, consciente de la situación, tomó su arma y disparó sobre los militares que se acercaban. El soldado Julio Britos (y no "Bustos", como indica el parte militar) cayó herido por un disparo en el hombro izquierdo. Inmediatamente, el guerrillero fue eliminado con un escopetazo en el cuerpo y múltiples disparos en la cara y el cráneo.

Terminada la faena, los militares auxiliaron a dos de los conscriptos heridos, uno de los cuales era el abastecedor de la MAG del sargento Cisterna, quien, como se lo había prometido Panchulo, fue dejado con vida. El otro conscripto rescatado, Jorge Bufalari, presentaba solamente una conmoción leve, sufrida tras el impacto del camión Mercedes Benz contra el portón de ingreso.

A las 21.21, las tropas del RI 3 llegaron a la Guardia Central.

Una dura decisión

De los 39 guerrilleros que combatieron en el sector central y el flanco derecho, trece habían quedado muertos en el predio del sector Este. Otros cuatro, gravemente heridos, habían sido llevados por sus compañeros a la salita de la caldera de la Compañía de Servicios. Del resto de sobrevivientes, en su mayoría heridos, quince se apretujaban en la caldera; entre ellos, el teniente Camilo y el sargento Darío.

Otros siete combatientes se encontraban dispersos, ocultos en la zanja perimetral del cuartel. El sargento Manuel estaba con un compañero herido en la cabeza. En otro sector, Pedro y otros cuatro esperaban la noche para replegarse.

Darío y sus compañeros trataban de mantener la calma. "Más o menos entre las 9 y las 11 de la noche nosotros estuvimos en la caldera. No disparábamos para no delatar la posición. Ellos no sabían

VÍCTOR BRUCHSTEIN ("JULIO")

dónde estábamos exactamente, si detrás de la guardia o atrás de la Compañía de Servicios. Creo que si los militares hubieran tenido menos miedo, o un poco de 'huevos', de nosotros no quedaba ninguno ahí.

Había un silencio total. Ellos tampoco disparaban. Hubo por lo menos una hora y media de silencio total. Se escuchaban algunas voces desde lejos, pero el personal que tenían los milicos ahí no quería hacer ruido porque no sabían exactamente cuántos éramos".

Cánepa pidió a su interlocutor radial: "¡No hable!, estamos bien".

Durante ese lapso, aprovecharon para evacuar a los militares heridos de la Guardia, usando un carrier que se arrimó de culata al edificio.

El Comando del Cuerpo de Ejercito 1 ordenó entonces que despegaran los bombarderos tácticos livianos Canberra de la Brigada Aérea II de Paraná. A las 21.37 la Guardia del Batallón recibió el mensaje de que se aproximaban aviones de la Fuerza Aérea. En sólo diez minutos los dos bombarderos se encontraban sobre el cuartel, donde lanzaron bengalas para iluminación. "Las máquinas cumplieron su misión con su armamento completo (cuatro ametralladoras de 20 mm y seis bombas en bodega interna) y con cargas de cohetes (en pilones subalares) que no llegaron a utilizarse", informó el Comando General de la Fuerza Aérea.

A las 21.45 arribó otro blindado M-113 que se puso a las órdenes del teniente coronel Minicucci, jefe del RI 3. A la misma hora Cánepa solicita fuerza aérea para evacuar a cuatro soldados y un suboficial heridos. Este último, el sargento Roque Cisterna, morirá durante el traslado.

Para las 22 horas, una flota de veinte aeronaves sobrevolaba el cuartel y los barrios a su alrededor. Cinco aviones (un Mentor, dos AerMacchi y dos Canberra) y quince helicópteros (tres Hughes, seis Bell UH-1H, dos Lama y cuatro de las policías Federal y provincial), artillados y con focos de iluminación, se encontraban listos para arrojarse sobre los guerrilleros en retirada.

Entre tanto, Darío aguardaba. "Dentro de la caldera estaban el sargento Beto, Panchú, que se podía arrastrar un poco y que se metió solo ahí, Tisminetzky y otro compañero de bigotes, que provenía del peronismo montonero y que directamente no se podía mover".

Estos cuatro combatientes no podrán abandonar el cuartel. En medio de la penumbra, Camilo, Walter y Darío, entre otros, comenzaron a evaluar la retirada. En la puerta estaban Cuky y su amigo Carlos Stanley. Tito, junto con dos o tres compañeros más, quedaban del lado de afuera, vigilando.

El teniente Camilo debió tomar una grave decisión, de la cual derivarán trágicas consecuencias. De los diecinueve guerrilleros allí concentrados, los cuatro heridos graves no serían retirados: "No los podemos sacar porque si no, no sale nadie de acá".

Darío lo apoyó: "La orden que dio Camilo fue la correcta, era la única posibilidad de que saliéramos de allá. La otra era suicidarse en masa, quedarse tirando tiros hasta que nos mataran a todos". El sargento Tomás (Panchú), uno de los que tendría que quedarse en la caldera, no se opuso a la medida y permaneció en silencio. Los otros quince saldrían del cuartel divididos en tres grupos. Camilo, el teniente Gabriel, Walter y el Gato integraban el primer contingente.

En ese momento, Darío, al no ver a Ana María Liendo entre los guerrilleros reunidos, preguntó: "¿Dónde está Teresa?".

"Ahí me di cuenta de cuánto la quería. Conociéndome, en ese momento no hubiera preguntado por nadie, por más que hubiera sido amigo mío. Cuando pregunté por ella, algunos me miraron. Panchú me hizo un gesto como diciendo 'No sé dónde está'. Walter me miró y me dijo que Teresa había muerto".

La retirada

Por el Camino General Belgrano desde el norte, se acercaba una sección del Regimiento de Infantería 1, que luego de superar las contenciones a su paso, acudía en apoyo de la unidad atacada.

El parte de combate del Regimiento "Patricios" menciona que a las 22.20 horas "en su avance por el Camino General Belgrano y a cincuenta metros de la entrada al Batallón Depósito de Arsenales 601, se observa una luz sobre la izquierda del camino; se adelanta el jefe del segundo grupo y un soldado para reconocer e informar sobre tal situación. Al acercarse comprueba que se encuentra en las inmediaciones un delincuente subversivo al que pone fuera de combate, hecho este que produce la reacción de otros tres delincuentes que

abren fuego hiriendo al mencionado suboficial. De inmediato la Sección abre el fuego poniendo fuera de combate a los tres delincuentes que se encontraban en ese lugar".

El oficial jefe de la sección retén del RI 1, teniente Rubén Chenlo, había enviado al jefe del segundo grupo de la unidad, cabo primero Néstor Rodríguez, para efectuar el reconocimiento. El suboficial resultó herido en el hombro derecho por la explosión de una granada.

Los guerrilleros, pertenecientes a uno de los grupos de hostigamiento, habrían sido puestos "fuera de combate" y no "abatidos, aniquilados o eliminados" como en la jerga militar habitualmente se interpreta la muerte del oponente. Por lo tanto, es probable que los insurgentes (algunos de ellos, heridos) hayan conseguido replegarse al interior de la villa.

"Yo vi cómo chicos y chicas hermosas se hacían transfusiones de sangre en el medio de la calle. Tenían 20 años como mucho. Y gritaban llenos de dolor. Les dije que tenían que escapar ladeando el arroyo Las Piedras hasta Cadorna", afirmó Rubén Caruso, vecino del barrio.

A las 22.50, el RI 1 "efectúa el control de dos camiones que se encontraban sobre el camino". En uno de ellos se encontraban los cuerpos acribillados de los civiles Ricardo Ragone y Luis Garbozo. "Posteriormente se logra abrir el portón de entrada de operación grabado del Batallón Depósito de Arsenales 601, lugar por donde se penetra en dirección a la Guardia de Prevención", a la cual arribaron quince minutos más tarde, para "dar seguridad inmediata a la misma".

Alrededor de las 23, los quince guerrilleros ocultos en la caldera se prepararon para abandonar el cuartel. Algunos de ellos vestían dos pantalones y dos camisas o remeras. La ropa que estaba a la vista era de color oscuro: marrón, azul o negro. La otra, de colores vivos. Remeras tipo polera, gorros, tapados, camperas y pilotos de cuerina negra quedaron esparcidos en el piso junto a mocasines, zapatillas deportivas, zapatos de gamuza, carteras y bolsos. Todos estos elementos serían puntillosamente registrados en el expediente 1J6 1039/22 del sumario instruido, con motivo del intento de copamiento, por el Juzgado de Instrucción Militar N° 29.

El sargento Darío tuvo un último gesto de despedida. "Cuando

nos vamos retirando busqué el cuerpo de Teresa. Estaba muy oscuro pero igual la pude encontrar, reconocí su rostro. Estaba cubierta de sangre seca, tenía varios tiros en el pecho y en el costado. Antes de dejarla, me agaché, la miré por última vez y le di un beso en la frente".

Los guerrilleros comenzaron la retirada arrastrándose en dirección al alambrado de tres metros de altura que rodeaba el perímetro del cuartel.

"Sentí una mezcla de tristeza y bronca, al ver que teníamos que dejar a algunos compañeros que estaban heridos y no podían moverse. Pero eso se transformó en orgullo al escuchar que desde la caldera los compañeros cantaban la marcha de nuestro ERP", señala un testimonio publicado por *Estrella Roja*.

Los conscriptos Torregino y Benítez, ocultos en el Puesto de Verificación, cuentan que en aquel momento (y a cien metros de distancia) "los escuchamos cantar".

Otros soldados también sintieron los cantos de aquellos guerrilleros agonizantes. Un trascendido señalará que "llamó la atención de los efectivos militares que los subversivos, en medio del combate, cantaran". Para explicar lo que habían oído, el Ejército afirmará que "los del ERP estaban drogados".

Una versión aseguró que a las 22.50 "tropas del Ejército [...] habían cercado a los extremistas en el interior del Batallón 601 y los tenían bajo un intenso fuego de bazucas, morteros y ametrallamiento" desde helicópteros. Más objetivo, el coronel Abud admite en su informe la retirada del ERP. "Con las últimas luces del día, [...] los elementos que aún se encontraban combatiendo iniciaron el repliegue hacia el Camino General Belgrano haciéndolo retardantemente [sic] y contando con algunos apoyos de fuego desde el exterior. Al hacerlo dejaban abandonados en el lugar heridos, muertos, la totalidad de los vehículos empleados, prendas de vestuario y enseres personales e importante cantidad de pertrechos de guerra: armamento, municiones, explosivos, granadas incendiarias, equipos de comunicación, elementos de sanidad, etc. A esa hora, el ataque, muy debilitado y en franca retirada, se podía considerar rechazado".

Es importante destacar un dato de ese informe: el jefe del Batallón admite oficialmente que habían quedado heridos del bando oponente en el predio del cuartel.

Darío recuerda que "cuando empezamos a salir —ya era de noche y estaba todo oscuro— y ya habíamos pasado la zanja unos diez metros", Carlos Horacio Stanley le dijo a Camilo:

—¡Che! ¡Cuky no salió!

—Igual hay que seguir adelante —respondió el teniente.

El *colimba* Stanley, preocupado por la ausencia de su amiga Cuky, le pidió al teniente Camilo por favor permiso para regresar e ir a buscarla".

—Bueno, vas. Pero te vas hasta ahí y te la traés. Si no la encontrás, te venís, pero ¡ya!, rápido.

Carlos, arrastrándose, desapareció entre las sombras.

"Ellos se conocían de antes, de Rosario. Él la estimaba bastante y eran buenos amigos. Cuando salimos, Cuky estaba con el *colimba* en la puerta de la caldera. No escuché tiros, ningún ruido, absolutamente nada. Herida no estaba. Por ahí no salió, porque fue muy fuerte dejar a los heridos ahí adentro", opina un sobreviviente.

Es probable que alguna patrulla militar se haya acercado al lugar que Cuky ocupaba durante el repliegue, y que haya decidido quedarse quieta hasta que pasase el peligro. Hay que recordar que a las 23.05 un carrier del Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada 10 ya se encontraba patrullando el sector Este de la unidad militar. Darío asegura que en esa dirección hubo un par de linternas y una voz que gritó "¡Apaguen eso!".

Ninguno de los dos guerrilleros regresó. Después de esperar un tiempo prudencial, Camilo dio la orden de proseguir el repliegue.

Los helicópteros comenzaron a operar buscando a los insurgentes en retirada. "Se notó el sobrevuelo de la zona de algunos helicópteros que comenzaron a hacer fuego sobre los delincuentes en fuga, y presumiblemente sobre sus elementos de apoyo", se lee en el informe del coronel Abud. "La persecución de estas máquinas y el 'rastreo aéreo' que hicieron con reflectores obligó en muchos casos a salir a la descubierta a los sediciosos, que fueron entonces abatidos por las tropas que operaban en tierra", señala otra información recogida en medios militares.

Mientras cruzaba el alambrado hacia el Camino General Belgrano, uno de los cuatro guerrilleros que habían estado ocultos con Os-

valdo Buseto en la zanja perimetral fue localizado por el potente foco de un helicóptero y ametrallado de inmediato desde varios puntos. Un vecino del Barrio IAPI pudo observar a primera hora de la mañana el cuerpo que colgaba cabeza abajo de los alambrados. Más tarde, un piadoso soldado dejó caer el cadáver a un costado del camino, entre el portón principal y la calle Coronel Lynch.

"Los artilleros de los helicópteros tiraron a todo lo que se movía", asegura el ex oficial de inteligencia policial Carlos Hours. "Se podían escuchar gritos de 'Me rindo, me rindo', a los cuales se contestaba con ráfagas de ametralladora".

—Nos vamos nosotros cuatro primero. El resto queda al mando de Darío. —La orden del teniente Camilo se cumplió de inmediato. Gabriel, Walter y Gato saltaron con él el alambrado de tres metros de altura, hacia el Camino General Belgrano, en las inmediaciones del silencioso Puesto de Verificación, ocupado por los conscriptos Torregino y Benítez.

Poco después, los nueve combatientes restantes —seis de ellos, heridos— avanzaban en fila, todavía dentro del cuartel, cuando a unos pocos metros por detrás de la zanja, Julio se topó de frente con un conscripto armado con un FAP: "En la oscuridad vi una sombra y, tratando de evitar ruidos, lo tomé violentamente del cuello. '¡Pará!', me dijo, 'soy un soldado y quiero ayudarlos'". El muchacho había permanecido durante toda la batalla detrás de la posición guerrillera, oculto en un parapeto y sin disparar un solo tiro sobre los atacantes. "Me mandaron acá, pero soy de la Jota-Pe [Juventud Peronista]", dijo el conscripto que suponía que se trataba de un ataque montonero.

Julio dudó un instante, pero el conscripto les indicó por dónde salir. Luego de marchar con ellos un trecho, ayudándolos con dos heridos, les señaló una parte del alambrado que estaba rota: "Por aquí rajamos cuando nos quitan las licencias. Tengan cuidado con los helicópteros y la Gendarmería que anda rondando".

Los guerrilleros pasaron de a uno por ese sector. Antes de que se terminaran de ir, el soldado les pidió que le pegaran fuerte: "Ustedes se van, pero yo me quedo". Para que los militares no sospecharan del inesperado aliado, el Gato le pegó un culatazo con el FAP del propio soldado, dejándolo inconsciente. Se llevaron consigo el arma, que después abandonarán durante la retirada.

Los nueve cruzaron el camino de a uno y llegaron a un desarmadero de autos, vecino a un taller, donde se fueron escondiendo. "Ni bien llegamos aparecen los helicópteros a baja altura con los reflectores iluminándolo todo. Pensamos que nos habían visto, pero no, siguen de largo", señala un informe del ERP.

"En un momento quedamos con el Flaco Julio al lado de un arbolito, cerca del taller, y pasó un 'Avispa' iluminando para nuestro lado. Tenía un reflector abajo. 'Tirémosle' dijo el Flaco. '¡No, hacete el muerto!', le contesté. Y nos quedamos duros. El helicóptero se paró, se quedó por ahí y después siguió. Si nos movíamos de ahí, ¡chau!", asegura Darío.

Tras alejarse el helicóptero, de la columna se desprendió un segundo grupo de tres hombres. Después, Darío ordenó a los restantes miembros de su grupo, el tercero y último en retirarse. Al frente iba el propio Darío, sordo por la explosión de una granada y con un pie torcido, transportando a Claudio, herido en un brazo y una pierna. Los seguía Julio, también con dificultad para oír, llevando cargada "a babucha" a Margarita; la joven rubia tenía una herida en el talón. Cerrando la columna iban Juan II, con un tiro que le había atravesado el abdomen de costado, y Tito, que con varios disparos en las rodillas y piernas, apenas podía andar.

"Caminamos varias cuadras y gente que nos vio por la calle nos ofreció ropa y albergue. Varias señoras trajeron agua para los heridos". Los guerrilleros ya estaban en la villa.

El comandante de la Décima Brigada de Infantería de Palermo, general Adolfo Sigwald, vestido con su uniforme de combate, ya se había hecho cargo de las operaciones en el Batallón de Arsenales 601. A las 23.40 distribuyó las fuerzas con que contaba: las del Batallón más las que acudieron en apoyo de éste.

A la sección del RI 1 "Patricios" le tocó una zona relativamente calma, el sector Oeste de la unidad. Al RI 3, el sector Este. Sin embargo, misteriosamente, el general Sigwald demorará más de cinco horas y media en dar la orden de iniciar el rastrillaje en los sectores asignados a cada una de las unidades.

Después de que los guerrilleros abandonaran el cuartel, Benítez y Torregino salieron de su escondite. "Eran las doce y media, había una oscuridad total, no había luna; me asomo por la ventana y veo que es-

tán rastrillando el campo. Entonces empezamos a gritar: '¡Acá hay dos soldados! ¡Acá hay dos soldados!'. Salimos gritando '¡Estamos sin fusil!'. Sabíamos que había gente del ERP ahí en el galpón. Y bueno, salimos y ahí tambien empezó una odisea [...]. Nos hicieron prisioneros los milicos. Nos querían reventar. Creían que éramos alguno del ERP disfrazado. Nos llevaban a punta de pistola hasta la Guardia. Me decían que me iban a hacer mierda. Llego a la Guardia y me reconoció un suboficial y dijo: 'Éste es uno de los nuestros', y ahí me dieron para que me atara un pañuelo en el brazo, para reconocernos. Bueno, nos serenamos bastante y fuimos a la cantina a tomar una coca".

Cerca de medianoche, Julio Florentino Fernández estaba por acostarse cuando sonó el timbre de su casa, en la calle Bermejo 1237 de Bernal Oeste, entre Victorica y General Álvarez, dos kilómetros al este del Batallón 601.

—¿Quién es?

—¡Somos militares!

Al abrir la puerta, un hombre empujó para adentro a Fernández y entraron cuatro desconocidos. Los encabezaba un joven morocho de unos 24 años y 1,60 m de estatura, cabellos cortos y lacios, vestido de civil:

—Soy oficial del ERP. Entréguenos las llaves de su auto. —El teniente Camilo, que portaba un FAL, tomó las llaves y se las dio al Gato, que fue hacia el Peugeot 504, modelo 1974, gris claro.

Asustado, el dueño de casa vio que otro de los desconocidos "tenía una herida en la cabeza de la que manaba abundante sangre". Era un hombre de unos 25 años, alto, delgado, de tez blanca, llevaba un pañuelo en la cabeza. Se trataba de Walter, que aún portaba su escopeta. Al cuarto guerrillero, Fernández lo describirá como de entre 23 y 25 años, 1,70 m de estatura, unos 75 kg, de tez blanca y cabellos castaños claros, cortos y lacios. Llevaba un FAL y varias granadas en la cintura. "Los otros también lo llamaban oficial". Era el teniente Gabriel. "Los cuatro vestían camisas azules, que variaban en los tonos de los recuadros".

Los cuatro, durante la retirada, habían atravesado el arroyo Santo Domingo (continuación de Las Piedras) y estaban totalmente embarrados. Se subieron al Peugeot y se perdieron en dirección hacia la avenida Mitre, a dos cuadras y media de la casa.

Osvaldo Busetto y tres de sus compañeros también salieron del cuartel aprovechando la oscuridad. Se apoderaron de una camioneta de verdulería y se fueron por lo que en la jerga del ERP se conocía como la "ruta Ho Chi Minh", en alusión a las famosas vías clandestinas del Vietcong, bautizadas con el nombre del líder revolucionario vietnamita. El recorrido había sido ideado por los militantes de Logística, entre ellos el propio Busetto. Era un itinerario que comunicaba toda la regional Sur desde La Plata hasta la Capital Federal. Su primer tramo, asfaltado, coincidía con las rutas provinciales que salen de La Plata en dirección norte hasta El Pato, en la localidad de Berazategui, cerca de la fábrica Alpargatas. Desde ahí comenzaba una serie de intrincados senderos y caminos de tierra, que se intercalaban con tramos de ruta asfaltada y que llegaban hasta Avellaneda, pasando por Florencio Varela, Quilmes y Temperley. La "ruta Ho Chi Minh" era utilizada principalmente para hacer citas, cruces de camionetas con armas, traslado de elementos de Logística y personal de la regional Sur del ERP. No pasaba cerca de Monte Chingolo. El trayecto fue *cantado* por el Oso Ranier y probablemente allí habían sido secuestrados el capitán Emilio (Jorge Arreche), el sargento Gabriel (Oscar Pintos) "y un compañero de bigotitos que no me acuerdo cómo se llamaba", según el testimonio de un ex guerrillero.

La Gata afirma que Osvaldo Busetto "estaba medio rasguñado, con escoriaciones. Cuando van con la camioneta caen en una pinza de la policía. Ellos paran y se hacen pasar por militares de civil. Osvaldo, y esto también se lo contó al padre, se dio cuenta de que los policías se dieron cuenta de que eran guerrilleros. ¡Y los tipos los dejaron pasar! Osvaldo dijo que se les veía el miedo en las caras". Al ver a los supuestos militares armados hasta los dientes y chorreando sangre, ni siquiera verificaron sus identificaciones.

Cuando Busetto llegó a su casa, se abrazó al padre. "Estaba muy golpeado. Me abrazó fuertemente y me contó lo sucedido, que había tenido que matar a un muchacho [el soldado Benito Ruffolo] porque le tiraba. Lo dijo con mucha pena".

Un grupo que había combatido en los puestos de hostigamiento frente al cuartel *apretó* al dueño de un auto y tomó uno de los tramos de tierra de la "ruta Ho Chi Minh". Después sus integrantes se alejaron por un descampado y lograron salvarse.

Otros dos combatientes de la Unidad "Guillermo Pérez" consiguieron salir del cuartel al anochecer. Perla Diez recuerda que su marido, Jorge Moura ("Manuel") se replegó con otro compañero, herido en la cabeza, hacia la villa. La solidaridad de los pobladores fue muy grande. Jorge había perdido un zapato durante el escape y unos vecinos le dieron un par de alpargatas. Al otro compañero le entregaron una boina para tapar el vendaje sobre la herida.

Como eran vísperas de Navidad, en varias casas ya estaban armados los tradicionales arbolitos. Un guerrillero, de otro de los grupos, dejó en uno de esos arbolitos navideños el dinero que había recibido de la organización para usar en la retirada, "porque esa gente no quería recibir nada" y él sintió que tenía que hacer así. En su carta a Perla, Jorge dijo que después los militares habían disparado muchísimo en la villa, "que habían reprimido brutalmente, justamente por la solidaridad expresada por esa gente".

A Manuel y su compañero herido, la gente los acompañó hasta la salida de la villa. Al salir a una ruta detuvieron a un auto, con el que se dirigieron al sur, hacia el Camino Centenario, rumbo a la casa de unos amigos suyos de City Bell, en los alrededores de La Plata. A medida que se alejaban de la zona de operaciones ("iban rajando", según Perla) encontraron a tres combatientes heridos que estaban ocultos en las cunetas del camino. Moura los levantó a todos. "No puedo decir a dónde los llevó porque es un lugar de gente que anda por ahí, vivita y coleando. Y me consta que fue así porque hay otra gente que vio a esos compañeros cuando llegaron". En el patio de esa casa enterraron las armas y luego los cuatro heridos recibieron los primeros auxilios.

"Desde que Manuel salió del cuartel, pasó por la villa y llegó a esa casa, pasaron dos horas y pico, es decir, llegaron entre la una y media y las dos de la noche. Habrán estado unas cuatro horas en la casa, porque a las siete de la mañana, ya no estaban. Habían salido de ahí con la ayuda de la misma gente de la casa, en otro auto. Poco antes, Manuel se había desembarazado del primer coche. Antes de despuntar el día tuvieron que hacer varios viajes para ir viendo por dónde sacar a los compañeros, pues la zona (salida de Capital y acceso a La Plata) estaba muy vigilada."

Era ya el 24 de diciembre. Ese mismo día, Jorge Moura se comunicó con parientes de su mujer para avisar "que estaba vivo y que es-

iba bien". Al día siguiente, Perla Diez recibió en la cárcel de Olmos la visita de sus familiares. "Por mi madre supe que Manuel había estado en Monte Chingolo".

El último grupo en salir del cuartel fue el de Darío y Julio. Al ingresar al barrio, "todo estaba oscuro. A medida que nos internábamos, comenzamos a tener contacto con los pobladores. Primero nos indicaban hacia dónde ir y ante el pedido nuestro de que no nos delataran respondían que a los *milicos* no los tragaban; si no, respondían ofendidos que cómo podíamos pensar eso.

Cuando los helicópteros empezaron a pasar por arriba de la villa e iluminar las calles, nos escondíamos contra las paredes o los vecinos nos hacían entrar a sus casas", escribió Julio en su informe. Un hombre abrió las puertas de su casa para refugiar a los guerrilleros. Después de darles de tomar agua, les ofreció quedarse; sin embargo, los combatientes optaron por proseguir la marcha. Los vecinos "respondían cordialmente a nuestras preguntas, esforzándose por ayudarnos lo más posible y explicándonos cómo salir del lugar".

"La gente nos metía adentro de sus casas", concuerda Darío. Después de avanzar varias cuadras en dirección al este, unos vecinos "nos hacen pasar a otra casa". Aprovecharon para descansar un poco: se sentaron, tomaron agua y pidieron una manta para Margarita, que había perdido mucha sangre. "Una señora trajo la manta y un pañal de su bebé para vendarle el pie a la compañera, que con un tiro le habían volado un pedacito de talón".

El grupo continuó su marcha hasta otra casa, donde un vecino les ofreció su revólver calibre 22, que ellos no aceptaron. "Seguimos caminando y cuando pasó un helicóptero nos metimos debajo del techo de chapa de un ranchito".

Siguieron desplazándose hacia el este, hasta dar en un descampado. Como los helicópteros sobrevolaban la zona cada diez o quince minutos, debían acostar a los heridos sobre la tierra y camuflarlos cubriéndolos con pasto. "A medida que pasaba el tiempo, los compañeros heridos se iban debilitando. Las heridas eran más dolorosas, pero nuestra moral y el ejemplo que nos habían dado los compañeros caídos nos daban fuerzas para seguir adelante. En ningún momento se perdió la columna", señala el informe de Julio, aún conmovido por los hechos.

Así llegaron al arroyo Santo Domingo y empezaron a bordearlo. A doscientos metros de un frigorífico, decidieron cruzar el arroyo, evitando un puente cercano. Con los helicópteros pasando casi constantemente sobre sus cabezas, uno de los combatientes se metió en el agua. "Era como una ciénaga que chupaba para adentro. Me meto hasta la cintura y el barro era cada vez peor". Debieron cambiar de plan, y después de comprobar que no hubiera militares cerca, a las 2.30 el grupo cruzó por el puente a la otra parte del campo, donde había un basural. Desde allí, a unas dieciocho cuadras del cuartel, escucharon las ráfagas de los helicópteros que ametrallaban la villa y casas vecinas y veían los rayos luminosos de las trazadoras cruzando el cielo.

Es probable que hayan presenciado el ataque que desde el aire sufrió la casa de la calle Formosa 2582 del partido de Quilmes, cerca del arroyo San Francisco. Allí, Adelina Filomena Acevedo de Hiller, de 22 años, "resultó víctima de un 'proyectil perdido' mientras se encontraba en el patio de su casa", según consta en el informe del comisario mayor Ubaldo Stella de la Policía bonaerense. La mujer falleció poco después de ser internada en el hospital de Wilde. "Adelina estaba cosiendo la ropa para su bebé Raulito y una bala le dio en el pecho. [...] La encontraron desangrándose al lado de su perro", aseguró su cuñada Aída.

Para entonces, Margarita, herida en el talón, iba gateando. Tito y Claudio ya casi no podían caminar. Julio llevó a Margarita colgada del cuello, mientras Darío llevaba al Gordo Juan agarrado del costado. Claudio caminaba como podía, ayudándose con Tito, y cada tanto se turnaban. Darío recuerda que él y Julio "recibíamos chistidos permanentes de los demás compañeros porque por la sordera hablábamos muy fuerte".

El grupo decidió enviar a los dos "sordos" en busca de un auto. Dejando momentáneamente a los heridos, Julio y Darío fueron hasta la Ruta 2, desolada a excepción de un Fairlane desocupado que estaba allí con el motor en marcha. Darío, temiendo una emboscada, no quiso correr riesgos: "Estaba ahí como diciendo 'acá estoy, llevame' [...] podía ser una 'cazabobos' esperándonos".

Ya eran las 3.30 y una señora les preguntó por qué estaban tan sucios y ensangrentados.

—Los guerrilleros nos cambiaron nuestra ropa por ésta. —La explicación de Julio no convenció a la mujer, que les recomendó:

—Bueno, pero igual no vayan para allá porque están los militares y se llevan preso a todo el mundo.

Volvieron a donde estaban sus compañeros, y decidieron ir a "la casa de unos tíos de Claudio, que era cerquita, a una cuadra saliendo del descampado, donde empezaba la zona urbanizada". Allí les dijeron que podían traer a los heridos. Ya se estaba haciendo de día y había que apurarse. "Trajimos primero a Claudio y al rato a Juan II. Con una bicicleta que nos dieron los vecinos pudimos entrar a los compañeros en dos viajes".

Los seis guerrilleros habían pasado casi toda la noche en el descampado, "hasta las cinco y cuarto", recuerda Darío, "porque ya estaba saliendo la gente a trabajar".

Entre las 11 y 12 del mediodía, Julio fue a la Capital "para buscar el control y hacer contacto". Como a las seis de la tarde aún no había regresado, enviaron a Darío para buscar al primo de Tito, que era colaborador del ERP. La idea era "conseguir un par de armas que tenía este compañero, *apretar* un colectivo y sacar a los compañeros para Capital esa misma noche. Cuando llegué a la casa de esta gente, en Lanús, había una situación muy tensa. Era la cena de Nochebuena y me quisieron dar de comer. Yo dije que no (tenía una bola en el estómago). Estuve media hora ahí, y nos fuimos con un Citroën de este compañero, una escopeta y una pistola, a buscar un colectivo. Apareció uno, lo *apretamos* y agarramos para la casa donde esperaban los compañeros. Cuando salimos para allá, a tres cuadras, lo encontramos al Flaco Julio parado en una esquina. Yo me bajé del colectivo y el otro se quedó esperando con el Citroën, estacionado a la vuelta". Julio había conseguido el contacto y arreglado todo para trasladar a los heridos a la casa de sus suegros, los padres de Shula Erenberg, que vivían en Barrio Norte. Después de pasar todo el día 24 en la casa de los tíos de Claudio, el grupo salió a la 1 del 25 de diciembre rumbo al domicilio de la familia Erenberg.

"Estábamos sólo los que habíamos salido del cuartel y la mujer de Víctor [Shula], que no había estado en la operación. Sus padres se habían ido de vacaciones. La Negra Chela fue allá como médica y les hizo las curaciones a todos los heridos. Después, a esa casa solamente fueron el capitán Miguel y la que fue después su compañera, la sargento Ana".

Tres o cuatro días después de la acción, Víctor se encontró con su

madre, Laura Bonaparte. Tenía el hombro y la espalda ampollados por el largo trayecto que, en el repliegue del Batallón, había cargado a horcajadas a Margarita. Laura encontró a su hijo "muy abatido. Tengo patente una cara de mucha congoja de él, muy triste. Recuerdo que dijo, no con énfasis sino más aplacado '¡Vamos a seguir, tenemos que seguir, por nuestros compañeros!'".

EL "ANIQUILAMIENTO"

Durante la madrugada del 24, el carrier del Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada 10 que patrullaba el sector Este del cuartel, junto con otros efectivos, habían descubierto a Nelly Noemí Enatarriaga (Cuky) y a Carlos Horacio Stanley, que se rindieron de inmediato.

Además, los militares detectaron la presencia de oponentes en la caldera de la Compañía de Servicios. Con cuidado habían abierto las dos puertas del cuartito e iluminado con linternas su interior, descubriendo a los cuatro guerrilleros heridos que no habían podido ser evacuados. Dos de ellos ya habían perdido el conocimiento.

El coronel Abud pareció entender que el combate no había terminado, pues en su informe asegura que "el mismo procedimiento de aniquilamiento se adoptó con cuatro delincuentes que se ocultaron en la caldera de la Compañía de Servicios", y cronológicamente ubica este hecho antes de que se produjera el repliegue guerrillero, lo cual es falso.

Con las puertas del cuartito abiertas, el blindado M-113 que patrullaba el predio frontal, se ubicó frente a la caldera y con su ametralladora antiaérea calibre 12,7 mm, sin que mediara exigencia de rendición alguna, tiró contra todo lo que había en su interior. El lugar se transformó en un infierno. Los disparos se prolongaron, despedazando los cuerpos de los guerrilleros.

"Cráneo con pérdida de sustancia ósea y salida de masa encefálica", escribe el doctor David Pedemonte en el informe forense sobre uno de los hombres muertos allí. Ninguno de ellos fue identificado por la Policía.

"Pegadito a la guardia había una cabinita chiquita donde estaba la caldera y ahí había un cerebro; se estuvo una semana que no se po-

día entrar del olor a podrido", dijo el soldado Torregino. Otro ex conscripto agregó que "pedazos de carne y piel estaban pegados a las paredes de la caldera que habían quedado rojas por las manchas de sangre".

La "fiesta" dentro del cuartel estaba comenzando.

Cuky y Stanley fueron llevados a la Jefatura del Batallón e interrogados en medio de feroces torturas. Al día siguiente de la batalla, cuando llegaron los médicos forenses de la Policía provincial, había cerca de doscientos muertos, según contó el oficial de inteligencia Carlos Hours. "Algunos habían sido abiertos en canal con bayonetas y estaban tendidos sobre el pasto".

Uno de esos cuerpos era el de Nelly Noemí Enatarriaga. El militar que se deleitó torturando a la mujer, conocido como "El Gitano", además de hacerle tres cortes en canal (de 25 cm de largo), le clavó dos veces la bayoneta en los glúteos. El examen forense dictamina que la causa de la muerte de Cuky fue por "hemorragia interna y externa aguda por las groseras heridas de arma blanca descriptas".

El destino de Carlos Horacio Stanley no fue mejor. El informe forense describe las fracturas que Stanley sufrió en ambas piernas cuando, sujeto a la parte delantera de un carrier M-113, el vehículo embistió de frente una pared. Oscar Torregino recordaba que "no sé a quién lo habían atado adelante del carrier, y lo iban a chocar para hacerlo mierda". Como Carlos sobrevivió al impacto, un militar lo remató disparándole al cuerpo.

Ningún oficial del Ejército pidió la baja de sus superiores ni intentó, por lo menos, algún tipo de protesta frente a la cobarde actitud de sus jefes para con los prisioneros. Hasta es posible que hayan disfrutado y aplaudido aquellas escenas.

Al finalizar el combate en el sector Este del cuartel, las bajas del ERP sumaban veinticinco muertos; seis en el flanco izquierdo y diecinueve en el sector central y el flanco derecho. De estos diecinueve, sólo diez habían muerto en combate. Tres heridos habían sido rematados por oficiales del RI 3, otros cuatro fueron "aniquilados" en la caldera y a otros dos (Cuky y Stanley) se los asesinó con salvajes tormentos.

Sin incluir al *lumpen* que huyó al comienzo del combate, ni a

Carlos Omar Oroño, retirado gravemente herido por el grupo de sanidad, el resto de los guerrilleros había abandonado el cuartel en forma organizada. De los 39 combatientes de este sector, veinte cruzaron las alambradas frente al Camino General Belgrano y, salvo uno, los demás (aunque en su mayoría, heridos) lograron replegarse.

El informe del coronel Abud señala que "se recolectaron en este sector veinticinco cadáveres de delincuentes subversivos". A pesar de haber reconocido previamente la existencia de guerrilleros heridos, el jefe del Batallón, a la hora de hacer el balance, informa que entre los oponentes "no existen heridos".

Abud dedica sólo tres palabras para ocultar aquí parte de la masacre consumada, y un largo párrafo para describir la muerte del perro de guerra Antoni, "producida por el agresor", con lo cual queda clara la escala de valores del coronel.

El Ejército sufrió, en el mismo sector de combate, cuatro muertos (tres soldados y un suboficial) y una docena de heridos.

Con respecto al destino de los guerrilleros capturados, son ilustrativas las respuestas dadas en una entrevista por el jefe de Arsenales, general Oscar Bartolomé Gallino, quien había acudido de inmediato al batallón atacado.

"—¿Hubo detenidos?

—Sí, seguro, se hicieron detenciones, las tropas que actuaron detuvieron.

—Eso quiere decir que pudieron hablar con algunos de los que habían entrado...

—Se detuvieron algunos sospechosos, algunos habrán quedado detenidos y algunos habrán quedado en libertad porque no reunían, digamos, las condiciones de terroristas...

—Yo me refería dentro del Regimiento [sic]...

—Dentro también, bueno, eso sí, habrán quedado detenidos...

—Es decir, ¿usted estuvo en contacto con detenidos?

—No, no tuve oportunidad de hablar porque las unidades de Inteligencia del Ejército, o del I (primer) Cuerpo que actuaba en esa ocasión, hicieron su trabajo.

—¿De modo que quedaron a disposición de ellos?

—Los detenidos, sí..."

Según el coronel Abud, "el Batallón no ha sufrido pérdidas materiales salvo roturas de vidrios, revoque de paredes, caída del portón de entrada y de postes de alumbrado, etc., como consecuencia de las acciones de combate y los efectos de los impactos de armas de fuego y granadas explosivas e incendiarias. Dichas granadas provocaron daños mínimos en paredes, puertas y ventanas. Asimismo, se impidió la destrucción de la antena de los equipos de radio Motorola, ubicada frente a la Guardia, lo cual permitió mantener enlace permanente a través de dichos medios con el Comando de Arsenales y con la Unidad Regional Lanús. [...] Asimismo se capturó una bandera de la OPM [Organización Político Militar] ERP".

"La operación fue un fracaso para el ERP", dice el soldado Torregino, "pero se fueron cantando, yo los escuché. Murieron treinta, pero entraron cien, ciento y pico. Entraban por todos lados. Y pese a todo el cerco policial y aviones y helicópteros, los tipos se fueron, yo los escuché, con sus cánticos y se fueron por el portón donde yo estaba".

El testimonio de Perla Diez coincide plenamente con el de un miembro del ERP que leyó el informe de Jorge Moura ("Manuel") elevado al mando guerrillero luego del combate.

La descripción de los hechos desde el punto de vista de los soldados que estaban en la Guardia de Prevención y el Puesto de Verificación proviene de conversaciones del autor con los ex conscriptos Carlos Niessi, Oscar Torregino, Horacio Botto y otros. La narración desde la óptica de los guerrilleros proviene de los relatos de "Darío", M. y otros, y de los testimonios publicados en *Estrella Roja*. Se consultaron, además, los partes de combate e informes oficiales mencionados en el texto. El testimonio del general Bartolomé Gallino se encuentra en la revista *Todo es Historia*, N° 284.

El traslado de Carlos Oroño está tomado del testimonio de E. (ex compañero de Chela), de vecinos del Barrio IAPI y del informe elevado por "Felipe" luego del combate. Por su parte, el vespertino *La Razón*, del 24 de diciembre de 1975, informó: "Según otro vecino, ese automóvil [el Citroën blanco] se había quedado atascado en un pozo profundo que hay sobre el pavimento y que con la ayuda de varios había salido del paso. Sus ocupantes eran extremistas y existía la casi seguridad que transportaban un herido".

No ha sido posible conocer el nombre ni el apodo del "compañero de bigote" que permaneció, junto con Carlos José Crespo (sargento Beto), "Panchú" (sargento Tomás) y Claudio A. Tisminetzky (sargento Juan), en la caldera de la Compañía de Servicios donde los cuatro fueron asesinados.

Capítulo 14

Los galpones

En la actualidad, Raúl Juárez trabaja en un restaurante de una ciudad europea. Es un hombre de 53 años, algo canoso y con unos kilos de más. En los setenta, su bigote le ganó el apodo de "Fierrito", por su semejanza con el personaje de historieta (un muchacho flaco, morocho y bigotudo: el estereotipo del activista sindical de izquierda de entonces) que desde la tapa del diario *El Mundo* expresaba, con más bronca que humor, la opinión de los militantes del PRT-ERP ante las medidas de los gobiernos peronistas. Durante los últimos meses de 1975, el nombre de guerra de Raúl "Fierrito" Juárez fue "Rafael".

En la casa donde vive con su mujer e hijos, el ex combatiente del ERP recuerda su participación en la batalla de Monte Chingolo:

"Con Osvaldo Busetto (Pedro) estábamos en Logística, y empiezan a caer compañeros, entre ellos nuestro jefe en la regional Sur, el sargento Gabriel (José Oscar Pintos). Nosotros nos enteramos luego, sólo sabíamos que no había acudido a las citas y que algo había pasado. Entonces quedamos medio descolgados, porque trabajar en Logística no es como en otros frentes en que hay contacto con más compañeros. Solamente teníamos algunos colaboradores en las casas donde vivíamos, comíamos y llevábamos o guardábamos material. El otro enlace que teníamos —y que venía con Gabriel— era el Oso. Se suponía que eran muy amigos. Él nos traía materiales, *fierros*, en fin, todo lo que nos hiciera falta en nuestra tarea específica. Para movilizarnos teníamos dos camionetas asignadas. Una pickup Chevrolet que tenía Pedro estaba acondicionada para llevar armamento; había tenido todo un trabajo de chapa en el suelo, en la parte de la caja. Yo usaba una Ford F-100 azul que a veces se la llevaba Oscar Pintos también. Teníamos un lugar para guardar las camionetas.

Al estar descolgados no sabíamos qué hacer. Sentíamos que se es-

taba preparando algo, lo *olíamos*. Pero había muchas *ausencias* de compañeros. Posteriormente nos enteramos de que habían caído. Finalmente nos reenganchamos con el teniente Rolo (Adrián Saidón) a través del Partido Comunista Marxista Leninista (PCML)", una organización de tendencia maoísta con fuerte presencia en La Plata.

Rolo nos engancha porque estuvimos trabajando con esa gente del PCML. Habíamos hecho un operativo conjunto, un secuestro. Viene el sargento Gabriel y dice: '¡Hay que meter unos *caños* acá, porque no quieren aflojar la guita!'. Nosotros le dijimos que eso era un desastre pero fuimos igual. Pusimos los *caños* a unos bancos relacionados con el secuestrado y tuvimos hasta un enfrentamiento con la policía. El PCML se portó muy bien. Tenían médicos, cirujanos, de todo. Nos ayudaron muchísimo a nosotros, nos dieron armas y ahí nos conectan con Rolo, porque se ve que tendrían algunas citas *por arriba* con el PRT. Eran gente de confianza. Si bien no participaron en las últimas acciones armadas, nos dieron mucho apoyo logístico.

Cuando nos enganchamos con Rolo, nos dice:

—¡Ey! ¿Dónde estaban? Los estamos buscando, además necesitamos las armas que ustedes tienen.

Busetto y yo le dijimos que la acción que se estaba preparando, por muchos indicios que teníamos, como las desapariciones de Gabriel y Emilio, estaba cantada".

Rolo no le dio importancia a la apreciación de sus compañeros. Se limitó a pasarles las instrucciones correspondientes:

—Yo los voy a conectar y se van a donde les diga.

"Nos conecta con otros compañeros que no conocía, más jóvenes (yo tenía 26 años). A Pedro lo mandan a otro lugar, nos reparten. Yo me fui con estos compañeros en una camioneta, primero a La Plata. Allá aproveché para ir a despedirme de mi compañera, Cuñata". Aunque su nombre de guerra era "Lucía", todos le decían Cuñata —por *cuñataỹ*—. Era paraguaya, tenía 21 años y estudiaba Obstetricia. Era muy hermosa. Se llamaba Marlene Katherine Kegler-Krug, y estaba peleada con sus padres, de origen alemán, porque ellos se oponían a su actividad política. "Fui a su casa de La Plata, y como yo tenía un reloj, regalo de mi madre, se lo dejé a ella para que me lo cuidara, porque si no, lo iba a hacer mierda".

De regreso a Buenos Aires, ya con las armas en la camioneta, "fuimos con unas banderas de Estudiantes de La Plata. Era el domingo 21 de diciembre y ese día había un partido de fútbol famoso". La final del campeonato se jugaba en el estadio de Vélez Sarsfield entre River Plate y Estudiantes. "Aprovechamos el partido y viajamos llevando las banderas de Estudiantes como pantalla. Íbamos al encuentro de Rolo, que era de Gimnasia, *tripero*. No fuimos por el camino 'Ho Chi Minh', sino por la ruta provincial, por donde iba todo el mundo.

Uno de los compañeros manejaba, otro iba en el medio de la cabina y yo estaba en el lado de la otra puerta. Estuvimos dando unas vueltas viendo dónde estacionar. Estábamos en un barrio residencial", en Bosques, partido de Florencio Varela. "Como ellos querían tomar un café, nos bajamos en un lugar donde había un bar que parecía medio de *chetos*, con una entrada con jardines, cosa que a mí me sorprendió porque yo los veía como muy sueltos a estos chicos, muy amables pero medio como inconscientes de lo que estaría pasando. Entonces dije 'Vámonos, vámonos de aquí'. De ahí me llevaron, *tabicado*, a una casa que estaba cerca. Llegamos a la noche. Después de entrar me di cuenta que era un chalet muy grande, como una casaquinta, impresionante. Tenía dos plantas, jardín, quincho, y me dijeron que también tenía piscina aunque no la vi". Rafael se encontraba en la "Casa de las 37 Caídas", donde estaba acuartelada la Compañía "Juan de Olivera".

"Como *minuto*, creo que la noche anterior habían hecho una gran fiesta (¿o la iban a hacer ese día?), como festejando un cumpleaños, una fiesta importante, con comida... ¡la casa toda iluminada y toda la unidad guerrillera ahí!

La casa estaba llena de gente; yo los veía muy jóvenes, muy así como si fueran del ambiente estudiantil. Ellos estaban contentos, todo porque iban a combatir, pero medio inconscientes de lo que iba a pasar. Yo, que ya había estado en otras, sabía que tenés que ir con mucha precaución en estas cosas.

En la casa vi al responsable de la unidad, que era un tipo, calculo, de unos 30 años, medio morrudo, pelirrojo y alto". Se trataba del capitán Santiago (Hugo Irurzun), a quien Rafael intentó advertir de

su sospecha, "no alarmando a los compañeros de abajo. Yo le comenté que había estado en Logística y también que no sabía lo que se iba a hacer".

—Compañero, acá vamos a hacer unas contenciones —le informó Santiago.

"Él no me dijo lo del copamiento, pero le comenté que, por indicios que teníamos, la operación estaba cantada. El responsable se quedó callado, no me contestó nada, pero tampoco me dijo '¡Usted, compañero, cállese la boca!'. Me designó a un grupo de cuatro o cinco chicas, todas ellas eran responsables de distintos grupos. Había uno o dos muchachos también, eran en total seis o siete". Liliana Molteni (Julia) y Aída Bruchstein (Noni) estaban entre las responsables convocadas. "Ahí fue que la encontré a Norma Finocchiaro, la Gringa, que era la compañera de Emilio, y con quien nos conocíamos desde hacía tiempo. Cuando horas antes nos encontramos con Rolo, éste nos había confirmado que el capitán Emilio y el sargento Gabriel habían caído. Cuando llego a la casa y me la encuentro a la Gringa, ella se alegra muchísimo porque hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Me abrazó, me besó, y lo primero que me preguntó fue por su compañero. '¿Lo viste a Emilio?', así, muy angustiada. Yo, que ya sabía que él había sido *chupado*, le dije que él estaba bien, que no lo había visto pero 'sé que anda por ahí'. Ella se calmó y se sonrió". Norma Finocchiaro lo presentó a los demás:

—Este compañero se llama Rafael, y tiene mucha experiencia militar. Él nos va a explicar qué es lo que tenemos que hacer en las contenciones.

"En aquel grupo había una moral altísima. Creo que me asignaron a mí porque en principio no sabían dónde ubicarme. De rebote había caído en esa casa y nadie sabía bien por qué. Con la Gringa al lado, me muestran los planos de un cruce de calles. Tenían pensado tomar unos vehículos, darlos vuelta e incendiarlos, como si fuera un acto relámpago, pero más grande. Se suponía que después vendría la policía y teníamos que aguantar ahí."

—Tenemos que poner fuego cruzado de acá, así y así... ¿Con qué armas contamos? —preguntó Rafael, señalando sobre un plano los puntos mejores para una contención. La respuesta de la Gringa lo preocupó: el armamento era muy escaso, "por no decirte *matagatos*. Había algunas escopetas Batán, de esas que se trababan siempre, al-

gún revólver calibre 22 y cosas así. Muy poco armamento y de baja calidad sobre todo".

—Con la munición que hay y con este armamento, hay para resistir diez minutos. Después habrá que irse porque no da para más. Si viene la represión no tenés con qué responder —fue la opinión de Rafael.

—Tenemos que aguantar.

—¿Aguantar qué?

—Y, hasta que anochezca por lo menos. Tenemos que estar tres o cuatro horas.

—¡Pero esto es una locura! ¡Ustedes no van a poder contener esto tanto tiempo!

"Esto lo hablé con ella aparte, prudentemente, no con los demás, porque yo los veía como onda tipo estudiantil, muy entusiasmados, pero esto eran cosas más serias, ¿no?"

En la "Casa de las 37 Caídas", Rafael se encontró con otro militante conocido suyo: Heriberto Macedo, "Felipe", un obrero gráfico que había estado en algún momento en La Plata. "Era un tipo muy jovial, muy risueño, una persona muy especial. Estuvo un tiempo en el Frente Estudiantil. Después, como quedó *descolgado*, trabajó con nosotros unos días en La Plata. Nos alegramos mucho de vernos. No parecía un obrero, era un tipo bastante preparado, ¡cargaba su pinta, el guaso!".

—¡A los milicos los vamos a reventar! Yo tengo una *punto 50* y vamos a estar apostados ahí, conteniendo al Regimiento de La Tablada, ¡y los vamos a hacer bosta! ¡Mirá! —le dijo Felipe, mostrándole muy contento la ametralladora y el mecanismo para enfriar el caño—. ¡Es con agua!, es un desastre, es del año del pedo, ¡pero los vamos a hacer cagar igual!

—Pero estás loco... ¿Cómo vas a hacer para andar llevando esto por ahí?

—No sé, ¡pero con esta *punto 50* los vamos a reventar!

Esa noche, Rafael durmió ahí, en una bolsa de dormir en un pasillo del segundo piso. Al otro día temprano, al levantarse, el capitán Santiago le anunció "Te vas a ir a otro lugar".

"No sé si me habían pedido, o el responsable había decidido, o si al encontrarme necesitaban que estuviera en otro lado".

"Graciela", otra de las guerrilleras concentradas en la "Casa de la 37 Caídas", asegura que "en la concentración éramos muchos. El Oso entró a dejar armas y granadas, arruinadas previamente. [...] Me impresionó ver allí a algunos que apenas eran *lectores, simpatizantes* o que estaban en observación. Dos compañeros abandonaron la casa, según nos dijeron 'porque no eran necesarios'. Me parece que fue un error porque ellos se iban solos y nosotros quedábamos concentrados".

Graciela se refiere al traslado de Rafael, que fue llevado en la mañana del lunes 22 a la casa de Ranelagh donde estaba acuartelada la Unidad "Guillermo Pérez".

"Entré a esa casa *tabicado*—prosigue Rafael—, debía ser por Quilmes o sus alrededores porque recuerdo que no había agua, y ese diciembre no hubo agua en esa zona, algo pasó con las cañerías. La cuestión es que nos moríamos de sed y tenían que traer el agua en bidones. Teníamos que cuidar el agua, no nos podíamos ni duchar. La casa era como si hubiera sido un pequeño colegio. Tenía un patio grande y largo con un portón que daba al exterior, y las habitaciones una al lado de la otra. En la casa había mucha gente armada.

Ahí nomás me encontré con dos compañeros que habían hecho conmigo la Escuela Militar del ERP y que habíamos estado también en el combate de Manchalá, en Tucumán, el 28 de mayo de 1975. Uno era 'Juan', que venía de Salta o Jujuy, y el otro era 'Domingo', un tipo flaquito, con el pelo largo, un hoyuelo en el mentón, con barba espesa pero afeitado, medio rubión o castaño claro. Estuvimos un rato charlando ahí. Los dos, después me enteré, estuvieron en el Puesto 1.

Cuando doy la vuelta, porque era una casa en forma de L, ahí me ve el teniente Néstor (Nelson Alberto Agorio). Lo conocía de la Escuela Militar, donde había sido instructor mío de táctica militar y armamento. Después fuimos juntos a Tucumán y estuvimos en Manchalá. Él era de Campana [sic: Baradero], como muchos otros compañeros que estaban ahí. Néstor me abrazó y dijo:

'—Ramiro se viene conmigo, porque nos conocemos.' —Me llamó Ramiro porque ese había sido mi nombre de guerra en Tucumán. Me presentó a los compañeros del grupo [el Grupo 8 Galpones]. Ahí me lo encontré a Yiyi [Abel Santa Cruz Melgarejo]. Néstor les dijo que me conocía, que yo era un compañero bárbaro. Hago mal en

contarlo pero así fue como lo dijo. Él quería que yo estuviera en su grupo porque habíamos estado en combate juntos. Al principio me iban a asignar una responsabilidad al frente de una pequeña escuadra de avanzada, de cinco o seis compañeros entre los cuales estaban Yiyi y 'Pablo'. Aquí estábamos mejor armados; por lo menos, cada uno tenía su arma, no como en la otra casa".

Cuando quedaron solos, Rafael le confió su sospecha a Néstor:

—Yo quiero hablar con vos porque nos conocemos, tenés experiencia y vas a entender lo que quiero decir. Néstor, lo que vamos a hacer está *cantado*, mirá, tenemos indicios —y le relató las desapariciones del capitán Emilio y el sargento Gabriel.

—No te preocupes, vamos a ir a hablar con Miguel —propuso Néstor.

Ante el jefe de la operación, el capitán Miguel, Rafael empezó:

—Mirá, no es por alarmar, pero lo que estamos haciendo está *cantado*.

"Le conté de las caídas y además, cosa que después yo me enteré, él sabía de la captura del comandante Pedro [Juan E. Ledesma]. Por eso es que él me escuchó y ponía una cara como asintiendo, como estando de acuerdo conmigo. Pero también como que la orden era 'tenemos que hacerlo igual', como diciendo 'esta es una patriada en la que nos tenemos que embarcar aunque no estemos seguros'. A mí me dio la impresión de que Miguel también creía que la operación estaba entregada. Me pareció que estaba medio triste, como resignado, no lo vi como si fuera un tipo que iba a ir al combate seguro, convencido, contento. No quiero decir que él no tuviera moral, ¡ojo! Además fue un momento nada más y estuvo así sólo delante mío".

El Grupo 8

El Grupo 8 se reunió en una de las habitaciones de la casa de Ranelagh. Estaba compuesto por el teniente Néstor, su responsable; Pablo, Falucho, Diego, el Tata (Ismael Alfredo Islas Ibarra), Jorge, Polaco, Darío II, el sargento Carlitos (José Manuel Vázquez), Mario, Pacho, el sargento Federico II, Tito, César, Rafael o Ramiro (Raúl Juárez), Juan y Adri, única mujer del grupo. En total, eran diecisie-

te combatientes; entre ellos estaban Yiyi y el Hippie, que para esta acción usaron otros apodos.

Néstor sacó un plano grande del cuartel y otro más chico de la parte que le correspondía al grupo.

—Vamos a tomar esto —dijo señalando los galpones y mencionó las toneladas de armamento que se esperaba conseguir.

"El ataque iba a ser a la tarde del mismo día 22, pero algo pasó porque nos demoramos un día en hacer la operación".

Durante la reunión, el teniente Néstor eligió a un combatiente para cumplir con una riesgosa tarea: cortar el alambrado que rodeaba al Galpón N° 30, donde estaban depositadas las armas.

—Necesitamos un compañero que vaya al frente y corte el alambrado, y que estemos seguros de que lo va a hacer. Rafael va a ser el que lleve la tijera y ustedes lo van a cubrir. —Néstor destacó un grupo de seis combatientes para la protección de Rafael.

"Ahí se cambió eso de que yo iba a ser responsable de una pequeña escuadra. Quedamos los mismos, pero esta vez al que tenían que cuidar era a mí, porque yo al llevar la tijera no iba a tener arma. La tijera era enorme, medía como un metro si la parabas. Era de esas especiales para cortar cadenas, con un gran ángulo abajo que apenas lo cerrás corta el hierro. Arriba era más pequeña, tipo *pico de loro*".

El resto de los guerrilleros, subdivididos en pequeños equipos, tendría como tarea copar los puestos de guardia 4, 5 y 6 (ubicados en la periferia del sector Galpones), además de conseguir varios camiones para luego sacar fuera del Batallón el material capturado.

El sargento "Carlitos", después de Monte Chingolo, integraría la Escuadra Especial dependiente del Buró Político del PRT-ERP, bajo el mando de Abigail Attademo. "Jeremías" recuerda a su compañero Carlitos como "un tipo joven que tendría unos 24 años. Era delgado, pequeño, no usaba bigotes ni barba. Tenía poco pelo y enrulado, como ondeado. Tenía la cara picada como si hubiera tenido varicela o algo de eso. Era un tipo muy militar y con un nivel de operatividad muy grande". El sargento Carlitos integrará uno de los equipos destinados a copar los puestos de vigilancia.

"Ese día comimos porque se pospuso la operación, y al otro día estuvimos arreglando los últimos detalles, las últimas cosas. Íbamos a entrar a la tardecita para que después la puesta del sol nos cubrie-

ra la retirada. Antes de salir, entra Pedro. Había llegado un rato antes", cuenta Rafael.

"Aunque no querían que salgamos al patio, para no llamar la atención, nos permitieron salir para despedirnos. Ahí, en el medio del patio de la casa, me lo encontré también a Manuel [Jorge Moura]. Ellos estaban por salir a buscar el camión con que entrarían por el puesto 1". Los tres hombres se abrazaron. Eran viejos compañeros de confianza y hacía tiempo que compartían la militancia.

—¿A dónde vas? —le preguntó Pedro a Rafael.

—Yo voy por atrás, ¿y vos?

—Nosotros tenemos que abrir el portón principal.

—Hermano: ¡Qué mala suerte que no nos vamos a ver nunca más!

"Porque los tres sabíamos que lo que se hacía estaba *cantado*. Así nos despedimos, muy emocionados."

No obstante que Santucho ya había arengado a los combatientes de la unidad acuartelada el 21 de diciembre, Mariano (Benito Urteaga) acudió, pocas horas antes del inicio del ataque, a la casa de Ranelagh con el mismo fin. De acuerdo al relato de varios testigos, el responsable del mando táctico del operativo dijo:

—Compañeros: Estoy muy orgulloso de que el Batallón Urbano General San Martín entre por primera vez en acción. Al conseguir llevarnos veinte toneladas de armamento del Batallón, le estaremos dando un golpe muy fuerte al gobierno y a los militares. Será un salto cualitativo en el accionar de nuestro Ejército. Ustedes, compañeros, son el resultado de todos estos años de esfuerzo del ERP y del Partido. Ustedes son la fuerza de mayor experiencia militar en la historia del ERP. ¡A vencer o morir por la Argentina!

"Después, Urteaga nos presentó al conscripto informante del Batallón 601, que desde ese momento entraba en la clandestinidad", recuerda Rafael. "Estaba con unos vaqueros y una camisa. Entre las risas de la gente contó cosas graciosas que habían pasado en el cuartel. Se tuvo que ir porque parece que lo descubrieron. Pasaba a la clandestinidad, pero no sé si iba a participar en el operativo. Esto fue a la tarde, poco antes de salir de la casa hacia el hotel alojamiento.

Los compañeros de mi grupo nos pusimos una segunda muda de ropa encima. Yo me puse un pantalón y una camisa tipo militar de las Grafa. Abajo tenía la misma ropa que vestía cuando me

engancharon. Nos dieron 300.000 o 400.000 pesos [moneda nacional o *viejos*] para la retirada y cada uno tenía sus documentos encima, atado o guardado con el dinero y en una bolsita de nylon por si te caés en un charco, para que no pierdas todo. Teníamos que cuidar de no perder los documentos; igual me parece una barbaridad haberlos llevado".

Poco después, los combatientes de la Unidad "Guillermo Pérez" fueron saliendo de la casa en pequeños grupos y, trasladados en automóviles y camionetas llegaron al hotel alojamiento "Molino Blanco".

"Cuando llegamos al hotel, ya estaba *copado*. No había mucha gente. Hubo un poco de risas porque tuvimos que interrumpir a las parejas que estaban haciendo el amor. Esa gente correteaba por los pasillos, y nuestros compañeros detrás, para que no se escaparan. Yo estaba en una habitación pintada de azul con dos o tres compañeros, uno de ellos era Pablo, esperando a que nos dieran la orden de subir al camión. Uno de los compañeros se reía, medio relajado. Yo le dije que se concentrara, por lo serio de lo que íbamos a hacer y por el peligro que íbamos a correr."

Por los fondos del cuartel

Rafael y sus compañeros subieron a la caja del camión F-350, que partió del "Molino Blanco" hacia el oeste por avenida Pasco. Era un modelo 1971, con caja de madera para transporte de carga, con arcos para toldo, aunque desprovisto de la lona correspondiente. En la cabina iban dos combatientes (uno de ellos era el "Hippie") vestidos con ropas militares. Según Rafael, "el chofer era medio gordito, pero joven, morocho, con el pelo bien encrespado, cortado a lo colimba pero con todos los pirinchos parados". En la caja del F-350 llevaban una escalera de madera, sogas, la enorme tijera de Rafael y otros elementos para escalamiento y apertura de los galpones. También sus armas: fusiles FAL, escopetas, revólveres, granadas y *cocteles Molotov*.

"Había risas y mucha alegría arriba del camión. Néstor, que estaba en la caja con nosotros, nos decía '¡Cállense, cállense!', porque íbamos por la calle. Yo no conocía a todos los compañeros porque éramos de varios frentes distintos. De los que conocía, en la

caja íbamos Néstor, Pablo, Yiyi y el Tata, que era un tipo de como 50 años, canoso.

"Íbamos cantando canciones revolucionarias y cánticos que se habían hecho en aquella época. Había mucho ánimo y la moral era altísima. Algunos gritaban '¡Vamos compañeros! ¡Adelante!".

El Ford 350 giró a la derecha por Donato Álvarez (Camino a Monte Chingolo, actual avenida Juan D. Perón). Trescientos metros más adelante, a la derecha del camión apareció un enorme predio descubierto. Eran los fondos del Batallón de Arsenales 601.

"Doblamos por una calle y ya era como un descampado, pero todavía íbamos por una calle asfaltada, y ahí empezamos a escuchar los primeros disparos. Venían de lejos, de otro lado, que sería el Puesto 1. A partir de ahí, ya gritábamos bien fuerte. Se escuchaba el tiroteo del otro lado y nosotros gritábamos de todo '¡luuuu!', como los indios, y ahí nomás ¡pum!, rompimos el portón con el camión y después hicimos un trecho bastante largo por dentro del cuartel. Era como un descampado y nosotros íbamos por un camino de tierra".

Habían ingresado a los fondos del Batallón, donde funcionaba el Puesto 3 de vigilancia. Sus centinelas fueron sorprendidos por la maniobra. Eran las 18.55.

El camión se internó unos quinientos metros en el predio hacia el este, por un camino de tierra que bordeaba una de las tosqueras, en la zona denominada Sector "R". Luego giró a la izquierda, rumbo al norte, avanzó otros trescientos metros y se acercó a los puestos de vigilancia 4 y 5.

Según el informe del coronel Abud, el sistema de seguridad del sector, "que se encontraba a cargo del suboficial jefe del puesto de Depósitos", fue alertado "poco antes de las 19 horas", ante el "intenso tiroteo en dirección a la Guardia de Prevención y Jefatura de la unidad". Sin embargo, los conscriptos de guardia recuerdan otra cosa. Miguel Falcón, soldado del Puesto 5, observó que del sector de las tosqueras se aproximaba hacia la zona de Galpones un vehículo al que confundió con uno de los *carriers* del Batallón. El conscripto, entre tanto, escuchaba el intenso tiroteo proveniente del frente del cuartel. "Al no notar anormalidad alguna", se dirigió al teléfono (instalado solamente en el Puesto 5) para llamar al jefe del puesto de Depósitos. En ese momento se le acercó Germán Kasen, centinela del

Puesto 4, ubicado a ochenta metros del lugar. Kasen también había visto al supuesto *carrier* e iba a comunicarse telefónicamente con su jefe.

El informe del jefe del Batallón de Arsenales 601 entiende que "la confusión del vehículo de los delincuentes con un *carrier* de la unidad, según los causantes, se debió a que ambos tienen toldos de características y color similares, y además porque de dicho vehículo se había visto solamente su parte superior, por encontarse transitando el mismo detrás de montones de tierra provenientes de una zanja perimetral en construcción". Sin embargo, el camión guerrillero no llevaba toldo y difícilmente en la parte superior de un *carrier* hubiese quince civiles apretujados. Incluso, desde las altas torres de los tanques de agua, a escasos trescientos metros, la maniobra guerrillera no fue advertida por el coronel Abud y el mayor Barczuk, concentrados en barrer con fuego de MAG el ataque del ERP en el sector Este.

Mientras los conscriptos iban a llamar por teléfono, escucharon que a sus espaldas se detenía el vehículo. Al volverse vieron con sorpresa que, desde un camión, un grupo de civiles armados les gritaba:

—¡Somos del ERP! ¡Dejen las armas en el piso y pónganse cuerpo a tierra!

Los dos conscriptos arrojaron sus FAL y se tiraron al piso. Mientras dos guerrilleros se llevaban sus armas, Miguel y Germán escucharon una asombrosa pregunta:

—¿Cuál es el Galpón Número 30?

El Grupo 8 se había perdido en el gigantesco predio del cuartel.

Combate entre los galpones

Los guerrilleros dejaron a los soldados en libertad y sin rasguño alguno. Avanzaron, siempre a bordo del F-350, desde el Puesto 5 hacia el norte; bordearon el Galpón 32, de más de ochenta metros de largo, y giraron a la derecha por una calle interna, ya en la zona edificada de la unidad.

"Cuando íbamos acercándonos, nos empiezan a tirar de todos lados", recuerda Rafael. "Nos tiraban y tiraban. Entonces nosotros nos agachábamos. Fue todo muy rápido y ahí fue cuando paró el camión

que había alcanzado a doblar. Sentía gritos que decían: '¡Las torres! ¡Las torres!'. Los tiros nos pegaban al lado, y veo a compañeros que empezaron a saltar y parapetarse detrás de una de las esquinas de un galpón [el 32]. Casi todos conseguimos saltar, porque hubo momentos en que se podía, cuando ellos paraban de tirar. Además, los compañeros que saltaron primero comenzaron a contestar el fuego. Más o menos ubicaron de dónde venían los disparos. '¡Es el tanque de agua! ¡Nos están tirando desde el tanque!', decían. Pero también nos disparaban desde otros lugares, más espaciadamente. Fui el último en saltar. Había dos compañeros tirados en el piso del camión y uno de ellos, que estaba muriéndose, era este tipo grande".

Era el "Tata" Ismael Islas.

—¡Salte, compañero, salte! Me estoy muriendo. ¡A vencer o morir por la Argentina! —le escuchó decir Rafael.

"Me acuerdo patente la cara de él. Era un tipo que en aquel momento podía tener cerca de 50 años, canoso, medio pelado, tenía unos bigotes canosos también y una nariz medio aguileña, ojos pardos, no era muy alto y debía pesar cerca de 70 kg. Creo que había otro compañero más, tirado en la caja del camión pero que no hablaba. El único que habló fue él, que me insistía en que yo salte, que me vaya. Yo quería ir a socorrerlo, le estaban tirando, entonces ahí me dice eso y yo salté, pero con la tijera en las manos. Néstor me había dicho: 'Tu arma es la tijera'...".

Ismael Alfredo Islas Ibarra era obrero zapatero. Recibió dos disparos en la región inguinal derecha y morirá a raíz de la grave hemorragia sufrida.

"Cuando salto —prosigue Rafael— ya los compañeros estaban contestando el fuego. Entonces baja otro, que era el de la cabina, y me lo encuentro así de frente. Era el chofer, y su cara tampoco nunca me la voy a olvidar. Se estaba sacando la camisa y me dice: '¡Ate, compañero! ¡Ate!'. Me dice eso y ¡veo que tiene dos agujeros en el pecho! Yo me quedé medio duro, en medio de todo ese *bolonqui*. Tenía los agujeros uno cerca de la tetilla izquierda, un poco por debajo, y el otro cerca del ombligo, del lado derecho. Pero no veía sangre, sólo los agujeros, bien claritos. Los tiros eran recientes. Yo lo miré como diciendo '¡Vos, loco, estás muerto!', pero él estaba parado y me decía '¡Ate, compañero!'. Me agarra de los brazos, se saca la camisa y entonces yo lo envuelvo con la misma camisa. Él gira y yo

le voy haciendo como una especie de torniquete, o lo que fuera, ahí detrás del galpón. [...] Yo estaba conmocionado, pero bien consciente, pensando '¡Qué valor que tiene! ¡Qué espíritu!'. Después de que le hice esa especie de torniquete, el chofer agarró un FAL y empezó a tirar. Salió corriendo con los demás a cumplir su tarea y después no lo vi más. Lo recuerdo disparando su FAL".

El chofer del F-350 era un joven de 23 años que trabajaba como operario de industrias Gros, fabricantes de plásticos. El 18 de diciembre había alcanzado a despedirse de sus padres diciéndoles que viajaría a Mar del Plata y que estaría de regreso para las fiestas. Era soltero y militaba en la Logística del ERP. Se llamaba Omar Juan Lorenzo Rodríguez. Participó de los combates internándose osadamente en el sector de Depósitos. La hemorragia interna poco a poco le restaría fuerzas, hasta finalmente terminar con su vida.

En la cabina del camión quedó el cuerpo de otro combatiente. "Laura", otra ex militante, recordará: "Él había sido mi responsable en Inteligencia. Era tirando a petiso, morrudo, de entre 25 y 30 años de edad, ojos pardos, cabellos castaños y con bigotitos". Aunque al guerrillero le cortarán las manos (frasco N° 26), nunca se logrará establecer su identidad. Sólo sabemos que su nombre de guerra era el "Hippie". Había recibido varios disparos, efectuados desde la torre Norte, en los muslos y uno solo, mortal, en el pecho.

A pesar de las bajas sufridas (por lo menos tres muertos y un herido grave), el Grupo 8 se hizo fuerte en el lado oeste del Galpón 32 y se aprestó a seguir el plan preestablecido.

El parte suministrado por el Ejército el 24 de diciembre a las 13 señala, muy erróneamente por cierto, que "otros subversivos *en número aproximado a treinta atacaron por los fondos del cuartel, intentando* copar los puestos de guardia, *lo que no fue logrado por la tenaz resistencia de los centinelas desde sus torres de seguridad*" (destacados del autor).

Los militares contraatacaban a los insurgentes desde los puntos fuertes establecidos en las torres de los tanques de agua Norte y Sur, además de la guardia del puesto Galpones, que con su jefe y la totalidad de su personal batía el sector ocupado por el ERP. Según el informe oficial del Comando General del Ejército, "el personal de suboficiales que se encontraba en su Casino, al advertir el ataque

reacciona inmediatamente y se agrupa en la parte posterior del cuartel para participar de la defensa". Tres de los suboficiales que se encontraban de retén en la unidad reforzaron la guardia del puesto Galpones y otros dos acudieron a otros sectores de la zona. Estos fueron los primeros refuerzos que brindaron apoyo a los efectivos apostados en los fondos del cuartel.

"En ese momento se ve que habíamos controlado la situación", afirma Rafael. "Luego de ese primer momento de desorientación y confusión, cada uno de nosotros se rehízo para lo que tenía que hacer y así nos dimos entre todos confianza. Si no, no hubiéramos podido seguir adelante como lo hicimos. Yo tenía la tijera conmigo cuando nos disponíamos a avanzar. Por nada del mundo la soltaba". El fuego de los guerrilleros poco menos que aterrorizó a los defensores del sector, a pesar de su poca dirección: la pared oeste del depósito ubicado frente al Galpón 30, adelante y a la izquierda del camión, recibió la mayoría de los disparos del ERP.

"Mientras íbamos avanzando, con muy mala suerte perdimos la comunicación, creo que con Urteaga, como supongo que estaría comunicado nuestro pelotón de Logística, al rompérsele la antena del *walkie-talkie* a Néstor, que era el que llevaba la radio. Después que nos reubicamos y empezamos el avance, Néstor nos dijo: 'Rompí la comunicación. Estamos aislados, ¡pero igual vamos a seguir!'. Entonces empezamos a ir al asalto, yendo en fila india, por detrás de los galpones".

Para internarse en ese sector, se dividieron en por lo menos dos grupos. Uno fue en busca de camiones para el traslado de las armas que pensaban capturar y otro, con Rafael y su tijera, se desplazó por el costado del Galpón 32 en dirección a su esquina sur. Allí, más expuestos que nunca al fuego de las dos torres, los seis o siete miembros del grupo doblaron a su izquierda y avanzaron en dirección este hasta llegar a la calle que separa los galpones 31 y 30, por donde se internaron (girando nuevamente hacia su izquierda) en busca de una de las puertas del lado oeste del depósito que iban a asaltar.

El primero de los grupos tropezó en el interior del sector Depósitos con la resistencia de la guardia. El cabo primero Daniel Roberto Negri, de la Compañía de Seguridad, a diferencia de los oficiales del Batallón que se habían escondido en su Casino, acudió en apo-

yo de los defensores del sector Galpones. Al ver el avance guerrillero le gritó "¡Vení para acá!" al soldado de apellido Echiafino, para que también se replegara.

El grupo al mando de Néstor comenzó a desplazarse. Rafael iba con ellos. "Avanzábamos agazapados por el costado de los galpones hasta que llegamos a uno que tenía todo un alambrado alrededor que lo envolvía, a dos metros alrededor". Se detuvieron frente a una de las puertas laterales del Galpón 30, después de internarse casi treinta metros por la calle interna, paralela a los depósitos.

"Allí nos encontramos con una gran dificultad porque estábamos más al descubierto. Yo empecé a cortar el alambre con mi tijera. Estaba parado y tenía como a cinco o seis compañeros alrededor mío, agrupados en torno mío, mirando para todos lados y disparando. Ellos no tenían ninguna cobertura, estaban *al aire,* el único que estaba cubierto —con los cuerpos de ellos— era yo. Néstor era uno de los que me cubría, otro era Pablo. No estoy seguro, pero me parece que Yiyi también estaba ahí, aunque después lo perdí de vista. Néstor disparaba con un FAL pero estaba preocupado por el tema de las comunicaciones. Pablo también tiraba con un FAL y Yiyi tenía una escopeta recortada de dos caños. Yo, mientras tanto, seguía cortando. Habré estado un par de minutos cortando el alambre. Hice un "siete" no muy grande, más o menos como para que pudiesen entrar de a uno, de 80 cm de altura por lo menos. Era una locura, porque estábamos al descubierto, y ellos nos disparaban desde la torre y otros lugares.

"Ya había hecho la parte perpendicular al piso y luego empecé a cortar la parte horizontal, para terminar el boquete y entrar por ahí. Pero entonces apareció una tanqueta tirando".

Era el *carrier* trasero, que se desplazaba en dirección oeste, al norte del depósito. "Cuando pasa por primera vez, es como que no nos ve, pasa de largo. Nosotros sentíamos cómo disparaba. Apenas la vimos, salimos del alambrado y nos tiramos hacia atrás, en dirección al galpón paralelo de atrás [el 31], y luego, cuando la tanqueta ya había pasado, volvimos a seguir cortando el alambre. Pero ya la veíamos difícil. Esa tanqueta era como que daba vueltas porque, no sé por dónde, volvió a aparecer y nos empezó a tirar.

Ahí es donde Néstor dice: '¡Vámonos!'. Nos alejamos del alam-

brado con la intención de volver más tarde, porque Néstor no había dado todavía la orden de retirada definitiva. Nos fuimos por otro lateral que era de pasto, entre los galpones. Y cuando vamos llegando a una calle (perpendicular a los depósitos), ahí nos topamos de frente con la tanqueta. Habíamos llegado a una esquina, doblamos y nos encontramos con la tanqueta de frente, que venía hacia nosotros. Poco después escucho que algunos compañeros dicen: '¡Retirada, retirada!'. Néstor ya había decidido dar la orden porque veía que era imposible seguir. Estábamos sin comunicaciones y nos estaban cagando a tiros. Nosotros empezamos a correr y la tanqueta, atrás nuestro. Por eso la retirada fue casi una desbandada".

LA DESBANDADA

Rafael y otros guerrilleros se alejaron por los laterales de los galpones. "Entre los depósitos había calles que desembocaban en una calle principal. Cuando llegamos a esa calle principal nos encontramos con la tanqueta que se nos viene encima; entonces, el grupo en el que estaban Pablo, los que me cubrían y yo, corremos de nuevo, rodeamos otro galpón y salimos a otra calle, siempre con la tanqueta detrás nuestro. Varias veces, en esos corredores entre los galpones, Pablo se paraba, ponía rodilla en tierra y le disparaba a la tanqueta con el FAL. ¡Una actitud tremenda!

Nosotros decíamos de irnos por atrás para que no nos pudieran ver. Medio que jugábamos al gato y al ratón con la tanqueta. No sabíamos cómo librarnos de ella. Había un montón de gente y nos perseguía sólo a nosotros, empecinada detrás nuestro. Hacíamos distancias cortas y doblábamos, nos metíamos atrás de otro galpón y otra vez lo mismo, para que no vieran dónde estábamos.

Llegamos a otra calle donde había árboles. Era como una explanada y ahí me topé con Yiyi. Fue la última vez que lo vi. Alguno gritaba '¡Vamos por acá, vamos por acá!'. Yo ya había tirado la tijera a la mierda y corría sin armas. Vi en el piso granadas que los compañeros habían arrojado a la tanqueta y no habían explotado. La gente iba y venía en desorden".

En el laberinto de calles de la zona de los depósitos, perseguidos por el *carrier*, los guerrilleros se cruzaron con conscriptos del Bata-

llón, que también corrían en completo desorden. "Ellos y nosotros íbamos y veníamos en medio de los tiros. Ahí yo encuentro en el suelo un revólver calibre 38, con una bolsita de género conteniendo unas setenta balas. Lo agarré, me lo puse en la cintura y la bolsita de balas en el bolsillo.

"Estábamos medio despistados, dando vueltas sin poder salir y con la tanqueta atrás nuestro. Era por intuición que nos movíamos. Un compañero dice '¡Vamos para allá!' y nos fuimos hacia un eucalipto, acercándonos a un descampado. Ahí nos juntamos con Pablo, dos compañeros, y otro más que al ver el descampado grita:

—¡Ya sé dónde estoy! Yo soy de acá, ¡síganme a mí, compañeros, que yo los voy a sacar!".

Uno de los combatientes del pelotón de Logística, que vivía en Lanús, había reconocido la cercana avenida Donato Álvarez. "Éramos cinco. El teniente Néstor ya no estaba conmigo. Empezamos a seguir al tipo que dijo que nos iba a sacar. Todavía era de día, había perfecta claridad. Nosotros hicimos un par de metros pero la tanqueta venía detrás nuestro. Al correr, le habíamos sacado como cuarenta metros de ventaja a la tanqueta, que nos tiraba, pero un poco al tun tun, para todos lados. '¡Respondan!' [al fuego] gritábamos, y me acuerdo que Pablo, que en ese sentido era muy audaz, ponía otra vez rodilla en tierra y le tiraba con el FAL."

Corrían hacia el oeste, dejando atrás la zona de Galpones. En el perímetro del sector se toparon con una fosa de tres metros de profundidad que separaba esa área del descampado de casi seis cuadras que limitaba con la avenida Donato Álvarez.

"Como veníamos desbocados, saltamos dentro de la fosa y nos hicimos pelota. Yo caí mal y me hice un esguince en el pie, pero *en caliente* me podía mover bien. Al día siguiente sí, ya no podía pisar. Los cinco caímos en la fosa y eso nos ayudó para parapetarnos. Desde ahí, dos de los compañeros disparaban con FAL. Era como una trinchera. Ahí lo veo herido a Pablo. Estaba recostado contra una de las paredes de la fosa y tenía una mancha de sangre un poco más abajo del hombro izquierdo. Hizo un movimiento y le vi el hueco del disparo".

—¡Andate! Váyanse todos, que estoy herido. Yo me quedo acá, yo los aguanto. —les dijo Pablo a sus compañeros, mientras el *carrier* se acercaba. —Yo ya estoy jodido. Me quedo aquí con el FAL.

El vehículo blindado comenzó a hacer un rodeo. Como la fosa era un obstáculo insalvable, giró hacia su izquierda, en dirección sur, en busca de unos pequeños puentes de madera ubicados sobre la zanja, con la intención de pasar hacia el descampado y cerrarles la retirada. La maniobra les permitió a los guerrilleros ganar un poco de tiempo.

Tres de ellos fueron saliendo de la fosa, en dirección al descampado. Rafael no quería dejar a Pablo:

—Vos no te quedás acá.

Aunque su herida no era tan grave, Pablo ya no tenía fuerzas para trepar. Rafael, después de subir, le gritó:

—¡Dame el FAL! —Y tomando el fusil por el caño: —¡Agarrate de la culata!

Pablo se incorporó a medias y Rafael, un poco agachado, lo ayudó tironeando del FAL, hasta que al fin saltó y salió.

"Empezamos a correr pero enseguida nos encontramos con un alambrado que nos cerraba el paso. El compañero que conocía la zona encontró un hueco, por debajo del alambre, al lado de un poste, y nos metimos por ahí. Después de pasar, salimos a campo traviesa, que me acuerdo era como paja brava. Yo pensé en ese momento '¡Acá nos van a hacer mierda porque blanco más fácil que este no hay ninguno!'.

En ese momento empezamos a sentir tiros que venían del lugar hacia donde nosotros íbamos, de la zona de la villa. No sabíamos si era el Ejército o no, pero por el sonido de los disparos nos dimos cuenta que no eran de armas largas, así que era la policía, o algún *chivato,* o algún policía de civil que andaba por ahí. Entonces le digo a Pablo: '¡Loco, nos están tirando desde allá! Tirate un par de *cohetazos*'. Pablo disparó, y los tiros de aquel lado cesaron. Como que se cagaron al escuchar los FAL, que impresionan bastante.

Entonces seguimos; caminábamos unos tres metros bien agazapados y nos tirábamos al piso. Otra vez hacíamos otros tres metros y de nuevo al piso, y así continuamos hasta que llegamos a la punta del descampado, donde había un segundo alambrado que prácticamente lindaba con una villa. Era el límite del cuartel. Enfrente estaba el caserío y detrás nuestro el descampado por donde nos habíamos replegado. La tanqueta había logrado entrar al campo ese,

persiguiéndonos, pero ya le habíamos sacado una buena distancia. Entonces pasamos el segundo alambrado. ¡Ya estábamos fuera del cuartel!".

Primero salió quien conocía la zona; después lo hicieron otros dos y, por último, Rafael, detrás de Pablo. Tomaron una calle con una hilera de eucaliptos muy grandes; por ella se fueron los cuatro primeros, llevando sus armas. Pablo iba apostándose de eucalipto en eucalipto, apuntando a todos lados con el FAL. De a poco se fue hacia un costado, hasta que Rafael lo perdió de vista. "Yo no lo seguí porque para evacuar no tenía sentido salir en montón, en grupo; por lo tanto, cada uno se replegó individualmente".

Rafael siguió adelante y apareció en una calle interna, "en la cual había una pequeña placita, como un patio grande al que tenían acceso varias casitas". Había gente reunida, que se asustó al verlo llegar corriendo con un revólver en la mano. Se subieron a una camioneta y se fueron "a los piques". Rafael pensó: "¡Cagamos, acá nos van a denunciar!". Ya estaba oscureciendo y, junto con los disparos que venían del Batallón, en ese momento se oyeron también los helicópteros.

Al patio donde estaba Rafael llegó un hombre robusto y muy bien vestido. Su nombre era Rosendo y estaba rodeado por su esposa, su cuñada y otras dos mujeres que gritaban asustadas. Rafael le dijo:

—Soy del ERP, copamos el cuartel y ahora estamos saliendo.

—Venite, venite acá conmigo —contestó Rosendo, mientras a las mujeres, que no paraban de gritar, les ordenó autoritario—: ¡No griten más! ¡Váyanse, déjense de joder y déjennos a los hombres tranquilos!

Rosendo, que estaba con su hijo de 18 años, invitó a Rafael a entrar a su casa.

—Sentate, calmate, ¡mirá cómo estás!

—Es que acá nos van a reventar —dijo Rafael. Los hombres se asomaron a una de las ventanas que daba al cuartel. A sólo tres metros estaba el alambrado perimetral. Un poco más allá, dentro del predio del Batallón, el *carrier* seguía dando vueltas en su infructuosa cacería.

Un poco más tranquilo, Rafael se sentó.

—Te voy a dar ropa —dijo Rosendo— y quedate a dormir que no te va a pasar nada aquí. Yo te voy a cuidar.

—No, no me puedo quedar. Tengo que esperar a que oscurezca, nada más.

En Tucumán, Rafael había aprendido que habría un momento en que los helicópteros no tendrían visibilidad para operar, y que al mismo tiempo todavía no estaría montado el operativo de cerrojo de trenes, vehículos y rutas. Entonces esperó a que oscureciera para salir.

"Tomé agua porque estaba muy deshidratado y Rosendo me preguntó si quería comer algo. Después fuimos a un ropero porque me quería dar una ropa, pero era peor que la que tenía. Así que me saqué la que llevaba encima y me quedé con el vaquero y la camisa original, que estaba un poco manchada pero era más adecuada que la ropa que él me quería dar.

Estuvimos hablando de lo que era el ERP y el PRT, explicándoles nuestra causa y toda la historia. Mientras tanto, el hijo de Rosendo iba y venía para saber lo que pasaba afuera. Yo saqué el dinero que tenía y les dije que se los dejaba a ellos, pero Rosendo no quería aceptar. Me acuerdo que eran 400.000 pesos y ¡eso era guita!".

—No, esto lo hacemos sin ningún interés.

—No es tampoco que les esté pagando. A mí me parece injusto, porque esto nosotros lo sacamos de recaudaciones, de expropiaciones al enemigo; por lo tanto yo quiero dejárselo a ustedes. —Sólo entonces aceptó Rosendo:

—¡Bueno! Si no te querés quedar, no tengas miedo que yo te voy a sacar. Yo conozco bien la zona, así que te venís conmigo. —Ya eran cerca de las nueve de la noche y había oscurecido.

Rafael le mostró el revólver y la munición:

—Esto lo dejo porque no me lo puedo llevar.

—Acá va a estar bien guardado. Y cuando vos quieras, lo venís a buscar, que yo te lo voy a cuidar —le aseguró Rosendo.

"Salimos caminando por una calle que era como una pequeña avenida, y después doblamos en otras".

—Vos te vas a ir en un micro, yo te llevo a la parada, y te va a llevar a Lanús.

Rafael temió que la zona estuviese *podrida*, además de no conocerla. Rosendo lo tranquilizó:

—No te podés perder, porque la terminal del micro queda enfrente de la estación Lanús.

Caminaron hasta una esquina. Había mucha gente en las calles del barrio y tiraban cohetes por la Navidad. Llegaron a la parada del colectivo y miraron para atrás, como diciendo "¡Mirá por la que pasamos!".

Cuando llegó el micro, los dos hombres se abrazaron. Después, Rafael subió al vehículo que partió alejándolo para siempre de aquel lugar.

Ya era de noche. Bajó en la terminal y viajó en tren desde Lanús hasta Plaza Constitución. Empezaba a tener dificultades con el pie esguinzado. "De Constitución me tomé un micro, creo que era el 90, que me llevó a la casa de una tía, en avenida de los Constituyentes y Blanco Encalada, en Villa Urquiza". Rafael salió a tiempo de la zona de operaciones. Mientras se dirigía a la casa de su familiar, las fuerzas de seguridad ya estaban tendiendo pinzas y cercos en Lanús y otras localidades. Se enteró por su tía, ni bien le abrió la puerta:

—¿Te enteraste de lo que pasó? —Por la televisión ya hablaban del copamiento, de los muertos. Entonces lo vio su tío, antiguo militante del PC y en ese momento colaborador del ERP:

—Vos venís de ahí...

—Y... sí.

Nos quedamos ahí, en silencio. Yo estaba hecho pelota por lo vivido. Esa primera noche después de Monte Chingolo la pasé con ellos, me quedé ahí a dormir. Para ese momento, ya no podía caminar. Al día siguiente, rengueaba. Fuimos a pasar la Navidad a la casa de otros parientes, cerca de [la avenida] Cabildo. No podía comunicarme con Pedro ni con nadie. No sabía qué había sido de la vida de ellos.

Ya me había enterado de las contenciones, de Puente La Noria, de que había sido un infierno. Me sentía muy mal porque a todo lo que habíamos pensado con Pedro, de que estaba todo *cantado*, nadie le había dado pelota. Siempre decíamos con Busetto que 'Hay unos que a la Revolución se la toman en serio y otros que se la toman en joda'. Y que nosotros, a lo mejor, éramos unos giles porque nos la habíamos tomado en serio, aunque a nuestra manera.

Estuve dos o tres días en la Capital Federal. Tenía la cita de control en Quilmes. ¡Justo ahí, con lo cerca que estaba del Batallón,

hacer una cita de control! Me fui para allá en tren. Teníamos que caminar como cuatro o cinco cuadras, ida y vuelta, por una calle (no me acuerdo cuál era) paralela a la principal y a las vías del tren. Ahí nos íbamos a encontrar con un *contacto*. Yo hice el recorrido, pero como no encontré a nadie con esas características, me volví a la Capital".

Rafael decidió restablecer contacto por otra vía. Recordó la casa de unos muchachos que colaboraban con el PRT-ERP, en La Plata, y allí se fue. Ahí lo encontró a Busetto.

"Él escuchó mi voz y salió llorando, a los saltos, abrazándome. Yo no podía creer que él estuviera vivo también, pero Pedro se sorprendió todavía más de que yo haya salido vivo del cuartel. Cuando voy hacia la cocina, viene Cuñata, mi compañera, corriendo. Tenía una cartera en la mano que apenas me ve, tira al suelo. Corre, me abraza y me besa. Me dijo llorando: 'Acá tengo tu reloj. ¡Te lo guardé!' Creo que ella participó en uno de los hostigamientos en La Plata".

Pedro había dejado armas enterradas en un lugar. Eran cuatro fusiles FAL de compañeros de su grupo que consiguieron replegarse. Los fue a buscar y los llevó a la casa de La Plata.

—Estas armas son nuestras —dijo al llegar.

Rafael permaneció un par de noches en aquella casa. "Íbamos al techo, que estaba en obras (estaban haciendo un segundo piso), y nos sentábamos a hablar ahí, los dos armados haciendo guardia, porque Pedro creía que nos podían *cantar* la casa. Igual, no teníamos a dónde ir. Pasamos varias noches en el tejado, los dos conversando, con las armas, y luego nos fuimos de ahí".

El "objetivo apreciado"

Durante los combates en el sector de Galpones, el pelotón de 17 militantes de Logística había sufrido cinco muertos. Descontando a los cinco guerrilleros que habían logrado llegar a Villa Ofelia, todavía quedaban otros siete en la zona del enfrentamiento, entre ellos el teniente Néstor, el sargento Carlitos, Yiyi y Adri. A pesar de la desigualdad de fuerzas, los tiroteos en el sector se prolongaron más de dos horas.

A las 21, tres blindados M-113, del Escuadrón de Exploración de

Caballería Blindada 10 ingresaron por el portón principal del Batallón 601. Los tres *carriers* de refuerzo se desplazaron de inmediato a la zona de Galpones, donde continuaba el combate. A las 21.12, el soldado Cánepa, operador de la radio de la Guardia de Prevención, informó: "Parece que la acción ocurre por el fondo".

Poco después, el teniente Néstor, el sargento Carlitos, Adri y otro combatiente más salieron de la zona de Galpones y se replegaron hacia los barrios vecinos al cuartel. Los otros tres guerrilleros no lo lograron, encerrados en el sector de los depósitos. Entre ellos estaba Yiyi, con dos impactos de bala en el cuerpo. Otro de los combatientes (que el autor no logró identificar) había recibido un tiro en el brazo izquierdo.

Después de que cesó el fuego, los tres *carriers*, según el coronel Abud, "efectuaron patrullajes en los sectores exteriores al perímetro de demarcación de la zona de los Galpones" para impedir la fuga de los guerrilleros cercados. Los tres hombres se ocultaron, aguardando la oportunidad para escapar del Batallón.

Algunos equipos guerrilleros de la Compañía "Juan de Olivera" tenían la misión de apoyar la evacuación del armamento que se capturase. "Graciela" debía cubrir a los militantes de Logística que, después de traer el botín en los vehículos tomados en el Batallón, debían trasladarlo a los camiones cisterna que los esperaban en un lugar ya establecido.

"En ese grupo —recuerda Graciela— éramos cuatro: Ramón, dos mujeres más, y yo, que iba de pollera. Todos teníamos armas largas, aunque yo nunca había manejado una; era mi primera acción. Estábamos en un campo con vías de ferrocarril, pero no sé qué lugar era. Pasamos no menos de dos horas en la oscuridad con las armas afuera. Como no hubo acción represiva contra nosotros, supongo que los militares o el Oso no debían conocer nuestra ubicación. Al tiempo llega una camioneta con el responsable de la contención de Pasco y Caaguazú. Estaba excitadísimo. Se bajó de la camioneta al grito de '¡Viva el ERP!' y nos informó que la parte nuestra de la acción se levantaba. Ahí nos replegamos, cruzando las vías. Yo volví a La Plata en tren, junto al responsable de Juventud de la Regional Sur. Fuimos a la cita de control y de ahí a casa, a prender la radio para saber qué pasó".

En el informe del coronel Abud se hace este balance de la acción en el Sector 2 (zona de Galpones): "Como consecuencia del citado enfrentamiento se logró el copamiento de la camioneta y la muerte de cinco subversivos, mientras los restantes se replegaban hacia el lugar del que provenían, hallándose con las luces del día siguiente tres cadáveres más".

Sin embargo, y de acuerdo al testimonio de un ex conscripto del Batallón, por lo menos uno de los tres guerrilleros, que según el coronel Abud ya estaban muertos, fue atrapado con vida. En la mañana del 24, en una de las calles internas del sector, un soldado vio a un combatiente del ERP herido, sentado en el piso y con la espalda apoyada contra la pared. "Era un muchacho joven, morocho, de tez blanca. Tenía una herida de bala en el estómago. Estaba armado y tenía una granada hecha con un envase de yoghurt. Alrededor de las diez de la mañana llegó un jeep con varios militares que lo rodearon. El guerrillero no disparó. Sólo le pidió al que tenía más cerca: '¡Dejame ir!'. Los militares lo atraparon y golpearon violentamente. Después lo subieron al jeep y se lo llevaron para la Jefatura de la unidad".

Todo parece indicar que se trataba del salteño Abel Santa Cruz Melgarejo (Yiyi), estudiante, de 21 años, quien poco después sería asesinado en forma brutal: su cuerpo fue "abierto en canal con una bayoneta", según le contará a Martin Andersen el oficial de inteligencia Carlos Hours. El informe forense señala que, además de dos disparos en el hipocondrio derecho, Yiyi presentaba otra herida en la línea axilar media que le "atraviesa todo el tórax".

Otro guerrillero, presumiblemente capturado en el mismo sector, sufrió igual destino. Un ex conscripto dijo que "a un tipo lo metieron en la sala de tortura [en la Jefatura de la unidad] y el tipo gritaba: '¡La Convención de Ginebra! ¡No me torturen!'. Y al tipo lo mataron. Yo hablé con el torturador, y con cara de bueno me decía: '¿Viste?, tener que sacarle cosas a este muchacho...' ¿Viste?, como si fuera un tipo bueno y era un hijo de puta".

El prisionero asesinado era un joven de unos 25 años de edad, alto, de piel blanca, cabellos negros y ojos pardos. Cuando fue capturado tenía un balazo en el brazo izquierdo. Antes de rematarlo, en la Jefatura del Batallón, sus torturadores le quemaron el rostro y el cuerpo, posiblemente con un soplete.

El pelotón de Logística del ERP (Grupo 8) logró penetrar en los fondos del cuartel y llegar al Galpón 30. Tras fracasar en el cumplimiento del objetivo, nueve guerrilleros alcanzaron a replegarse, entre ellos Rafael, Pablo, Néstor, Carlitos y Adri. Ocho guerrilleros resultaron muertos, cinco de ellos en combate. Los efectivos del Batallón no sufrieron bajas en el sector.

El Ejército Argentino, pese a haber rechazado el ataque guerrillero, se preocupó de falsificar los hechos. El informe oficial del Comando General del Ejército aseguró: "En el sector norte, parte posterior del cuartel, [...] el combate se mantuvo *en los límites de la zona de ingreso*, hasta aproximadamente las 21 horas" (destacado del autor). En el libro *Subversión: la historia olvidada. Documento histórico* se afirma: "Todos los guerrilleros [en el sector norte] murieron en este ataque". La lista de ejemplos similares es larga. Todos los oficiales del Batallón de Arsenales "Domingo Viejobueno" consultados se negaron sistemáticamente a dar testimonio de un enfrentamiento que, paradójicamente, los encontró vencedores. La ferocidad con que "aniquilaron" a prisioneros es, seguramente, la causa de lo que se denomina un "pacto de silencio".

Con respecto a la finalidad principal del ataque, el coronel Eduardo Abud informó que el "objetivo apreciado" del ERP era el "robo de armamento [al] Galpón Nro. 30". En un sentido, es cierto. Ese era el objetivo planeado por la dirección del PRT-ERP. Pero el coronel Abud debía saber que era una "verdad a medias".

"No iban a poder llevarse armas de allí. Estaba todo desarmado eso, en diferentes piezas y todo separado", aseguró un ex oficial ingeniero.

La opinión del ex conscripto Oscar Torregino fue más contundente: "No iban a tomar armamento [...]. Estaban vacíos los Galpones. Era joda. Ese Batallón servía para el curro de los milicos, hace años que no era depósito. No tenía nada, no había nada. Tenía una gran cantera ahí, que robábamos tierra. No había nada, de eso doy fe".

Los relatos de Raúl Juárez y otros ex militantes, y los de militares y ex conscriptos, pertenecen a conversaciones con el autor. No se logró establecer cuál de los apodos citados para el Grupo 8 correspondía al del conductor del camión, ni los nombres de guerra adoptados por el "Hippie" y "Yiyi" para este operativo.

Las frases del coronel Eduardo Abud corresponden a su informe oficial. El libro *Subversión: la historia olvidada. Documento histórico* fue editado por una "Asociación Unidad Argentina - AUNAR", formada en agosto de 1993; en esa publicación se indica que los centinelas del Puesto 3 de vigilancia (en los fondos del cuartel) eran ocho, cifra que no hemos podido verificar.

El testimonio del oficial de inteligencia policial Carlos Hours se encuentra en el libro de Martin E. Andersen, *Dossier secreto*. Los datos sobre el guerrillero torturado con un soplete corresponden al reconocimiento del cadáver N° 18 realizado por el médico de Policía Dr. Roberto Pasquale, Causa 82090, Juzgado Federal N° 1 de La Plata.

Capítulo 15

Rastrillajes

"Ustedes no tienen nada que ver con el Ejército de San Martín y Belgrano y han causado muchos males a la Patria y se los seguirán causando con estos actos".

Arturo Umberto Illia, 28 de junio de 1966.

Durante las acciones del 23 al 24 de diciembre de 1975, Mariano (Benito Urteaga) llamó por teléfono a Roby Santucho cada quince minutos. Entre las 18 y las 18.45 del día 23, sus mensajes fueron similares: "Mantengo contacto con las unidades". Pero a poco de iniciado el ataque principal al Batallón, informó: "No puedo establecer contacto con uno de los equipos". Media hora más tarde, según recuerda Luis Mattini, "vuelve a llamar Benito e insiste que está perdiendo contacto con las unidades. La información era que él empieza a perder el control de la operación porque pierde los contactos. Eso era que no funcionaba la radio [...]. Lo concreto es que Benito no sabe lo que está pasando. Y como a las 22, Benito dice que perdió el control total. No sabe qué hacer y no sabe qué operar".

Santucho estaba desesperado. Mirando a sus compañeros del Buró Político (BP) les preguntó "¿Qué podemos hacer ahora?".

El único que respondió fue "Francisco" (Manuel Carrizo). "Él era un tipo flaco, muy alto y muy desgarbado. Había sido jugador de básquet, y parecía como si estuviera en una cancha de básquet por su paso al caminar. Tenía la cara chica, nunca usó bigote, iba siempre bien afeitado, y el último tiempo andaba con unos anteojos de color marrón", dice "Jeremías", ex miembro de la Escuadra Especial del BP. El capitán Francisco "quería cruzar el cerco de los militares, ir a ver qué pasaba". Santucho se negó: "Es inútil, ¿qué vas a hacer?, no tenemos manera segura de llegar ahí".

Benito Urteaga fue desbordado por los acontecimientos. Cuando poco antes de las 23 se vuelve a comunicar con el mando estratégico, pidió autorización para ordenar la retirada, medida que Santucho aprobó. Sin embargo, como señala Luis Mattini, "la orden no fue recibida, por lo que [la retirada] se produjo a destiempo y en desorden, aunque combatiendo. Sólo la fuerza moral de los combatientes del ERP y la ayuda de la población de la zona evitó que la catástrofe fuera mucho mayor".

No olvidemos que el mando operativo de la Unidad "Guillermo Pérez" (Abigail Attademo) se vio obligado a emitir en forma independiente la orden de repliegue apenas pasadas las 21.

Mariano volvió a llamar a Santucho a las 23 para comunicar: "Retomé el contacto con un grupo"; pero "lo definitivo es que Mariano perdió el control de la operación, y a las doce de la noche no se sabía qué es lo que pasaba", recuerda Mattini.

"Especulábamos que podría ser una cosa u otra, pero por la radio empezaron a transmitir que había 'un ataque terrorista muy grande en el sur del Gran Buenos Aires' y que el Ejército estaba 'reprimiendo'. En realidad, seguíamos más la operación por la radio (a la cual le dábamos poca bola) y así estuvimos como hasta las cinco de la mañana sin poder saber lo que pasaba".

Sin información

"En la casa de Perú y Cochabamba [donde estaba el mando táctico guerrillero], al iniciarse el operativo, Urteaga recibía la información por una centralita de radio. Al rato comenzó a haber una gran agitación. Había mucha dificultad en conectarse y ellos perciben que algo no anda bien", recuerda Silvia II.

"Ya desde el inicio hubo mucha tensión. Los enlaces entraban y salían. Yo creo que muy pronto debieron recibir información de que había inconvenientes porque había una gran agitación en el departamento. Yo escuchaba que por esos aparatos iban recibiendo información, me acuerdo también que de los puentes. Era Pepe [Juan Mangini] el que más hablaba por la radio. Pero también había mucho ruido de interferencia y no se entendían los mensajes. [...] Se sentía que eso andaba mal. Pepe estaba tremendamente agitado. Te-

nía los ojos inyectados en sangre, estaba muy ansioso, hablaba muy fuerte y se agarraba la cabeza. Parecía que se subía por las paredes. Yo, mientras tanto, los asistía. Les servía café o mate que preparaba en la cocinita. Yo iba y venía del comedor donde estaba el Mando (que daba a la calle Perú) al dormitorio a cada rato, porque además el chiquito lloraba y yo le daba de mamar.

"Finalmente, de madrugada (eran más de las dos), se entran a retirar de a poco. Hay conciencia de que salió mal, pero no de la magnitud del desastre y de la cantidad de muertos".

En una casa de la calle Superí, en el barrio porteño de Belgrano, se encontraban reunidos la teniente Erica, el médico teniente Manolo ("Loco") y Elena, entre otros miembros del ERP que estaban al tanto de la acción. Por esta misma casa habían pasado los combatientes que arribaron del interior para participar del operativo. Cuenta Erica que "por la noche cae en nuestra casa el capitán Francisco [Carrizo]. Él estaba desesperado por la falta de informaciones".

"Recién al otro día, a la mañana, llegó Benito Urteaga [a la casa del mando Estratégico] y explicó que él perdió prácticamente todos los contactos con las unidades a la hora de iniciada la operación", afirma Luis Mattini. "En esa primera hora todo iba en orden, aseguró Benito. Se estaban cumpliendo los planes hasta ese momento". Se refería al período que se inicia a partir de las 18, incluida la aproximación al objetivo. Según Mattini, "después hubo que recomponer, armar toda la información. Yo recuerdo que nos trasladamos de casa y estuvimos tres días concentrados, recibiendo y armando la información".

A diferencia del ERP, el Comando General del Ejército mantuvo un control operacional constante con todas sus unidades, que se combinó con una asombrosa lentitud en el accionar de éstas.

El Ejército tomó la iniciativa en los medios informativos. Ya a las 22.35, el Comando General difundió una nota haciendo saber que el ataque era "un hecho de carácter extremista con identificación de los atacantes". A las 23 entregaban el Comunicado N° 1: "El Comando General del Ejército informa que hoy, 23 de diciembre de 1975, siendo aproximadamente las 19.45, un grupo numeroso de elementos subversivos intentó realizar el copamiento del Batallón

Depósito de Arsenales 601 'Domingo Viejobueno'. La guardia de la unidad rechazó inmediatamente el ataque. Efectivos de la guarnición Buenos Aires y policiales se desplazan a la zona de acción para operar en apoyo del Batallón de Arsenales. Efectivos del Ejército realizan operaciones de seguridad en la zona, para evitar la huida de los delincuentes. Se requiere a la población que se abstenga de transitar en la zona comprendida entre Avellaneda, Lanús, Lomas de Zamora y La Plata".

A partir de la 1.50 del día 24, el Ejército (además de la Armada y la Fuerza Aérea) difundirá tres comunicados más detallando otros aspectos del enfrentamiento en el Batallón y otras zonas.

La guerrilla, en cambio, apenas pudo emitir el siguiente comunicado, que pasó absolutamente ignorado por la mayoría de la población:

"AL PUEBLO ARGENTINO:

24 de diciembre

hora 8

El Batallón Urbano 'José de San Martín' del Ejército Revolucionario del Pueblo atacó el Batallón 601 Depósito de Arsenales 'Domingo Viejobueno' del Ejército opresor, hostigó simultáneamente el Regimiento 7 de Infantería de La Plata, cortó varios puentes sobre el Riachuelo que separan Capital Federal del Sur del Gran Buenos Aires, hostigó varias comisarías de la zona y estableció contenciones circulares en un radio de aproximadamente dos mil (2.000) metros alrededor del cuartel copado.

El resultado de la acción aún no es conocido por nuestro Comando [destacado del autor], y se informará detallada y verazmente en cuanto se conozca pormenorizadamente el desarrollo de los hechos.

Estado Mayor Central

Ejército Revolucionario del Pueblo."

BAJAS CIVILES

Varias fuentes de información aseguraron erróneamente que los rastrillajes en zonas aledañas comenzaron de inmediato, tras la retirada guerrillera. El 30 de enero de 1976, el Comando General del Ejército en su informe sobre las acciones de los días 23 y 24 de di-

ciembre, señala que "a las 22.30 horas [del 23], concluyó la acción dentro de la unidad militar. A partir de ese momento se montó un nuevo dispositivo de rastrillaje en busca de delincuentes ocultos, ampliado inmediatamente a otras áreas y que terminan recién, con resultados óptimos, en las últimas horas de la luz del 24 de diciembre".

Sin embargo, desde que los últimos grupos guerrilleros abandonaron el Batallón, aproximadamente a las 23, pasaron seis horas antes de que las unidades militares comenzaran a efectuar *razzias* en las zonas vecinas, lo que permitió a la mayoría de los combatientes replegarse de la zona de operaciones. Sólo a las 5.15 del 24 de diciembre el comandante de la Décima Brigada de Infantería, general Adolfo Sigwald, "imparte la orden de iniciar el rastrillaje", según consta en el *Libro Histórico del Regimiento de Infantería 1 Patricios*. Por su parte, la agrupación del Regimiento de Infantería 3 recibió (a las 12 del 24), del mismo comandante, la orden de "rastrillar la zona aledaña y controlar determinados establecimientos".

Hasta el inicio de las *razzias*, las fuerzas de represión no ingresaron a los barrios donde se habían refugiado los guerrilleros. Sus acciones se limitaron al control de las principales arterias de la zona, mediante pinzas y ametrallamientos indiscriminados de sospechosos, y los feroces operativos de la Fuerza Aérea que con sus aviones y helicópteros, en vuelo rasante, sembraron el terror entre los habitantes de aquellos barrios.

La metodología era simple: los aviones arrojaban bengalas y los helicópteros iluminaban con sus reflectores. Cuando detectaban algún movimiento "sospechoso", ametrallaban la zona o solicitaban fuego de artillería a las secciones del Grupo de Artillería de Defensa Antiaérea 101 (GADA 101), que había arribado a las 22.45, y del Grupo de Artillería 1 (GA 1), que llegó a la zona de operaciones a las 23.45.

La policía y elementos parapoliciales y de inteligencia se ocuparon de cercar y aislar a los barrios obreros mediante pinzas y cortes en las principales calles y avenidas que los limitan y les sirven de acceso.

Enrique Lima, de 26 años, a las 21.30 cerró la carnicería donde trabajaba en Wilde. Como cada noche, tomó el colectivo 159 para

ir a su casa, ubicada en el cruce del Camino General Belgrano y Pasco. Sin embargo, el micro no pudo seguir más allá de Crisólogo Larralde y Zapiola. Aún permanecían algunas de las contenciones guerrilleras de la zona sudeste del cuartel. Lima esperó en un bar la normalización del transporte, pero finalmente a las 23.30 debió subir a un taxi, que tomó por Zapiola. Tres cuadras antes del Camino General Belgrano, el tránsito seguía obstruido por la contención que Liliana Molteni y Zulma Attaide habían armado al iniciarse la acción. El taxista tuvo que parar, y preguntó a un transeúnte:

—¿Cómo llego a la Rotonda de Pasco?

—Doble a la izquierda y salga por Rodríguez Peña, ¡pero tenga cuidado, hay gente disparando!

El taxi tomó al sur por la calle 177 y siguió una cuadra hasta Rodríguez Peña. En el cruce de las dos calles, se acercaron tres parapoliciales armados. "Uno de esos civiles, vestido con camisa roja, disparó su ametralladora contra la camioneta que viajaba delante del taxi, y después dispararon los tres". El taxista le gritó a Enrique "¡Tírese al piso!", y giró violentamente a la izquierda. Los tres tipos abrieron fuego; varios disparos le dieron al auto. "Entonces siento un ardor y una quemazón en la nalga derecha, y cuando me toco ahí, veo que tengo sangre en las manos. Ahí grité: ¡Estoy herido!" —recuerda Lima.

La calle Rodríguez Peña se cortaba una cuadra más adelante por el arroyo San Francisco. El chofer puso marcha atrás y volvió al cruce desde donde los habían ametrallado, "¡y ahí hubo más disparos todavía!". Rápidamente, dobló en 177 hacia el sur, hacia el frigorífico Penta. Al llegar a los corrales, se detuvo. El chofer, dejando al herido en el auto, fue a la enfermería del frigorífico en busca de auxilio. No encontró ningún médico, y al regresar al taxi, el pasajero ya no estaba. Enrique Lima había salido del coche. Saltó el cerco del frigorífico, cruzó el arroyo San Francisco y entró en el barrio La Sarita. Allí encontró a unos muchachos que lo ayudaron a llegar a la Clínica General Belgrano. Tenía dos balazos en la ingle (la fosa ilíaca derecha, para el parte médico), uno de ellos con orificio de salida por el glúteo derecho. El herido fue trasladado en una ambulancia al Hospital "Dr. Isidoro Iriarte" de Quilmes.

Después de extraerle el proyectil y algunas esquirlas, la Guardia del hospital avisó a la policía que tenía un herido de bala. En la ma-

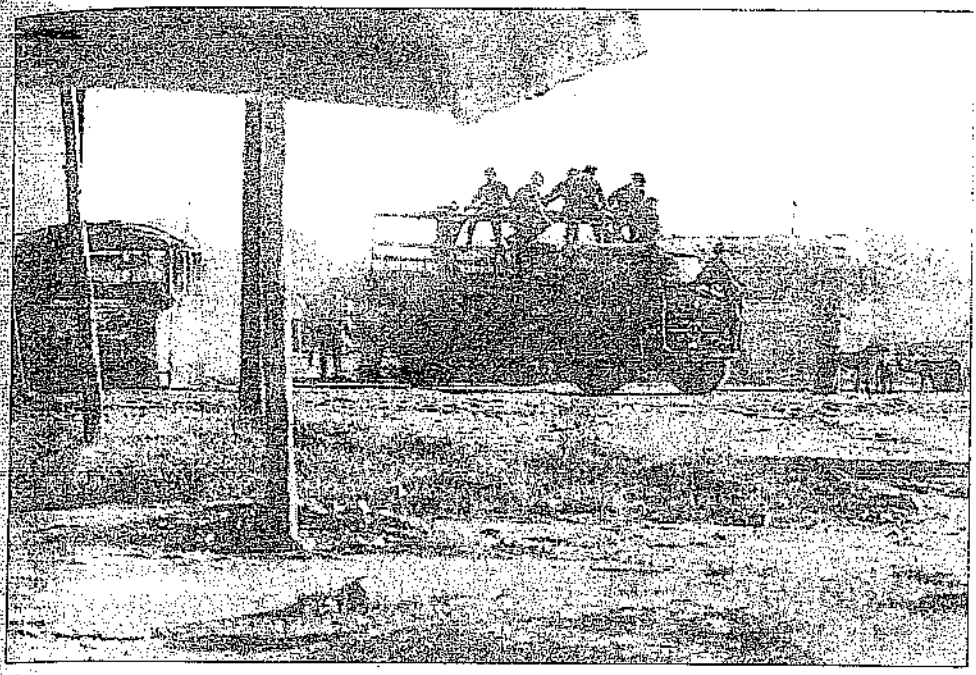
ñana del 24 de diciembre, Enrique Lima fue trasladado a una comisaría, detenido, porque "se presume que es un delincuente subversivo". Sólo un par de días después recuperó su libertad. Era el carnicero herido al que hace mención Heriberto Macedo (Felipe) en su testimonio.

Las avenidas Calchaquí y Dardo Rocha, a más de veinte cuadras al este del Batallón, eran consideradas posibles vías de escape de los guerrilleros. En la madrugada del 24 de diciembre, al 1000 de la calle Comandante Franco, hubo rastrillajes y ametrallamientos. Élida María Sopeña, de 41 años, que trabajaba como mucama en una vivienda de la vecindad, fue alcanzada por varios disparos y murió. Su cuerpo no fue reconocido hasta el 10 de febrero de 1976. Como ocurrió con la mayoría de los muertos —guerrilleros y civiles—, para su identificación se le cortaron las manos, que conservadas en frascos con formol fueron enviadas al Laboratorio de Investigaciones Necro-papiloscópicas de la Policía provincial. El número del frasco (70) nos da una idea sobre la cantidad de víctimas fatales.

La acción de los helicópteros de la Fuerza Aérea fue tan indiscriminada como las de las fuerzas de seguridad y bandas parapoliciales. El escritor Blas Matamoro, quien presenció los bombardeos, señaló en el matutino *La Opinión* del 24 de diciembre, que las "explosiones de distinto volumen se dejaban oír con cierta regularidad, desde puntos encontrados. Parecíamos estar en el medio de un campo cruzado por disparos de múltiple dirección. Dos helicópteros despedían, en la altura, haces de luz sobre zonas más oscuras. ¿A quiénes iluminaban? [...] Una terrible explosión a nuestra derecha. A tres veredas de allí, una ráfaga poco precisa excavó un cráter de medio metro de hondo".

Juan Carlos Banegas, vecino de la calle Los Andes del partido de Quilmes, recordará: "Mi hermana Hilda la pasó muy mal. Durante la represión se tuvo que tirar al piso con su nena de 8 años y las balas le pasaban muy cerca de la cabeza.[...] Las casas de la villa eran de cartón y los helicópteros las vulneraban como nada".

José María Franco, dueño de una verdulería ubicada frente al cuartel, sostiene que "la balacera [de los helicópteros] alcanzó a una nena de 4 años, mientras su madre intentaba meterla en su casa". María, vecina del barrio, confirma la versión y agrega que uno de los



Rastrillaje en las inmediaciones del batallón, el 24 de diciembre

helicópteros, al disparar, hirió "a una señora con un bebé en brazos, que quedaron tirados en la calle". El hecho ocurrió durante la madrugada del 24, en el cruce de las calles Yapeyú y Coronel Burela, al norte del Batallón, en el partido de Lanús.

Los ametrallamientos aéreos provocaron la muerte de Adelina Filomena Acevedo de Hiller y no menos de otras siete personas, sólo en el Barrio IAPI, al este del cuartel. Según *La Razón*, del 24 de diciembre de 1975, un vecino contó que "frente a la cancha (es una improvisada canchita de fútbol enclavada en el medio de la villa) apagaban las luces y despedían como fuego hacia el piso. Esta mañana levantaron por lo menos los cuerpos de siete hombres jóvenes en la cancha. Creo que había una mujer con vaqueros, también muy joven". Por otra parte, José Franco afirma que conoció "muchos muertos de la Villa Santa María", al norte del cuartel.

"¡Mire!, ese terreno que está ahí, alisado, estaba lleno de casas. Lo bombardearon desde el aire. Los aviones sobrevolaban y hacían picadas", le dijo un vecino del Barrio IAPI a Laura Bonaparte, una semana después de los combates. "Yo vi la zona bombardeada. ¡Qué barbaridad! Ya habían pasado la niveladora".

Según una psicóloga del hospital de Lanús, "una paciente a la que atendí vino para consultar si no estaba loca porque quería cambiarse de villa. Soñaba y se despertaba con la idea de los aviones y el terror de las bombas y estallidos, pensando en todos los vecinos que habían muerto durante los bombardeos".

"Yo vi a un hombre de la otra cuadra que tenía el brazo partido de un balazo", transcribía el diario *La Razón*, al día siguiente de la batalla de Monte Chingolo. Según Ramón Rodríguez, vecino del Barrio 25 de Mayo, "mucha gente que perdió a sus familiares no dice nada. La reacción que puedan tener la policía o el Ejército todavía los atemoriza. Y, además hay muchos que ya no están".

Las razzias

A las 5.15 del 24 de diciembre, los *carriers* entraron en los barrios que rodean al cuartel, arrasando incluso con algunos de los frágiles ranchitos que encontraban a su paso. Comenzaban las *razzias*. Las tropas del Ejército y fuerzas de seguridad se metían en las humildes

casas ante el terror de sus moradores y bajo amenazas se llevaban a los "sospechosos". Al amanecer, mientras eran llevados al Batallón 601, algunos de los detenidos gritaban "¡Viva la Patria!". Más de doscientos civiles fueron concentrados en la Plaza de Armas del cuartel. Juan Villanueva, vecino de la zona, dijo que los militares "les pisaban la cabeza y les decían que los iban a matar".

Según un anónimo testimonio de la época, transcripto por *El Combatiente*, las detenciones se practicaron en forma indiscriminada. Dos amigos que iban en un auto hacia Lanús, asustados al ver un control militar, dieron media vuelta e intentaron huir. Fueron perseguidos por los militares y a pocas cuadras chocaron contra un árbol. Una vecina acudió en ayuda de los accidentados y los hizo entrar a su casa. Como consecuencia, los dos amigos y la familia completa de la señora fueron cargados en un camión militar, donde ya había otros civiles detenidos. En su viaje hacia el Batallón, el vehículo se topó con otro camión y se originó un tiroteo. Un chico de 11 años, que corría asustado por la calle, murió alcanzado por las balas. Cuando los militares comprendieron que ambos camiones les pertenecían, continuaron viaje. Llegados al cuartel, los detenidos fueron amontonados junto a otro centenar que ya se encontraba en el lugar. Después de ser brutalmente golpeados, los amigos y la familia, ya identificados, fueron puestos en libertad.

El ex conscripto Oscar Torregino afirmó que "a las cinco de la mañana ya se hacía una seria *razzia*, y venían levantando gente y la tiraban al pasto [...] había una sesión de tortura dentro de mi cuadra. Esta gente que estaba tirada eran obreros, chicos, mujeres. Todo el que estaba en las paradas de colectivo, todo sospechoso, iba para adentro, y los tenían tirados en el pasto apuntándoles. Y ahí empezó parte de mi dolor. Tipos con bolsitos, pibes, una mujer embarazada, ¡era atroz!".

Entre los civiles tirados en el pasto estaba Oscar Alberto González, un joven empleado de 19 años. Es probable que Oscar, quien había combatido en uno de los puestos de hostigamiento del ERP ubicados frente al cuartel, haya resistido el interrogatorio; pero, al no tener una clara coartada para justificar su presencia en el barrio, fue llevado detenido a un cuartel y posteriormente trasladado a prisión. Ignorando su paradero, el ERP lo dio por desaparecido.

El coronel (R) Jorge Covacivich, a cargo del Juzgado de Instrucción Militar N° 29, en enero de 1976 puso a Oscar a disposición del Juzgado N° 1 de La Plata que lo procesó por "infracción a la ley 20.840" (de seguridad). En febrero de 1977, el juez lo sobreseyó provisionalmente y lo puso en libertad. Pero fue por poco tiempo: el 10 de agosto de ese año fue secuestrado y permanece desaparecido hasta hoy. En este caso, llama la atención el misterioso funcionamiento de la burocracia militar. Medio año después, el 21 de febrero de 1978, el Juzgado de Instrucción Militar N° 29 solicitó al Juzgado Federal N° 1 información sobre el estado de la causa. Mientras la solicitud era respondida, el mismo Ejército decidía el destino final del "procesado" en un campo de concentración.

Con la esperanza de capturar más guerrilleros, los militares detuvieron a todos los heridos de bala registrados en los hospitales de la zona. Dos civiles, un hombre y una mujer, ingresaron al hospital de Wilde (la mujer, Adelina de Hiller, falleció a poco de llegar). Dos hombres y una mujer jóvenes fueron recibidos en el hospital de Lanús. Cinco heridos de bala fueron registrados en el hospital de Quilmes y otros cuatro heridos, tres de ellos en grave estado, en el Hospital Pedro Fiorito de Avellaneda. Un número indeterminado de víctimas fue recibido en el hospital de Bernal y otros centros sanitarios. Al detener a todos los heridos, el Ejército tuvo suerte. Entre ellos había dos guerrilleros: un hombre y una mujer. Heriberto Macedo (Felipe), capturado en el hospital de Quilmes, logrará sobrevivir. La mujer era la Gringuita Norma Finocchiaro.

Herida en la rodilla derecha por una bala policial durante el enfrentamiento en la contención de la avenida Cadorna, la Gringuita se había ocultado en una humilde vivienda de la zona. Es probable que, con la intención de brindarle una mejor atención médica, los vecinos, después de cambiarle sus ensangrentadas ropas por un vestido limpio, consiguieran un vehículo para llevarla a un hospital lo más lejos posible del cuartel. En el amanecer del 24 de diciembre, Norma Finocchiaro ingresó al Hospital Fiorito de Avellaneda. Había perdido mucha sangre y estaba muy débil. Una médica de guardia recuerda haber atendido a una mujer joven, que estaba semidesvanecida. "Presentaba un impacto de bala en su pierna y constantemente murmuraba: '¡Hemos tomado el Batallón!'". Efectivos del Ejército se llevaron a la Gringuita, con vida, poco antes del mediodía del 24 de diciembre.

Según Laura Bonaparte, su hija Noni (Aída Bruchstein), responsable de la contención en el puente sobre el arroyo San Francisco, "había salido a recorrer Monte Chingolo después del bombardeo para ver si había heridos y en qué podía ayudar. Se sabía que había muchos y querían hacer una lista para ayudarlos. Grave imprudencia, pero ella era muy generosa y los militantes lo arriesgaban todo. Al dar vuelta una esquina se topan con un jeep del Ejército que recorría el lugar. La levantan a ella y a las otras mujeres y las llevan".

Ella salió con las otras mujeres. Noni llevaba un maletín 'de miércoles': gasa, algodón, alcohol, agua oxigenada. Un jeep del Ejército las detiene y con el pretexto de no tener documentos, se las llevan", dijo Laura Bonaparte al autor.

Algunos vecinos, testigos involuntarios del hecho, afirmaron que pasadas las ocho de la mañana del 24 de diciembre, personal civil y uniformado del Ejército detuvo durante un operativo a Noni y a otras personas. Las prisioneras eran todas mujeres y, después de completarse el rastrillaje de la zona, fueron trasladadas en un vehículo militar hacia el Batallón de Arsenales 601.

Una semana después del combate, Laura Bonaparte ingresó en la villa acompañada por un periodista sueco. "Vimos alguna gente y preguntamos. Una señora en la puerta de su casa dijo que no se acordaba de nada. Seguimos caminando. Entramos a una verdulería donde, comprando, estaba un muchacho de mediana estatura, cutis blanco, pelo negro y ojos muy azules (a mí me llamaron la atención). Él (estaba muy emocionado) fue el que me dijo: 'Sí, es cierto. De aquí se llevaron a ocho mujeres en una camioneta del Ejército a eso de las diez de la mañana', confirmando lo que me había dicho otra gente de la villa que conocía a Noni".

Laura Bonaparte, en la causa 81.900 del Juzgado Federal N° 1 de La Plata, denunció posteriormente que "mi hija [fue] apresada el día 24 en horas de la mañana, sin armas, ni actitud agresiva, en el barrio cercano en calle 12 de Octubre y Camino General Belgrano, por personal de Ejército". La detención se produjo "en su lugar de trabajo como maestra de alfabetización en la villa de Monte Chingolo".

Dos años después, el gobierno de Videla respondería a una requi-

sitoria de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos acusando a la denunciante de emitir una versión (en la citada causa 81.900) de "total falsedad", descartando los hechos de la detención de Noni en "su lugar de trabajo" y su ocupación como "maestra de alfabetización".

Sin embargo, Aída Bruchstein, además de participar en el combate, sí alfabetizó a los vecinos del barrio. Laura Bonaparte recuerda que "Noni cantaba mucho y bien, tenía una maravillosa voz de mezzosoprano, y además tocaba el piano. Mientras Noni estaba en el secundario, en casa se hacían reuniones para fin de año y los chicos iban llegando y llegando y se ~~la pasaban~~ cantando toda la noche. Cuando ella terminó el secundario se fue a vivir a la villa, y ahí es entonces cuando a ella se le ocurrió enseñarles a leer a través de las canciones revolucionarias. 'Cantando, en vez de bajar línea con discursos', decía mi hija".

BLANQUEO DE SECUESTRADOS

Mientras la Gringuita y Noni eran trasladadas hacia el cuartel, el conscripto Oscar Torregino y otros soldados del Batallón prepararon el terreno para una importante visita. "Estaba amaneciendo y se sabía que al otro día venía Videla; entonces hubo que recoger los cadáveres y subirlos a un camión. ¿Y quién lo iba a hacer? En toda esta historia no vas a encontrar un suboficial, un oficial haciendo nada. ¡Los colimbas! Y bueno, yo creo que llegué a contar treinta cadáveres ese día. Los cuerpos hechos mierda. Todos torcidos. Hubo que subirlos a un camión, y previo a eso, ¿sabés qué nos hicieron hacer? Con un camioncito nos subieron a cinco o seis soldados para ir a limpiar los galpones, a ver si adentro de los galpones quedaban extremistas. Y ellos se quedaban arriba apuntándote. Te mataban a vos y eras un muerto más. La idea era que vos entrabas a los galpones, que eran monstruosos, a ver si había gente. El tema es que teníamos que subir todos los cadáveres arriba del camión, para ponerlos en un galpón que ya habíamos limpiado, uno al lado del otro, para que Videla los viera".

A los cuerpos de los 33 guerrilleros caídos en el Batallón, los militares fueron agregando los de otros combatientes abatidos en las

contenciones periféricas, los restos de los cinco insurgentes eliminados en el combate de Villa Domínico y los de algunos vecinos muertos durante el combate y rastrillajes posteriores. Sin embargo, éstos no fueron los únicos cuerpos depositados en aquel galpón.

El parte de combate del Regimiento de Infantería 3 (incluido en el *Libro Histórico* de la unidad del año 1975) reconoce el traslado de prisioneros no identificados. El parte señala que a las 3.30 del 24, "el capitán Lazzarano con cinco vehículos marcha a transportar detenidos custodiados por la fracción al mando del teniente Silvani". A las 4, "regresa la columna con los detenidos". ¿Quiénes eran esos detenidos? ¿Por qué fue necesaria una fracción completa para su custodia? ¿Para qué fueron llevados al cuartel? Una explicación posible es que la Jefatura 2 —Inteligencia— del Comando General del Ejército haya aprovechado para *blanquear* varios detenidos-desaparecidos. Hay evidencias de un operativo de ese tipo. Tres militantes y colaboradores del ERP, secuestrados con anterioridad al combate en Monte Chingolo, encontraron su destino final en el Batallón de Arsenales 601.

Juan Pedro Belluz era un joven santafecino que vivía con sus padres en Casilda cuando fue convocado para el servicio militar en el Batallón de Comunicaciones Comando 121 de Rosario. Tenía 22 años; medía 1,80 m, pesaba 78 kg, era de cabellos castaños oscuros y tez blanca. Fue trasladado de su unidad de origen a Campo de Mayo, como conscripto del Comando de Institutos Militares (CIM), cuyo jefe (desde setiembre de 1975 y hasta febrero de 1979) fue el general Santiago Omar Riveros. Al frente de la Zona 4 (partidos de Escobar, Tigre, San Isidro, San Martín, San Fernando, Vicente López, General Sarmiento y Tres de Febrero), Riveros será responsable de los crímenes del terrorismo de Estado en esa extensa área del norte y noroeste del Gran Buenos Aires.

Según el ex capitán del Ejército José Luis D'Andrea Mohr, "en el mes de noviembre de 1975 los padres de Juan Pablo [sic, por Juan Pedro] recibieron la que sería la última carta del hijo soldado. En ella les manifestaba que por los malos tratos y otras cuestiones que no precisó, estaba dispuesto a desertar. (Es posible que el muchacho haya visto los preparativos de los futuros centros clandestinos de detención en Campo de Mayo, que comenzaron a operar en marzo de 1976)".

Preocupado por las noticias recibidas, su padre viajó a Buenos Aires, a Campo de Mayo. "En el Comando de Institutos Militares le dijeron que el hijo había desertado". A pesar de que Juan Pedro había manifestado deseos de hacerlo, la noticia no dejó de provocarle extrañeza al padre, ya que las autoridades no lo habían buscado en su casa, como correspondía en situaciones de ese tipo. El señor Belluz presentó un *habeas corpus* y realizó otras diligencias, sin resultado. En noviembre de 1975, el conscripto había sido secuestrado en Campo de Mayo. El ex capitán D'Andrea Mohr señalaba que "Juan Pablo [sic] Belluz continúa desaparecido". Sin embargo, el joven santafecino no tardaría en "reaparecer".

Las hermanas Insaurralde (Juana María, de 25 años, y Elba Josefa, de 30) habían llegado a Buenos Aires desde la provincia de Salta. La menor estaba casada con Enzo Raúl Gómez, un obrero metalúrgico de 27 años, con quien vivía en una casita de la localidad de Campana. Enzo ("Patico", "Loco") y Elba ("Elsa", "Flaca") integraban el PRT. Juana no tenía militancia alguna. El viernes 12 de diciembre de 1975, una *patota* paramilitar irrumpió en su casa de Campana y los secuestró a los tres. En el Registro Nacional de las Personas, Elba Josefa Insaurralde aparecería como muerta en un accidente en Wilde, cinco días después de su secuestro.

Enzo Raúl Gómez fue visto con vida en el centro clandestino de detención (CCD) "Comisaría de Campana" y también, a principios de 1978, en el CCD "Tiro Federal" de Lomas de Zamora. El obrero metalúrgico permanece desaparecido hasta la fecha.

Juana María Insaurralde de Gómez, una mujer de cabellos castaños, más bien menuda (1,65 m y 60 kg), permanecerá en poder de la inteligencia militar durante doce días.

María del Valle Santucho era una trigueña de 26 años (aunque aparentaba mucho menos), 1,60 m de estatura, 55 kg de peso, ojos pardos y cabellos castaños. Hija de Carlos Iber Santucho (hermano del líder guerrillero) y Helvecia Castelli (a quien todos llamaban "Becha"), integró el Frente Militar del PRT-ERP con el apodo de "Coty". La joven debía participar de una de las contenciones montadas por la Compañía "Juan de Olivera".

El 19 de diciembre, dos días antes de concentrarse para la acción,

Coty participaba de una reunión con los otros dos integrantes de su célula en una *casa operativa* de Lomas de Zamora. Sorpresivamente irrumpió en el departamento una unidad policial y los tres fueron detenidos. "A los vecinos les llamó la atención ver este grupo de jóvenes o tal vez ellos hicieron algún movimiento que resultó sospechoso... Llamaron a un patrullero y se los llevaron a todos", señala la tía de Coty, Blanca Rina Santucho, "Pory". La madre de Coty interpuso de inmediato un *habeas corpus* ante la Justicia, sin resultado. Los detenidos no fueron *legalizados* y se los derivó al Batallón 601 de Inteligencia militar para su interrogatorio.

Blanca tenía en venta su departamento de la calle Montevideo 67 de la Capital Federal, ya allanado, y para ver si había novedades, el 23 de diciembre llamó por teléfono a la inmobiliaria. La martillera le respondió: "¿Por qué no me dejaste las llaves? (es decir, a la portera) La policía se presentó en el edificio, violentaron la puerta y al no encontrar a nadie destrozaron el departamento. Trajeron a una chica muy parecida a vos". Blanca recuerda que "mi madre, al instante, dijo: 'esa chica es la Coty'". Pory y Becha partieron de inmediato al departamento recién allanado. La portera, al ver llegar a la tía de Coty, le dijo con el rostro demudado: "Por favor, no venga más. La buscan y nos compromete a nosotros".

Al mostrarle una foto de Coty, la portera reconoció que "esa era la chica. Llegaron a las 13 horas, en pleno día. La traían envuelta en una frazada, en el asiento posterior, semiinconsciente, como medio muerta. Todavía (su hija) estaba viva".

Es posible que los interrogadores le exigieran a Coty que entregase una *casa operativa*. La muchacha, después de cuatro días de tormentos, y sabiendo que Pory ya no vivía más allí, les dio la dirección de Montevideo 67. Los agentes de inteligencia movilizaron una gran cantidad de vehículos y efectivos para el operativo, que resultó un fiasco. Horas después comenzaba el ataque en Monte Chingolo.

Pocos días después del secuestro de Coty, Mario Roberto Santucho le escribió una carta a Becha, donde le decía: "Te felicito de todo corazón porque tu hija, en el momento más cruel a que puede ser sometido un ser humano, se comportó como una verdadera integrante de nuestras filas. Nadie cayó por su culpa y esto debe enorgullecerte como madre. Te hago saber que todos y cada uno de nosotros, te acompañamos en el duro trance por el que atraviesas, y yo

particularmente me siento plenamente satisfecho por su heroica conducta. Con todo cariño, Roby".

Quizá con la intención de inflar la cantidad de bajas del ERP, o tal vez para exponer algunos "trofeos de guerra" ante los jefes del Ejército (incluido el general Videla), los desaparecidos Juan Pedro Belluz, Juana María Insaurralde de Gómez y María del Valle Santucho fueron trasladados desde los centros clandestinos donde permanecían detenidos al Batallón de Arsenales 601. El traslado requirió de una fuerte custodia que posiblemente sea la mencionada en el parte de combate del RI 3. La inteligencia militar había decidido aprovechar el fracasado copamiento para blanquear a los tres desaparecidos, con quienes ya se había agotado el "proceso previo de Inteligencia", es decir, la expectativa de sacarles información mediante tormentos. Se los haría aparecer como muertos durante el ataque.

El 24 de diciembre, los tres fueron masacrados por los militares. Juan Belluz fue muerto con varias ráfagas de ametralladora. A María del Valle Santucho le dispararon en el brazo derecho, en el hombro izquierdo y finalmente en el abdomen. Murió desangrada. El cuerpo de Coty presentaba además la fractura de su pierna derecha. Con Juana María Insaurralde utilizaron un método diferente. Viva, le pasaron por arriba con un *carrier* M113, de modo que las orugas le aplastaran la cabeza. No conformes con semejante barbaridad, los "hombres" de inteligencia les prendieron fuego a sus restos. El médico de policía, doctor David Pedemonte, en el reconocimiento forense, señaló que el cuerpo de la joven presentaba "quemaduras de segundo grado en más del 60% de la superficie corporal", y que "la muerte se produjo por aplastamiento de cráneo".

Los restos de las tres víctimas fueron colocados, junto con los demás caídos, en el segundo galpón al oeste del Casino de Suboficiales, a la derecha del camino interno principal. "Los cadáveres estaban alineados en el piso en cuatro filas, con una gran prolijidad militar", recuerda un ex conscripto. Otro soldado dijo al diario *La Razón*, el 24 de diciembre, que "en ese galpón —y nos señala uno de los tantos que forman el Batallón— hay como cincuenta cadáveres. Me dijeron que son 48, pero yo sólo alcancé a contar 46. Hay varias mujeres, todas jóvenes".

"Me acuerdo siempre el caso de una mina muerta que tenía las tetas al aire y el oficial tocándole con el zapato las tetas", dijo el ex soldado Torregino. "¡Qué bien que esta hija de puta está muerta!", murmuraba el oficial.

Los cuerpos de Juana María Insaurralde y María del Valle Santucho permanecieron como NN hasta muchos años después del combate de Monte Chingolo, cuando fueron identificados merced a los esfuerzos del Equipo Argentino de Antropología Forense, y de Carlos "Maco" Somigliana, en particular.

A partir de las siete de la mañana del 24 de diciembre, en el predio del Batallón 601 comenzó a reunirse el personal de las distintas unidades militares "para la formación con el comandante general del Ejército". A las nueve aterrizó un helicóptero en la Plaza de Armas. De él descendió el general Jorge Rafael Videla, quien fue recibido por el coronel Abud, el mayor Barczuk y el teniente primero González Chipont, entre otros oficiales.

El escueto parte de combate del Regimiento "Patricios" señala que, a las 9, "la sección Retén participa de una formación conjunta con otras tropas en la cual el Sr Cte. Grl. Ej. felicita al personal por la acción desarrollada". Videla pasó revista a la formación. En la Plaza de Armas, además de las tropas, estaban alineados los vehículos acorazados M-113 y los helicópteros Hughes 500 D "Avispa" y Bell UH-1H "Iroquois", con sus tripulaciones. El *Libro Histórico del Regimiento "General Belgrano"* indica, además, que tras la formación presidida por Videla hubo una "posterior exposición de los hechos".

La comitiva encabezada por el futuro dictador recorrió las zonas de mayores enfrentamientos, en los sectores este y norte del Batallón. Los oficiales del cuartel también llevaron a Videla al galpón donde estaban alineados los restos de los "oponentes" muertos. Para entonces, la cifra ya había llegado a 52. Oscar Torregino señala que "eso de sumarse cuerpos de afuera siguió mucho tiempo".

Antes de que Videla subiera de nuevo al helicóptero, un oficial gritó a la tropa: "¡Tres hurras para el Batallón 601!", a lo que todos respondieron vivando a la unidad con gran algarabía. Había sonrisas entre los oficiales. De pronto se escuchó un disparo, muy cerca. Videla subió al helicóptero, que partió de inmediato, mientras los

militares trataban de averiguar qué había pasado. "Habían ajusticiado a una mina en la guardia. Una detenida. Fue muy sanguinario todo", recordó un ex soldado.

Noni y la Gringuita

Durante la búsqueda de su hija, Laura Bonaparte se entrevistó con un joven comisario de Avellaneda. Laura le advirtió que la esperaban varios periodistas y que, si no regresaba en cuatro horas, harían la denuncia a la prensa internacional.

"El comisario de Avellaneda me hizo dos preguntas que me despertaron sospechas. Una era si mi hija había tenido un hijo recientemente. Como me habían aconsejado que respondiera negativamente a todas las preguntas dije que no. Él insistió en preguntar si ella no daba de mamar. Yo estaba aterrada y dije que no. También intenté así proteger a mi nieto", dirá Laura Bonaparte. Efectivamente, Aída Bruchstein había dado a luz a un varoncito, dos meses antes del combate de Monte Chingolo, el 21 de octubre de 1975.

"Noni me decía que yo no sabía cuidarme, orientarme, si alguien me seguía o una cosa así. Entonces yo no la podía ir a visitar, pero igual seguía su embarazo. Nos encontrábamos en un colectivo o, si no, ella iba al hospital donde trabajaba", recuerda Laura. "Cuando a los tres meses de embarazo tuvo amenaza de aborto se quedó un mes en mi casa y consiguió retener al bebé. Durante esos días conversamos mucho. Noni era muy inteligente, ¡era brillante!, y muy sensible también, muy linda gente. Cuando llegó el momento de parir, ella ya estaba clandestina porque habían encontrado su documento en una casa donde había armas. Al no presentarse a la citación policial, emitieron una orden de captura. Por esto la tuvieron que ocultar".

Laura se refiere al allanamiento practicado por la policía bonaerense el 14 de noviembre de 1974 en la casa de la calle Jorge 2643 de Adrogué, donde vivían Noni y Rolo (Leonardo Adrián Saidón). La pareja pudo escapar a tiempo. En la casa fueron encontradas catorce armas de fuego, cargadores y granadas de mano. El 15 de noviembre de 1974, el juez Jorge Aquino ordenó la captura de Noni. Un año después, el Juzgado Federal N° 1 de La Plata reiteró la orden.

"Después —prosigue Laura Bonaparte—, Noni fue a parir a una

Aída Bruchstein

salita del barrio, donde todas las mujeres de la villa parían. Yo le había bordado unas batitas de hilo, muy suaves, para el bebé, entonces Noni me dijo: 'Mirá, mamá, que nosotras ponemos todo en una canasta y las señoras que van pariendo, van sacando de ahí lo que necesitan, así que no sé si alguna de las cosas que vos hiciste le va a tocar a tu nieto o nieta'. Y efectivamente, no le tocó.

Yo la acompañé. Cada vez que le venían contracciones ella decía: '¡Mamacita! ¡Mamacita!'. Después del nacimiento voy a ver a mi nieto Huguito, que estaba rojo como un tomate, con muchos rulos. Y cuando lo veo..., los pañales ¡de lienzo!, que es la tela más barata. '¡Pero, Noni, le digo, le van a raspar!' 'Y, un poco va a llorar', dijo ella. La batita de mi nieto también era de lienzo amarillo. La tela estaba suavizada, pero igual... ¡Ay, pobre Huguito! Después, con su pareja Adrián Saidón y Huguito, Noni siguió viviendo en la villa".

Tras la desaparición de Aída, Laura Bonaparte reclamó ante la Justicia la devolución del cuerpo. "El juez me dijo: 'Tengo que darle una mala noticia'. '¿La puedo ver?', pregunté. 'No señora. El frasco N° 24 (que tenía las manos cortadas) tiene el nombre de su hija'.

Yo no acepté la entrega del frasco. Insistí en que me entregaran el cuerpo. Es ahí cuando resolví iniciarle un juicio por asesinato a las Fuerzas Armadas. Como no tenía domicilio legal en Buenos Aires, pusimos el de Santiago, padre de Noni. Él tenía una farmacia muy importante en Morón, cerca de la Brigada Aérea. Él creía que no le iba a pasar nada porque, según decía, los aviadores le debían muchos favores".

El 11 de junio de 1976, el doctor en Bioquímica Santiago Bruchstein fue secuestrado por personal del Ejército. La enfermera que lo atendía de una dolencia crónica afirmó que, mientras era arrastrado, los militares le gritaban: "¿Cómo a un judío de mierda se le ocurre hacerle un juicio por asesinato a las Fuerzas Armadas?".

Una pareja de profesionales, muy amiga de Laura Bonaparte, la invitó a una reunión muy especial. El dueño de casa hizo pasar al living a dos hombres uniformados que él conocía y que se disculparon por no identificarse.

"Estaban con el sombrero puesto y había media luz. Tenían puestos anteojos negros y tengo la impresión de que los dos estaban con bigote postizo, que estaban disfrazados", recuerda Laura.

Los hombres dijeron ser miembros del Ejército; probablemente se trataba de dos suboficiales u oficiales presentes durante los asesinatos cometidos en el Batallón de Arsenales 601 el 24 de diciembre. "Estaban horrorizados con lo que había pasado. Ellos pensaban que nunca ningún militar podía hacer lo que esta gente había hecho. El odio era tan grande que no podían creerlo. Ellos dos, más que arrepentidos, estaban espantados por lo que se había hecho cuando se tomaron prisioneros".

Los dos militares le preguntaron si estaba dispuesta a escuchar, porque era muy duro lo que tenían que decir, "y que yo tenía razón, que debía salir del país, y que sacara a mis otros hijos y nietos. Lo único que les pregunté fue por Noni. Entonces ellos me dijeron: '¿Usted quiere saber realmente lo que pasó?'. Lo que una teme es que le den la peor noticia, pero aparte, mucho peor es el ultrajamiento del cuerpo ya muerto. A mí lo que me enloquece, ¿cómo es que a una madrecita reciente la matan de esa manera?".

Los desconocidos le hicieron las mismas preguntas que el comisario de Avellaneda. Es probable que la negativa de Laura Bonaparte (para proteger la vida de Huguito) en admitir que Noni había dado a luz y daba de mamar a su hijo confundiese a los militares, que le describieron entonces las circunstancias del final de otra de las prisioneras, y no las de su propia hija.

Según los testimonios de los dos militares "arrepentidos", más el de un anónimo ex conscripto del Batallón 601, y cotejando los reconocimientos forenses efectuados por el doctor Roberto Pasquale, médico de Policía, que incluyen un dato muy significativo para la identificación de Norma Finocchiaro (una característica anatómica íntima inusual), surgen las evidencias de que Noni y la Gringuita fueron asesinadas en el cuartel durante el 24 de diciembre.

Aída Leonora Bruchstein fue bajada de la camioneta militar en que la trajeron al Batallón, durante la formación militar presidida por Videla, y metida en la Guardia Central. "Eran todos jóvenes de 16 a 18 años y había muchas chicas. Una de ellas fue traída por unos civiles que la sorprendieron con una granada. Cuando estaba en la Guardia logró arrebatarle el fusil a un soldado y cuando forcejeaban se disparó un tiro que le pegó en el pecho". Hasta aquí el testimonio del soldado. Llama primero la atención que Noni haya salido a buscar heridos con su botiquín de primeros auxilios llevando una gra-

nada. Nos inclinamos a creer que los "civiles", posibles miembros de la inteligencia militar, ante la sospecha de su pertenencia al ERP, le adosaran el explosivo para comprometer a Noni definitivamente. Por último, difícilmente los militares hayan contemplado pasivamente cómo la joven le arrebataba "el fusil a un soldado". Más acorde con sus tradiciones, seguramente los "civiles" autores del secuestro de Noni dispararon contra ella sus armas apenas comenzó su desesperada y solitaria resistencia.

Noni nunca se dio por vencida y murió peleando. El informe forense señala que una persona del sexo femenino, de talla 1,75 m, peso 65 kg, piel blanca, cabellos negros, ojos pardos y edad estimada en 25 años (24 en realidad), "presenta tres heridas de arma de fuego" en el tórax. El cuerpo no tenía manos. Estas estaban en un frasco con formol rotulado con el N° 24, el mismo que el juez federal de La Plata le había ofrecido a Laura Bonaparte.

Ya en el Batallón de Arsenales 601, a Norma Concepción Finocchiaro la llevaron al galpón donde estaban alineados los cadáveres de combatientes y civiles. "A las mujeres las desnudaron, les quitaron la ropa y las llevaban, las hacían recorrer las filas de las personas muertas, que eran muchas, para que las vieran bien", dijeron los militares, según Laura Bonaparte. Es probable que las personas que acompañaron a la Gringuita en ese momento hayan sido los tres desaparecidos: Juan Pedro Belluz, Juana María Insaurralde de Gómez y María del Valle Santucho.

Mientras los militares "paseaban" a los prisioneros entre los cadáveres, se burlaban de ellos y los insultaban. "Los hicieron pasar a los que podían caminar, porque de los otros se sentían los ayes de dolor de esa gente", le dijeron a la madre de Noni.

Los hombres del Ejército llevaron a los prisioneros a empujones y puntapiés. Norma se encontró con un cuadro dantesco delante de ella. Resulta difícil imaginarse qué pudo haber sentido la Gringuita al ver las decenas de cadáveres despedazados y aplastados. A pesar de estar debilitada y rengueando por la herida en su pierna, Norma Finocchiaro reaccionó desesperadamente a los empujones del militar que estaba a su lado e intentó sacarle su arma. Otro que estaba detrás de ella la golpeó en la cabeza con la culata de su fusil. Aunque la Gringuita cayó al piso inconsciente, el militar continuó golpeán-

dole la cabeza hasta destrozársela a culatazos. Norma Finocchiaro estaba embarazada de tres meses.

Los dos militares "arrepentidos" le dieron a Laura más detalles que la sufrida mujer prefirió no recordar. Cuando poco después recibió el certificado de defunción de Noni (indicando que tres heridas de bala fueron la causa de su muerte), la señora Bonaparte quiso recuperar el cuerpo de su hija, pues el equívoco de los "arrepentidos" le hizo creer que a Noni le destrozaron el cráneo en el galpón del cuartel.

El reconocimiento forense describe a la Gringuita como "una persona del sexo femenino", con una "talla 1,65 m, 50 kg de peso, cabellos castaños, ojos claros, edad estimada de 25 años". El examen confirma una herida de bala en su rodilla derecha y "traumatismo de cráneo en región frontal con fractura de base de cráneo", que según las conclusiones del médico forense fue causa de su muerte. Los militares, después de matarla y antes de cortarle las manos, ultrajaron su cuerpo. Como señala el padre de uno de los caídos, que pudo ver, al día siguiente, los restos de las víctimas en el piso del cementerio de Avellaneda, "a los chicos les quemaron la cara, me parece que con un soplete". El reconocimiento médico de la Policía admite que la Gringuita "presenta quemaduras en cara y miembros inferiores de segundo grado".

Los otros tres desaparecidos no sobrevivieron mucho tiempo a Norma Finocchiaro. "Ellos mataron a los que todavía estaban vivos porque después se tenían que ir a la Misa de Gallo", afirma Laura Bonaparte.

El 24 de diciembre por la noche, mientras el coronel Abud, el mayor Barczuk, el teniente coronel Minicucci y muchos otros oficiales se iban a rezar a la iglesia, en el galpón del cuartel quedaban alineados 53 cuerpos despedazados.

Los oficiales victoriosos no sólo se ocuparon de los cuerpos de las víctimas. Un conscripto fue testigo de los robos cometidos por los militares. "Te voy a contar la peor de todas: a la mañana [del 24], los coches [en los que habían irrumpido los guerrilleros] no tenían *magazines* [los antecesores de los pasacassettes] ni tenían cubiertas. Los oficiales les robaron estas cosas. Me acuerdo que un jefe de Policía, que no recuerdo el nombre, decía: '¿Cómo justifico que este auto está sin ruedas?'. También les robaban los bolsillos del saco a los extremistas".

Por supuesto que fueron los conscriptos quienes, posteriormente, tuvieron que llevar los vehículos al Galpón N° 30, el mismo que la guerrilla pretendió copar durante su frustrado asalto.

A medida que las unidades militares que acudieron en apoyo del Batallón regresaban a sus bases, fueron reemplazadas por una agrupación de la Gendarmería Nacional que se estableció en el cuartel. Según un ex conscripto, "después que se produjo el ataque, quien tomó base en el cuartel fue la Gendarmería. Los gendarmes son los peores, la fuerza más represora que hubo en esa época fue la Gendarmería. Eran tipos grandotes, tipo ropero. Yo seguía haciendo guardia en el Puesto de Verificación y ellos venían a la noche a ver si pasaba algo, y se ponían a contar anécdotas. Las anécdotas que contaban eran, por ejemplo: Frente al Viejobueno hay una villa. No es villa, villa, pero es un barrio muy humilde [el Barrio IAPI]. Nosotros estábamos muy encariñados porque era nuestro nexo con el mundo. Yo hablaba con los tipos de enfrente, me compraban cosas, le comprábamos a ellos... [Los gendarmes] contaban que parte de la *joda* era culearse a las minas delante del marido. Decían: 'Lo pusimos al negro contra la pared y le cogimos la mina'. O por ejemplo, otro 'chiste' era pasarle con el *carrier* por arriba de las casas de chapa, hacerles mierda las casas. Y otra, que se comentaba ahí, era matar a cualquiera de la villa y tirarlo del alambrado para adentro, para sumar cadáveres".

La Petisa María

Entre tanto, Silvia N., la "Petisa María", seguía agazapada dentro del Batallón, abrazada al arbolito donde permanecía oculta. "En un momento pensé en entregarme. Pero cuando escuché que estaban matando al costado, gritos en la calle de los policías, más gente caminando cerca del alambrado, y con los milicos acá adentro y por atrás, decidí quedarme donde estaba".

Pasadas las nueve de la noche del 23 comenzaron a ingresar al Sector 1 (este) del cuartel las secciones del Regimiento de Infantería 3. "Vi que venían refuerzos y después de un tiempo bastante largo escuché una voz que decía: '¡Adelante, avancen! ¡Adelante, Infantería!'.

Momentos más tarde escuché: '¡Ríndanse, avancen con las manos en alto!'. Esto lo escuché varias veces y seguidamente una ráfaga, así que en ese momento los compañeros se habían rendido y los habían fusilado".

Según la crónica que con posterioridad María escribió a pedido del PRT, "después de un largo rato escuché a mi izquierda (donde se encontraba la ligustrina de división) voces que decían: '¡Alto! ¡Salgan con las manos en la cabeza!' Por lo menos tres veces. Pensé que se lo decían a compañeros que intentaban escapar. Tomé conciencia [de] que salir ahora era más difícil y decidí esperar al día siguiente".

"¡Más bien que no dormí! Pasé la noche agarrada al arbolito. Alrededor mío siguió habiendo un gran movimiento de los militares durante toda la noche. Cuando estaba abajo del arbolito veía que los bichitos me caminaban, me daba cosquillas, se me metían por debajo de la ropa y me picaban los brazos, los bichitos, las arañitas y esas cosas. Como me había hecho pis encima, tenía un olor terrible, que ni yo me lo bancaba. Estaba muy sucia porque me había arrastrado mucho, además tenía muy raspadas las manos y la cara. La bala que me rozó el hombro derecho sólo me había hecho una quemadura y arruinó la camisa", recuerda Silvia.

En la madrugada del 24 comenzó la búsqueda de "subversivos sobrevivientes" dentro del cuartel. "Cuando empezó a aclarar, se fue juntando gente ahí, a los gritos, cerca del puesto de vigilancia, al lado del alambrado. Escuché que los civiles que trabajaban en el Batallón eran informados que ese día no se trabajaba y se les ordenaba alejarse del lugar. Escuchaba los pasos alrededor mío, muy cerca.

"Parece que había una salida por la zona donde yo estaba escondida. Veía gente y escuchaba los gritos de los familiares de los soldados. Las madres de los conscriptos preguntaban por ellos, ahí en esa puerta".

Más tarde, Silvia vio que una patrulla se aproximaba. "Era un grupo al mando de un oficial, con siete u ocho soldados y con perros". Los hombres de la patrulla, con cascos y ropa de fajina, portaban armas largas. "Todos estaban armados, ¡salvo los perros!", recuerda la Petisa.

Quince metros antes del arbolito, los perros comenzaron a ladrar. "No era una cosa tan tupida donde estaba, pero no me vieron". Los militares se detuvieron y el oficial al mando ordenó a uno de los soldados que revisara los arbustos y árboles que tenían al frente.

La Petisa María observaba, con la sangre helada, cómo el conscripto con su FAL movía las ramas de los arbolitos, uno por uno, acercándose a su escondite. El momento iba a llegar y llegó.

El soldado movió las ramas del arbolito en cuestión y cuál habrá sido su sorpresa al encontrarse con una mujer joven abrazada al tronco, con la cara totalmente embarrada, y que lo miraba en silencio con los ojos muy abiertos.

"Él iba mirando así y me acuerdo que yo miraba todo, y nos cruzamos la vista así, unos segundos. Cuando nos cruzamos la mirada con él me dije: '¡Chau!, ésta es la última, es el fin!'. **Pensé que iba a** morir, porque yo sabía que si me agarraban me iban a matar. Aparte, me iban a torturar, a hacer mierda".

El soldado miró a Silvia a los ojos, durante unos pocos y larguísimos segundos. Después, siguió buscando guerrilleros en el arbolito de al lado.

"El muchacho me vio, de eso no hay la menor duda, y después, por suerte, siguió de largo". El conscripto reportó resultado negativo al oficial, por lo que la patrulla continuó con el rastrillaje en el resto del predio. Uno de los partes de combate del Ejército señalaría que, a las 8 del 24 de diciembre, "la sección retén finaliza el rastrillaje sin novedad".

¿Por qué el soldado protegió la vida de la guerrillera? Quizá su acción se explique como respuesta al horror que pueda haber presenciado durante las torturas, asesinatos y ultrajes a los cuerpos de los guerrilleros. O posiblemente se trató de una acción humanitaria, o solidaria con la actividad de una guerrilla que, como lo demostraron los habitantes de los barrios vecinos al cuartel, era vista por lo menos con simpatía por un sector de la población.

Además de reconocimiento, la Petisa María también tiene sus preguntas, que, en la pequeña nota que transcribimos, le envía al soldado desconocido que protegió su vida:

"Gracias. Es lo primero que me sale por decirte. Porque estoy viva y en parte te lo debo a vos, por no haberme delatado esa mañana que cruzamos la mirada. Gracias.

También tengo algunas preguntas. ¿Por qué? ¿Qué pensaste en ese momento? ¿Qué representó para vos y tus compañeros nuestro ataque? ¿Qué pensás ahora a la distancia?

No sé si tendré posibilidad de respuestas, pero repito lo principal: gracias".

Desde su refugio, la Petisa escuchó durante la mañana llegar a los periodistas y luego a un militar que le ordenó a la gente del barrio allí reunida: "Aplaudan para la televisión". Según María, fueron muy pocas las personas que lo hicieron. Después, "los colimbas en dos oportunidades cantaron una marcha", durante la formación presidida por Videla.

"Lo que me pasó fue que, como estaba abrazada al arbolito, me empecé a acalambrar, me empezó a doler todo. Pero yo no me quería mover. Cuando escuché a esos compañeros, que estoy segura los habían reventado, **me dije: '¡Si hago ruido, acá muero!'** Entonces me quedé quietita, y lo que me pasaba después (cuando me quise ir), fue que no me podía mover porque tenía todo tullido por el *cagazo*, por el frío y la postura. A la nochecita, ya hacía rato que no se escuchaban gritos y no había movimiento de nada.

"¿Qué hago? —se preguntó María—. ¿Me entrego, me voy o qué? De acá tengo que salir, si no, ¿qué mierda voy a hacer acá? Entonces a la noche salí. Eran cerca de las nueve de la noche. Cuando me suelto del arbolito no me podía parar, no me respondían las piernas y me dolía todo el cuerpo. Me acordaba especialmente de Lucho, que había quedado ahí.

Estaba muy oscuro cuando decidí salir. Como tenía todo dormido, primero me empecé a hacer masajes para poder mover los brazos y las piernas, también hice flexiones. Después me fui arrastrando hacia el alambrado. Me pareció muy alto [media tres metros] y ¡yo era muy chiquitita! Al acercarme, sabía desde qué puesto se vigilaba ese lugar. La riñonera con balas la dejé ahí. Las dos bombas habían quedado en la camioneta. El reloj lo había perdido cuando corrí y me tiré hacia donde estaba Lucho. Ahí también quedó el *walkie-talkie*. Me quedé con los documentos, que desde el laburo los llevaba, la cartera me la puse en forma de bandolera [cruzada sobre el cuerpo] y me puse acá, trabada en el pantalón vaquero, la pistola. No tenía hambre. El 23 habíamos ayunado, pero ni me acordaba".

Eran como las nueve de la noche del 24 de diciembre cuando la Petisa María empezó a trepar el alambrado que da hacia el Camino General Belgrano. Habían transcurrido más de 26 horas desde su entrada al cuartel.

"Cuando empecé a trepar, el alambrado se movía todo. ¡Nunca

había trepado tanto, era altísimo, me parecía un montón! Me decía a cada rato: '¡Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo!".

Sus pequeños pies (calzaba zapatillas N° 34) fueron una ventaja. "Encajaban justo en el tejido del alambrado y así pude subir los tres metros. ¡Esa es la ventaja de ser chiquita! Llegué arriba, crucé al otro lado y en vez de bajar, me tiré directamente. Yo tenía miedo porque pasaban autos y me podían ver salir de ahí, pero yo decía: '¡Bueno, es la última! Me queda ésta y nada más".

Cuando estaba por cruzar el camino, comprobó que mucha gente del Barrio IAPI había seguido la escena con atención. Sentados a la puerta de sus casas, tomando mate y en espera de la Navidad, los vecinos observaron a la muchacha que escapaba del cuartel por la alambrada.

"Todos me miraban pero nadie se paró ni dijo nada. Tenía que cruzar el camino, pero pensaba 'ahora alguien que me está viendo, o desde la torre de vigilancia, apenas cruce me dispara'. Crucé corriendo justo por donde estaba toda esa gente mirándome. No hubo disparos. Había una calle de tierra [Formosa], miré y por ahí entré a la villa, para pedir ayuda. La mayoría de la gente estaba afuera de sus casas por el calor o por las fiestas. Yo les decía que me había corrido la policía por lo que había pasado el día anterior, y me habían pegado. Que necesitaba ropa para cambiarme, para que no me hicieran nada. Y cuando yo decía todo esto (yo no me daba cuenta), ¡se me veía la pistola!, así que muchos me decían '¡No, no!', pero nadie me *botoneó*.

En una casa me hicieron pasar. Ahí me cambié, me saqué la camisa y me puse otra limpia que me dieron. Ahí es donde me di cuenta que se me veía la pistola. En todos lados donde yo iba y pedía (habrán sido cuatro o cinco), se notaban nerviosos, pero en ninguno me trataron mal, ni me dijeron nada de que hubo una *razzia*. De eso me enteré después.

Cuando me dieron la camisa, yo buscaba también pantalón, pero me daba cuenta de que no me podía quedar más tiempo, entonces me fui así. Ahí tomé conciencia del olor que tenía (no me lo bancaba yo tampoco). A la pistola la dejé envuelta en la camisa sucia, en una zanja. Quedó muy a la vista.

Me fui caminando por la villa, y después de hacer un tramo largo atravesándola, salí. Pero antes pensé que me tenía que arreglar un

poco. Como tenía pintura en la cartera, me empecé a poner, y ahí me di cuenta de que tenía la cara hecha bolsa. Primero me empecé a poner sombra y *rouge*, y al mismo tiempo iba mirando para todos lados mientras me pintaba. Cuando me miro en el espejito, aparte de haberme pintado para la mierda, tenía toda la cara llena de barro, de tierra, ¡era un desastre! [...] ¡Así fui a pedir la camisa! Por todo esto, y otras cosas que les pasaron a otros compañeros, creo que la gente simpatizaba totalmente con la guerrilla.

Después de ahí, me tomé un colectivo que me llevó a la estación Lomas de Zamora. Cuando subí, todo el mundo me miraba. Yo ahí sentía el olor a pis y a transpiración, me acordaba de todo lo que había visto, mi imagen en el espejito, pero igual yo seguí. En Lomas saqué boleto para Constitución, y de ahí en subte me fui para Retiro. Yo en ese entonces vivía en la casa de unos amigos en Acassuso, cerca de Martínez. Me acuerdo que iba subiendo por la escalera mecánica del subte en la estación Retiro del Ferrocarril Mitre, y la primera imagen que tengo, que aparte fue un *shock* muy grande, fue la del tipo vendiendo diarios así, que decían bien grande arriba: '100 muertos'. Yo sabía que había sido un desastre pero no tenía dimensión de lo que había pasado". Silvia se refiere al titular de la única edición del diario *La Razón* del 24 de diciembre, que a toda página anunciaba: "MÁS DE 100 EXTREMISTAS HAN MUERTO EN EL ENFRENTAMIENTO".

La Petisa María tendría que haberse presentado en uno de los controles de seguridad, en Martínez, veinticuatro horas después de terminado el operativo. Al verla llegar, una compañera suya debía destruir el papelito donde figuraban sus datos: nombre, apellido y un teléfono para avisar en caso de emergencia.

"Lo primero que hago —dice Silvia— es llamar a la casa de esta compañera que me iba a hacer el control, que era amiga mía, y resulta que me atiende la madre y dice: '¿Cómo? ¿Estás bien?'. Resultó que esta chica andaba llorando 'por los caminos', con otra compañera, avisando a otros que el operativo fue un desastre y que yo andaba por ahí (había participado y desaparecido). La madre me dice: '¡Llamá enseguida a tu casa!'. Yo sabía que iban a avisar ahí. Les avisé a mis padres que estaba bien y después me fui a la casa donde vivía. Cuando me recibieron, me pidieron que cuando pudiese, me fuese de allí por-

que ellos estaban con mucho miedo, con todo el *quilombo* que pasaba y que estaba por venir. Me puse alcohol y una curita en el hombro, donde al rozarme la bala me hizo una quemadura.

"Después me encontré con esta amiga que había ido al control, y después de estar horas llorando juntas, me empezó a contar algunas cosas de otros compañeros. Me explicó que, como yo no había ido al control, tuvo que dar aviso y después se fue enterando de algunos compañeros que habían logrado salir; por ejemplo, del sargento Tino, que sólo estaba herido en una mano. Buscamos un médico para que lo curase sin que tuviera que ir al hospital. Otro compañero le consiguió un médico del Posadas que lo curó. También sabía que Julio [Víctor Bruchstein], Sebastián y Darío habían salido vivos".

Unas dos semanas después del fracasado operativo, la Petisa María volvió a su trabajo en la empresa Kodak. "Primero me comuniqué con algunos compañeros con quienes tenía confianza para preguntarles qué pasaba, qué se decía, cómo estaba la cosa. Todos me decían que era una locura y que yo no tenía que volver ni al laburo ni a mi casa. Los compañeros me dijeron que me iban a sancionar si yo volvía al laburo. Y aunque los capos del laburo (era una empresa yanqui) eran gente que estaba en conexión con el sector de la represión, yo me dije: '¡Voy a volver!', y volví al trabajo unos días después de las fiestas. Era como que la gente sabía de dónde venía. Se lo imaginaban. Andaba en pleno verano con mangas largas, para que no se viese que tenía los brazos rasguñados y picados por los bichitos. Los compañeros venían y me decían: '¿Cómo estás? ¿Te pasó algo?', como diciendo: '¡Te salvaste!', yo sentía eso.

El certificado que, para presentar en el laburo, me hicieron los compañeros de sanidad durante la concentración, me sirvió. Así que trabajé en la empresa sin contratiempos hasta que me echaron", ya en tiempos de la dictadura.

Según la Petisa María, después del fracasado ataque se agravaron los problemas organizativos en el ERP. "Con Darío nos encontramos dos o tres veces en Martínez o en Olivos. En otras citas, con otros compañeros, íbamos algunos o iba yo sola y el compañero con quien me tenía que encontrar no iba. Ibas a los dos días, o a los cuatro días, y después te enterabas de que había caído. De Monte Chingolo nadie sabía nada, nadie te decía nada. En el Partido a mí no me pre-

guntaron nada. Sólo me pidieron una crónica para *Estrella Roja* que se la entregué a mi responsable.

Intenté seguir militando; lo que pasa es que organizativamente no había nada, estaba todo muy desmembrado. Yo iba y ellos no venían a la cita. Yo igual trataba de seguir estando. Para fines de 1976 estaba desvinculada, había un desbande total.

Nos habían dicho que si veíamos a algún compañero parado en algún lado... ¡cuidado!, no había que hacer nada porque los militares estaban atrás y te llevaban". Los hombres del Ejército sacaban a la calle a militantes del ERP capturados (es decir, desaparecidos), para que "marcasen" a sus ex compañeros. "Una vez yo vi a un compañero parado en una esquina —recuerda la Petisa —, y yo no sabía si acercarme o no. Por la desesperación, generalmente uno se acercaba, porque quería juntarse nuevamente".

Los testimonios de ex guerrilleros, militares y conscriptos corresponden a conversaciones con el autor. Los relatos de Laura Bonaparte sobre la detención de su hija Aída (Noni) Bruchstein están tomados de conversaciones con el autor y de *Todo es Historia*, nº 284, además de la causa 81.900 del Juzgado Federal Nº 1 de La Plata. La crónica pedida a Silvia (la "Petisa María") por la dirección del ERP fue publicada en *Estrella Roja*, nº 68, en enero de 1976.

Sobre la identificación de Élida María Sopeña, véase la causa 82090/75 del Juzgado Federal Nº 1 de La Plata. Los testimonios de los vecinos Juan Carlos Banegas y Ramón Rodríguez fueron publicados por la revista *La Maga*, del 7 de enero de 1998. La detención de una familia y el incidente entre dos camiones militares, están relatados en *El Combatiente*, nº 198, 7 de enero de 1976.

La desaparición de Oscar Alberto Gonzâlez fue denunciada en *El Combatiente*, nº 199, 14 de enero de 1976. Su procesamiento se encuentra en el expediente 1J6 1039/17 (del 16 de enero de 1976) del Juzgado de Instrucción Militar Nº 29, y la causa 81.945 del Juzgado Federal Nº 1 de La Plata, Secretaría Nº 2.

El texto de Luis D'Andrea Mohr está tomado de su libro *El escuadrón perdido*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

Los relatos de Blanca Rina Santucho están tomados de su libro, *Nosotros, los Santucho*, Santiago del Estero, Editorial El Liberal, 1997, y de Marta Diana, *Mujeres guerrilleras*, Buenos Aires, Planeta, 1996.

El comunicado del ERP "Al pueblo argentino", del 24 de diciembre, fue publicado en *Estrella Roja*, nº 67, 29 de diciembre de 1975.

Capítulo 16

Los cuerpos

"¿Por qué a los militares muertos los velaron con todas las pompas y a los guerrilleros y a nuestros villeros los amontonaron hasta que sus cuerpos se pudrieran al sol?"

Volante de Familiares de los Asesinados en Monte Chingolo, enero de 1976.

Tras el combate y mientras la inteligencia militar analizaba en detalle la fracasada operación del ERP, comenzaron las tareas de reparación de las instalaciones dañadas, especialmente la Guardia Central, la Compañía de Servicios y los Galpones. Entre tanto, medios autorizados del Comando General del Ejército hacían circular trascendidos según los cuales habría participado en el ataque "un millar de efectivos de la subversión", con eficiente armamento pesado traído desde el exterior, como publicaba *La Opinión* el 27 de diciembre. Ese mismo día, el *ABC* de Madrid decía que oficiales del Ejército afirmaban que los atacantes habían usado artillería antiaérea (!). Así intentaban explicar la acción de Víctor Bruchstein, que con algunos disparos de su viejo fusil Mauser había averiado uno de los helicópteros Hughes de la Fuerza Aérea.

Ya el 24 de diciembre, el juez militar coronel (R) Jorge Covacivich, del Juzgado de Instrucción Militar N° 29 (Primer Cuerpo de Ejército), puso los "cadáveres subversivos muertos en acción" (sic) a disposición del comisario mayor Carlos Cernadas, jefe de la Unidad Regional II (Lanús) de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, al mismo tiempo que le pedía "remitir a esta Instrucción la nómina del personal individualizado".

El comisario Cernadas dispuso que, por medio de la sección Ras-

tros, "se proceda a obtener fichas dactiloscópicas de los cadáveres para su posterior identificación". También ordenó el traslado de los cuerpos a la morgue judicial del cementerio de Avellaneda, para que los médicos de la Unidad Regional realizasen las autopsias. En tres camiones, los militares cumplieron la orden e hicieron su tarea con tanto esmero que, cuando arribaron a la necrópolis, faltaban varios brazos y piernas. El hijo de un sepulturero, un joven de 18 años en aquella epoca, vio cuando los camiones volcadores arrojaron los cadáveres a tierra. "¡Pero si no eran cuerpos!", afirmó.

El 25 de diciembre, el oficial subinspector Jorge Fernández, jefe de la sección Rastros, informó que por el avanzado estado "de putrefacción y descomposición de los tejidos epidérmicos" resultaba imposible obtener muestras dactilares con la nitidez necesaria para su identificación. Fernández recomendó "el seccionamiento de las manos de los cadáveres, las que envasadas convenientemente (en frascos con formol al 10 por ciento), deberán ser remitidas a la División Criminalística y sometidas al proceso de revenido dactiloscópico". El oficial principal Carlos Ortiz certificó el mismo 25 de diciembre que se había cumplido esa medida, y que las manos "fueron envasadas en frascos numerados de acuerdo a la numeración que le corresponde al cadáver del cual fueron seccionadas". Carlos Hours, oficial de inteligencia policial, afirmó que "era engorroso calentar agua y ablandarles las manos para que pudiéramos identificarlos, así que se las cortaron y las enviaron al departamento de huellas dactilares".

El mismo día de Navidad, la División Criminalística de la Policía bonaerense recibió 51 frascos. Las manos de otros dos muertos no pudieron enviarse pues uno de los cuerpos estaba totalmente calcinado (María Inés Marabotto de Escobar) y el otro no presentaba brazos: quedaban solamente algunos restos descuartizados (Silvia Ana María Gatto). Entre tanto, el Cuerpo Médico de la Regional Lanús practicó las autopsias a los 53 cadáveres depositados en el cementerio de Avellaneda. El 26 de diciembre, un portavoz militar admitió "que en el Batallón todavía se encuentran más de una decena de cadáveres" (*La Opinión*, 27/12/75). Presumiblemente, se trataba de vecinos muertos durante los rastrillajes posteriores. Sus cuerpos serán sepultados en una fosa común del mismo cementerio, separada del primer grupo de 53.

El comisario Tomás Rodríguez, a cargo de las actuaciones, "tenien-

do en cuenta el estado de descomposición de los cadáveres", ordenó el 26 de diciembre un nuevo reconocimiento médico. Los doctores Raúl Alonso y Ricardo Volonteri constataron que 53 cadáveres estaban depositados en la morgue y "sus adyacencias", es decir, fuera de ella. Advirtieron que los cuerpos "se encuentran en avanzado estado de descomposición, ocasionando esta circunstancia diversos trastornos y peligros sanitarios latentes, tales como epidemias, contaminación ambiental". A escasos metros de la morgue, con sólo un paredón de por medio, se encontraban dos *monoblocks* habitados por gran cantidad de familias, algo extremadamente insalubre para ellas, sobre todo teniendo en cuenta las altas temperaturas de la época y la "gran cantidad de insectos que pululan por [la] presencia" de tantos cadáveres. Las heladeras de la morgue tenían capacidad para diez cuerpos; los otros 43 habían sido abandonados al sol y a la intemperie. Los médicos aconsejaron la urgente inhumación. El comisario Rodríguez se comunicó entonces con el juez federal de La Plata, doctor Antonio Sosa Liprandi, y obtuvo su autorización.

El 27 de diciembre de 1975, cuatro días después del combate, el personal del cementerio sepultó a los muertos. Entre los funcionarios estaban presentes Francisco Barragán, de la Dirección Judicial; Jorge Lino, de la Unidad Regional II de Lanús; Héctor Espina, director del cementerio, y el cura párroco Nazareno Nanni, quien "oficia un responso por el eterno descanso de los fallecidos a sepultar".

Los cuerpos fueron trasladados desde la morgue y sus adyacencias hasta el paredón trasero del cementerio, a setecientos metros de distancia, donde se los sepultó en dos filas (tablones 1° y 2°). La tarea se prolongó hasta el atardecer del día 28. En total fueron enterradas 49 personas, ya que los cuerpos de los vecinos Horacio Colacelli, Luis Garbozo y Ricardo Ragone y del guerrillero Guillermo Pablo Ramos Berdaguer fueron recuperados por sus familiares el 26 de diciembre.

El recuento de las bajas

Durante los días 24 y 25 de diciembre, José Nicasio Ramos y Teresa Felipa Berdaguer buscaron a su hijo en lugares que solía frecuentar, sin resultado alguno. Alrededor de las 11 del día 25, un hombre

de unos 30 años de edad, alto, de cabellos lacios negros y largos, se presentó en la casa de la familia Ramos:

—Soy consejero de presos políticos —se identificó— y les vengo a avisar que su hijo murió en Monte Chingolo.

El padre de Guillermo, en un ataque de nervios, tomó por las ropas al visitante y le gritó:

—¿Cómo pudieron envenenar la mente de mi hijo, con todo lo que nosotros hicimos por él?

El desconocido abandonó el lugar dejando totalmente desconsolados a los padres del joven caído.

Recuperada la compostura, José Nicasio Ramos se vistió con su viejo uniforme militar de tiempos de la Segunda Guerra Mundial, cuando había combatido al nazismo junto con los aliados. Se puso sus condecoraciones y fue al Batallón de Arsenales 601. "Él era vasco francés. Combatió con los aliados en la Guerra Mundial. Me contó que se puso el uniforme del Ejército aliado, las condecoraciones, las jinetas y la gorra, y que después se fue para el cuartel", dijo Laura Bonaparte, recordando el diálogo que, hace ya un cuarto de siglo, mantuvo con el padre de Guillermo.

En el portón, un conscripto le dijo a José que ya no había ningún cadáver en el lugar y que mejor se dirigiera al cementerio de Avellaneda. De allí lo enviaron a la Seccional 4ª de Avellaneda, donde tramitó un permiso para ver los restos.

"Me habló de cuerpos en mesas, como catres de madera, y otros más en el piso porque eran tantos que allí no cabían. Él entró como un militar y pudo reconocer a su hijo, a pesar de que tenía el rostro desfigurado", recordó Laura Bonaparte.

Según Teresa, su marido reconoció las facciones de su hijo y pudo identificarlo definitivamente por sus ropas, que eran las mismas "que utilizaba cuando salió de su domicilio". Los restos del joven estudiante de Sociología y guerrillero fueron sepultados en el cementerio del partido de San Martín.

Marta Fabián se enteró de la muerte de su hermano Orlando ("Martín") por boca del propio Abigail Attademo. El 24 de diciembre por la tarde hubo una reunión en una casa de la zona Norte del Gran Buenos Aires, a la cual asistieron el capitán Miguel, la hermana de Martín y la responsable de Solidaridad en la regional Norte-

Oeste, Beatriz Le Fur de Carrara ("Graciela"), entre otros miembros del PRT. La reunión había sido organizada con antelación, con la expectativa de festejar la victoria en el copamiento del cuartel.

"Cuando lo vi a Miguel, él estaba agotado, cansado. Era un tipo alto, de 1,75 m de estatura, sin bigote", recuerda Marta. "Me dijo que había varios zanjones adentro del cuartel donde estaban escondidos los militares. Por eso los compañeros que dieron vuelta varias veces haciendo el chequeo no los vieron. También me dijo que los militares y conscriptos de adentro tenían pañuelos blancos para identificarse entre ellos". Attademo le contó además que "el Negro Martín cayó a la entrada. Estaba en el camión que entró primero".

El capitán Miguel "ya venía con información sobre las bajas sufridas, así que entre los tres empezamos a hacer un listado". Marta ya no volvería a su casa. En cambio, Beatriz Le Fur iría a buscar a Juana Florentín, madre de Orlando Fabián, para iniciar una recorrida por distintas casas de las zonas Norte y Oeste del Gran Buenos Aires, para informar de lo sucedido a los familiares de los militantes caídos.

Daniel De Santis explica que "luego del combate cada escuadra tenía varias citas para verificar qué compañeros habían regresado y quiénes no. Esto era un método que se utilizaba aun en las actividades más elementales. En las manifestaciones estudiantiles y actos relámpago teníamos este sistema de citas de control desde la época de la dictadura de Onganía. La cita era un lugar y hora de encuentro convenido de antemano, la cual podría repetirse más de una vez y si estaba bien organizada podía cambiar de lugar y hora, aunque esto último no era común. Antes del combate, uno dejaba anotado su número de documento, su grupo sanguíneo y algún teléfono familiar para avisar en caso de necesidad. Estos datos quedaban en poder de compañeros que no participaban del combate".

Los guerrilleros disponían de un tiempo variable (de varios días en algunos casos) para presentarse a las citas, luego de las cuales los estados mayores de las compañías participantes informarían a la comandancia del Batallón "José de San Martín" sobre las pérdidas sufridas. Así, al finalizar la segunda ronda de citas, a las 21 del miércoles 24 de diciembre, el ERP consideraba haber sufrido las siguientes bajas en la Unidad "Guillermo Pérez": 13 muertos, 3 heridos que

quedaron en el Batallón y 24 desaparecidos, habiéndose presentado a las citas de control treinta y un guerrilleros (incluidos el mando operativo y el grupo de sanidad), siete de ellos heridos fuera de peligro. En las contenciones, las pérdidas de la Compañía "Juan de Oliveira" eran de doce muertos y diez desaparecidos. En principio, un total de 62 bajas.

Para el jueves 25 a las 12, al finalizar la tercera ronda de citas, habían aparecido catorce guerrilleros más, algunos de ellos heridos, quienes vivieron momentos muy duros durante la retirada desde la zona de operaciones.

En una *casa operativa* de Avellaneda, el capitán Mariano (Urteaga) le entregó a De Santis un montón de papelitos doblados en cuatro. En cada uno de ellos estaba escrito el nombre de guerra de quienes no habían regresado: Margarita, teniente Mariana, sargento Noni, Fierrito, Negra, Piojo, sargento Teresa, Tony, teniente Federico... Daniel contó 46 al pasar en limpio los datos de cada militante muerto o desaparecido. Allí no figuraba la mayoría de los caídos en Villa Domínico, y otros combatientes que como Carlos José Crespo (sargento Beto) mantuvieron una actividad hasta cierto punto legal, antes de ser convocados para la acción. La lista elaborada por Daniel fue entregada por los correos del ERP al Frente Legal, que tendría que ocuparse de llamar por teléfono a las familias de los compañeros caídos o ir personalmente a sus casas para informarles de lo sucedido con sus seres queridos.

ALLANAMIENTOS Y CAÍDAS EN CADENA

Uno de esos correos era "Carmen" (Diana Rozenberg), la esposa del arquitecto Roberto Stegmayer (sargento Federico). Alarmada por la ausencia de su marido y las noticias sobre la gran cantidad de bajas guerrilleras que publicaban los diarios, Carmen abrió el documento que debía llevar. Con desesperación leyó la lista hasta que su mirada se detuvo en los nombres de Roberto Federico Stegmayer y Genoveva Blanca Bertrand. Eran sus suegros.

Después de entregar la lista, el mismo jueves 25, Carmen "trató de conectarse con alguien de la célula de mi viejo", recuerda Tamara, hija del arquitecto. "Recién al día siguiente se pudo conectar y ahí le dijeron que Federico no había logrado salir del Batallón". Al

recibir la confirmación Carmen volvió rápidamente a su casa y les dijo a sus dos hijos: "Esto ya fue y nos tenemos que ir ahora".

"Había un operativo militar cerca cuando salimos de casa", recuerda Tamara. Carmen llevó a sus hijos a la casa de unos tíos abuelos y nunca más regresó a su hogar. "Una vecina que nos cuidaba me dijo que al día siguiente cayeron a la casa un montón de policías y civiles que levantaron los techos y los pisos buscando algo. No volvimos más ahí". Actuando con rapidez, las fuerzas de seguridad allanaban las casas de los guerrilleros muertos en busca de documentación y armamento.

"Mi vieja hizo contacto con una persona para que le dé un pasaporte. La ve de lejos y le parece todo medio raro. No sabía si era una trampa, ya no confiaba en nadie". Carmen le dijo a su hija "Esto no da para más" y en febrero de 1976 se fue a Brasil. Tamara y su hermanito se quedaron con sus abuelos maternos hasta que en junio de 1976 fueron a reunirse con su madre en el exilio.

Los allanamientos y otras acciones represivas habían comenzado inmediatamente después de ser rechazado el ataque guerrillero. "Monte Chingolo dio lugar para hacer otras operaciones más, porque de allí se conocieron algunos detalles", relató el general Albano Harguindeguy a Martin Andersen. "El sargento infiltrado [el Oso Ranier] informó hacia dónde se replegaban".

Según la ex combatiente G., el matrimonio Perdoni con sus tres hijos, quienes hicieron la cobertura legal de la "Casa de las 37 Caídas", por indicación del PRT volvieron a esa casaquinta de Bosques el día 23 por la noche. "Esa misma madrugada vinieron fuerzas de seguridad a buscarlos. El arquitecto Roberto Perdoni apareció dos días después. Su mujer, la psiquiatra, y los niñitos corrieron por atrás de la casa. Su mamá los dejó con vecinos y huyó, salvándose y se pudo reunir con su esposo. Los niños fueron recuperados por su abuela, avisada por la madre de los chicos".

En la madrugada del 24, a la "Casa de las 37 Caídas" llegaron tropas de los regimientos de Tanques 8 de Magdalena y de Infantería 7 "Coronel Conde" que, con tanques, morteros y bazucas, atacaron el abandonado chalet. De la "subversiva" finca donde estuvo acuartelada la Compañía "Juan de Olivera" sólo quedaron ruinas. Durante años, los restos de las paredes (de no más de un metro de altura) fue-

ron testigos del supuesto "enfrentamiento con irregulares", según la información que los militares hicieron trascender.

La casa de Ranelagh, lugar de concentración de la Unidad "Guillermo Pérez", también fue asaltada por fuerzas de seguridad. Allí encontraron el cuerpo sin vida de Carlos Omar Oroño, quien, gravemente herido, había sido retirado del cuartel por personal de la sanidad guerrillera.

El hecho —inexplicable, desde el punto de vista del secreto conspirativo— de que cada combatiente del ERP llevara consigo su documento de identidad durante el ataque permitió a las fuerzas represivas montar operativos de inmediato y continuar golpeando a la guerrilla con posterioridad al fracasado copamiento. En Tucumán, en pleno Operativo Independencia, era imprescindible identificarse ante los controles del Ejército, pero esto se diferencia bastante del ingreso de guerrilleros, portando sus documentos, al Batallón de Arsenales 601 con el riesgo de caer o ser capturados, proporcionando de esta manera pistas a la represión.

Cada guerrillero muerto arrastraría en su caída a otros compañeros o parientes. Por ejemplo, de la familia de Hugo Alberto Boca sabemos que su padre, Néstor, fue secuestrado el 7 de enero de 1976 y su cuerpo apareció en un descampado con un tiro en la cabeza. Su madre, Francisca Aragón, desapareció el 28 de febrero del mismo año. Su hermana Nilda, embarazada de tres meses, fue secuestrada el 23 de marzo. Un compañero de Hugo, Roberto Víctor Figueroa, estudiante de Filosofía y Letras, desapareció el 11 de febrero. Otros dos, "Cristóbal" y su compañera, del Frente Estudiantil, fueron muertos durante un operativo.

Justa Isabel Moreyra (la Negra "Betty"), compañera de Carlos Omar Oroño, fue secuestrada el 27 de agosto de 1976 junto a otras tres personas. Los cuatro desaparecidos fueron vistos, aún con vida, en el centro clandestino de detención "Vesubio".

También fue secuestrada Betty Jáuregui, pareja de Luis Alberto Sportuno (Lucho). El pequeño hijo de ambos, Federico, fue criado por unos vecinos. Tomás, suegro de Lucho, desapareció en Padua. El "Puma" Jáuregui, hermano de Betty, fue encarcelado. Al ser liberado años después, buscó y logró encontrar a su sobrino Federico. Su pareja Silvia Mini, en cambio, está desaparecida.

Familiares y compañeros de Pascual Bulit, de Ana María Lezcano y de muchos otros miembros del ERP caídos en Monte Chingolo fueron secuestrados durante los primeros meses de 1976 en Buenos Aires, Tucumán y otros lugares del país. La cadena de desapariciones no se detendría hasta el total aniquilamiento de la organización guerrillera.

El "combate" del cementerio de Avellaneda

El 26 de diciembre de 1975, la agencia de noticias EFE informaba de un nuevo ataque insurgente: "Un comando terrorista ha intentado rescatar algunos cadáveres de los guerrilleros muertos durante el ataque del martes contra el Batallón 601 de Arsenales [...]; pero los efectivos policiales y militares que defendían el cementerio de Avellaneda [...], han hecho fracasar el ataque. Se desconoce si ha habido bajas, pero parece ser que han sido detenidos siete terroristas". Con respecto al motivo del ataque, la agencia noticiosa no descartaba que los insurgentes pretendiesen llevarse sólo un cadáver, "posiblemente el de un alto dirigente guerrillero".

Esta asombrosa noticia viene a confirmar que el cementerio estaba cerrado y ocupado por fuerzas militares y de seguridad, quizá por temor a represalias. El Ejército incluso había prohibido a los vecinos de Villa Corina, que habitaban los dos *monoblocks* junto al paredón trasero del cementerio, asomarse por las ventanas, bajo amenazas de ser repelidos. "Cuando los efectivos del Ejército descubrían algún curioso asomándose por la ventana, le disparaban. Los agujeros de las balas estuvieron en las paredes de los monoblocks durante años".

Según las primeras informaciones oficiales, durante la batalla de Monte Chingolo habrían muerto 156 personas en total (sin contar las bajas militares), "137 de las cuales eran terroristas" (*Informaciones*, 27/12/75). De esta manera, el Ejército admitía que por lo menos murieron diecinueve civiles, vecinos de la zona. Por otra parte, "una fuente policial confirmó que la cantidad de víctimas de la represión [...] ascendió a 165, y que 65 cadáveres fueron enterrados en una fosa común del cementerio de Avellaneda" (*La Prensa*, 31/12/75). Si el dato de la fuente policial fuese correcto, la cantidad de víctimas ajenas al copamiento habría superado el centenar. Por

otra parte, 61 de los 65 cadáveres fueron sepultados en dos fosas comunes separadas entre sí.

Los pobladores de las villas periféricas al Batallón fueron al cementerio de Avellaneda a reclamar los cuerpos de sus seres queridos. El 25 de diciembre, los militares disolvieron a balazo limpio al grupo de familiares que pretendía ingresar a la necrópolis. En esto consistió el supuesto "ataque terrorista". Siete personas, que a pesar de todo insistieron en ingresar, fueron detenidas. Ellos eran los "siete terroristas" que mencionaba la agencia EFE.

En un comunicado, que la prensa no difundió, los "Familiares de los asesinados en Monte Chingolo" afirmaban que "cuando al día siguiente de los hechos, algunos familiares reclamamos los cuerpos, fuimos violentamente expulsados, tiroteados y hasta siete de nosotros arrestados y liberados más tarde por el delito de pedir lo que no es más que justicia o humanidad; además hemos sido fotografiados, sospechados cual criminales y maltratados". "Sólo quiero su cadáver para poder darle cristiana sepultura", decía entonces la madre de una de las víctimas.

LOS FAMILIARES

"Mi hijo, Orlando Benjamín Fabián, estuvo acá el 18 de diciembre. Me dijo que se iba a la casa de su hermana y a llevar a los chicos al parque", recordó su madre, Juana Florentín. "Se levantó a comer, se bañó y me dijo 'No me llames esta noche porque me voy a lo de Marta', y yo le creí porque nunca me mintió. Al día siguiente, a la nochecita, la llamo a la hermana:

—¿Está Orlando ahí?

—No.

—¿No fue ayer?

—No.

—¿Y anoche?

—No.

¡Ay, ay!, ahí empecé a desesperarme. Unos días después, una chica me llamó por teléfono y me dijo 'La llamo de parte de su hijo. Orlando va a ir para Navidad, así que espérelo y quédese tranquila'. ¡Ay!,

era una alegría tan grande que me olvidé de decirle '¿por qué no me habla mi hijo?'.

El 24 de diciembre mi esposo recién había llegado de trabajar y estaba por cenar, porque yo estaba preparando la comida para Navidad. A las once de la noche me enteré. Me llamaron por teléfono y una voz de hombre me dijo: 'Benjamincito cayó anoche. Murió en Monte Chingolo'. Entonces llamé a mi esposo y nos fuimos a la casa de mi hija, que tenía un negocio de comida en la calle San Martín. No sé para qué fuimos, estábamos desesperados, no sabíamos qué hacer, ¡y a esa hora! De ahí empezaron los trotes.

Al día siguiente, a la mañana temprano, vino una chica a decirme si yo quería y me animaba a salir en auto a buscar familiares. Ya traían los *habeas corpus* para toda la gente que ellos conocían, y nos fuimos. Anduvimos todo el día 25 por José C. Paz, San Miguel, Castelar, Bella Vista, muchas partes, y volvimos sólo a la noche. Íbamos a la casa de los familiares para avisarles que había caído su hijo y darles el *habeas corpus* para que lo presenten. En el coche éramos tres: el chofer, la chica y yo. El chofer era un muchacho de 24 años que estudiaba dos cosas: en Ciencias Exactas y en Filosofía y Letras. Además trabajaba en Agenta, un laboratorio químico en San Martín".

La chica era Beatriz Le Fur, "Graciela". Tenía 21 años, había cursado el profesorado de Jardín de Infantes en la Escuela Normal Antonio Mentruyt de Lomas de Zamora, y estaba casada. Era una hermosa joven, delgada, de tez blanca, cabellos lacios castaños y ojos pardos. El 15 de junio de 1976 será secuestrada en Lanús por la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Posteriormente, como solía suceder con los desaparecidos del PRT-ERP, Graciela fue entregada al Ejército, que la mantuvo con vida por lo menos hasta fin del año 1976, cautiva en el centro clandestino de detención "Puente 12".

Juana Florentín recuerda haber estado "en la barrera de San Andrés, para llegar a la casa de San Martín". Guillermo Horacio San Martín, de 23 años de edad, uno de los combatientes que provenía de la columna "Inti Peredo" de las FAL, había caído durante el asalto al cuartel. "El hermano, que vivía en la misma casa, al fondo, me recibió y no me dejó hablar con los padres. Me dijo que lo deje en paz al padre, que eran viejitos. ¿Y qué iba a hacer yo?". Arturo Saturnino San Martín había visto por última vez a su hijo el 15 de diciembre. Guillermo le había dicho que se iba para preparar el exa-

Orlando Benjamín Fabián

men final de una materia en la Facultad de Agronomía, donde cursaba cuarto año, y que volvería para Navidad. Para ese momento, la Policía bonaerense ya había allanado el domicilio del muchacho.

"Estuvimos también en la casa de [Ismael Antonio] Monzón; esa fue una de las últimas que fuimos, al día siguiente. Ahí hablaron el muchacho y Graciela. En todos lados nos recibieron muy mal, porque a lo mejor creyeron que éramos cómplices, o qué sé yo. No sabía qué decirles a los familiares".

En la búsqueda del cuerpo de su hijo, Juana Florentín fue primero a la Comisaría 47ª, "y dio la desgracia que a él, cuando le pusieron el número, dio también 47". En La Plata gestionaron el permiso judicial para retirar el cuerpo, y se presentaron al director del cementerio de Avellaneda. Le preguntaron dónde estaba la morgue.

—¡Ahí está!, contestó, "como diciendo 'con lo que van a ver, no les va a servir de nada', y me señaló el lugar. Yo me senté arriba de un panteón y mi esposo fue para allá. Se paró enfrente, y como estaba cerrado, se fue por atrás y encontró una puerta abierta. Abrió y entró. Era una pieza grande con galerías, nada más. Parecía una habitación grande. Ahí estaban los cadáveres, y ahí estaba mi hijo. Porque después, cuando lo sepultaron, me dijo mi yerno que tenía todo el cuerpo blanco por haber estado sobre hielo. Los otros cuerpos estaban todos quemados por el sol".

Ya con la orden del juez ("para que me abran la puerta") y antes de ir al cementerio, la madre de "Martín" pasó por la Comisaría 4ª de Avellaneda. La acompañaban su esposo, su hermano y su yerno. En la seccional "prepararon como un ejército de coches. Unos nos escoltaban por adelante, otros atrás, y todos con armas largas. Y por ahí, donde se entra con vehículos, el portón grande, entramos (creo que fue después del 26 o 27 de diciembre) y nos estaban esperando, a mí, cualquier cantidad de gente del Ejército".

Juana mostró la orden a uno de los hombres, que le dijo: "¿Por qué recurrió al juez si esto lo tenemos nosotros? Bueno, ¡ahí están!" "Era una pila de cuerpos negros, quemados por el sol (¡porque hacía un calor en diciembre! ¿Se imagina?). El tipo me dijo:

—Pero, ¿para qué lo quiere, señora, si acá está bien? ¡Este es un cementerio famoso!

—Yo tengo la orden del juez para pasar a ver. ¿Usted me deja? —le

dije, y los militares hicieron un círculo así alrededor mío y no me dejaban pasar. Y así, tira y afloja, entendí que no me iban a dejar pasar. Yo ya estaba deshecha. Entonces mi yerno me agarró del hombro y dijo '¡Vamos, Vieja!', y me empujó para irnos. En eso miro para allá y lo veo a mi hermano que venía del fondo. ¡Era increíble! ¿Cómo entró, si no dejaban pasar a nadie? Él venía tranquilamente y yo les dije a los tipos 'Es mi hermano'. Uno le dice:

—¿Cómo entró?

—Yo entré metido en la camioneta que lleva las flores —y me dijo: 'No está ahí el Nene'. Él había revisado los cuerpos uno por uno.

—¿Y cómo sabe usted eso? —le preguntaron.

—Porque mi sobrino tenía un físico privilegiado, y los que están ahí eran unos 'tapes' [bajitos, petisos].

Yo vi una cantidad inmensa de cuerpos, eran más de cincuenta —recuerda Juana—. Estaban uno arriba del otro, así como una montaña de leña". Eran los que estaban desparramados en las adyacencias de la morgue, a la cual el hermano de Juana no había logrado ingresar.

"No le puedo decir cómo era de buen hijo, porque yo soy la madre y van a creer que estoy mintiendo. Orlando era alto, de 1,80 m, delgado. Era un buen chico, no tomaba, no fumaba, era deportista: jugaba al básquet, iba al club y después al trabajo. Hacía como un mes que me dijo que se iba de acá. Alquilaron un departamento, se llevó sus cosas de acá y se fue. Pero venía todos los días y tenía un compromiso conmigo de llamarme todos los días, y me llamaba".

El 23 de diciembre por la noche, el doctor Eloy Antonio Monzón escuchó por la radio las noticias sobre el combate. Los informativos anunciaban que "más de cien extremistas" habían muerto en Monte Chingolo. Eloy recuerda que en ese momento "algo se cruzó por mi cabeza, pensé tantas cosas... pero no dije nada". Al día siguiente, con una grave sospecha a cuestas, fue a trabajar al banco. El viernes 26 a la tarde, dos militantes del Frente Legal del ERP le dieron la más terrible noticia de su vida: su hijo Ismael había muerto en combate en Monte Chingolo.

"Inmediatamente empecé a moverme. Como no tenía auto conseguí compañeros que me llevasen al cuartel. Salimos entre las cinco y seis de la tarde y llegamos cuando se estaba poniendo el sol. Es-

taba todo revuelto eso, por lo que había pasado. Nos pararon a los gritos pelados en la calle, antes de la entrada al Batallón. No dejaban arrimarse a los coches, y al nuestro le revisaron hasta las gomas. Entonces yo fui caminando al portón". No lo dejaron entrar:

—¡Retírese inmediatamente! Acá no tiene que venir más. Vaya a la Unidad Regional II de Lanús.

"Fui a la Brigada de Lanús y de ahí me mandaron a la Seccional 4ª de Avellaneda. Allí no me trataron muy bien. Me provocaron, cuando dije a qué iba [...] Cuando ya estaba oscureciendo, agarraron un farol tipo *sol de noche* y me subieron a una camioneta militar que estaba en la comisaría (porque el Ejército estaba ahí también), y me llevaron al cementerio de Avellaneda. Era una camioneta descubierta de color verde oliva. En la cabina iba el chofer y un superior. Yo iba atrás con cinco o seis *milicos*, todos armados, que me custodiaban. Por ahí se escaparon varios tiros. Los *milicos* me decían: '¿A qué venís? ¿Qué vas a ver ahí? ¡Hay un olor a podrido bárbaro y gusanos! ¡No vas a reconocer nada!'. Yo no les contesté, los miraba nada más, hasta que llegamos al cementerio, que estaba tomado por los militares. Fuimos con la camioneta hasta el final del camino y me bajé allá. Cuando se bajan los *milicos*, un superior les manda poner rodilla en tierra y me apuntaban a mí. Después vino otro con el *sol de noche*, un reflector grandísimo, porque ya estaba oscuro. La camioneta había quedado lejos. Mi mujer, que me acompañaba, se quedó adelante. Y ahí vi dónde estaban todos los chicos tirados.

Fui caminando con el tipo que llevaba el *sol de noche*. Él se puso algo en la nariz. Estuve muchísimo tiempo ahí. El tipo me gritaba: '¡Apurate, hijo de puta, que no aguantamos más el olor a podrido!'. Yo le dije: 'Si usted se quiere ir, ¡váyase!, y déjeme el farol'. No me contestó".

La escena era macabra. "Yo iba y venía, veía compañero por compañero, a ver si lo podía individualizar a Ismael. Estaban boca arriba, de cara al cielo, uno al lado del otro, un poquito distantes, como a medio metro uno del otro. Estaban en las inmediaciones de la morgue, tirados en un campito. No había tumbas. Eso sí, había custodia en todo el cementerio, un montón de militares estaban apostados adentro. Vi que los chicos estaban todos en la misma posición, con la cabeza para el mismo lugar, estaban en orden. Ya les habían cortado las manos para identificarlos. Estaban todos peladitos. Des-

pués me enteré que les habían quemado el pelo con un soplete, en el cuartel. No habían sido rapados, y muchos tendrían que haber tenido el pelo largo, como antes. La mayoría de los chicos estaban aplastados, los habían pisado con una tanqueta. Otros me dijeron que fue con una oruga.

De la manera que entré yo, a la izquierda estaba una fila con los chicos. A la derecha, aparte, había otra fila, la de las chicas. Algo las vi. No sé para qué estaban desnudas.

Algunos tenían la cara más o menos bien, otros no. El cuerpo de casi todos estaba reventado. Con mucha tristeza vi que no podía reconocer a Ismael, era imposible, estaban destrozados. Y bueno, entonces me fui, me resigné a irme. No lo reconocí".

Los "Familiares de los Asesinados en Monte Chingolo" afirmaron con posterioridad, en un comunicado, que "quienes han ingresado [al cementerio de Avellaneda] se han encontrado con un montón informe de cuerpos masacrados, mutilados, cortadas sus manos, pisados por la oruga de los carros de asalto, ya en estado de putrefacción. Había también muchas mujeres y niños del pueblo muertos a tiros".

El doctor Eloy Monzón regresó a la Comisaría 4ª. "Los tipos que me volvieron a llevar de vuelta me provocaron todo el viaje. '¡No viste que te habíamos dicho que a qué venías! ¡Lo único que hay ahí son gusanos!', y meta escaparse tiros a cada rato hasta que llegamos a la seccional. Estaban borrachos. Yo pensé que por ahí lo reconocía a Ismael y me lo iban a entregar, pero como no lo reconocí... Así fue que no pude rescatar a mi hijo.

Unos días después, antes de fin de año, leo en el diario que un cura de apellido Nanni les había dado un responso a los chicos, y los habían sepultado en una fosa común. Yo cursé escritos a todos lados, a Gendarmería, a la Policía Federal y Bonaerense, denunciando la muerte de Ismael. Y así fue que un día viene una gente y me entrega una citación: 'Preséntese a la Comisaría de Villa Ballester, tal día a tal hora'. Allá, el oficial de guardia me dice: 'Tengo que darle una noticia que es muy desagradable. Le tengo que comunicar que su hijo Ismael Antonio Monzón murió en Monte Chingolo. Notifíquese'. Ya lo habían identificado. Era enero, más o menos. Empecé a ir a Avellaneda, donde estaba la fosa común, el montón de tierra nada más. Con el tiempo, haciendo trámites en la Brigada de Lanús, me dicen que vaya a la dirección del cementerio, que me iban a decir en

qué lugar de la zanja estaba Ismael. Allá me dijeron 'más o menos por acá está su hijo'. Yo había encontrado una cruz que estaba tirada por ahí en el cementerio, y se la coloqué, le puse esa cruz de madera.

Me quedó el nombre de ese cura, Nanni, y como yo iba mucho al cementerio para arrojar unas flores a la fosa común, veo un cura que andaba llevando una bicicleta y visitaba gente que estaba por las cruces, para ofrecerle servicio religioso. Yo estaba con un compañero del banco que me llevaba cada tanto. Cuando lo veo al cura le digo al compañero 'Esperá un poquito', y me acerco al religioso. '¿Usted es el cura Nanni?' 'Sí, ¿por qué?'. Seguro que pensó 'Este me viene a dar un trabajo'. Lo traté muy mal. Primero le dije:

—¿Usted le dio un responso a los chicos muertos en Monte Chingolo?

—¡Ah! —dice—, ¿los que estaban en la morgue?'

—¿Cómo? ¡Qué morgue, hijo de puta, estaban tirados ahí! Usted es un siervo de monseñor Bonamín, y justo el día que nació el Salvador, vos y tus cómplices dejaron a esos chicos tirados ahí, al aire, al viento, a la lluvia, al sol, todos descompuestos, que se los comían las ratas, los gatos y los perros.

El cura se defendió:

—¿Qué tiene que ver monseñor Bonamín en esto? —Victorio Bonamín era el provicario castrense.

Entonces, yo me agaché y levanté un cascote grande que había y el cura se asustó, se montó a la bicicleta y se las tomó. Él tendría que haberse opuesto a que estén desparramados ahí seres humanos. Le dije que se había prestado a que estuvieran ahí tirados hasta que los arrojaron a una zanja, en vez de llamar y entregárselos a sus familias para darles cristiana sepultura. Él era cómplice de ese acto inhumano [...].

Un día, a fines de febrero, de tantas veces que fui, se decidieron a entregármelo. A la ambulancia de la cochería la siguieron desde Avellaneda hasta la sala del velatorio. Vino hasta el personal superior del banco, y después vinieron los compañeros del gremio que compartían una cierta línea. Vino muchísima gente y estuvimos toda la noche hasta que lo llevamos a Chacarita. Había muchas coronas de amigos. Unos compañeros (algunos eran montoneros) me preguntaron: '¿Podemos traer una corona nosotros?'. '¡Sí, cómo no!' Algunos eran compañeros del banco, otros eran amigos míos. Entonces trajeron una corona que decía 'Agrupación Bancaria, compañeros del Peronismo Auténtico'. Muchos de esos compañeros que estuvieron esa noche conmigo, incluso algunas parejas, desaparecieron durante la dictadura militar".

Era una costumbre en el Banco Nacional de Desarrollo que cuando fallecía un empleado o algún familiar cercano la oficina de personal enviara una corona al velatorio. Eloy recuerda que "los de Recursos Humanos la tenían que mandar doblemente, porque Ismael era empleado, y además hijo de otro trabajador del banco con muchísimos años de antigüedad. Finalmente, el banco no le mandó la corona a Ismael y de esa manera lo castigaron por ser guerrillero".

La Policía bonaerense también allanó la casa del doctor Monzón. "Yo tenía una biblioteca bastante grande. Cuando la ven, preguntan:

—¿Esta biblioteca, de quién es?

—Y, es mía —les digo—. Esta es mi casa.

—¿No es de tu hijo esto?

—No, es mío.

Uno le dice a otro de los facinerosos que vinieron a mi casa con fierros: '¡Che!, vos que entendés de libros, fijate qué libros son esos'. Ese era el superior de esta gente. Entonces saca un libro de color rojo, grande y grueso. '¿Y esto qué es?' Entonces le miro el lomo al libro y le digo 'Es el tomo IV del Código de Comercio comentado de Zavala Rodríguez'. '¡Ah!', dice. Al lado, yo tenía las obras de Lenin, pero forradas en papel araña de color celeste. Bueno, a ésas no las tocaron, porque lo que a ellos les interesaba era el color. ¡Se ve que entendían de libros!

Nosotros en el banco teníamos un estatuto. Digo teníamos porque el Banco Nacional de Desarrollo no existe más. Lo cerraron Cavallo y el Fondo Monetario Internacional, porque le daba créditos a la pequeña y mediana empresa de capital nacional. El estatuto decía que como éramos empleados del Estado, 'cualquier novedad que fuera de importancia, había que comunicarla'. Entonces, aprovechando la excusa del estatuto, yo hice una nota denunciando la muerte de Ismael, dirigiéndome al gerente de personal, que la elevaría al Directorio: 'A tal hora vinieron a mi casa dos personas y me dijeron que mi hijo había muerto combatiendo en Monte Chingolo, durante el copamiento del Batallón de Arsenales 601 Domingo Viejobueno',

pidiendo además unos días de licencia para confirmar la información. Los compañeros del banco le sacaron fotocopias a la nota y la repartieron, hicieron un volante de ahí. Ellos me escuchaban con mucho respeto. Yo les decía que me sentía orgulloso de la muerte de Ismael. Orgulloso porque había peleado contra este Ejército que no era el de San Martín".

Poco después, al doctor Eloy Monzón le aplicaron la ley de prescindibilidad, dejándolo cesante. "Sería un subversivo en potencia, como decía la ley, entonces me despidieron".

El 25 de diciembre, José Felipe Villanueva y Armandina Gladys Bustos fueron informados por los compañeros de Solidaridad de que su hijo Eduardo César Escobar y su esposa María Inés Marabotto, habían muerto durante los combates en el cuartel. Juana Marabotto, una de las hermanas de "Inesita", dice que fue la madre de Eduardo quien le comunicó la terrible noticia. "Cuando me lo dijo sentí un odio muy grande en ese momento. Yo fui la que le tuvo que dar la noticia a mi mamá, y como yo no soy de darte vueltas y mentirte, vine y le dije directamente: 'Mamá, murió la Inesita junto con Eduardo'. Busqué miles de vueltas para decirle, entonces fui y se lo dije directamente muy, muy dura.

Poco después, a mi mamá la habían llamado por teléfono, como que la llamaban de larga distancia. No se entendía nada y aparentemente se cortó la comunicación. Entonces le pregunté a la madre de Eduardo y ella me dijo 'Vamos a averiguar'. Me dijo que hay una chica herida en la cabeza que está mal, y que la habían trasladado a Mendoza. La tenían allá cuidándola, curándola, no sé qué. Pensamos en casa que podría ser Inesita. Después, a la mamá de Eduardo yo no la vi nunca más. De ahí es que nos quedaba la duda de si mi hermana estaba viva o estaba muerta.

Entonces empezó una tortura para nosotros porque la Policía nos vigilaba y esto nos dio mucho miedo, estábamos aterrorizados."

Graciela, sobrina de Inesita, recordó que "en la comisaría parecía que estaban trasladando al presidente por el operativo que habían montado. Allanaron la casita de ellos y dijeron que les sacaron un montón de armas. Pero no había nada ahí".

"Entonces le avisé a mi hermano —dice Juana—, que se encontraba muy mal y que se vino igual". A Rodolfo Francisco Marabotto, que era policía en Santa Fe, lo habían operado recientemente de una peritonitis aguda. "Se vino y dijo: 'Lo que voy a hacer es ir a denunciar la desaparición de ella'. Fue con mi hermana Sunilda y hubo un operativo. Los cargaron ahí, a los dos los detuvieron. Después allanaron la casita de Eduardo y María Inés. Ellos vivían en Libertad, en el Barrio Rivadavia, cerca de la comisaría, en una casa aparte, alquilada. Suni y Rodolfo estaban en el patrullero y nunca vieron qué sacaron de allá. Los policías dijeron que estaba llena de armas, pero era una prefabricada, que era una pieza nomás. Yo iba siempre y no había armas ahí adentro. No había porque yo era de abrirle un armario que tenía y mirarle qué se había comprado, entonces me ponía contenta cada vez que se compraba algo.

Suni no quiere hablar de cuando estuvo presa. Sabemos que la golpearon, que la tenían atada, que 'se hacía encima', pero no sabemos más. Como era esta gente, es evidente que algo más le hicieron porque ella habla de eso y llora. Ahí estuvieron los dos, detenidos y torturados.

Una noche, con mi hermana Ramona prendimos una vela ahí en el pasillito, para prenderle a la Inesita porque sabíamos que estaba muerta. En eso, tocan el timbre y golpean. Mi padrastro, que era policía, salió a abrir y yo vi que afuera había un montón de policías y militares arrastrándose cuerpo a tierra y apuntándonos. ¡No sé qué pensaban que era esa vela! Para nosotros todo esto fue terrible, teníamos miedo.

A la mamá de Eduardo la llevaron presa por poco tiempo, pero después fue detenida otra vez y murió en la cárcel. Según los vecinos, cuando allanaron su casa, encontraron en los sótanos libros y armas. Pero yo estuve ahí y nunca vi un sótano. Por adentro no sé, pero por afuera sigue intacta", afirma Juana. La casa, ubicada en una calle de tierra (Padre Moraga, del Barrio Rivadavia de Merlo), está actualmente desocupada. Un descuidado jardín en los fondos de la vivienda es testigo de su abandono. Los vecinos recuerdan aún con claridad el enorme despliegue de vehículos militares durante el allanamiento. A poco más de cien metros de distancia, en la calle Constancio Vigil, vivía la familia de María Inés Marabotto.

"Después, mi hermano Rodolfo, con otra gente, fue al cementerio de Avellaneda. Se quedó escondido detrás de los panteones para ver, porque había gente rondando por ahí cuando la estaban enterrando a

Inesita. Él dijo que 'lo que enterraron de ella fue una bolsa de huesos'. Y cuando se iban a ir de allá, llegaron como cuatro y dejaron una palma así de flores que decía 'Ejército Revolucionario del Pueblo'."

Los familiares de los muertos en Monte Chingolo rechazaron la versión oficial del sepelio y afirman que sus seres queridos fueron enterrados en una fosa común.

El 12 de enero de 1975, tras un interrogatorio de tres horas en una comisaría del Gran Buenos Aires, a Laura Bonaparte le informaron que su hija Aída Bruchstein estaba enterrada en la Fosa 28 del cementerio de Avellaneda. En su declaración ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, Laura afirma que "en el cementerio se descubrió que era una fosa común. Era un cuadrado de 5 x 5 metros entre la pared del fondo y el depósito de coronas de flores. Al lado había una fosa de agua verde, encima una crucecita con un cajón abierto. De esa forma se habían enterrado más de cien personas incluyendo a Aída".

En el cementerio, el sepulturero le contó a la madre de Noni que un camión volcador trajo los cuerpos. "Vino el camión y largó la carga. Lo que volcaron ya no eran cuerpos. ¿Para qué quiere el cuerpo de su hija si no lo va a encontrar?". "Yo le pregunté —dice Laura— qué era ese pozo con agua verde y él me dijo que cuando el camión volcó los cadáveres, el peso de los cuerpos hizo hundir la tierra [...] Todo estaba removido y se había juntado agua de la lluvia. Cuando el sepulturero me mostró cómo fue la fosa al principio, a él se le hundían las botas en el agua y la tierra blanda, ahí, ¡con los cuerpos de los chicos casi a flote en la superficie! Después me contaron que el olor era tan fuerte que fueron tapando el lugar con basura".

Años después, Laura Bonaparte consiguió un permiso para realizar la exhumación. Conservaba la esperanza de rescatar el cuerpo de su hija pues, según la versión oficial, los cadáveres habían sido sepultados en cajones. Sin embargo, "cuando abrí la fosa no había restos de madera de cajones. Encontré seis pares de fémures revueltos y sólo dos cráneos. Ahí faltaban cuatro cabezas. Yo sabía que los militares cometieron atrocidades, sabía de los tratos bestiales a que fueron sometidos [los prisioneros] antes de ser muertos, pero ahí lo que quedaba al descubierto era la crueldad del militarismo al cebarse con cuerpos sin vida".

El sepulturero y su señora le informaron a la señora Bonaparte de la existencia de una segunda fosa común. Ese era el lugar donde había sido enterrado el segundo grupo de víctimas (una docena de personas) de la represión militar en Monte Chingolo. "Me mostraron un espacio lleno de árboles y me dijeron: 'Debajo de los árboles está la fosa'. Yo les señalé el lugar a los antropólogos. Ellos levantaron los árboles y comenzaron a hacer su trabajo".

La "Gata" también estuvo en el cementerio de Avellaneda. "En el lugar donde compro las flores pregunté dónde estaba la fosa y ahí me dijeron que era justo derechito, donde estaba el camposanto, al fondo del cementerio, cerca de un gomero. Cuando estoy caminando un sepulturero me dice '¿A dónde va?' Yo le dije y él me explicó cómo llegar. '¿Tiene florero?' 'No'. Entonces me consiguió uno, lo llenó de agua y yo fui a poner las flores. Cuando estoy ahí, un señor medio gordo, con bigote, se me empieza a acercar. Yo, que soy atea, me arrodillé (estaba con pollera y tacos) haciendo como que rezaba. Después me levanté y despacito, despacito, me fui. El sepulturero me dice:

—¿Tuvo algún problema?

—No, pero se me acercaba ese señor.

—¡Bueno!, cuando es día del padre, día de la madre, o alguna de esas fechas, estos tipos siempre se acercan. La otra vez se llevaron a una mujer".

Cuatro años después, en 1979, la Gata volvió a poner flores en la fosa. "Era un pastizal tremendo, tan alto que una no se podía acercar. No había nada, ni una cruz. Yo le mandé decir a mi hermana, en el exterior, que 'había dejado flores en el jardín'. Ella entendió y se lo dijo al capitán Santiago [Irurzun], que se puso contento.

Al otro año vuelvo y ahí encuentro toda la tierra revuelta, arcillosa, sin pasto. La madre de Osvaldo Busetto me dijo que a los cinco años los restos van al osario. Pero yo ahí encontré huesos entre la tierra revuelta, sobre la superficie. Había una vértebra, un peroné, y yo me quedé sin aliento. Eso fue un domingo. Había una familia ahí, estaban todos callados mirando y yo no atiné a decir nada. Con lo que había visto me temblaban las piernas y todo. Ellos tampoco dijeron nada, pero esa familia estaba también ahí por algo, ¿no? Yo había llevado un frasco para dejar las flores, las puse y volví. Fue muy impresionante para mí eso".

Los relatos de ex militantes y familiares de muertos en Monte Chingolo corresponden a conversaciones con el autor.

Las actuaciones para la identificación de los muertos y su inhumación están tomadas de la causa 82.090/75 del Juzgado Federal N° 1 de La Plata. Las declaraciones de Carlos Hours y el general Albano Harguindeguy, y detalles sobre el copamiento militar del Cementerio de Avellaneda se encuentran en el libro de Martin E. Andersen, *Dossier secreto*. Datos sobre las cifras de muertos según fuentes oficiales figuran también en el libro de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad*.

CAPÍTULO 17

Las repercusiones

"Los elementos que había eran más que suficientes para haber levantado la acción".

DANIEL DE SANTIS

En la mañana del 24 de diciembre, un centenar de dirigentes sindicales encabezados por Casildo Herreras (secretario general de la CGT) y Lorenzo Miguel (titular de las 62 Organizaciones), acudió a la Casa de Gobierno para saludar a la Presidente con motivo de Navidad y Año Nuevo. Isabelita los recibió acompañada por su ministro de Trabajo, Carlos Ruckauf. Antes de agasajar al centenar de visitantes con un vino de honor en el Salón Sur de la Casa Rosada, la viuda de Perón tuvo un aparte con Miguel, Herreras y Ruckauf, en el que no faltaron los temas de Monte Chingolo y una posible intervención a la provincia de Buenos Aires.

Por esos días, mientras los gremialistas "ortodoxos" respaldaban al gobierno —con el que habían recompuesto sus relaciones después del "Rodrigazo"—, el gobernador Victorio Calabró se había sumado a la creciente oposición golpista. Ese mismo diciembre, sus críticas al gobierno nacional le habían costado la expulsión del Partido Justicialista, de la CGT y de las 62 Organizaciones. Antes del combate de Monte Chingolo, Calabró esperaba ser destituido en unos pocos días, ya que Lorenzo Miguel impulsaba la intervención federal a la provincia. El frustrado copamiento daba una buena ocasión para reiterar lo ocurrido en enero de 1974, cuando el ataque del ERP en Azul fue usado para desplazar al anterior gobernador bonaerense. Con otros personajes, la historia parecía repetirse.

Sin embargo, la situación del país y de las fuerzas que operaban en ella era muy distinta. Mientras la Presidente reunía en su despacho al gabinete para recibir un minucioso relato del ataque al Bata-

llón "Viejobueno" de parte del ministro de Defensa, Tomás Vottero, el Comando General del Ejército preparaba dos declaraciones que mostrarían los nuevos vientos que soplaban.

A las 13.15 del día 24, el teniente general Videla envió el siguiente radiograma a Calabró: "Señor gobernador: Sean mis primeras palabras, luego del resonante triunfo de las fuerzas del orden obtenido ayer en el Batallón de Arsenales 601, para manifestarle la profunda satisfacción del Ejército Argentino por la valerosa y eficiente acción desarrollada por la Policía de la Provincia y por la presteza y diligencia de todos los organismos provinciales que intervinieron en el hecho. Esta acción mancomunada es la que brindará a la Nación la fuerza para reencontrarse con su destino de grandeza".

Para que no quedasen dudas, a las 14 se dio a conocer el comunicado oficial del Ejército, dirigido a la opinión pública. El texto destaca "su enorme satisfacción por la forma abnegada, valiente y sumamente eficiente con que la Policía de la Provincia de Buenos Aires cooperó con la fuerza, en el aniquilamiento del enemigo subversivo, quien en otra desesperada acción criminal intentó copar en vano unidades del Ejército y policiales. Asimismo, debe recalcarse la permanente y valiosa colaboración de las autoridades de la Provincia de Buenos Aires".

Las 62 Organizaciones hicieron su último intento el 26 de diciembre, cuando difundieron una declaración que denunciaba la existencia de bandas armadas en la provincia de Buenos Aires y hacía responsable a Calabró por la "escalada de violencia subversiva que se ha entronizado en el primer Estado argentino". La declaración sostenía que las bandas armadas actuaban con "total impunidad" y se las responsabilizaba de los "asesinatos y agresión a unidades de las fuerzas armadas y de seguridad". Las 62 Organizaciones solicitaban "que las autoridades nacionales dispongan la intervención de la provincia de Buenos Aires" y expresaban su "solidaridad con los jefes, oficiales, suboficiales y soldados en la batalla que están librando contra la subversión apátrida". El comunicado considera que "los ataques terroristas del 23 de diciembre constituyen la culminación de una serie de sangrientos episodios que se vienen produciendo en la provincia de Buenos Aires, sin que sus autoridades hayan adoptado una sola medida para contenerlos".

La maniobra de Lorenzo Miguel resultó infructuosa. El gobierno

no se atrevería a destituir a Calabró tras el manifiesto apoyo de Videla. El comandante general del Ejército, por su parte, mantenía en el tablero de sus maniobras políticas a un importante aliado. La prensa internacional describió la situación como "otro hecho significativo que se agrega a los muchos que sirven para aumentar la inquietud sobre el futuro político del país", según interpretaba el diario *Arriba*.

EL EMPLAZAMIENTO

Tras la reunión de gabinete del 24 de diciembre, en la Casa Rosada se presentaron los tres comandantes generales de las Fuerzas Armadas: Videla, Massera y Agosti. En el despacho del primer piso, informaron a la Presidente sobre los combates en Monte Chingolo. Después de la reunión, el teniente general Videla voló hacia Tucumán, para encabezar la formación principal del Ejército con motivo de la Nochebuena. El lugar elegido era mucho más que simbólico: la "Escuelita" de Famaillá, donde funcionaba el comando táctico del "Operativo Independencia", y que ya entonces era un centro clandestino de detención y tortura. Vestido con ropa de combate y casco, Videla pronunció un mensaje al que los diarios del 26 de diciembre dieron toda la relevancia que merecía.

La arenga del futuro dictador genocida comenzó con lo que era, a la vez, una denuncia y una advertencia: "Tenga presente el Ejército y compréndalo así la Nación, que la delincuencia subversiva, si bien se nutre de una falsa ideología, actúa favorecida por el amparo que le brinda una pasividad cómplice. Ante esta dura realidad, que aceptamos con patriotismo, miramos consternados a nuestro alrededor y observamos con pena, pero con la sana rabia del verdadero soldado, las incongruentes dificultades en que se debate el país, sin avizorarse solución". El discurso seguía, en el espíritu de las proclamas del recientemente sofocado alzamiento del brigadier Capellini: "El Ejército Argentino, con el justo derecho que le concede la cuota de sangre generosamente derramada por sus hijos héroes y mártires, reclama con angustia, pero también con firmeza, una inmediata toma de conciencia para definir posiciones. La inmoralidad y la corrupción deben ser adecuadamente sancionadas. La especulación políti-

ca, económica e ideológica, deben dejar de ser medios utilizados por grupos de aventureros para lograr sus fines. El orden y la seguridad de los argentinos deben vencer al desorden y la inseguridad. Así, sólo así, la República toda recobraría toda su fe y el espíritu nacional que hasta no hace mucho la había caracterizado".

Videla anunciaba su versión del porvenir inmediato: "Frente a estas tinieblas, la hora del despertar del pueblo argentino ha llegado. La paz no sólo se ruega; la felicidad no sólo se espera, sino que también se ganan". Y, como al pasar, mencionaba un plazo, noventa días, que habría de cumplirse con total precisión.

Poco después de que el comandante general del Ejército, desde un *chupadero* y ante las tropas que ya habían iniciado el terrorismo de Estado, ponía un plazo para el golpe, la cadena nacional de radio y televisión difundía el mensaje navideño de la Presidente al país. Algunos corresponsales extranjeros se esforzaban aún por tratarla respetuosamente: "Palabra conmovida y conmovedora la de esta mujer, deseando a su pueblo todo género de venturas en estas fiestas navideñas".

Al día siguiente, Videla cursó más radiogramas de felicitación: al almirante Massera, al brigadier Agosti y al jefe de la Policía Federal, comisario general Omar Pinto.

Quien, en cambio, no recibió felicitación alguna fue el entonces comisario inspector de la Policía bonaerense Ubaldo Víctor Stella. En su informe a su jefe (el comisario mayor Carlos Cernadas), Stella había denunciado que "en cuanto a [los guerrilleros heridos capturados] hágole saber que el personal militar limitó la actuación policial tomando directa intervención en los hechos", con lo que deslindó toda responsabilidad por su destino.

"Este tema está para mí cerrado —dirá Ubaldo Stella al autor—, me trajo muchos problemas y además estoy en una edad en que tengo que cuidarme. Aquel día nos mandaron al sacrificio como chanchitos, a mí y a los trece compañeros [comisión policial que atacó la contención guerrillera en Cadorna y Camino General Belgrano]. Después de ese momento me abandonan, ¡todos!, el Ejército, la Jefatura, todos. ¡Son unos traidores! Como recompensa por lo de Monte Chingolo me trasladaron a Pehuajó, en plena época de la subversión. ¡A Pehuajó!, es decir a 350 km de mi familia, de mi mujer y mis dos hijos.

"Después de 31 años de servicio me dejaron cesante, y ¿sabe por qué? Porque dije que un jefe militar estaba loco de la cabeza. Él estaba muy enfermo, tenía cáncer, pero eso sí, ¡estaba de la cabeza!", afirmó finalmente el ex comisario mayor Ubaldo Víctor Stella.

El 26 de diciembre, el ministro de Defensa Tomás Vottero se reunió durante más de media hora con los comandantes generales de las tres armas, con quienes "analizó el episodio subversivo de Monte Chingolo y el trámite de la investigación policial en esos sucesos", al decir de los diarios porteños.

Por su parte, monseñor Adolfo Tortolo expresaba a la prensa extranjera que "si esto no se arregla de inmediato, en los próximos días, creo que no llegaremos a las elecciones para la sucesión presidencial en 1977". Tortolo, arzobispo de Paraná, presidente de la Conferencia Episcopal Argentina y vicario castrense, estaba en plena mediación entre los militares y el gobierno para encontrar una salida política a la crisis, en lo que él mismo definió como una "misión pacificadora". Diariamente conversó con los comandantes generales y la Presidente, reuniones en que —a la luz de sus declaraciones— más que como mediador parecía actuar como correa de transmisión de las presiones militares sobre el gobierno. Los comandantes insistían en sus acusaciones sobre "la inmoralidad y la corrupción" reinantes, que como luego lo mostrará con creces la dictadura, sólo eran un caballito de batalla en la preparación psicológica del golpe.

No sólo monseñor Tortolo mostraba el alineamiento de la Iglesia junto a los tres comandantes. El arzobispo de La Plata, Antonio Plaza, en su mensaje de fin de año dijo que la Argentina estaba "expuesta a la disgregación y al caos si no se reacciona rápida y enérgicamente". El prelado afirmó que "por desgracia no hay timón en la nave del Estado, que prudentemente y con firmeza ponga remedio a esta situación", en la que destacaba la violencia, la crisis económica, el problema salarial y la corrupción administrativa. Para el arzobispo de La Plata, todo eso ocurría "ante la impotencia de un Estado que se desintegra y que carece de autoridad para ejercer el poder que le confiere el pueblo". Ni el mismo Videla se atrevió en esos días a realizar una declaración tan descaradamente golpista.

LA NACION

Pasarían de 100 los extremistas muertos

Conócense nuevos pormenores de los acontecimientos ocurridos en Monte Chingolo y en otros lugares de la Capital y la provincia

No intervien... a Buenos Ai...

Lo informó el Dr. Robledo; confi... Gabinete; nuevo secretario de Pr... dispuso proscribir al Partido Ju...

Mensaje de Videla desde la región de operaciones

Saludo de Na... de la Preside...

Reconocimiento del Ejército a Calabró

El informe oficial sobre las víctimas

En otras columnas

Editoriales

Portugal

Segundo

Ejecutivo

Tribunales

Indice

Zona Sur del Gran Buenos Aires Fue Escenario de una Acción Subversiva de Gran Envergadura Reprimida con Rapido Exito por las Fuerzas de Seguridad

MAS DE 100 EXTREMISTAS HAN MUERTO EN EL ENFRENTAMIENTO

LA RAZON

Esta Mañana se Hacían Razzias

7 Militares y 2 Policías Caídos

LOS POLÍTICOS

Los plazos se acortaban dramáticamente, pero Videla aún no había descartado un "golpe institucional" o la "bordaberrización" del gobierno. Tal como había ocurrido en Uruguay en 1973 con el presidente Juan María Bordaberry, esta variante significaba seguir por un tiempo con María Estela Martínez en la Presidencia, pero en un gobierno esencialmente controlado por las Fuerzas Armadas. Sin embargo, esta salida era rechazada por sectores militares y políticos, pa-

ra quienes, en todo caso, el desprestigio y la incapacidad demostrada por Isabelita "recomendaban" su remoción. Frustrados los intentos de relevarla mediante una nueva licencia, o incluso a través de un juicio político, preferían el golpe liso y llano.

Tras la derrota del ERP en Monte Chingolo y de una serie de golpes propinados a los Montoneros, con el constante deterioro del gobierno y el claro apoyo a una salida "de fondo" de parte de la Iglesia y los principales partidos tradicionales, las Fuerzas Armadas finalmente descartaron la "bordaberrización" y se definieron, hacia fines de enero de 1976, por el "golpe total".

Con ese horizonte a la vista, algunos políticos recurrieron a maniobras de supervivencia. El ministro de Trabajo Carlos Ruckauf, futuro vicepresidente de Menem, optó por enviarle un telegrama al almirante Eduardo Emilio Massera. El texto, del 27 de diciembre, decía:

"Hágole llegar Sr. Comandante General mi profundo pesar por los caídos en los sucesos acaecidos el día 23 del corriente contra elementos extremistas y mis felicitaciones por la activa y heroica participación del Arma mancomunada con Ejército y Fuerza Aérea en la batalla que se está librando contra la subversión apátrida con el supremo sacrificio de sus vidas.

Dr. Carlos Federico Ruckauf

Ministro de Trabajo".

Confiaba en que el almirante le retribuiría el gesto y no se equivocó. Después del golpe del 24 de marzo de 1976, Massera encomendará la custodia de Carlos Ruckauf al suboficial de la Policía Federal Ramón Ramírez, quien al mismo tiempo protegía las espaldas del intendente de la Ciudad de Buenos Aires, brigadier Osvaldo Cacciatore. Ruckauf y Ramón Ramírez pudieron asistir despreocupadamente al Teatro Colón y a los recitales de Les Luthiers en el Teatro Coliseo, mientras las *patotas* militares secuestraban y torturaban a miles de opositores.

En los medios de prensa argentinos, claramente basados en los trascendidos hechos correr por la inteligencia militar, se daba como un "hecho" la supuesta participación de Montoneros en el ataque del ERP al Batallón "Viejobueno". Inmediatamente después de la batalla, en medio de la falta de reacción o indiferencia de partidos y agru-

paciones del campo popular, el gobierno aprovechó para golpear sobre las estructuras legales de la llamada "Tendencia Revolucionaria" del peronismo. El 25 de diciembre se dictó el decreto que ilegalizaba al Partido Auténtico. Al mismo tiempo se prohibía la impresión, distribución y circulación de su órgano oficial, el periódico *El Auténtico*.

En un comunicado, los Montoneros definieron a los sucesos de Monte Chingolo como "una grave derrota para el campo popular" desde el punto de vista militar, "porque no fue logrado el objetivo, el elevado número de bajas —el mayor que ha sufrido el campo popular en un solo combate—, la pérdida de armamento, equipos, etc". También los caracterizaba como una derrota "en el plano político", no por el "afianzamiento moral del enemigo, sino porque se resiente la confianza de las masas y de los aliados de la clase trabajadora en la capacidad de derrotar militarmente a las Fuerzas Armadas del imperialismo, por parte de una organización popular".

Sin embargo, no hacía mención a que el PRT-ERP había recurrido a una salida militar para resolver un problema político: un intento por evitar el golpe. La crítica se concentraba en el tipo de acción emprendida, con respecto a la situación general del país: "Del planteo táctico del ERP se desprende la pretensión de reducir una unidad militar de gran envergadura, y para ello tomar virtualmente la Zona Sur del Gran Buenos Aires. Y, además, se decide ejecutar la acción conociendo que el enemigo estaba alerta. Esta valoración, en su conjunto, revela una incomprensión de la relación de fuerzas en una etapa de defensiva estratégica. [...] Esta incomprensión de la etapa se revela en la valoración de las consecuencias. En una etapa de defensiva, es suicida arriesgar el conjunto de las fuerzas en una batalla decisiva. Debemos eludir las 'batallas decisivas' y multiplicar los pequeños combates que desgastan al enemigo pero preservan a nuestras fuerzas de una derrota de esta envergadura".

Finalmente, el comunicado montonero admitía que la derrota del ERP "afecta al conjunto del campo popular".

En el periódico *Nuestra Palabra*, órgano del Partido Comunista, el columnista que firmaba como "Polemos" (Fernando Nadra, según relata María Seoane en *Todo o nada*) escribía: "Se condujo al matadero a un centenar de muchachos y muchachas quinceañe-

ros que seguramente han demostrado un arrojo y un espíritu de sacrificio digno de mejor causa. ¿Se tiene el derecho de explotar el odio inmaduro y el desequilibrio emocional de los adolescentes por lo que sucede en el país, para conducirlos a una masacre?". Otro artículo del mismo número afirmaba, aceptando con total ligereza las versiones de inteligencia militar, que "la edad de los atacantes —en esto parece haber pleno acuerdo [*¿De quiénes?*, n. del a.]— entre los 16 y los 20 años" (la edad promedio de los combatientes caídos era, en realidad, de 27 años). En el local del Comité Central del PC de la capitalina calle Entre Ríos, Fernando Nadra, para no dejar dudas, llegó a decirle a Manuel Gaggero que "los comunistas nunca amparamos la provocación y el aventurerismo militar. Además, el hecho de que *los jóvenes que fueron al cuartel estuvieran drogados* [destacado del autor] nos parece de un infantilismo completo. Nosotros condenamos públicamente esto que ha hecho el ERP".

Dirigentes comunistas concurrieron al Batallón de Arsenales 601 para saludar a los militares. En *Nuestra Palabra*, bajo el título de "Concejales del PC en Viejobueno", se puede leer que "la posición del PC fue manifestada personalmente por los concejales comunistas Gerardo Charrú y Pascual Romano a un Mayor del Regimiento 1 de Infantería, durante una breve entrevista que se efectuó en el cuartel 'Viejobueno'. El militar agradeció la presencia de los concejales y manifestó que la solución política, económica y social del país debe dársela el pueblo y no los grupos terroristas".

La reunión mencionada tiene que haberse efectuado en la mañana del día 24 de diciembre, con la sangre de los muertos todavía tibia, ya que la Sección Retén del Regimiento de Infantería 1 "Patricios" se retiró del cuartel a las 11 horas de ese día, según consta en el parte de combate de la unidad. El oficial al que los concejales comunistas estrechaban la mano y felicitaban no era otro que el segundo jefe del RI 1, mayor Felipe Jorge Alespeiti, quien dirigió el contraataque desde el puente Nicolás Avellaneda hasta el Batallón de Arsenales 601. Mientras los concejales comunistas felicitaban al mayor, los conscriptos no habían terminado de reunir en un galpón los cuerpos destrozados de los "drogados" combatientes del ERP.

"Un rasgo de aventurerismo"

"Nosotros recién pudimos rearmar un panorama de la situación al otro día, el 24 a la noche, con la información de la gente que se retiró y que hizo luego contacto. Los compañeros se retiraron en orden, en el sentido de no perder la calma, tratando de salir organizadamente y con su equipo, pero en desorden desde el punto de vista del Mando Central", reconoce Luis Mattini. "El plan que había de retirada —que no era muy bueno que digamos porque no tenía mucha alternativa— se fue al carajo. Entonces se perdió el control total.

Entre la información que recibíamos estaba la de los compañeros —de los grupos de Solidaridad planteando listas con las personas que faltaban. Pero tampoco podías apresurarte en reclamar porque por ahí luego aparecían. Otras informaciones eran concretas: decían 'han matado tanta gente en la entrada al cuartel'. Después empezaron a aparecer más sobrevivientes. 'Fulana llegó a Córdoba, herida'. La compañera atravesó toda la ciudad, se tomó el ómnibus y tenía una herida en el pecho. Así y todo llegó a Córdoba por su cuenta, ya que había perdido contacto con la unidad propia de ella. Otros grupos, no; salieron organizadamente, se reconcentraron y después se comunicaron con nosotros.

La primera conclusión que sacamos fue que ellos estaban avisados, eso quedó clarísimo. [...] Nosotros creímos en ese momento que no había habido tropas ahí adentro, sino que las habían estacionado dentro de un gran círculo alrededor del cuartel [y que] los compañeros fueron reprimidos por estas tropas. Esa fue la versión que manejamos durante años. Últimamente, a raíz de lo que se ha investigado (¡porque el Ejército no habla nada de esto!), parece ser que no tenían tropas estacionadas ahí, sino que las transportaron con helicópteros, rápidamente".

En su libro *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, el mismo Mattini recuerda que "la reconstrucción de los hechos fue muy difícil, tanto por las confusas y contradictorias informaciones como por la tensión que prevalecía en el ambiente. Más allá de la aventura en sí, la suma de detalles que llegaban al organismo, las críticas de quienes habían participado (todavía sin tener en cuenta la gran crítica política) por yerros importantes en la coordinación, planificación y control, revelaban que la operación estaba pésimamente preparada".

Desde las bases del PRT se elevaron fuertes críticas a la dirección. "Recibíamos presiones de compañeros que criticaban diciendo '¿Qué pasó?'. Había momentos en que estabas ahorcado, tenías que responder igual a esas presiones, y no siempre lo hacías bien. Hubo un caso —recuerda Mattini—, el de un compañero al que habíamos mandado a Portugal en esas cosas que hacíamos los internacionalistas, y nos manda un mensaje: '¿Qué pasó?', con una nota diciendo que '¡aventureros y pusilánimes tienen que ser juzgados con la misma vara!'. Una cosa interna muy fuerte. Santucho se puso loco. Le mandó a decir 'Vení para acá, argentino. ¡Mirá bien lo que decís que la cosa no se hace así!".

El 25 de diciembre, Santucho, Urteaga y los mandos sobrevivientes se habían encontrado para hacer una primera evaluación, y al día siguiente reunieron al Buró Político. "Cuando se hace la reunión del BP, la evaluación ya viene de segunda mano —recuerda Mattini—, porque yo no escuché a los mandos de las unidades, ni a la gente que combatió. Ahí no se evaluaron todos los detalles que después aparecen: fallos de las comunicaciones, posible sabotaje, etc. En esa reunión no hubo mucho detalle y el informe fue bastante global. Aunque estabas en la contradicción de la evaluación política —la catástrofe militar estaba a la vista—, la primera conclusión que sale de esa reunión fue política".

"En Santucho hubo un atisbo de autocrítica cuando dijo que el lanzamiento de semejante acción revelaba 'un rasgo de aventurerismo' en la dirección". Sin embargo, esa apreciación no fue incluida en el documento del Buró Político que evaluaba la acción, aunque Santucho admitía en él alguna responsabilidad en el fracaso del copamiento: "En conocimiento de hechos que indicaban la posibilidad de que el enemigo hubiera descubierto nuestros planes, el mando de la operación resolvió erróneamente llevarla adelante, responsabilidad que, en parte, es extensible a la Comandancia del ERP; el primer indicio fue la desaparición días antes de dos compañeros que conocían la acción, hecho conocido por el mando de la operación y la Comandancia del ERP".

"Yo me acuerdo —dice Daniel De Santis, ex miembro del Comité Central del PRT— que lo que se planteó fue que había sido un rasgo de aventurerismo haber llevado adelante la operación existien-

do evidencias de que la acción estaba cantada. La dirección nuestra tenía mucho prestigio, y era muy difícil pensar que la responsabilidad era de la máxima dirección. Inconscientemente, uno no quería ni pensarlo tampoco, porque era medio como que se desmoronaba todo si así lo hacíamos".

Sin embargo, el documento emitido por el Buró Político encaraba el problema exclusivamente desde el punto de vista militar: "Fue un gravísimo error haber lanzado la acción en conocimiento de indicios ciertos de que el enemigo podría estar alertado". Este factor debería haber sido suficiente para delimitar responsabilidades y forzar la renuncia de los responsables de tamaña negligencia; pero el documento analizaba que "ese error —que nos costó tanto— y cuya responsabilidad recae principalmente en el mando de la operación con extensión a la Comandancia del ERP, reconoce fundamentalmente dos causas: 1) subestimación del enemigo. 2) déficit en la técnica militar".

Con respecto al primer ítem, el BP entendía que la subestimación del enemigo era producto de "una exageración del espíritu combativo en algunos casos, y simple fanfarronería [!] en otros, muy extendidos en nuestra Organización y extremadamente nocivos, que conspira contra la eficacia de nuestro accionar". En cuanto al déficit en la técnica militar, el documento señalaba que "hemos llegado a un grado de desarrollo y a un estado de guerra que exige mayor calificación de la que tenemos. Más consciente que nunca de ese déficit, el BP pondrá en juego todos sus recursos para solucionarlo y apela en ese sentido a todo el Partido y el Ejército".

Luis Mattini agrega que "después de las conclusiones políticas, salieron las operativas. En terminos militares Santucho plantea que 'el problema fue la falta de oficiales'. Pero en realidad, lo que estaba diciendo era que el comandante que dirigió la operación, o sea Benito Urteaga, 'no andaba', pero no lo podía decir de esa manera. Otra cuestión era que el ERP, para semejante nivel de enfrentamiento, no tenía oficiales técnicamente preparados". Entonces Santucho realiza una propuesta poco menos que insólita.

"Y él ahí planteó que había que reunir al Comité Central y que tenía que liberarlo de la prohibición de actuar en operaciones urbanas (medida votada por el PRT para preservar a su líder), con lo cual nosotros 'le tapamos la boca', le dijimos que no, terminantemente

que no, primero porque no tenía sentido y segundo porque tampoco él era un hombre que había hecho tanta experiencia militar. Eso era un mito. En todo caso, Santucho tenía otras condiciones mucho más importantes que las militares", dijo Luis Mattini al autor.

¿Un "triunfo político"?

"La evaluación política fue tan catastrófica como la militar. La conclusión que sacó Santucho [fue] que la acción 'fue una derrota militar y un triunfo político', como dijo parafraseando a Fidel Castro, pero en realidad no fue así", relata Mattini.

Con respecto a la frase de Castro, hay que recordar que en Cuba, después del anuncio del dictador Fulgencio Batista de que la guerrilla había sido derrotada, Fidel atacó el cuartel de Uvero. Fue una "derrota militar" porque esa acción le costó tres muertos y varios heridos al Movimiento 26 de Julio, pero al mismo tiempo fue un "triunfo político" porque puso en ridículo a Batista y sus aseveraciones. Nada más alejado de ese contexto que lo ocurrido en el Batallón "Viejobueno".

Sin embargo, y pese al supuesto "triunfo político" del ERP, en la reunión del BP "se analizaba que la derrota militar en Monte Chingolo alejaba, al extremo de hacerlas imposibles, las perspectivas de armisticio y democratización y por lo tanto había que prepararse para la resistencia al golpe militar", según señala Mattini en su libro *Hombres y mujeres del PRT-ERP*.

En el documento del BP se considera que "fue correcto haber encarado esta acción", pues "expresa un enfoque ambicioso, audaz y determinado del accionar revolucionario que es patrimonio de nuestro Partido, y un factor característico y esencial en toda fuerza verdaderamente revolucionaria. Todos los procesos revolucionarios conocidos han atravesado este tipo de dificultades, y la persistencia, la voluntad de hierro para enfrentarlas y superarlas, ha sido elemento característico de las corrientes revolucionarias triunfantes. Como dice Mao: 'Errar, persistir y volver a errar, volver a persistir hasta la victoria', es el sino de toda revolución". E ilustra esta afirmación con varios ejemplos: las derrotas de los ejércitos patrios en Paraguay y el Alto Perú, los reveses de San Martín (Cancha Rayada) y Bolívar, los

golpes sufridos por los revolucionarios cubanos empezando con el del cuartel Moncada, los levantamientos de Cantón y Shanghai que costaron miles de muertos al PC chino, la Larga Marcha, etcétera.

La visión de la militancia del PRT, más pegada a la realidad social, sentía, en cambio, "que empezábamos a ir mal" —en palabras de Mattini—, presintiendo quizás el cercano fin de sus sueños revolucionarios, aunque "la actitud general, tanto de los combatientes como de los militantes, fue asimilar la derrota y continuar. Era una especie de mística. Hoy me queda clarísimo que, frente a la perspectiva del golpe militar, el movimiento revolucionario no debió mantener la ofensiva sino más bien organizar el repliegue".

El lanzamiento de la operación y, fundamentalmente, la incapacidad para analizarla críticamente revelaban, en la opinión de Luis Mattini, que la dirección del PRT "había perdido la iniciativa a pesar de que continuara a la ofensiva", justamente cuando la situación objetiva y el reflujo en la movilización de las masas indicaban "la necesidad de preparar un repliegue. De parte nuestra había una pérdida de iniciativa política" y, al prevalecer el militarismo, "toda ofensiva se transformaba en acción desesperada. No supimos ver la señal de peligro, mientras que la militancia del Partido y también la población percibieron que era el fin de la guerrilla".

El fin del traidor

En la reunión del Buró Político del 26 de diciembre surgió el tema de "¿cómo puede ser que nos estaban esperando?; entonces apareció la posibilidad de una infiltración. Y todo se fue atrás de eso", recuerda Mattini.

"El capitán Pepe [Juan Mangini] era el jefe del aparato de inteligencia. También habían empezado a montar una pequeña estructura de contrainteligencia, que todavía no funcionaba. [...] En la reunión, gritaban '¿Qué carajo hace la gente de inteligencia? ¡Nos pasan los filtros por abajo de las piernas!'."

Santucho decidió que el Buró Político tomase el problema en sus manos, y le encargó a Benito Urteaga toda la responsabilidad de la investigación.

"Benito recaba toda la información que puede y finalmente hace una cosa que es muy sencilla, y eso me consta —dice Mattini—. En una hoja de papel bastante grande, él simplemente hace una lista, en sentido horizontal, de una serie de caídas importantes que ocurrieron, incluyendo Monte Chingolo, y una columna vertical de las personas, empezando por Santucho y el BP, hasta llegar a lo que era la estructura, los aparatos de logística, etc. Cuando empieza el cruce —confrontando las dos listas—, se encuentra con que 'en esta operación, por ejemplo, quienes la conocían o tenían alguna vinculación eran Santucho, el Gringo Menna, Luis, pero Carrizo no'. Y así muchos aparecíamos en algunas acciones y otros en otras, pero ninguno aparecía sistemáticamente en todas, ni siquiera el propio Santucho.

Pero había un tipo que aparecía de alguna manera en todas las caídas, por algún vínculo lejano, por lo que fuera, pero aparecía en todas, y que era este Oso. Benito Urteaga trajo y nos mostró la gráfica ahí, ¡y era asombroso! El Oso aparecía porque había tenido una cita, porque lo habían visto así, porque estuvo de chofer, etc. Prácticamente aparecía en todas las caídas.

Como después aparecían otros nombres también muy repetidos, se optó por el método del primer descarte. Bueno, este fulano tiene razones para aparecer (¡imaginate!, Santucho podía tener más razones que ninguno para aparecer). Y así fue descartándose hasta que quedaron concentrados en cuatro o cinco compañeros. Hubo un nuevo descarte y ahí quedó el Oso dando vueltas como el más probable.

Este Oso pertenecía al ERP pero no era miembro del Partido. [...] Jerárquicamente era muy inferior, ya que era menos que un militante del PRT, pero estaba en un aparato ultrasensible, que es la logística, que conectaba todo.

Entonces se empezaron a buscar sus antecedentes, pero nosotros no teníamos un archivo con la historia de cada compañero. Los antecedentes, por lo general, tenías que buscarlos a través de quien lo había traído a la organización. Y entonces se vio que se perdía el origen de él en un traslado, una incorporación. Efectivamente, venía de una organización peronista, las FAP-17, y a partir de ahí para atrás, no lo podíamos seguir.

Faltaba muy poco para tener la certeza absoluta de su traición, pe-

ro como no teníamos pruebas definitivas, lo que se decide es detenerlo e interrogarlo".

"Rafael", uno de los sobrevivientes del Grupo 8 del ataque en Monte Chingolo, recuerda su relación con el Oso hasta días después de la derrota.

"Después que se hizo el hostigamiento al Regimiento de Infantería 7 de La Plata, porque era el quinto aniversario de la creación del ERP, bajó Emilio [Jorge Arreche] y nos asignó a Pedro [Osvaldo Busetto] y a mí a que estuviéramos en Logística, que ahí 'íbamos a andar bien', y entonces nos presentó a Gabriel [Oscar Pintos] y al teniente Rolo [Adrián Saidón]. A partir de ese momento empezamos a desarrollar el Frente Político y de Logística, para guardar el armamento y todo eso. Fui asignado a abrir el Frente Obrero en Río Santiago, organizando a los compañeros en tríos como lo pedía el Partido; mientras tanto teníamos que vivir en las casas de la gente que nosotros captábamos. Con Pedro teníamos nuestra gente; algunos de Bellas Artes y otros que eran, por ejemplo, agentes inmobiliarios de edad. Comenzamos a hacer lo que era la parte de logística de la regional Sur. [...] Teníamos colaboradores, algunos de los cuales vivían cerca del Regimiento 7 [...]. Así fue como conocimos al Oso. Gabriel lo trae porque era un compañero de Logística. El Oso era gordito, de bigotes, morocho, medio bizco, un tipo medio extraño. Empezamos a tener contactos con él, que iba y venía de acá para allá. [...] A Pedro y a mí nunca nos cayó bien el Oso.

Pedro; Ángela, su pareja; Cuñata, que era mi compañera, y yo estábamos en la casa de unos colaboradores donde dormíamos. Quedaba muy cerca de la terminal de ómnibus de La Plata. Al Oso lo hemos llevado a esa casa, pero tabicado, porque nosotros no queríamos saber absolutamente nada con eso de ir sin tabicarse. Él nunca supo donde estábamos. Incluso, por esto, tuvimos problemas con Gabriel cuando lo llevamos a la casa de un colaborador nuestro donde íbamos a guardar armamento. Ya habían levantado los pisos de madera y hecho los pozos para poner las armas. El sargento Gabriel quería conocer la casa de los colaboradores; nosotros le dijimos: 'Bueno, vas a venir, pero te vamos a llevar tabicado como a cualquiera'. Entonces medio que se quejó, que él era el superior y que no podía ser que no supiera". Rafael y Pedro le dijeron al responsable: "Nos podrá pa-

sar algo a nosotros, ¡pero a los colaboradores nuestros no les va a pasar nunca nada!".

"Gabriel lo aceptó así, nosotros ya teníamos para esa época nuestros motivos. Y ahí fue la relación que empezó con el Oso. Una vuelta tuvimos un encuentro en la terminal de La Plata; el Oso nos tenía que pasar unas armas que trajo desde Florencio Varela. A todo esto iban sucediéndose las caídas durante los últimos meses de 1975", recuerda Rafael.

Después del fracaso de la operación en Monte Chingolo, "viene Rolo y nos comunica que a su compañera [Noni] la habían marcado en una contención y que nosotros teníamos razón en nuestras sospechas de que la acción estaba entregada. Nos dijo que desde la Comandancia le pidieron que hagamos un informe sobre la operación y que pongamos ahí lo que nos parecía de las cosas que no veíamos claras. Rolo estaba muy apesadumbrado por la muerte de su mujer y se lamentaba no sé si de no habernos hecho caso, o porque él también poco pudo hacer mucho.

"Después de Monte Chingolo, nosotros lo trajimos tabicado al Oso a la casa de nuestros colaboradores. Siempre que lo llevábamos él quería levantar la cabeza, quería ver dónde estábamos. Yo le dije varias veces '¡Agachá la cabeza y no te hagas el vivo!', y le pegaba así un codazo. [...] Pocos días después del combate viene a la casa el Oso, cuando logro reengancharme con la gente después de haber perdido los controles y todo eso. Vamos con él a la casa, y ahí fue que le dije otra vez que se *tabicara*. Cuando entramos, todos estaban apesadumbrados por el desastre. Allá estaban Busetto, Ángela, Cuñata, Rolo, el Oso y yo. En un momento dado estábamos en la mesa de la cocina y este Oso agarra y dice:

—¡Uy, qué cagada! ¡Todas las compañeras muertas! —Nosotros lo miramos con atención, y el tipo siguió—: Sí, ¡porque al final mataron a todas las lindas! ¡Por lo menos hubieran hecho cagar a todos los *bagayos* que se han salvado!

—¿Cómo? ¿Qué te pasa, tío? ¿Cómo vas a decir eso?...

—No, bueno... ¡es una broma! ¡Qué lástima las chicas lindas que murieron! —y medio se reía con los ojos bizcos, este gordito. Se ve que era un tipo que tenía problemas. Todo eso nos jodió muchísimo y ya no queríamos saber nada con este tipo".

En Inteligencia planificaron detener al Oso, pero detenerlo con otro que era inocente. 'Coco' era el inocente", cuenta Luis Mattini. "Agarramos a Coco, al que le teníamos muchísima confianza, y le dijimos: 'Tenemos una misión rejodida. Te vamos a detener como si fueras un sospechoso y te vamos a maltratar', para hacerle creer al otro que también lo íbamos a maltratar".

El 28 de diciembre se le asignó a la Escuadra Especial del Buró Político la tarea de detenerlos. Pocos días después encontraron a Coco y al Oso en una casa donde estaban tomando un refresco y reparando un ventilador. El jefe de la Escuadra sacó su pistola y les dijo: "A partir de este momento, están a disposición de la justicia revolucionaria", aclarándoles que tenía instrucciones de matarlos si hacían cualquier intento de resistirse. Los dos fueron trasladados a una *casa operativa*, encerrados en una habitación y esposados.

Poco después de la detención, el teniente Rolo le pidió a Daniel De Santis que lo acompañara a la casa del Oso. "Al llegar, Rolo me dijo 'Aguantame afuera'. Él entró y habló con la mujer del Oso, Eva López. El tipo ese era un lumpen. También encontró películas pornográficas en su casa, que era algo muy fuera de lo común en aquella época".

En la *casa operativa*, a Jesús Ranier "lo tienen ahí como unas cuantas horas en tensión. Está muy en tensión porque el tipo no sabe qué va a pasar. El Oso jugaba con varias posibilidades: sabía que nosotros no torturábamos, pero sabía también que se jugaba la vida, eso estaba claro. Pero sabía, por la actividad diaria en la célula, que no torturábamos. Cuando le tiramos en la habitación a este Coco, con el camuflaje de estar todo golpeado, el Oso ahí se empieza a asustar, y entonces se empieza a armar medio como un teatro", cuenta Luis Mattini.

El interrogatorio del Oso estuvo a cargo del capitán Pepe, pero no aportó ningún resultado durante el primer día. Cuando Pepe se retiró de la casa, la custodia quedó a cargo de la Escuadra Especial. Su responsable era el sargento Manuel II, que había sido cadete de la Escuela de Aviación Militar. Manuel II intentó hacer hablar al Oso con un método no convencional para la guerrilla: "Lo verdugueaba con el micrófono de un grabador, que antes venía con un cablecito que se enchufaba, como que lo iba a picanear. No es que le ponía electricidad ni nada, sólo lo asustaba con eso", afirmó Daniel De Santis.

Manuel ingresó a la habitación donde el Oso estaba sentado con la mano izquierda esposada a un gancho en la pared; le mostró la supuesta *picana* y le dijo: "Ahora vas a hablar, hijo de puta. Vos sos el hijo de puta que mandó al muere a decenas de compañeros. Ya vas a a ver cómo vas a hablar. Yo vuelvo en un rato y si no hablás te voy a dar *picana* y me vas a contar todo, traidor hijo de mil putas". Ranier continuó negando las acusaciones.

El jefe de la custodia le contó a Pepe sobre su fallido intento de hacer *cantar* al Oso. El Buró Político había ordenado que el interrogatorio se efectuase ejerciendo presión moral y psicológica pero sin tortura física. "A raíz del tema de las torturas —recuerda Daniel De Santis—, Santucho hizo una minuta (distribuida en esos días) explicando que un revolucionario no podía, bajo ninguna circunstancia, utilizar los mismos métodos que aplicaba el enemigo. Debíamos dar un trato digno a los prisioneros, y no podíamos degradarnos a torturarlos porque eso nos igualaría a quienes estábamos combatiendo. Eso fue muy bueno y muy aleccionador, porque una cosa es cuando vos estás en una charla y te dicen que 'no podemos aplicar los mismos métodos que el enemigo', pero otra cosa es en caliente, con los cadáveres de tus compañeros alrededor, entregados por un infiltrado. Hay que tener serenidad y temple para escribir eso, ¿no es cierto?".

"Para esto, ya Pepe lo agarró dos o tres veces al Oso. Lo traía y un día no se aguantó y le puso una pistola en la cabeza y le dijo: 'Mirá, yo no tengo problema, yo no comparto los criterios del BP, así que te voy a hacer pedazos'. Le hicieron todo ese juego de presiones", cuenta Luis Mattini.

"Finalmente, el Oso se quebró cuando lo vio a Coco todo 'golpeado', porque a éste lo habíamos sacado nuevamente y lo volvimos a tirar adentro, con el traidor. Coco fue muy buen actor y finalmente el Oso se quebró".

Al principio Ranier admitió haber mantenido contacto con militares: "Sólo fueron unas charlas, nada más que eso", dijo. El capitán Pepe decidió trasladar al detenido a un lugar más seguro y lo llevaron a la casa de un militante sindical en Mataderos. Mientras la Escuadra Especial se encargaba de la vigilancia, un equipo de Inteligencia lo interrogaba en la cocina. El Oso a esta altura lloraba a moco tendido.

"Y ahí Pepe estuvo muy hábil, porque cuando lo interroga en aquel momento, de entrada le dice: 'Bueno, vos sabés lo que pasa con los infiltrados'. Pero ahí le da la chance o le hace ver que puede darse vuelta. O sea que si *canta*..., pero en realidad lo engaña porque nosotros no estábamos dispuestos a hacer doble juego, ¡para nada! [...] Entonces ahí el Oso se quiebra más todavía. Ve una posibilidad y empieza a hablar. Cuando empezó a hablar, ya no paró más".

La confesión de Ranier se prolongó durante cuatro días. "Empieza a contar cómo fue su historia, que efectivamente ya era de los servicios y que le dieron la orden de meterse en nuestra organización, de pasarse al ERP. Él cuenta también cómo operaba. Lo que hacía el Oso era simplemente informar lo que veía y oía. Entonces era muy simple: si el 'Bigote' lo llevaba al Oso de chofer para encontrarse con migo en una cita, le decía a Ranier: 'Esperame un cachito acá, iba y se cruzaba a la cita. El Oso veía que 'Bigote' se encontraba con Mattini y luego informaba: 'Lo vimos a Luis Mattini'. El enemigo iba armando un organigrama nuestro. El Oso en otro momento vio a Urzun en una cita y después informó: 'El capitán Santiago está en el Gran Buenos Aires', cuando se lo suponía en Tucumán.

El Oso no les daba a los tipos una información concreta, exacta. Lo que les iba dando eran fracciones y fracciones de información que los tipos de inteligencia fueron acumulando y trabajando. Ellos siguieron un método que antes no habían utilizado. En vez de operar de inmediato ante una posibilidad que se les presentaba, los tipos dejaban correr, filmaban, sacaban fotografías, y sólo golpeaban cuando completaban el acopio de información".

Rafael agrega que "el Oso también confesó que nos habían filmado a Pedro y a mí en Villa Dominico, durante una cita que nos hizo el traidor en el Parque Presidente Sarmiento. Nos tenían a Pedro y a mí filmados, pero no sabían quiénes éramos. Sabían que éramos Rafael y Mariano (así se llamaba en aquella época Busetto), pero ellos no sabían nuestros nombres".

Ranier trabajaba con una red de tres colaboradores: su mujer Eva López y dos hijos de ella, Eduardo y Ángel Kuniz. Confesó "ser responsable de la muerte o desaparición de más o menos cien compañeros miembros del ERP, muchos de ellos militantes del PRT". El represor Héctor Vergez, en su libro *Yo fui Vargas*, asegura que "sus trabajos informativos en el seno de la banda subversiva habían sido

magníficos, a raíz de los cuales se le infligieron al ERP, en particular, más de 120 bajas".

Luis Mattini afirma que "él mismo contó que recibía un sueldo, que era como si dijéramos ahora unos 1.000 dólares, pero recibía además primas por delaciones de oficiales y en este caso, trasladando las cifras, le daban algo así como 10.000 dólares. Era una buena prima". Ranier escribió y firmó una confesión. "Hay un grueso expediente, que se ha perdido, donde el traidor detalló toda su actividad".

"El PRT publicó el 'Expediente del Oso' tanto por la 'verdad revolucionaria' como por lo útil que sería para otras organizaciones e incluso para el movimiento popular". Además del original que posee la Jefatura 2 (Inteligencia) del Estado Mayor General del Ejército, otro de los cinco ejemplares publicados se encuentra en un archivo de Cuba.

"En Monte Chingolo metió algún sabotaje, por ejemplo en lo de las granadas. Pero con respecto a las radios, no. Ahí se juntaron negligencias, problemas técnicos nuestros, con cosas efectivas que hizo el Oso", afirma Luis Mattini.

Según se relata en el libro *La voluntad*, "en la tarde del martes 13 de enero, seis miembros del PRT se reunieron en el living de la casita, constituidos en *tribunal revolucionario* y sentenciaron a Ranier a la pena de muerte por traición a la revolución y delación al enemigo". Según *Estrella Roja*, órgano oficial del ERP, puestos sus "antecedentes a consideración del Tribunal Partidario, éste resolvió condenar al traidor a la pena de muerte y sugirió además que se dé publicidad al hecho comunicándolo al pueblo".

Adrián Saidón (Rolo) intentó convencer a sus superiores para que lo autorizaran a llevar a cabo personalmente la ejecución. El hecho de haber tenido tan cerca al Oso en la militancia, pero sobre todo la pérdida de su compañera Noni, motivaron un pedido que obviamente, por basarse en motivos personales, fue rechazado por el PRT.

Al anochecer, el capitán Pepe le preguntó al Oso cómo prefería morir, dándole dos opciones: inyección letal o un disparo. El traidor, que se las había ingeniado para nunca arriesgarse participando en una acción armada del ERP, eligió la primera opción.

"La noche de la ejecución del Oso —recuerda Silvia II— el Capitán Pepe vino a la casa de una amiga personal. Yo ya sabía lo del Oso pero no de la ejecución. Pepe llegó extremadamente agitado, venía

temblando. Me pidió un vaso de vino. Tenía una gran necesidad de hablar, de descargarse. Yo fui la primera persona a la que le narra esto, cuando sale de la casa de Mataderos.

Había muy poca gente en la ejecución. El Oso lloraba a mares. Entonces el médico de la Compañía de Monte, el teniente Manolo, le aplicó una jeringa en la vena del brazo. Al Oso le empezaron a dar unas convulsiones, pero no moría. Pepe y otro compañero lo tenían agarrado. El tipo era de complexión fuerte, y como seguía vivo después de las convulsiones, como en una especie de letargo, Manolo le aplicó una segunda inyección y ahí sí se terminó la historia del Oso".

Cuatro militantes lo sacaron envuelto en mantas y lo metieron en el baúl de un coche. "El Oso era muy pesado", le dijo el capitán Pepe a Silvia II. "Tuvimos que cargar el cuerpo y llevarlo en un auto hasta Flores, donde lo dejamos". Al día siguiente, fue encontrado el cadáver con un cartel que decía: "Soy Jesús Ranier, traidor a la revolución y entregador de mis compañeros".

La organización guerrillera emitió un comunicado, según el cual, "en la noche del día 13 de enero una escuadra del ERP procedió a cumplir la sentencia del Tribunal Partidario y ajustició al traidor Jesús Ranier, agente confeso del Servicio de Inteligencia del Ejército infiltrado en nuestra organización".

En una reunión de dirección regional durante los primeros días de enero se leyó el primer informe donde se hablaba del espía infiltrado. El "Negro", un obrero metalúrgico, con mucha contundencia preguntó: "¿Cómo puede ser que un tipo esté militando tanto tiempo y nadie sepa o haya averiguado dónde trabajó por lo menos dos años seguidos?".

"Fue la mejor crítica político-social que escuché", aseguró Abel, participante de la reunión. "En esa época y en nuestro PRT no se admitían lúmpenes, y el hecho ponía en evidencia la despreocupación de los sucesivos responsables donde el espía actuó".

"El problema con lo del Oso es que se llevó detrás de él todas las causas de nuestro fracaso", afirma Luis Mattini. "Actuó propiamente como un *chivo expiatorio*. Y después, en las discusiones que teníamos se escuchaba: '¡Y bueno!, pero estábamos infiltrados. Ahora no tenemos más infiltración', y el rumbo político no se cambiaba. Fue una ingenuidad total, como si las cosas fracasaran por la infiltración".

Los relatos de ex militantes corresponden a conversaciones con el autor. Algunas expresiones de Luis Mattini están también tomadas de su libro *Hombres y mujeres del PRT-ERP* y de la revista *Todo es Historia*, n° 284, febrero de 1991. Las palabras de F. Nadra a Manuel Gaggero aparecen en Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad*, que también incluye un relato sobre la detención y el juzgamiento de Jesús Ranier.

Distintas declaraciones públicas de esa época (62 Organizaciones; monseñor Tortolo; monseñor Antonio Plaza) han sido tomados del diario *Arriba* de los días 26, 27 y 30 de diciembre de 1975 y del 3 de enero de 1976. Otros datos de reuniones oficiales aparecieron en el diario porteño *La Opinión*, de diciembre de 1975. La relación de Carlos Ruckauf con Emilio Massera es mencionada en el libro de Hernán López Echagüe, *El hombre que ríe*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2000.

El documento del Buró Político del PRT fue publicado en el *Boletín Interno*, n° 98 (27 de diciembre de 1975). El comunicado de Montoneros sobre el ataque al Batallón "Viejobueno" aparece bajo el título "Equivocarse conduce a la derrota" en la publicación *Evita Montonera*, "2 (11) enero 1976" (sic). Las declaraciones del Partido Comunista aparecen en los artículos "Batallón 601" y "La noche trágica", en *Nuestra Palabra*, n° 128, que también incluye el recuadro "Concejales del PC en Viejobueno".

EPÍLOGO

El destino de los sobrevivientes

En una de las prácticas hospitalarias que realizaba en Cuba como estudiante de Medicina, Hugo Roberto Ginzberg observó a un paciente internado por un tumor en el cerebelo. El paciente era de origen argentino, igual que Hugo. Después del exitoso tratamiento y un fatigoso trabajo de reeducación, el hombre poco a poco comenzó a articular algunos sonidos, que con el tiempo ya fueron palabras y frases cortas.

Hugo colaboró en la recuperación del paciente. En una de las conversaciones que mantuvieron en el hospital, el hombre le confió algunos recuerdos. Le habló de su participación junto a un tal "Cacho" y otros civiles en una acción guerrillera en el Gran Buenos Aires. El grupo había intentado copar una comisaría para capturar armamento y liberar algunos detenidos. La operación fracasó y en el tiroteo murió uno de los atacantes. Cacho resultó herido por una perdigonada en el muslo; pero a pesar de ello intentó recuperar el cuerpo inerte de su compañero. "Yo estaba ahí, arriba de la camioneta, y vi todo", le dijo.

Una súbita agitación se apoderó del practicante. Todo lo que decía el enfermo coincidía con los recuerdos que su abuela, Laura Bonaparte, le había referido durante una de sus visitas a la Argentina. Hugo empezó a preguntar por Cacho. El hombre habló con admiración: "Era un compañero muy bueno y todos lo queríamos muchísimo". Después de que se lo describiera físicamente, no pudo contenerse: "Pero... ¡estás hablando de mi papá!". Aquel paciente argentino le había devuelto un pedazo de su historia, ya que Hugo es hijo de Aída Bruchstein (Noni) y Adrián Saidón (Rolo, Cacho).

En la actualidad, el paciente ya camina y continúa su recuperación en Cuba, bajo la esmerada atención del doctor Hugo Ginzberg.

El 24 de marzo de 1976, día del golpe militar contra el gobierno de Isabel Perón, el teniente Rolo o Cacho regresó a su domicilio después de controlar los movimientos en una fábrica donde el ERP planificaba realizar una acción. Eran poco más de las 9 de la mañana. Adrián Saidón compró unas facturas para el desayuno. Cuando se acercaba a su hogar notó que un Ford Falcon sin patente lo seguía silenciosamente.

Rolo pasó frente a su casa y siguió de largo. Dobló en la esquina y corrió desesperadamente. Murió baleado por la espalda.

En un lapso de tres meses, Huguito había perdido a sus padres. Irene Bruchstein, hermana de Noni, y su marido, Mario Ginzberg, adoptaron al pequeño. Poco más de un año después, Hugo perdería también a sus padres adoptivos, secuestrados por una *patota* del Ejército.

Encerrona en Moreno

El golpe militar, que estaba *cantado* con buena anticipación (la dirección del PRT tenía la certeza de que sería entre el 20 y el 25 de marzo), encontró al PRT-ERP inmerso en una autoconfianza suicida. La organización no emprendió ninguna acción de repliegue en ese momento. Para Santucho, el golpe representaría "un salto cualitativo en el proceso de lucha revolucionaria", y llamó al pueblo argentino a enfrentar a la dictadura militar con las armas y "todas las formas de lucha".

El 28 de marzo de 1976 comenzó el plenario del Comité Central del PRT, convocado por Santucho para impulsar una reorganización con el fin de "preparar al Partido para la guerra". La reunión se realizó en una casaquinta de la localidad bonaerense de Moreno. En ella se concentró la totalidad de la estructura dirigente en un solo punto, cuatro días después del golpe militar, exponiéndola a la acción represiva.

La defensa de la reunión estuvo a cargo de una escuadra formada por ocho combatientes, entre los que se encontraban el sargento Esteban (Reino Hietala) y una militante apodada "Catrasca" (por los resultados de su actividad: "cagada tras cagada"), todos ellos bajo el mando del teniente Néstor (Nelson Alberto Agorio).

En total había 49 personas: veintiocho miembros —entre titulares y suplentes— del Comité Central (CC), invitados de las organizaciones que integraban la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), personal de logística, servicios y la escuadra de defensa. También estaban el responsable de Inteligencia, Juan Santiago Mangini (capitán Pepe), su mujer y su hijita.

Después de un partido de fútbol en el jardín de la casaquinta, y poco antes del inicio del plenario, el Gringo Menna, responsable de Organización del PRT, le pidió a Daniel De Santis los datos de la Regional Sur, que a pesar de la catástrofe en Monte Chingolo constantemente generaba nuevos reclutas. "Este es el informe más completo que hemos tenido en el Partido. ¡Somos 6.000 compañeros organizados!", se entusiasmó Menna.

El lunes 29 de marzo, poco después del mediodía, Esteban estaba "con el teniente Néstor y otros compañeros en el primer piso del chalet, cuando alguien dice '¡Los *milicos*!'. En el patio veo tres Falcon y los *milicos*, de civil, se despliegan. Corrían, disparaban y hacían cuerpo a tierra. Néstor da la orden de no disparar desde el piso superior y de cumplir con el plan de retirada".

Daniel De Santis estaba durmiendo la siesta, después de "comerme unos buenos canelones [...]. Uno pensaba que íbamos ganando, yo no recuerdo que tuviera un pensamiento de que estábamos siendo derrotados. Por eso cuando escuché que gritaban: '¡Alarma! ¡Alarma!', pensé: '¡Qué raro! ¿No será un simulacro?', y me levanté tranquilo para ponerme en el lugar que me correspondía".

Para el caso de un ataque ya estaba asignado el orden de retirada. Primero saldrían, precedidos por un sargento del ERP armado con FAL, los miembros del Buró Político: Mario Roberto Santucho, Benito Urteaga, Domingo Menna, Eduardo Castello (reemplazante de Ledesma), Luis Mattini y Eduardo Merbilhaá. Luego sería el turno de los invitados de la JCR como Edgardo Enríquez, del MIR chileno. Después saldrían el resto del Comité Ejecutivo, y los grupos A, B y C del Comité Central. Por último se replegarían los servicios (quienes escribían a máquina y los que cocinaban), logística y la escuadra de contención.

"Empiezo a bajar la escalera y abajo había un batifondo bárbaro. Mirá lo que pensaba yo —dice Daniel De Santis—, la autosuficiencia que teníamos, que por otro lado era buena, porque, si no, no po-

días vivir: No puede ser el enemigo porque si lo es acá cae todo el CC, que es la dirección de la Revolución; y como la Revolución va a triunfar, no puede caer su dirección, o sea que el enemigo no está ahí...

Bajé la escalera y aparece un racimo de agujeros en la puerta, había sido un escopetazo. Todavía no me convencía de que era la represión y no terminaba de asumir la situación, porque era asumir que te iban a matar. Recién cuando veo a un compañero de Rosario que tenía un hilo de sangre en la cabeza, ahí me convencí de lo que pasaba".

La hija del capitán Pepe se puso a llorar a los gritos y se abrazó a Daniel, que de inmediato la llevó junto con Leonor Herrera, su mamá, para luego colocarse en el orden de retirada.

"En la puerta del fondo me encuentro a Santucho que está arrodillado, mirando para ambos lados de la puerta, con una cara de extrema atención pero transmitiendo también serenidad", afirma Esteban. Primero salen corriendo Santucho, Urteaga, Menna y Carrizo. "Hay un enfrentamiento generalizado, muchos tiros por todos lados y explosiones de las primeras granadas (que cuesta mucho encender porque la mecha era para minería, no militar). Ahí encuentro mi primera dificultad, que es alcanzar a mis defendidos. La gente —del siguiente grupo— que yo tenía que defender ¡corría mucho más rápido que yo! Ahí estaban Edgardo Enríquez, el Chispa [miembro del CC], Castello, Merbilhaá y el Flaco Luis [Mattini]. Antes de alcanzarlos aparecieron dos *milicos* (uno, de uniforme), les tiré una ráfaga con mi PA3 y nos los vi más. Después, paramos violentamente un jeep IKA y nos hicimos con el vehículo". Unos diez minutos después, los seis ocupantes del jeep llegaron a un horno de ladrillos, y sus trabajadores les indicaron el camino para salir de la zona.

Cuando vamos llegando a una ruta de tierra, vemos que allá hay parado un camión del Ejército, controlando vehículos. No habían pasado veinte minutos desde el inicio del enfrentamiento [...], lo que parece contradecir la idea de que la comisión que intentó allanar la casa desconocía el alcance de nuestra reunión. Cuando vimos al camión paramos [...]. Pensamos que nos habían visto y estábamos *sonados.* Pero justo en ese momento aparece por el camino al que queríamos acceder, a gran velocidad, un auto con mucha gente (más de seis personas). Cuando ven al camión, frenan y em-

piezan a dar vuelta. Uno de los milicos, que estaba en el camión, se pone en posición y empieza a disparar la pistola contra aquel auto. El compañero que estaba al volante de nuestro jeep dobla y salimos para el otro lado. También vemos que el camión sale persiguiendo al auto". Aunque Esteban no lo sabía, en ese otro vehículo iba el teniente Néstor.

Nosotros retrocedimos y llegamos a un maizal donde terminaba el camino. Abandonamos el jeep, nos metemos en el maizal y avanzamos, cuando se siente que vienen helicópteros y se ponen a peinar la zona. Vuelan a muy baja altura y con los rotores producen movimientos en las hojas. Nosotros estábamos tirados en el suelo y nos tapábamos con plantas que arrancamos. Ellos no nos ven, pero yo sí vi clarita la cara del ametralladorista que estaba asomado, mirando para abajo.

Esperamos que se haga de noche para salir. Los helicópteros ya se habían ido, [pero] vuelven a aparecer, ahora con dos reflectores en cada helicóptero (uno fijo y otro móvil) y empiezan una vez más a peinar los alrededores. Nos retiramos a la carrera, haciendo cuerpo a tierra de a ratos, y después caminando por las vías del ferrocarril, conseguimos llegar —al día siguiente, después del mediodía— a Luján". Habían hecho a pie más de cuarenta kilómetros.

Por su parte, Daniel De Santis recuerda que "estábamos todos tirados en el piso. Ya había salido el grupo del BP, pero no salía más nadie, y estaban tirando a las dos puertas, tanto adelante como atrás de la casa. Yo salí por la puerta trasera. Ahí nomás se había parapetado un miembro del CC, el compañero González, de Córdoba. Yo venía con una escopeta porque una compañera que estaba en la guardia, se ve que estaba muy asustada, me dio la escopeta a mí. Era una Winchester *pajera*. Salí, me puse rodilla en tierra, apunté al bulto, porque no veía a nadie, y orientándome por el ruido de los disparos del enemigo, apreté el gatillo. El tiro no salió. Entonces dejé la escopeta y salí corriendo. Salté un ligustro muy alto como si fuera un avión, y después perdí un zapato en el barro. Al lado mío estaba un compañero de Tamet, el Flaco Osvaldo. Después apareció un alambrado sin ligustro que no pude saltar. Al final, como estaba medio flojo, me tiré y lo vencí con el cuerpo, cayendo del otro lado. Bueno, ahí vomité los canelones, pero logré salir a la calle. Había perdi-

EDGARDO ADRIAN SAIDON ("ROLO" O "CACHO")

do a Osvaldo y ahí veo que al lado mío venía un compañero que era de la guardia, o sea que se había venido antes de tiempo. Llegamos hasta una casa donde pido si no tienen algo para ponerme y me dan unas zapatillas *chochas* (sic), con un agujero en la planta.

Había un problema: los compañeros de la guardia estaban vestidos de uniforme [de combate]. Salir corriendo así ¡era un semáforo! Corrimos hasta unas calles donde había medio como un monte de eucaliptos y ahí nos separamos. Entonces llegó un colectivo y me lo tomé. No sabía dónde estaba, pero cuando el colectivo pasó por La Reja, ahí me orienté en seguida porque yo soy de Chivilcoy y cuando uno viene de allá para Buenos Aires pasa por La Reja. Llegué a la estación de Moreno y de ahí en tren me fui para Chivilcoy".

De los 49 asistentes a la reunión, 37 lograron replegarse. El matutino *La Opinión* del 1° de abril informó que los doce perretistas restantes "fueron abatidos". En realidad, ocho de los militantes habían sido detenidos con vida, entre ellos Carlos Elena, uno de los fundadores del ERP.

El capitán Pepe fue el último en salir. Mientras intentaba escapar en un auto por una calle lateral, fue interceptado por una patrulla y atrapado con vida. Como no hubo caídas posteriores en la inteligencia erpiana, suponemos que los hombres del Ejército, a pesar de los tormentos empleados, no lograron arrancarle información alguna a Juan Mangini. Su mujer, Leonor Herrera, fue capturada en la casa junto con los sobrevivientes de la guardia, que se rindieron al agotárseles el parque. Estos ocho detenidos desaparecieron para siempre.

Entre los cuatro militantes del PRT-ERP abatidos en combate se encontraba la suplente número 11 del Comité Central, Susana Gaggero de Pujals, responsable nacional de Solidaridad. También el teniente Néstor cayó muerto en Moreno. El auto en que iba, perseguido por el camión del Ejército, se quedó sin combustible. Néstor, con un F[illegible] **contuvo el** ataque militar, lo que permitió que por lo menos dos de sus compañeros pudieran escapar. "Néstor cae, lo toman cuando ya no tenía balas para resistirse. Me cuentan que es fusilado en el acto. Me lo dijo un compañero [apodado] Chupamiel, que se escapó del mismo auto", afirma Esteban.

En la casaquinta de Moreno *cayó* también una gran cantidad de documentación, lo que obligaría al PRT a una costosa reorganización de sus aparatos. El comisario de José C. Paz, presente mientras se revisaban los papeles, les dijo a los militares que le gustaría capturar a alguno de los guerrilleros.

—¿A quién? ¿A Santucho o a Menna?

—No. A mí me encantaría atrapar a éste —contestó el comisario, señalando la palabra "Buró" escrita en uno de los documentos capturados, ante una risotada general.

Días después, mientras desde el editorial de *El Combatiente* Santucho lanzaba la consigna "Argentinos: ¡A las armas!", se descargaba un golpe demoledor sobre la regional Córdoba. Eduardo Castello, su responsable, cayó muerto en un enfrentamiento y cerca de cien células del PRT fueron desarticuladas por la represión, siendo secuestradas alrededor de trescientas personas.

El 20 de mayo, el jefe del Estado Mayor del ERP, José Manuel Carrizo (comandante Francisco), fue capturado por personal de inteligencia en Buenos Aires junto con otros oficiales de la Compañía "José Luis Castrogiovanni" de la regional Norte-Oeste. Jamás se volvió a saber de ellos.

Un gesto del peón Acosta

Tras la muerte en Monte Chingolo de Ernesto García, su esposa María del Carmen Gualdero, de 20 años de edad, abandonó el domicilio donde vivían. Tenía un embarazo de tres meses, con fecha de parto para el 25 de junio.

María se refugió en una *casa operativa*, que en su ausencia fue allanada por personal de seguridad. La joven pasó por otros dos *aguantaderos*, uno de ellos en Senillosa al 300 de Capital, que también fueron allanados poco después de su llegada. Enrique Gualdero, militar retirado y padre de María, supone que su hija era seguida por efectivos de inteligencia militar.

Luego de agotar el proceso previo de inteligencia, los militares desataron la cacería sobre el grupo en el que militaba María. El 4 de junio de 1976 fue secuestrado Gustavo Leguizamón. Dos días des-

pués, por la mañana, fueron capturados Daniel Goicochea ("Luis" o "Pedro"), un joven de 19 años, responsable de una célula del PRT, y María Alicia Pistani. A Juan Carlos Gagliano y Héctor Enrique López los detuvieron el 7 de junio. Al día siguiente se agregarían a la lista Raúl Roque Cabral y Silvia Valeri. Ese mismo día, a las 23.45, fue secuestrada María del Carmen Gualdero en Acoyte y Avellaneda de Capital, cuando su embarazo llevaba ocho meses y días. Según las averiguaciones que realizó su padre, la joven fue llevada a la Comisaría 11ª y desde allí a Coordinación Federal. Posteriormente sería trasladada al centro clandestino de detención "Campo de Mayo", donde estuvo a merced de los represores José Antonio Besebdak, Horacio Gálvez y un coronel "antisionista" cuyo apellido era parecido a "Seinid" o "Scheinil Dur", según testimonios recogidos por el Equipo Argentino de Antropología Forense.

A las 4.30 del 12 de junio de 1976, Pastor Moreno, empleado de vigilancia en el club del SMATA (sobre la Ruta Nacional 205, en la localidad bonaerense de Alejandro Petión), observó que tres coches particulares se habían detenido en las cercanías. Poco después, un gran resplandor lo sorprendió y de inmediato los vehículos se alejaron. Cuando llegó al lugar, Moreno descubrió espantado que el fuego provenía de una pira humana donde se calcinaban los cuerpos de cuatro hombres y dos mujeres. Entre éstas, una estaba embarazada. La acción del fuego hizo estallar el vientre de María del Carmen. El feto expulsado estaba a término y correspondía al de un varoncito.

Los habían traído con las manos atadas y los ojos vendados. A María del Carmen Gualdero le dispararon un tiro en el parietal derecho que le atravesó la cabeza. Es muy posible que otra de las víctimas fuese el padre de Noni, el bioquímico Santiago Bruchstein, de 58 años, secuestrado la noche anterior. Al hombre le pegaron un tiro en la sien izquierda que tuvo salida por el ojo derecho. En el lugar se hallaron vainas servidas calibre 9 mm con la inscripción "FFMM" (Fabricaciones Militares). Es posible que el operativo haya surgido del centro clandestino de detención "Vesubio".

Los siete cadáveres (incluido el del bebé nonato) fueron trasladados al cementerio de Cañuelas para su inhumación. Un peón de apellido Acosta fue el encargado de introducirlos en cajones y sepultarlos. Cuando años después una comisión del Equipo Argentino de Antropología Forense le mostró varias fotos, a Acosta no le queda-

ron dudas de que una de las víctimas era María del Carmen. "Sí, le abrí los ojos y le vi los ojos verdes —dijo—. Es ella, sin duda, rubia, linda, estrecha de hombros"; el rostro de la joven no había sufrido la acción de las llamas. Acosta dijo también que el bebé era un varón y que el hecho lo había impresionado mucho.

Acosta le pidió permiso al director del Cementerio, Omar Bueno, para inhumar al bebé junto con su madre, ya que según una ordenanza municipal correspondía hacerlo por separado: al bebé en el tablón de los "Angelitos". El director accedió a la humana petición. El cuerpo de María del Carmen fue enterrado junto con el hijo de Ernesto García en la sepultura 25, hilera 7, sección M del cementerio de Cañuelas.

El fin del capitán Miguel

Durante los primeros meses de 1976, Abigail Attademo (capitán Miguel) y Juan Manuel Vásquez (sargento Carlitos), integrantes de la Escuadra Especial del Buró Político del PRT, vivieron en el Gran Buenos Aires, en la casa de un viejito cubano al que llamaban "Betancur". En aquella época, el capitán Miguel había hecho pareja con Liliana Alcira Malamud (la sargento Ana).

Después del plenario del CC de Moreno, el combatiente "Armando" fue incorporado a la Escuadra. Usaba un parche, ya que "le habían volado un ojo con un balazo en Moreno". Para mediados de mayo, la Escuadra Especial estaba integrada por el capitán Miguel, Carlitos, Armando, Chacho, la sargento Ani (Ana María Lanzillotto de Menna) y Jeremías. El comandante Francisco era el responsable de la unidad.

El grupo estaba por iniciar una operación largamente estudiada: el secuestro del presidente de Chrysler, en San Justo. "Nos concentramos en la casa de unos simpatizantes en Hurlingham. Pasamos toda la noche ahí. A la mañana vino el comandante Francisco, se izó la bandera del ERP, hicimos formación militar y luego nos preparamos para salir", recuerda Jeremías, el único sobreviviente de la Escuadra Especial.

"Habíamos *levantado* dos autos en un garage y nos dirigimos a uno de los puentes por abajo de la Panamericana, donde hacemos

una *pinza* Carlitos, Armando y yo, que iba vestido con uniforme de la Policía Federal.

Era muy *pendejo*, tenía 20 años. Me acuerdo que paramos una camioneta. Dos obreros, que eran los tipos que estaba haciendo bajar, me dicen: '¡Pero ustedes son unos hijos de p..., *milicos* de mierda!' No sabía cómo carajo controlarlos. Maltratarlos no podía, ¡eran de la clase obrera! Estaba perdiendo el control de la situación. Por suerte, en ese momento baja Miguel de un ómnibus La Lujanera, con una radio portátil pegada a la oreja, como si fuera una especie de *walkie-talkie*, pero muy reducido. Sin embargo, causó el efecto buscado y puso orden".

Los guerrilleros *levantaron* un camión Ford F-350, una pickup Ford F-100, un camioncito y un Dodge Polara. Los necesitaban para neutralizar a los dos autos de la custodia que tenía el presidente de la Chrysler. "Con los camiones íbamos a golpear y reventar a la custodia. Iba a ser a puro *topetazo*. Después yo le llevaría la camioneta a Chacho, que no había participado en la *pinza*, y él la llevaría a Pacheco, donde íbamos a dejar momentáneamente los vehículos. Yo tenía una ametralladora Halcón que también se la dejé a él.

Yo lo conozco a Chacho de cuando, junto con el Hippie II, ellos van a una quinta para hacer la seguridad de una reunión preparatoria del CC de Moreno. Chacho era un tipo grande, como de alrededor de 50 años. Era pelado, sin barba, un flaco desgarbado y muy enérgico, gente muy macanuda, con un gran espíritu de alegría".

En la localidad de Pacheco, la represión había montado una ratonera. Cuando Chacho baja de la camioneta, con la Halcón en la mano, para abrir el candado del portón de un depósito donde debía ocultar el vehículo, "ve que salen unos tipos y le dan la voz de 'alto'. Chacho trata de disparar y la ametralladora estaba trabada. Entonces la tira a un lado y, como después me dijo ('suerte que tenía gatillada mi pistola'), se escapa a los tiros". Pasó toda la noche tirado en una zanja "por el lado de José C. Paz, cerca de la Ruta 197. Después se compró una botella de vino y con ella se roció todo el cuerpo. ¡Tenía un olor a alcohol terrible!, y toda la ropa manchada, porque quería hacerse pasar por borracho, en caso de que lo agarrara la *cana*. Yo lo fui a buscar a la mañana siguiente y lo traje para que se cambie".

Dos semanas después de la ratonera en Pacheco, ya en el mes de junio, la Escuadra Especial se preparaba para intentar una vez más el secuestro. "En ese momento, la sargento Ani me dice: 'Miguel no fue a la cita, Carlitos tampoco'. Aparentemente, Chacho también había desaparecido. Entonces Ani me dice: 'Bueno, hay que ir a la cita de control'.

El lugar de la cita era por San Justo, en Lomas del Mirador, en una plaza chiquita que da a la avenida que creo que se llama Provincias Unidas [la Ruta Nacional 3, actual avenida Juan Manuel de Rosas, en el partido de La Matanza]. Tenía que sentarme en un banquito, en el centro de la plaza, a las nueve de la mañana.

Yo tenía una costumbre marcada por un compañero mucho mayor que yo, que siempre me decía que había que cotejar las citas, que no había que ir porque sí, sino que había que chequearlas. Entonces lo que yo hice fue chequear la cita media hora antes. A las 8.30 llegué a la plaza, con un *minuto* tratando de simular que estaba buscando *laburo* por ahí, con los clasificados de *Clarín* bajo el brazo.

Ya a una cuadra de distancia veo movimientos: autos particulares, un tipo que bajaba con un FAL, con el fusil agarrado por la manijita. Había mucha gente, con esas camperitas finitas de plástico, para la lluvia, y con el pelito corto. ¡Eran *canas*! ¡El lugar estaba infestado de ellos! Un tipo daba órdenes y algunos se metían en un quiosco de diarios de la esquina y otros subieron a uno de los pisos de una obra en construcción.

Como no podía darme la vuelta sin llamar la atención, sigo hasta la parada de colectivos, donde había otra gente. La parada estaba a mitad de cuadra y cuando llego me quedo esperando el *bondi*, mirando distraídamente para todos lados. En una de ésas, cuando giro y miro hacia la vereda de enfrente, ahí nomás, veo que hay un Chevy azul metalizado, con un agente sentado al volante, y otro policía parado al lado del auto. En el asiento trasero del Chevy había tres personas. Eran Armando, Carlitos y Miguel. Ellos me ven, yo los veo, nos cruzamos la vista y nadie dice nada. Estuve ahí parado, a pocos metros de mis compañeros, hasta que llegó el colectivo unos dos minutos después. Tomé el colectivo y me fui. Después le di la noticia a Ani".

El matutino *La Opinión* del 13 de julio de 1976 publicó una información del Comando de la Zona IV, según la cual en la tarde del jueves 8 de julio, a eso de las 17, se había producido un "enfrentamiento con extremistas" sobre la ruta 202, en la zona de Bancalari, partido de San Fernando, que dejó un saldo de "cuatro irregulares muertos, otros tres detenidos y un oficial y dos soldados del Ejército con heridas". El parte agrega que "los subversivos muertos [...] serían Abigail Attademus [sic] (a) 'Capitán Miguel', Roberto Andrés Curtino (a) 'Teniente Lucas', José Manuel Vásquez (a) 'Sargento Carlitos' y Liliana Alcira Malamud (a) 'Sargento Ana'." Sin embargo, nada semejante ocurrió en Bancalari en la fecha y hora referidas; por otra parte, los cuerpos de los guerrilleros jamás aparecerán. Es posible que hayan sido arrojados al agua desde el avión Hércules C-130 que diariamente despegaba del aeródromo de Campo de Mayo para deshacerse de su carga humana. La Zona IV, comandada por el general Santiago Omar Riveros, tuvo el despreciable récord de disponer en Campo de Mayo del centro clandestino de detención que mayor cantidad de personas aniquiló durante la dictadura militar. Según el sobreviviente Jorge Luis Eposto, desde el campo de aterrizaje vecino, "todas las noches salía un avión de transporte Hércules" para el "traslado" final de los prisioneros.

La Escuadra Especial del Buró Político del PRT había dejado de existir.

La caída de la dirección nacional

Los servicios de inteligencia estaban sobre los miembros del Buró Político. El 3 de julio de 1976 tuvo lugar la sesión del Comité Ejecutivo "Edgardo Enríquez", donde Roby finalmente admitió que se habían cometido errores en la línea política y la apreciación táctica. Expresó claramente que el error principal consistió en no "haber previsto el reflujo del movimiento de masas".

Se resolvió desmantelar las escuelas del ERP y disolver la Compañía de Monte "Ramón Rosa Jiménez" hasta que el próximo "auge de masas", esperado por Santucho para dentro de un año y medio, permitiera relanzarla definitivamente. Mientras tanto, el PRT debería

sumergirse entre las masas y descentralizarse lo máximo posible. Demasiado tarde, Santucho ordenaba el repliegue.

El 15 de julio de 1976, durante una pinza en un barrio capitalino, fue capturada por el Ejército una combatiente del ERP, integrante de la Compañía "Héroes de Trelew". De inmediato fue trasladada al Comando de Institutos Militares de Campo de Mayo para su interrogatorio.

"Había caído la compañera de este tipo Gustavo, que era el responsable de sanidad de la Escuadra Especial. También le decíamos 'Médico'. Era muy amigo, cuando militó en Córdoba, del Gringo Menna —afirma el ex militante J.— La mujer era bien fea y tenía la cara marcada por la varicela. Era muy flaca, con el pelo *llovido*, largo y lacio. Andaba vestida con un pantalón y un saco tipo camperón de gamuza de doble hilera de botones.

Gustavo —según relata J.— se fue a presentar y a canjear la vida de la compañera por la entrega del Gringo". El 18 de julio, el "Médico" se presentó en el Batallón 601 de Inteligencia del Ejército (en la esquina de Callao y Viamonte) e insistentemente pidió hablar con el coronel Fernando Verplaetsen pues poseía "una información delicada". Fue llevado a Campo de Mayo, y ahí le propuso al coronel canjear la libertad de su compañera por la entrega de su amigo, el Gringo Menna. Para ello facilitó una cita a la cual asistiría el líder del ERP. Horas después, los enamorados charlaban en una de las habitaciones del Comando de Institutos Militares.

Al día siguiente, a las 9.30, Domingo Menna acudió a la cita *envenenada*. El Gringo fue atrapado con vida y trasladado a Campo de Mayo.

"Esa era una cita peligrosísima —opinó Luis Mattini—, a la que Menna no debía haber ido por principio. Fue una negligencia suya". Otro ex militante afirmó que el Gringo "era un tipo que jugaba con el peligro. Yo me acuerdo de haber viajado con él a una de las reuniones del Quinto Congreso del FAS, en [Presidencia] Roque Sáenz Peña, y levantar *milicos* en la ruta. Durante el viaje les preguntaba sobre armas y decía que él también manejaba armas y que le encantaba eso. Otra vez lo acompañé a una comisaría donde fue a pedir un certificado de domicilio... ¡con su documento falso!".

En el momento de su secuestro, Domingo Menna portaba ese mismo documento *trucho* a nombre de Guillermo Longo, que lo pre-

sentaba como vendedor y viajante. Pero lo que marcó el destino de la cúpula guerrillera fue que entre los papeles capturados al Gringo había un recibo por el alquiler de un nebulizador. En ese papel, Menna había puesto su verdadero domicilio: Venezuela 3145, 3° "A", de Villa Martelli.

A las 10 de la mañana, el "Viejo", jefe absoluto del Comando de Institutos Militares, general de brigada Santiago Omar Riveros, interrogó personalmente a Menna. El líder guerrillero, consciente de que no saldría con vida, permaneció en silencio. Luego, enterado de la traición de su amigo, alcanzó a escuchar cómo cerca de él comenzaba el interrogatorio del entregador y su novia, quienes no serían liberados.

Cerca del mediodía, Ana María Lanzillotto de Menna llegó a la casa del Buró Político del PRT-ERP en Villarroel 1158-1160 de Villa Crespo para dar otra mala noticia: "¡*Levanten* la casa, que Pascual empezó a cantar!". Sin sospechar que su marido había sido secuestrado, la mujer, con un embarazo de ocho meses, advertía del peligro a los presentes. "Pascual", el jefe nacional de Propaganda, apresado poco antes, había entregado la imprenta nacional de Córdoba —que poseía una estación de radio y un polígono de tiro—, que fue allanada por efectivos del Tercer Cuerpo de Ejército el 13 de julio. "Había *cantado* algo de los Montoneros que él conocía, un lugar de imprenta o de distribución. Ani dijo que también había *cantado* a la compañera y a su hijo".

La casa del Buró Político sería allanada al día siguiente. Sin embargo, "no fue *cantada* por un compañero ni nada de eso. Cayó por la denuncia *boluda* de un vecino", afirmó J.

Entre tanto, una comisión de cuatro hombres de la inteligencia militar iba tras la pista generada por el alquiler del nebulizador. El capitán Juan Carlos Leonetti, el "Gallego", el "Petiso" y "Avispa Loca", o "P. G." (según Martin Andersen se trataría del coronel Pascual Guerrieri), integraban el grupo. A las 13.30 ingresaron violentamente al departamento de Menna en Villa Martelli. Adentro encontraron a dos hombres y una mujer.

P. G., utilizando su mano izquierda, pidió refuerzos por teléfono, mientras sostenía una pistola con su mano derecha y aplastaba con

un pie la cabeza de Ana María Lanzillotto. Leonetti apuntaba con una PA3 y una pistola a los hombres, que estaban sentados. Uno de ellos era Santucho, que se arrojó sobre el capitán y agarró el caño de la ametralladora. Leonetti soltó la pistola mientras ambos caían al piso, rodando. Durante la lucha, el arma soltó varias ráfagas que hirieron al jefe guerrillero. "Santucho, agonizante, logró torcer el caño, desviándolo hacia Leonetti", quien resultó mortalmente herido. P. G. le disparó cuatro tiros al otro hombre, Urteaga, que también cayó muerto.

Los agentes de inteligencia ignoraban a quiénes habían matado. Leonetti falleció antes de llegar al Hospital Militar, mientras que la sargento Ani fue trasladada al Comando de Institutos Militares.

Minutos después sonó el timbre del departamento de Villa Martelli. Era una mujer elegantemente vestida: Liliana **Delfino**, esposa de Santucho. El "Petiso" y P. G. la tomaron de la cabeza y la introdujeron al departamento. Al reconocer los cadáveres, entre gritos y llantos desesperados, Liliana les proporcionó las identidades de los jefes abatidos.

Tras la llegada de refuerzos militares, los cuerpos de Santucho y Urteaga fueron transportados en un camión a Campo de Mayo. El jefe máximo del PRT-ERP había muerto apenas un día antes de su proyectada salida del país. Junto con él murió el responsable del fracasado operativo en Monte Chingolo.

Eduardo Raúl Merbilhaá Cortelezzi (Alberto), miembro adjunto del BP del PRT, que vivía en el piso superior del mismo edificio (en el 4° "A"), arribó poco después al lugar junto a su compañera Alicia. Allí fueron detenidos por el portero: "Mire que de la casa de sus parientes [minuto acordado con Domingo Menna y Ana María Lanzillotto] sacaron unos cadáveres". Alberto le dijo entonces a Alicia: "Vamos a avisarles a los familiares", subieron al auto y se alejaron rápidamente.

"Yo estaba en una casa de Logística cerca de ahí", recuerda Luis Mattini. "A las dos y pico de la tarde decido ir a ver a Santucho. Nosotros utilizábamos el teléfono como señal antes de llegar a una casa. Yo tenía mi propia clave. Decía: 'Habla Flores' y ahí reconocías la voz de los compañeros.

Yo salgo con el teniente Raúl (hermano de Reino Hietala), quien

mucho después sería secuestrado. Lo traigo con el auto y decido dejarlo por la Panamericana, porque yo no le iba a decir a él lo que iba a hacer. Pero antes de dejarlo me bajo en una estación de servicio y llamo por teléfono a la casa. Ni bien levantan el tubo del otro lado digo: 'Hola, habla Flores', que era la clave, lo que siempre hacíamos. Y del otro lado me responde una voz: '¡Flooores! ¡Qué diiice! ¿Cómo le vaaa? ¿Qué anda haciendo?'. Habló muy suelto, pero... ¡era un desconocido total! Te juro que en ese momento yo pensé: '¡Se ligó el teléfono!', pero era absurdo que justo fuera a jugarse con un Flores. Después de un segundo, pregunto: '¿Quien habla?'. '¡Vamos, Flores! ¿Qué dice?', me respondieron y yo colgué el teléfono. Volví al auto y le dije a Raúl en forma terminante, y sin explicarle nada: 'Suspendé todas las actividades, concentrate con el equipo en la casa y esperá nuevas instrucciones'.

Salí y tomé la Panamericana. El edificio está a un costado de la ruta, justo en el cruce con la General Paz. Lo que pensé inmediatamente fue buscar un cambio de central telefónica para dificultar el rastreo de la llamada. Entonces crucé la General Paz, en medio del tránsito, miré para donde estaba el edificio, y vi la ventana del departamento totalmente abierta, con una luz encendida. Era raro, en plena tarde.

Crucé y me metí en el barrio de Saavedra, de Capital. Busqué un teléfono público y volví a llamar. Me atiende otra persona pero esta vez yo rompí la clave: 'Hola, habla don Luis', dije inventando. '¡Don Luis! —me dice— Hace mucho que no se sabe nada de usted, ¿en qué anda?'. Y yo: '¿Quién habla?'. '¡Eeeh! ¡Vamos, don Luis! ¡Dígame qué necesita!'. ¿Viste cuando te retrasan en el teléfono? Tranquilo el tipo. Esto fue la confirmación de la caída. Entonces colgué y me fui a la casa del Estado Mayor que estaba cerca de ahí, porque pensé en la posibilidad de que alguien hubiese zafado y quedara oculto, por lo que habría que *peinar* la zona. Era jugarse, porque había una posibilidad en un millón, aunque ¿cómo iba a zafar de un tercer piso? ¡Pero bueno! Y fui.

En la casa estaban Gorriarán y 'Alejandro', el Cuervo [Carlos All], entre otros. Montamos un equipo e intentamos salir para la zona, pero ya a esta altura, el Ejército comenzó a rodear el lugar". Los militares estaban especialmente atentos, ya que el coronel Verplaetsen les había avisado que en breve el general Santiago Omar Riveros iría a inspeccionar el departamento.

"Volví a la casa donde estaba Raúl, eran como las diez de la noche ya. Teníamos que rejuntarnos los compañeros que zafaron, entre ellos Merbilhaá, al que le habían ametrallado la puerta de su departamento. Después, por Radio Colonia escuché la noticia, la única que hubo esa noche para mí, de que habían matado al jefe del ERP".

El Comando General del Ejército informó que en Villa Martelli fueron abatidos Mario Roberto Santucho y Benito Jorge Urteaga, y durante un posterior procedimiento en Gonnet "fueron abatidos otros cinco terroristas [...], entre éstos se encontrarían Domingo Menna y Enrique Gorriarán Merlo". Al margen de la inclusión del "Pelado" Gorriarán, como parte de una acción psicológica, en realidad fueron seis las caídas que sufrió el PRT ese 19 de julio. Fernando Gertel, secretario de Santucho, también fue secuestrado y trasladado a Campo de Mayo.

Los cadáveres de Santucho y Urteaga fueron expuestos como trofeos de guerra en un playón en Campo de Mayo. Los oficiales llegaban de todas partes para verlos. Robert Scherrer, agente de inteligencia de la embajada norteamericana, aseguró haber visto el cuerpo de Santucho en una exhibición, por invitación, en un extremo alejado de Campo de Mayo. Dijo, aunque no lo observó, que, según le comentaron, varios oficiales orinaron sobre el cadáver. Víctor Ibáñez, ex suboficial del Ejército que cumplía funciones en Campo de Mayo, ratificó en un testimonio que el cadáver de Santucho había sido llevado a esa guarnición, donde fue vejado y luego enterrado cerca de uno de los edificios del Comando de Institutos Militares. Los cuerpos de Santucho, Urteaga, Menna y otros estarían sepultados bajo un montón de cemento en las cercanías de la Puerta 4 de Campo de Mayo.

El PRT convocó de inmediato a una reunión del Comité Ejecutivo, que se llevó a cabo en Rosario. En ella se designó a Luis Mattini como secretario general y a Eduardo Merbilhaá, Enrique Gorriarán y Julio Oropel como miembros del Buró Político. "Tenemos línea para tres años", aseguró Merbilhaá durante aquella reunión, considerando —como muchos otros— que los problemas del partido eran solamente organizativos.

El 13 de setiembre de 1976, Eduardo Raúl Merbilhaá —de 30 años, padre de dos niños— fue secuestrado y llevado a Campo de Mayo.

La ciudadana norteamericana Patricia Erb, sobreviviente del centro clandestino de detención instalado en Campo de Mayo, afirmó haber visto allí a Domingo Menna engrillado. El Gringo constantemente le daba aliento, ya que ella estaba muy debilitada por las torturas. A menudo le hacía relatos sobre la guerra de Vietnam. Menna le dio los nombres de otras dos prisioneras presentes en el campo: Liliana Delfino y Ana María Lanzillotto, que ya había dado a luz una criatura de la cual los militares se apropiaron. El Gringo le avisó a Patricia Erb que habían traído a otro prisionero: "Alberto Vega" (Merbilhaá). Poco después vio a Liliana Delfino, que estaba embarazada.

"En Campo de Mayo habían concentrado a toda la cúpula y a los cuadros más responsables del PRT-ERP", asegura Luis Mattini. "Menna estaba muy torturado, lo habían hecho pedazos". Una testigo (no prisionera) dijo haber visto al Gringo en el Hospital de Campo de Mayo y que se encontraba muy mal.

En ese centro clandestino de detención, los militares mantuvieron a los prisioneros "importantes" con vida durante largos meses para satisfacer la curiosidad de los generales del Ejército y para arrancarles toda la información posible. Humberto Pedregoza cuenta que a Menna "le hicieron de todo. Obtuvimos esa información por gente nuestra metida allá adentro, conscriptos, algunos de los cuales cayeron después. También por información comprada, nos vendían eso. Nosotros tratábamos de corroborar la fidelidad de esa información mediante las averiguaciones de estos conscriptos y siempre era buena la información vendida. Les interesaba la guita. ¡Los tipos esos son capaces de vender hasta a la madre!

Al Gringo le dicen que si no hablaba le iban a sacar un ojo. Bueno, lo operaron y se lo sacaron. Después le dijeron que no iba a poder escribir nunca más un editorial porque le iban a cortar una mano, y le cortaron una mano. Las torturas eran finas y psicológicas a veces, pero siempre brutales y muy crueles. No cualquiera se banca una cosa de esas y el Gringo se la bancó", afirma Pedregoza.

Tarde o temprano, a los militantes del PRT cautivos por el Ejército (excepto a los líderes enterrados junto a la Puerta 4) les espera-

ba el mismo destino: se les aplicó una inyección de pentotal y se los trasladó en uno de los vuelos de la muerte que diariamente efectuaba un avión de carga Hércules C-130.

La formación especial en la regional Sur

En junio de 1976, la guerrilla comenzó a diseñar una estructura de inteligencia integrada por algunos militantes escogidos del PRT y oficiales del ERP. Rafael recuerda los primeros pasos dados por ese grupo.

"A Pablo (sobreviviente del Grupo 8 que actuó en Monte Chingolo) lo vuelvo a encontrar un mes antes de la muerte de Santucho. En aquel momento se terminaba de hacer una formación especial. Se ve que Pablo ya estaba trabajando en inteligencia.

Mi tío me había dejado al morir una casa en Juan Bautista Alberdi y Olivera de la Capital Federal. Ahí nos reuníamos y empezamos a formar el grupo. Vino el Pelado Gorriarán y Roberto Coppo. Estaban también Pablo, que ya era teniente, Osvaldo Busetto y yo. Benito Urteaga también vino a mi casa por lo de la formación especial. Una vez se olvidó una tabaquera, porque fumaba en pipa. Ahí lo vi también al Cuervo [Carlos All, fallecido en Caracas en 2002]. Él vino a mi casa y después se fue, pero se ve que todos estaban en inteligencia porque a Pedro le asignaron justo esa tarea en la regional Sur. Tenía que reconstruir toda la estructura de inteligencia allá.

Durante las reuniones también hablamos mucho con el Pelado de que Santucho se tenía que ir del país, porque nos estaban aplastando. Las caídas continuaban: el capitán Pepe de Inteligencia, Pascual de Propaganda y otros. Se discutió también que a la gente que tenía cierta trayectoria, de la que teníamos cierta seguridad y conocíamos bien, había que ponerla en los grupos de inteligencia, a estos que pensábamos eran los más fuertes y que podrían llevar adelante la tarea".

Mientras tanto, Osvaldo Busetto comenzó a armar en La Plata la estructura en la regional Sur. Formó los primeros "tríos" —células de hasta tres integrantes, con una "periferia" de doce simpatizantes— de inteligencia con la ayuda de Cuñata y su compañera Ángela (López Muhr).

"Yo estaba en Capital —dice Rafael— y Busetto iba y venía. Yo le

dije que no iba a volver a La Plata y que él se tenía que ir de allá porque era muy conocido; para colmo había estado en el cuerpo de Bomberos de La Plata. Yo seguí en Capital, donde se continuaba preparando un grupo de elite entre cuyos compañeros estaba Pablo. [...] Nuestro grupo empezó a hacer trabajo de inteligencia, dentro del Ejército, en todos lados, consiguiendo datos para empezar a hacer golpes selectivos, entre los cuales ya se empieza a ver la posibilidad de hacer un atentado contra Videla".

En setiembre de 1976 se consideró que la operación era factible y para llevarla a cabo se formó la Unidad Especial "Benito Jorge Urteaga", compuesta luego de algunas adecuaciones por tres militantes del PRT y algunos oficiales del ERP. El atentado se realizó el 18 de febrero de 1977, en el Aeroparque Metropolitano Jorge Newbery, mientras el dictador abordaba un avión. Dos cargas —con un total de 110 kg de TNT y Gelamón—, fueron colocadas debajo del centro y del borde de la pista, cuyo hormigón armado extraduro tiene un espesor de entre 65 y 100 cm. Los explosivos se fijaron al techo del entubamiento por donde corre el tramo final del arroyo Maldonado, unos 2,50 m por debajo del Aeroparque. Cuando el avión levantó vuelo, por fallas técnicas sólo detonó una de las cargas. La onda expansiva produjo un leve sacudón en la aeronave, pero no la afectó. Por poco, el ERP había fallado en su intento.

"En La Plata —prosigue Rafael—, Cuñata y Ángela trabajaban en los grupos de la formación especial que organizó Pedro, ya después de la caída de Santucho. Habían captado a una serie de gente, entre ellos a un conscripto que estaba en los garages de la Policía, en la Comisaría General de La Plata". Raúl Juárez se refiere a Atilio Gustavo Calotti, correo de la oficina de Tesorería de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, que funcionaba en la Jefatura, en calle 2, entre 51 y 53. En esa Jefatura también trabajaban otros dos miembros del grupo, los hermanos Julio Aníbal y Esteban Badell. La esposa de uno de ellos, de nacionalidad chilena, también colaboraba con la red.

"A fines de agosto del '76 tuve que viajar a Córdoba para dejarle un poder a un hermano mío, ya que las cosas se estaban poniendo muy feas y tenía miedo de que... Bueno, en fin, quería despedirme un poco de mi hermano y de mi tío. Estuve con ellos unos días y

cuando vuelvo, me quedé en la casa de un pariente en la Capital Federal. Eso fue el 9 de setiembre. Me acuerdo la fecha exacta porque a la mañana siguiente leo en *La Opinión* que había habido un tiroteo y habían matado a alguien en la Plaza San Martín de La Plata, lo que me pareció extraño y me preocupó mucho.

El 11 me fui a La Plata a buscarlo a Pedro. Habíamos quedado que si las persianas de las ventanas de su casa estaban a la mitad, eso era una señal de que todo estaba bien. Cuando paso por la vereda de enfrente de su casa veo que las persianas estaban en otra posición. Entonces me fui a la casa de sus padres que estaba a una cuadra de la Unidad 9, el penal de La Plata. Cuando entré, la encuentro a la madre de Pedro que me dice:

—¿Sabés que a Osvaldo lo mandaron a Cuba?

—No sabía, ¡pero qué bueno!

—¿Sabés algo de eso?

—No. —Pero a mí me llamó muchísimo la atención. Y ahí veo que la cuñada de Pedro, la esposa de su hermano menor Jorge, se puso atrás de la madre y me hacía señas. Entonces, en un momento en que la señora dice 'Voy a cocinar algo, así te quedás a comer', salimos por un pasillo hasta un departamentito donde ellos vivían, al fondo, y ahí me dijo:

—¡Andate! ¡Andate, que está vigilada la casa! ¡Se lo llevaron a Osvaldo!

Eso había sido el 9 de setiembre. El 10 habían ido a golpear, con una foto de la hija de Pedro, y le rompieron todo el departamento a Jorge y su mujer. Me dijo que la casa era observada desde la torre de la Unidad 9 y que había un Citroën en la esquina, permanentemente vigilando. Me tenía que ir urgente de ahí. Fuimos por un costado y ella me dice: 'Vamos a asomarnos primero nosotros para decirte si podés salir'. Después me fui por una calle y me perdí. Tomé un taxi y me bajé en otra calle. Por seguridad, cambié de taxi tres veces, hasta que pude tomar un micro y llegar a la Capital".

Las caídas en la red de Busetto habían comenzado el 8 de setiembre, con la detención, por parte del comisario Luis Vides, del conscripto Atilio Gustavo Calotti. Durante las torturas a que lo sometieron en "Arana", según su propia versión, a Calotti le preguntaron: "¿Cuál es tu cita? ¿Quién es tu responsable?".

"Donde cayó Pedro era un lugar donde él jamás podría haber hecho una cita", afirma Rafael. Osvaldo Busetto fue capturado al acudir a una cita *envenenada* el 9 de setiembre, en la Plaza San Martín, en la esquina de las calles 7 y 54, en pleno centro de La Plata. No llevaba armas y, al intentar huir, fue herido por tres disparos, dos en una pierna y uno en el estómago. La *patota* de secuestradores, integrada por Miara Migan entre otros, llevó a Busetto al Hospital Naval de Río Santiago, donde fue operado, aunque sin tomarse registro alguno de la intervención.

Poco después de salir de cirugía, Busetto fue interrogado por primera vez, en el mismo hospital, por el teniente coronel Ricardo Campoamor ("coronel Vargas"), quien fracasará en todos sus intentos de extraerle información. Posiblemente, Pedro fue enviado al "Campo de Arana". De allí, fue trasladado encapuchado al centro clandestino de detención que funcionaba en la Brigada de Investigaciones de Banfield (el "Pozo de Banfield"), ubicado en el cruce de las calles Siciliano y Vernet, a dos cuadras del Camino Negro.

Pocos días después arrojaron en las otras celdas del "Pozo" a los jóvenes secundarios secuestrados cuando reclamaban por el boleto estudiantil, en la operación llamada la "Noche de los Lápices". A Pablo Díaz, único sobreviviente del grupo, le encargaron limpiar las heridas de Osvaldo Busetto. Durante aquellos días de sufrimiento e incertidumbre, Pedro trató de infundirles ánimo. Juntos entonaron canciones, tangos y la "Zamba de mi esperanza". Los guardias decían con bronca o respeto que Pedro era un duro del ERP "porque no les había dado datos ni nombres en la tortura".

El ex militante D. recuerda que "unos días antes de caer, Busetto me fue a buscar a la casa en la que yo estaba viviendo y me dio un papel con un mensaje secreto, sobre un problema de seguridad, para el jefe del Batallón, Enrique Gorriarán Merlo, el cual me pidió que se lo entregara en mano. Una o dos semanas después cae herido y es secuestrado. Días antes habían tirado desde el tercer piso del Departamento Central de la Policía de la Provincia a dos oficiales, hermanos entre sí, que eran de la red que había formado Busetto. Él cae y yo no me entero, por lo tanto no levanto mi casa. Pero él no me cantó, siendo yo el compañero de más responsabilidad que él podría haber entregado en ese momento. Te imaginarás el cariño y agradecimiento que tengo por Pedro, 'Perico' como cariñosamente le decíamos".

"Con Ángela y con Cuñata quedamos medios descolgados. Por las dudas, nosotros cuatro, con Pedro, teníamos siempre una cita en Capital Federal para encontrarnos, que era cerca de la Chacarita. Ángela me citó y ahí nos encontramos. Fuimos a un piso, al departamento que tenía una amiga de ella y allí se puso a llorar. Después de la caída de Pedro estaba muy angustiada. Me decía, ahora que él había desaparecido, '¿Qué vamos a hacer?'. Yo estaba medio descolgado también. Le dije que íbamos a tratar de retomar contacto pero que yo veía la cosa muy fulera, que había que tomar decisiones y que por ahí había quizá que *guardarse* o ver cómo hacer porque ya no se sabía quién es quién.

"Esa fue la última vez que la vi a Ángela, alrededor del 15 de setiembre. Después ella es secuestrada".

Ángela López era profesora de Geografía en el Colegio Nacional Rafael Hernández dependiente de la Universidad Nacional de La Plata, el mismo colegio donde estudiaban algunos de los chicos secuestrados por defender el boleto estudiantil.

"Ese verano del '76, Cuñata había estado en Paraguay y me trajo cigarrillos —recuerda Rafael—. Aunque ya no vivíamos juntos seguíamos siendo buenos compañeros. Ella trabajaba con un hermano de Pedro que era odontólogo. En ese lugar estaba *guardada*, y ya le habían aconsejado que se fuera de ahí".

La joven paraguaya —con pasaporte alemán—, Marlene Katherine Kegler Krug (Cuñata), de 22 años, fue secuestrada el 24 de setiembre de 1976. La estaban esperando a la salida de la Facultad de Medicina de La Plata, donde cursaba Obstetricia. Marlene intentó escapar corriendo. Al ser atrapada se aferró desesperadamente a un poste de la luz. Sus captores tironearon del cuerpo sin lograr que la joven se soltara. "No la podían arrancar de ahí. Ella lloraba, gritaba. Decía: '¡Me llevan! ¡Me llevan!', pero nadie le *dio pelota* y se la llevaron nomás", señala un testimoniante.

"Cuñata estuvo en 'Arana', y allá la destrozaron. La tuvieron estaqueada, torturándola", dice Rafael. El "Campo de Arana" (que no hay que confundir con la División Cuatrerismo de la Policía bonaerense) estuvo ubicado en una estancia abandonada perteneciente al Ejército, en el mismo lugar donde hoy se encuentra el Regimiento

de Infantería 7. Allí fue trasladada Marlene. La sobreviviente Nilda Eloy afirmó haberla visto. "Era rubia y muy delgada".

El conscripto Calotti escuchó decir a guardias y detenidos que a "la paraguaya", como le decían a Cuñata en "Arana", la habían torturado muchísimo. Durante una de las sesiones de tormentos, los gritos de Cuñata cesaron. Uno de los guardias rompió el silencio diciendo que "se les había quedado", jactándose de haberla matado. "Tírenla a los perros", dijo. Otro de los represores, de mayor responsabilidad, ordenó: "Entiérrenla en el fondo". Como Marlene no volvió a su celda, suponemos que se encuentra sepultada —junto a otros desaparecidos— en el "Campo de Arana".

La formación especial de Busetto fue totalmente desarticulada. Los hermanos Badell fueron descubiertos. Según la crónica policial, uno "se tiró del 3° piso de la Jefatura" el 29 de setiembre, y el otro "se ahorcó" en su celda. La mujer chilena, esposa de uno de ellos, se encuentra desaparecida.

Se presume que Osvaldo Busetto, luego de por lo menos cuatro meses de reclusión y tormentos, fue asesinado en el Batallón de Infantería de Marina, en las calles 122 y 50, en diciembre de 1976.

"Uno de los tipos de la formación especial, captado para que pasara datos de la policía, apareció por Francia en 1978", recuerda Rafael. "Unos compañeros del PRT le hicieron un interrogatorio que fue grabado y después el tipo se fue a Suiza.

Como los compañeros estábamos medio desperdigados en Europa, la esposa de Eduardo Merbilhaá me trajo esa cinta para ver si yo reconocía algo. Escuchando la grabación reconocí algunos de los episodios en los que estuvo involucrado Osvaldo Busetto. Todavía no sabía quién era el tipo de la grabación. Ahí decía que había estado en el Ejército y que se había ido del país porque transó. Que lo habían agarrado y lo iban a hacer *boleta*. Lo llevaron a Palermo, según cuenta el tipo, le hicieron un interrogatorio y ahí arregló con el Ejército para salir del país. Lo que no contó en esa grabación fue que había entregado a Busetto, a su novia Ángela y a Cuñata".

En 1984, Rafael regresó por un tiempo a la Argentina. En esa ocasión visitó al hermano mayor de Pedro, Juan Carlos Busetto, quien le mostró una carta que había recibido hacía poco. "La carta venía

de Suiza. El tipo que la mandó admitía que él había entregado a Osvaldo y que desde aquel día no podía dormir en paz porque tenía eso en la conciencia y no podía seguir callando. Que no le preguntara quién era, que él tenía el deber de decírselo, de que había sido quien entregó a su hermano.

"Juan Carlos me mostró la carta. Fue escrita por el mismo tipo que hizo la grabación en Francia —afirma Rafael—. Juan Carlos averiguó quién era el tipo y me lo dijo. Nunca me voy a olvidar ese nombre. Era Gustavo Calotti".

El teniente Camilo (Pelusa), Antonio Milagros Villanueva, sobreviviente de Catamarca y responsable del Grupo 1 durante el ataque principal al cuartel en Monte Chingolo, fue secuestrado el 14 de octubre de 1976. "Iba en un colectivo con un bolso (con *materiales* y un par de *fierros*), hubo un retén de la policía, se bajó, salió corriendo y lo hirieron por la espalda", dijo el sargento Darío, responsable del Grupo 5.

Jorge Horacio Moura (sargento Manuel) fue secuestrado por el Ejército el 8 de marzo de 1977. "Mientras estaba *chupado* y por no sé qué tipo de relación de su madre con gente de muy arriba, se encontraron —afirma un ex militante—. Lo llevaron en una especie de furgoneta cerrada a un lugar, al costado de un camino, para que ella se despidiera del hijo. Manuel sale y le dicen que se despida, que no la iba a ver nunca más. Él mucho no podía hablar. Hacía gestos como que estaba desamparado. La madre lo besa y los militares le dicen: '¡Olvídese de que lo ha visto!'. Entonces cierran el furgón y se van. Lo llevaban a Campo de Mayo porque estaba implicado en la ejecución de un militar".

El final

Los golpes que el PRT-ERP recibió en mayo de 1977 constituyeron la destrucción definitiva de sus estructuras en la Argentina.

El 11 de mayo, el Ejército irrumpió en la casa de Irene Mónica Bruchstein (hermana de Víctor y Noni) y Mario Ginzberg. "Irenita estaba muy delgada, pesaba solo 48 kg porque estuvo convaleciente de una hepatitis B. Cuando la secuestran entraron rompiendo todo.

Mario salió a ver qué pasaba. Sabía, se lo imaginaba. Abrieron la puerta con ametralladoras y a patadas. Huguito [hijo de Noni y Adrián Saidón] y Victorita sintieron los ruidos —recuerda Laura Bonaparte—. Irenita se quedó con Huguito en brazos y su hijita de la mano. Tuvo una serenidad impresionante. Cuando se los llevaron, a los chiquitos los dejaron con unos vecinos.

Mario estaba encargado del periódico del PRT y ella lo diseñaba, porque era artista gráfica. Irenita también ganaba unos pesos haciendo cosas en cerámica. Había tenido una mención especial, a los 16 años, en la Primera Exposición Nacional de Cerámica. Cuando se la llevaron tenía sólo 22 años".

Por aquellos días, Ricardo Waisberg (segundo en el mando operativo del ataque principal en Monte Chingolo), su mujer Valeria Belaustegui Herrera y su hija Tania vivían en una casita de San Antonio de Padua. Hacía poco tiempo que Martín, el hermano menor de Valeria, tipógrafo del PRT, había sido acribillado a balazos en su domicilio junto a su esposa Cristina.

El 13 de mayo de 1977 llegaron a la zona varios camiones del Ejército cuyos efectivos, después de establecer un cordón para cerrar todas las posibles vías de escape, iniciaron una *razzia* casa por casa. Al ver a las tropas acercándose poco a poco, el sargento Diego (o Pepe) comprendió que todo estaba perdido. Rápidamente, en un papelito escribió "Me llamo Tania" y se lo fijó a la solapa del abrigo de su hija, de sólo 15 meses. Ricardo y Valeria fueron secuestrados y llevados en un camión a Campo de Mayo. La mujer estaba en su segundo mes de embarazo.

Reyna, la madre de Ricardo, una hermosa mujer que es una de las Abuelas de Plaza de Mayo, al enterarse del operativo fue a San Antonio de Padua para buscar a su nieta. A Tania la habían encontrado en la calle, llorando desgarradoramente, y quizás "un *milico* bueno" o algún vecino de la zona la llevó al dispensario del lugar, donde su abuela logró recuperarla.

Mientras estaban *chupados*, Valeria llamó por teléfono a uno de sus parientes y "le da una cita para que José (su hermano mayor) se encuentre con ella". "Perdí a la nena", le dijo la mujer, que no sabía lo hecho por Reyna. José, ya enterado de la desaparición de Valeria, no asistió a la cita. Sin embargo, el último de los tres hermanos Be-

laustegui Herrera en libertad sería secuestrado de su casa poco después, junto con su esposa y su hijo.

Según las averiguaciones realizadas por su madre, en Campo de Mayo los militares torturaron al sargento Diego con especial ensañamiento por su condición de judío. "Le pasaba la comida a Valeria que estaba embarazada y él no comía nada. Estuvieron juntos un tiempo en el 'campito' de Campo de Mayo. Valeria dio a luz allí un varoncito". Hoy, Reyna continúa tras las huellas del niño sustraído a sus familiares por el Ejército.

Víctor Rafael Bruchstein (Flaco, Julio) "estaba viviendo en pareja con Jacinta Levy" (Laura), que había quedado viuda al morir su esposo —el médico Gastón Raimundo Schottenfeld— en Monte Chingolo. Durante 1976, Shula Erenberg, la esposa de Víctor, se había exiliado en México con Natalia, la hija de ambos.

"La familia de Jacinta no la quería recibir a ella en la casa a raíz de su militancia", dijo Laura Bonaparte al autor. "Víctor y Jacinta pasaron muchas necesidades. El 11 de mayo secuestraron a la hermana de Víctor y el 19 de mayo los secuestraron a ellos dos de su casita en San Fernando".

La represión diezmó también a la familia de Reino Hietala (Esteban). "Entre el 20 y el 22 de mayo (de 1977) los militares secuestraron a mi hermano 'Raúl' y a su mujer, después a mi madre, a mi suegra y a Norma Síntora (una compañera de Córdoba que estaba embarazada y se refugió en mi casa). Finalmente secuestraron a los suegros de mi hermano. Los siete están desaparecidos". El sargento Esteban y su pareja permanecieron ocho meses escondidos hasta poder salir del país en enero de 1978, rumbo a Finlandia.

Los militares y el Batallón

Algunos efectivos del Ejército que se destacaron en la batalla de Monte Chingolo fueron condecorados. El teniente Guillermo Ezcurra del RI 3, primero en llegar a la contención guerrillera en el puente sobre el arroyo San Francisco, fue uno de ellos. El conscripto Carlos Niessi, defensor de la Guardia Central, también recibió una medalla. "Nos condecoraron en una formación en el mismo taller

MARLENE KEGLER KRUG ("CUÑATA")

nuestro. El jefe de Arsenales, [el general Oscar Bartolomé] Gallino, me condecoró. Estábamos de civil ya. Invitaron a nuestros familiares. Dimos un paso al frente y nos puso la medalla. El acto fue en el Batallón el 24 de septiembre de 1976".

Varios militares caídos en la batalla fueron ascendidos *post mortem*, y hoy calles próximas a la unidad llevan sus nombres: cabo (antiguo conscripto) Raúl Sessa, cabo (ex conscripto) Manuel Ruffolo y suboficial mayor (sargento ayudante) Roque Cisterna.

Ellos actuaron —y algunos murieron— en combate franco. En cambio, sus respectivos jefes hicieron una "brillante" carrera durante el Proceso de Reorganización Nacional. El coronel Eduardo Abud fue designado jefe del Área 111, con jurisdicción en el partido de Quilmes, y como tal fue responsable de los campos de concentración "Pozo de Quilmes" y "Puesto Vasco". El teniente coronel Federico Antonio Minicucci, como jefe del Área 112, con jurisdicción en los partidos bonaerenses de Avellaneda, Lanús, Lomas de Zamora, Almirante Brown y Esteban Echeverría, fue responsable de los secuestros, torturas y ejecuciones allí cometidos. Ambos quedaron impunes por la aplicación de la ley de "Punto Final".

El 30 de julio de 1976, en un operativo de las "fuerzas conjuntas", fue secuestrado el conscripto del Comando de Arsenales del Ejército Alfredo Romay. En una actitud incalificable, los militares lo declararon desertor.

Meses después, su padre recibió una carta con membrete del ERP, fechada el 12 de diciembre de 1976. Según su texto, un inexistente "Tribunal de Disciplina dependiente del CC del PRT-ERP" anunciaba que el soldado había sido juzgado y sentenciado a cumplir reclusión en una *cárcel del pueblo* por "ser agente de la reacción y de la oficialidad asesina". El coronel Romanella, jefe directo de Alfredo, al leer la misiva llevada por el señor Romay, la consideró auténtica. Todo hace suponer que el engaño buscaba acallar los reclamos de la familia. Surgen los interrogantes de quiénes fueron los autores de la carta y dónde fue impreso el material. Alfredo Romay sigue desaparecido.

El 12 de julio y el 21 de setiembre de 1976, respectivamente, fueron secuestrados los conscriptos del Batallon 601 de Arsenales Mi-

guel Ángel Fiorito y Ricardo Héctor Zatylny Rizzo. Ambos también fueron declarados desertores por el Ejército.

Posteriormente, la madre de Ricardo fue atendida por el coronel Abud, quien le dijo que suponía que el joven podía haber sido secuestrado por "subversivos". Sin embargo, cuatro de los individuos que se llevaron a Ricardo y que dijeron ser de la Policía Federal, vestían pantalón de color arena, característico del Ejército.

Los interrogantes encuentran una explicación en los relatos de Ricardo Zatylny a su madre. "En la oficina donde trabajaba su muchacho desaparecido había, detrás de unas bibliotecas, una imprenta donde él había visto panfletos del ERP y Montoneros", señala el ex capitán D'Andrea Mohr. Es posible que los militares, en el edificio de la Jefatura del Batallón 601 de Arsenales, imprimiesen los materiales "subversivos" para ser utilizados, por ejemplo, en operaciones de acción psicológica.

Algunos testimonios aseguran que durante la dictadura, en el cuartel de Monte Chingolo funcionó un centro clandestino de detención. Se menciona a Héctor Germán Oesterheld como uno de los desaparecidos cautivos allí. El célebre autor de *El Eternauta* fue paseado en 1977 por diferentes centros clandestinos de detención, hasta su destino final en Campo de Mayo. Allí fue visto por Juan Carlos Scarpatti, quien lo encontró psicológicamente destruido. A Héctor le habían mostrado las fotos de sus cuatro hijas... muertas.

Treinta años después

Entre los centenares de militantes del PRT-ERP que salvaron la vida partiendo al exilio se contaban algunos de quienes sobrevivieron a los combates en Monte Chingolo.

Hacia fines de 1976, los dirigentes Luis Mattini, Gorriarán y Roberto Coppo abandonaron el país. Daniel De Santis dirigió en 1977, estando ya en Brasil, la segunda etapa del repliegue partidario.

Hugo Irurzun, responsable de las contenciones periféricas durante la batalla de Monte Chingolo, partió de su exilio europeo hacia el Paraguay en 1980. El capitán Santiago murió durante el repliegue posterior al atentado cometido por un grupo de ex integrantes del ERP y que le costó la vida al ex dictador nicaragüense Anastasio Somoza.

Las compañeras de Benito Urteaga —Nélida Augier, presente en la casa del Mando Táctico— y de Eduardo Merbilhaá —Alicia— consiguieron salir a tiempo del país y viven en Managua y París, respectivamente.

Reino Hietala, el constructor de los camiones cisterna, trabaja actualmente en Finlandia. El teniente Pablo, herido en el sector Galpones del cuartel, encontró refugio en Francia.

Sólo una pequeña porción de los sobrevivientes diseminados por América y Europa regresaron al país con el retorno de la democracia.

Unos días después del fracasado ataque a Monte Chingolo, Daniel De Santis regresó al humilde barrio por donde se había replegado del "Puente 8". Encontró la casita donde se había detenido y llamó a la puerta. Lo atendió aquel mismo "paraguayo" al que le había dejado su *walkie-talkie*. "El hombre sabía que habían muerto muchos compañeros. Después de devolverme la radio me dijo: 'Si quedó algún chiquito huérfano de ustedes, yo señor me ofrezco para tenerlo y cuidarlo'. Esto para mí reflejaba el espíritu de la gente. En ese momento la guerrilla no estaba aislada de la población".

Según Luis Mattini, después de Monte Chingolo "el PRT-ERP tenía todavía grandes reservas". Incluso, de acuerdo a varios testimonios, el domicilio de Santucho, algunos de los pozos donde la guerrilla escondió documentación y armamento, *cárceles del pueblo* en Rosario y el oeste del Gran Buenos Aires y otra infraestructura de Logística, hasta el día de hoy no fueron hallados por la inteligencia militar.

"Reivindico la generosidad de quienes entregaron sus vidas al ideal de una sociedad mejor", declaró Luis Mattini a la revista *Todo es Historia*. Sin embargo, el propio Mattini señala que "la decisión de hacer Monte Chingolo indicaba para mí que el PRT-ERP había perdido la iniciativa. La iniciativa puede ser actuar a la defensiva [...]. Pero nosotros redoblamos la ofensiva y el mismo hecho de haberse planteado esa operación, que estaba fuera de toda precaución de la época, indicaba que habíamos perdido la iniciativa.

La pérdida de iniciativa política [...], la quisimos revertir con una acción militar. Habíamos perdido el rumbo, incluso dentro de la pro-

pia lógica de nuestra lucha. En ese momento era evidente que quisimos reemplazar una situación política con una acción militar, y eso indicaba una pérdida de rumbo con respecto a nuestra propia doctrina que era que 'la política va adelante'.

Yo creo que, en general, en el ERP hubo una enorme subestimación del enemigo y una gran sobreestimación de nuestras fuerzas. Las fuerzas armadas actuaron exactamente al revés. Públicamente nos subestimaban, decían 'son unos locos de remate, son drogadictos', de todo; pero en realidad los tipos hasta un determinado nivel nos sobreestimaron.

El pecado más grande que cometió el ERP, además de la subestimación del enemigo, fue una sobreestimación de su propia capacidad. A veces eso se manifestaba como fanfarronería, cosa que estaba muy extendida en nuestra organización.

Entonces, después de Monte Chingolo se nos viene el golpe de Estado encima, sin ninguna posibilidad de enfrentarlo como pensábamos. [...] Después de los golpes que recibimos en abril y mayo [de 1976], en junio ya se plantea el repliegue general de todas nuestras fuerzas hacia el movimiento de masas. Ese proceso también fue abortado.

Cuando se venía el momento del golpe hicimos una evaluación más que optimista, como no queriendo ver los aspectos más negativos que teníamos. Vimos cómo estaban las regionales, cómo estaba esto y lo otro y sacamos la conclusión de que estábamos bien cuando en realidad estábamos bastante jodidos".

Ya en el exilio, los restos del PRT se dividen "no por líneas políticas sino por la manera de resolver la crisis", según el mismo Mattini. El 25 de mayo de 1979 tuvo lugar en Italia el Sexto Congreso del PRT —desde la fundación del ERP, no se había vuelto a reunir el organismo partidario más representativo—. Después de éste, el grupo dirigido por Luis Mattini disuelve al ERP y prepara su reinserción política en la Argentina. El otro sector, comandado por Gorriarán, partió hacia Nicaragua para combatir junto al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en la insurrección popular contra la dictadura de Somoza.

Eva Susana Mercado (Aurora), la joven guerrillera de la contención en avenida Cadorna, considera que "los compañeros y compa-

ñeras que no estaban en contacto con la gente en las fábricas y los barrios, vivían 'en el limbo'. No podían entender, no tenían una visión de qué era lo que pensaba la gente y lo largo que sería ese proceso. Porque ahí sí que te dabas cuenta que iba a ser algo largo cuando te decían: '¿Y cuándo vamos a tomar el poder? ¿Dentro de tres años, dentro de cuatro años? ¿Y qué vas a hacer cuando eso pase?'".

Aurora se había incorporado a la Juventud Guevarista (JG) a través de una compañera que conocía en la Capital Federal. Después, a tono con la *proletarización* masiva de las estructuras del PRT, la joven comenzó a trabajar en la fábrica Alpargatas. "En 1971, una compañera me incorporó al Partido. Ella es mi amiga, y hasta el día de hoy nos vemos".

Para Aurora, "la militancia fue una elección propia. Yo elegí militar, elegí quedarme en la organización con todas mis virtudes, defectos, conocimientos y desconocimientos. Para mí fue muy importante saber que lo que yo hacía, yo lo decidía. Yo decidí en cada momento quedarme, ser partícipe de un proyecto de vida, no individual, sino de conjunto, y eso era lo que me daba la convicción para quedarme, aunque yo veía que había desaciertos y cosas criticables. Pero más allá de lo criticable, había entrega, había amor, había solidaridad. Había todo eso que yo ansiaba y quería que se extendiera más. Mi deseo de justicia e igualdad fue un deseo que desde muy niña fue muy importante para mí. La injusticia era algo que para mí no debía existir.

Siempre te hacen la pregunta: '¿Y lo volverías a hacer?'. Y yo digo: ¡Sí!, yo lo volvería a hacer, porque era la opción que en ese momento teníamos. Era lo que podíamos hacer. Y sí, lo volvería a hacer, con todo el dolor que ha costado, con todas las pérdidas que hemos tenido", dijo Aurora mientras lloraba con amargura.

"Yo no me arrepiento de las cosas que hice —afirmó la Petisa María—. Creo que nos equivocamos muchísimo, y yo también, al no comprender toda la realidad, al no poder elaborar un análisis correcto para poner en práctica las medidas necesarias hacia el objetivo común que teníamos, definir un camino hacia eso. Se corrió mucho, pero yo no creo de ninguna forma que hayamos hecho todo mal, al contrario. Te aseguro que el sentimiento con que encaramos nuestro proyecto fue sublime, perfecto en ese sentido. Por eso no me puedo arrepentir de algo que quise intentar cambiar para mejor.

Me equivoqué en los métodos, en muchas cosas. Nos equivocamos mucho pero no me arrepiento de haber intentado cambiar una sociedad injusta y si no, mirá cómo estamos".

Después del fallecimiento del coronel Abud en 1991, el último de los jefes militares del Batallón de Arsenales 601 con vida era el mayor Roberto Barczuk. El 3 de noviembre de 2001, un año antes de su muerte, el jefe de Operaciones e Inteligencia de la unidad conversó telefónicamente con el autor.

Entre gritos y con una voz muy aguda, casi en falsete, Barczuk afirmó: "¡Nosotros hemos detenido al marxismo y esta ciudadanía puta todavía no nos ha reconocido esto! ¡Incluso los políticos y la Iglesia! Y estos hijos de puta [los ex guerrilleros, según Barczuk] están ahora en el gobierno. ¡Fíjese, hasta están detenidos nuestros comandantes!". La furia que lo abrasaba le impidió continuar con sus definiciones. Barczuk colgó el auricular.

Arturo Vivanco estaba en prisión durante la batalla de Monte Chingolo, donde encontró la muerte la teniente Inés, su mujer. "Yo estaba preso en Rawson y me entero un mes después, cuando me visita un familiar. Fui a la visita con una sonrisa, pensando que la Negra por las funciones en que estaba, que eran más administrativas, no participó en el combate. Y en la visita me entero porque lo veo a un compañero con la cara re-sería y a mi hermana que se pone a llorar. Ella se da cuenta de que yo no sabía nada y ahí me doy cuenta... Nosotros sabíamos que habían caído muchas mujeres pero yo ni pensé que podía estar la Negra ahí".

Entre las breves cartas que Silvia Gatto, la teniente Inés, sospechando un próximo desenlace fatal, le escribió su compañero, hay una que dice:

Quiero que nunca te olvides de cuánto te quiero a vos, a nuestros hijos, a nuestra gente. Que siempre me recuerdes alegre.

El otro día fui a Unquillo. Siempre que puedo lo hago, total son dos o tres horas. Si algún día yo ya no estoy y tú estás al lado de mis hijos, quiero que vayas con ellos allá. Es demasiado lindo y uno se siente feliz.

* * *

La noche del 23 de diciembre de 2002, los dos jóvenes que se internaron en el predio del ex Batallón para pescar en las lagunas del sector "R", donde antiguamente estuvieron las tosqueras, no vieron cosas fantásticas.

Aunque la leyenda del barrio afirma que las almas en pena de los muertos en la batalla de Monte Chingolo salen todos los 23 de diciembre a pedir justicia, aquella noche, los dos muchachos no vieron las acostumbradas apariciones.

—Mirá, por ahí es donde tiraron gente.

—Bueno, vámonos, que ya es tarde.

—Esperá... ¿No te pareció escuchar un ruido?

Los relatos y testimonios de ex militantes y militares corresponden a conversaciones con el autor. El hecho narrado por el paciente a Hugo Bruchstein corresponde al asalto al Subcomando Radioeléctrico de Merlo, del 20 de mayo de 1973. El muerto fue José Luis Castrogiovanni, cuyo cuerpo fue rescatado y sepultado provisoriamente en una quinta de Moreno, propiedad del padre de Adrián "Cacho" Saidón.

La idea de Santucho de que el golpe militar aceleraría la lucha revolucionaria surge de Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*.

Algunos detalles del allanamiento en Villa Martelli y la anécdota sobre el comisario de José C. Paz aparecen en el libro de Eugenio Méndez, *Santucho*, Buenos Aires, Ediciones de la Toma, 1999.

El llamado del PRT-ERP, "Argentinos, ¡a las armas!", fue publicado por *El Combatiente*, n° 210, abril 1976. Lo referido a la Unidad Especial "Benito Jorge Urteaga" aparece en *Estrella Roja*, n° 93, 28 de febrero de 1977 (incluido por Daniel De Santis en *A vencer o morir*, tomo 2).

Sobre la detención de María del Carmen Gualdero y los cuerpos calcinados en la localidad de Alejandro Petión (partido de Cañuelas), los datos corresponden al Equipo Argentino de Antropología Forense y la causa 41.132 del Juzgado Penal N° 8 de La Plata, "NN (7 cadáveres) s/víctima de Homicidio - Cañuelas". La posibilidad de que Santiago Bruchstein estuviese entre las víctimas de ese hecho, fue señalada por Emma Kestelboim (madre de Claudio Tisminetzky). Según el informe del Equipo Argentino de Antropología Forense, Emma "lo conocía no demasiado [a Santiago] y hacía años que no lo veía, pero [al ver la foto del cuerpo] le parece que se trata de la misma persona".

El relato del secuestro de Domingo Menna, en parte se basa en información facilitada por un alto oficial del Ejército a Eduardo Merbilhaá quien —según J.— "era uno de los tipos que mantenía contactos con los militares".

Las declaraciones de Robert Scherrer están tomadas de Martin E. Andersen, *Dossier secreto*; las de Víctor Ibáñez aparecen en María Seoane, *Todo o nada*; los de Pablo Díaz, en María Seoane y Héctor Ruiz Núñez, *La noche de los lápices*, Buenos Aires, Planeta, 1997. Sobre los secuestros de conscriptos, puede consultarse el libro de José Luis D'Andrea Mohr, *El escuadrón perdido*.

ANEXO 1:

Los símbolos

En los momentos más dramáticos dentro del Batallón de Arsenales "Domingo Viejobueno", los miembros del ERP entonaron la marcha de su organización. Como lo señala *La Opinión* del 26 de diciembre de 1975, "llamó la atención de los efectivos militares, que los guerrilleros, en medio del combate, cantaran".

Asimismo, los atacantes llevaron consigo la insignia del Batallón Urbano "José de San Martín", que esperaban izar en el mástil del cuartel.

DOS BANDAS Y UNA ESTRELLA

La historia de estos símbolos comienza en la isla Magnasco (del grupo de las Lechiguanas), frente a San Nicolás de los Arroyos. El 30 de julio de 1970, unos 45 delegados al Quinto Congreso del PRT votaron allí una serie de resoluciones, entre las que podemos leer:

"El Quinto Congreso del PRT resuelve:

1°- Fundar el Ejército Revolucionario del Pueblo y dotarlo de una bandera".

Roberto Arancibia, delegado de Salta, propuso el nombre de la nueva organización. La bandera del ERP tendría la misma disposición de colores (azul celeste y blanco) y dos bandas (horizontales) que la insignia del Ejército de los Andes. El lugar del escudo estaría ocupado por la estrella roja de cinco puntas. Su sentido era enlazar las luchas por la independencia nacional y por la definitiva liberación social y política.

"Mi viejo y mi vieja hicieron, a principios de 1974, la primera bandera de la Compañía de Monte", recuerda Jeremías, único so-

breviviente de la Escuadra Especial dependiente del Buró Político del PRT-ERP. "Como el oficio de mi viejo era cortador, modelista (hacía los moldes de camisas, pantalones, piyamas), se decidió que él haga el diseño de toda la bandera. Mi mamá, con Ani [Ana María Lanzillotto] y otra compañera la cosieron y bordaron". La bandera fue confeccionada en la casa del Buró Político del barrio capitalino de Villa Crespo, en Villarroel 1158-1160. "Mi mujer la lleva en ese momento a Tucumán", dice Jeremías. "La bandera la tenía cosida adentro del forro de una campera de gamuza". El 30 de mayo de 1974 esta bandera, con la inscripción "Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez" flameó sobre la población de Acheral, tomada por el ERP durante su primera acción en el monte tucumano.

Antes del combate de Monte Chingolo, María del Valle Santucho (Coty) le pidió a su madre —Helvecia Castelli, a quien todos llamaban Becha— que le hiciera una bandera del ERP con las palabras bordadas "Compañía Juan de Olivera". Aunque Coty fue apresada con sus compañeros de célula cuatro días antes del ataque al Batallón 601, esta bandera fue la desplegada durante la formación en la "Casa de las 37 Caídas".

Según el sargento "Darío", otra insignia, la del Batallón Urbano "José de San Martín", quedó en un bolso dentro de los autos abandonados en el sector este del Batallón. Era la destinada a izarse en el mástil de la unidad una vez completado el copamiento. El informe del coronel Eduardo Abud incluye una bandera del ERP en la lista de materiales capturados, y el hecho fue ratificado por el general Oscar Bartolomé Gallino, comandante de Arsenales, en el reportaje concedido a la revista *Todo es Historia* (nº 284), pero sin mayor claridad agrega que "años después se organizaba un museo de la subversión en Campo de Mayo, pero no sé si quedó algo organizado de eso, era un museo en el que estaban las armas que se habían utilizado en distintos ataques, tal vez está ahí".

No puede descartarse que la hayan destruido, como ocurrió con la bandera capturada a la Compañía de Monte "Ramón Rosa Jiménez" en Tucumán luego del combate de Manchalá (28 de mayo de 1975). En el libro *Operación Independencia* (Buenos Aires, 1988) publicado por FAMUS, se cuenta que la "bandera fue llevada por la Compañía de Ingenieros 5 a Salta. El PRT-ERP amenazó

con tomar el cuartel en el término de un año y rescataría. Cumplido el plazo, el jefe de la unidad ordenó una formación donde también concurrió el pueblo salteño. Luego de una arenga, uno de los soldados que había sido herido (durante el combate de Manchalá) hizo volar con trotyl el estandarte". En el libro de Héctor R. Simeoni, *¡Aniquilen al ERP!*, el coronel T.A.R., actualmente en retiro, ex jefe de Batallón en lo que antes fue el cuartel de la vieja Escuela de Ingenieros, afirma que su comandante le envió de obsequio "un trapo" que "Santucho llevaba preparado para izar en la plaza de Famaillá". Agrega que "ese trapo ahora está manchado", puesto que el coronel ordenó llevarlo al baño de tropa, en lugar del papel higiénico. Tiempo después a la pregunta de "¿Cómo va la bandera?", un soldado respondió "Mi mayor, no sirve... porque se *refala*". Entonces el oficial llamó a una formación pública en la Plaza de Armas donde hizo explotar la bandera (y los vidrios del cuartel), mientras el público "salió corriendo a quedarse con uno de los jirones... como un trofeo".

Hay un tercer destino posible. Uno de los entrevistados por el autor señala, con cierta indignación, haber visto colgada, en la amplia habitación de la casa de un alto jefe militar, una bandera del ERP. ¿No sería la misma que llevaron los guerrilleros durante su asalto al Batallón "Domingo Viejobueno", apropiada como "trofeo" personal por un general en retiro?

Por las sendas argentinas

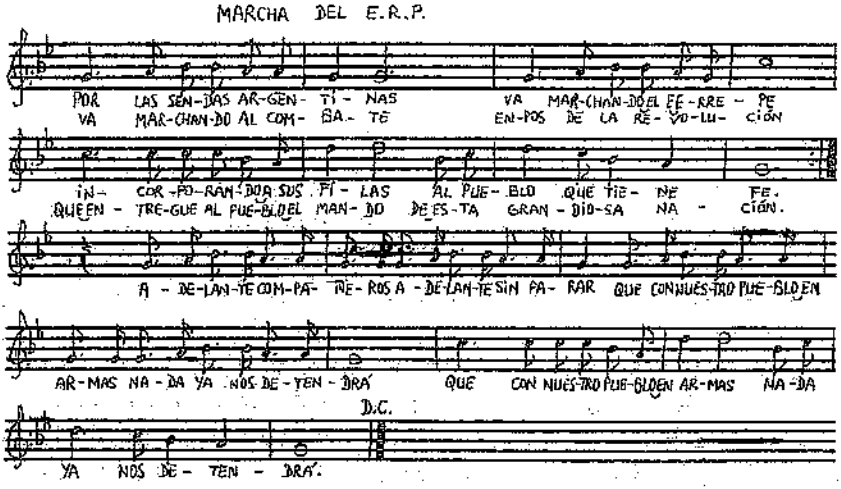
En la provincia de Santa Fe vive un matrimonio de viejos docentes de origen escocés, de apellido MacDonald. A uno de sus hijos, Leonel Juan Carlos, le decían Pasto Seco "por el color de su pelo, que era como el de la paja", recuerda Cristina María Zamponi, la Tana. "Mi primer contacto con el PRT fue precisamente Pasto Seco, a mediados de 1970. Empezaba la línea de proletarización y los dos, que éramos estudiantes universitarios, nos fuimos a vivir a un barrio obrero". Años más tarde, Leonel ya era el capitán Raúl, último jefe que tuvo la Compañía de Monte "Ramón Rosa Jiménez".

El 19 de octubre de 1976, en el paraje El Solco, departamento de

Chicligasta, Tucumán, Leonel MacDonald fue muerto por tropas del Ejército. Durante una persecución de varios días, enfrentó solo a los militares en varios combates esporádicos, en uno de los cuales fue gravemente herido. No pudo escapar del cerco y murió combatiendo. Su padre, tras escuchar por la radio la noticia, se dirigió a una base militar para retirar el cuerpo.

Según la opinión de Humberto Pedregoza, "había que tener 'cosas' para ir". En la base, lo recibió un oficial que participó de la persecución y que le dijo: "Su hijo murió heroicamente combatiendo. Fue envidiable su calidad y su moral de combate". El padre de Leonel afirmó que su hijo "fue un hombre con mucha integridad y que representa el ejemplo de entrega y sacrificio que caracterizó a los combatientes del ERP". La caída con dignidad de Raúl es motivo de gran orgullo para su padre, quien seis años antes, en 1970, junto con su esposa, había escrito la Marcha del ERP. Con un texto agitativo, acompañado por una música sencilla (considerada por más de un ex guerrillero como "de cuarta"), esta pequeña pieza ya pertenece a la historia del país:

Marcha del E.R.P.



Por las sendas argentinas
va marchando el E.R.P.
incorporando a sus filas
al pueblo que tiene fe.

Va marchando al combate
en pos de la revolución
que entregue al pueblo el mando
de esta grandiosa nación.

Adelante, compañeros,
adelante sin parar,
que con nuestro pueblo en armas
nada ya nos detendrá.

Va marchando al combate
por el camino del Che
con su bandera en la mano
y sin dejarla caer.

Por la Patria Socialista
como consigna final,
la etapa capitalista
para siempre morirá.

Adelante, compañeros,
hasta vencer o morir
por una Argentina en armas
de cada puño un fusil.

ANEXO 2

Muertos, heridos y desaparecidos

(I) BAJAS DEL ERP

Muertos que participaron en los combates

Barbate, Daniel Roberto. 21 años. Frasco 22.
Blanco, Francisco Javier. 21 años. Frasco 8.
Boca, Hugo Alberto. 17 años. Frasco 13.
Bonet, Carlos Lucas. NN1 o D (desaparecido).
Bruchstein, Aída Leonora. 24 años. Madre de un bebé en período de lactancia. Detenida con vida. Frasco 24.
Bulit, Alejandro. Detenido con vida. Apareció en el Riachuelo.
Cejas, Roberto Horacio. 22 años. Desaparecido. Posible cuerpo NN aparecido en el Riachuelo.
Cingualbe, Carlos María. 28 años. NN2 o D.
Colautti, Hugo Francisco. 32 años. Detenido con vida. Desaparecido.
Correa, Jorge Alberto. 19 años. Frasco 37.
Crespo, Carlos José. NN3. Herido grave, aniquilado en caldera de la Compañía de Servicios junto a otros tres guerrilleros heridos.
Cuello, Francisco Esperito. 31 años. Obrero. Frasco 36.
Delfino, Eduardo. NN4.
Enatarriaga, Nelly Noemí. 31 años. Detenida con vida. Asesinada a bayonetazos. Frasco 20.
Escobar Bustos, Eduardo César. 23 años. Frasco 4.
Fabián, Orlando Benjamín. 24 años. Frasco 3.
Finocchiaro, Norma Concepción. 25 años. Madre de dos hijos. Embarazada. Herida, detenida con vida. Asesinada a culatazos. Frasco 21.
García, Ernesto. 20 años. Frasco 16.
Gatto, Silvia Ana María. 24 años. Cuerpo mutilado.
González, Ángel Eduardo. 25 años. Frasco 14.

Guanziroli, Tristán Gustavo. NN5 o D.
Islas Ibarra, Ismael Alfredo. 50 años. Obrero. Frasco 52.
Lafuente, Mónica Silvia. 21 años. Frasco 48.
Lasorba, Vicente Julio. 25 años. Enfermero. Frasco 7.
Lezcano, Ana María. 25 años. Embarazada de tres meses. Detenida con vida. Apareció en el Riachuelo con un NN masculino.
Liendo, Ana María. 25 años. Frasco 47.
Lorenzo Rodríguez, Omar Juan. Frasco 33.
Machado, Carlos Alberto. 23 años. Obrero. Frasco 5.
Marabotto de Escobar, María Inés. 16 años. Cuerpo carbonizado.
Mastrogiovanni, Alejandro Daniel. 24 años. Frasco 32.
Menéndez, Luis. 27 años. Obrero y delegado en la fábrica Rigolleau de Berazategui. Frasco 9.
Mensi, Rubén Víctor. 21 años. Frasco 15.
Monzón, Ismael Antonio. 19 años. Estudiante y empleado. Casado, una hija. Frasco 2.
Mosqueira, Víctor Manuel. 19 años. Empleado en una fábrica de plásticos. Frasco 10.
Oroño, Carlos Omar. NN6 o D.
Paredes, Cristóbal. NN7 o D.
Ramos Berdaguer, Guillermo Pablo. 21 años. Estudiante. Frasco 6.
Rinaldi, Nancy Alejandrina. 25 años. Frasco 50.
Salinas, Guillermo. 35 años. Camionero. NN8 o D.
Salvador, Humberto Ángel. 22 años. Obrero. Frasco 18.
Sánchez, Carmen Gloria. 20 años. Frasco 25.
Sánchez, Miguel Ángel. 24 años. Obrero. Frasco 34.
San Martín, Guillermo Horacio. 23 años. Frasco 38.
Santa Cruz Melgarejo, Abel Jesús. 21 años. Estudiante. Capturado con vida. Frasco 12.
Schottenfeld, Gastón Raimundo. 19 años. Frasco 35.
Siba, Rodolfo. NN 9 o D.
Sportuno, Luis Alberto. 20 años. Obrero. Rematado estando herido. Frasco 40.
Stanley, Carlos Horacio. 22 años. Capturado con vida. Frasco 1.
Stegmayer, Roberto Bernardo. 31 años. Arquitecto. Casado, dos hijos. Frasco 17.
Tauil, Enrique. 26 años. Frasco 42.
Tisminetzky, Claudio Arturo. 21 años. Frasco 29.

Valencia, Juan Carlos Antonio. 43 años. Frasco 49.
Vázquez Valdivia, Víctor. 30 años. Frasco 28.

Hay seis cuerpos masculinos aún no identificados enterrados en Avellaneda, más otro, también masculino, hallado en el Riachuelo. Como en la lista precedente figuran nueve NN masculinos enumerados, es posible que haya tres cuerpos desaparecidos más (aparte de Hugo Colautti). Ellos serían los de Carlos Oroño y otros dos militantes más, uno de los cuales, por lo menos, estaba herido en el momento de ser secuestrado.

Veintitrés de estos guerrilleros quedaron con vida en zonas controladas por los militares y fueron posteriormente ejecutados; dieciséis o diecisiete estaban heridos (por lo menos nueve, de gravedad). De ellos, no menos de cinco fueron rematados en el lugar.

Muertos que no participaron en los combates

Militantes del ERP secuestrados por fuerzas de seguridad con anterioridad y que fueron asesinados y hechos aparecer como combatientes caídos durante la batalla de Monte Chingolo:

Belluz, Juan Pedro. 23 años. Conscripto. Secuestrado en Campo de Mayo en noviembre de 1975. Frasco 19.

Isaurralde, Juana María. Secuestrada con su esposo y hermana el 12 de diciembre de 1975. Frasco 11.

Santucho, María del Valle. 27 años. Secuestrada el 19 de diciembre de 1975. Frasco 23.

Heridos

Entre veinte y veinticinco guerrilleros resultaron heridos y fueron evacuados del campo de batalla por unidades de sanidad o se replegaron por sus propios medios.

Prisioneros

Macedo, Heriberto. Detenido por la Policía en el Hospital de Quilmes. Había sido herido en la contención del Camino General Belgrano, en el puente sobre el arroyo San Francisco. Liberado en 1983.

Mercado, Eva Susana. Identidad adoptada a su ingreso al país.

Carlos Niessi, conscripto del batallón 601

Apresada en la contención de Cadorna y Camino General Belgrano. Desaparecida, posteriormente legalizada (presa a disposición del PEN), expulsada del país en 1981.

González, Oscar Alberto. Contención periférica. Detenido durante los rastrillajes. Sobreseído el 15 de febrero de 1977. Secuestrado el 10 de agosto de 1977.

Cuerpos desaparecidos de combatientes del ERP

Colautti, Hugo Francisco, herido.
Oroño, Carlos Omar, muerto.
NN masculino, posiblemente herido, secuestrado.
NN masculino.

(II) Bajas de las Fuerzas Armadas y de seguridad

Muertos

Caballero, Roberto. Soldado conscripto. Batallón Depósito de Arsenales 601.

Cisterna, Roque. 40 años. Sargento ayudante. Batallón Depósito de Arsenales 601.

Grimaldi, Enrique. Soldado conscripto de la Armada, en comisión en el Batallón de Infantería de Marina 3.

Petruzzi, Luis María. 37 años. Capitán de Intendencia del Comando de Aviación del Ejército.

Ruffolo, Manuel Benito. Soldado conscripto. Batallón Depósito de Arsenales 601.

Sessa, Raúl. Soldado conscripto. Batallón Depósito de Arsenales 601.

Spinassi, José Luis. 29 años. Teniente primero del Regimiento de Infantería 3 de La Tablada.

El Comando General del Ejército, en su Comunicado N° 2 y en la nómina oficial de bajas dada a conocer el mediodía del 24 de diciembre de 1975, informa de la muerte de dos efectivos de la policía bonaerense sin proporcionar sus identidades. Esta información no corresponde a un hecho ocurrido.

Heridos

Ejército

Acosta, Carlos. Soldado conscripto Grupo de Artillería 1.

Bofalari, Jorge. Soldado conscripto Batallón Depósito de Arsenales 601.

Botto, Horacio. Soldado conscripto Batallón Depósito de Arsenales 601.

Britos, Julio. Soldado conscripto Regimiento de Infantería 3 de La Tablada.
Ceballos, Jerónimo. Soldado conscripto Batallón Depósito de Arsenales 601.
Cuesta, Jorge. Soldado conscripto Batallón Depósito de Arsenales 601.
Chabane, Eduardo. Soldado conscripto Batallón Depósito de Arsenales 601.
Divito, Daniel. Soldado conscripto Batallón Depósito de Arsenales 601.
Ezcurra, Guillermo. Teniente. Regimiento de Infantería 3 de La Tablada.
Fontana, Roberto. Soldado conscripto Batallón Depósito de Arsenales 601.
Gatica, Néstor. Soldado conscripto Grupo de Artillería 1.
Gómez, Carlos. Soldado conscripto Batallón Depósito de Arsenales 601.
Niessi, Carlos. Soldado conscripto Batallón Depósito de Arsenales 601.
Novosak, Jorge. Soldado conscripto. Regimiento de Infantería 3 de La Tablada.
Rodríguez, Néstor. Cabo primero. Regimiento de Infantería 1 Patricios.
Romero, Jerónimo. Soldado conscripto Batallón Depósito de Arsenales 601.
Sidras, José. Soldado conscripto Batallón Depósito de Arsenales 601.

POLICÍA FEDERAL

Almirón, Armando. Agente. Comisaría 26.
Colanieri, Fernando. Sargento primero.
Corzo, Eduardo. Agente.
Martini, Emilio. Sargento.
Moreno, Roberto Oscar. Cabo.
Ortiz, Jorge. Agente.

Sedano, Rubén Darío. Cabo. División Patrullas.
Walrrati, Rubén. Agente.

POLICÍA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Caldez, Hugo. Cabo. Cuerpo Caminero. Destacamento 36 [Puente Nicolás Avellaneda]
Escobar, Carlos. Sargento.
Fernández Ceballos, Omar. Sargento. Unidad Regional de Lanús.
Ferranti, Rómulo. Subcomisario.
García, Juan Carlos. Oficial ayudante. Unidad Regional de Lanús.
González, Enrique. Agente. Unidad Regional de Lanús.
Peledo, Nicanor. Agente.
Recanatini, Carlos Nelson. Oficial inspector.
Santillán, José. Cabo.

Prisioneros

Durante el combate en el Batallón de Arsenales 601, el ERP detuvo a ocho o nueve soldados, a los que les quitaron las armas y posteriormente dejaron en libertad ilesos. Entre ellos se cuentan varios conscriptos de los puestos de guardia 2, 4, 5 y 6. Otros tres soldados que habían quedado en la zona controlada por la guerrilla (sector este), uno de ellos herido, fueron dejados en libertad.

(III) VÍCTIMAS ENTRE LA POBLACIÓN CIVIL

Muertos

Colacelli, Horacio Fernando. 57 años. Gerente textil, conducía un automóvil frente al cuartel.
Garbozo, Luis Alejandro. 18 años. Jornalero. Estaba con Ragone en un camión distribuyendo ladrillos en cercanías de la rotonda de Pasco y Camino General Belgrano.
Hiller, Adelina Filomena Acevedo de. 22 años. Herida en el patio de su casa en la calle Formosa 2582 (arroyo Las Piedras) por una bala perdida, durante la represión. Murió en el Hospital de Wilde.
Ragone, Ricardo Salvador. Comerciante, chofer del camión en que viajaba con Garbozo.

Rivas, José Alfredo. 18 años. Paraguayo. Vivía con su madre Juana Rivas en la vecindad del cuartel.
Sopeña, Élida María. 41 años. Domiciliada en Comandante R. Franco 1071, partido de Quilmes. Identificada el 10 de febrero de 1976. Muerta durante la represión posterior.
Niña de cuatro años. No identificada.
Niño de 11 años. No identificado.

La lista es incompleta. Alrededor de cuarenta civiles murieron como consecuencia de los disparos efectuados por personal del Ejército o fuerzas de seguridad durante la represión posterior al repliegue del ERP.

Hubo además una gran cantidad de heridos que fueron atendidos en distintos hospitales de Avellaneda, Wilde, Quilmes, Lanús, Bernal y La Plata, principalmente. Sólo durante la madrugada del 24 de diciembre se practicaron más de doscientas detenciones de civiles sospechosos de pertenecer o ayudar a la guerrilla, los cuales sufrieron violentos interrogatorios.

Índice

Capítulo 1: Los guerrilleros 7
Voces de los setenta 8
Los inicios 19
El nacimiento del ERP 22

Capítulo 2: Los militares 29
De Argelia a Buenos Aires 30
La "Doctrina de Seguridad Nacional" 32
La "subversión apátrida" 35
Pena de muerte, con o sin ley 37

Capítulo 3: Las grandes acciones 41
Un "ejército guerrillero regular" 42
El Comando de Sanidad 44
Azul y el Código Penal 46
La "euforia": de Acheral a Villa María 49
El desastre de Catamarca 54
Las represalias 59
"Aniquilar el accionar subversivo" 62

Capítulo 4: El plan de Pedro 67
El "Rodrigazo" y la crisis 70
El Comité Central "Vietnam Liberado" 72
La decisión 74
El comandante Pedro 75
La maqueta 76
La concepción táctica 78
Los camiones cisterna 79
La Unidad "Guillermo Rubén Pérez" 81

La planificación
Los objetivos políticos

Capítulo 5: El filtro y el anzuelo
Los servicios
El "Oso"
Avisos no atendidos
Pistas erróneas
El seguimiento del Tureo Martín
Las caídas de diciembre
El último combate de Pedro
El reemplazo de Ledesma
Emilio y Gabriel
Cambios para el mismo plan
La ratonera
"Todo el mundo lo sabía"

Capítulo 6: La casa de Ranelagh
El acuartelamiento
Pocas comodidades
Teresa y Darío
Armas y pertrechos
Una enorme confianza
La última postergación

Capítulo 7: Las cartas de Inés

Capítulo 8: Las operaciones periféricas
Los mandos enfrentados
Los cañitos
Hostigamiento y distracción
Los puentes del Riachuelo

Capítulo 9: Del puente 5 a Villa Domínico
El puente 5
La persecución
El cuarto enfrentamiento
Dos desapariciones

82 Capítulo 10: De las 37 Caídas a Cadorna 195
87 "La Casa de las 37 Caídas" 196
Entre Cadorna y Coronel Lynch 200
92 El puente Avellaneda 207
93 La represión 211
94 El cautiverio de Aurora 213
96
97 Capítulo 11: Del Camino de Cintura
99 al arroyo San Francisco 218
101 Concentración en Lomas 218
107 El Regimiento 3 222
108 El puente 8 224
110 Pasco y Caaguazú 226
113 El arroyo San Francisco 228
118 El cruce de Montevideo 242
123 Eludiendo el patrullaje 244

129 Capítulo 12: El flanco izquierdo 251
131 La columna 252
139 Comienza el ataque 257
141 La Petisa María 261
147 El repliegue 266
148
151 Capítulo 13: El sector central y el flanco derecho 270
Combate intenso 271
155 Una situación desesperada 275
La Compañía de Servicios 279
166 La misteriosa avioneta 280
166 El ataque a la Guardia Central 281
170 Los helicópteros 290
172 La embestida final 294
176 Una dura decisión 297
La retirada 300
182 El "aniquilamiento" 312
184
186 Capítulo 14: Los galpones 317
189 "Lo que vamos a hacer está cantado" 319
191 El Grupo 8 323

Por los fondos del cuartel
Combate entre los galpones
La desbandada
El "objetivo apreciado"

CAPÍTULO 15: RASTRILLAJES
Sin información
Bajas civiles
Las razzias
Blanqueo de secuestrados
Noni y la Gringuita
La Petisa María

CAPÍTULO 16: LOS CUERPOS
El recuento de las bajas
Allanamientos y caídas en cadena
El "combate" del cementerio de Avellaneda
Los familiares

CAPÍTULO 17: LAS REPERCUSIONES
El emplazamiento
Los políticos
"Un rasgo de aventurerismo"
¿Un "triunfo político"?
El fin del traidor

EPÍLOGO: EL DESTINO DE LOS SOBREVIVIENTES
Encerrona en Moreno
Un gesto del peón Acosta
El fin del capitán Miguel
La caída de la dirección nacional
La formación especial en la regional Sur
El final
Los militares y el Batallón
Treinta años después

ANEXO 1: LOS SÍMBOLOS
ANEXO 2: MUERTOS, HERIDOS Y DESAPARECIDOS

326
328
333
339

344
345
347
352
356
362
368

376
378
381
384
385

399
401
405
409
412
413

423
424
430
432
435
442
448
450
453

461
466